Cristina Moyano | Valentina Pacheco | Vicente Hernández
(editores)

FORMAS DE HISTORIA INTELECTUAL

EDITORIALES, NARRATIVAS Y AGENCIAS POLÍTICAS



Ariadna ediciones

82 FAHU

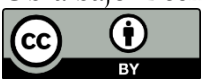
Formas de Historia Intelectual.
Editoriales, narrativas y agencias políticas

Este libro fue revisado y sometido a evaluación de pares (referato externo doble ciego) según exige Ariadna Ediciones como requisito de publicación.

Formas de Historia Intelectual
Editoriales, narrativas y agencias políticas

Cristina Moyano
Valentina Pacheco
Vicente Hernández
(Editores)

ISBN: 978-956-430-027-6
Santiago de Chile
Primera edición, noviembre 2026
Gestión editorial: Ariadna Ediciones
http://ariadnaediciones.cl/
https://isni.org/isni/0000000485172652
Doi: https://doi.org/10.26448/ae9789564300276.209
Imagen portada: Imprenta de J. Gutenberg, en Maguncia
Obra bajo Licencia Creative Commons Atribución



Esta editorial postula o indexa su producción, de acuerdo al carácter de la materia de los libros, en Book Citation Index de WoS (sólo libros en inglés, ver https://n9.cl/bx7i3); en Dialnet libros; Open Access Publishing in European Networks, OAPEN; en el Muse Project (Universidad John Hopkins); en el Directory of Open Access Books, DOAB; en Open Textbook Library; en la Sala de lectura Hispana de la Biblioteca del Congreso de EEUU; en la Digital Library of Commons (Universidad de Indiana, EEUU). Además, agrega sus trabajos en los repositorios ZENODO (OpenAIRE, Europa Occidental), en Scilit; HAL (Archives ouvertes, Francia), Google Scholar; SSOAR; ProQuest Central; Knowledge Commons Works; PhilPapers; The Philosopher´s Index; WorldCat; Open Textbook Library U. Minnesota); Scipedia; Humanities Commons; Modern Language Association MLA; Open Library (Internet Archive); Open Research Library, la red social académica Academia.edu. Indexa, a la vez, toda producción en el repositorio ANID que cuente con folio Fondecyt. Participamos, a la vez, del proyecto del Consejo Nacional de la Cultura titulado Biblioteca Nacional Digital. Todos nuestros textos disponen de los registros ISBN y DOI. Catálogo editorial en https://ariadnaediciones.cl/

Índice

Una historia de este libro en clave de historia intelectual…….7
CRISTINA MOYANO

I. Prensa, editoriales y circuitos de producción intelectual

Mundo Nuevo: prensa, antifascismo y laboratorio político-generacional de las Juventudes Comunistas de Chile (1938–1947)……...27
FRANCO VARGAS

"El espejo del exilio". La segunda etapa del boletín informativo del comité exterior de la central única de trabajadores de Chile (1981-1988)……...57
FELIPE VERA

¿El fin de un siglo? El ocaso de la letra impresa y el desplazamiento a la digitalización: el caso del periódico comunista *El Siglo* (1989-2023)……...95
ANTONIA OLATE

La buena nueva de los libros: fragmentos del campo editorial de la Teología de la Liberación en América Latina (1968 – 1973)……137
ALONSO MARTÍNEZ

LOM: una editorial contrahegemónica de la postdictadura chilena (1990-2003)……...177
GABRIEL BORQUEZ

II. Género, feminismo y lenguajes en disputa

"Del lenguaje neoliberal al léxico económico doméstico": disciplinamiento de las mujeres populares y construcción de hegemonía en la revista *Amiga*, 1976-1979. Una propuesta desde la historia intelectual…….219
LAURA BRICEÑO

Campo intelectual feminista en Chile: apuntes teórico-metodológicos para el estudio de la historia reciente……...247
VALENTINA PACHECO PARRA

Campo Intelectual Lesbofeminista en Chile: Construcción y manifestación desde el léxico político-cultural de la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén 1984-2002…...……279
PAULA PASTENES

III. Agentes, debates y narrativas intelectuales en la segunda mitad del siglo XX

Agentes culturales, itinerarios y redes.
Una aproximación a la acción política de las artes visuales durante la segunda mitad del siglo XX.……...329
MAURICIO TAPIA

El enfoque teórico del marxismo para la realidad latinoamericana: un debate entre Luis Vitale y Marta Harnecker……365
SIMÓN GONZÁLEZ

Hacer una clase media: saber experto, soportes editoriales y dispositivos estadísticos en Chile (1988-2000)……405
VICENTE HERNÁNDEZ

A modo de cierre.
Tres voces autorales para un cierre intergeneracional…….441

Una historia de este libro en clave de historia intelectual

Cristina Moyano Barahona

Este libro nace de una incomodidad historiográfica y también de una convicción. La incomodidad proviene de la dificultad, todavía persistente para nombrar bajo una misma denominación un conjunto de prácticas historiográficas que comparten ciertas preguntas fundamentales, aunque no necesariamente los mismos objetos, las mismas escalas ni idénticas tradiciones teóricas. La convicción, en cambio, se sostiene en que esa heterogeneidad no constituye una debilidad del campo, sino probablemente una de sus mayores potencias. Hablar de formas de historia intelectual supone reconocer que no estamos frente a una especialidad estabilizada mediante un repertorio único de conceptos y procedimientos, sino ante un espacio de interrogación que se ha construido precisamente en sus desplazamientos, en los cruces que ha establecido con otras tradiciones historiográficas y en la capacidad que ha demostrado para reformular preguntas antiguas mediante nuevos objetos. Esa condición abierta explica el título de este volumen y, en buena medida, también su propia historia.

Durante largo tiempo, la historia de las ideas organizó buena parte de las aproximaciones al pensamiento político mediante genealogías, filiaciones doctrinarias y reconstrucciones relativamente autónomas de los sistemas intelectuales. Aquella tradición produjo contribuciones fundamentales y permitió identificar repertorios ideológicos cuya importancia sería absurdo desconocer. Sin embargo, a medida que las ciencias sociales y la historiografía comenzaron a problematizar las condiciones mismas de producción del conocimiento, resultó cada vez más difícil seguir pensando las ideas como unidades autosuficientes que viajaban intactas entre autores y generaciones. Las preguntas comenzaron a desplazarse desde aquello que un texto decía hacia las condiciones en que podía ser dicho, desde la identificación de una determinada doctrina hacia los lenguajes mediante los cuales esa doctrina conseguía adquirir inteligibilidad histórica y desde la búsqueda de

influencias hacia las operaciones concretas de apropiación que convertían una recepción en una práctica productiva. En ese movimiento se encuentra una parte importante del nacimiento de aquello que hoy reconocemos como historia intelectual.

Los aportes de Reinhart Koselleck fueron decisivos para producir uno de esos desplazamientos. La historia conceptual permitió comprender que los conceptos políticos y sociales condensan experiencias históricas y, al mismo tiempo, organizan expectativas acerca de aquello que todavía no existe. No se limitan por ello a designar una realidad exterior, sino que participan en la producción de horizontes posibles y adquieren una densidad temporal que el análisis histórico debe ser capaz de reconstruir. Esta dimensión ha sido particularmente relevante para mis propias investigaciones, porque obliga a pensar los lenguajes políticos como formas mediante las cuales los sujetos construyen relaciones entre pasado y futuro, elaboran experiencias de crisis y producen expectativas que nunca pueden reducirse a simples anticipaciones cronológicas. La temporalidad, comprendida de este modo, no constituye un telón de fondo sobre el cual ocurren los acontecimientos, sino una dimensión activa de la experiencia política.

Una preocupación diferente, aunque profundamente complementaria, fue desarrollada por Quentin Skinner y John Pocock al insistir en la dimensión contextual de los lenguajes políticos y en el carácter performativo de las intervenciones intelectuales. Las palabras hacen algo cuando son pronunciadas dentro de contextos históricos específicos y los textos deben ser comprendidos, por consiguiente, no solo por aquello que contienen sino por aquello que intentan producir. Esa modificación del punto de observación tuvo enormes consecuencias para la historia política, porque permitió abandonar la idea de que los discursos constituyen simples reflejos de posiciones sociales previamente organizadas. Los actores disputan significados y, al hacerlo, modifican las posibilidades de la acción política. Construyen adversarios y delimitan comunidades de pertenencia mientras reformulan vocabularios disponibles para producir nuevos horizontes de sentido. En esa operación se articula una de las relaciones que más me ha interesado explorar, aquella que vincula producción intelectual y performatividad política.

Estas tradiciones no agotaron, por supuesto, la renovación del campo. Los estudios sobre intelectuales, la sociología de los campos culturales y la historia del libro introdujeron dimensiones que modificaron profundamente las preguntas disponibles. La circulación dejó de ser entendida como un momento posterior a la producción intelectual y comenzó a ser considerada parte constitutiva de ella. Una idea no existe históricamente al margen de las condiciones que permiten formularla ni de los dispositivos mediante los cuales logra adquirir existencia pública. Los soportes importan porque habilitan determinadas prácticas y excluyen otras, mientras los circuitos de edición y recepción intervienen en los procesos mediante los cuales un lenguaje consigue estabilizarse o ser disputado. Esta constatación ha permitido recuperar el espesor histórico de revistas, editoriales y artefactos impresos cuya relevancia había quedado oscurecida por una historiografía excesivamente concentrada en autores consagrados.

La incorporación de la materialidad produjo, en este sentido, algo más profundo que una ampliación documental. Obligó a reconsiderar qué entendemos por producción intelectual. Una revista político-cultural no puede ser reducida al conjunto de artículos que contiene, porque su significado histórico se encuentra también en su diseño y en las formas de circulación que hacen posible la construcción de una determinada comunidad lectora. Una editorial no es únicamente una empresa encargada de convertir manuscritos en libros, puesto que sus decisiones contribuyen a ordenar campos de intervención y a establecer qué voces adquieren visibilidad. Del mismo modo, un periódico militante no constituye solo un archivo del pensamiento de una organización, ya que participa en la creación de ritmos políticos que permiten producir experiencias compartidas. La materialidad, entendida de esta manera, no viene a completar el análisis intelectual una vez que hemos interpretado los contenidos. Forma parte de las condiciones históricas mediante las cuales esos contenidos pudieron transformarse en intervenciones.

Este desplazamiento ha sido particularmente productivo para pensar la historia reciente, donde los procesos de circulación adquieren una densidad documental y política que permite seguir con mayor precisión el trayecto de los lenguajes. Las revistas de oposición y los centros de estudios constituyen espacios

privilegiados para observar la fabricación de diagnósticos que disputaron la inteligibilidad de coyunturas atravesadas por profundas transformaciones. Del mismo modo, los emprendimientos editoriales permiten reconstruir comunidades que no se limitaban a reflejar identidades políticas ya constituidas, porque contribuían activamente a producirlas. En mis propios trabajos sobre la renovación socialista y posteriormente sobre las izquierdas críticas de la transición, las revistas dejaron progresivamente de aparecer como meras fuentes donde encontrar opiniones para convertirse en dispositivos de intervención que organizaban debates y producían marcos de lectura sobre el presente. Desde ese momento, la historia política y la historia intelectual dejaron de parecerme terrenos separables.

Esta constatación permite comprender una de las particularidades del campo chileno. La historia intelectual desarrollada en nuestro país no surgió de una única tradición ni se articuló en torno a una escuela capaz de fijar una ortodoxia metodológica. Su trayectoria ha sido plural y, en ciertos momentos, incluso fragmentaria, pero precisamente por ello resulta interesante reconstruir las distintas apropiaciones mediante las cuales se fueron abriendo preguntas nuevas. Una parte importante de esa producción estuvo vinculada a la historia conceptual y a los estudios de los lenguajes políticos, con una concentración significativa en los procesos de formación republicana y en las transformaciones políticas del siglo XIX. La nación y la ciudadanía adquirieron entonces un estatuto distinto al ser estudiadas como categorías disputadas cuya historicidad debía reconstruirse a partir de los usos concretos que realizaron los actores.

Las investigaciones de Ana María Stuven contribuyeron tempranamente a mostrar la relevancia del mundo intelectual en la configuración de los lenguajes republicanos y de los procesos mediante los cuales las élites elaboraron los marcos de inteligibilidad del orden político. Desde otro registro, Gabriel Cid ha permitido profundizar el estudio de los vocabularios que acompañaron los procesos de independencia y formación estatal, prestando especial atención a la dimensión política del lenguaje y a la historicidad de categorías que una lectura retrospectiva podría convertir erróneamente en evidencias. Vasco Castillo ha realizado un aporte sustantivo desde la historia de los conceptos políticos, interrogando

los modos en que ciertas nociones adquirieron significados específicos dentro de coyunturas marcadas por profundas transformaciones institucionales. Alejandro San Francisco, por su parte, ha desarrollado una amplia producción sobre ideas políticas y tradiciones doctrinarias cuya relevancia permite reconocer la persistencia de una línea interesada en reconstruir las articulaciones entre pensamiento y vida pública. Aunque sus aproximaciones no son equivalentes y sería improductivo intentar reducirlas a una misma matriz, todas participaron de una renovación que convirtió los lenguajes políticos en un objeto historiográfico con densidad propia.

Junto con estas perspectivas se desarrolló una tradición vinculada a los estudios de las ideas y al pensamiento latinoamericano cuya importancia resulta indispensable para comprender las especificidades del campo chileno. Los trabajos de Eduardo Devés permitieron reconstruir redes y circuitos continentales que desafiaron tempranamente la representación del pensamiento latinoamericano como simple recepción periférica de repertorios europeos. Su noción de redes intelectuales contribuyó a desplazar la atención hacia los contactos y las apropiaciones que hicieron posible la circulación continental de determinados proyectos culturales. Javier Pinedo participó también de esta ampliación al situar el pensamiento latinoamericano dentro de una geografía intelectual propia, atenta a sus tensiones internas y a las formas mediante las cuales los agentes culturales elaboraron lecturas originales de los procesos históricos regionales. Estas aproximaciones mostraron que la circulación no podía reducirse a la identificación de influencias, porque recibir una idea supone siempre traducirla desde un problema situado y convertirla en algo diferente.

Esta coexistencia de tradiciones explica, en alguna medida, por qué la historia intelectual chilena ha tendido a organizarse mediante distintas zonas de concentración. Por un lado, los estudios de lenguajes políticos encontraron una especial productividad al interrogar los siglos XVIII y XIX, cuando la transformación de los vocabularios permite observar con enorme claridad las fracturas producidas por la modernidad política. Por otro lado, la historia del pensamiento latinoamericano mantuvo una preocupación de mayor duración por los itinerarios intelectuales y por las circulaciones

continentales. Más recientemente, el ingreso decidido a la segunda mitad del siglo XX y a la historia reciente comenzó a tensionar estas delimitaciones, porque los nuevos objetos exigían atender a transformaciones que no podían ser adecuadamente comprendidas desde un único repertorio metodológico.

Las temporalidades recientes obligaron también a modificar la figura del intelectual. El intelectual definido casi exclusivamente por la escritura ensayística y por su intervención dentro de una esfera pública letrada resulta insuficiente cuando nos aproximamos a sociedades donde la producción cultural se encuentra cada vez más atravesada por instituciones y redes que complejizan los procesos de autoría. Expertos y editores participan de la producción intelectual tanto como quienes escriben libros, del mismo modo que determinados activismos generan saberes cuya legitimidad se produce fuera de las instituciones académicas. La categoría debe ser utilizada, por consiguiente, con cautela y sin una voluntad expansiva que termine por vaciarla de contenido, pero también debe ser suficientemente porosa como para reconocer transformaciones históricas en las formas de producción intelectual.

En el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, esta discusión adquirió características particulares porque no provino de una tradición clásica de historia de las ideas. Nuestra formación estuvo profundamente marcada por la historia social y por una historia política que había hecho de la agencia y del conflicto dimensiones centrales de sus preocupaciones. La entrada hacia la historia intelectual se produjo, en ese sentido, desde preguntas formuladas en otros territorios historiográficos. Nos interesaban los partidos y las culturas políticas, pero progresivamente comenzó a resultarnos evidente que las organizaciones no podían ser comprendidas solo mediante sus estructuras ni mediante las decisiones adoptadas por sus dirigentes. Había que reconstruir los lenguajes que permitían a los actores explicar su propio mundo y, sobre todo, comprender cómo determinados diagnósticos producían posibilidades de acción.

Los trabajos de Ivette Lozoya han sido especialmente importantes dentro de este recorrido porque contribuyeron a pensar a los intelectuales de izquierda como agentes cuya práctica excedía ampliamente la producción de textos. Su preocupación por las circulaciones transnacionales permitió mostrar que las redes no eran

simples canales mediante los cuales ideas ya formadas viajaban entre distintos lugares, sino espacios en los que esas ideas adquirían nuevas configuraciones. Sus investigaciones sobre izquierdas e intelectuales ayudaron asimismo a desmontar la rígida oposición entre intelectual y militante, haciendo visible una zona de producción política en la que escribir y organizar podían formar parte de un mismo repertorio de intervención. Esa ampliación ha resultado particularmente significativa para estudiar actores situados en coyunturas de alta intensidad política, donde pensar y actuar constituyen dimensiones difícilmente separables.

Mi propio ingreso a la historia intelectual se produjo también desde la historia política y desde una inquietud creciente por comprender las operaciones mediante las cuales los actores construyen inteligibilidad acerca de su presente. Los estudios sobre renovación socialista mostraban que una transformación política de esa envergadura no podía explicarse únicamente mediante modificaciones organizacionales ni a través de un cambio doctrinario formulado retrospectivamente. Era necesario reconstruir la producción de nuevos lenguajes y las operaciones de resignificación mediante las cuales determinados actores revisaron su propia experiencia histórica. Más tarde, el trabajo con revistas político-culturales de la transición y la postdictadura permitió profundizar esa intuición. Las revistas no solo registraban debates sobre democracia o modernización, sino que participaban activamente en la fabricación de aquellos conceptos y en la organización de comunidades intelectuales que disputaban los sentidos del presente.

La cuestión temporal se volvió, entonces, central. Las comunidades intelectuales no solo producen interpretaciones acerca del presente, sino que elaboran relaciones específicas con el pasado y proyectan futuros desde los cuales ese presente adquiere sentido. Las experiencias políticas se encuentran atravesadas por estas operaciones de temporalización, que permiten distinguir momentos de expansión utópica y períodos donde el futuro parece comprimirse bajo el peso de un presente extendido. De allí proviene mi interés por pensar los regímenes de historicidad junto con la performatividad intelectual, porque las narrativas no se limitan a representar temporalidades preexistentes. También contribuyen a

producirlas mediante lenguajes que organizan la experiencia y establecen qué futuros pueden ser imaginados.

Esta preocupación se vuelve particularmente visible cuando estudiamos la historia reciente chilena. La transición no fue solamente una secuencia institucional que siguió al término de la dictadura, sino también un régimen de inteligibilidad que organizó determinadas formas de narrar el pasado y delimitó las posibilidades de imaginar el futuro. En ese contexto, revistas y centros de estudios participaron en una intensa disputa respecto de qué significaba democratizar la sociedad y cuáles eran los límites de esa democratización. Algo semejante puede señalarse respecto de los feminismos, cuya producción intelectual durante las últimas décadas demuestra que las luchas políticas contienen siempre disputas por la temporalidad. Nombrar algo como pendiente o urgente supone producir una relación específica entre experiencia y expectativa que modifica los repertorios disponibles para la acción.

La conformación del Grupo de Historia Intelectual de la Universidad de Santiago entre 2021 y 2022 debe comprenderse dentro de ese itinerario. No nació de la intención de construir una escuela ni de la voluntad de fijar un canon metodológico, sino de la necesidad de generar un espacio colectivo donde investigaciones provenientes de tradiciones distintas pudieran discutir problemas comunes. Algunos integrantes se identificaban plenamente con la historia intelectual, mientras otros llegaban desde la historia política o desde aproximaciones culturales que buscaban herramientas capaces de complejizar sus objetos. Esa diversidad fue, desde el comienzo, una de sus mayores riquezas porque permitió discutir conceptos que muchas veces utilizamos con excesiva facilidad y que, cuando son sometidos a una lectura historiográfica rigurosa, requieren un trabajo de operacionalización mucho más exigente.

Este libro es una expresión de ese proceso colectivo, aunque no constituye simplemente el resultado editorial de un grupo de estudios. Su apuesta historiográfica es más amplia porque busca mostrar cómo las transformaciones recientes del campo permiten interrogar objetos que hace algunos años probablemente habrían sido considerados periféricos para una historia intelectual. Los capítulos se aproximan a periódicos militantes y boletines del exilio, trabajan con proyectos editoriales y reconstruyen saberes feministas cuya materialidad desafía los archivos tradicionales. También

interrogan trayectorias artísticas y disputas marxistas que permiten problematizar las fronteras de aquello que reconocemos como una intervención intelectual. Lo que los reúne no es un repertorio teórico idéntico, sino una disposición compartida a comprender las ideas dentro de los mundos históricos que hacen posible su producción.

El trabajo de Franco Vargas sobre *Mundo Nuevo*, órgano de las Juventudes Comunistas de Chile entre 1938 y 1947, resulta especialmente sugerente porque abandona una comprensión de la prensa militante como simple vehículo de doctrinas previamente constituidas y propone leer el periódico como un laboratorio político generacional. En sus páginas se producen lenguajes antifascistas y formas de identificación juvenil que adquieren sentido dentro de una experiencia militante situada, de modo que el análisis se desplaza desde aquello que la publicación comunica hacia las prácticas políticas que contribuye a organizar. La periodicidad y los mecanismos de distribución participan de la construcción de un público que comienza a reconocerse como parte de una generación política y que vincula su experiencia local con un horizonte internacional marcado por el antifascismo. La materialidad deja entonces de ocupar una posición secundaria respecto del contenido y se convierte en una dimensión explicativa desde la cual es posible comprender cómo una organización juvenil buscó intervenir políticamente y producir una determinada imagen de sí misma. Esta operación permite, además, devolver densidad intelectual a una prensa partidaria que durante demasiado tiempo fue tratada solamente como depósito documental para reconstruir orientaciones políticas definidas en otro lugar.

Felipe Vera estudia la segunda etapa del boletín informativo del Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores de Chile durante los años del exilio y, al hacerlo, introduce un problema diferente porque permite comprender la palabra impresa como un dispositivo capaz de sostener vínculos políticos cuando la comunidad que los produce se encuentra territorialmente dispersa. El boletín articula una experiencia de distancia y pertenencia mientras organiza representaciones acerca de Chile y de la dictadura, haciendo posible que el exilio sea estudiado no solo como desplazamiento territorial sino también como espacio de producción intelectual. Lo relevante aquí es la capacidad del soporte

para mantener una comunidad política cuya continuidad depende de prácticas de escritura que reconstruyen el vínculo entre quienes permanecen dentro del país y quienes producen desde fuera una interpretación de aquello que ocurre.

Con Antonia Olate la pregunta por los soportes se desplaza hacia las transformaciones contemporáneas de la cultura política mediante el estudio de *El Siglo* entre 1989 y 2023. Su capítulo aborda la transición desde la cultura impresa hacia la digitalización sin reducirla a una sustitución tecnológica, porque muestra que los cambios de soporte modifican también la relación entre quienes producen un medio y quienes lo reciben. Se alteran las temporalidades de lectura mientras cambian las posibilidades de archivo y se reorganizan los modos mediante los cuales una publicación construye continuidad con sus públicos. Este problema obliga a la historia intelectual a preguntarse cómo estudiar la circulación cuando los objetos pierden parte de la estabilidad material que durante siglos hizo posible conservarlos y volver sobre ellos. La digitalización abre, por ello, una discusión metodológica que supera ampliamente el caso analizado y que será cada vez más importante para una disciplina acostumbrada a trabajar con objetos cuya materialidad garantizaba una determinada duración.

El texto de Alonso Martínez sobre el campo editorial de la Teología de la Liberación latinoamericana amplía sustantivamente la escala de observación y permite advertir que una corriente intelectual no puede comprenderse atendiendo únicamente a sus formulaciones doctrinarias. Las ideas liberacionistas necesitaron infraestructuras editoriales y mediadores capaces de transformar una reflexión situada en libros que atravesaron fronteras confesionales y espacios nacionales diferentes. El interés del capítulo reside justamente en demostrar que ese campo editorial no fue un escenario pasivo donde una doctrina ya constituida encontró canales de difusión, sino una de las condiciones históricas que hicieron posible su formación como corriente continental. Seleccionar manuscritos y construir colecciones implicaba tomar decisiones respecto de aquello que debía circular y acerca de los públicos con los que esas producciones podían dialogar. La historia de la Teología de la Liberación se encuentra así con la historia del libro y, mediante ese cruce, permite comprender que editar constituye también una forma de producir pensamiento.

Gabriel Borquez se aproxima al mundo editorial desde una coyuntura completamente diferente al analizar LOM Ediciones durante la postdictadura chilena. Su investigación permite comprender la editorial como un emprendimiento cultural cuyo proyecto intelectual se construyó dentro de las disputas abiertas por la transición y por las formas de narrar una sociedad que buscaba definir los términos de su democratización. La relación entre catálogo y posicionamiento cultural adquiere en este caso una relevancia particular, porque demuestra que editar supone intervenir en los límites de aquello que puede alcanzar existencia pública. LOM aparece así como un agente que contribuye a organizar un espacio de circulación para lenguajes críticos en un contexto donde las disputas por la memoria estaban íntimamente vinculadas con la reorganización del campo cultural. El capítulo permite volver, desde otro lugar, sobre una pregunta que atraviesa este libro y que se refiere a la capacidad de las materialidades editoriales para producir comunidades de lectura que terminan participando en la configuración de posiciones políticas.

El ingreso de los feminismos modifica de manera particularmente significativa las preguntas de la historia intelectual porque obliga a revisar las jerarquías mediante las cuales hemos construido nuestros archivos. Laura Briceño desplaza la atención hacia la revista *Amiga* y hacia los lenguajes económicos dirigidos a mujeres populares durante la dictadura, mostrando que la elaboración de hegemonía no ocurre solamente en los discursos de quienes diseñan las políticas económicas. También puede reconocerse en consejos domésticos y en formas aparentemente menores de administración del hogar, a través de las cuales un determinado vocabulario económico comienza a instalarse en la vida cotidiana. Seguir ese proceso implica comprender cómo género y neoliberalización se articulan en una pedagogía que naturaliza nuevas formas de responsabilidad individual. La revista deja entonces de ser un reflejo de transformaciones que ocurren en otro lugar para convertirse en un dispositivo que contribuye a producirlas mediante la modificación de los lenguajes cotidianos desde los cuales las mujeres interpretan su relación con la economía.

El capítulo de Valentina Pacheco ocupa una posición distinta dentro del volumen porque formula de manera explícita una propuesta para estudiar el campo intelectual feminista en la historia

reciente de Chile. Su importancia reside en desplazar la mirada desde las figuras individuales hacia espacios de producción colectiva donde el conocimiento feminista adquirió circuitos propios de elaboración y reconocimiento. Este movimiento obliga a reconsiderar la definición misma de intelectual, especialmente cuando la práctica teórica se encuentra estrechamente vinculada con experiencias organizativas y con formas de intervención que no siempre producen obras reconocidas por los mecanismos tradicionales de consagración. La propuesta permite comprender el feminismo como un campo donde las ideas se construyen mediante relaciones sociales concretas y cuya legitimidad debe ser estudiada atendiendo a sus propias formas de reconocimiento. En ese sentido, el capítulo no solo incorpora a las feministas a una historia intelectual previamente constituida, sino que tensiona las categorías mediante las cuales esa historia ha definido tradicionalmente a sus sujetos.

Más radical resulta el desplazamiento propuesto por Paula Pastenes al estudiar la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén y las disputas que acompañaron la construcción de su léxico político-cultural. Su capítulo obliga a interrogar archivos cuya precariedad material fue frecuentemente confundida con una supuesta debilidad intelectual y recupera formas de producción de conocimiento elaboradas desde posiciones históricamente subordinadas. Los testimonios y documentos de circulación restringida adquieren una densidad particular cuando son leídos como espacios donde fue necesario construir categorías para nombrar experiencias que los lenguajes disponibles no alcanzaban a reconocer. El conflicto con sectores del propio feminismo muestra, además, que los campos intelectuales no constituyen espacios armónicos de intercambio, porque se encuentran atravesados por luchas acerca de quién puede adquirir autoridad para definir una experiencia colectiva. Esta constatación resulta especialmente relevante para una historia intelectual que pretenda ampliar sus objetos sin reproducir las jerarquías que determinaron durante décadas qué producciones merecían ser consideradas pensamiento. Incorporar nuevos sujetos exige revisar, al mismo tiempo, los criterios mediante los cuales construimos legitimidad intelectual y reconocer que la exclusión de ciertas voces no constituye un vacío accidental del archivo, sino parte de la historia que buscamos explicar.

La tercera parte del libro vuelve sobre la cuestión de los agentes desde un movimiento que tensiona las fronteras más persistentes de la disciplina. Mauricio Tapia interroga las posibilidades de pensar a los artistas visuales como agentes intelectuales mediante una reflexión construida desde los itinerarios político-culturales de Nemesio Antúnez y desde las formas de intervención pública desplegadas por las artes durante la segunda mitad del siglo XX. Su pregunta resulta significativa porque cuestiona la asociación casi automática entre actividad intelectual y producción escrita. Cuando una intervención política se realiza mediante imágenes o a través de instituciones artísticas, las herramientas construidas para estudiar textos resultan insuficientes y requieren desplazarse hacia otros registros. El capítulo no pretende convertir al artista en una versión ampliada del intelectual tradicional, sino preguntarse qué ocurre con la historia intelectual cuando presta atención a lenguajes cuya eficacia pública se organiza de una manera diferente. Ese movimiento la acerca a una historia cultural de lo político y permite reconocer formas de agencia que difícilmente podrían ser captadas si continuáramos identificando la producción intelectual con el universo exclusivo de la palabra escrita.

El debate reconstruido por Simón González entre Luis Vitale y Marta Harnecker permite retornar a uno de los problemas clásicos de la historia intelectual latinoamericana desde una perspectiva que evita evaluar la fidelidad de cada autor respecto de un marxismo entendido como doctrina originaria. Su interés consiste en reconstruir las condiciones desde las cuales ambos intelectuales seleccionaron determinados repertorios teóricos y los convirtieron en herramientas para interpretar las realidades políticas en las que intervenían. Vitale y Harnecker aparecen, entonces, como agentes de procesos de apropiación que transforman aquello que reciben y que, precisamente por ello, participan en la historicidad del marxismo latinoamericano. La disputa entre ambos demuestra que una tradición intelectual nunca existe al margen de los conflictos que redefinen sus significados, porque cada recepción reorganiza la doctrina desde las urgencias de un presente específico.

En el capítulo de Vicente Hernández la atención se desplaza hacia las narrativas intelectuales construidas en torno a la clase media chilena durante los años noventa. La elección resulta

productiva porque permite observar cómo cientistas sociales y ensayistas participaron en la elaboración de categorías destinadas a hacer inteligible una sociedad que comenzaba a narrarse a sí misma mediante el lenguaje de la modernización y del consumo. La clase media no aparece como una realidad sociológica plenamente constituida antes de esas narrativas, sino como una categoría cuya definición se encuentra estrechamente vinculada con diagnósticos acerca de la movilidad y con percepciones sobre las transformaciones culturales de la postdictadura. Analizar estas representaciones permite comprender la capacidad de los lenguajes intelectuales para organizar percepciones sobre una sociedad que estaba modificando aceleradamente las imágenes mediante las cuales se explicaba a sí misma. El capítulo muestra de manera particularmente sugerente que las categorías sociales poseen una vida intelectual y que seguir esa vida permite reconocer los vínculos entre conocimiento social y producción de imaginarios colectivos.

Mirados en conjunto, los trabajos reunidos en este libro permiten reconocer algunos desplazamientos que considero especialmente significativos para una historia intelectual situada en los problemas contemporáneos de la historiografía chilena. El primero tiene que ver con el abandono de una comprensión excesivamente autoral de la producción intelectual para observar procesos donde las ideas son resultado de prácticas colectivas y de mediaciones cuya importancia no puede ser considerada secundaria. El segundo se vincula con la incorporación decisiva de la materialidad como dimensión constitutiva de la producción de sentido, cuestión que obliga a pensar los soportes no como simples contenedores sino como agentes que condicionan las formas de circulación. El tercero surge de la ampliación de los sujetos y de los archivos, particularmente visible en los trabajos vinculados con feminismos y experiencias subalternizadas, donde el conocimiento se produce bajo condiciones que no necesariamente se ajustan a los mecanismos tradicionales de consagración intelectual.

Existe todavía otro desplazamiento que atraviesa el volumen y que considero especialmente relevante. Los capítulos permiten pensar la relación entre producción intelectual y política sin reducir la primera a una representación de la segunda. Los lenguajes contribuyen a construir aquello que nombran y las revistas participan en la fabricación de comunidades que difícilmente

existirían del mismo modo sin esos dispositivos. Las editoriales intervienen en la producción de campos de lectura mientras las categorías sociales establecen marcos desde los cuales una sociedad puede interpretarse. Esta concepción performativa permite comprender la historia intelectual como una historia de prácticas capaces de producir realidad, sin convertir por ello el lenguaje en una fuerza autónoma desligada de las condiciones sociales que hacen posible su eficacia.

Ese equilibrio resulta metodológicamente indispensable. La ampliación del campo no puede transformarse en una indefinición donde todo sea susceptible de ser considerado historia intelectual. Hablar de circulación exige reconstruir trayectos verificables y utilizar la categoría de red supone identificar relaciones concretas entre agentes que efectivamente estuvieron vinculados. Del mismo modo, la recepción no puede ser utilizada como una metáfora genérica de influencia porque requiere examinar operaciones de apropiación que modificaron aquello que fue recibido. La historia intelectual conserva su capacidad explicativa precisamente cuando obliga a extremar la rigurosidad del vínculo entre categorías teóricas y material empírico.

Esta exigencia adquiere especial importancia en el estudio de la historia reciente, donde la abundancia documental puede producir la ilusión de que poseemos un acceso transparente a la experiencia de los actores. La cercanía temporal no elimina la necesidad de mediación historiográfica y, por el contrario, vuelve todavía más urgente interrogar las condiciones mediante las cuales determinados relatos consiguieron convertirse en representaciones dominantes del pasado próximo. La historia intelectual tiene aquí una tarea particularmente relevante porque puede mostrar cómo se producen las categorías que luego utilizamos para nombrar procesos históricos y cómo ciertas interpretaciones consiguen naturalizarse hasta desaparecer como construcciones históricas.

La propia noción de transición constituye un buen ejemplo de esta operación. Durante décadas fue utilizada como una categoría aparentemente descriptiva que permitía ordenar un período de la historia chilena reciente, aunque en realidad contenía una representación específica del tiempo político y un modo particular de jerarquizar los acontecimientos. Algo semejante ocurre con conceptos como modernización o gobernabilidad, cuya historicidad

puede desaparecer cuando se transforman en categorías analíticas utilizadas por los historiadores sin reconstruir los conflictos que acompañaron su aparición. Una historia intelectual políticamente situada debe ser capaz de convertir esos lenguajes nuevamente en problemas y devolverles la contingencia que perdieron cuando fueron transformados en vocabulario experto.

Esa operación crítica constituye, quizás, uno de los aportes más importantes que la historia intelectual puede realizar a la historia política. No se trata simplemente de agregar discursos a investigaciones previamente construidas sobre instituciones o movimientos, sino de reconocer que ninguna práctica política existe al margen de los lenguajes que permiten interpretarla y dotarla de sentido. Tampoco significa afirmar que el mundo social pueda reducirse al lenguaje. Las prácticas se encuentran condicionadas por estructuras y relaciones de poder que exceden las representaciones, aunque los actores solo pueden intervenir sobre esas condiciones mediante marcos de inteligibilidad históricamente disponibles. La historia intelectual se instala precisamente en ese espacio de tensión y resulta productiva cuando se niega a resolverlo de forma simplificadora.

Por esa razón, este libro no busca definir definitivamente qué debe entenderse por historia intelectual. Una operación de ese tipo sería contradictoria con la historia del propio campo y probablemente terminaría clausurando aquello que aquí se considera más fértil. Lo que buscamos, en cambio, es mostrar algunas de las preguntas que se vuelven posibles cuando dejamos de considerar las ideas como objetos separados de las prácticas que las producen. En esa apertura aparecen periódicos militantes y proyectos editoriales, al mismo tiempo que ingresan saberes feministas que tensionan las jerarquías del archivo y prácticas artísticas que obligan a reconsiderar el predominio de lo letrado. No todos estos objetos requieren las mismas herramientas ni producen idénticas respuestas, pero todos comparten la necesidad de reconstruir la historicidad de los sentidos.

Las formas de historia intelectual reunidas en estas páginas constituyen, por ello, ejercicios situados más que aplicaciones de un paradigma. Cada capítulo elabora su propia entrada a problemas que desbordan los límites tradicionales del campo y, al hacerlo, muestra algo acerca de la historiografía chilena contemporánea. Muestra su creciente apertura hacia el estudio de las materialidades y su interés

por los circuitos que permiten comprender cómo determinadas ideas llegan a adquirir existencia social. También muestra una preocupación por actores que durante demasiado tiempo permanecieron en los márgenes de la historia intelectual y cuya incorporación obliga a transformar las categorías disponibles.

Hay, finalmente, una apuesta historiográfica que atraviesa este libro y que explica mi propio interés en acompañar estas investigaciones. Las sociedades no solo viven procesos históricos, también producen constantemente interpretaciones para hacerlos comprensibles y construir expectativas respecto de aquello que todavía no ocurre. Esas interpretaciones participan de la historia que pretenden explicar. Organizan memorias y construyen temporalidades mediante lenguajes que delimitan lo posible. Reconstruirlas exige atender simultáneamente a aquello que dicen y a las condiciones que permiten que sean escuchadas, porque la eficacia de una intervención intelectual nunca depende exclusivamente de su coherencia argumentativa.

Una revista que consigue organizar un debate y una editorial que mantiene abierto un espacio para lenguajes críticos forman parte activa de la historia política de una sociedad. Lo mismo puede afirmarse respecto de un colectivo feminista que inventa palabras para nombrar experiencias hasta entonces expulsadas de la esfera de lo decible, o de un grupo de intelectuales que reelabora una tradición política para volverla capaz de interpretar un presente que ya no puede explicarse con los vocabularios anteriores. En todos estos casos, aquello que está en juego es una producción de inteligibilidad cuya eficacia puede convertirse también en producción de futuro.

Por eso, más que ofrecer una cartografía acabada de la historia intelectual chilena, este libro propone reconocer un campo en movimiento y hacerse cargo de sus zonas todavía abiertas. Su historia es también la de una comunidad de investigación que encontró en estas preguntas una manera de revisar sus propios modos de hacer historia y de discutir los límites de categorías que muchas veces utilizamos sin interrogar suficientemente sus condiciones de posibilidad. En ese movimiento entre herencias intelectuales y nuevas apropiaciones, entre materialidades que hacen posible la circulación y prácticas capaces de transformar sus significados, se sitúa la apuesta de este volumen. No se trata de cerrar una definición, sino de abrir problemas que permitan seguir

pensando cómo las sociedades producen los lenguajes mediante los cuales se comprenden a sí mismas y cómo esos lenguajes, lejos de permanecer fuera de la historia, participan activamente en su producción.

I. Prensa, editoriales y circuitos de producción intelectual

Mundo Nuevo: prensa, antifascismo y laboratorio político-generacional de las Juventudes Comunistas de Chile (1938–1947)

Franco Vargas Gallinato[1]

Introducción

Las décadas de 1930 y 1940 fueron un período de intensa reorganización política e ideológica tanto en Chile como en el escenario internacional. La crisis del orden liberal, el ascenso del fascismo europeo, la Guerra Civil Española y, posteriormente, la Segunda Guerra Mundial, aceleraron procesos de movilización política, redefinieron lenguajes y reconfiguraron las fronteras entre lo nacional y lo internacional[2]. En medio de estas transformaciones, la cuestión juvenil adquirió un lugar inédito en la escena pública: las juventudes dejaron de ser concebidas sólo como una etapa biográfica para convertirse en un sujeto político capaz de intervenir en las disputas estratégicas de la época[3].

En este escenario, el antifascismo se configuró como uno de los lenguajes políticos más influyentes de la década, tanto en Europa como en América Latina. Lejos de ser únicamente una respuesta reactiva al ascenso del fascismo, diversos estudios han mostrado que operó como un campo de experiencias, sensibilidades y prácticas de resistencia. A nivel europeo, el antifascismo favoreció la articulación de alianzas amplias entre comunistas, socialistas y sectores progresistas, expresándose primero como una cultura de resistencia en los años veinte y luego como una cultura de combate a partir de 1933[4]. Desde otra perspectiva, se ha propuesto que este horizonte contribuyó a la reconfiguración de identidades políticas, al permitir

[1] Magíster en historia por la Universidad de Santiago de Chile. Correo de contacto: francovargasg96@gmail.com. ORCID: https://orcid.org/0000-0001-9917-4139.
[2] Hobsbawm, *Historia del siglo XX*; Traverso, *A sangre y fuego*; Seidman, *Transatlantic Antifascisms*.
[3] Ginard, "Mujeres, juventud y activismo"; Souto, *Paso a la juventud*.
[4] Braskén, "Making Anti-Fascism Transnational".

que distintos actores se reconocieran como parte de una misma izquierda internacional movilizada contra un enemigo común[5].

En América Latina, estos debates circularon con códigos propios y a través de procesos de recepción particulares. Se ha destacado la flexibilidad de sus cronologías respecto de Europa y la heterogeneidad de actores que discutieron los contenidos y las formas de la movilización antifascista[6]. En el caso chileno, investigaciones recientes han señalado que el Partido Comunista recepcionó tempranamente el antifascismo como una sensibilidad política dotadora de sentido, estrechamente vinculada a su inserción en el movimiento comunista internacional y a la configuración de su cultura política[7]. Así entendido, el antifascismo, más que un alineamiento doctrinario, fue un horizonte capaz de organizar repertorios de movilización, formas de sociabilidad y modos de concebir la militancia.

En este marco, el Frente Popular reconfiguró las coordenadas de acción del comunismo chileno. El giro del Partido Comunista hacia una política de alianzas amplias —interpretado como un tránsito desde las dinámicas defensivas del Tercer Período hacia una etapa de mayor inserción social y capacidad de incidencia[8]— situó el antifascismo en el centro de su discurso y de sus repertorios de movilización. Al mismo tiempo, la politización juvenil venía fortaleciéndose desde inicios de la década de 1930, al calor de las movilizaciones estudiantiles y del surgimiento de nuevas organizaciones políticas juveniles, en las que participaron activamente jóvenes comunistas y futuros dirigentes socialistas[9]. El campo juvenil de izquierda se amplió durante la década, con nuevas organizaciones estudiantiles y políticas en disputa por la conducción generacional.

En este contexto, las Juventudes Comunistas de Chile (JJCC) adquirieron una visibilidad creciente como actor político e intelectual. Si bien la historiografía ha avanzado en el estudio de su papel organizativo y de su inserción en las dinámicas del comunismo

---

[5] Fronczak, *Everything is Possible*.
[6] McGee Deutsch y Nállim, "Contesting Eurocentrism".
[7] Urtubia, "El antifascismo en el Partido Comunista"; Urtubia, "El ensamblaje de un lente bifocal".
[8] Álvarez.
[9] Moraga, *Muchachos casi silvestres*.

chileno[10], menor atención han recibido sus formas de producción cultural y, en particular, su intervención en el campo editorial. Con excepción de algunos estudios centrados en períodos más recientes[11], la prensa juvenil comunista —pese a su importancia en los procesos de formación militante y en la configuración de identidades políticas generacionales— ha permanecido como un objeto marginal dentro de la historiografía sobre cultura impresa. En efecto, no existe un estudio que aborde sistemáticamente la prensa juvenil comunista como dispositivo cultural desde la perspectiva de su performatividad material y generacional. Este vacío historiográfico contrasta con el lugar que la prensa ocupó en la vida militante de la época, especialmente en un momento en que las organizaciones juveniles buscaban afirmarse como sujetos con proyectos propios, capaces de disputar sentidos, representar a la juventud y proyectar horizontes políticos más allá de las fronteras partidarias.

Es precisamente en este cruce donde se sitúa *Mundo Nuevo*, el órgano de prensa de las Juventudes Comunistas de Chile. Publicado entre 1938 y 1947, aunque con intermitencias, el periódico funcionó como un espacio de sociabilidad política, formación militante y producción intelectual juvenil. Su período de funcionamiento coincide con los años de mayor impulso del antifascismo en Chile, articulado en torno al Frente Popular y a las nuevas posibilidades que este abrió para la acción política juvenil. Este cruce entre un medio editorial en consolidación y un horizonte antifascista en expansión convierte a *Mundo Nuevo* en un laboratorio privilegiado para explorar los lenguajes políticos, las sensibilidades y las disputas generacionales que la militancia comunista elaboró en el marco de la lucha contra el fascismo.

La delimitación temporal entre 1938 y 1947 responde tanto al ciclo vital de la publicación como a su inserción en un momento de alta densidad política para las juventudes comunistas. Las intermitencias de *Mundo Nuevo* se explican, principalmente, como reflejo de las tensiones materiales, organizativas e institucionales que atravesaron al comunismo chileno durante el Frente Popular, la Segunda Guerra Mundial y la posguerra inmediata. En este sentido, las pausas en su circulación se vincularon con restricciones

[10] Acevedo, "Un mundo nuevo"; Vargas, "Los jóvenes comunistas".
[11] Moyano et al., "El aguja directo".

financieras, variaciones en su capacidad editorial y transformaciones en sus prioridades políticas. Estudiar este arco temporal permite, por tanto, observar la publicación como un dispositivo cultural cuya materialidad y cuyos ritmos expresan las contradicciones y mutaciones del antifascismo comunista en una década decisiva.

Este estudio analiza *Mundo Nuevo* (publicado entre 1938 y 1947, aunque con intermitencias) como un laboratorio político-generacional en el que las Juventudes Comunistas articularon prácticas editoriales, lenguajes políticos y experiencias juveniles en torno al antifascismo. Más que un simple órgano de difusión partidaria, la publicación operó como un dispositivo cultural desde el cual los jóvenes comunistas construyeron una comunidad de lectores, definieron marcos interpretativos sobre la coyuntura nacional e internacional y elaboraron una identidad juvenil propia, situada en diálogo —y también en conflicto— con otros actores de la izquierda chilena.

El antifascismo, lejos de funcionar únicamente como una posición doctrinaria o como mero telón de fondo, operó como una experiencia generacional y como un horizonte de recepción transnacional capaz de redefinir sensibilidades políticas, estilos militantes y repertorios de acción. En este sentido, *Mundo Nuevo* no solo registró las disputas y aspiraciones de una juventud comunista en expansión, sino que contribuyó a dotarlas de coherencia, inscribiendo a sus militantes dentro de un proyecto que se entendía a sí mismo como parte de un movimiento global de defensa de la democracia y de transformación social.

La investigación parte de la premisa de que la prensa militante no solo representaba posiciones políticas, sino que también las producía, configurando identidades, repertorios de acción y formas de sociabilidad. Desde la historia del libro y de la cultura impresa, ello implica atender tanto a la materialidad del soporte —sus condiciones de producción, circulación, tirajes y formatos— como a su performatividad, es decir, a su capacidad de intervenir en la vida política y modelar prácticas[12]. La cultura escrita se comprende así como un circuito en el que autores, editores, impresores, distribuidores y lectores participan de un mismo proceso de construcción y movilización política.

[12] Chartier, *Inscribir y borrar*; Chartier, *Editar y traducir*; Darnton, *El negocio de la ilustración*; Saferstein, "Edición y política".

Metodológicamente, el análisis se basa en la lectura sistemática de *Mundo Nuevo* (1938–1947) como una fuente que articula prácticas, materialidades y procesos de circulación. Para ello, se realiza una codificación de escenas, secciones y marcas materiales —precio, tiraje, avisos, festivales, agencias distribuidoras y variaciones gráficas— que permiten reconstruir el modo en que la publicación se produjo, circuló y fue pensada para ser leída. Estas huellas, que pueden interpretarse a partir del "circuito de comunicación" propuesto por Robert Darnton, implican entender el periódico como un dispositivo de intervención política. Este enfoque permite identificar tres mecanismos entrelazados: la agencia del soporte material (cómo el formato, el diseño y las condiciones de impresión condicionan y habilitan usos políticos), la fabricación de una audiencia juvenil (cómo se produce y orienta un lectorado militante y no militante) y la traducción política (cómo el periódico adapta y resignifica discursos transnacionales).

En el ecosistema comunista, este circuito adquiere características específicas. La estructura partidaria opera como un centro editor capaz de producir distintos niveles de prensa, desde órganos centrales hasta publicaciones sectoriales, que cumplen funciones pedagógicas y organizativas[13]. A medida que estas organizaciones se consolidan, el libro y el periódico, se transforman en soportes esenciales para disciplinar militancias, articular debates y sostener la cohesión interna, rearticulando prácticas antes expresadas mediante folletos o volantes[14]. Al mismo tiempo, la circulación de consignas, categorías y lenguajes provenientes del movimiento comunista internacional se inscribe en lo que ha sido conceptualizado como una "Internacional de papel", donde los impresos operan como canales de traducción entre lo global y lo local[15].

Concebir *Mundo Nuevo* como un laboratorio político-generacional supone, por tanto, entenderlo como un espacio donde estas dinámicas se condensan: un dispositivo cultural desde el cual los jóvenes comunistas producen significados, codifican sensibilidades antifascistas y ensayan modos de intervención en el

[13] Tarcus, "Revistas intelectuales y formaciones"; Tarcus, *Edición y revolución*; Melgar Bao, *La prensa militante*.
[14] Rivera Mir, *Edición y comunismo*.
[15] Petra, *Intelectuales y cultura comunista*.

espacio público. El periódico además de transmitir orientaciones y lineamientos partidarios, logra producir juventud: organiza expectativas generacionales, define repertorios de acción, jerarquiza prácticas de militancia y construye una comunidad de lectores que se reconoce como parte de un proyecto común.

Desde la historia intelectual, y en diálogo con los enfoques de la cultura impresa y el giro material, se sostiene que el estudio de *Mundo Nuevo* permite iluminar dimensiones poco exploradas del comunismo chileno en tiempos del Frente Popular: sus prácticas de producción cultural, sus formas de intervención en el espacio público juvenil y los modos en que la prensa articuló proyectos políticos y experiencias generacionales. Ello permite situar a las JJCC como una comunidad productora de ideas más allá de su característica disciplina partidaria, cuyas prácticas editoriales —edición, circulación, lectura— dieron forma a un imaginario político propio.

Materialidad y soportes: condiciones de existencia de *Mundo Nuevo*

El primer número de *Mundo Nuevo*, aparecido el 3 de septiembre de 1938, bajo la dirección de Luis Corvalán, no es un gesto casual en el entramado político ni juvenil de la época: emerge en medio de la efervescencia electoral del Frente Popular, mientras en Europa se agudiza la crisis del liberalismo de la mano expansionista del fascismo, elementos que contribuyeron a articular una expectativa de cambio en amplios sectores sociales. En ese contexto, las Juventudes Comunistas de Chile (JJCC) identifican la necesidad de un órgano propio, ya sea como herramienta de propaganda o como plataforma colectiva de formación política juvenil. En consecuencia, el periódico se planteó desde su génesis como una infraestructura tangible de militancia —un objeto material cuya existencia presupone decisiones concretas sobre tiraje, precio, formato y periodicidad—, sin las cuales cualquier discurso habría quedado ahogado en la abstracción.

La condición material de ese primer ejemplar habla por sí misma: 3.000 copias impresas para circular a 40 centavos. Esa cuantificación no es anecdótica: expresa una intención deliberada de alcanzar un público juvenil diverso, y al mismo tiempo revela los

límites económicos de una organización juvenil que debe conciliar su práctica política con recursos escasos. La portada, con su lema "Por una juventud libre en un Chile libre" y su subtítulo "La voz de las Juventudes Comunistas de Chile", establece un contrato simbólico con los lectores tratando de convocar a la acción militante[16]. Así, desde su primer número, *Mundo Nuevo* se define como una promesa de transformación, mediada por un objeto concreto que reclama su valor material.

El diseño interior del periódico explica cómo la materialidad opera también en la configuración del lector. Desde sus primeras ediciones, *Mundo Nuevo* combinó secciones políticas con espacios culturales: cuentos, concursos de payas, notas sobre deportes, crónicas desde fábricas o zonas rurales[17]. Esa mezcla deliberada busca codificar la política en "lenguajes de juventud", antes que limitarse a decorar. El lenguaje de barrio, de obrero, de estudiante, opera como un impulso de politización de la heterogénea cotidianidad generacional. Así, el periódico actúa como puente entre lo global —la guerra, la crisis del capitalismo, la solidaridad internacional antifascista— y lo local: la disputa por derechos laborales, la crisis del desempleo, la movilización juvenil. En ese sentido, según se logra apreciar en la Figura 1, el formato se articula con una combinación de tipografías, distribución de columnas claramente identificadas, inclusión de imágenes referenciales, en su mayoría retratos individuales y colectivos, además de la utilización de gráficas simples, pero con disposiciones centrales que, en conjunto, estructuran una experiencia de lectura orientada a la acción, a la militancia cotidiana como grupo que obra y dirige, para evitar el mero consumo pasivo.

La periodicidad semanal, por su parte, impone ritmos concretos a la militancia juvenil. Cada semana, un nuevo número significa una nueva oportunidad de circulación, de movilización, de invitación a actuar. Pero esa regularidad no es ingenua: organiza calendarios de militancia y establece un ritmo colectivo que en el fondo produce una disciplina. Las ediciones especiales que rompen con el ritmo semanal perfecto, buscan congeniar con fechas simbólicas como aniversarios, conmemoraciones internacionales o hitos del movimiento obrero.

---

[16] *Mundo Nuevo* [en adelante, *MN*], septiembre de 1938.
[17] *MN*, 3 de septiembre de 1938.

Figura 1. *Mundo Nuevo*, 3 de septiembre de 1938, portada.



EL DIA de Nuestra Independencia

la Juventud Proclamará a Pedro Aguirre Cerda

CONGRESO CONTINENTAL OBRERO

MUNDO

Año: Primero

Número: Uno

PRECIO: 40 cvs.

Por una Juventud Libre en un Chile Libre

La voz de las Juventudes Comunistas de Chile

SANTIAGO, SETIEMBRE 3 DE 1938

ENTRE AGUIRRE Y ROSS

¿POR QUIEN VOTARIA EL GENERAL?

Embajadores Juveniles de la Paz

¡REGRESAN

Fuente: Ejemplar original.

Estos elementos convierten el periódico en un verdadero calendario político, o incluso una agenda de acción política: cada número es un llamado, una convocatoria, una estructura de tiempo militante que articula la cotidianidad con la urgencia histórica.

El sistema de distribución diseñado para *Mundo Nuevo* revela la dimensión logística de su materialidad. De alguna forma, la estrategia colectiva busca compensar la escasez de recursos. No bastaba imprimir, pues era necesario llevarlo a calles, fábricas, liceos, pueblos. Para ello se desplegaron redes de corresponsales, agencias locales y comités de amigos. Tal configuración implicaba corresponsabilidad: quienes distribuían eran militantes; quienes

vendían, eran también los llamados a comprometerse[18]. Esa logística colectiva convierte la circulación en una práctica de formación política: vender ejemplares, cumplir cuotas, responder por envíos a provincias, rendir cuentas. La circulación no es un aspecto accesorio: es central al proyecto comunicativo y militante del periódico.

Las tensiones económicas eran permanentes, pese a que su transparencia siempre iba acompañada de discursos de hazañas militantes para el logro de metas. En 1941, por ejemplo, la administración reporta un gasto de $4.260 para publicar los primeros números, de los cuales sólo $1.510 habían sido recuperados mediante ventas y suscripciones[19].[20] Esa diferencia indica una precariedad estructural, pero caracterizada por el carácter de militancia del proyecto de la mano de su dependencia de contribuciones voluntarias y de subsidios internos. Festivales deportivos, rifas, colectas en comités obreros funcionaban como mecanismos de autofinanciamiento, pero también como espacios de socialización colectiva, encuentro generacional y reafirmación de compromiso. Así, la economía del papel y la tinta se transforma en una economía de solidaridad y acción política. Las ventas no eran un mero acto de consumo de masas, sino más bien una forma de construir espacios para organizar a las masas. Sin embargo, la intención se veía limitada por una realidad social y política que operaba muchas de las veces como obstáculo.

Con el paso del tiempo, la materialidad del periódico se ajusta a nuevas exigencias. En 1940, durante la segunda época de *Mundo Nuevo*, se incorporan secciones dirigidas a jóvenes mujeres, deportes femeninos, literatura rusa y columnas culturales, ampliando deliberadamente su campo de acción. Ese giro editorial buscó ampliar la base de lectores y recoger un conjunto de demandas sociales que parecieran indicar, según sus editoriales, la construcción de una juventud heterogénea. De todas maneras,

---

[18] *MN*, octubre de 1938.

[19] *MN*, 15 de febrero de 1941.

[20] Para dimensionar la magnitud de estas cifras, los $4.260 pesos mencionados equivalían aproximadamente a entre veinte y treinta salarios mensuales obreros hacia comienzos de la década de 1940, mientras que los $1.510 recuperados representaban entre siete y diez salarios mensuales. Las estimaciones se basan en series históricas de salarios para Chile. Véase Braun et al., *Economía chilena 1810–1995*.

dialogaba con una línea política frentepopulista en referencia a la sección adulta y también a las exigencias de la Internacional Comunista por medio de su Buró Sudamericano. El debate respecto de la capacidad de movilización de masas en un contexto de intensa disputa por la misma, inundó las conversaciones entre las dirigencias locales y moscovitas, viéndose reflejado en el periódico como una urgencia local de contenido global, pero sin que esta contemplara apoyo material alguno[21]. Frente a la compleja tarea de sostener la empresa colectiva, en 1941, la tercera época del periódico introduce titulares en color y aumento de páginas, multiplicando la densidad informativa. Estas decisiones de diseño y formato no son estéticas únicamente: son estratégicas y evidencian la ambición de consolidar un medio estable, atractivo y políticamente relevante. Se volvía necesaria una disputa gráfica y estética, pese al riesgo financiero que podía significar. Se esperaba que el cambio estético, tuviera impacto político y de ahí se expresara en un retorno económico.

La presencia de publicidad comercial, aunque limitada, formó parte de la infraestructura material para solventar la apuesta gráfica: avisos de librerías, ferias, comercios locales aparecen junto a noticias, lo que demuestra que el periódico no existía al margen de la economía popular. Esa inserción en redes urbanas y de consumo popular permitió financiar parcialmente la impresión, y al mismo tiempo ubicó al periódico como parte de un mundo social más amplio, no exclusivo de militantes. Lo comercial y lo político se entrelazan, señalando que la prensa juvenil operaba en un plano híbrido entre la economía popular, la cultura de masas y la militancia organizada.

Las dificultades de distribución y la hostilidad política constituyeron un condicionante de corte estructural. En 1941, por ejemplo, la venta del periódico en barrios como Renca se vio obstaculizada por acciones represivas contra militantes suplementeros, denunciados como una "quinta columna fascista" que llevaron a cabo prácticas de persecución local[22]. El entorpecimiento de la actividad suplementera por parte de grupos anticomunistas obligó a tomar medidas con un doble objetivo: salvaguardar a la militancia de acciones violentas, pero sin que ello implicara replegarse, pues se requería aumentar la distribución.

[21] Ulianova y Riquelme, *Chile en los archivos*.
[22] *MN*, julio de 1941.

Parecía una situación compleja que enfrentaba un dilema entre la integridad militante y la supervivencia del periódico, sin embargo, se resolvió con acción política: la actividad suplementera comenzó a desarrollarse en grupos permitiendo cumplir con ambas tareas. Estas circunstancias demuestran que la circulación material de *Mundo Nuevo* se desarrollaba en un terreno peligroso, donde publicar y vender equivalía a asumir riesgos y tener que enfrentarlos colectivamente. Cada ejemplar distribuido se convertía en un medio de información que incorporaba nítidamente un acto de resistencia y organización militante.

La variación del precio en el tiempo —de 40 centavos en 1938, a 60 centavos en 1942 y a $1 en 1947— reflejó los vaivenes económicos, los costos crecientes de impresión y las necesidades de autofinanciamiento[23]. Pero al mismo tiempo es una medida de accesibilidad: un precio moderado buscaba asegurar que cada ejemplar se mantuviera al alcance de jóvenes de sectores populares. Esta tensión entre sostenibilidad y accesibilidad materializa la contradicción que atraviesa cualquier prensa militante: mantenerse económicamente viable sin perder su carácter masivo y popular. En este sentido, el mecanismo de suscripción permitió un sostén plausible que se incorporó en la primera época, para luego volver como eje central en su tercera reaparición a finales de 1940. La comunidad de lectores (militantes y no militantes) era, sin duda, el principal influjo financiero del periódico, pese a ser insuficiente por sí mismo.

La dimensión territorial también marcó la materialidad del periódico y afectó a la construcción de la comunidad de lectores, y con ello, al dinero proveniente de las suscripciones. Las agencias de distribución en provincias, la red de corresponsales y el envío de ejemplares por suscripción ejemplifican un proyecto nacional, más allá de Santiago. Ese despliegue implicó coordinación logística, redes de confianza, rendición de cuentas y compromiso militante. La expansión territorial demuestra que el soporte material de *Mundo Nuevo* buscaba trascender lo urbano, alcanzando áreas rurales, obreras y periféricas, consolidando una prensa juvenil con vocación de alcance nacional. Sin embargo, resulta claro que la geografía nacional no era un espacio muy viable para sostenerse mucho tiempo, pues constantemente se publicaban localidades extremas

[23] *MN*, 3 de septiembre de 1938; *MN*, septiembre de 1942; *MN*, octubre de 1947.

con una deuda de suscripción que aumentaba en cada número. En este sentido, existía un subsidio de las capitales regionales hacia las localidades menores, que solicitaban cantidades precisas para compartir los ejemplares con quienes no podían financiarlo, pero que comenzaban a contraer deudas.

Por su parte, la edición gráfica del periódico —tipografía, columnas, ilustraciones, diagramaciones, secciones diferenciadas— buscó eficiencia y también identidad. Cada cambio en el diseño —el uso de color, nuevas secciones, modificaciones editoriales— respondía a intenciones políticas: mantener la atención, visibilizar contenidos, diferenciarse de la prensa tradicional, proyectar modernidad militante. El periódico, de este modo, se convierte en un objeto simbólico, donde lo material y lo ideológico convergen, construyendo una estética de juventud, lucha y pertenencia.

La coexistencia de secciones culturales, informativas y de entretenimiento constituye una estrategia para traducir la política al lenguaje juvenil. La política no se expresa únicamente en columnas doctrinarias: aparece en concursos, deportes, literatura, crónicas de barrio, secciones populares. Esta estrategia demuestra que la prensa juvenil no aspira a un elitismo intelectual, sino a una militancia de masas que sea capaz de convocar, integrar y formar sujetos políticos desde la cotidianeidad, lo popular y lo juvenil.

Finalmente, el análisis de la materialidad de *Mundo Nuevo* permite concluir que este periódico juvenil no fue únicamente un medio de comunicación, pues se configuró como una infraestructura política tangible, donde las decisiones sobre tiraje, periodicidad, formato y distribución operaron como estrategias de formación y movilización. Cada ejemplar impreso, cada columna diagramada, cada ilustración incluida constituyó un acto deliberado de construcción de comunidad y de disciplina militante. La existencia física del periódico condiciona la manera en que los jóvenes accedían a la información, se vinculaban entre sí y participaban en prácticas colectivas, transformando la lectura en una experiencia activa de aprendizaje político. La materialidad, en este sentido, no es secundaria, sino que se posiciona como una base sobre la cual se puede articular un proyecto de educación política, solidaridad y acción organizada, y sin ella cualquier discurso correría el riesgo de permanecer en el plano abstracto.

El funcionamiento del periódico, desde la logística de distribución hasta la organización de corresponsales y agencias locales, pone en evidencia la dimensión colectiva y práctica de la militancia juvenil. La circulación de los ejemplares constituye un mecanismo de socialización política, en el que vender, distribuir o suscribirse se transforma en acto de compromiso. Esta estrategia responde a la necesidad de superar restricciones económicas y, al mismo tiempo, refuerza la noción de corresponsabilidad y pertenencia a una comunidad política. En contextos de represión, la distribución se vuelve un acto de resistencia: cada ejemplar llevado a una provincia o barrio representa tanto información como riesgo compartido, lo que refuerza la formación de hábitos militantes y la comprensión de la política como práctica cotidiana.

La economía del periódico, desde el autofinanciamiento hasta el limitado uso de publicidad comercial, demuestra la intersección entre lo material y lo ideológico. Los recursos destinados a la impresión, las rifas, colectas y festivales deportivos, además de resolver problemas de sostenibilidad, consolidaron espacios de encuentro generacional y reafirmaron el compromiso colectivo. El precio moderado de los ejemplares buscaba mantener la accesibilidad para sectores populares, mientras que la suscripción permitía sostener la continuidad del proyecto a pesar de las limitaciones financieras. Así, las decisiones económicas del periódico reflejan un delicado equilibrio entre mantener la viabilidad material y garantizar que la militancia siga siendo inclusiva, masiva y arraigada en los territorios donde se desplegaba.

El diseño gráfico y la organización de las secciones culturales, informativas y de entretenimiento cumplen un papel crucial en la traducción política de la militancia juvenil. La tipografía, las columnas, el uso de color, las ilustraciones y la combinación de secciones pedagógicas con contenidos de ocio y deporte no son meros elementos estéticos: son estrategias para captar la atención, generar identificación y promover la participación activa. La política se vuelve comprensible y cercana al traducirse a lenguajes juveniles, vinculando intereses cotidianos con la conciencia antifascista y los debates internacionales. De este modo, la materialidad y el diseño del periódico cumplen simultáneamente funciones comunicativas, educativas y afectivas, consolidando la capacidad de *Mundo Nuevo* de formar sujetos políticos completos y comprometidos.

En síntesis, analizar la materialidad de *Mundo Nuevo* permite comprender las condiciones de posibilidad de un proyecto de juventud comunista en el Chile del Frente Popular. Más allá de ser detalles secundarios, la infraestructura física del periódico, sus decisiones editoriales, logísticas y económicas, su diseño gráfico y su circulación territorial conforman un proyecto político integral. La materialidad no se limita a facilitar la circulación de ideas; por el contrario, genera prácticas, construye comunidades, sostiene la militancia y da forma a imaginarios colectivos.

Tabla 1: Periodización y características editoriales del periódico *Mundo Nuevo* (1938–1947)

Período / Épocas	Ciclo de Publicación	Formato y Materialidad	Eje de Acción Política
1ª Época (1938)	Sept. 1938 – dic. 1938 (Nos. 1-13)	Tiraje inicial 3.000. Tabloide, B/N. Precio: 40 cts.	Antifascismo inicial: Construcción de la identidad juvenil comunista y red de ventas.
2ª Época (1940)	Ago. 1940 (Nos. 1-2)	Déficit estructural financiero. Intento de estabilización tras receso.	Rearticulación: Esfuerzo por recuperar la presencia editorial-militante juvenil.
3ª Época - Fase A (1941-1943)	Feb. 1941 – sept. 1943 (Nos. 1-47)	Inclusión de color y aumento de páginas. Desafíos en la distribución. Aumento de precio: 40 a 60 cts.	Defensa y choque: Resistencia ante ataques callejeros y agitación por la ruptura con el Eje.
3ª Época - Fase B (1946-1947)	Feb. 1946 – oct. 1947 (Nos. 1-39)	Reaparición tras silencio prolongado. Precio final: $1.	Consolidación generacional: Transición hacia el escenario de la Guerra Fría.

Fuente: Elaboración propia a partir del relevamiento de los ejemplares de *Mundo Nuevo* publicados entre 1938 y 1947.

Sin esta infraestructura tangible, las juventudes no podrían articularse ni sostener la acción política: entender *Mundo Nuevo* como objeto material es, en definitiva, entender cómo se construyó la

posibilidad de una militancia organizada, sensible a su tiempo y comprometida con la transformación social.

Para sistematizar las estrategias materiales y editoriales que condicionaron el proyecto político, la Tabla 1 presenta la evolución de los soportes y el énfasis ideológico de *Mundo Nuevo* a lo largo de sus distintas fases de publicación. Esta periodización permite observar cómo la materialidad del periódico —tirajes, formato, precios y periodicidad— se articuló con las transformaciones políticas del período, particularmente con las dinámicas del Frente Popular y el contexto internacional de la Segunda Guerra Mundial.

La periodización sintetizada en la Tabla 1 permite advertir que la trayectoria editorial de *Mundo Nuevo* estuvo marcada por interrupciones, reajustes materiales y redefiniciones políticas. Cada fase del periódico respondió a coyunturas específicas: una etapa inicial de consolidación del antifascismo juvenil en el marco del Frente Popular, seguida de dificultades económicas y organizativas a comienzos de la década de 1940, y finalmente una reaparición en un escenario político distinto hacia el final de la guerra. De este modo, las variaciones en tiraje, formato y periodicidad no constituyeron simples decisiones editoriales, sino que reflejaron las tensiones entre proyecto político, recursos materiales y coyuntura internacional que condicionaron la acción de las JJCC durante el período.

Prácticas, sociabilidades y construcción de una audiencia juvenil

Como vimos en el apartado anterior, la corresponsalía y la participación de los jóvenes en la producción de *Mundo Nuevo* constituían el eje central de su sociabilidad y de la construcción de audiencias. Desde los primeros números, se incentivaba la creación de corresponsales en liceos, fábricas, clubes deportivos y barrios, quienes enviaban noticias, fotografías y crónicas de la vida juvenil y laboral de sus entornos[24]. Esta práctica no solo amplificaba la cobertura del periódico, sino que integraba experiencias locales al flujo nacional de información, articulando distintos espacios urbanos y rurales y transformando a los corresponsales en mediadores activos. A través de la corresponsalía, los jóvenes

[24] *MN*, octubre de 1938.

aprendían hábitos de disciplina, puntualidad y verificación, mientras establecían redes de sociabilidad política que conectaban la vida cotidiana con la militancia organizada, consolidando así la noción de ciudadanía juvenil comprometida.

La construcción de audiencia en *Mundo Nuevo* fue un proceso cuidadosamente planeado, que combinaba estrategia política y sociabilidad colectiva. Cada ejemplar vendido en sindicatos, liceos o clubes deportivos funcionaba como un puente entre la organización juvenil y la comunidad, generando vínculos sociales y reforzando la pertenencia a un grupo comprometido, principalmente antifascista[25]. Las cartas al director, entrevistas con jóvenes trabajadores, crónicas de barrio y secciones participativas como "La juventud opina" invitaban a los jóvenes a expresar sus ideas, preocupaciones y aspiraciones, convirtiendo la recepción de información en una práctica de aprendizaje y participación política[26]. Estas intervenciones funcionaban como espacios de interacción entre la organización y sus audiencias, donde los lectores actuaban como participantes activos en la elaboración colectiva de interpretaciones políticas sobre la realidad social y juvenil. De este modo, los jóvenes no solo consumían información, sino que se convertían en productores de sentido político dentro del propio espacio editorial, transformando el periódico en un espacio de aprendizaje práctico para la militancia juvenil.

Las actividades colectivas promovidas por *Mundo Nuevo* reforzaban simultáneamente la sociabilidad, la economía y la formación política. Torneos deportivos, concursos de payas, rifas, recitales y festivales cumplían la función de recaudar fondos para el periódico y, al mismo tiempo, constituían espacios de encuentro, aprendizaje y cooperación entre jóvenes de diferentes barrios y condiciones sociales[27]. En estos eventos se cruzaban la militancia y el ocio, lo lúdico y lo político, consolidando vínculos entre jóvenes provenientes de distintos ámbitos sociales. Cada actividad funcionaba como una instancia de socialización militante, donde la participación permitía experimentar formas concretas de organización colectiva y reforzar el *ethos* de la juventud comunista.

---

[25] *MN*, octubre de 1938.
[26] *MN*, febrero de 1941.
[27] *MN*, septiembre de 1938; *MN*, noviembre de 1938; *MN*, febrero de 1946.

La participación femenina en la vida de *Mundo Nuevo* constituyó también un elemento relevante en la construcción de estas audiencias. A partir de 1940 se incorporaron secciones específicas como "Para las muchachas", que incluían reportajes, entrevistas y sugerencias prácticas —como moldes de ropa o consejos domésticos— siempre vinculadas a la formación política[28]. Estas secciones ofrecían a las jóvenes oportunidades para asumir responsabilidades editoriales y logísticas, integrando su experiencia cotidiana en la acción colectiva. Asimismo, la cobertura de deportes femeninos y la visibilización de jóvenes obreras y estudiantes apostaba cuestionar parcialmente los roles tradicionales de género dentro de la militancia juvenil. De este modo, el periódico ampliaba los perfiles de participación y contribuía a configurar una audiencia política más heterogénea. Sin embargo, esta apertura convivía con límites organizativos evidentes: la base operativa de la militancia femenina no siempre encontraba correlato en la composición de las altas dirigencias del periódico. De este modo, la participación de las mujeres tendía a inscribirse principalmente en la lógica de ampliación de una lucha de masas antes que en la configuración de espacios estables de liderazgo político.

Como se señaló en el apartado anterior al abordar la materialidad del periódico, su circulación implicaba una logística organizada que enseñaba a los jóvenes a trabajar en equipo y asumir responsabilidades en la vida comunitaria. La venta directa en barrios, liceos y fábricas requería delegar tareas, negociar con distintos actores y garantizar que el mensaje llegara a los destinatarios[29]. Este proceso implicaba una experiencia organizativa concreta, en la que los jóvenes desarrollaban habilidades de coordinación, resolución de problemas y liderazgo mientras ampliaban su capacidad de articulación con distintas comunidades. La distribución del periódico, por lo tanto, no era únicamente un mecanismo de circulación informativa, sino también un espacio de formación organizativa y disciplina militante.

En esta misma línea, la implementación de cuotas de suscripción y concursos internos de venta entre secciones locales introducía dinámicas de competencia que incentivaban el compromiso con la expansión del periódico. Por ejemplo, las JJCC

[28] *MN*, agosto de 1940.
[29] *MN*, febrero de 1941.

de Talca desafiaban a sus pares de Rancagua para determinar quién lograba vender más ejemplares[30]. Estas prácticas contribuían a cultivar responsabilidad organizativa y compromiso colectivo, transformando la circulación del periódico en un mecanismo pedagógico que reforzaba hábitos de organización y cooperación entre los jóvenes involucrados.

La práctica de denuncia y reivindicación social constituyó otra dimensión central de esta experiencia. Secciones como "El Clamor de Talleres y Fábricas" permitían a los jóvenes exponer las condiciones laborales, discutir salarios y exigir cambios concretos[31]. A través de estas páginas, los problemas cotidianos del trabajo juvenil se convertían en espacios de denuncia y articulación colectiva. De este modo, la audiencia del periódico no se sostenía únicamente en su presentación temática o estética, sino en la relación entre corresponsalía, escritura y acción concreta, que transformaba a los lectores en participantes directos de las dinámicas políticas promovidas por el periódico.

La cobertura de la Guerra Civil española, la defensa de la Unión Soviética y otras problemáticas internacionales proporcionaba además referencias compartidas que ampliaban el horizonte político de estas prácticas juveniles[32]. Iniciativas como colectas solidarias, comités de apoyo a refugiados o campañas de boicot contra productos de origen fascista —como el llamado "boicot contra el juguete fascista"— vinculaban la acción cotidiana con referencias internacionales. Un ejemplo de ello fueron las llamadas "pascuas antifascistas", dirigidas a niños pobres urbanos, en las que se promovía simultáneamente el boicot a productos alemanes, italianos y japoneses y el consumo de artículos nacionales[33]. Estas iniciativas permitían traducir conflictos internacionales en prácticas locales de organización, situando la militancia juvenil dentro de un marco más amplio de lucha antifascista.

La interacción con el periódico también contribuyó a la construcción de memorias colectivas dentro de la militancia juvenil. Aniversarios, reapariciones editoriales y festivales conmemorativos

[30] *MN*, octubre de 1938.
[31] *MN*, diciembre de 1938.
[32] *MN*, octubre de 1938.
[33] *MN*, diciembre de 1938.

funcionaban como instancias de reafirmación generacional y consolidación identitaria[34]. Estas celebraciones reforzaban el sentido de pertenencia de los participantes y establecían narrativas compartidas de lucha, proyectando la experiencia militante más allá de la coyuntura inmediata.

En conjunto, estas prácticas permiten observar que *Mundo Nuevo* no operó únicamente como un órgano de difusión política, sino como un espacio donde la militancia juvenil se organizaba, aprendía y experimentaba colectivamente la acción política. A través de corresponsalías, redes de distribución, actividades culturales y espacios de intervención editorial, el periódico integraba a los jóvenes en formas concretas de organización y movilización. De este modo, el antifascismo no funcionaba solo como un discurso ideológico, sino como un repertorio de prácticas sociales que articulaban sociabilidad, formación política y acción colectiva entre jóvenes en el Chile del Frente Popular.

Traducciones políticas: discursos, sensibilidades e ideas en el antifascismo juvenil

El análisis de las traducciones políticas en *Mundo Nuevo* permite comprender cómo las Juventudes Comunistas de Chile interpretaron, adaptaron y resignificaron ideas, sensibilidades y discursos antifascistas en un contexto tanto nacional como internacional. Desde sus primeros números, el periódico se propuso ejercer como mediador entre debates internacionales sobre fascismo y comunismo y la experiencia cotidiana de la juventud chilena, construyendo un espacio de circulación de conceptos políticos, narrativas históricas y sensibilidades afectivas que reconfiguraban la percepción de la acción política y de la militancia juvenil[35]. La traducción política que allí se desplegaba excedía con creces la reproducción literal de textos extranjeros, para convertirse en una reinterpretación activa. En este proceso, los acontecimientos europeos eran traducidos a términos comprensibles y significativos para los jóvenes obreros, estudiantes y campesinos, conectando la política global con los marcos culturales, sociales y económicos locales y habilitando la acción informada sobre la realidad inmediata.

[34] *MN*, enero de 1947.
[35] *MN*, septiembre de 1938.

El antifascismo presentado en *Mundo Nuevo* se configuraba como una sensibilidad política capaz de atravesar discursos, imágenes y lenguajes, estableciendo un horizonte común de valores y compromisos que conectaba la vida cotidiana de la juventud chilena con posicionamientos respecto a la escena mundial[36]. La amenaza del fascismo europeo se traducía en formas concretas: violencia contra sindicatos, censura de prensa, represión de movimientos culturales y educativos, persecuciones políticas y criminalización de la protesta obrera. La selección de qué movimientos europeos visibilizar, qué experiencias narrar y qué testimonios traducir revelaba un criterio editorial estratégico orientado a reforzar la percepción de un enemigo común, aunque muchas veces difuso, al mismo tiempo que se construían modelos de acción adaptables a la realidad chilena, enseñando a los jóvenes a reconocer patrones de represión y formas de resistencia en su propio contexto[37].

Un componente central de esta traducción política era la incorporación de ejemplos concretos y narrativas heroicas que combinaban educación política con emotividad. Reportajes sobre la resistencia republicana en España, la lucha obrera en Francia o las movilizaciones antifascistas italianas eran presentados como información relevante de conflictos trasatlánticos, intentando construir una conciencia global, pero siempre iban acompañados de guías específicas de acción y modelos de conducta militante[38]. La política se volvía cercana, comprensible y relevante: enseñar a leer la política era también enseñar a intervenir, y cada artículo funcionaba como un nodo que conectaba teoría, historia reciente y acción cotidiana. De esta manera, la traducción política construía mapas simbólicos y prácticos de la militancia, estableciendo conexiones entre experiencias extranjeras y posibilidades de acción en el Chile del Frente Popular.

El lenguaje de los ejemplares evidenciaba un delicado equilibrio entre pedagogía y persuasión. Titulares llamativos, subtítulos orientadores y secciones de opinión buscaban capturar la atención y, al mismo tiempo, fomentar hábitos de lectura crítica y

[36] Groppo, "El antifascismo en la cultura política".
[37] *MN*, septiembre de 1938.
[38] *MN*, octubre de 1939.

análisis político[39]. La traducción política convertía conceptos complejos en expresiones accesibles mediante metáforas y ejemplos ligados al trabajo, la escuela o la vida barrial. Este proceso tenía un efecto performativo, pues cada número formaba disposiciones afectivas hacia la acción antifascista y la militancia comunista, creando —o intentando crear— patrones de lectura que moldeaban sensibilidades políticas juveniles, al tiempo que promovía un aprendizaje práctico de la intervención política.

La selección de fuentes y autores internacionales revela la construcción estratégica del conocimiento que impulsaba la publicación. *Mundo Nuevo* tradujo y adaptó textos de Lenin, Stalin y otras publicaciones comunistas europeas, pero también incorporó testimonios de militantes locales y correspondencia de jóvenes lectores[40]. Esta combinación reforzaba la idea de que la política era entendida como un campo de prácticas y experiencias compartidas. La circulación de textos internacionales se entendía en el marco de un proceso de traducción activo en el que las ideas debían ser adaptadas a contextos locales, mediando entre lo global y lo cotidiano, entre la teoría y la práctica de la militancia.

La traducción política se materializaba además en la representación de conflictos y alianzas locales. El periódico articulaba las tensiones entre diferentes sectores del Frente Popular y otros grupos de izquierda, explicando sus debates y estrategias desde la perspectiva juvenil[41]. Al hacerlo, enseñaba a los lectores a situarse en el campo político, a reconocer acuerdos y diferencias y a interpretar la política como un espacio de mediación entre ideales y contingencias prácticas. Esta mediación entre lo internacional y lo local fortalecía la sensación de pertenencia a una comunidad de acción antifascista compartida y articulaba una comprensión situacional de la política que excedía la simple difusión de consignas partidarias, mostrando la dimensión estratégica del conocimiento político traducido.

La dimensión generacional estaba presente constantemente en cada sección. *Mundo Nuevo* construía un discurso que reconocía experiencias, aspiraciones y prácticas de los jóvenes, creando una sensibilidad antifascista adaptada a la edad, ocupaciones y espacios

[39] *MN*, diciembre de 1939.
[40] *MN*, noviembre de 1940.
[41] *MN*, marzo de 1941.

sociales de la juventud[42]. El proceso de traducción implicaba adaptar el contenido de discursos y debates a la vida cotidiana, enseñando que la política se aprende también mediante prácticas culturales, deportivas y comunitarias.

La narrativa visual reforzaba todos estos procesos, como se aprecia en la Figura 2. Fotografías de manifestaciones, ilustraciones de conflictos europeos y gráficos sobre la situación en Norteamérica, España o Italia evocaban afectos: indignación, solidaridad y compromiso[43]. La integración de imágenes y texto reforzaba la comprensión de la política como fenómeno tangible, que moviliza cuerpos y emociones y que requiere intervención directa. Esta amalgama entre imagen y texto convertía la traducción política en una experiencia emocional y performativa, capaz de movilizar cuerpos y sentimientos que daban sustento a la acción colectiva y a la identificación con las luchas internacionales.

Figura 2. *Mundo Nuevo*, 1 de marzo de 1938, p. 2.


Página 2 "MUNDO NUEVO"

La JUVENTUD de LOS ESTADOS UNIDOS LUCHA en PRIMERA LÍNEA CONTRA LA POLÍTICA GUERRERA de su GOBIERNO

Ahora Hace 8 Años

LA FELICIDAD DE LA JUVENTUD EN UNAS POCAS CIFRAS

NOS UNE LA MISMA BATALLA

LA VIDA TRAGICA DE LOS JOVENES ESPAÑOLES

Fuente: Ejemplar original

[42] *MN*, septiembre de 1938.
[43] *MN*, marzo de 1941.

Los corresponsales locales fueron otro componente clave. Jóvenes de Talca, Rancagua, Coronel y otras localidades enviaban noticias, crónicas y observaciones que transformaban la información internacional en relatos situados y significativos para sus comunidades[44]. La participación de los lectores como productores de contenido aseguraba que la traducción política fuera un diálogo, en el que la experiencia de cada localidad contribuía a la construcción colectiva de conocimiento antifascista. Este mecanismo conectaba la agencia de los jóvenes con la producción editorial, consolidando *Mundo Nuevo* como un laboratorio de formación política y sensibilidad generacional, en el que la práctica y la teoría se reforzaban mutuamente.

El compromiso con la alfabetización política se reflejaba también en el tratamiento de conceptos complejos como fascismo, democracia y revolución. *Mundo Nuevo* articulaba definiciones, ejemplos históricos y comparaciones con la realidad chilena, de manera que los lectores podían construir un marco de referencia para interpretar la política nacional e internacional[45]. De esta manera se incorporó un proceso de formación conceptual que habilitaba la acción crítica y la toma de decisiones informadas dentro de los espacios juveniles, construyendo códigos de interpretación y traducción compartidos que sostenían la participación organizada y buscaban la capacidad de análisis político autónomo.

La sensibilidad antifascista se construía también en diálogo con otros medios y eventos internacionales. La cobertura de boicots, campañas de solidaridad y reportajes sobre sindicatos europeos permitía que la juventud chilena comprendiera la interdependencia entre lucha local e internacional[46]. La traducción política actuaba como puente entre escalas distintas al conectar la acción local con los marcos globales y enseñaba a los lectores a pensar estratégicamente en términos de redes, alianzas y relaciones de poder transnacionales, reforzando una comprensión integral de la política global.

El desarrollo de una lectura defensiva ante críticas aliadas sobre el Pacto Ribbentrop-Molotov entre la URSS y Alemania en 1939 fue un elemento clave en relación con la dimensión de

[44] *MN*, diciembre de 1939.
[45] *MN*, septiembre de 1938.
[46] *MN*, octubre de 1939.

traducción política, pues provocó un punto de inflexión complejo en el panorama político local para la definición del campo antifascista. *Mundo Nuevo* subrayó esta alianza temporal como un hecho táctico que no debilitaba la lucha antifascista global, interpelando a jóvenes lectores a reflexionar críticamente sobre las relaciones internacionales y las negociaciones estratégicas entre grandes potencias[47]. Esta cobertura fomentaba un debate interno sobre moral, estrategia y coherencia política, que buscaba sobrepasar las críticas provenientes, principalmente, del socialismo y su sección juvenil. La reinterpretación de la experiencia internacional se vinculaba estrechamente con la acción local. La resistencia obrera europea se presentaba, a su vez, como un ejemplo para huelgas, movilizaciones y campañas de solidaridad en Chile, reforzando la idea de que la acción política podía adaptarse a distintos contextos, traduciéndose en tácticas y prácticas concretas[48]. La traducción política se convertía así en un puente entre inspiración extranjera y práctica local, enseñando cómo aplicar modelos de resistencia evitando perder pertinencia y efectividad en el contexto chileno.

El análisis de las traducciones políticas en *Mundo Nuevo* permite apreciar cómo la prensa juvenil no solo transmitía información, sino que construía marcos de sentido que mediaban entre la política global y la experiencia cotidiana de la juventud chilena. Cada artículo, reportaje y crónica internacional se transformaba en una herramienta pedagógica que enseñaba a leer la política, a reconocer patrones de opresión y a identificar estrategias de resistencia. La traducción política implicaba un trabajo activo de adaptación: eventos y discursos extranjeros eran resignificados en términos comprensibles y aplicables a contextos locales, articulando el conocimiento con la acción. En este sentido, *Mundo Nuevo* funcionaba como un laboratorio de formación política, donde la teoría y la práctica se entrelazaban, permitiendo que los jóvenes internalizaran sensibilidades antifascistas y modelos de militancia concretos que podían poner en marcha en su entorno.

El periódico también constituía un espacio de mediación afectiva, donde la política se experimentaba emocionalmente. La combinación de narrativas heroicas, imágenes ilustrativas y testimonios locales generaba vínculos de empatía, indignación y

[47] *MN*, agosto de 1939.
[48] *MN*, octubre de 1939.

solidaridad entre los lectores, vinculando el compromiso intelectual con la emoción. Esta dimensión sensorial era crucial, debido a que la enseñanza sobre el fascismo y el antifascismo buscaba provocar un sentido de pertenencia y responsabilidad que atravesara la vida cotidiana más que limitarse a una mera conceptualización. La política se volvía tangible y la militancia se construía como experiencia compartida, donde la lectura, la interpretación y la acción estaban imbricadas. Así, la traducción política funcionaba como un proceso performativo, capaz de moldear hábitos de acción, atención y reflexión en las juventudes.

Otro aspecto central era la construcción de agencia juvenil mediante la participación directa en la producción editorial. Los corresponsales locales y la interacción constante con los lectores transformaban la información internacional en relatos situados, donde cada localidad aportaba experiencias que enriquecían el contenido colectivo. Este mecanismo situaba a los jóvenes más allá del rol de receptores, convirtiéndolos en mediadores activos de la traducción política; ello fortalecía la sensación de pertenencia a un proyecto compartido que leía críticamente la relación entre contexto local y procesos internacionales. La participación juvenil aseguraba que el periódico trascendiera el monólogo doctrinario para constituirse en un espacio de diálogo donde se negociaban significados y se construían consensos sobre la acción política.

La traducción política también implicaba un aprendizaje estratégico sobre el terreno de la política real. La cobertura de alianzas, conflictos y pactos internacionales, como el Pacto Ribbentrop-Molotov, junto con la atención a la dinámica interna del Frente Popular, enseñaba a los jóvenes a interpretar la política como un espacio de decisiones complejas, donde la moral, la táctica y la coherencia debían ser equilibradas. Al poner en relación los aprendizajes de la resistencia europea con las posibilidades de acción local, *Mundo Nuevo* formaba lectores capaces de adaptar modelos de intervención, planificar campañas y comprender la dimensión transnacional de los movimientos antifascistas. Esta función estratégica consolidaba al periódico como un medio de alfabetización política aplicada, enseñando a los jóvenes a traducir ideas en prácticas efectivas.

Por último, cabe destacar que la traducción política realizada por *Mundo Nuevo* revela que la formación de sensibilidades, hábitos

y conocimientos no podía separarse de la materialidad, la sociabilidad y la acción colectiva. La experiencia del periódico demuestra que construir antifascismo juvenil implicaba enseñar a leer, escribir, actuar y sentir de manera coherente con una comunidad política. *Mundo Nuevo* integraba teoría, práctica y afecto, configurando una educación política que —sin dejar de utilizarlas— trascendía la simple difusión de consignas y consolidaba una generación de militantes capaces de comprender la política en múltiples escalas, vincular lo local con lo global y actuar con autonomía, solidaridad y compromiso. La traducción política, entonces, no era un proceso accesorio; por el contrario, funcionaba como la pieza maestra que integraba las dimensiones cognitiva, afectiva, práctica y social de toda la experiencia juvenil.

Conclusiones

El análisis de *Mundo Nuevo* permite afirmar que la prensa juvenil comunista en Chile durante el Frente Popular constituyó un espacio de formación integral de militancia y ciudadanía generacional. Lejos de ser un simple medio informativo, el periódico articulaba prácticas materiales, sociabilidades juveniles y traducciones políticas, generando un entramado complejo en el que los jóvenes aprendían a actuar, organizarse y pensar la política de manera crítica y comprometida. La correspondencia con liceos, fábricas y barrios, la participación en actividades colectivas y la circulación organizada de ejemplares no solo ampliaban la cobertura del periódico, sino que, a la vez consolidaban redes de sociabilidad y conectaban lo local con lo nacional, estableciendo hábitos de disciplina, liderazgo y cooperación, y convirtiendo a los lectores en sujetos activos de la militancia.

Estas experiencias de sociabilidad eran inseparables de la dimensión política y afectiva del periódico. La traducción de debates internacionales sobre fascismo y comunismo a términos comprensibles y relevantes para la juventud chilena permitía que los acontecimientos europeos se resignificaran en prácticas locales de resistencia y solidaridad. A través de la narración heroica, el uso de imágenes y la participación de corresponsales, *Mundo Nuevo* construía sensibilidades antifascistas compartidas, enseñando a los jóvenes a interpretar la política como un espacio de acción concreta,

estratégica y transnacional. La militancia se vivía como experiencia integral: cognitiva, emocional y práctica, en la que leer, producir contenidos y participar en actividades colectivas eran formas de intervenir en la realidad.

A lo largo de este trabajo también se muestra que la construcción de audiencia y de identidad política no era homogénea, pues buscó integrar una amplia diversidad de experiencias, ocupaciones y roles de género. La participación femenina y la visibilización de jóvenes obreras y estudiantes, junto con la articulación entre ocio, cultura y militancia, dan cuenta de un modelo de acción política juvenil que buscaba expandir sus márgenes de influencia. Las audiencias se transformaban en comunidades generacionales cohesionadas por valores compartidos, capaces de relacionar la acción local con los procesos internacionales y de construir un sentido de pertenencia a un proyecto colectivo antifascista.

En síntesis, *Mundo Nuevo* funcionó como una infraestructura política que integraba materialidad, sociabilidad y traducción política, constituyendo un espacio donde la teoría, la práctica y la afectividad se reforzaban mutuamente. La prensa juvenil permitió que la acción política se aprendiera mediante la experiencia concreta, la colaboración y la reflexión crítica, configurando un modelo de militancia que trascendía la simple difusión de consignas. La combinación de corresponsalías, actividades colectivas, alfabetización política y sensibilización afectiva consolidó la construcción de sujetos y comunidades capaces de intervenir en su entorno y de situar la lucha antifascista dentro de marcos nacionales e internacionales. El estudio de Mundo Nuevo trasciende el caso específico y propone un aporte metodológico clave: exige analizar la prensa militante como un laboratorio político-generacional, un dispositivo que constituyó al sujeto juvenil comunista atravesado por fenómenos globales y prácticas políticas locales. Esta perspectiva es crucial para comprender la traducción de las ideas a la cultura política en América Latina.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Mundo Nuevo [Santiago de Chile], 3 de septiembre de 1938 – octubre de 1947. Hemeroteca Biblioteca Nacional de Chile.

Ulianova, Olga, y Alfredo Riquelme, eds. *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo III: Komintern y Chile 1935-1941*. DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2017. Fuentes para la historia de la República, vol. XLIV.

Bibliografía

Acevedo, Nicolás. "Un mundo nuevo contra el fascismo: Las Juventudes Comunistas en tiempos del Frente Popular (1937–1942)". En *Un trébol de cuatro hojas: Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*, editado por Rolando Álvarez y Manuel Loyola. Ariadna Ediciones / Editorial América en Movimiento, 2017.

Álvarez, Rolando. "Estalinización y estalinismo en el Partido Comunista de Chile. Un debate sobre las tradiciones políticas en el comunismo chileno". *Avances Del Cesor* 17, no. 22 (2020): 83–104. https://web2.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/AvancesCesor/index.

Álvarez, Rolando. *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*. Editorial América en Movimiento, 2020.

Braskén, Kasper. "Making Anti-Fascism Transnational: The Origins of Communist and Socialist Articulations of Resistance in Europe, 1923–1924". *Contemporary European History* 25, no. 4 (2016): 573–596. https://doi.org/10.1017/s0960777316000424.

Braun, Juan, Matías Braun, Ignacio Briones, José Díaz, Rolf Lüders y Gert Wagner. *Economía chilena 1810–1995: estadísticas históricas*. Documento de Trabajo no. 187, Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000.

Chartier, Roger. *Editar y traducir. La movilidad y la materialidad de los textos*. Gedisa, 2021.

Chartier, Roger. *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura, S.X-XVIII*. Katz Editores, 2006.

Darnton, Robert. *El negocio de la ilustración. Historia intelectual de la Encyclopédie, 1775-1800*. Fondo de Cultura Económica, 2006.

Fronczak, Joseph. *Everything is Possible: Antifascism and the Left in the Age of Fascism*. Yale University Press, 2023.

Ginard, David. "Mujeres, juventud y activismo antifascista en la Europa mediterránea (1933–1945)". *Ayer*, no. 100 (2015): 97–121. *Dialnet*. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5309521.

Groppo, Bruno. "El antifascismo en la cultura política comunista". *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico Sociales* 19 (2004): 27–44. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4095788.

Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Editorial Crítica, 1998.

McGee Deutsch, Sandra, y Jorge A. Nállim. "Contesting Eurocentrism: Placing Latin American Antifascism(s) on the Map". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 48, no. 3 (2023): 337–357. https://doi.org/10.1080/08263663.2023.2223089.

Melgar Bao, Ricardo. *La prensa militante en América Latina y la Internacional Comunista*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2015.

Moraga, Fabio. *Muchachos casi silvestres: La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Universidad de Chile, 2007.

Moyano, Cristina, Antonia Olate y Rolando Álvarez. "El aguja directo a la vena, historia de una publicación comunista: Comunidad de lectores y debates sobre jóvenes en el inicio de la Transición a la Democracia, 1991-1992". *Revista Notas Históricas y Geográficas*, no. 34 (2025): 1–25. https://revistanotashistoricasygeograficas.cl/index.php/nhyg/article/view/641.

Petra, Adriana. *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Fondo de Cultura Económica, 2017.

Rivera Mir, Sebastián. *Edición y comunismo: Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)*. The University of North Carolina Press, 2020.

Saferstein, Ezequiel. "Edición y política. Una aproximación analítica". En *Edición y revolución en Argentina*, editado por Horacio Tarcus. Tren en Movimiento, 2023.

Seidman, Michael. *Transatlantic Antifascisms: From the Spanish Civil War to the End of World War II*. Cambridge University Press, 2017.

Souto, Sandra. *Paso a la juventud: Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*. Universitat de València, 2013.

Tarcus, Horacio, ed. *Edición y revolución en Argentina*. Tren en Movimiento, 2023.

Tarcus, Horacio. "Revistas intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte". *Revista Iberoamericana* 70, no. 208-209 (2004): 749–772.

Traverso, Enzo. *A sangre y fuego: De la guerra civil europea (1914–1945)*. Publicacions de la Universitat de València, 2009.

Urtubia, Ximena. "El antifascismo en el Partido Comunista chileno, 1922-1934". *Páginas* 20, no. 9 (2017): 9–31. https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas.

Urtubia, Ximena. "El ensamblaje de un lente bifocal: el antifascismo comunista en Chile (1922-1939)". *Anuario IEHS*, suplemento (2023): 293–308.

Vargas, Franco. "Los jóvenes comunistas de Chile: De la posdictadura ibañista al Primer Congreso Nacional (1931–1940)". *Revista Tiempo Histórico*, no. 29 (2024): 67–86. https://revistas.academia.cl/index.php/tiempohistorico/article/view/2778.

"El espejo del exilio". La segunda etapa del *Boletín Informativo* del Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores de Chile (1981-1988)[1]

Felipe Vera Carrasco[2]

Introducción

Carlos Lira fue alcaide de la cárcel de Rancagua hasta el 11 de septiembre de 1973, cuando fue tomado prisionero por su conocida simpatía con el gobierno de la Unidad Popular en la misma prisión que, paradójicamente, dirigía. Estuvo recluido hasta 1975, año en que llegó a la ciudad de Hamburgo, República Federal Alemana, como refugiado político y pasó a formar parte de los tantos ciudadanos chilenos expatriados por el régimen de Pinochet[3]. En la RFA inició una carrera como escritor[4] y se mantuvo al pendiente del panorama informativo que proporcionaba el ecosistema de periódicos y revistas que circulaban por Europa, entre ellas el *Boletín Informativo del Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores*. En la edición de enero de 1983 fue publicada una carta de Lira, en donde el escritor comentó un artículo de G. Santana titulado "Notas del exilio", publicado en la edición de octubre de 1982. En su carta, señaló que entre muchos compatriotas podía no "interesar el tema laboral o los asuntos económicos", sin embargo, "sí que les interesa el tema del exilio ya que para ellos es como estar mirándose en un espejo y aunque vean allí sus defectos siempre es interesante tener

[1] Este artículo corresponde a un fragmento ampliado y corregido del capítulo 3 de la tesis de maestría titulada "Por la unidad de los "hermanos de clase" en el exilio. Cultura política y agencia editorial en el Boletín Informativo del Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores (1977-1988)", defendida en noviembre de 2025 y dirigida por Antoine Fauré. Agradezco a la comisión evaluadora -Cristina Moyano y Adrián Celentano- por sus comentarios y sugerencias, algunas de las cuales inspiraron la escritura del presente texto.

[2] Magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile, integrante del Grupo de Historia Intelectual. Correo de contacto: felipe.vera.c@usach.cl ORCID: www.orcid.org/0000-0001-7261-021X

[3] Norambuena, "El exilio chileno".

[4] Garay, "Memoria y exilio", 190.

conciencia y visión de ellos".[5] La carta de Lira, una entre aproximadamente 250 epístolas publicadas en la sección "Cartas de los Lectores", nos llevó al interés por responder a ¿De qué manera el *Boletín Informativo del Comité Exterior de la CUT*, una revista dedicada a los asuntos sindicales, cobró protagonismo entre la comunidad de chilenos en el exilio entre 1981 y 1988?

Esta revista fue editada inicialmente por Mario Navarro en 1977 bajo el nombre de *Cuadernos del Comité Exterior de la CUT*, que fue modificado por *Boletín Informativo del Comité Exterior de la CUT* a partir de 1978, cuando Luis Alberto Mansilla fue designado por el Partido Comunista como el editor responsable, que perduró en el cargo hasta diciembre de 1988[6]. Según Eduardo Rojas, vicepresidente del Comité Exterior entre 1974 y 1984, el *Boletín Informativo* fue publicado desde la urgencia y la necesidad[7] provocada por la carencia de circulación de noticias entre la comunidad de exiliados sobre la vida de la clase trabajadora bajo el régimen dictatorial y el proceso de rearticulación de las organizaciones sindicales al interior del país; un vacío que revistas como *Chile-América*, *Boletín del Exterior del Partido Comunista* y el ecosistema de revistas del Partido Socialista, aún en ciernes hacia 1977, no lograban capturar del todo[8]. Por lo tanto, estamos en presencia de una publicación que buscó insertarse dentro de un campo revisteril en formación a partir de la disputa de estrategias y lenguajes desde la especificidad del exilio sindical, entendido como un campo de experiencias que estructuró el despliegue de su cultura política[9] en relación a la represión sobre los trabajadores y las resistencias a las políticas laborales del régimen; a la relación de la cuestión sindical

[5] *B.I.*, enero de 1983, 79.

[6] Luis Alberto Mansilla fue uno de los periodistas más importantes que engrosaron las filas del Partido Comunista en la segunda mitad del siglo XX. Con una extensa trayectoria en el periódico *El Siglo* y en revistas como *Portal*, *Ahora*, *Vistazo* y *Mayoría,* su especialidad fue la crónica periodística y la crítica cultural. En el exilio, Mansilla ofició como integrante del comité de redacción de las revistas *Araucaria* y *Parte Noticioso del Comité Chile Antifascista*, y fue redactor del departamento latinoamericano de *Radio Berlín* (Samaniego, *Luis Alberto Mansilla, autodidacta*).

[7] Sarlo, "Intelectuales y revistas".

[8] Rojas, entrevista.

[9] Moyano, "Diálogos entre el exilio".

con los partidos políticos en el exilio; y a la relación con el movimiento sindical internacional.

El *Boletín Informativo* tuvo dos grandes etapas que estuvieron definidas por el lugar de publicación y las infraestructuras económicas y políticas que la sustentaron. La primera etapa transcurrió en Saint Denis, un suburbio del área metropolitana de París, Francia, entre mayo de 1977 y marzo de 1981, donde fue publicado bajo el patrocinio de la Confederación General del Trabajo francesa, la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, la Federación Sindical Mundial y el Partido Comunista de Chile. En este período la revista estuvo mayormente dedicada a promover la coordinación internacional con sindicatos de todo el mundo para desestabilizar a la dictadura mediante boicots económicos y políticos, denuncias en conferencias de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y el Congreso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina y El Caribe (CPUSTAL)[1011].

Luego, entre abril y junio de 1981, la redacción fue trasladada a Berlín, República Democrática Alemana, dando inicio a la segunda etapa que se extendió hasta diciembre de 1988, su último número, publicado a cuatro meses de la conformación de la Central Unitaria de Trabajadores y a dos meses del triunfo del "No" en el plebiscito del 5 de octubre que significó un hito importante en la transición a la democracia. Este traslado ocurrió debido a un reordenamiento de la política de alianzas entre los partidos de la izquierda chilena en el exilio y las centrales sindicales transnacionales tras la salida en 1980 de los dirigentes sindicales socialistas pertenecientes al sector renovado -agrupado en el PS-Altamirano- en el contexto de faccionalismos al interior del PS iniciado en abril de 1979[12]. Esto implicó que el CEXCUT quedase compuesto oficialmente por fuerzas políticas afines a los socialismos reales: el Partido Comunista, el Partido Socialista facción Almeyda, y el MAPU Obrero-Campesino, lo que tensionó el apoyo de la CIOSL a esta organización, la cual, sin abandonar su cooperación, decidió

[10] Fundada el año 1964, es la organización heredera de la Confederación de Trabajadores de América Latina y posee vínculos con la Federación Sindical Mundial, por lo que se encuentra dentro de la órbita ideológica comunista.
[11] Vera, "Por la unidad", 38–77.
[12] Araya, "Del combate a la dictadura"; Christiaens, "The difficult quest".

apoyar al "Frente de Solidaridad CUT" en Bruselas, conformado por los dirigentes sindicales que abandonaron el CEXCUT.

Previo al traslado de la redacción a Berlín, el Comité ya había comenzado a reorientar sus esfuerzos hacia una nueva estrategia para el período: el retorno al país. Sucesos como la promulgación del Decreto Ley de Amnistía en 1978 con las primeras listas de exiliados a los que se les autorizó para ingresar al país y la implementación del Plan Laboral en 1979 que reconfiguró las relaciones laborales y sindicales entre el Estado, los empresarios y los trabajadores desde una lógica neoliberal, abrieron la posibilidad, aunque profundamente limitada, de reingresar al país a contribuir en la lucha en contra del régimen. En una entrevista concedida a la agencia Inter Press Service en junio de 1980 y replicada por la revista *Resistencia Chilena*, el vicepresidente del CEXCUT Eduardo Rojas anunció las cuatro grandes demandas de la organización para este nuevo ciclo político: la exigencia de restitución de derechos y libertades sindicales, la libertad de los presos políticos, la aclaración de los detenidos desaparecidos, y, finalmente, "el apoyo a nuestra lucha por el derecho a vivir en nuestra propia patria, por el retorno de los exiliados, y en especial de los dirigentes sindicales que están en el exterior"[13]. Al mes siguiente, Mario Navarro refrendaba los dichos de Rojas al anunciar, en un coloquio realizado en la Universidad de la Sorbona, en París, que el Comité Exterior "ha inscrito en su programa de acción la lucha por el retorno (…) y ha denunciado esta situación ante la Comisión de Derechos Humanos en las Naciones Unidas y a la OIT, solicitándoles que intervengan"[14]. Esta propuesta comenzó a consolidarse como tal con el llamado a todos los sindicalistas exiliados a lo largo del mundo a organizarse en Comités Nacionales de la CUT, con la finalidad de actuar como vanguardias dentro de las comunidades de exiliados en sus respectivas ciudades o países de acogida y presionar por el derecho a retornar a la patria.

Dicho lo anterior, consideramos que la demanda por el retorno y el traslado de la redacción a Berlín generaron cambios significativos para el *Boletín Informativo*. Por esta razón, nos interesa analizar las diferentes formas de agenciamiento que intervinieron históricamente en el circuito de producción, circulación y recepción,

[13] *R.C.*, junio de 1980, 33.
[14] *B.I.*, julio de 1980, 39.

en un proceso que aborda las huellas de editores, imprentas, distribuidores, secciones, autores, lectores y debates[15], que provocaron que la revista transitara desde la hegemonía de lo sindical hacia una complejización de sus contenidos y públicos mediante temáticas vinculadas al exilio. Con ello, se buscará demostrar que a partir de 1981 el *Boletín Informativo* fue una revista que movilizó la opinión pública entre la comunidad del exilio chileno y que develó tensiones y conflictos internos fundamentales marcados por la heterogeneidad de reflexiones sobre la condición del exilio[16] como experiencia de lectura compartida y estructurada por el horizonte de expectativas del retorno al país, el fin de la dictadura y la transición a la democracia, en temas como la identidad nacional, las condiciones desiguales de vida entre exiliados, y los disensos respecto a la legitimidad de los dirigentes sindicales del interior y en el exilio.

El abordaje de las revistas como un objeto de estudio presenta definiciones y aproximaciones teóricas y metodológicas heterogéneas que son resultado de "un esfuerzo de conceptualización en curso"[17]. O, dicho de otro modo, permite conjugar diferentes elementos dentro de "una caja de herramientas nutrida"[18] que, en este caso, hacen posible analizar la forma en que las definiciones políticas de un grupo de militantes-intelectuales, es decir, "pensadores sociales [que] generaron abstracciones y generalizaciones desde la práctica", cuyo aporte no es necesariamente cuantificable en obras, libros o ideas, sino que se encuentra en "la definición de una estrategia para el período"[19] incidieron entre los lectores a través de la producción, circulación y recepción de un soporte material. Por esta razón, siguiendo a Tarcus, las revistas "no son la expresión de ideas puras concebidas previamente y por fuera de su trama, sino que ellas mismas son espacios de producción identitaria, colectiva y subjetiva, agrupando a individuos que de otro modo quizás no se hubieran reunido"[20].

---

[15] Darnton, *Los best sellers prohibidos*.
[16] Traverso, *La historia como campo*.
[17] Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*, 61.
[18] Bruno, "Historia intelectual e historia", 302.
[19] Lozoya, *Intelectuales y revolución*, 227.
[20] Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*, 67.

En las páginas del *Boletín Informativo* es posible encontrar autores y colaboradores de diferentes campos, tales como: dirigentes sindicales y políticos, periodistas, historiadores, artistas visuales, críticos culturales y economistas, quienes intervinieron en este espacio revisteril desde sus saberes específicos motivados por una voluntad militante de disputar semánticamente la interpretación de la realidad y elaborar estrategias para actuar sobre esta y transformarla. Aquí, mediante la publicación de editoriales, resúmenes noticiosos, análisis de coyuntura política y económica, reportajes, crónicas, entrevistas, ilustraciones, fotografías, lira popular y poesía se abordaron conceptualizaciones sobre democracia, solidaridad, Estado, clase obrera, neoliberalismo, fascismo, resistencia cultural y antiimperialismo, que delimitaron las fronteras del proyecto editorial. Esta aproximación, según señala Jaramillo, implica considerar a las revistas "como objeto vivo y dinámico, no solo portador de ideas sino constructor de la época en la que se inscribe"[21].

En esta ocasión nos interesa destacar las opiniones formuladas por la comunidad lectora del *Boletín Informativo*, que, dentro de su heterogeneidad, comparten entre sí "un mismo conjunto de competencias, usos, códigos e intereses"[22] que establecen las condiciones de posibilidad de interpretación y elaboración de una opinión. En ese sentido, los lectores acceden a los textos exclusivamente cuando "los encuentran inscritos en un objeto cuyos dispositivos y organizaciones guían y constriñen la operación de producción del sentido"[23]. En el *Boletín Informativo*, encontramos estas huellas en la sección "Cartas de los Lectores", instaurada por el editor Luis Alberto Mansilla desde agosto de 1981. La escritura epistolar de los lectores y la proliferación de polémicas y debates es una de las tantas formas, siguiendo a Chartier, de apropiación del soporte material; es, en definitiva, aquella interpretación creativa puesta en circulación y que articula un espacio de sociabilidad e intercambio para la comunidad de lectores[24]. La sección corresponde a un tipo específico de género periodístico que ha sido históricamente empleado por grupos de

[21] Jaramillo, "Hacia un mapa", 343.
[22] Cavallo y Chartier, *Historia de la lectura*, 18.
[23] Chartier, *Libros, lecturas y lectores*, 20.
[24] Chartier, *El mundo como representación*, 53.

interés o ciudadanos anónimos como una estrategia política de intervención en la esfera pública en situaciones de conflicto social[25]. En ese sentido, más que una práctica escritural en sí misma, debe ser considerada como una toma de posición que busca influir en los asuntos públicos mediante efectos emotivos[26], en los asuntos editoriales de los propios medios que la albergan y transforman la pauta[27], e incluso en las políticas de una nación[28].

En el plano de la apropiación lectora, se identificaron dos momentos de recepción de la revista a partir de la sección "Cartas de los Lectores"[29] que marcaron lo que Maryluz Vallejo ha definido como "el flujo de la polémica"[30], es decir, un proceso de retroalimentación permanente entre editores, autores y lectores que mantiene en suspenso y otorga una nueva temporalidad e historicidad a las ideas o reflexiones iniciales, transformando sus sentidos originales a partir de los contextos y experiencias de lectura de la comunidad al iterar y referenciar los materiales y las opiniones previas[31]. El primer momento se trata de opiniones sobre artículos publicados en el *Boletín* u otros medios ajenos que guardan relación con problemas político-sociales que son considerados vigentes para el lector, mientras que el segundo momento consiste en la respuesta de otros lectores a opiniones esbozadas en cartas publicadas, acción que da inicio al flujo de la polémica. En este intercambio entre actores y formas de circulación de la opinión pública, según Vallejo, la línea editorial del medio se fortalece y produce efectos sobre las formas de interpretar la identidad de la propia revista[32].

Metodológicamente, se empleará la teoría de actor-red de Bruno Latour, operacionalizada por Claudio Ramos mediante la propuesta del ensamblaje agencial de las ciencias sociales, que

---

[25] Wahl-Jorgensen, "Foreword", v-x.
[26] Barrios, "Colombian cries".
[27] Hobbs, "Readers' letters to victorian", 129–146.
[28] Lenoe, *Closer to the masses*, 70–102.
[29] Nos referimos específicamente a las huellas materiales de recepción en esta sección en particular, reconociendo que existen otras formas de identificar la recepción de una revista fuera de la materialidad misma del soporte. Asimismo, estos momentos de recepción no consideran los usos que los lectores hicieron de la revista en tanto objeto o la incidencia que esta pudo haber generado en otras dimensiones del campo revisteril del exilio.
[30] Vallejo, "Los lectores de Semana", 102.
[31] Ramos, "Datos y relatos", 168–169.
[32] Vallejo, "Los lectores de Semana", 89–103.

mediante su análisis permite comprender las formas en que el saber producido y validado en el campo científico ejerce efectos performativos y transforma la realidad, constituyendo hechos sociales concretos mediante una cadena de transferencias y circulaciones[33]. En este caso, ha sido adaptado al problema y objeto de estudio, de modo que hablamos de la cadena de ensamblajes agenciales que hicieron posible que una estrategia política propuesta desde el campo político-sindical generara efectos en la comunidad chilena del exilio. Mediante esta propuesta se busca comprender, considerando al *Boletín Informativo* como el nodo central de la red, "su capacidad de moldeamiento de la realidad, su capacidad de incidir en las interpretaciones cotidianas, su participación y efectos en la constitución de las formas modernas de gubernamentalidad [y] su incidencia en la construcción de sujetos."[34] Siguiendo la propuesta del autor, hemos operacionalizado las formas históricas del agenciamiento en la segunda etapa del *Boletín Informativo*, entre junio/julio de 1981 y diciembre de 1988:

1. La subred de la cadena referencial de la producción de la revista: condiciones de trabajo del editor, usos de los materiales de imprenta y decisiones de composición interna de secciones. Esta subred tuvo por condición de funcionalidad la subvención económica brindada por la Federación Alemana de Sindicatos Libres (FDGB) entre 1981 y 1988.
2. La subred de los colaboradores que aportaron a las nuevas secciones de Crónica y Cultura del *Boletín Informativo*. Esta subred estuvo sujeta al ingreso del *Boletín Informativo* a las redes del entorno partidista de la izquierda en Berlín, a las redes personales de amistad de Luis Alberto Mansilla y a su posición dentro del ecosistema comunicacional (periódicos, radios, revistas) del exilio chileno en Europa, entre 1981 y 1988.
3. La subred de distribución de la revista, que se gestó gracias a la política de retorno del Comité Exterior de la CUT con la conformación de Comités Nacionales a lo largo del mundo, entre 1982 y 1988.
4. La subred de la primera recepción, es decir, lectores que compartieron sus opiniones sobre los temas tratados en los

[33] Ramos, "Datos y relatos", 151–177.
[34] Ramos, *El ensamblaje de ciencia*, 17.

artículos, a partir de la creación de la sección de Cartas de los Lectores, entre 1982 y 1988.

5. La subred de la segunda recepción o las polémicas entre lectores, que tuvo por eje estructurante la tensión entre el exilio como espacio de experiencias y el retorno (al país y a la democracia) como horizonte de expectativas, entre 1985 y 1988.

6. La red central que remite a la condición del exilio.

Por motivos de orden narrativo, el primer apartado corresponde a las subredes 1 y 2; el segundo a la subred 3 y el tercero a las subredes 4 y 5. Las fuentes seleccionadas corresponden a un total de 81 ediciones del *Boletín Informativo* publicados entre junio/julio de 1981 y diciembre de 1988[35]; ediciones puntuales de *Boletín Exterior del Partido Comunista*, *Parte Noticioso* y *Resistencia Chilena*, la correspondencia entre el editor Luis Alberto Mansilla y Carlos Orellana entre 1978 y 1983; entrevistas a Eduardo Rojas, vicepresidente del CEXCUT entre 1974 y 1984 y a Oscar Vega, miembro del Comité Editorial de la revista en West Berlín; y bibliografía atingente al problema.

Para el caso de las subredes 4 y 5 se identificó que, tras una revisión previa de aproximadamente 250 cartas publicadas en la sección "Cartas de los Lectores" entre 1981 y 1988, si bien la primera recepción sobre artículos dedicados al exilio estuvo presente desde los inicios de esta sección, las polémicas entre lectores comenzaron a aparecer desde la recepción de la edición de julio de 1985 con los artículos de Oscar Vega y Martín Ruiz (Luis Alberto Mansilla), de manera que para reconstruir el flujo se consideró el período que abarca la edición ya mencionada hasta diciembre de 1987. Con ello, se investigaron las cuatro polémicas que marcaron la recepción de los lectores.

El traslado a Berlín y sus repercusiones en el *Boletín Informativo*: entorno partidista, condiciones materiales de producción, colaboradores y secciones

El traslado de la redacción del *Boletín Informativo* a la ciudad de Berlín se dio en un contexto de consolidación de las alianzas de

[35] No fue posible ubicar en la pesquisa las ediciones de: enero, abril, junio y noviembre de 1982; enero de 1983; y septiembre de 1984.

la izquierda chilena con el Partido Socialista Unificado Alemán (PSUA)[36], refrendando las experiencias anteriores de solidaridad con el proceso de reflexión interna y reestructuración política del Partido Comunista[37], el Partido Socialista-Almeyda[38] y el MAPU-Obrero Campesino[39]. A ello se debe agregar que existió un incremento en las tensiones entre el CEXCUT y la central sindical socialdemócrata CIOSL, que había apoyado notablemente la mantención de su estructura orgánica y sus campañas de solidaridad, a propósito de la salida de los socialistas renovados y la conformación de otra plataforma de solidaridad sindical, el Frente de Solidaridad CUT. De esta manera, el *Boletín Informativo* se insertó dentro de las redes de un entorno multipartidista[40] que se encontraba compuesto por el PC, el PS-Almeyda, el MAPU-OC, el PSUA y la Federación Alemana de Sindicatos Libres (FDGB).

La llegada del editor del *Boletín* a Berlín implicó un reordenamiento de su posición como un agente clave dentro del ecosistema comunicacional del entorno partidista de la izquierda en el exilio. En la RDA, pasó a formar parte de la "célula de comunicaciones" que reunía a los periodistas del Partido Comunista[41]. Se mantuvo como integrante del comité de redacción de *Araucaria de Chile* editada desde París, Francia, colaborando con entrevistas a personalidades exiliadas en suelo alemán en ambos lados del muro u otros reportajes varios. Además, se integró al aparato comunicacional de *Radio Berlín Internacional*, como lo señaló en su correspondencia con Carlos Orellana, en donde ocasionalmente redactó guiones, efectuó reemplazos, entre otras labores. También mantuvo cercanía con la Oficina del Comité Chile Antifascista, en donde colaboró ocasionalmente en la sección de crónicas culturales en el *Parte Noticioso* de esta organización, en la cual mantuvo contacto con Juan Carvajal, Guaraní Pereda y Osvaldo Puccio, colaboradores del *Boletín Informativo* en la sección de análisis político internacional.

---

[36] Ulianova, "La nueva inserción internacional", 283.
[37] Álvarez, *Arriba los pobres*, 151–192.
[38] Díaz, "El exilio del socialismo", 64.
[39] Rojas, entrevista.
[40] Sawicki, "Para una sociología", 37–53.
[41] Mansilla, carta del 1/2/82, 2.

El traslado se concretó entre abril y junio de 1981, sin embargo, Mansilla se resistió inicialmente, puesto que consideró contraproducente que se desvinculara la redacción del *Boletín Informativo* de las oficinas del Comité Exterior de la CUT en Saint Denis, Francia. Durante estos meses, manifestó su descontento mediante "cartas a Moscú, en reuniones y en todas las instancias. Pero [Mario] Navarro se empeñó en mi traslado y ganó"[42]. A las razones partidarias antes esgrimidas, Carlos Orellana, editor de *Araucaria de Chile* y amigo de Mansilla, añade que existía un cierto grado de resistencia a la figura de Mansilla por parte de Navarro, en quien pesaba un viejo prejuicio de sesgo obrerista en el trato brindado hacia Mansilla, quien habría visto en él un militante que, pese a su origen profundamente proletario, no contaba con las condiciones para participar de instancias de toma de decisiones por haberlo considerado solamente un funcionario eficiente al servicio de la causa de los trabajadores. Esto quedó de manifiesto cuando Mansilla fue nominado por Volodia Teitelboim como candidato a asumir un cargo en la dirección política cuando Jorge Insunza era el jefe del PC en territorio galo. Mansilla, pese a este incidente, tenía pensado de antemano rechazar la petición debido a que no contaba la pretensión de convertirse en dirigente partidario, puesto su mundo era el de las letras, la cultura y las comunicaciones. En palabras de Orellana, Navarro "descalificó el derecho de Mansilla a ser postulado a la nueva dirección, arguyendo algo así como que en su condición de funcionario de la CUT, necesitaba contar con la aprobación previa de ésta para acceder a las responsabilidades que la asamblea le estaba ofreciendo"[43].

Si se trataba de la adhesión a las tradiciones del comunismo chileno, Mansilla era un profundo admirador de Luis Emilio Recabarren, a quien catalogó como el primer intelectual comunista del país y el ejemplo a seguir para quienes ejercieron esa función al interior del Partido, remarcando que la construcción del socialismo en Chile ha estado en directa vinculación con las contribuciones de los hombres y mujeres que han participado en el desarrollo de la cultura en la historia de la nación chilena. En el artículo "El PC y la Cultura" publicado en *Parte Noticioso,* Mansilla destacó que los "múltiples periódicos proletarios de Recabarren jamás se olvidaban

[42] Mansilla, carta del 8/7/81, 2.
[43] Orellana, *Penúltimo Informe*, 288.

de la poesía o de recomendar las buenas expansiones del teatro o de la música"[44], evidenciando que la construcción del socialismo y el comunismo chileno era al mismo tiempo una disputa por los sentidos de la cultura, y que la labor de los creadores debía ser reconocida por los dirigentes, tal como Recabarren, por cuanto también "los intelectuales y artistas que han militado o simpatizado con el PC de Chile han sido consecuentes -hasta el heroísmo a veces- a la razón de ser de un partido proletario."[45]

Durante su segunda etapa, Mansilla buscó plasmar esta tradición intelectual comunista en el *Boletín Informativo* al combinar la disputa de las demandas de la clase trabajadora, representada por los dirigentes sindicales en el exilio, con la inclusión de nuevas secciones y contenidos dedicados a aspectos propios de su campo de especialización: la crónica periodística, la cultura y contenidos visuales como grabados, ilustraciones o fotografías.

Las condiciones de producción del *Boletín Informativo* incrementaron considerablemente debido a que la subvención económica brindada por la Federación Alemana de Sindicatos Libres era superior al financiamiento proporcionado hacia la revista durante su etapa en Saint Denis, Francia. No contamos con cifras exactas, pero la composición del soporte entrega algunas pistas: se imprimieron portadas y contraportadas a color; se dobló la cantidad de carillas, pasando de un promedio de 30-40 a 80-90 por cada edición; se fijó una periodicidad mensual con aproximadamente 3500 copias; y se asumieron los costos de envío a los lectores suscritos.

El salto cualitativo en las condiciones de producción del *Boletín* implicó una mayor carga laboral y un incremento salarial para Luis Alberto en comparación a su trabajo en Francia. Quienes convivieron con él en Berlín lo describieron como una persona "muy eficiente y que trabajaba todo el día"[46] en su departamento ubicado en la Franz Jacob Straβe, a un par de cuadras de la Lenin Alle, hoy Landsberger Alle. Mientras que en la oficina del CEXCUT en Saint Denis debía realizar un trabajo artesanal al "compaginar, corchetear, enviar paquetes por correo, etc."[47], en Berlín los

[44] *P.N.*, 20 de enero de 1987, 13.
[45] *P.N.*, 20 de enero de 1987, 14.
[46] Rojas, entrevista.
[47] Mansilla, carta del 28/7/78, 2.

trabajadores de la imprenta del periódico *Die Tribune*[48], de la central sindical alemana, facilitaron sus talleres para la diagramación, diseño e impresión del *Boletín*, la cual quedó a cargo de ellos mismos, de manera que Mansilla se desligó de ese proceso para dedicarse íntegramente a la redacción de los borradores, la maquetación, la obtención de material gráfico[49] y la primera distribución de los ejemplares, entre otras tareas como redactar contenido para la revista *Araucaria*, redactar pautas o presentar programas en *Radio Berlín Internacional* y colaborar con el *Parte Noticioso* de la Oficina de Chile Antifascista[50].

Ahora bien, el editor se enfrentó al desafío concreto de redoblar el contenido debido a las nuevas posibilidades que le ofrecía la imprenta alemana, a lo que identificamos que Mansilla mantuvo las secciones que había creado en la etapa anterior, Pulso Sindical y Panorama Latinoamericano[51], y creó las secciones Crónica, Cultura, y Cartas de los Lectores y una sección de análisis de coyuntura político-económica que en algunas ocasiones se presentó bajo el rótulo de Información Sindical y en otras simplemente figuraba el título de la columna. No todas las ediciones llevaban página editorial y con el paso del tiempo fue

[48] No fue hasta la última edición del *Boletín Informativo*, en diciembre de 1988, que el editor hizo público el apoyo financiero y material de la Federación Alemana de Sindicatos Libres. Esta alianza se mantuvo en el anonimato, al menos en las contratapas, por aproximadamente siete años.

[49] Gracias a estas condiciones, el jefe de redacción pudo incorporar portadas a color junto con grabados y reproducciones de obras de artistas visuales como Santos Chávez, José Venturelli, José Comas, Guillermo Deisler, Carlos Hermosilla, Ricardo Carpani, Lea Grundig, Julio Escámez, Berges Werner, entre otros. Mansilla ya había incorporado en menor medida ilustraciones, afiches y fotografías en los talleres facilitados por los sindicalistas franceses, pero el uso de elementos visuales en el cuerpo de la revista antes de 1981 fue esporádico; en cambio desde julio de 1981 esto se hizo permanente, en particular con el grabado y recortes fotográficos que fueron obtenidos por trato directo o por solicitudes epistolares en formato de negativos que luego eran revelados y devueltos a su dueño. (Orellana, carta del 18/1/83, 1)

[50] Mansilla, cartas del 31/8/81, 1/2/82 y 20/1/83.

[51] Como hemos evidenciado en el capítulo 2 de la tesis de la cual se desprende esta investigación, la sección Panorama Latinoamericano se creó en 1979 para narrar las agresiones imperialistas en América Latina y eran, en su mayoría, resúmenes noticiosos compilados por Mansilla. Desde 1981 en adelante, esta sección quedó a cargo de diferentes colaboradores del entorno partidista de Berlín y otros intelectuales, principalmente latinoamericanos y europeos.

desapareciendo en los últimos dos años cuando Mario Navarro abandonó el CEXCUT y pasó a la vicepresidencia de la Federación Sindical Mundial en 1987. Frente a ello, Mansilla agradeció que los sindicalistas alemanes "respetaron rigurosamente la autonomía de nuestros materiales y sólo actuaron como generosos auspiciadores y financistas, consecuentes con el nombre principio del internacionalismo proletario"[52].

Para lograr lo anterior, Mansilla recurrió a la ayuda de Óscar Vega, quien tuvo una importante trayectoria periodística en medios como *Radio Cooperativa*, *La Nación* y *El Clarín*, además de haber sido el encargado de cubrir en terreno la campaña presidencial de Salvador Allende en el Tren de la Victoria para las elecciones de 1964 como corresponsal de la oficina de comunicaciones del Frente de Acción Popular (FRAP). En su exilio en West Berlín -tras unas traumáticas experiencias en Argentina y en Rumania- trabajó en una librería dedicada a la venta de libros en castellano que fue subvencionada por *Die Grünen*, el Partido de Los Verdes. Esta librería fue un verdadero oasis para la comunidad de hispanohablantes debido a la dificultad que había para acceder a libros en este idioma. Allí organizó los "sábados de tertulias", donde asistían escritores que se encontraban de paso por la ciudad, tales como Isabel Allende y Jorge Edwards Valdés[53].

Sobre la invitación que le realizó su viejo amigo, Vega comentó que la idea fue realizar una revista similar a *Araucaria de Chile*, de la cual Mansilla era miembro del comité de redacción, pero de mayor accesibilidad para un público general, puesto que la definió como una revista pesada, de una gran densidad intelectual y económicamente restrictiva para un exiliado común y corriente. Por esta razón ambos periodistas pensaron al *Boletín Informativo* en su segunda etapa como "una revista más liviana, más llevadera para que la leyeran todos: la dueña de casa, el que no sabe o el que sabe un poco".[54]

La participación de Vega en la revista fue sustancial, por cuanto él fue el encargado de las crónicas periodísticas dirigidas a un público no especializado en política. En total, tras la revisión de las 81 ediciones, Vega publicó un total de 34 artículos repartidos entre

[52] *B.I.*, diciembre de 1988, 4.
[53] Vega, entrevista.
[54] Vega, entrevista.

las secciones de Crónica (24), Cultura (7), la sección especial dedicada al Día Internacional de la Mujer en las ediciones de marzo (2) y Panorama Latinoamericano (1). Entre estas, el propio periodista destacó tres crónicas como las más significativas: "Pásale ese clavel, vamos con él", un relato sobre la vida y obra de Manuel Rodríguez a modo de apoyo al Frente Patriótico que fue publicado en septiembre de 1985; "La visita del Papa" de septiembre de 1986; y "¿Qué es la Teología de la Liberación?", que resumía apartados de un libro que publicó sobre el tema con apoyo de la Universidad Libre de Berlín.

Estos antecedentes refuerzan dos ideas centrales. En primer lugar, la importancia que tuvo el hecho de que la FDGB, por medio de la imprenta de *Die Tribune*, asumiera de manera estable los costos asociados a duplicar la cantidad de papel para incrementar el volumen de páginas disponibles para nuevas secciones y temas. Esta situación motivó la incorporación de colaboradores pertenecientes a sus redes inmediatas en la República Democrática Alemana para ampliar el *Boletín* hacia una línea editorial de una revista coherente con su modelo de disputar la construcción de opinión pública mediante artículos periodísticos y crítica cultural de forma permanente sin haberse visto en la disyuntiva de decidir si recortar páginas al tema sindical, que era la centralidad de la revista. En segundo lugar, la imperiosa necesidad de ampliar los públicos lectores del *Boletín* al diversificar la oferta de contenidos dentro del ecosistema revisteril del comunismo en el exilio. Mansilla, como colaborador de *Araucaria* y *Parte Noticioso*, tuvo un interés permanente en abarcar a la mayor cantidad de lectores posibles; por ejemplo, para evitar que *Araucaria* fuese considerada una revista elitista y rechazada de antemano por algún potencial lector por tal condición, elaboró encuestas de opinión y valoró especialmente que los "lectores obreros", como denominó a un grupo de mineros exiliados en Cottbus, se interesaran en *Araucaria* en la medida que incorporaba contenidos relevantes para su propia experiencia; como indicó Luis Fuentealba, "veo que en *Araucaria* han recogido las críticas y hay artículos también para los que no somos muy letrados", haciendo referencia a entrevistas a Teresa Carvajal, dirigenta de los pensionados, a un obrero de la construcción y a la cobertura de la huelga de El Teniente en la 15ava edición[55]. Este

[55] Mansilla, carta del 1/2/82, 5.

último eje, demuestra la necesidad de investigar a futuro la complejidad del ecosistema comunicacional (periódicos, radios, libros y revistas) del exilio chileno y sus relaciones entre sí.

La creación de nuevas secciones y una apelación a nuevos públicos fue una condición fundamental, gracias a la transformación de las condiciones materiales de producción de la revista, para performar editorialmente la estrategia del retorno de los exiliados a la patria promovida por el CEXCUT en la opinión pública. Fue justamente Oscar Vega quien dio el primer paso con la publicación del artículo "30 mil muertos, 2500 desaparecidos, 1 millón de exiliados" perteneciente a la edición de septiembre del año 1981. Este texto allanó el camino a una serie de artículos que hicieron de la reflexión sobre la condición del exilio, la lucha por el retorno, e impresiones de exiliados que viajaron a Chile y narraron su experiencia, su *leitmotiv*.

Redes de distribución, suscripción y formas de circulación

El llamado de los dirigentes del CEXCUT a retornar al país ocurrió a mediados de 1980, pero no fue hasta 1983 que cobró mayor protagonismo en el plano editorial; esto se debió a que entre julio de 1981 y 1983 continuaron las coberturas a las giras del CEXCUT y actividades de boicot, características del programa editorial del ciclo político previo. Para la estrategia de esta organización era crucial que los sindicalistas exiliados tomaran la iniciativa de levantar grupos en sus ciudades o países para efectuar tareas políticas locales e instalar con fuerza la demanda por retornar al país en la esfera pública transnacional[56]. El *Boletín* cubrió anualmente los Consultivos Nacionales de todas las células de sindicalistas exiliados a lo largo del mundo, patrocinadas por centrales sindicales comunistas y socialdemócratas europeas[57]. Candelaria Pinto, la sucesora de Mario Navarro en la presidencia del CEXCUT tras su nombramiento como vicepresidente de la Federación Sindical Mundial en 1987, declaró, en una entrevista realizada por Mansilla, que para marzo de 1988 funcionaban 35

[56] Sznajder y Roniger, *La política del destierro*.

[57] El detalle de la cobertura a las conferencias anuales de los comités nacionales y el retorno de los dirigentes sindicales exiliados se puede encontrar en la tesis de magíster de la cual es tributaria este artículo (Vera, "Por la unidad", 93–106)

Comités Nacionales en todos los continentes: "En varios casos los integrantes de las direcciones son designados por los partidos representados en la CUT, en otros han sido elegidos por las asambleas en votaciones democráticas", así como también se ha incorporado "a los exiliados económicos que son tanto o más numerosos que los políticos [y] al exilio inactivo", es decir, quienes se mantuvieron marginados de participar en organizaciones de solidaridad con Chile[58].

El *Boletín* circuló en más de 40 países[59], logrando un alcance considerable entre la comunidad chilena en el exilio con una cantidad de entre 3000 y 3500 copias mensuales según cifras entregadas por Mansilla a Carlos Orellana entre 1982 y 1983, y cabe la posibilidad de que, según Oscar Vega, esta cifra hubiera incrementado mientras avanzaba la década[60]. Su principal forma de distribución fue el envío desde Berlín hacia los Comités Nacionales quienes se encargaron de entregar mano a mano la revista entre sus redes organizativas y contactos personales. Otro mecanismo de distribución fue la suscripción anual por un valor de 15 dólares a una cuenta bancaria del Deutsche Bank con sede en West Berlín. También se distribuyeron ejemplares por intermedio de las redes de la FDGB y las centrales sindicales transnacionales entre sindicatos europeos comunistas y socialdemócratas. Con todo, el costo de franqueo de los envíos estuvo cubierto por la FDGB, de manera que las suscripciones anuales funcionaron en la práctica como un mecanismo de fidelidad y de aporte solidario a las tareas del exilio sindical[61].

La mayoría de los compañeros de las Comisiones Nacionales a los que les era distribuido el *Boletín* lo repartían gratuitamente entre sus comunidades de chilenos exiliados y organizaciones de trabajadores y de solidaridad internacional. Sin embargo, hubo quienes iniciaron campañas propias de recaudación para aportar al funcionamiento de la revista del CEXCUT por un sentimiento de pertenencia. Tal fue el caso del CUT-Austria que colaboró con 1.500 chelines austriacos, el monto correspondiente a

---

[58] *B.I.*, marzo de 1988, 7.

[59] En la edición de febrero de 1983 se habló de 48 países y en la editorial de la última edición, en diciembre de 1988, se mencionó la cifra de 42 países.

[60] Vega, entrevista.

[61] *B.I.*, febrero de 1983, 94–95.

7 suscripciones anuales, ya que, para Juan Alarcón, presidente del seccional austriaco, no era posible que los compañeros no retribuyeran económicamente los ejemplares que recibían y esperaran que la central sindical alemana se hiciera cargo por completo, incluso de los costes de franqueo y sobres:

> "Creo que a todos nos interesa que nuestra revista CUT llegue a Chile e influya con sus principios unitarios y de clase en el debate en torno a la unidad que es la herramienta principal para derrotar a la dictadura. Ello no es posible si le negamos nuestra contribución"[62].

La distribución por medio de las células de la CUT en el exilio rindió sus frutos, como se puede apreciar en algunos ejemplos de cartas enviadas por los lectores. En octubre de 1982 Matías Delgadillo, desde Prince Albert, Canadá, solicitó suscribirse al *Boletín* tras haber leído algunas ediciones junto a sus compañeros de trabajo, también chilenos, quienes se encontraban participando en el sindicato de su empresa. Con la circulación del *Boletín*, el lector buscó disminuir la brecha informativa puesto que, si bien cada cierto tiempo sintonizaban Radio Moscú y Radio Berlín, "rara vez llega a nuestras manos algún diario chileno"[63]. Otras cartas indicaron que los boletines fueron usados para practicar el español entre los hijos de exiliados, tal como señaló María Vigneau desde Karl Marx Stadt, RDA, quien solicitó en junio de 1982 un total de 16 ejemplares del *Boletín*, uno para cada niño, dado que, debido al tiempo que llevaban sus padres en el país, habían comenzado a olvidar el castellano o simplemente no lo hablaban en sus hogares. Además de reforzar su idioma natal, Vigneau señaló que su lectura es importante para ellos puesto que "se irán familiarizando con la lucha de los trabajadores chilenos de los cuales son hijos en la mayoría de los casos"[64]. La magnitud de la circulación del *Boletín* implicó que se hubiese conformado una comunidad lectora heterogénea y receptiva ante este proyecto editorial. Tal como planteó el lector Gustavo Becerra desde Oldenburg, República Federal Alemana, "la cualidad más

[62] *B.I.*, junio de 1987, 80.
[63] *B.I.*, octubre de 1982, 95.
[64] *B.I.*, junio de 1982, 79.

relevante del Boletín reside a mi juicio en su apertura (forma, contenido y contacto con los lectores)"[65].

Comunidad de lectores: opiniones y polémicas sobre la condición del exilio

La sección Cartas de los Lectores, vigente entre agosto de 1981 hasta diciembre de 1988, fue un espacio privilegiado para la conformación de un espacio de sociabilidad lectora que discutió en la esfera pública transnacional sus asuntos de interés en relación con la experiencia del exilio y el retorno al país. Para Mansilla, la opinión de los lectores era central. Así lo anticipó tempranamente a Carlos Orellana en una carta fechada en julio del año 1978, entregándole ideas para perfilar un espacio de estas características para la revista *Araucaria*, que, para ese entonces, ya había publicado su segunda edición. El periodista consideraba que eran "de inevitable lectura. Y si entre ellas incluyes las críticas y disensiones inaugurarás un estilo desusado en nuestras publicaciones, tan inclinadas a los adjetivos laudatorios o a las condensaciones fulminantes"[66].

A lo largo de las más de 250 cartas seleccionadas por el editor para su publicación encontramos cuatro intercambios epistolares que entraron en el flujo de la polémica. Dos de ellos, que se extendieron por casi un año, fueron gatillados por artículos pertenecientes a la edición de julio de 1985. Se trató de la polémica por la identidad nacional y el uso del castellano en el exilio, iniciada por el texto "Propongo que hablemos español" de Oscar Vega publicado en la sección Crónica; y la polémica más prolongada que hubo, que giró en torno al rol de los "arrepentidos" en la futura democracia, estuvo motivada por la reseña con visos ensayísticos de Luis Alberto Mansilla (bajo su seudónimo de Martín Ruiz) al libro "El Gran Taimado" de Enrique Lafourcade. Otros dos estuvieron vinculados a un cruce de opiniones de y sobre dirigentes sindicales: Mario Navarro, presidente del CEXCUT, y Rodolfo Seguel, presidente del Comando Nacional de Trabajadores.

[65] *B.I.*, octubre de 1987, 78.
[66] Mansilla, carta del 28/7/78, 1.

La aculturación y la integración como peligro para el retorno

Las cartas "Preguntas lingüísticas a Oscar Vega"[67] de Jorge Galvez y "El español y una vieja herida"[68] de Arnoldo Lattes elaboraron una crítica ácida al artículo de Vega, quien, en un tono alarmista, ironizó con los compatriotas que combinaban palabras de idiomas foráneos y cesaban poco a poco su uso en el espacio doméstico con sus hijos; para Vega esta realidad, que era un claro signo de integración y adaptación, implicaba perder poco a poco las referencias culturales propias de la identidad chilena. Para Gálvez, la opinión de Vega estaba cargada de binarismos y esencialismos innecesarios al referirse al castellano como un lenguaje "provisto de lógica y belleza"[69] como si otros idiomas no contaran con esas cualidades. Por su parte, Lattes, quien vivía en la RFA y trabajaba como periodista para la radio de *Deutsche Welle*, consideró que el tono burlón de Vega no era el adecuado para abordar fenómenos tan complejos como la aculturación y la integración, que para él eran consecuencia de la "casi certeza que se tiene de la imposibilidad de volver"[70] especialmente para quienes ya habían formado familia y estaban criando hijos. Este fenómeno, para Lattes, estaba profundamente alimentado por un desamparo cultural y la necesidad de adaptarse a las circunstancias en la tensión permanente de perder "nuestro peculiar modo de ser chilenos" que la dictadura les había impuesto a miles de kilómetros de la patria:

> "En Alemania Federal comprar un libro en español es un lujo que pocos se pueden permitir. Pero el libro no basta. Hay asilados que jamás tuvieron afición por la lectura y ellos son los que han sufrido con más rigor este proceso de descomposición cultural, terminando por convertirse en analfabetos por desuso. Muchos casi no pueden leer en su lengua materna y tampoco son capaces de hacerlo en el idioma de adopción. El idioma sólo puede conservarse cuando está vinculado a una fuente nutricia lingüística: diarios, libros, revistas, cine, televisión, ajetreo diario en el

[67] *B.I.*, octubre de 1985.
[68] *B.I.*, diciembre de 1985.
[69] *B.I.*, diciembre de 1985, 77.
[70] *B.I.*, diciembre de 1985, 78.

> trabajo o con amigos y parientes. Si falta esa fuente nutricia el lenguaje se verá afectado por un entorpecimiento cada vez mayor. Se olvidan las palabras fuera de uso, que son reemplazadas por aquellas de empleo cotidiano."[71]

Walter Klein, haciendo referencia las cartas anteriores, abordó el problema desde su experiencia como migrante en Chile y otros países de América Latina. Para él, la hibridación lingüística era un fenómeno común que no debía encender alarmas: para hablar con los cubanos de la sierra no bastaba saber de español y tampoco inglés para hablar con los americanos de los barrios de Miami; se necesitaban conocimientos básicos de los códigos culturales locales que solo se adquirían mediante la voluntad de aprender y conocer del otro.[72]

El flujo de la polémica continuó con la carta de Álvaro Rojas, corresponsal de la *Revista Análisis* en la RFA, en abril de 1986, en donde hizo referencia a los textos de sus dos amigos: Vega y Lattes. Su propuesta es más bien conciliadora y reconoce en Vega la necesidad de mantener ejercitado el español-chileno, no obstante, para él lo fundamental no es la lengua por sí sola, sino que los factores estructurales enunciados por Lattes: cómo lo social, lo político y lo cultural influyen en la construcción identitaria de la chilenidad. Ahora bien, tras sus años en el exilio Rojas concluyó que el "exagerado indigenismo"[73] ha sido un problema histórico a la hora de reconocer las raíces de la cultura chilena, presentándolo como una desviación que niega el tronco europeo de la identidad latinoamericana. Para Rojas, desde un prisma eurocéntrico, la herencia colonial europea y los códigos culturales compartidos de Occidente contribuyeron a que, por ejemplo, "los pintores y otros artistas chilenos exiliados se integraron naturalmente en este continente sin mayor problema (caso Matta, Antúnez, etc.)"[74].

---

[71] *B.I.*, diciembre de 1985, 79.
[72] *B.I.*, febrero de 1986, 94.
[73] *B.I.*, abril de 1986, 78.
[74] *B.I.*, abril de 1986, 79.

Sobre los arrepentidos

La reseña de Luis Alberto Mansilla, bajo su seudónimo Martín Ruiz, del libro "El Gran Taimado" de Enrique Lafourcade, escritor identificado con la derecha política, causó escozor entre los lectores. Para el editor del *Boletín*, el valor del este libro reside en que el autor, al haber convivido "cotidianamente con los personajes que manejan los aparatos criminales"[75] y el mundo civil que los rodea, fue capaz de retratar descarnadamente, en un registro satírico, el terrorismo y la deshumanización provocada por el régimen a través de dos personajes cuasi ficticios: El Viejo (Pinochet) y El Perro (Contreras). El libro, para Mansilla, vale por la intencionalidad del autor, quien esbozó en sus páginas que su objetivo era "ayudar a que triunfen aquí, por sobre la violencia y la muerte, los esplendores de la paz y la vida"[76]. Hernán Acuña, desde Suecia, consideró impresentable que la revista de los trabajadores, o cualquier medio con una perspectiva democrática, diera tribuna a quien "ha denigrado al exilio y a las víctimas de la dictadura durante largo tiempo"[77] por más que se hubiera arrepentido de su apoyo inicial a Pinochet.

El momento de la polémica fue iniciado por una lectora anónima que atacó la legitimidad de la opinión de Acuña, puesto que, para ella, no tenía derecho a opinar dado que se encontraba exiliado en Suecia, en un país con estabilidad política y económica y con condiciones de vida superiores a las chilenas; lo contrario a Lafourcade, quien pese a sus errores le había plantado cara al dictador con la publicación del libro acto de valentía. Según la lectora anónima, quienes escaparon de "donde las papas queman" y que "salieron al exilio escandinavo" debían abstenerse de opinar sobre las acciones de quienes se quedaron en el país[78]. Las respuestas a esta defensa furibunda del escritor no se hicieron esperar. Timoteo Denecán (seudónimo), alegó al editor del *Boletín* por haber permitido que una persona anónima desviara la discusión y atacara con vehemencia a los compatriotas expatriados. En su carta, el lector respaldó la posición de Acuña, evidenciando que el exilio fue un

[75] *B.I.*, julio de 1985, 56.
[76] *B.I.*, julio de 1985, 55.
[77] *B.I.*, octubre de 1985, 79.
[78] *B.I.*, marzo de 1986, 79–80.

mecanismo de exclusión política en contra de los militantes antifascistas amparado por los amigos del escritor referido y que su arrepentimiento no es ni será suficiente para reparar el dolor provocado por la dictadura. Además, planteó que el exceso de amplitud editorial podía ser tan contradictorio como el excesivo sectarismo y que los criterios debían regirse por una cobertura a quienes practicaban el antifascismo día a día y no a quienes participaban del "diario más poderoso de los esclavistas burgueses de Chile, socios inclaudicables del imperialismo ayer, hoy y mañana"[79].

En medio de esta polémica, en febrero de 1986 Jorge Alvarado publicó un artículo que abordaba el caso de otros arrepentidos: Mónica Madariaga, Gustavo Leigh, Orlando Sáenz, Silvia Alessandri y Fernando Léniz; salvo Leigh, responsable directo del golpe de Estado y violaciones a los DD.HH., Alvarado planteó que luego del acuerdo por la transición de agosto de 1985 varios ex colaboradores civiles -como políticos o empresarios- comenzaron a distanciarse del régimen para resguardar su figura y eximirse de culpabilidad. Su crónica finaliza de la siguiente manera: "Se dice que "de los arrepentidos es el reino de los cielos". ¿Pero, quién resucita a los muertos y rescata al país de los abismos de ruina y miseria de estos 12 años?"[80]. A esta pregunta volvió el lector Gabriel Latorre, quien, al igual que Acuña y Denecán, con quienes estaba de acuerdo, criticó que se le brindara demasiada atención a los arrepentidos de la derecha en la revista. Para él, estos artículos hicieron "simpáticos a personajes a los que tendremos que pedirles cuenta cuando llegue la hora de la justicia", quienes, al igual que en los juicios de Nuremberg, dirán que no sabían de los crímenes cometidos por el nazismo; por su parte, Latorre esperaba que llegado el momento se hiciera "justicia sin venganza pero también sin absolución ni olvido de los culpables"[81].

El lector Armando Abarca planteó un concepto interesante dentro de la polémica: acusó a Timoteo Denecán (seudónimo) de adoptar una postura sectaria que era contraproducente a la unidad de la oposición a la dictadura. Para él, era posible luchar por enjuiciar a los responsables de las violaciones a los derechos humanos sin

[79] *B.I.*, mayo de 1986, 79.
[80] *B.I.*, febrero de 1986, 57.
[81] *B.I.*, junio de 1986, 80.

excluir a los arrepentidos, puesto que era el único camino "para restablecer en Chile una verdadera democracia".[82] Esta postura de amplia unidad fue calificada por Roberto Jerez como errónea, puesto que abría la posibilidad de que el día de mañana criminales como el "Guatón Romo", el "Fanta", el "Willy", o el propio Manuel Contreras podrían declararse arrepentidos de haber apoyado a la dictadura. Al igual que Latorre, Jerez declaró haber sido víctimas de tortura y prisión política y él, junto a miles de exiliados, no estaría dispuesto a "perdonar y a llamar a un frente común a los recientes criminales"[83].

El lector Rubén Molina, exiliado en Bonn, RFA, no se mostró de acuerdo con las posturas entregadas en el debate y en cambio recurrió al argumento esbozado anteriormente por la lectora anónima: los exiliados, él incluido, debían mantenerse al margen de demandar superioridad moral a quienes se encontraban al interior del país, puesto que en Europa ellos contaban con una base material de derechos sociales asegurados. En sus palabras, "el exilio es duro desde el punto de vista moral y sicológico pero en cuanto a lo material es mil veces menos duro que las contingencias que enfrenten los trabajadores cesantes en Chile"[84].

Por su parte, Víctor Flores, dirigente del Comité Nacional de la CUT en la RDA, consideró que el debate sobre la sinceridad de los arrepentidos desviaba la atención de la tarea principal: la construcción de una fuerza mayoritaria de cara a la recuperación de la democracia en el país; de tal manera que reparar en distinciones y "certificados de pureza" distraerían al pueblo de "la inmensa tarea que será recuperar nuestra patria de los abismos de la miseria y de crisis total a la que ha sido arrojada por Pinochet y su camarilla"[85].

Finalmente, el lector Arturo Espinoza fue más allá. Retomando la opinión de Molina, señaló que "las publicaciones de la oposición, incluido nuestro Boletín, están muy politizados" y que toda la discusión sobre los arrepentidos, el perdón, la culpa y la unidad opositora son estériles, por cuanto "la gente con hambre no

[82] *B.I.*, julio de 1986, 78.
[83] *B.I.*, julio de 1986, 79.
[84] *B.I.*, octubre de 1986, 79.
[85] *B.I.*, diciembre de 1986, 78.

tiene ánimo para discutir sobre teorías sino que busca como comer y asegurar la subsistencia de su familia"[86].

Dirigentes sindicales desde el exilio

Mario Navarro fue, quizás, la figura política más representativa del exilio sindical y como tal, sus palabras y acciones causaron polémicas. Víctor Flores -quien también había participado de la polémica sobre los arrepentidos- escribió en marzo de 1985 al *Boletín* puesto que había leído con interés la entrevista de Luis Alberto Mansilla, bajo su seudónimo de Martín Ruiz, al presidente del CEXCUT publicada en la edición de diciembre de 1984, cuyo tema central fue la vigencia del Comité Exterior en el contexto actual y el derecho a retornar al país. A Flores, más que la tarea exterior, le causó inquietud que algunos cuestionaran la legitimidad de la existencia de la histórica central, a lo cual Navarro dedicó unas palabras.

Tras el golpe de Estado de 1973, la CUT fue proscrita y sus dirigentes se orientaron a la diplomacia y la solidaridad sindical. Sin embargo, para una amplia cantidad de ex dirigentes de esta plataforma política en el exilio, aún subsistía como idea y horizonte. La respuesta de Navarro en su entrevista fue que la Central Única de Trabajadores había cesado sus funciones orgánicas, pero que las organizaciones sindicales que la integraron se encontraban afiliadas al Comando Nacional de Trabajadores y continuaban manteniendo con vida sus símbolos y su cultura, por ejemplo, con la conmemoración de sus aniversarios y la pervivencia de la unidad. Para Navarro, lo "importante no es saber si habrá o no CUT, sino si habrá fascismo o no"[87]. Flores estuvo de acuerdo con las palabras de Navarro y agregó que la CUT solamente dejó de existir para sus detractores, y que mientras persistiera la memoria de sus fundadores y dirigentes históricos asesinados por el régimen y "su espíritu unitario y de clase, sigue existiendo para todos nosotros"[88].

No obstante, las declaraciones de Mario Navarro no fueron aceptadas por todos los lectores. En octubre de 1987, brindó una extensa entrevista de 20 preguntas a Luis Alberto Mansilla que causó

[86] *B.I.*, febrero de 1987, 93–94.
[87] *B.I.*, diciembre de 1984, 28.
[88] *B.I.*, marzo de 1985, 80.

resquemor e inquietud a dos sindicalistas exiliados. El primero, de iniciales G.M.P. escribió desde Suecia a semanas de su retorno definitivo al país. En su carta manifestó su profundo desacuerdo con la visión de Navarro acerca del estado actual del movimiento sindical, la cual la calificó de pesimista e injustificada. En su entrevista, Navarro se refirió negativamente a la orgánica del Comando Nacional de Trabajadores, a la cual calificó como un liderazgo cupular "sin una suficiente participación de la base lo que limita su representatividad y el ejercicio en él de la plena democracia"[89]. Frente a estas palabras, el lector señaló que Navarro opinaba desde el desconocimiento y la hipocresía, puesto que su interpretación se encontraba distorsionada luego de casi 15 años en el exilio. Además, denunció haber vivido en carne propia prácticas sectarias por parte de los comunistas y los socialistas; a tal nivel que G.M.P., quien vivió por muchos años en Alemania Federal, afirmó que "lo único no tan sectario es el Boletín de ustedes y sobre todo la sección "Cartas de los Lectores"[90], motivo por el cual pretendía compartirlo con los compañeros sindicalistas y discutir las palabras de Navarro una vez retornara al país.

El segundo lector que respondió a la entrevista fue Raúl Delgado desde Hamburgo, Alemania Federal. En esta ocasión hizo referencia a la respuesta de Navarro frente a la existencia de una burocracia sindical en el Comando Nacional de Trabajadores, quien señaló indirectamente a Mansilla que creía que había existido una actitud pasiva en el trabajo de masas y en promover la sindicalización de los sectores no organizados, que ascendía al 90% de la fuerza laboral -según sus propias cifras- y que no habían realizado nada por superar la atomización o incorporar a la lucha a los grandes sindicatos de los sectores económicos más importantes. A esta interpretación del bajo incremento de la sindicalización, Delgado respondió con un profundo pesar y lástima por la opinión de Navarro; para él, la burocracia nunca fue un factor de preocupación para el sindicalismo chileno debido a que esta surge, según el lector, cuando hay recursos económicos y un alto grado de modernización que sustentan un estrato de estas características. Y eso, fue un aprendizaje del exilio:

[89] *B.I.*, octubre de 1987, 5.
[90] *B.I.*, diciembre de 1987, 79.

> "Conozco a "viejos" que cumplen heroicamente con sus funciones. Viven en alguna miserable población marginal, comen y visten mal, viajan en microbuses roñosos, pasan el día con un plato de porotos y una taza de té pero se mueven como leones en defensa de sus compañeros. ¿Se les puede tratar de burócratas? El exilio me ha hecho tratar a los sindicalistas europeos. También sería injusto acusar a todos de burócratas. Ellos cumplen sus funciones en edificios modernos, con secretarias, con toda clase de artefactos necesarios para el trabajo: fotocopiadoras, impresoras, grabadoras. Es claro que ellos son dirigentes de los países de gran desarrollo. Pero ellos mismos notan cuando viajan a Chile las diferencias y hasta anotan que los dirigentes no son bien cuidados por sus bases. Hasta en la pobreza se le podría dar decoro a las funciones sindicales"[91].

Rodolfo Seguel en tela de juicio

Si Mario Navarro causó opiniones divididas desde el exterior, la figura de Rodolfo Seguel, dirigente de la Confederación de Trabajadores del Cobre y el Comando Nacional de Trabajadores, concitó conflicto entre los lectores tras su controversial decisión de autoexiliarse en Australia y sus declaraciones de repudio al Frente Patriótico Manuel Rodríguez[92], el cual fue objeto de interés para los lectores del Boletín, por ejemplo, en la carta de R. López, quien desde Montreuil, Francia, saludó que el rescate solicitado por el secuestro del coronel Carreño hubiese sido alimento para los pobladores y cuestionó que la revista no lo hubiera informado a la comunidad del exilio[93]. Seguel fue objeto de rudos intercambios

[91] *B.I.*, enero de 1988, 78.

[92] El Frente Patriótico Manuel Rodríguez tuvo una cobertura acotada, pero no por ello implicó que la línea editorial fuese contraria a su cometido, ya que se buscó respetar de la forma más fiel posible la tradición sindical de no mezclar asuntos propios de los partidos en una revista sindical, bajo el principio de autonomía relativa. De hecho, hubo solo un artículo que hizo referencia explícita y se trató de "¿Qué es el Frente Patriótico Manuel Rodríguez?" (enero de 1985, 10-12). Hubo otros artículos escritos a modo de homenaje, como "¡Pásale ese clavel, vamos con él!" de Oscar Vega (septiembre de 1985) o menciones en los artículos de Leonardo Fonseca.

[93] *B.I.*, enero de 1988, 79.

epistolares durante aproximadamente 10 meses entre los lectores Carlos Bongcam, J. Rodríguez y Hugo Olea. A la larga, esta polémica se transformó en una discusión sobre pluralismo y censura.

El periodista Carlos Bongcam envió una carta en noviembre de 1986 desde Spänga, Suecia, manifestando su rechazo a las opiniones vertidas por el dirigente democratacristiano al periódico sueco *Liberación*, en donde condenaba abiertamente el atentado ejecutado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez el 7 de septiembre de 1986 al dictador Augusto Pinochet. En esta entrevista, según Bongcam, Seguel habría declarado que "quien realmente lo hizo tiene que ser muy enfermo mental. Así, el movimiento sindical chileno califica a los autores de este hecho"[94]. El lector señaló que Seguel, pese a que fuera un dirigente sindical de renombre, no tenía derecho de opinar en nombre del conjunto del movimiento sindical ni usar esos calificativos, puesto que significaba minimizar el verdadero sufrimiento: el de las víctimas de la dictadura y no el de la comitiva del dictador como lo estableció en la entrevista. También se mostró contrario a que hubiera menospreciado el atentado por haber fracasado o por falta de experiencia, señalando que "el pasado está lleno de acciones frustradas (…) que sin embargo la historia ha demostrado correctas [como] el asalto al Cuartel Moncada efectuado por Fidel Castro [y] Allende al tiempo que defendía la democracia con un arma en las manos"[95].

Dos meses después, en enero de 1987, el lector J. Rodríguez desde Estocolmo, Suecia, respondió la crítica de Carlos Bongcam calificándola como un "virulento ataque"[96] que no hacía justicia a la tarea que llevó a cabo el dirigente de los trabajadores del cobre, quien también fue "un dirigente valiente, que ha estado al frente de todas las luchas de los trabajadores del último tiempo (…) [cuya] autoridad moral le parece indiscutible a los trabajadores de Chile por encima de todas las tendencias ideológicas"[97]. La carta de Rodríguez concluyó con una interpelación a la redacción del *Boletín*, calificándola de contradictoria y dañina para las perspectivas unitarias del movimiento sindical:

---

[94] *B.I.*, noviembre de 1986, 77.
[95] *B.I.*, noviembre de 1986, 78.
[96] *B.I.*, enero de 1987, 78.
[97] *B.I.*, enero de 1987, 78–79.

> "Aunque todas las opiniones son válidas y no me gusta la censura estimo que una revista que pretende representar la unidad de los trabajadores no debiera haber publicado esa carta y prestarse así para ser en los hechos una tribuna de división. No me pronuncio si son justas o no las opiniones de Seguel sobre las consecuencias del atentado a Pinochet. Creo que tiene derecho a tener sus propias posiciones con la misma propiedad con las que el lector Bongcam expone las suyas. (…) Pero hago todavía otra pregunta: ¿Por qué ha publicado esa carta el boletín? ¿Representa su verdadera posición? Si fuera así creo que no sería consecuente con los reiterados llamados a la unidad y con los principios de la CUT que aunque no existe en la actualidad en Chile es válido mantener en alto sus postulados para hacerlos realidad cuando triunfe la democracia en nuestro país"[98].

La respuesta se hizo esperar hasta junio de 1987, casi seis meses después de la intervención de Rodríguez. En su carta, Bongcam efectuó una defensa irrestricta de la línea editorial del *Boletín Informativo*, en el cual había colaborado, cuestionando que un compatriota, desde el exilio, hubiese solicitado censurar su opinión en una revista de carácter pluralista, tal como se esperaba del órgano comunicacional oficial del Comité Exterior de la CUT y fiel al motivo por el cual Mansilla decidió inaugurar esta sección. Dada la contundencia, se reproducirá la carta in extenso:

> "Asilándome en el derecho a disentir, compañero director, a criticar con altura, a no estar de acuerdo de incluso a polemizar, que es precisamente la línea del Boletín que usted dirige (y a mi juicio sigue acertadamente la línea de principios que imperaba dentro de la CUT en Chile, donde tenían cabida todas las opiniones y todas las discrepancias, al revés de como parece creer al lector Rodríguez), le envío estas apretadas líneas que son una réplica a la carta del mencionado lector:

1) En mi carta anterior no hay nada "virulento", salvo las opiniones del señor Seguel con las que "califica" las "intenciones" de los compañeros del FPMR que atentaron "desgraciadamente sin

[98] *B.I.*, enero de 1987, 78–79.

pleno éxito" contra el asesino Pinochet. Cualquiera que relea mi carta podrá comprobarlo.

2) Es lamentable e inaceptable la opinión del lector Rodríguez quien, en nombre de una pretendida "unidad de los trabajadores" critica al Director del Boletín por no haber CENSURADO mi carta. Los argumentos del lector mencionado me resultan calcados de los militares fanáticos de la "Seguridad Nacional", quienes en nombre de una pretendida "unidad nacional", han arremetido a sangre, fuego, cárcel, tortura y exilio en contra de todos los que criticamos y no estamos de acuerdo con su infame régimen.

3) El señor Seguel también ha sufrido los rigores de la cárcel por su conducta valerosa y discrepante, pero esto, a mi juicio, no lo transforma en un Dios intocable y al margen de la crítica. Antes por el contrario, dada su calidad de dirigente, su responsabilidad es mayor y los trabajadores deben cuidar que el "hombre" Seguel no se endiose ni confunda sus opiniones con la opinión de todos los trabajadores chilenos, que eso fue lo que hizo y dijo aquí en Estocolmo, tal como se le vio en la TV, se le escuchó en las radios y se le pudo leer en los diarios (por lo que no me explico cómo el lector Rodríguez, quien parece ser un hombre avispado, no se enteró).

4) Creo sensato dejar para el juicio de la historia el determinar quién ha sido más valiente que quién en el Chile de Pinochet, quién ha interpretado mejor el deseo y las que se opongan al tirano Pinochet y con qué propósitos.

> Sinceramente espero, compañero Director, que el Boletín de la CUT no se deje intimidar por las últimas frases del lector Rodríguez -aquellas que comienzan con la pregunta "¿Por qué ha publicado esta carta el Boletín?", etc.- y continúe con la correcta línea de dar cabida a todas las opiniones y no caiga en la tentación de la AUTOCENSURA, tan de moda en el Chile de los militares y que el lector Rodríguez exige introducir en el seno del movimiento de los trabajadores, comenzando por el Boletín del Comité Exterior de la CUT"[99].

La carta de Bongcam, que no obtuvo réplica por parte del aludido, dejó en evidencia la heterogeneidad de visiones del exilio

[99] *B.I.*, junio de 1987, 77–79.

sindical. No obstante, y por otras razones, Seguel continuó siendo objeto de críticas. Tal fue el caso del lector Hugo Olea, quien manifestó haber quedado asombrado cuando se enteró de que el renombrado líder de los trabajadores chilenos había decidido autoexiliarse en Australia[100]. En sus palabras, era profundamente desmoralizante que hubiese partido del país por razones familiares y económicas en una coyuntura tan crucial para la recuperación de la democracia, la cual contrastaba con las trayectorias y experiencias de los exiliados políticos. Para Olea, quien era un exiliado económico y empatizaba con los compatriotas que se vieron forzados a tomar la decisión de irse del país debido a la cesantía, Seguel se autoexilió cuando el movimiento sindical requería más que nunca una conducción estable:

> "No es el momento de abandonar el escenario de la lucha porque ¿qué podemos pedirle entonces a los que se quedan? El movimiento sindical necesita dirigentes de cuero duro, firmes, decididos para jugar su papel en la reconquista de los derechos de los trabajadores. Seguel no era ningún jubilado de la lucha sino un dirigente máximo del Comando de Trabajadores. Reitero que su decisión es respetable en el terreno personal. Pero ¿lo es también en el terreno social?"[101].

A modo de balance, se ha podido establecer que el segundo momento de recepción, es decir, la interacción epistolar entre lectores, tuvo cuatro grandes polémicas que marcaron el flujo de las opiniones entre 1985 y 1988. En cada polémica fue posible identificar que los lectores significaron el mundo que los rodeaba desde una "hermenéutica de la distancia", que, según Enzo Traverso, implicaba interpretar la realidad privado de "su contexto

[100] Gricelda Gallegos, esposa del ex dirigente sindical, ha explicado que la decisión de autoexiliarse fue suya, ya que con Seguel se encontraban separados de hecho. La razón habría sido que la excesiva dedicación a las tareas políticas había deteriorado la vida familiar. Asimismo, Gallegos comentó que ella condicionó la salida de Seguel del mundo sindical, puesto que él aceptó inicialmente la idea de exiliarse, pero a Bélgica, para sumarse a las tareas políticas en una comunidad activa en el plano sindical, pero ella lo prohibió, de modo que eligió Australia para evitar que siguiera activo en la política (Castillo, *Seguel*, 183–184).
[101] *B.I.*, septiembre de 1987, 96.

social y cultural, su lengua, sus lecturas y sus fuentes de subsistencia".[102] Las impugnaciones, contradicciones y disensos también fueron parte de la experiencia compartida de la comunidad chilena en el exilio. Este posicionamiento evidenció una tensión latente entre la comunidad de lectores acerca de la integración, la cohesión sociopolítica, las formas que adoptaría el proceso de transición a la democracia y la propia línea editorial de la revista.

Conclusiones

La revisión del *Boletín Informativo* desde la historia intelectual permitió evidenciar, en primer lugar, que su producción y circulación estuvo inserta dentro de una amplia red política y editorial vinculada al entorno partidista de la RDA, compuesto por comunistas, socialistas y mapucistas, junto con el Partido Socialista Unificado Alemán y la Federación Alemana de Sindicatos Libres. De igual forma, la revista sindical ocupó una posición relevante en el ecosistema de medios del exilio chileno debido al peso simbólico de su editor, Luis Alberto Mansilla, y en particular de aquellos con cercanía al Partido Comunista como la revista *Araucaria de Chile*, de modo que, proponemos, la revista sindical debe ser considerada como parte de la red revisteril del comunismo en el exilio e inscrita dentro de su larga tradición editorial.

En segundo lugar, se demostró que el *Boletín Informativo* en su segunda etapa se sostuvo en una comunidad autoral heterogénea, en donde no participaron de forma constante los grandes intelectuales de la izquierda chilena presentes en otras revistas culturales o partidarias, sino que más bien colaboraron un conjunto de periodistas, escritores y dirigentes sindicales, cuya presencia mantuvo una lógica de disputa por la construcción de sentidos enfocada en un público de interés general. Por la especialidad del editor, proponemos que también debe ser considerada una revista de interés para quienes estudian el campo cultural debido a que contó con entrevistas a escritores, músicos, artistas visuales y cineastas exiliados, reseñas literarias y crítica cultural.

En tercer lugar, se evidenció, mediante el análisis del flujo de las polémicas, que los momentos de recepción de la comunidad lectora estuvieron mediados por un interés en reflexionar desde y

[102] Traverso, *La historia como campo*, 255–256.

sobre la condición del exilio. La potencialidad de un análisis desde la recepción permite comprender que las interpretaciones y formas de aproximarse a los soportes poseen una historicidad que, si bien está marcada por coyunturas políticas, se ve reforzada por códigos y experiencias compartidas de lectura; factores como la nostalgia, la integración, la resignación o la esperanza son fundamentales para entender las formas de apropiación lectora. La agencia de los lectores, en un contexto de exilio y conexiones transnacionales, es fundamental para comprender qué tan amplias o estrechas son las fronteras de los proyectos revisteriles y sus líneas editoriales mediante la iteración de conceptos e ideas significativas para la comunidad que rodea a esta revista en la opinión pública, tales como unidad, pluralismo y democracia.

Esta operación implicó, siguiendo a Tarcus, prescindir del editorial y revalorizar secciones comúnmente relegadas a un segundo plano, para luego reconstruir el conjunto de agenciamientos previos que hicieron posible la creación de dichas secciones en donde circularon las polémicas y así situar al lector real de la revista en su contexto, en detrimento de la perspectiva tradicional que aborda los medios sindicales como soportes que reproducen discursos programáticos. Dicho esto, el haber identificado el circuito histórico de los agenciamientos (editores, colaboradores/autores, distribuidores y lectores) desde la revista como un objeto de estudio, permitió concluir que la tarea política de los dirigentes sindicales en el exilio no tan solo incidió en este campo específico de solidaridad con los trabajadores chilenos a escala mundial, sino que también, a través de la revista, contribuyó a dinamizar la esfera pública transnacional dentro de un contexto de profundos debates y definiciones políticas para la izquierda chilena; pero, sobre todo, asuntos que eran propios de la condición del exilio y que fueron discutidos y procesados como tales a partir de la recepción de entrevistas, crónicas periodísticas, columnas de opinión, reseñas de libros y las propias cartas de los lectores que fueron seleccionadas por el editor para ser publicadas.

En suma, este trabajo contribuye al estudio de una dimensión particular del exilio chileno bajo el régimen dictatorial que no había sido abordada por la historiografía chilena: el exilio sindical. Lejos de agotar el tema, esta investigación traza una línea de trabajo en donde el *Boletín Informativo* fue la revista hegemónica de un

ecosistema de huellas dispersas en centros de investigación como Instituto para el Nuevo Chile, revistas partidarias, culturales e incluso otras revistas de menor circulación y duración, tales como *Estudios* y *Boletín CODEHS*, editadas en Bruselas, Bélgica. El exilio sindical asoma, entonces, como un problema historiográfico con una amplia proyección: se requiere delimitar con precisión las redes y los agentes clave a escala internacional, no tan solo en Europa como en este trabajo; se debe indagar en las interacciones y recepción de ideas entre los agentes sindicales, por ejemplo, su relación con las renovaciones ideológicas partidarias o las interpretaciones de sus tradiciones culturales; y, por último, identificar la influencia de los agentes sindicales en otros espacios internacionales.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile, 1981.

Boletín Informativo del Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores, 1981-1988.

Mansilla, Luis Alberto. Correspondencia con Carlos Orellana, 1978-1983. Fondo Carlos Orellana, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Orellana, Carlos. Correspondencia con Luis Alberto Mansilla, 1978-1983. Fondo Carlos Orellana, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Parte Noticioso del Departamento de Comunicaciones de la Oficina de Chile Antifascista, 1987.

Resistencia Chilena, 1980.

Rojas, Eduardo. Entrevista realizada por el autor, 2 de diciembre de 2024.

Vega, Oscar. Entrevista realizada por el autor, 11 de diciembre de 2025.

Bibliografía

Álvarez, Rolando. *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990*. LOM Ediciones, 2011.

Araya, Rodrigo. "Del combate a la dictadura a la preservación de la democracia. Movimiento sindical y políticas de concertación social. Los casos de Chile y España (1975-1994)". Tesis de doctorado en Historia, Universitat Autònoma de Barcelona, 2012.

Barrios, Marta. "Colombian cries: Internal armed conflict and emotions in letters to the editor". *Journalism* 18, no. 2 (2015): 1–17.

Bruno, Paula. "Historia intelectual e historia de los intelectuales. Usos de las fuentes". En *El hilo de Ariadna. Propuestas metodológicas para la investigación histórica*, editado por Claudia Salomón et al., 301–308. Prometeo Editores, 2019.

Castillo, Francisco. *Seguel. El Rebelde*. Ediciones Copygraph, 2021.

Cavallo, Guglielmo, y Roger Chartier. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Taurus, 2004.

Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Alianza Editorial, 1993.

Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Gedisa, 1992.

Christiaens, Kim. "The difficult quest for chilean allies: International labor solidarity campaigns for Chile in the 1970s and 1980s". En *European solidarity with Chile, 1970s-1980s*, editado por Kim Christiaens, Idesbald Goddeeris y Magaly Rodríguez, 97–129. Peter Lang Edition, 2014.

Darnton, Robert. *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*. Fondo de Cultura Económica, 2008.

Díaz, Francisco. "El exilio del socialismo chileno en la RDA. La transición política del Partido Socialista de Chile y su relación con el Partido Socialista Unificado de Alemania, 1974-1989". Tesis de doctorado en Historia, Freie Universität Berlin, 2019.

Garay, Sol. "Memoria y exilio a través de la obra de escritores chilenos exiliados en Alemania (1973-1989): Una apertura al otro". Tesis de doctorado en Literatura, Universidad Autónoma de Madrid, 2011.

Hobbs, Andrew. "Readers' letters to victorian local newspapers as journalistic genre". En *Letters to the editor. Comparative and historical perspectives*, editado por Allison Cavanagh y John Steel, 129–146. Palgrave Macmillan, 2019.

Jaramillo, Sandra. "Hacia un mapa de revistas de la nueva izquierda intelectual colombiana surgida en la década de 1960". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 48, no. 2 (2021): 329–360.

Lenoe, Matthew. *Closer to the masses. Stalinist culture, social revolution and soviet newspapers*. Harvard University Press, 2004.

Lozoya, Ivette. *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*. Ariadna Ediciones, 2020.

Moyano, Cristina. "Diálogos entre el exilio y el interior: Reflexiones en torno a la circulación de ideas en el proceso de renovación socialista, 1973-1990". *Izquierdas*, no. 9 (2011): 31–46.

Norambuena, Carmen. "El exilio chileno: Río profundo de la cultura iberoamericana". *Sociohistórica*, no. 23/24 (2008): 163–195.

Orellana, Carlos. *Penúltimo Informe. Memoria de un exilio*. Editorial Sudamericana, 2002.

Ramos, Claudio. "Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de realidad social". *Convergencia*, no. 66 (2014): 151–177.

Ramos, Claudio. *El ensamblaje de ciencia social y sociedad*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2012.

Samaniego, Augusto. *Luis Alberto Mansilla, autodidacta: Los caminos a la cultura de un comunista chileno (1933-2016)*. Ariadna Ediciones, 2019.

Samaniego, Augusto. *Unidad sindical desde la base. La Central Única de Trabajadores, Chile 1953-1973*. Ariadna Ediciones, 2016.

Sarlo, Beatriz. "Intelectuales y revistas: razones de una práctica". *América: Cahiers du CRICCAL*, no. 9-10 (1992): 9–16.

Sawicki, Frederick. "Para una sociología de los entornos y de las redes partidistas". *Revista de Sociología*, no. 25 (2011): 37–53.

Sznajder, Mario, y Luis Roniger. *La política del destierro y el exilio en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, 2013.

Tarcus, Horacio. *Las revistas culturales latinoamericanas: Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Tren en Movimiento, 2020.

Traverso, Enzo. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, 2012.

Ulianova, Olga. "La nueva inserción internacional del comunismo chileno tras el golpe militar". En *Chile y la Guerra Fría global*, editado por Tanya Harmer y Alfredo Riquelme, 273–316. RIL Editores, 2014.

Vallejo, Maryluz. "Los lectores de *Semana* (1946-1961)". *Signo y Pensamiento*, no. 45 (2004): 89–103.

Vera, Felipe. "Por la unidad de los 'hermanos de clase' en el exilio. Cultura política y agencia editorial en el *Boletín Informativo* del Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores (1977-1988)". Tesis de magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2025.

Wahl-Jorgensen, Karin. "Foreword". En *Letters to the editor. Comparative and historical perspectives*, editado por Allison Cavanagh y John Steel, v-x. Palgrave Macmillan, 2019.

¿El fin de un Siglo? El ocaso de la letra impresa y el desplazamiento a la digitalización: el caso del periódico comunista El Siglo (1989-2023)[1]

Antonia Emilia Olate Navarro[2]

Introducción

La afirmación de Chartier según la cual "escribir y leer son prácticas inscritas en momentos particulares"[3] permite situar analíticamente el problema que guía este artículo: la transformación de las prácticas editoriales del Partido Comunista de Chile (PCCh) tras la vuelta a la democracia. Dichas prácticas han respondido históricamente a condicionantes políticas y materiales, al mismo tiempo que han constituido un rasgo central de la cultura política comunista, configurada en torno a la circulación de textos, la sociabilidad lectora y la producción editorial como forma de disputar los sentidos sociales. En este horizonte, la trayectoria reciente de *El Siglo* –órgano partidario fundado en 1940 y publicado con relativa continuidad hasta 2018– constituye un observatorio privilegiado para examinar las tensiones contemporáneas entre materialidad, política y cultura escrita. Así, este artículo se propone analizar el declive del impreso y la priorización de formatos digitales en el periódico *El Siglo*, considerando que este caso nos da luces acerca de las mutaciones de prácticas de sociabilidad de la militancia de izquierda, en este caso de los comunistas, a la vez que nos permite reflexionar sobre los vínculos entre política, cultura escrita y digitalización, abriendo interrogantes sobre la persistencia o

[1] Este artículo se desarrolló en el marco del curso "Historizar el pensamiento: historia intelectual, de los intelectuales y la edición en Chile y Argentina, siglos XX y XXI" Impartido por la Dra. Cristina Moyano Barahona, para el programa de Magíster en Historia de la Universidad de Santiago de Chile en el año 2025.

[2] Licenciada en Historia, candidata a Magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Correo de contacto: antonia.olate@usach.cl ORCID: https://orcid.org/0009-0002-5055-985X

[3] Chartier, *Editar y traducir*, 20.

desaparición de los soportes impresos en la configuración de identidades políticas en el Chile reciente.

En este sentido, visualizamos a *El Siglo* como un periódico de larga data, que en el pasado fue considerado por la militancia como "el cañón de largo alcance" del Partido Comunista, ya que el periódico representaba una posición que apostaba por las reflexiones profundas y de largo plazo en la batalla por las ideas. En la actualidad, en un panorama diametralmente diferente al del siglo XX, las publicaciones del impreso se han vuelto intermitentes y su desplazamiento a *El Siglo Digital* nos plantea interrogantes acerca del objetivo de este periódico, tensionándose el formato escrito y con ello los contenidos y objetivos del dispositivo. Asimismo, afirmamos que este medio de comunicación no tiene la relevancia que tuvo en el pasado para la organización, convirtiéndose en una actividad marginal de la militancia comunista del siglo XXI. En este sentido, se busca demostrar que el ocaso del periódico impreso constituye un síntoma del cambio en las prácticas de socialización política de la militancia comunista, donde los medios digitales y las redes sociales han adquirido preeminencia en la comunicación partidaria.

La trayectoria reciente de *El Siglo* ofrece un punto de entrada particularmente fértil para las discusiones centrales de la historia intelectual, en particular, aquellas que dicen relación con las formas de producción de sentido, los soportes materiales y las prácticas políticas. Así, este estudio desplaza la mirada desde las ideas y los discursos hacia los dispositivos, los actores y las condiciones materiales que posibilitan su existencia, en la línea de la perspectiva inaugurada por los trabajos de Chartier[4] y Darnton, y que en el campo latinoamericano ha sido profundizada por Tarcus desde el punto de vista de las mutaciones en las culturas de izquierda. En definitiva, este artículo busca contribuir a la renovación de la historia intelectual chilena siguiendo la propuesta del giro hacia los soportes: más que analizar doctrinas o programas partidarios, se interroga el lugar de los periódicos como espacios de producción intelectual, como tecnologías de la palabra y como arena de disputa por los marcos cognitivos del mundo social que inciden directamente en las formas de representar la realidad social, resignificar la historia y

[4] Chartier, *¿La muerte del libro?*; Chartier, *El orden de los libros*; Chartier, *Editar y traducir*.

proyectar una agenda de futuro. Así, el caso de *El Siglo* no remite solo a la transformación de un medio de comunicación partidario, sino que permite pensar en clave crítica el tránsito de una cultura política basada en la imprenta hacia un repertorio de prácticas donde lo digital parece absorber –sin reemplazar del todo– los dispositivos que durante décadas estructuraron la autorrepresentación comunista.

Por lo mismo, comprender el ocaso del formato impreso de *El Siglo* no equivale simplemente a registrar un cambio tecnológico –su digitalización–, sino que nos incita a indagar cómo la mutación del soporte reconfigura las comunidades políticas y redefine las formas de intervención intelectual del PCCh en la actualidad. Asimismo, el paso desde la imprenta, que durante décadas estructuró la cultura militante comunista a través de periódicos, revistas, manuales y editoriales propias, hacia un ecosistema digital fragmentado, revela tensiones que exceden el caso del PCCh y que dialogan con discusiones globales sobre el rol que cumple la textualidad, las temporalidades de lectura, las formas de legitimidad intelectual y los desplazamientos en los modos de producción del discurso político. En este sentido, *El Siglo* funciona como un laboratorio para observar cómo se erosiona el paradigma de la cultura letrada en las organizaciones marxistas, qué elementos persisten, cuáles se reformulan y qué nuevas formas de mediación emergen en su lugar.

Se postula como hipótesis que el declive de *El Siglo* constituye un síntoma de cambio en la cultura política del Partido Comunista de Chile desde el punto de vista de sus prácticas editoriales. Proponemos que el desplazamiento del formato impreso al digital es un proceso que responde a diversas variables, como la tendencia global a la digitalización y los problemas financieros que esto genera en la industria editorial mundial, pero también, y sobre todo para el caso de la organización comunista, se trata de una decisión política que no es solo efecto de restricciones financieras, sino que responde a la priorización de otros aspectos del quehacer político partidario de los comunistas que ya no encuentran en la cultura escrita los pilares fundamentales de la disputa política y de los sentidos. Se trata, en todo caso, de un proceso en curso: la cultura política es una categoría que debe analizarse en la larga duración, por lo mismo, no pretendemos definir cuál es la nueva cultura política

comunista, sino dar cuenta de que aquello que antes fue central y constitutivo, hoy ya no lo es.

Por lo mismo, resulta relevante dar cuenta de la trayectoria del periódico en estas tres décadas, analizando a través de su declive elementos que se vinculan a las prácticas militantes e improntas de una organización que pasa de la exclusión política en los años 90 a ser una fuerza preponderante en la arena político electoral nacional en la actualidad[5]. En este sentido, nos preguntamos ¿Cómo se explica que, en un partido con una centralidad histórica en torno a lo editorial, se haya dejado de lado el principal medio impreso de comunicación en los últimos años? ¿Qué nos dice aquello sobre los cambios y continuidades en la cultura política del PCCh tras el retorno a la democracia en Chile?

Para responder a estas interrogantes, este estudio se posiciona desde una intersección de la historia editorial, cultural y política del comunismo partidario en el Chile reciente. Como metodología, este artículo se propone hacer un análisis desde la conjugación de fuentes primarias y secundarias. Se hicieron entrevistas a los directores de El Siglo que desempeñaron su labor en el periodo estudiado (Juan Andrés Lagos, Claudio De Negri, Francisco Herreros y Hugo Guzmán), también se recogieron los testimonios de trabajadores (Ana Muga y Marcos Díaz), del imprentero Damián Trujillo y del tipógrafo Alejandro Padilla. A esto se le suma la revisión de fuentes de prensa, con un análisis detenido de El Siglo desde 1989 hasta el 2023, tomando en cuenta la frecuencia de su publicación, los temas de la propuesta periodística, los giros en el directorio y otros aspectos que pueden ser de interés. Además de esto, se ha integrado una revisión de El Mercurio entre 1989 y 1991 y El Siglo en Huelga, boletín editado por el sindicato de trabajadores del periódico en 2007. Estas fuentes se leen de manera cruzada: la memoria oral recogida en 2025 se contrasta con la revisión de prensa. Por supuesto, complementaremos estos soportes con literatura secundaria sobre investigaciones que ya se han desarrollado en el ámbito de la historia editorial y política del Partido Comunista de Chile, así como también haremos uso de herramientas de la historia intelectual y de las comunicaciones que nos ayudarán a situar nuestro objeto de estudio en un complejo entramado de relaciones editoriales, políticas y económicas.

[5] Álvarez, *Hijas e Hijos*.

Así, la importancia de este artículo puede justificarse en la medida que el estudio de este caso nos da la posibilidad de adentrarnos en los debates sobre hacia dónde dirigen los esfuerzos los partidos de la izquierda chilena en el siglo XXI, en particular el PCCh, en la batalla por las ideas. Pero, sobre todo, este estudio pretende aportar a repensar la relación entre política, cultura impresa e historia intelectual, desplazando la mirada desde los partidos y doctrinas hacia los soportes, prácticas y agentes que producen y difunden sentidos en el espacio público, para desde este punto adentrarnos en algunos aspectos claves de la historia política y cultural del PCCh. En todo caso, más allá de hacer un balance sobre el éxito o fracaso de la prensa partidaria comunista en el siglo XXI, se busca comprender por qué se tomaron determinados caminos y por qué otros decidieron abandonarse[6].

Marco teórico

Cultura política y cultura escrita en el comunismo

Los estudios de la edición han tenido un desarrollo importante en los últimos años, uno de sus principales referentes en América Latina ha sido Horacio Tarcus, historiador argentino que ha investigado, entre otras cuestiones, en qué medida la edición de libros, prensa partidaria, boletines y material de autoformación, han sido cruciales para la experiencia militante de las organizaciones marxistas del siglo pasado. Así, el autor afirma que:

> "Como toda cultura, la marxista se define por la constitución de una trama intensa de relaciones, material y simbólica, que articula instituciones y formaciones, partidos y sindicatos, académicos e intelectuales, docentes y traductores, editores y libreros, profesionales y militantes, revistas y editoriales, teorías y prácticas, textos e imágenes, cultura y mercado (…) La cultura marxista es por definición una cultura letrada"[7].

[6] Rivera Mir, *Edición y Comunismo*, 12.
[7] Tarcus, *Edición y revolución*, 43.

Bajo esta premisa se hace necesario retrotraerse, en primer lugar, a la importancia que ha tenido la cultura escrita para la tradición comunista en general. En su conocido artículo "El socialismo y la imprenta: un ciclo vital", Debray hace una aseveración relevante sobre las prácticas de la militancia de izquierda desde mediados del siglo XIX y hasta los años 70 aproximadamente, dando cuenta de la importancia que tienen el libro, la escuela y el periódico para el militante partidario, y subraya la primacía del tercero recordando la fórmula de Lenin: "El periódico no es sólo un propagandista colectivo o un agitador, sino también un instrumento de organización"[8].

Así, y tal como indica Sebastián Rivera Mir, que estudia las ediciones comunistas en los años 30 en México, «Es un requisito indispensable insertar cualquier proceso en el flujo mundial de las publicaciones y establecer la importancia que tenía para los "proletarios del mundo" formar parte de una comunidad política (de lectores y editores) transnacional»[9]. En efecto, durante el siglo XX se formaron verdaderos entramados editoriales transnacionales en torno a la cultura socialista y comunista, algunos con su centro editor en Moscú, pero también en otras capitales como Pekín o La Habana. Según la tesis de Adrián Celentano, la Revolución Rusa creó un nuevo sujeto que se insertó en las formas de entender el funcionamiento y tareas de los partidos comunistas en este momento histórico: "el intelectual profesionalizado en tanto modelo de cuadro revolucionario y el aparato de prensa, entendido como organizador colectivo"[10]. Así, las actividades editoriales dentro de las organizaciones de izquierda y comunistas fueron núcleo de la organicidad y estrategia de la acción política, asimismo, "el carácter "internacionalista" del comunismo le permitió de cierto modo relativizar las barreras nacionales, las necesidades y proyectos de cada uno de los partidos locales imprimió objetivos particulares a cada una de las publicaciones."[11]

Asimismo, la tradición comunista chilena construyó desde muy temprano una cultura política profundamente articulada en torno a la letra impresa. Tal como lo afirmaba Tarcus en su análisis

[8] Debray, "El socialismo y la imprenta", 16.
[9] Rivera Mir, *Edición y Comunismo*, 14.
[10] Celentano, "Los materiales del maoísmo", 295.
[11] Rivera Mir, *Edición y Comunismo*, 17.

de la cultura marxista en Argentina, el comunismo no se limitó a tener una ideología, sino que desarrolló una infraestructura cultural compuesta por editoriales, imprentas, librerías, periódicos, revistas y manuales de formación. Esta descripción encaja perfectamente con lo que muestran los estudios sobre el Partido Obrero Socialista[12] y luego el PCCh[13], especialmente en su temprano impulso por la creación de periódicos y su inversión en maquinarias tipográficas propias. Tal como lo indican los periodistas De Negri y Muga en una monografía sobre la prensa obrera:

> "La prensa obrera tiene por misión sagrada contribuir a la ilustración y difundir la cultura en las costumbres de los pueblos (…) Debe rebatir las ideas del adversario o del amigo, cuando no las creas buenas, con cultura, moderación y altura de miras, procurando convencer al que se crea que marcha extraviado con buenas razones y con argumentos que se basan en la lógica y en un criterio sano y despejado"[14].

Por lo mismo, es pertinente articular esta tradición de la cultura marxista con las configuraciones de las identidades y de la cultura política de la organización. Para este estudio, entendemos cultura política como los diversos elementos, de tradición, de prácticas políticas, de sus concepciones de mundo, de sus representaciones simbólicas, entre otras cuestiones que constituyen una subcultura, en este caso la comunista, y que van variando en el transcurso del tiempo, en gran medida por las elecciones propias de los actores que constituyen el colectivo. Según Muñoz, el concepto es "abordado como categoría amplia que da cuenta de la producción subjetiva de sentidos, lógicas, prácticas, autopercepciones y deslindes identitarios en el proceso de conformación de una militancia"[15]. En este sentido, dentro de la cultura política se sitúa la práctica de la edición y la promoción de la lectura, que es la que nos interesa en particular para esta propuesta, ya que nuestra elección de este objeto de estudio, el periódico *El Siglo,* radica en su capacidad de situarnos en una práctica militante mantenida en el largo plazo.

---

[12] Navarro, *Por la emancipación obrera.*
[13] Salgado, "El Partido Comunista"; Loyola, "Diario El Siglo".
[14] De Negri y Muga, "Imprenta Horizonte", 26.
[15] Muñoz, *Historia de la UDI*, 27.

Materialidad y soporte

La reflexión sobre el soporte y la materialidad del texto resulta indispensable para comprender las transformaciones que atravesó *El Siglo* entre 1989 y 2023. Siguiendo al historiador francés Roger Chartier, no es posible separar el contenido de las formas que lo hacen legible: "no hay texto fuera del soporte que da a leer (o a escuchar), y por lo tanto no hay comprensión de un escrito (…) que no dependa en alguna medida de las formas por medio de las cuales alcanza a su lector"[16]. Esta afirmación, fundamental para los estudios de la cultura escrita, permite situar la experiencia material del periódico –su tamaño, tipografía, diagramación, modos de circulación– como un elemento constitutivo de los sentidos políticos que produce. En esta línea, la materialidad no es un mero "envoltorio" del contenido, sino una dimensión productora de significados. Como plantea Chartier: "las formas producen sentido y un texto, estable en su letra, está investido de una significación inédita cuando cambian los dispositivos que lo proponen a la interpretación"[17]. De este modo, el paso del semanario impreso a *El Siglo Digital* no puede ser leído únicamente como una modificación técnica, sino como un cambio en las condiciones de producción y recepción, en la construcción de sus comunidades de lectores y en los modos de disputar sentidos en el espacio público.

Para comprender la profundidad de este cambio, resulta crucial incorporar la perspectiva trabajada desde la teoría de la comunicación, sobre todo aquella premisa planteada por McLuhan que concibe el medio por el cual se transmite un discurso como el mensaje en sí mismo, es decir, que el "«mensaje» de cualquier medio o tecnología es el cambio de escala, ritmo o patrones que introduce en los asuntos humanos"[18]. Así, la digitalización no es un mero cambio de formato, sino una transformación integral de los esquemas de relaciones humanas asociados al medio. De esta manera, en la actualidad se instala una nueva ecología mediática que desafía el conocimiento sobre los viejos medios de comunicación de masas basados en la lógica unidireccional, para dar paso, según Scolari, a "un modelo comunicacional totalmente innovador

[16] Chartier, *El orden de los libros*, 29.
[17] Chartier, *El orden de los libros*, 25.
[18] McLuhan, *Comprender los medios*, 30.

fundado en las redes y la colaboración de los usuarios"[19]. En este nuevo ecosistema, caracterizado por la hipertextualidad, la interactividad y la multimedia, "el usuario se convierte en el eje de los procesos comunicativos."[20]

La digitalización, por tanto, no solo convierte los textos en datos programables y facilita su reproducción y distribución, sino que también implica "la fragmentación, manipulación, combinación y recomposición de sus elementos", inaugurando una cultura del "corta y pega" que altera las relaciones tradicionales entre autor, texto y lector[21].

Desde este punto de vista, el desplazamiento de *El Siglo* hacia plataformas digitales tensiona la propia noción de periódico como "organizador colectivo" en un entorno donde la polifonía de voces y la debilidad del centro de control editorial difuminan el territorio discursivo. Esto porque la lectura, como señala Chartier, nunca es un acto libre ni autónomo, ya que "Está limitada por los códigos y las convenciones que rigen las prácticas de una comunidad de pertenencia (…) y por las formas discursivas y materiales de los textos leídos."[22]

De igual manera, resulta relevante mencionar que estudiar *El Siglo* implica reconocer que su audiencia ha estado configurada por tradiciones lectoras específicas de la cultura política comunista que, a su vez, se traducen en formas de sociabilidad política propias del mundo impreso. El soporte digital, por tanto, no solo altera la forma del periódico, sino que transforma la experiencia de lectura y con ello la manera en que el PCCh produce y reproduce su cultura política. Chartier advierte que la historiografía ha "olvidado que otros principios de diferenciación, también plenamente sociales, podían dar cuenta con más exactitud de las distancias culturales"[23]; en este caso, la transición de soporte funciona como un principio de diferenciación que redefine quiénes leen *El Siglo*, cómo lo leen y qué rol cumple aquello en la construcción de la identidad política comunista.

---

[19] Scolari, *Hipermediaciones*, 32.
[20] Scolari, *Hipermediaciones*, 76.
[21] Scolari, *Hipermediaciones*, 82.
[22] Chartier, *El orden de los libros*, 26.
[23] Chartier, *El orden de los libros*, 28.

En suma, la relación entre materialidad, prácticas lectoras y producción de sentidos permite interpretar el declive de la edición impresa y la emergencia del formato digital como un proceso que tensiona las prácticas en torno a la edición y lectura. Por lo mismo, urge una historia que se haga cargo de las problemáticas que versan sobre mutaciones más profundas en torno a cómo leer, comunicar y disputar políticamente las interpretaciones del mundo social en la actualidad.

Microhistoria de *El Siglo*: cuarta época (1989–2023)

Durante la dictadura militar *El Siglo* se publicó clandestinamente y de manera intermitente, llegando a publicar ejemplares de forma más constante a partir de 1984. Ahora, según Alfonso Salgado, que ha estudiado *El Siglo* en las décadas del 40 y 50, la historia de este periódico puede dividirse en cuatro etapas:

> "La primera de ellas, en la que se centra este artículo, va de agosto de 1940 a julio de 1948, cuando el periódico aparecía diariamente. La segunda, de octubre de 1952 a septiembre de 1973, también de frecuencia diaria. La tercera se caracterizó por su condición de ilegalidad y por su consecuente irregularidad, y tuvo lugar durante la dictadura de Augusto Pinochet. La cuarta y última época comenzó en septiembre de 1989, cuando el periódico logró publicarse nuevamente de manera legal y con regularidad, aunque ahora semanalmente."[24]

En este artículo nos ocuparemos de la cuarta época de *El Siglo*, haciendo un recorrido por su trayectoria material y temática, además de un análisis de los debates que se dieron al interior del periódico y los contextos históricos en que se insertó esta publicación.

El Siglo en el ecosistema mediático posdictatorial

El Siglo y los proyectos editoriales de los comunistas chilenos no han sido ajenos a la creciente tendencia global a la

[24] Salgado, "El Partido Comunista", 84.

virtualidad ni a las transformaciones del sistema de medios en Chile. El ecosistema mediático nacional y su funcionamiento, heredero de la tradición dictatorial y afianzada durante los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, han entrampado en gran medida el desarrollo de una prensa autónoma de los grandes conglomerados empresariales controlados por la oligarquía económica. En palabras de Ulloa: "se ha configurado un panorama mediático que recrea las propias características del modelo estatal imperante, que apuesta por los monopolios productivos y también ideológicos"[25]. En este sentido, la fuerte centralización mediática ha dejado a los medios de prensa alternativos en una situación de desventaja y precariedad:

> "la dictadura suprimió la llamada "prensa política" y creó una sujeción de todo el sistema de comunicación a una lógica de control político-ideológico, en el cual lógicamente no existía ninguna cabida a una interpretación de las realidades y de las formas de ejercer la comunicación social que no estuviera de acuerdo con las pautas y las lógicas de desarrollos y atropellos propuestos por la dictadura militar. Esto trajo como consecuencia inmediata que los medios pertenecientes a las dos grandes empresas periodísticas existentes hasta esa fecha en Chile (grupo Edwards y grupo COPESA) (...)"[26].

Esto ha tenido repercusiones concretas para la democratización de los medios de comunicación en Chile, en la medida que la censura, ya en tiempos democráticos, se aplicó en torno a temas que resultaban problemáticos o controversiales para los miembros de la oligarquía mediática. Además, el Estado jugó un rol político de consenso que también se tradujo, en la práctica, en la supresión de muchos temas y posiciones políticas que no eran considerados favorables para el ambiente democrático transicional. Según Claudia Lagos, en un análisis sobre las condiciones para la libertad de prensa en los 2000:

[25] Ulloa, "Genealogía de la concentración", 104.
[26] Ulloa, "Genealogía de la concentración", 102.

> "De hecho, las dificultades más frecuentes que los periodistas chilenos destacan en la realización de sus labores profesionales son las trabas impuestas por los organismos oficiales para acceder a información. Una enorme mayoría de reporteros y editores asegura que ha pasado por esto, así como también reconocen que han tenido que suavizar una noticia por recomendación de un superior."[27]

En este sentido, las dificultades para acceder a apoyo estatal financiero para los medios de prensa alternativos, que partían de una propuesta que muchas veces incomodó a los gobiernos de turno, es un ejemplo de la marginalidad a la que se veían enfrentados los periódicos y revistas como *El Siglo*. El gobierno concertacionista promovió avisaje estatal para medios de prensa como El Mercurio y La Tercera, ofreciendo grandes cantidades de dinero para la publicidad de sus ministerios en una página del impreso, sin embargo, esto no se tradujo en un apoyo económico para los medios alternativos. Juan Andrés Lagos, que fue director de *El Siglo* durante 1989 y hasta 1995, recuerda cuando desde el periódico fueron a hablar con el entonces ministro del Interior Enrique Krauss para negociar un posible avisaje del gobierno en el periódico comunista, lo cual fue completamente descartado, cuestión que el periodista vincula con una desidia con los medios contrahegemónicos: "Para nosotros ese tipo de avisaje era la pervivencia, pero nada de nada. Después fuimos a hablar con Brunner. Nada… Había un boicot total y por eso se murieron todos, Análisis, Apsi, Cauce, Fortín Mapocho… si el único que quedó fue *El Siglo.*"[28]

Asimismo, Marcos Díaz, que entró a trabajar como administrativo a las oficinas del periódico a inicios de los 2000, recordaba una experiencia similar durante el gobierno de Ricardo Lagos (2000-2006), cuando lograron convencer al entonces ministro secretario general de gobierno, Francisco Vidal, de pagar una página de avisaje para *El Siglo,* con lo cual cubrían buena parte de los gastos totales de producción del periódico. Sin embargo, el acuerdo no alcanzó a durar dos meses, en la medida que las publicaciones de *El Siglo* se volvieron incómodas para el gobierno:

---

[27] Cabalin y Lagos, citado en Lagos y Rodríguez, "Al borde del dial", 40–42.
[28] Lagos, conversación.

> "Eso significa que Francisco Vidal llama por teléfono al Lautaro Carmona y le dice al Lautaro que bajo esas condiciones él no puede seguir patrocinando *El Siglo*. Entonces, el Lautaro me dice "Pero ¿cómo? Marcos... o sea, tiene razón, ¿por qué tú vas a estar pagándole a alguien que te está tirando... te está haciendo problema?" Entonces yo le dije "Pero Lautaro, ¿qué me estás diciendo? O sea, el gobierno financia El Mercurio y El Mercurio todos los días tira una mentira sobre los ministros, o sea ¿de qué me estás hablando?"[29]

Así, las complejidades de libertad de expresión y financiamiento que han vivido los medios de prensa alternativos desde el retorno a la democracia en Chile deben ser un factor insoslayable para considerar en el análisis, aunque, por cierto, como lo señalaba Debray: "Hoy en día la prensa de la corriente dominante, producto de un conglomerado mediático, está concebida como una caja negra. Los acontecimientos entran y la información sale. Un periódico de clase o de partido tiene un papel bien diferente: transformar una concepción del mundo en pequeños cambios, un sistema filosófico en un lema cotidiano."[30]

Ahora, hay algunos aspectos de infraestructura financiera de *El Siglo* que debemos tener en cuenta. Durante esta época la distribución del periódico y sus ingresos funcionaban por dos canales principales: las cuotas internas y la venta en kioscos. La primera se trataba de una estructura que promovía la venta y circulación de *El Siglo* al interior del partido, se establecían cuotas de ventas de ejemplares para los regionales, comunales y células del PCCh, que tenían encargados de *El Siglo* para asegurar la circulación del periódico en los distintos territorios. El segundo correspondía a la distribución y venta en kioscos. Otro canal era el avisaje, sin embargo, como ya señalamos, nunca fue un mecanismo sostenible para este periódico. Ahora, mediante estos conductos *El Siglo* aspiraba a autofinanciarse, tal como señalaba De Negri: "Lo que hay que comprender es que es una concepción del periodismo no comercial, no empresa"[31]. Dentro de los gastos se ubicaban,

[29] Díaz, entrevista.
[30] Debray, "El socialismo y la imprenta", 16.
[31] De Negri, entrevista.

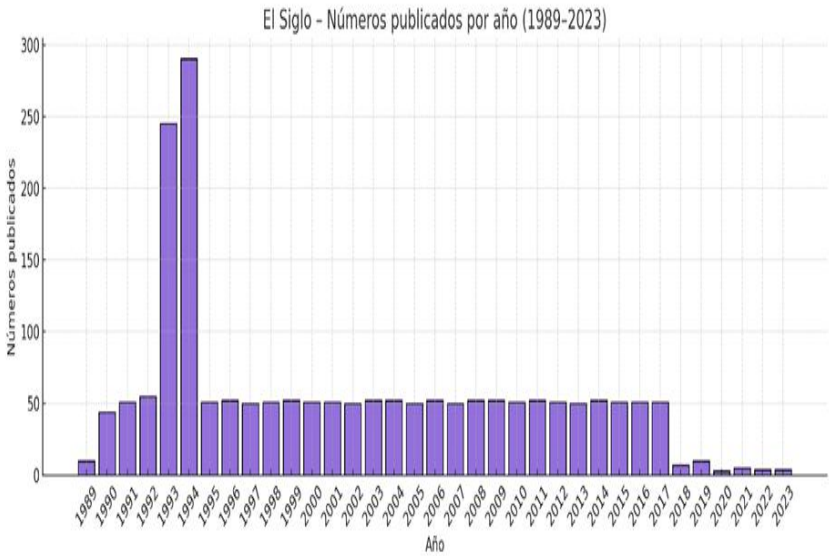
naturalmente, los mismos que cualquier medio de prensa escrito: desde el equipo técnico, como diseñadores y diagramadores, periodistas, el arriendo del local donde se ubicaba *El Siglo*, el costo material de la producción del periódico, papel y tinta, como también el costo del servicio de distribución en kioscos. Por tanto, muchas veces, y aunque no siempre fue así, la organización pagaba la diferencia en caso de que no se llegara a reunir el dinero necesario para cubrir todos los gastos de producción, asegurando la publicación semanal de *El Siglo*.

En esta misma línea*, El Siglo* debe entenderse como un proyecto que no estaba diseñado para generar ganancias, sino que operaba como una tarea política. Esto resulta relevante para nuestro análisis, ya que la producción del periódico se percibía como relevante para los comunistas al tratarse de la representación de su posición en la escena política y periodística. Por tanto, aun cuando las dificultades estructurales y financieras desafiaban la pervivencia de sus emprendimientos editoriales, los comunistas intentaron mantener la publicación de *El Siglo*. No obstante, y adelantando algunas tensiones que analizaremos más adelante, esta premisa que había funcionado para las primeras épocas de *El Siglo*, será puesta a prueba en distintos momentos y desde distintas perspectivas.

Materialidad y frecuencia de publicación

La trayectoria material de *El Siglo* entre 1989 y 2023 permite observar cómo la cultura política comunista, históricamente articulada en torno a la letra impresa, experimenta un proceso de transformación profunda que combina cambios en la frecuencia de publicación, modificaciones en el soporte material y, finalmente, un tránsito acelerado hacia la digitalización. A continuación, en la Figura 1, se presenta un gráfico de elaboración propia que da cuenta de la frecuencia de publicación del periódico durante este periodo:

Figura 1. El Siglo entre 1989 y 2023 por número de ediciones publicadas.



Fuente: elaboración propia.

Ahora, ya iniciado el retorno a la democracia en Chile, específicamente entre 1989 y mediados de los años noventa, *El Siglo* reaparece semanalmente con una gráfica rústica que recuerda a la prensa partidaria previa al golpe. En este escenario transicional marcado por la presencia hegemónica de los grandes conglomerados de medios, el periódico comunista buscó reinstalarse con presencia permanente en kioscos y espacios públicos, de esta manera su circulación empezó a convivir con una apuesta por recuperar el lugar que había tenido históricamente en la vida política nacional, arrebatado por la dictadura y reconfigurado en los tiempos de la clandestinidad. Esta primera etapa de *El Siglo* se caracteriza por una tensión entre precariedad material y ambición política: el periódico intenta aumentar su frecuencia y visibilidad pese a los limitados recursos disponibles.

Entre 1993 y 1994, *El Siglo* realiza su apuesta más audaz del periodo: comienza a publicar números diarios, lo que se refleja en el salto registrado en el gráfico 1. La decisión respondía al objetivo explícito de disputarle el espacio de la agenda diaria a La Segunda. Como recuerda Juan Andrés Lagos, "el objetivo era disputarle a La Segunda el nicho que tenía en ese momento y (…) marcar la pauta

para el otro día"[32]. Este cambio tuvo efectos materiales inmediatos: diarios más breves, de entre 14 y 18 páginas, producción acelerada y la coexistencia con *La Revista*, un suplemento semanal que consolidaba contenidos analíticos más extensos. No obstante, como señala Ana Muga, diagramadora de *El Siglo* en este periodo, este esfuerzo desbordó la capacidad real del periódico, dificultando la pervivencia de esta iniciativa en el largo plazo[33].

En términos de circulación, cabe mencionar que el periódico impreso funcionaba como un objeto político que excedía a su comprador inmediato: se prestaba, se compartía en sedes y movilizaciones, circulaba en kioscos junto a otros diarios nacionales como El Mercurio o La Segunda. Así, su presencia en el espacio público lo posicionaba como un agente bien definido dentro del campo periodístico. Por lo mismo, más que un portador de contenidos, *El Siglo* era representación material y simbólica de la posición comunista en la disputa política. Como sostienen Moyano y Rivera:

> "la prensa —al igual que el resto de los medios de comunicación— no son simples intermediarios (…) ellos construyen un relato en función a sus propios intereses, en donde confluyen distintas estrategias periodísticas, que hacen que el medio pueda influenciar o determinar conductas, modos de pensar y opinar en la sociedad"[34].

A mediados de los noventa y durante la primera mitad de los 2000, bajo las direcciones alternadas de Claudio De Negri y Fernando Quilodrán, se inició un proceso de modernización gráfica destinado a ampliar el público lector. Así, el periódico incorporó portadas a color que intentaban llamar la atención en la vía pública, diversificó temas y adoptó un diseño más cercano al de la prensa comercial. De Negri recuerda este periodo como un momento en que *El Siglo* buscó vincularse con sus lectores a través del impreso pero más allá de él: la copa de fútbol de *El Siglo* y otras actividades culturales organizadas por el periódico en distintas comunas del país

[32] Lagos, conversación.
[33] Muga, entrevista.
[34] Moyano y Rivera, "Disputando lo político", 342.

fueron un esfuerzo por agrupar y generar espacios de sociabilidad mediante el semanario.

Tras un periodo de reestructuración y conflicto laboral entre 2005 y 2008, que revisaremos más adelante, *El Siglo* alcanza cierta estabilidad editorial. Se consolidan semanarios de entre 30 y 31 páginas, con estructuras previsibles y un modelo de circulación constante. En este periodo, aunque la presión digital era creciente, el formato impreso mantuvo su centralidad simbólica para la militancia. La lectura compartida, el acto de repartir el periódico en ferias o en la calle y la visibilidad del ejemplar en el espacio público siguieron funcionando como prácticas constitutivas de la sociabilidad comunista, aunque cada vez más debilitadas. Con la llegada de Hugo Guzmán a la dirección a mediados de la década de 2010 se mantienen las estructuras formales del semanario, pero aparecen innovaciones específicas, en 2018 algunas páginas internas comienzan a imprimirse a color por primera vez. Sin embargo, estos avances conviven con un desgaste aún más evidente, aumentan los costos de impresión, disminuye la distribución en kioscos y la prensa partidaria enfrenta crecientes dificultades para sostener modelos económicos viables en un entorno mediático cada vez más digitalizado.

El punto de quiebre definitivo ocurrió en 2018. El N°1907 de *El Siglo*, correspondiente al mes de enero, es el último que mantiene la frecuencia semanal sostenida por casi tres décadas. Un incendio en la imprenta donde se producía el periódico, sumado a problemas financieros estructurales, provocó una interrupción inédita del impreso, esta vez en tiempos democráticos. En este contexto, se publicaba en junio el próximo número impreso de ese año, y aparecía en las páginas de *El Siglo* que se enfrentaban "serios problemas financieros"[35] que forzaron la suspensión de las ediciones impresas, al mismo tiempo que invitaba a los lectores a trasladarse a *El Siglo Digital*, ahora reorganizado para funcionar con actualizaciones diarias y presencia activa en redes sociales.

Esta transición marca un giro material e ideológico determinante. Por primera vez la interrupción del semanario no se debió a la represión estatal sino a la aparente incapacidad financiera del PCCh de sostener su órgano impreso. En efecto, hasta entonces las interrupciones del periódico habían respondido a la proscripción

[35] *El Siglo*, no. 1908.

del partido en 1948 y a la dictadura militar iniciada en 1973, aunque incluso en este contexto se siguió publicando a partir de 1984 como *El Siglo clandestino*. De esta manera, a partir de 2018, tal como se puede apreciar en el gráfico 1, la frecuencia de publicación se desploma: siete números en ese año, diez en 2019, solo tres en 2020 –un descenso influido por la pandemia del Covid-19–, cinco en 2021, y cuatro en 2022 y 2023[36]. Desde entonces, el periódico depende casi exclusivamente de su versión digital, cuyo diseño y lógica de circulación responden más al formato de blog noticioso que al de un periódico digital.

En resumen, la trayectoria en base a la frecuencia de publicación de *El Siglo* que hemos revisado en este apartado podría simplificarse cronológicamente de la siguiente manera: la primera etapa de reconstrucción del periódico en los 90; una fase de modernización en los primeros años de los 2000, un periodo de estabilidad relativa y desgaste creciente hacia 2015; y finalmente, el quiebre de 2018 con una transición digital que, lejos de consolidarse, exhibe fragilidades estructurales.

En este nuevo contexto, la pérdida del soporte físico es un momento privilegiado para identificar una posible mutación de la cultura política comunista. Desde nuestro punto de vista, la desaparición creciente del impreso no debe ser leída como un mero detalle técnico, sino como un momento en que se rompe con prácticas históricas de sociabilidad militante, debilitando la presencia pública del periódico y modificando el modo en que se construyen, jerarquizan y disputan los sentidos políticos. De esta manera, este recorrido, lejos de narrar el declive de un soporte impreso, ha querido tensionar la transformación de una cultura política que había hecho de la materialidad uno de sus pilares organizativos e identitarios.

Desde el punto de vista de la historia intelectual, la digitalización del sistema político en su conjunto, como advierte Bresciano, ha desplazado parte sustancial del debate público hacia blogs, sitios web y redes sociales, donde los partidos y sus dirigentes "difunden programas, promocionan actividades y transmiten

[36] El último número impreso, hasta el cierre de este artículo, fue publicado en 2025 en el marco de la candidatura presidencial de la militante comunista Jeannette Jara.

opiniones"[37]. En este escenario, *El Siglo* afronta una tensión estructural ante la digitalización: aquella en donde compite en un espacio donde la autoridad histórica ya no se sostiene por la materialidad del periódico ni por su circulación física, sino por la capacidad de insertarse en flujos digitales. Volveremos a este punto más adelante.

Proyecto político-periodístico de El Siglo: temas y objetivos

Las temáticas que se abordan en el periódico *El Siglo* varían según los ciclos de directores y sus equipos editoriales de turno, así como también en función de la coyuntura política nacional, sobre todo en miras de la posición del PCCh en la arena político-electoral. A continuación, en la Tabla 1, se presenta una tabla de elaboración propia que pretende sintetizar los elementos que caracterizaron los distintos momentos del periódico entre 1989 y 2023:

Tabla 1. Cuarta época de El Siglo (1989-2023)

Periodo	Director (es)	Ejes temáticos centrales	Rasgos del proyecto editorial
1989–1995	Juan Andrés Lagos	DDHH, justicia y reparación, detenidos desaparecidos, política nacional e internacional, cultura, deporte	Prensa militante, denuncia, reconstrucción de memoria, articulación con estrategia política
1995–2005	Claudio De Negri/ Fernando Quilodrán	Cultura, medio ambiente, coyuntura nacional e internacional, pueblos indígenas	Diversificación temática, modernización gráfica, ampliación de público
2005–2015	Francisco Herreros / Fernando Quilodrán	Movimientos sociales, sindicalismo, política nacional e internacional, cultura, efemérides	Estabilidad editorial, refuerzo identidad comunista

[37] Bresciano, *Mundo en Red*, 438.

2015–2023	Hugo Guzmán	Feminismo, Estallido Social, derechos sociales, agenda digital	Tensión entre tradición impresa y transición digital, incertidumbre estratégica

Fuente: elaboración propia

Tal como se indica en la tabla, desde su reaparición en 1989 hasta mediados de los años noventa, bajo la dirección de Juan Andrés Lagos, *El Siglo* configuró un proyecto político-periodístico fuertemente marcado por la denuncia a las violaciones de Derechos Humanos cometidas durante la dictadura militar y por una mirada crítica de la transición democrática. Su estructura editorial dio cuenta de esta impronta: cartas al editor, página editorial, política nacional, reportajes, Derechos Humanos, laboral, internacional, cultura, religión y deporte, además de la presencia de una sección dedicada a las Fuerzas Armadas.

Desde esta vereda, *El Siglo* contribuyó activamente a la reconstrucción de la verdad histórica de los crímenes de lesa humanidad perpetrados desde el 11 de septiembre de 1973. Juan Andrés Lagos recuerda que las series en donde se publicaron los nombres de quienes habían sido agentes de la Central Nacional de Informaciones (CNI), fueron de los ejemplares que más se vendieron. Sobre la misma iniciativa, El Mercurio documentaba un episodio ocurrido en mayo de 1990, cuando, por orden del fiscal militar Arturo Rodríguez, se requisó el N°19 del periódico, correspondiente a la semana del 8 al 14 de abril, con portada "Listas Secretas de la CNI". Para ello, diez efectivos de la Policía de Investigaciones concurrieron a la sala de redacción de *El Siglo* a requisar los siete ejemplares que encontraron, para luego dirigirse a la bodega de la distribuidora Cepromex, donde incautaron otros 635, y finalmente recorrer los kioscos del centro de Santiago hasta reunir "un millar de ejemplares rezagados"[38]. Esto no impidió que *El Siglo* mantuviera su tono de denuncia durante los meses siguientes. En marzo de 1991, tras la entrega del Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, y a propósito de la publicación de una lista de violadores a los derechos humanos en el semanario, se pronunciaron en contra del nuevo listado publicado

[38] "Requisaron edición".

por *El Siglo* el entonces senador de Renovación Nacional, Sebastián Piñera, Sergio Bitar, secretario general del Partido por Democracia, Jorge Arrate, presidente del Partido Socialista, Jacqueline Saintard, vicepresidenta de la Democracia Cristiana, Sara Campos, vicepresidenta de la Alianza Humanista-Verde, y el diputado Unión Demócrata Independiente Patricio Melero[39]. El amplio espectro político que criticó la publicación es reflejo, sin duda, del aislamiento que vivía el PCCh a inicios de los años 90[40].

Avanzando en esta etapa, entre 1993 y 1994, como lo esbozamos anteriormente, *El Siglo* se propone el desafío de pasar a frecuencia diaria. Esta apuesta no era nueva, según El Mercurio en una entrevista con Juan Andrés Lagos, ya desde 1990 la dirección del periódico aspiraba a "volverse diario, como antes", para lo cual esperaba "recuperar o recibir una indemnización por los bienes de El Siglo que fueron confiscados en 1973"[41]. En cuanto al contenido, los números diarios incorporaron noticias nacionales, reportajes, deportes, incluyendo el célebre oráculo hípico, heredero de la tradición previa al golpe y conocido por sus acertados pronósticos en las carreras de caballos. Paralelamente se publicaba *La Revista*, un semanario con análisis más extensos de la política nacional, internacional, la vida cultural, así como incluía documentos partidarios. Así, el impulso editorial de esos años mostraba una articulación clara entre proyecto periodístico y estrategia política: disputar espacio, presencia y sentido en un ecosistema público que tendía a marginar al PCCh dejándolo a su propia suerte.

Ahora, la siguiente etapa propuesta para la trayectoria reciente de *El Siglo* inicia en 1995 y se extiende hasta mediados de la década del 2000 con la dirección de Claudio De Negri. Esta etapa se caracteriza, como vemos en la tabla 1, por una modernización gráfica y una diversificación temática. En este sentido, se buscó ampliar el público lector y hacer del periódico un objeto material más atractivo para "salir del nicho" y alcanzar a sectores no militantes. Según Ana Muga –quien había pasado de ser diagramadora del periódico en los 90 a reportera del equipo en los 2000 gracias a una beca otorgada por el PCCh para estudiar periodismo en la Universidad Arcis–, se intentó profundizar en las

[39] "Políticos rechazaron".
[40] Álvarez, *Hijas e Hijos*.
[41] "La venta en quioscos", D6.

temáticas culturales, medioambientales e indígenas, posicionando discursos ya no estrictamente partidarios y más abiertos a debates sociales emergentes[42].

Posteriormente, entre 2005 y 2015, bajo la dirección alternada de Francisco Herreros y después Fernando Quilodrán, el periódico mantiene una propuesta temática estable, aunque con iniciativas ocasionales como *Barrio Rojo*, suplemento juvenil elaborado por las Juventudes Comunistas en 2008 que aportaba con contenidos críticos sobre la política nacional e internacional, acompañados de caricaturas a modo de dinamizar la propuesta estética. Su corta duración –menos de diez números– refleja las dificultades del periódico para sostener innovaciones en un contexto de recursos limitados, cuestión central a la que nos referiremos posteriormente. Volviendo a su composición, en este periodo se hace el esfuerzo de sumar a la producción de un número por semana, la publicación ocasional de ediciones especiales del impreso en el marco de efemérides, aniversarios de líderes revolucionarios y de izquierda locales e internacionales y reivindicaciones de referentes culturales nacionales.

A partir de 2015 Hugo Guzmán asume como director de *El Siglo*. Con su llegada se integra una sección fija de entrevistas a dirigentes del PCCh y de la izquierda sobre temas de la agenda nacional, a la vez que hizo énfasis en reportajes sobre las demandas ciudadanas que se levantaron desde el mundo del feminismo, derechos humanos, y más tarde –a pesar de sus pocos números– a la amplia gama del movimiento social que protagonizó el Estallido Social de octubre de 2019. Así, los contenidos de *El Siglo* en esta última etapa se vincularon a los principales debates del ciclo político, a la vez que fue de interés la participación del PCCh en la Nueva Mayoría, coalición que integró en el segundo gobierno de Michelle Bachelet (2014-2018) y las distintas reformas que se llevaron a cabo durante su periodo, para después concentrarse en cumplir el rol de medio de prensa de oposición al gobierno de Sebastián Piñera (2018-2022).

En resumen, los temas y problemáticas de los que *El Siglo* se hizo cargo en estas más de tres décadas versaron sobre la reivindicación de los movimientos sociales y sus distintas demandas. A los inicios de la transición, demandando justicia y verdad, para

[42] Muga, entrevista.

después referirse a las demandas del mundo social entrado el siglo XXI, discutiendo sobre las problemáticas de salud y educación, pasando por los problemas del feminismo, derechos laborales, entre otros. En este sentido, *El Siglo* ha sido un medio de comunicación que se ha preocupado, en los distintos momentos de estas tres décadas, de las luchas sociales y de las propuestas progresistas que han surgido en el Chile reciente.

Tensiones intrapartidarias y problemas financieros en El Siglo

A lo largo de su trayectoria reciente, *El Siglo* no solo ha enfrentado los desafíos propios de un medio contrahegemónico en un ecosistema comunicacional cambiante, sino que también tuvo que lidiar con tensiones internas que atravesaron tanto al equipo editorial del periódico como al propio Partido Comunista. Consideramos que las tensiones que presentaremos acá dan cuenta de que hubo una socialización militante que viajaba por canales de *El Siglo*, la disputa por el medio, en este sentido, demuestra su relevancia como dispositivo organizador de ideas.

En primer lugar, habría que hacer referencia a algunas tensiones que se dieron al interior de *El Siglo* en torno al enfoque y misión del periódico. El director del primer periodo, Juan Andrés Lagos, afirmaba que a partir del retorno legal de *El Siglo* a la escena periodística se trabajó bajo la idea de la "autonomía relativa":

> "El Siglo efectivamente es el órgano oficial del Partido Comunista de Chile desde su origen… ¿qué es lo que cambió? Lo que cambió es que bajo mi dirección (…) se instaló un concepto que es autonomía relativa (…) ¿Qué significa autonomía relativa? que El Siglo hace su pauta, no le revisan su contenido y después si la comisión política lo critica, que nos critiquen, que nos haga pedazos y eso fue así."[43]

Asimismo, Claudio De Negri coincidía en la dinámica flexible que se dio bajo su dirección, rehusando, además, del estigma asociado a lo monolítico y estructurado del comunismo y dando

[43] Lagos, conversación.

cuenta de ciertas libertades editoriales que fueron constitutivas de la forma de pensar y escribir en el periódico en la década de los 90:

> "hay un prejuicio siempre los comunistas con esta cosa autoritaria y se imaginan ahí la Gladys Marín con la huasca….eso no existió, al contrario, la Gladys fue una de las principales promotoras de El Siglo y ese equipo de El Siglo era muy valioso, nos sentíamos muy integrados (…) veíamos y discutíamos la pauta entre todos y no había el tirano que llega y te dice 'tenís que irte para tal parte' y otras concepciones de autoritarismo en Chile, como en los canales de televisión o en el diario Mercurio."[44]

De igual manera, el trabajo editorial en *El Siglo* era considerado por sus trabajadores como bastante distendido, muy en la línea de lo que planteaba De Negri, la sociabilidad del grupo de trabajo era basada en dinámicas fraternales y de compromiso militante, no estaba instalada una lógica estructurada de plazos porque se comprendía que escribir en *El Siglo* era, más que un trabajo, una tarea política, "Éramos pocos los que sacábamos el periódico permanentemente. No había horarios, digamos, de entrada y salida. Se trabajaba… así como a conciencia casi."[45]

Sin embargo, y como contrapunto a esta premisa, vale la pena revisar la iniciativa editorial "El Aguja, directo a la vena", suplemento editado por un grupo de las Juventudes Comunistas de Chile (JJCC) durante 1991 y 1992, periodo en el que se publicaron 21 números. Este suplemento surgió como una iniciativa editorial producida y dirigida a los jóvenes, y aparecía en la mitad de *El Siglo* con imágenes, caricaturas, narraciones y pequeños reportajes que buscaban romper con la estigmatización de los jóvenes en los años 90 como sujetos que "no estaban ni ahí". Para llegar a su público objetivo –los jóvenes de izquierda–, la propuesta de El Aguja era irreverente e irónica lo que, según Edgar Guíñez, quien fue director y fundador de El Aguja, a veces les significó problemas. En particular, una nota del suplemento sobre Jaime Guzmán fue criticada por intelectuales y por la comisión política, y derivó en una sanción del Colegio de Periodista a Juan Andrés Lagos, quien era

[44] De Negri, entrevista.
[45] Muga, entrevista.

director de *El Siglo*, y una intervención del suplemento por parte de la dirección del PCCh[46]. Así, desde marzo de 1992 el suplemento quedó a cargo de un nuevo equipo y su estética se acercó más a la línea editorial del periódico.

En esta polémica se conjugan y materializan varios elementos de los que hemos revisado: la importancia de *El Siglo* y sus impulsos editoriales en la época, la premisa de "autonomía relativa" planteada desde la editorial y, también, la crisis que vivía el PCCh en una triple derrota existencial, histórica y política[47], en donde "el conflicto desatado por esa publicación abrió los fuegos dentro de la comunidad de lectores comunistas, mostrando las grietas dentro de la colectividad en perspectiva generacional y política."[48]

Conviene detenernos acá en elementos que hacen de telón de fondo de la tensión que presentaremos a continuación, a saber: el conflicto que se dio entre los trabajadores de *El Siglo* en el año 2007. Tras la muerte de Gladys Marín en 2005, el PCCh iniciaba un lento pero progresivo acercamiento a la Concertación[49] lo que trajo consigo debates y fracturas al interior de la organización. Esto tiene directa relación con el equipo editorial que escribía en *El Siglo*, ya que había no pocos integrantes del Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez (MPMR), organización que se había creado en los 90 al alero del PCCh, a modo de reivindicar el pasado radical de los 80, pero tomando distancia del Frente Autónomo, agrupación que nace del quiebre entre el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) y el PCCh en 1987. No obstante, desde el 2003 que la relación entre el MPMR y el PCCh estaba bastante tensionada, ya que los primeros representaban esa tradición ochentera de la que el comunismo del siglo XXI se alejaba cada vez más[50].

Volviendo a *El Siglo*, en junio de 2005 asume la dirección Francisco Herreros, periodista de larga trayectoria – en relevantes medios de izquierda como Pluma y Pincel, revista Cauce, Fortín Mapocho, entre otros–, quien había sido convocado por De Negri para el desafío de sacar adelante el periódico. En este periodo *El*

---

[46] Moyano et al., "El Aguja".
[47] Álvarez, *Arriba los pobres*.
[48] Moyano et al., "El Aguja", 18.
[49] Álvarez, *Arriba los pobres*.
[50] Álvarez, *Del «viraje» al gobierno*.

Siglo hizo un esfuerzo por delinear la línea editorial y mejorar el contenido, según Francisco Herreros, "el objetivo consistía en revertir el déficit operacional que el semanario dejaba en forma mensual, escenario que de no cambiar en el mediano plazo, podría significar el cierre de la publicación (...) a pesar de conocer la precaria condición económica de El Siglo, y lo que significa en términos de estigma profesional, o más bien por lo mismo, acepté con entusiasmo el desafío."[51]

Cuando asume la dirección, Herreros implementa nuevas formas de trabajo en miras de sofisticar el contenido y lograr la pervivencia de *El Siglo*, pero esto causó tensiones al interior de las salas de redacción de *El Siglo*, acumulándose una tensión que estallará a inicios del 2007 cuando se despide a algunos trabajadores de *El Siglo,* específicamente a Marcos Díaz e Iván Valdés, quienes mantenían una peculiar doble militancia en el PCCh y en el MPMR, cabe mencionar que éstos últimos habían roto relaciones con el Partido Comunista por su acercamiento al centro tras su apoyo a Bachelet en segunda vuelta a inicios del 2006. Como plantea Álvarez, "su salida (del MPMR) del Partido Comunista de Chile debe ser considerado un símbolo de los profundos cambios de orientación política y culturales que estaban produciéndose en la colectividad. Los tiempos de la radical oposición comunista ante la concertación comenzaron a quedar atrás."[52]

Ahora, según Marcos Díaz el conflicto que se extendería por más de un año, comenzó con el cambio de la dirección del periódico, que implicó "el cierre de las discusiones" y una "mano dura por parte del PCCh" para controlar los contenidos del diario y cuidar la relación de la organización con el gobierno de turno:

> "Nada sobre los mapuches, nada sobre los presos políticos mapuche… Nada sobre los presos políticos que todavía estaban en orden de extrañamiento, nada de nada. Se podía conmemorar la operación Albania, pero no el atentado, se podía conmemorar Calle Conferencia, pero nada sobre el ataque a los pacos de…. El Frente empezaba a ser un cacho

[51] "Denuncia ante el Tribunal".
[52] Álvarez, *Del «viraje» al gobierno*, 175.

> para el Partido, también están empezando los acercamientos y esto nos pilla en la elección presidencial…"[53]

A propósito de los despidos, los trabajadores de *El Siglo* conformaron un sindicato en marzo del 2007 que apenas cumplía con el mínimo de trabajadores para su creación, con personalidades como Raúl Blanchet, famoso exfrentista, Julio Oliva, quien había sido parte del Comité Central recientemente, e incluso, Jorge Texier, un histórico cuadro que había sido parte de la dirección del PCCh durante el exterminio que impulsó la Junta Militar en la segunda mitad de los años 70. La composición del sindicato era, por cierto, curiosa. Interpusieron una demanda en la Dirección del Trabajo por prácticas antisindicales en El Siglo y en octubre de este mismo se declararon en huelga, denunciando "despidos injustificados, bajos sueldos y hostigamiento desde la dirección del semanario del Partido Comunista"[54] Ana recuerda esta experiencia con pesar:

> "Se formó un ambiente muy raro… (…) fue contra los despidos, contra la situación, contra esta nueva forma de armar el... Porque además los sueldos de El Siglo eran bajos, todos ganábamos muy poco, no sé en comparación, pero eran sueldos muy bajos…Entonces se hacía un trabajo muy así como a conciencia, entonces de repente que te instalaran el tema digamos de la productividad y de la hostilidad por medio de un gerente (…) Y nosotros empezamos a sacar El Siglo en Huelga y lo colocaban, porque teníamos relaciones con el gremio de los suplementeros, entonces los suplementeros distribuían El Siglo en Huelga en todos los kioscos del centro. Entonces colocaban El Siglo oficial y El Siglo en Huelga, lado a lado"[55].

Esto generó controversia dentro de la organización, dándose una correspondencia cruzada entre *El Siglo* y *El Siglo en Huelga*, en donde distintos militantes eligieron bandos. En las páginas de *El Siglo*, en el número de la segunda semana de octubre de 2007, las Juventudes Comunistas rechazaban la huelga, señalando

[53] Díaz, entrevista.
[54] "La huelga de *El Siglo*".
[55] Muga, entrevista.

que se trataba de un episodio que se debía fundamentalmente a desacuerdos políticos de la disidencia, a la vez que denunciaba las irresponsabilidades permanentes en las que incurrieron los trabajadores despedidos: "Si estos problemas laborales —que tienen un claro trasfondo político detrás— no se sucedieran tan a menudo como se han ido sucediendo, es más que probable que los trabajadores de Chile podrían tener en sus manos un periódico mucho mejor que el que actualmente se tiene, tanto en los contenidos como en su diseño." Concluía el comunicado del brazo juvenil del PCCh invitando "a los jóvenes comunistas a comprar El Siglo, a leerlo y analizarlo, a utilizarlo en su labor partidaria y de masas, para que en definitiva siga cumpliendo el rol histórico que ha tenido. Muchos nos formamos al alero de este semanario, por lo que su defensa se transforma en una tarea ineludible."[56]

Finalmente, los trabajadores acaban por renunciar o llegan a algún acuerdo para su retiro, abandonando también la militancia comunista. El equipo editorial se renueva definitivamente a mediados del 2008, cuando ningún nombre del ciclo anterior volvió a aparecer en las páginas de *El Siglo*.

Este traspié, además de trasfondo político, puso en evidencia la fragilidad financiera del proyecto editorial. En una carta publicada por Francisco Herreros en *El Siglo* el 12 de octubre de 2007, denunciando ante el tribunal de ética del Colegio de Periodistas "por injurias y calumnias" a Luis Conejeros, –quien era presidente de dicho gremio y había declarado sobre prácticas antisindicales en El Siglo–, Herreros afirmaba: "Peor aún, cuando el señor Conejeros llama a "quienes sientan un compromiso con los trabajadores", a que "dejen de comprar" un periódico que sólo se mantiene con sus ventas en kioscos, lo que hace en la práctica es llamar a cerrarlo."[57]

Esta tensión a la que se hace referencia en la cita de Herreros, a saber: una deficiente infraestructura financiera, acompañó la trayectoria de *El Siglo* en esta cuarta época y responde a distintos factores. Pareciera ser que desde finales de los 90 e inicios de los 2000 había disminuido un interés de la militancia por la distribución del periódico. Alejandro Padilla, tipógrafo, que hasta el día de hoy milita en la célula de tipógrafos del PCCh, recuerda "antes

[56] "Los jóvenes comunistas".
[57] "Denuncia ante el Tribunal".

se salía a vender el diario, se salía a la calle a vender el diario, ahora lo dejan ahí, que lo vaya a comprar la gente, piden 100 diarios, venden 30, ahí quedan… ¿Quién va a pagar eso?"[58] refiriéndose a que, a finales de los 90, los comunales no vendían los diarios que les eran asignados por cuotas. Asimismo, Marcos Díaz afirmaba que a inicios de los 2000: "los comunales no salían a venderlo en las ferias, sino que los comunales decían "Ya, tengo 37 militantes me llevo 37 ejemplares" entre ellos mismos… no había un esfuerzo por vocear El Siglo… por salir a venderlo."[59] De hecho, los trabajadores recuerdan cuando, en un esfuerzo por incrementar la venta y visibilidad de *El Siglo* en los 2000, salieron a las calles junto con dirigentes históricos del PCCh a vender el periódico. La misma Gladys Marín, ya desde inicios de los 90, rescataba la tradición previa a la dictadura de *"vocear El Siglo"*.

Por otro lado, Juan Andrés Lagos indicaba que, por algunos años durante su dirección se logró mantener un financiamiento estable, "teníamos una máquina partidaria, cuotas, ventas, había un encargado de venta de *El Siglo* por célula, por comunal, por regional, era una máquina grande, potente."[60] Asimismo, De Negri afirmaba que durante el periodo que fue director *El Siglo* llegó a autofinanciarse sólo por vía de ventas, "en esa época nosotros vendíamos semanalmente entre 8 y 12 mil ejemplares cada semana, ahora imprimíamos, no me acuerdo…"[61]

Según Damián Trujillo, quien imprimió *El Siglo* buena parte de los 90 y hasta el 2018, siempre se trató de una situación económica complicada, ya que no le solían entregar los recursos para imprimir el periódico semanalmente, pero como él tenía una imprenta y anteriormente el PCCh había aportado en buena medida con algunas máquinas para su taller, consideraba la impresión de *El Siglo* como parte de su tarea política, por lo que la ejecutaba independientemente de la falta de recursos. No obstante, a largo plazo, se transformó en un problema serio, ya que se contrajo una deuda con la imprenta: "Entonces, yo empecé haciendo El Siglo con la tapa a color, bueno y marcó un hito, ahí se subió el precio y era bien complicado hacer el diario porque los compañeros a mi

[58] Padilla, entrevista.
[59] Díaz, entrevista.
[60] Lagos, conversación.
[61] De Negri, entrevista.

solamente me entregaban el papel y toda la obra, toda la impresión ¡todo! Corría por mi cuenta"[62].

Ahora, resulta relevante mencionar que en 2007 el PCCh recibe una indemnización cercana a 5.900 millones de pesos, pagada en tres cuotas anuales, por la confiscación de la Imprenta Horizonte en 1973. Esto fue resultado de un largo proceso, iniciado en 1991, durante el primer gobierno de la Concertación, cuando se presentó el Boletín 378-12, que luego fue promulgado como Ley Nº 19.568, en 1998, en donde el PCCh solicitó restitución por la imprenta Horizonte, expropiada por la dictadura y que finalmente llega a buen puerto en este periodo[63]. Cualquiera podría haber pensado que esos fondos iban a llegar a algún proyecto editorial, pero no hay indicios de que esto haya sido así. Según Ana Muga:

> "era harta plata y no tocó para El Siglo, a ojos vistas, no mejoraron nada, porque con esos recursos podrían haber hecho medios de comunicación efectivos del partido, audiovisuales, canal, radio, mejorar ostensiblemente los medios de comunicación (…) podría haberle darle un impulso a una línea editorial, a un proyecto y evidentemente no hubo interés en dárselo"[64].

Un síntoma del debilitamiento del proyecto editorial comunista es justamente la ausencia de una imprenta partidaria propia desde el cierre de Horizonte, a diferencia del periodo anterior a 1973, cuando la organización contaba con infraestructura propia y una línea editorial centralizada. Para corroborar esta premisa, debemos mencionar que, durante las últimas décadas, la edición de libros y memorias de dirigentes comunistas fue externalizada a distintas editoriales comerciales o independientes, con criterios editoriales y estéticos heterogéneos, ejemplos sobran: El Partido Comunista en Chile y la experiencia de gobierno de la Nueva Mayoría 2014–2018 (Daniel Núñez, 2020) en América en Movimiento; Jorge Insunza Becker: escritos políticos e ideológicos (2021) en Ariadna Ediciones; o Mireya Baltra: del quiosco al ministerio del trabajo (2014) en LOM Ediciones. Esta editorial

[62] Trujillo, entrevista.
[63] "Los comunistas chilenos".
[64] Muga, entrevista.

también ha acogido obras clave como De lo vivido y lo peleado (1997), memorias de Luis Corvalán. Por su parte, Ediciones Sudamericana publicó los dos volúmenes memorísticos de Volodia Teitelboim: Un muchacho del siglo XX (1997) y La vida: una suma de historias (2003). Incluso obras como la biografía de Pablo Neruda, con fuerte contenido político, fueron publicadas en editoriales externas como Merán (2003).

Además, nos hemos propuesto hacer una revisión general de otras iniciativas editoriales impresas que ha desplegado la organización en la temporalidad de este artículo, tratando de dar cuenta de un entramado editorial que, aunque débil e intermitente, no se reduce a la publicación de El Siglo, así situamos el periódico en una trama editorial más amplia incluyendo a revistas como Principios, Alternativa y Laboral (editadas por el Instituto de Ciencias Alejandro Lipshutz ICAL, centro de pensamiento del PCCh), pero que dan cuenta de una intermitencia en las publicaciones que separa números por varios pares de años, e incluso décadas. Lo anterior da cuenta no solo de una dispersión editorial, sino también de una delegación de funciones históricamente estratégicas para el PCCh, como la custodia de su propia narrativa política y cultural. Según Tarcus, "La edición de libros, o la creación de editoriales partidarias de mediano o largo aliento, se encuadran habitualmente dentro de un "sistema editorial", o de un "sistema de prensa", donde el volante, el diario, el periódico, la revista política mensual, la revista teórica, el folleto y el libro no son sino componentes de un circuito integrado."[65] Por lo mismo, esto nos da luces de un posible desgaste del circuito, o incluso la ausencia de uno.

La disputa por los sentidos políticos y el tránsito hacia un ecosistema fragmentado

Aquí hay una cuestión relevante que debemos plantear, aquella que dice relación con un aspecto fundamental del análisis y es que *El Siglo,* en todo este periodo que hemos revisado, e incluso, si se quiere, desde su fundación, ha tenido serios problemas de financiamiento. Si bien es cierto que ha logrado autofinanciarse en pequeños tramos de tiempo, no fue una constante que acompañó

[65] Tarcus, *Edición y revolución*, 47.

su trayectoria histórica, más bien han sido sobre todo los esfuerzos de militantes particulares –cuestión planteada por Tarcus para otros casos de proyectos editoriales marxistas–, que han impulsado, desde los inicios de la actividad reporteril comunista en el siglo XX, la circulación de *El Siglo* y su permanencia en el panorama periodístico nacional. En los inicios de la posdictadura, en los momentos en los que no se había podido llegar al mínimo para cubrir los gastos de producción del periódico el Partido Comunista se hacía cargo de la diferencia, asegurando la publicación del semanario. ¿Qué sucede entonces en esta última etapa? ¿Por qué dejar de imprimir *El Siglo* después de esta larga trayectoria que hemos revisado?

El último director de *El Siglo,* Hugo Guzmán, afirma que su cargo es un eufemismo, ya que es el único que hoy en día trabaja sistemáticamente en *El Siglo Digital*, recibiendo aportes de otros medios de comunicación alternativos de América Latina y de militantes que, ocasionalmente, envían columnas para ser publicadas, "soy director de mí mismo" dice entre risas el solitario periodista en su oficina ubicada en el ICAL. El diagnóstico que hace Hugo sobre la situación del periódico es bastante crítica, desde su punto de vista, el decaimiento de *El Siglo* se enmarca en una desidia generalizada de la izquierda chilena a tener medios propios, y más aún, se refiere a la preponderancia de los itinerarios personales de los dirigentes por sobre la composición de un discurso alternativo elaborado desde un medio de prensa propio. Un amigo periodista le decía "Hugo tienes que comprender que es más valioso un cuarto de página en El Mercurio que tener un medio propio"[66]. En esa línea, Guzmán reflexionaba en torno a su experiencia reciente como director, afirmando que:

> "Y yo creo que hoy hay dirigentes y dirigentas de la izquierda chilena que piensen eso. Y el fenómeno de las redes sociales que ocurre y las plataformas digitales que hoy te permite tener agendas comunicacionales individuales. Entonces si tú eres una destacada o un destacado dirigente de izquierda que tienes miles de seguidores en las redes sociales, obviamente que si tú das una entrevista a Canal 13 o le das una entrevista a El Mercurio, seguramente se va a leer más. Pero ahí también entra desde el punto de vista de izquierda, entra

[66] Guzmán, entrevista.

> también el efecto cualitativo. Por ejemplo, cómo le hablas tú a tu público (…) Y en estos momentos le estamos hablando a través de los medios hegemónicos"[67].

Tal como afirmaba Debray, "ha estallado la guerra de imágenes y personalidades, las batallas de la exclusiva y el verbatim. Y para esta guerra no se necesitan partidos."[68] En la misma línea, el actual director reflexionaba sobre la falta de voluntad de algunos de los dirigentes del partido, a pesar de que siempre podía contar con militantes que en más de una ocasión había llamado para salvar la publicación del semanario impreso antes de su congelamiento, "pero no puedo estar pidiendo plata todas las semanas" decía Hugo:

> "Entonces yo creo que hay un tema de convicción política... por ejemplo, tenemos un problema de que a nosotros pedimos entrevista a gente del gobierno para hablar del gobierno actual de Gabriel Boric o pedimos entrevista a dirigentes del Partido Comunista y no nos dan las entrevistas. O pedimos que nos entreguen información que nos permita... Entonces, ¿qué ocurre? Que con eso tú vas consolidando el medio…"[69]

En este sentido, Guzmán es muy crítico de la respuesta que se suele dar a la razón de por qué ya no se publica *El Siglo* impreso, aquella que dice relación con los problemas de financiamiento. Juan Andrés Lagos, por ejemplo, analiza la detención del impreso en esta tesitura:

> "El Siglo son las carencias económicas, por ejemplo, El Siglo no tiene ni un aviso. Entonces hasta hoy las agencias le imponen al gobierno un sistema que es de los más arbitrarios que hay, porque en el fondo lo que les dicen es que periódicos o medios como El Siglo no venden y tampoco les interesan a las personas que ellos llegan como agencias"[70].

---

[67] Guzmán, entrevista.
[68] Debray, "El socialismo y la imprenta", 18.
[69] Guzmán, entrevista.
[70] Lagos, conversación.

Contrario a esto, Guzmán apela a que *El Siglo* se autofinanciaba solo por ventas, por lo que descarta el problema del financiamiento como una cuestión central que explique la ausencia del impreso, "a mí no me pueden decir que *El Siglo* no es financiable, porque hemos demostrado que sí lo puede ser. Y lo puede ser sin tener avisaje de gobiernos que se dicen de izquierda" También contaba, con algo de pesar, una anécdota que es bastante decidora:

> "Bueno, yo una vez, porque tuve una situación muy crítica el año pasado, yo me metí a transparencia, estuve menos de una semana buscando los sueldos de jefe de servicio. Y una de las cosas que expuse es que el Partido Comunista, los funcionarios del PC se acercan a los mil millones de pesos mensuales de ingresos. Y con el 0,1 % de eso, nosotros financiamos 5 años El Siglo. Y yo di ese argumento. ¿La respuesta? Molestia. Por eso yo al principio te decía que hay un problema de convicción"[71].

En todo caso, hay un consenso entre los entrevistados en que no se trata de elegir entre la versión web o el impreso, si decantar por las redes sociales o la revista teórica, más bien la clave estaría en la complementariedad de los medios, entendiendo que no se puede prescindir hoy de las redes sociales ni de aparecer en una versión digital. Tal como afirma Burke en todas las eras de la Historia, cuando las nuevas tecnologías parecen desmantelar la herencia de lo que había anteriormente, siempre ha existido la "coexistencia de viejos y nuevos medios"[72]. Por lo mismo, también existe una valoración del medio impreso, entendiendo que hay debates más amplios y contenidos más profundos y complejos que no se pueden expresar en su totalidad en los medios digitales. Así como se entiende que el medio impreso llega a un segmento específico, que es la izquierda y la militancia comunista, pero las redes sociales tendrían la capacidad de desbordar estos nichos en los que es leído tradicionalmente *El Siglo,* cuestión que el impreso, a pesar de sus múltiples intentos por extenderse hacia una comunidad lectora de izquierda más amplia, no logró. Según Claudio De Negri la vuelta al impreso es un debate transversal en el partido y sus juventudes,

[71] Guzmán, entrevista.
[72] Burke, *Una historia social*, 295–296.

dándose una revaloración intuitiva de este medio a la interna del PCCh:

> "ha ido reapareciendo en el partido la condición de la necesidad de los medios impresos no sólo para los viejos. Hay un fenómeno que se produce con el texto impreso, el papel, pese a todos estos discursos, incluso desde el punto de vista ecológico, hay una valoración del texto impreso. De hecho, en el Congreso tenemos acuerdo de recuperar esas publicaciones, recuperar no solo El Siglo sino también la revista Principios, por ejemplo, impresa, que la podemos hacer versión digital e impresa."[73]

Según Juan Andrés Lagos, se trata de nuevas formas de socialización del conocimiento en donde le parece natural el declive del impreso. Contrario a lo que visualiza De Negri, Lagos considera que no existe un debate como tal en el PCCh sobre *El Siglo* y la vuelta al impreso:

> "Mira, yo no veo mucho debate. Yo creo que... a ver, ¿cómo decirlo? Porque yo también estuve en la etapa como encargado del área de comunicaciones cuando había que avanzar con fuerza hacia las redes (…) a mí no me resulta… el punto de que desde la historia el partido deje o se tranque frente a nuevas tecnologías, para mí, no veo en oposición hoy día estar embarcados con todas las redes"[74].

Pero hay otros que no son tan optimistas y consideran que parte importante de la militancia no está interesada en el impreso. Según Damián Trujillo, ex imprentero de *El Siglo*, desde hace un tiempo que se venía dando un debate dentro del PCCh sobre la obsolescencia de E*l Siglo*: "yo te digo, cuando nosotros ya hacíamos El Siglo, a muchos dirigentes del partido no le parecía el diario El Siglo, que solamente El Siglo había que hacerlo digital…Y bueno, después como no hubo plata para hacerlo todas las semanas, porque

[73] De Negri, entrevista.
[74] Lagos, conversación.

el partido siendo un partido tan rico, yo te digo… se dice ser un partido pobre, yo no sé por qué, eso nunca lo he tenido claro."[75]

Pero existen, como suele suceder, iniciativas editoriales desde la militancia de base como lo es el pequeño proyecto que despliegan, en la actualidad, la célula de tipógrafos del PCCh, según Alejandro Padilla, estas iniciativas son cruciales y no deben perderse puesto que dan a conocer, desde el contenido político e ideológico, qué son los comunistas y cuáles son sus visiones del mundo:

> "Nosotros hacemos un boletín, todos los meses, Qué Hacer se llama, con noticias del acontecer nacional e internacional, lo repartimos por el metro Santa Lucía, Universidad de Chile, pero somos 10 en la célula, a veces llegan 4, 6…. pero hay que seguir, porque esa es nuestra tarea, ojalá lo hiciera otra gente, que escribieran sus documentos y lo entregaran porque si no ¿Cómo la gente conoce al partido? Los candidatos, pero nada más… Qué es lo que es nuestra ideología"[76].

Así, el caso de *El Siglo* también nos da luces de otra dimensión del quehacer editorial, aquella persistencia subterránea, casi artesanal, de prácticas editoriales que sobreviven gracias a la voluntad de militantes que continúan entendiendo la escritura y la lectura como pilar fundamental de la acción política. Desde el boletín Qué Hacer de la célula de tipógrafos hasta las colaboraciones espontáneas que alimentan *El Siglo Digital*, son iniciativas que demuestran que la cultura letrada comunista no ha desaparecido del todo, más bien opera desde los márgenes, sin el respaldo orgánico que alguna vez la sostuvo.

Como revisamos en este apartado, las disputas sobre la orientación política del periódico, el tipo de lectoría que debía priorizar y el alcance ideológico de sus contenidos se entrelazaron con problemas materiales cada vez más acuciantes. Las dificultades financieras, el desinterés de la militancia, la crisis del modelo de suscripciones, la decreciente circulación en kioscos y la transición incompleta hacia el formato digital configuraron un escenario de vulnerabilidad estructural para nuestro objeto de estudio. En

[75] Trujillo, entrevista.
[76] Padilla, entrevista.

conjunto, estas tensiones políticas y económicas permiten comprender por qué *El Siglo* llega al presente con una continuidad frágil, marcada por dilemas sobre su viabilidad, su función y su futuro como proyecto comunicacional del comunismo chileno.

Reflexiones finales

El recorrido trazado en este artículo permite afirmar que el declive del formato impreso de *El Siglo* no constituye un mero fenómeno tecnológico, sino un síntoma de transformaciones más profundas en la cultura política del Partido Comunista de Chile. A lo largo de tres décadas, observamos cómo la materialidad del periódico –aquella que Chartier concibe como productora de sentido y no como simple soporte–, se fue erosionando a la par que se redefinían los modos de sociabilidad militante, las prioridades partidarias y las formas contemporáneas de intervenir en el espacio público. Lo que en el siglo XX había sido un dispositivo central para organizar, educar y dotar de densidad ideológica a la militancia comunista, en el siglo XXI devino un proyecto sostenido por esfuerzos individuales más que por una estrategia colectiva, dando luces de las mutaciones que vive la identidad y cultura política de los comunistas.

Los testimonios de directores y trabajadores del periódico revelan un desplazamiento desde un sistema editorial integrado —tal como lo describe Tarcus para las culturas letradas de izquierda— a un entramado fragmentado e intermitente. Las tensiones que atravesaron *El Siglo* en su última etapa, como las disputas ideológicas al interior del equipo editorial, las fricciones con la dirección partidaria y los debates sobre la importancia del periódico, no pueden leerse fuera de este proceso mayor de reconfiguración de su identidad y cultura política. Siguiendo a Debray, la batalla por los sentidos dejó de librarse prioritariamente en los periódicos y pasó a inscribirse en un ecosistema comunicacional donde priman la inmediatez y la personalización; un terreno en el que los dirigentes encuentran incentivos más fuertes en los medios hegemónicos y las redes sociales que en un órgano partidario de circulación limitada[77].

En este marco, la digitalización de *El Siglo* aparece menos como resultado de una modernización planificada que como una

[77] Debray, "El socialismo y la imprenta".

salida pragmática ante la falta de inversión financiera y política a un proyecto editorial de largo aliento, dando cuenta de que la dirección del PCCh, y parte de su militancia, dejó de concebir la letra impresa como un dispositivo estratégico eficiente para la disputa ideológica. La experiencia de desgaste de *El Siglo*, la ausencia de una imprenta propia, la externalización de la producción de libros y memorias comunistas y la discontinuidad de publicación de revistas como *Principios*, *Alternativa* o *Laboral*, confirman que el sistema editorial comunista –aquel circuito integrado de prensa, folletería, revistas y libros–, ya no opera como columna vertebral de la cultura política del PCCh.

Lo que está en juego hoy, entonces, no es únicamente la continuidad de un periódico, sino el lugar que ocupa la textualidad en la construcción de identidades políticas. El desafío es, por tanto, reinscribir esa tradición en un ecosistema que ya no reconoce la autoridad intrínseca del impreso, en un presente marcado por la explosión de formatos digitales diversos, la aceleración de los tiempos de lectura y la centralidad de las redes sociales. En este sentido, la reflexión a la que invita este trabajo es comprender si es posible recomponer un proyecto comunicacional propio desde las izquierdas, articulando soportes diversos, pero sin renunciar a la densidad analítica y la vocación formativa que históricamente encarnó la prensa contrahegemónica. Además, debemos preguntarnos acerca de la realidad de los medios de comunicación en su conjunto, interrogarnos por qué la propuesta periodística y política de los medios de comunicación nacionales conservadores, que persisten en su formato impreso y digital, no parece estar igual de desgastada que el caso que revisamos en este artículo.

Finalmente, estudiar la trayectoria reciente de *El Siglo* nos permite comprender cómo se reconfiguran las prácticas editoriales en una organización que ha pasado del aislamiento político y electoral durante la década de los 90 hasta convertirse en un actor central del campo político chileno. Como hemos observado, este tránsito, lejos de ser lineal, ha implicado renuncias, tensiones y redefiniciones que desbordan la historia del periódico. En definitiva, las derivas del impreso comunista revelan, en su condensación material, los dilemas contemporáneos de la izquierda chilena: cómo disputar sentidos en un espacio público crecientemente desmaterializado y cómo sostener proyectos colectivos en un

tiempo que privilegia las marcas individuales. Para terminar, me sumo a las palabras de Debray, aquellas que afirman que "Cada ocaso es el heraldo de un renacimiento, y los dioses que se escaparon por la puerta delantera sin duda regresarán, más pronto o más tarde, por la ventana."[78]

Fuentes y bibliografía

Fuentes

"Los comunistas chilenos recuperan horizonte". *El País*, febrero de 2008.https://elpais.com/internacional/2008/02/27/actualidad/1204066801_850215.html.

"Denuncia ante el Tribunal de ética del colegio de periodistas". *El Siglo*, 12 de octubre de 2007.

"La huelga de *El Siglo*". *The Clinic*, 18 de octubre de 2007.

"Los jóvenes comunistas y *El Siglo*". *El Siglo*, no. 1.370 (12-19 de octubre de 2007).

"Políticos rechazaron listado de «*El Siglo*»". *El Mercurio*, 12 de marzo de 1991.

"Requisaron edición N°19 de *El Siglo*". *El Mercurio*, 11 de mayo de 1990.

El Siglo [Santiago de Chile], 1989-2023.

El Siglo en Huelga, 2007-2008.

"La venta en quioscos de la izquierda". *El Mercurio*, abril de 1990, D6.

De Negri, Claudio. Entrevista realizada por la autora, 19 de junio de 2025.

Díaz, Marcos. Entrevista realizada por la autora, 4 de julio de 2025.

Guzmán, Hugo. Entrevista realizada por la autora, 26 de junio de 2025.

Herreros, Francisco. Entrevista realizada por la autora, 10 de julio de 2025.

Lagos, Juan Andrés. Conversación con la autora, 7 de julio de 2025.

Muga, Ana. Entrevista realizada por la autora, 3 de julio de 2025.

Padilla, Alejandro. Entrevista realizada por la autora, 30 de mayo de 2025.

[78] Debray, "El socialismo y la imprenta", 21.

Trujillo, Damián. Entrevista realizada por la autora, 30 de mayo de 2025.

Bibliografía

Álvarez, Rolando. *Arriba los pobres del mundo. Identidad y cultura política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura (1965-1990)*. Lom Ediciones, 2011.

Álvarez, Rolando. *Del «viraje» al gobierno de «nuevo tipo». El Partido Comunista de Chile en la primera década del siglo XXI*. Lom ediciones, 2022.

Álvarez, Rolando. "¿Herejes Y Renegados?: La Diáspora De La Disidencia Comunista Chilena (1989-1994)". *Historia 396* 7, no. 2 (2017): 335–368.

Álvarez, Rolando. *Hijas e Hijos de la Rebelión. Una historia política y social del Partido Comunista de Chile en posdictadura (1990-2000)*. Lom ediciones, 2019.

Bresciano, Juan Andrés. *Mundo en Red. El estudio histórico de los procesos globales en la sociedad de la información*. Ediciones del Sur, 2014.

Burke, Peter. *Una historia social de los medios de comunicación*. Taurus, 2002.

Cabrera, Miguel Ángel. "La investigación histórica y el concepto de historia política". En *Culturas políticas. Teoría e historia*, editado por Manuel Pérez Ledesma y María Sierra. Zaragoza, 2010.

Celentano, Adrián. "Los materiales del maoísmo argentino (1949-1976). Desde los abordajes en los libros comunistas a la construcción de un aparato de prensa maoísta". En *Edición y revolución en Argentina*, editado por Horacio Tarcus. Tren en movimiento, 2023.

Chartier, Roger. *Editar y traducir. La movilidad y la materialidad de los textos*. Gedisa, 2021.

Chartier, Roger. *¿La muerte del libro?* Lom ediciones, 2010.

Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas entre los siglos XIV y XVIII*. Gedisa, 2017.

Darnton, Robert. *Los Best Seller prohibidos en Francia antes de la revolución*. Fondo de Cultura Económica, 2008.

De Negri, Claudio, y Ana Muga. "Imprenta Horizonte: el sueño incautado". Tesis para optar al título de periodista, Universidad Arcis, 2008.

Debray, Régis. "El socialismo y la imprenta: un ciclo vital". *New Left Review*, no. 46 (2007).

Lagos, Claudia, y Raúl Rodríguez. "Al borde del dial: Radio comunitaria y libertad de expresión en Chile: 2000 2010". *Foro Científico* 1, no. 19 (2014): 30–49.

Loyola, Manuel. "Diario *El Siglo*: Autoimagen y el rol entre 1940-1973". *Латиноамериканский Исторический Альманах*, no. 22 (2019): 235–255.

McLuhan, Marshall. *Comprender los medios de comunicación Las extensiones del ser humano*. Editorial Paidós, 1996.

Moyano, Cristina, y Carla Rivera. "Disputando lo político. La Izquierda y la Prensa Política de Masas en Chile, 1950-1989". *Universum* 35, no. 1 (2020): 340–366.

Moyano, Cristina, Antonia Olate y Rolando Álvarez. "El Aguja, directo a la vena. Historia de una publicación comunista. Comunidad de lectores y debate sobre jóvenes en el inicio a la transición a la Democracia, 1991-1992". *Revista Notas Históricas y Geográficas*, no. 34 (2025): 1–25.

Muñoz, Víctor. *Historia de la UDI. Generaciones y cultura política (1973-2013)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016.

Navarro, Jorge. *Por la emancipación obrera. Clase, política, arte y entretenimiento en la cultura socialista-comunista en Chile, 1912-1927*. Crítica, 2023.

Rivera Mir, Sebastián. *Edición y Comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)*. A contracorriente, 2022.

Salgado, Alfonso. "El Partido Comunista de Chile y la empresa periodística de *El Siglo*: apuntes sobre sus orígenes y desarrollo". *Revista de Historia y Geografía*, no. 40 (2018): 83–110.

Scolari, Carlos. *Hipermediaciones. Elementos para una Teoría de la Comunicación Digital Interactiva*. Editorial Gedisa, 2008.

Subercaseaux, Bernardo. *La industria editorial y el libro en Chile (1930-1941), ensayos de interpretación de una crisis*. CENECA, 1984.

Tarcus, Horacio, ed. *Edición y revolución en Argentina*. Tren en movimiento, 2023.

Ulloa, Claudio. "Genealogía de la concentración económica de los medios de comunicación en Chile: un análisis desde la historia social y la comunicación". *Perspectivas de la Comunicación* 7, no. 2 (2014): 96–106.

La buena nueva de los libros: fragmentos del campo editorial de la Teología de la Liberación en América Latina (1968 – 1973)

Alonso Martínez Cruz[1]

Introducción

Los largos años sesenta marcaron un punto de inflexión en la historia de América Latina. Cual década atravesada por la contradicción ideológica de la Guerra Fría, el agotamiento de los proyectos desarrollistas y la efervescencia política de la Revolución Cubana, brilla cuasi mitológicamente en el imaginario colectivo. Después de todo, fue una época en donde buena parte del espectro de los sujetos vivió los grandes asuntos de la cosa pública en la plenitud de una praxis emancipatoria[2]. La lucha política se planteaba como una disputa entre sistemas excluyentes. Fue la época de organizaciones como el Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros en Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria – MIR en Chile o el Ejército de Liberación Nacional en Colombia.

Asimismo, fue uno de los periodos más creativos en cuanto a la formulación de ideas autóctonas. Como representantes de una sensibilidad deseosa de cambios estructurales, aparecieron elaboraciones teóricas como el dependentismo en el plano de las ciencias económico – sociales y el liberacionismo latinoamericano, ramificado en campos como la educación o la filosofía[3]. Los intelectuales que las encarnaron pasaron a tener un rol político central en vinculación con múltiples utopías societales. Se posicionaron y pensaron la realidad más allá de sus áreas disciplinares, aplicaron el marxismo como horizonte de expectativas y adscribieron a proyectos ideológicos, partidos políticos e incluso movimientos guerrilleros[4].

[1] Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Correo de contacto: alonso.martinez.c@usach.cl ORCID: 0009-0001-3335-5321

[2] Moulian, *Campo cultural y partidos*, 8.

[3] Devés, *El pensamiento latinoamericano*.

[4] Lozoya, *Intelectuales y revolución*, 20.

Muchas de estas ideas obtuvieron soporte material en la publicación periódica de revistas. La historia intelectual del continente ha estado marcada por la presencia de estos artefactos. Aunque podemos matizar la intensidad con la que fueron editadas en el ejercicio comparativo de un país con otro, lo cierto es que este formato dominó la escena durante todo el siglo XX como el favorito de los lectores[5]. En los sesenta, buena parte de las revistas tuvieron un programa que buscaba cambiar el canon hegemónico mediante un proceso de definiciones políticas y teóricas en el inicio de un ciclo histórico rico en medios impresos de comunicación masiva[6].

Sin embargo, no fueron el único medio letrado relacionado con la disputa del poder simbólico. Destacó también la edición de libros. Los sellos editoriales buscaron dinamizar la discusión de la esfera pública y difundir sistemas ideológicos concretos[7]. Se trataba de un mundo de obras. Los lectores sabían que, en función de lo que estas decían, se establecían prácticas y programas revolucionarios. La producción de libros había logrado construir un vigoroso bibliosistema. Fue la época de libros como *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1965) de André Gunder Frank y *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969) de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Falleto, ambos publicados por el entonces joven proyecto del editor Arnaldo Orfila, *Siglo XXI*. También de libros como *Economía y revolución* (1967) de Franz Hinkelammert, publicado por la *Editorial del Pacífico*, sello vinculado a la Democracia Cristiana chilena; *Educação como prática da liberdade* (1967) de Paulo Freire, publicado por el sello de la resistencia democrática en Brasil, *Paz e Terra*; y *Dialéctica de la dependencia* (1973) de Ruy Mauro Marini, publicado por la *Colección Popular* del sello mexicano de la nueva izquierda, *Ediciones Era*.

Pero los aires de renovación ideológica y editorial fueron más allá de la educación y la economía. El cristianismo fue uno de los campos en donde esta golpeó con mayor originalidad. Influida por el desarrollo de una *nueva teología* en los años de posguerra[8], por

[5] Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*, 15.

[6] Sarlo, "Intelectuales y revistas"; Beigel, "Las revistas culturales", 107; Elizalde, *Revistas culturales latinoamericanas 1960–2008*, 13.

[7] Sorá, "Edición y política", 98.

[8] Nos referimos a teólogos como los franceses Pierre Teilhard de Chardin, Jean Daniélou, Henri de Lubac, Yves Congar, Marie Dominique Chenu y Henri

las transformaciones promovidas en el Concilio Vaticano II y por la difusión del espíritu revolucionario, esta realidad de fe obtuvo la temperatura necesaria para una reorientación de las reflexiones y prácticas sobre la injusticia social y el actuar del Pueblo de Dios en la lucha por la emancipación de los pobres[9]. Elementos de distinto orden fueron cultivados en este ambiente. Recordado es el asesinato del sacerdote y sociólogo guerrillero del ELN colombiano, Camilo Torres Restrepo, en el año 1966. Pero también la trascendencia de la Conferencia Episcopal de Medellín de 1968 como el momento más significativo de la historia del cristianismo en América Latina.

La Teología de la Liberación (TDL) fue su producto intelectual. De la mano de teólogos como el uruguayo Juan Luis Segundo, el brasileño Hugo Assmann, el argentino Enrique Dussel y el peruano Gustavo Gutiérrez, se perfiló como el fruto de una generación de avanzada profética en medio de una encrucijada propia de la Iglesia como pueblo[10]. Esta teología surgió por la necesidad de suplir esquemas desgastados y no adecuados para una fe cristiana en época de crisis, conflictos y situaciones revolucionarias. Y si bien estos intelectuales habían cursado sus posgrados en países como Francia, Alemania o Bélgica bajo los influjos de prominentes teólogos como Yves Congar, Karl Rahner y Edward Schillebeeckx, pronto romperían con el colonialismo teológico, aunque en diálogo con sus elaboraciones intelectuales, al pensar y actuar en y desde el tercer mundo. La TDL buscaba una nueva forma de *Ser* cristiano en el mundo[11].

El libro fue uno de los artefactos utilizados por estos teólogos para difundir su praxis. Aunque muchas veces contenían ejercicios doctrinales, también cumplieron una misión recursiva y pragmática. Insertos en redes intelectuales, políticas y religiosas, fueron verdaderos insumos performáticos para la construcción de una nueva racionalidad teológica que dialogaba con las comunidades eclesiales de base (CEB), los agentes pastorales y los militantes

Bouillard; los suizos Hans Kung y Hans Urs von Balthasar; los alemanes Karl Rahner y Johann Baptist Metz; el belga Edward Schillebeeckx o el neerlandés Piet Schoonenberg. Fue la teología que marcó la pauta del Concilio Vaticano II y de la formación intelectual de los teólogos de la liberación.

[9] Löwy, "El cristianismo de la liberación", 466.

[10] Dussel, *Teología de la liberación*, 111.

[11] Martínez, "La teología de la liberación latinoamericana", 22.

religiosos y laicos repartidos por América Latina. Su difusión y circulación fue potenciada por el trabajo editorial a escala transnacional. Se trató de un proceso colectivo que implicó a numerosos actores, tales como copistas, editores, impresores y correctores en la irrestricta unión entre el texto de los libros y la producción de su materialidad[12].

A raíz del rastreo de tales artefactos, es posible plantear dos hilos argumentativos convergentes. En primer lugar, sostenemos que hacia fines de los largos años sesenta se configuró un campo transnacional de producción editorial teológico – liberador mediante la elaboración y circulación de libros. Este campo permitió la transmisión material y teórica de un ideario religioso y revolucionario en expansión. En segundo lugar, argumentamos que este proceso fue facilitado por la consolidación de una red intelectual teológico-liberadora de alcance continental. Escapando de las fronteras eclesiales tradicionales, el progresismo religioso generó un espacio compartido de influencias afectivas y teóricas comprometidas con las grandes problemáticas latinoamericanas. La buena nueva de los libros de la TDL dio cuenta de su dimensión relacional al inscribirse en una trama viva de autores, editores y contextos que desbordaron su materialidad. Un verdadero tejido socio – libresco, donde la palabra impresa articulaba sentidos teológicos compartidos.

Buena parte de la literatura general sobre la TDL[13] ha concentrado sus esfuerzos en la reconstrucción de las dimensiones doctrinales y biográficas de sus exponentes y movimientos mayores y menores. Desde áreas como la sociología, la historiografía y la teología, estos trabajos han sido valiosos aportes para el abordaje intelectual del fenómeno con respecto a sus formulaciones conceptuales. Sin embargo, este fetichismo teórico ha provocado el completo relego de sus aspectos materiales. Y si bien asumen la existencia de revistas y libros en la expansión canónica de la

[12] Chartier, *El orden de los libros*.

[13] Oliveros Maqueos, *Liberación y teología*; Tamayo-Acosta, *Para comprender la teología*; Ellacuría y Sobrino, *Mysterium liberationis*; Smith, *La teología de la liberación*; Dussel, *Teología de la liberación*; Löwy, *Guerra de dioses*; Silva, "La teología de la liberación"; Mendoza-Álvarez, "La teología de la liberación"; Carrier, *Teología práctica de la liberación*; Monroy, "El discurso de la 'teología"; Tobar, "La teología de la liberación"; Ñancupil, "Religión y política"; Salazar Quispe, "Expresiones de la teología"; Martínez, "La teología de la liberación latinoamericana".

corriente, el análisis se ha limitado a la exégesis teórica de lo que dicen los textos[14]. Insistimos entonces por una apertura metodológica que vaya más allá del lenguaje como eje.

En esta dirección, valoramos el trabajo del historiador Eduardo Devés[15]. El autor ha estudiado la recepción, apropiación y circulación de la TDL en Asia. Ha puesto especial énfasis en sus emisores, receptores y canales de transmisión, logrando identificar los mecanismos concretos que posibilitaron su llegada al oriente desde los inicios de la década de 1970. Agentes, libros, traductores y editoriales fueron relevantes, tales como la Asociación Ecuménica de Teólogos del Tercer Mundo, el Consejo Mundial de Iglesias y la editorial *Orbis Books*. Su modelo permite visualizar que esta teología no viajó sola, sino que estuvo acompañada de dispositivos y actores que la adaptaron y filtraron en contextos diferentes a los de su enunciación original. Devés, ha abierto una vía fértil para pensar la historia intelectual de la TDL desde una perspectiva transnacional y material. Aunque el análisis del discurso continúa siendo importante, no es el único punto de partida.

---

[14] El artículo no busca realizar una problematización esquemática de esta ausencia historiográfica. Sin embargo, es posible tantear una hipótesis. Esta situación se debe al favoritismo dialógico de la teología con la filosofía. Como ha destacado Alfonso Ropero Baeza, a contracara del intercambio con otras disciplinas como la sociología o la historiografía, la teología y la filosofía se han constituido como construcciones culturales que se necesitan, se iluminan y se desafían a la verdad más que cualquier otra de las posibles afinidades disciplinares (Ropero, *Historia de la filosofía*, 16). Como consecuencia, algunos de los intentos mamotréticos por historizar el pensamiento cristiano (González, *Historia del pensamiento cristiano*) y el pensamiento filosófico (Giannini, *Breve historia de la filosofía*), se han visto limitados por el ídolo de los grandes hombres (Burke, *La revolución historiográfica francesa*, 15), por el método de la teoría política o por el método de la historia de las ideas y de las doctrinas (Rosanvallon, *Por una historia conceptual*, 40–48). No obstante, durante las últimas décadas hemos asistido a una renovación metodológica de la mano de un nuevo conjunto de investigaciones sobre la historia social y política del cristianismo en América Latina. Esta tradición ha estado marcada por el protagonismo de organizaciones articuladas en torno a sacerdotes y religiosas (Fernández Labbé, "'Ser uno de ellos'", 33). Aunque los aspectos materiales continúan siendo modestamente tratados, se han logrado abrir algunos caminos prometedores para el futuro desglose del giro material en la historia del cristianismo (Brugaletta, "Tierra Nueva (1969-1985)"; Gaona, "Pensamiento Cristiano").

[15] Devés, "La circulación de las ideas", 20; Devés, "La teología asiática", 215.

Nuestro trabajo realiza eco de estas elaboraciones al inscribirse dentro de la historia intelectual. Mediante el rastreo del campo de producción editorial de la TDL entre 1968 y 1973, indagamos en el trabajo intelectual teológico – liberador sin postergar el seno de su experiencia histórica[16]. La presencia de los teólogos como intelectuales en la génesis y desarrollo del campo fue sumamente relevante. Sus formas de actividad, las instituciones en las que se desenvolvieron, sus redes de sociabilidad y los debates teóricos de los cuales formaron parte son algunos de los factores vitales de nuestra aproximación. De esta forma, se expresan las obras, sus autores y el contexto que las vio nacer[17].

Pero si refinamos nuestra adscripción disciplinar en honor a la naturaleza de nuestro objeto de estudio, la historia del libro es el principal marco de orientación. Al pesquisar el campo editorial de la TDL, nos interesa la producción de libros teológico-liberadores como fuerza histórica. Siguiendo a historiadores como Robert Darnton[18] y Roger Chartier, pretendemos ahondar en el circuito libresco de comunicaciones integrado por editoriales, autores e instituciones. Es cierto que estos libros se perfilaron como actos de la comunicación en un contexto de renovación eclesial. Pero también se constituyeron como objetos distinguibles de la cultura escrita de la época. El análisis planteado aboga por concebir la existencia de estas obras a partir del momento en el que se transformaron en realidades materiales intervenidas por sus procesos de producción y comunicación.

Por último, el espacio regional de investigación nos dirige hacia las herramientas de la historia transnacional. Indagar en el campo de producción editorial de la TDL nos obliga a superar el nacionalismo metodológico, aprovechando las relaciones, formaciones, circulaciones y conexiones teológico – intelectuales que se dieron entre, a lo largo y a través de los Estados nación que conforman América Latina[19]. Agrupamos nuestros bríos en las conexiones provistas por los libros de la TDL. El proceso de producción, comunicación y recepción de estos soportes facilitó el ensamblaje de las relaciones humanas correspondientes. Un enlace

[16] Altamirano, *Para un programa*; Altamirano, *Historia de los intelectuales*.
[17] Dosse, *La marcha de las ideas*, 14.
[18] Darnton, "¿Qué es la historia del libro?"
[19] Saunier, *La historia transnacional*, 15.

transnacional de comunidades y sociedades que articuló actores, discursos y proyectos más allá del Estado como unidad básica territorial.

El orden de análisis privilegia las editoriales como las unidades fundamentales de la materialización y circulación del discurso de la TDL. En sus catálogos es posible advertir agentes, procesos materiales y redes de sociabilidad transnacional. Su abordaje permite desglosar a los autores que publicaron en ellas cuales agentes de carne y hueso del armazón intelectual de la TDL. Esta mediación permite nuestra llegada a las obras teológico – liberadoras como los artefactos impresos de nuestro objeto de estudio. Más que un análisis del contenido de los libros, nos limitaremos a su materialidad. Reconocemos en este ejercicio un registro incompleto de las editoriales y los libros relacionados con la TDL publicados entre 1968 y 1973. No obstante, es concebido como un arrimo historiográfico relevante para el estudio material de tal corriente como novedosa agenda de investigación en construcción.

Dos categorías convergen en esta tarea. La primera es la de campo editorial. Se define como un campo de fuerzas gravitatorias en el que las estrategias editoriales encuentran su fundamento y acción. Estas estrategias, en interacción con otros agentes, no solo hacen posible la materialización de las obras, sino también la producción de su valor[20]**.** Esto en el sentido de que la producción de libros teológico – liberadores fue posible gracias a una articulación de elementos que excedió a su mera textualidad[21].

La segunda es la de red intelectual. Se entiende como el conjunto de personas dedicadas a la producción y circulación de teorías o conocimientos, manteniendo vínculos y comunicaciones en función de su quehacer a lo largo del tiempo. Estas afinidades se van mezclando con relaciones políticas o de amistad[22]. Pero también con otros elementos fundamentales para mantenerlas con vida, tales como la tecnología, la ubicación física, el flujo de finanzas o la

[20] Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, 224–225.
[21] Ramos, *El ensamblaje de ciencia*, 59.
[22] Devés, *Redes intelectuales en América*, 31.

legitimidad socio – institucional[2324]. En este sentido, los libros teológico-liberadores pueden ser considerados como artefactos de sociabilidad según contienen pistas sobre las relaciones afectivas que les dieron forma[25]. Ambas categorías dialogan en nuestro trabajo, intercalándose mediante la existencia de editoriales, instituciones, autores y libros de teología.

Los Documentos de Medellín

El hito fundante del campo editorial de la TDL fue la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre del año 1968. El evento marcó la pauta eclesial y teológica de las últimas décadas del siglo XX latinoamericano. Provocó intensos debates al interior del catolicismo como fuera de él, dividiendo aguas entre conservadores y progresistas y representando la responsabilidad de la Iglesia Católica con la historicidad de los pueblos marginados, las demandas de cambio estructural en el continente y la ventana de oportunidades políticas para la intelectualidad teológico – liberadora[26].

Sus resultados fueron condensados en los Documentos de Medellín. Constituyeron una recepción creativa de los textos del Concilio Vaticano II y de las encíclicas papales de Juan XXIII y Pablo VI. Si bien estos artefactos fueron de referencia obligatoria, la teología latinoamericana desdobló los sentidos eurocéntricos de la Santa Sede[27]. En lugar de replicar modelos foráneos, los obispos

---

[23] Ramos, *El ensamblaje de ciencia*, 65.

[24] A raíz de unas lecturas de Bruno Latour, Claudio Ramos profundiza en estos elementos como "subredes parciales que son fundamentales; ellas dan forma al "sistema circulatorio" que "mantiene con vida" a los hechos científicos" (Ramos, *El ensamblaje de ciencia*, 65). Además de las ya mencionadas, se destacan las *redes disciplinarias* como "la red de articulación de criterios de validación y relevancia. Está constituida por los colegas con los que se intercambian argumentos; son los "colegios invisibles" que un investigador toma en consideración para sus juicios y decisiones" (Ramos, *El ensamblaje de ciencia*, 65); y también los *núcleos conceptuales* como el corazón de la ciencia donde "operan los "programas" teórico y metodológico y se condensan los conocimientos seleccionados" (Ramos, *El ensamblaje de ciencia*, 66).

[25] Dosse, *La marcha de las ideas*, 51.

[26] Calvo y Parra, *Medellín (Rojo) 1968*, 171.

[27] Boff, *Teología desde el lugar*, 30.

latinoamericanos centraron su reflexión en la realidad concreta de la pobreza, la injusticia y la dependencia del sur. Notables sacerdotes influyeron y/o participaron de su redacción, tales como el mexicano Samuel Ruiz, el peruano Gustavo Gutiérrez, el brasileño Helder Cámara, el ecuatoriano Leonidas Proaño y el argentino Antonio Quarracino. También fue relevante la figura del chileno Manuel Larraín[28]. Aunque fallecido poco antes, marcó el espíritu de la conferencia como su organizador primigenio. La totalidad del catolicismo latinoamericano afirmó su presencia en estos impresos.

Uno de los sellos que publicó fueron los documentos *Bonum*. Fundado en Buenos Aires en el año 1960 por la pareja de inmigrantes checos Antonio Gremmelspacher y Elvira Polak, se propuso posicionarse a la vanguardia de temas educativos, sociales, religiosos y espirituales. A diferencia de otras editoriales argentinas de la época, tales como *Paulinas*, *San Pablo* o *Claretiana,* no dependía de una congregación religiosa. Sus ingresos provenían del comercio editorial como empresa cultural en ascenso[29]. Esta independencia le permitió actuar con mayor flexibilidad ante los debates teológicos del momento.

Su edición de *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio* (1969) sorprendía por ser la única edición genuina autorizada para la República Argentina por el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Incluía las palabras inaugurales de Pablo VI, quien había publicado recientemente su influyente encíclica *Populorum Progressio* (1967); del peruano Juan Landázuri Ricketts, copresidente de la conferencia y cardenal arzobispo de Lima que había participado de las cuatro sesiones conciliares; del argentino Antonio Samoré, copresidente de la conferencia, integrante de la comisión preparatoria del concilio y presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (CAL), un órgano papal encargado de asistir y examinar los asuntos católicos en el continente; y del brasileño Avelar Brandao, presidente del

[28] El obispo Larraín se había hecho famoso, entre creyentes y no creyentes, por implementar una política de reforma agraria a pequeña escala en el fundo Los Silos, ubicado en Pirque, en la precordillera de Santiago de Chile. La repartición de tierra tuvo por objetivo terminar con las divisiones entre patrones e inquilinos, dando paso a la Cooperativa Campesina de los Silos (Díaz de Valdés Herrera, *Bendecir la revolución*, 121).

[29] Román, "Políticas editoriales y peregrinaciones", 8.

CELAM y arzobispo de Teresina, capital del Estado brasileño de Piauí. Como religiosos de trayectoria y confianza para el Vaticano, intermediaron en la indagación del pontificado en las problemáticas del sur.

También fueron incluidas las ponencias de destacados sacerdotes. Nos referimos a rostros como Marcos McGrath, obispo de Santiago de Veraguas en Panamá y segundo vicepresidente del CELAM; Eduardo Pironio, secretario general de la conferencia y secretario general del CELAM; Eugenio de Araújo Sales, administrador apostólico de Salvador de Bahía en Brasil y presidente del Departamento de Acción Social del CELAM; el ya mencionado Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de las Casas en Chiapas, México; Luis Eduardo Henríquez, obispo auxiliar de Caracas y presidente del Departamento de Seminarios del CELAM; Pablo Muñoz Vega, arzobispo de Quito y primer vicepresidente del CELAM; y el ya aludido Proaño, presidente del Departamento de Pastoral de Conjunto del CELAM y célebre por su estrecha relación con los pobres e indígenas de Riobamba en Ecuador[30]. Fragmentos de la intelectualidad obispal del momento.

Del formato oral al escrito, *Bonum* convertía las voces sacerdotales en plumas autorales, ofreciendo al episcopado latinoamericano garantías de sociabilidad intelectual. He ahí que la conferencia deba entenderse más allá de la difusión textual. Fue el escenario primero de una compleja trama de sociabilidad en gestación a escala continental. Un punto de partida decisivo para teólogos, obispos, asesores pastorales y agentes laicos adscritos a la renovación eclesial. Estas redes se afianzaron en el intercambio de ideas y la coautoría de documentos. Medellín no solo imaginó una nueva teología para América Latina, sino que tejió las alianzas humanas primigenias que le darían cuerpo y proyección durante los años próximos.

El Instituto Pastoral de América Latina

Tras la conferencia se multiplicaron los cursos, talleres, círculos bíblicos y centros disciplinares en distintos países de América Latina. A la preexistencia de institutos pastorales como los

[30] Arteño Ramos et al., "Leonidas Proaño".

Institutos Catequéticos Latinoamericanos (ICLA – Santiago e ICLA – Manizales) y el Instituto de Liturgia Pastoral (ILP – Medellín), en 1969 se sumaba el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET – Buenos Aires). Estos centros crearon una pujante producción editorial de folletos, manuales y revistas que nutrían la reflexión teológico-liberadora de toda la región[31]. Pero también intervinieron en la publicación extensiva de libros sobre teología revolucionaria, compromiso político cristiano y lectura popular de la Biblia.

El Instituto Pastoral de América Latina (IPLA) pasaría a tener un rol editorial central. En 1968, pasó de la itinerancia a establecer su sede en Quito, donde se consolidó como institución fundamental del episcopado mediante la formación de teólogos y agentes de base. Por el instituto pasaron cerca de 600 sacerdotes, religiosas y dirigentes cristianos. Sus cursos semestrales contaban con una asistencia media de 50 a 60 participantes[32]. Entre algunos de ellos, podemos mencionar a Rutilio Grande, sacerdote jesuita salvadoreño de labor en la comunidad campesina de Aguilares[33]. También a Oscar Arnulfo Romero, por entonces obispo auxiliar de San Salvador[34]. Fue un verdadero laboratorio del pensamiento teológico. La cantidad y calidad de los autores que publicaron bajo su alero evidencia la complejidad de su sociabilidad.

El centro se integró rápidamente al ecosistema bibliográfico de la TDL. Su comunidad intelectual fue un gran baluarte de libros. Con un catálogo vasto y significativo, pavimentó algunos de los primeros pasos de la corriente. Su equipo de profesores publicaría *Fe y secularización en América Latina* (1972) y *Comunidad de base y prospectiva pastoral en América Latina* (1972) como dos libros colectivos para la *Colección IPLA*. El primero fue una recopilación de ponencias en torno a la relación de la TDL con el proceso de secularización. Escribieron el teólogo belga Joseph Comblin[35], quien había formado

---

31 Melguizo Yepes, "El Instituto Teológico Pastoral"; Montaño Vélez, "50 años de la Conferencia Episcopal", 228.

32 Dussel, *Historia de la iglesia*, 361.

33 Ares Mateos, *Rutilio Grande*, 12.

34 Dussel, *Itinerario de un militante*, 31.

35 Joseph Comblin era conocido por ser el teólogo revolucionario por excelencia a raíz de la publicación de su *Theologie de la revolution* (1970) en las prensas del sello parisense *Editions Universitaires*. Dedicado a Manuel Larraín y Dom Helder Câmara como las dos figuras formadoras del espíritu del CELAM, el libro buscó hablar

parte de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) y del Instituto de Teología de Recife[36]; el presbítero ecuatoriano Estuardo Arellano y el teólogo chileno y director del centro, Segundo Galilea.

El segundo replicó la fórmula como material de un seminario en torno a la reflexión sobre las CEB. Comblin repetiría como autor fundamental. Pero también fue destacada la participación del folklorista ecuatoriano Jaime Díaz, de la teóloga Mónica González, del teólogo brasileño formado en la Universidad Gregoriana y experto en CEB José Marins, del profesor y psicólogo Mario Arroyo y del teólogo colombiano y secretario ejecutivo del Departamento de Pastoral del CELAM Edgard Beltrán quien, al igual que Camilo Torres, se había formado en la Universidad Católica de Lovaina[37] bajo el influjo del teólogo y sociólogo marxista François Houtart[38]. Ambos libros fueron leídos por cursantes y no cursantes del centro. Era la teología de frente a las problemáticas modernas del tercer mundo mediante una metodología de investigación que iba más allá de la reflexión sobre la trascendentalidad como campo principal.

También fue abundante la elaboración de libros de autoría individual. El sacerdote peruano Carlos Álvarez-Calderón publicó su *Pastoral y liberación humana* (1969) como parte de la *Colección IPLA*.

---

de la mundialización de la revolución proletaria desde una perspectiva teológica: "Y si alguien osara objetar que Dios no habla de la revolución, responderíamos que hemos emprendido esta obra precisamente para demostrar que Dios habla de ella" (Comblin, *Teología de la revolución*, 11).

[36] Hoornaert, *Nuevos desafíos para el cristianismo*.

[37] Esta universidad fue uno de los destinos favoritos de los estudiantes latinoamericanos de teología. Durante la década de 1950, figuras como Gustavo Gutiérrez, Juan Luis Segundo y Camilo Torres estudiaron y vivieron en Lovaina. Aunque ellos constituyen solo una punta del iceberg de un contingente cada vez mayor de seminaristas y estudiantes latinoamericanos de la institución educativa. A lo largo de los años cincuenta, su presencia creció de manera sostenida: de 15 estudiantes en 1950 se pasó a 56 en 1960. Posteriormente, el aumento se volvió mucho más acelerado, alcanzando cerca de 600 estudiantes a comienzos de la década de 1970. En un inicio, la mayoría de ellos provenía del ámbito teológico. Aunque hacia fines de los sesenta y comienzos de los setenta se sumó un flujo constante de refugiados políticos, lo que amplió la composición del estudiantado más allá del grupo tradicional de candidatos al sacerdocio (Horn, "La dimensión europea", 20).

[38] Pleyers, "François Houtart".

Ejemplo similar encontramos en el antropólogo y teólogo estadounidense Gregorio Smutko, quien publicaría *Evangelizadores laicos para América Latina* (1970). Fue prologado por Leonidas Proaño en un acto de solidaridad intelectual, ya que era producto del trabajo de Smutko con parte de las comunidades indígenas de Nicaragua. Comblin aportaría desde su trinchera con *Cristianismo y desarrollo* (1970). El teólogo argentino Enrique Dussel, que había estudiado teología en Münster y en París bajo la tutela de profesores como Joseph Ratzinger y Jean Daniélou[39], reafirmaría la dinámica con *América Latina y conciencia cristiana* (1970). También Raúl Vidales, teólogo y sociólogo mexicano de formación en la Pontificia Universidad Gregoriana, el Instituto Internacional Antonio Gramsci y la Universidad de Chile con *La Iglesia latinoamericana y la política después de Medellín* (1972).

Pero si hubo un teólogo que sobresalió por la cantidad de sus publicaciones, ese fue Galilea. El teólogo había servido en el campamento minero de Polpaico, cercano a la ciudad de Santiago de Chile. Se había unido al CELAM en 1962 como investigador y se trasformaría en el director del IPLA, priorizando la reflexión pastoral y misionera[40]. Sus *Reflexiones sobre la evangelización* (1970) pasarían a formar parte de la *Colección IPLA*. Pero encontraría su espacio predilecto dentro de la colección *Estudios sobre Pastoral Popular*. Se trataba de una serie de trabajos centrados en el análisis de la religiosidad de base, la eclesiología popular y el desafío pastoral de la urbanización. Aquí publicaría su *Introducción a la religiosidad latinoamericana* (1972), sus *Catolicismo popular* (1972) y *Pastoral de santuarios* (1972) en coautoría con Mónica González y su *Catolicismo popular en América Latina* (1972) en coautoría con la misma y el sacerdote y sociólogo argentino Aldo Büntig, quien coordinaba ambas colecciones mientras integraba el secretariado del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo[41].

Quizá su empresa más ambiciosa fue su rol como editor en *La vertiente política de la pastoral* (1970). El libro buscaba contribuir a la cristalización de los criterios político – pastorales latinoamericanos, tocando puntos urgentes como la revolución, la

[39] Dussel, *Itinerario de un militante*, 30.
[40] Merino Beas, "Homenaje a una vida", 543.
[41] González y Maddonni, *La explosión liberacionista*, 197; Zanca, "Religión y cultura", 124.

lucha de clases y la violencia. Ensamblaría ensayos de emergentes figuras teológicas chilenas, tales como Manuel Ossa, proveniente de las filas del Centro Bellarmino[42] de Santiago y de la Facultad de Teología de la PUC; Arturo Gaete, también integrante de Bellarmino; y Pablo Fontaine, teólogo de la pastoral universitaria. Pero también de rostros consolidados como Robert Bosc, sacerdote jesuita francés, sociólogo y estudioso de los problemas del desarrollo y la revolución en el tercer mundo; y Giulio Girardi, teólogo italiano famoso por ser uno de los rostros más importantes del diálogo entre cristianos y marxistas[43]. Por un lado, Galilea se consolidaba como autor de referencia obligatoria para la TDL. Por el otro, como agente aglutinador de redes teológico – liberadoras desde la tribuna del IPLA y del CELAM. Una trayectoria de iba de los márgenes al centro del campo intelectual mediante la consolidación de una extensa comunidad académica.

El Instituto dio garantías de su experticia teológica. Pues en el intersticio del vínculo entre la sociedad política y la sociedad civil, el IPLA se destacó como uno de los detentores de la nueva teología de avanzada con influencia directa tanto en la jerarquía del episcopado como en el pensamiento crítico latinoamericano. Lejos de flotar sin efecto ni consecuencia concreta, tematizó y visibilizó temas religiosos y políticos de interés para la Iglesia y el mundo laico a medida construyó agendas de comportamiento pastoral y de base.

---

[42] Fundado en 1959 por el jesuita belga Roger Vekemans, el Centro Bellarmino se especializó en la difusión del ideario desarrollista católico. Sin embargo, cambiaría progresivamente su posicionamiento en el diálogo con las ideas de avanzada religiosa hacia fines de la década de 1960. Los sacerdotes jesuitas vinculados al centro comenzaron a posicionarse cual vanguardia del pensamiento y apostolado social, transformándose en un punto de referencia intelectual obligatorio para las propuestas de transformación social en Chile y América Latina (Díaz de Valdés Herrera, *Bendecir la revolución*, 69). Desde 1968, la revista del centro, *Mensaje*, dedicaría largas páginas a documentar el diálogo entre cristianos y marxistas y manifestaría abiertamente sus buenos deseos al futuro gobierno de la Unidad Popular (Schnoor, *Santa desobediencia*, 242).

[43] Girardi había publicado recientemente su libro *Marxismo e Cristianesimo* (1966) en el sello editorial *Cittadella Editrice* de Roma. De gran difusión, la obra buscó plantear una reflexión teórica en torno a los temas fundamentales que le permitieran al cristianismo estructurar un diálogo doctrinal con el marxismo, mostrando los puntos de encuentro y de tensión, así como las orientaciones máximas de la reflexión filosófica cristiana inspirada en esta conversación (Girardi, *Marxism and Christianity* IX).

Un tipo de performatividad en la cual la reflexión teológica buscó transferir pautas discursivas, de percepción y de reconocimiento con el objetivo de comprender la realidad social por dentro y fuera del Seminario desde una matriz cristiana de pensamiento[44].

Ediciones Nueva Universidad

La incidencia de Galilea y Comblin en el IPLA reflejaba el incipiente dinamismo editorial de la teología en Chile. *Nueva Universidad* fue uno de los sellos más importantes del campo de producción teológico – liberador en este país. Fue creado en el año 1967 como parte del Departamento Editorial de la Vicerrectoría de Comunicaciones de la PUC. Nutriéndose de una reforma universitaria impulsada por el protagonismo crítico del movimiento estudiantil en compañía de los sectores académicos progresistas[45], buscó servir como plataforma de nuevas ideas y reflexiones para la construcción de una *nueva universidad*. Aunque no centró exclusivamente sus esfuerzos editoriales en la promoción de la TDL, publicó algunos títulos vinculados al diálogo cristiano – marxista y a la defensa de una fe alineada con los sectores populares. Su nombre la delataba.

Su principal promotor fue el rector Fernando Castillo Velasco, quien concitaba la simpatía de la Conferencia Episcopal de Chile, del Cardenal Silva Henríquez y de amplios grupos del gobierno de la Democracia Cristiana. Su proyecto pretendía transformar las estructuras anacrónicas en honor a una nueva dinámica de publicaciones que le otorgara mayor importancia a la investigación relacionada con las nuevas exigencias de la nación. El Departamento Editorial cumpliría con esta tarea, seleccionando de entre la producción académica las obras que merecían ser publicadas y fomentando la creación de otras[46]. El libro era comprendido como la clave para democratizar el saber y vincular el quehacer académico con los procesos de transformación social a nivel local y regional.

No es ninguna casualidad que uno de sus primeros títulos haya sido *Universidad y revolución* (1969). Se trataba de una recopilación de conferencias, entrevistas y notas de prensa ofrecidas

44 Ramos, "Datos y relatos".
45 Casali Fuentes, "Reforma universitaria en Chile".
46 Krebs et al., *Historia de la Pontificia*, 1157.

por Dom Helder Câmara, obispo emblema de la resistencia democrática y la defensa de los derechos humanos en Brasil. El rector lo había invitado con el fin de que pronunciara la conferencia inaugural del año académico[47]. El tema que le sugirió fue la inserción del universitario en el proceso de transformación social en América Latina. No se trataba de una locura. Câmara había transitado recientemente desde el paradigma desarrollista al liberacionista, abandonando la declaración de la X Reunión Ordinaria y la Asamblea Extraordinaria del CELAM en Mar de Plata de 1966 para ubicarse bajo la mística de Medellín y del socialismo[48]. El sello lo presentaba como uno de los profetas del sur. Una voz que resonaba más allá de los muros universitarios.

Entre sus oyentes se encontraba el economista alemán Franz Hinkelammert. Había llegado al país en 1963, integrándose rápidamente al espacio universitario de la PUC mediante la Escuela de Sociología y el Centro de Estudios de la Realidad Económica Nacional (CEREN)[49]. Pero también a espacios militantes y/o teológico – liberadores, como el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU)[50] y el Instituto Latinoamericano de Doctrina y

[47] No solo fue una decisión de Fernando Castillo. Si bien él fue quién extendió la correspondencia, la elección obedeció a una multiplicidad de actores universitarios: "En diversos sectores de la Universidad se ha señalado la conveniencia de contar, para estas jornadas, con la participación de una figura latinoamericana. El nombre de vuestra Excelencia ha sido sugerido a tal efecto, siendo la Vice-Rectoría de Comunicaciones y Extensión Universitaria, la Facultad de Teología y el Departamento de Estudios Teológicos para Universitarios, quienes en último término me solicitaron tratara de concretar aquella aspiración" (Castillo Lagarrigue, *Iglesia liberadora y política*, 10).

[48] Dussel, *Historia de la iglesia*, 262.

[49] El CEREN fue un laboratorio interdisciplinar del pensamiento. Reunió a un gran espectro de intelectuales chilenos, latinoamericanos y europeos que, desde un marxismo heterodoxo, examinaron las problemáticas varias que atravesaba el país y América Latina (Briceño, "Centros de estudios", 134). El cristianismo liberacionista cumpliría su rol como fermento intelectual en el centro. Se destacaron autores como Gonzalo Arroyo, Franz Hinkelammert, Hugo Villela, Pablo Richard y Hugo Assmann.

[50] El MAPU fue un partido político que surgió en el año 1969 como consecuencia de los conflictos internos del Partido Demócrata Cristiano de Chile. Fue encabezado por un grupo de militantes conocidos como los "rebeldes", quienes hicieron hincapié en el descontento y en las ganas de avanzar más rápidamente hacia una sociedad socialista. Sus militantes abrazaron el marxismo mientras dignificaban la centralidad del cristianismo en este proceso (Moyano, *MAPU o la*

Estudios Sociales (ILADES)[51]. Convergería muy bien con la TDL a raíz de sus estudios en el seminario jesuita, su participación en los debates de la Democracia Cristiana y su preocupación por el dependentismo[52]. Tal desplante le permitió relacionarse con figuras como el teólogo y sociólogo brasileño Hugo Assmann, el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez y el teólogo chileno Pablo Richard. Pero también con Gonzalo Arroyo, teólogo y agrónomo jesuita, militante del MAPU y de gran roce con el comunitarismo y el marxismo[53].

Nueva Universidad publicó parte de los trabajos de Hinkelammert en su *Biblioteca de Ciencias Sociales*. Era una colección que buscaba estudiar la realidad latinoamericana no solo desde un enfoque basado en estos saberes, sino que también desde orientaciones culturales, religiosas e ideológicas. Eco de estos principios fue la publicación de *El subdesarrollo latinoamericano* (1970). El libro era resultado de las discusiones en la Escuela de Sociología y el ILADES. El autor agradecía especialmente a Gonzalo Arroyo por el constante y leal apoyo que le había prestado durante largos años. No obstante, fue con *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia* (1970) que asumiría su conversión al cristianismo de liberación como la fe de los oprimidos. Además de Arroyo, el teólogo reconocía las conversaciones con intelectuales como Raúl Urzúa Frademann, el politólogo de Friburgo Norbert Lechner y el sociólogo de Münster, Dankwart Danckwerts. Estos libros representaron una de las expresiones más nítidas del diálogo de la

seducción, 89). Se destacaron figuras como las de Rafael Agustín Gumucio, Jacques Chonchol, Julio Silva Solar y Rodrigo Ambrosio.

[51] El ILADES fue fundado en el año 1965. Su creación obedeció a la sociabilidad de la cuarta sesión del Concilio Vaticano II, donde se reunieron el cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez; Manuel Larraín -quien entonces presidía el CELAM- y el jesuita Pierre Bigó. Se acordó un convenio mediante el cual la Iglesia de Santiago de Chile debía construir un Instituto destinado a elaborar, enseñar y difundir la Doctrina Social de la Iglesia dirigido por el Centro Bellarmino. Aunque el diálogo con las ciencias sociales fue promovido desde los aspectos esenciales del socialcristianismo, no se menguó la posibilidad de ir más allá. Hacia los inicios de la década de 1970, brillarían algunos seminarios destinados a la TDL, al humanismo marxista y a la lectura de El Capital de Marx (López, *ILADES: Testimonio de una historia*).

[52] Hidalgo – Capitán y Cubillo-Guevara, "Franz Hinkelammert (1931-2023)", 222–223.

[53] Díaz de Valdés Herrera, *Bendecir la revolución*.

TDL con las ciencias sociales. Economía y teología al servicio de la edición y la liberación.

Existe un vacío de información respecto a los otros dos libros que integraban la colección. El primero es *Revolución social a través de la reforma agraria* (ca. década de 1960) de Gonzalo Arroyo, cuya fecha de publicación no ha sido precisada. Se infiere que este libro fue resultado de una prolongada discusión teórica y práctica en torno a la reforma agraria, temática sobre la cual el jesuita venía escribiendo desde al menos 1962 como redactor de la revista *Mensaje*[54]. Un caso similar tenemos en *Conciencia obrera y enajenación religiosa* (ca. década de 1960) de los sociólogos europeos Armand Mattelart y Christian Lalive D' Epinay. Ambos estaban de paso formativo por el país y frecuentaban las páginas del CEREN como intelectuales de izquierda[55]. La relevancia teológica vendría de Lalive D' Epinay, quien indagaba en la irrupción popular del protestantismo chileno con el auspicio de la Comunidad Teológica Evangélica de Chile. José Míguez Bonino, teólogo metodista y rector de la Facultad Evangélica de Teología de Buenos Aires, tendría una gran impresión de su trabajo como pesquisa de las relaciones entre evangelio, Iglesia y sociedad en América Latina[56]. Un lazo trasandino y transatlántico de lectura y comunicación.

Sin embargo, el ascenso teológico de *Nueva Universidad* provendría de *Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina* (1973). El trabajo había sido presentado previamente por Ronaldo Muñoz, profesor de la Facultad de Teología, como memoria para obtener su doctorado en la Universidad de Ratisbona. Fue dedicado a Pablo Fontaine, Manuel Ossa y Norbert Schiffers, quien fuera su profesor guía, catedrático de Teología Fundamental y reconocido por acoger habitualmente a estudiantes latinoamericanos[57]. El autor pretendía sistematizar y analizar la totalidad de la literatura teológico-revolucionaria del continente. Una extraña y original dualidad entre libro y archivo. Para Bernardino Piñera, quien era obispo de Temuco y miembro del Comité Permanente del Episcopado Chileno, la tarea había sido cumplida con prolijidad y fervor revolucionario. Una opinión similar esgrimió el teólogo de la

[54] Díaz de Valdés Herrera, *Bendecir la revolución*, 123.
[55] Moyano y Lozoya, "Intelectuales de izquierda".
[56] Lalive d'Epinay, *El refugio de las masas*, 274.
[57] Groß, "Historia de la cátedra".

fenomenología Bernhard Welte, catedrático de Teología Fundamental en la Universidad de Friburgo[58]. El libro delineaba una cartografía intelectual de la insurgencia teológica latinoamericana en diálogo con los signos de su tiempo. Uno de los tantos artefactos que ardieron en la hoguera cultural de la dictadura de Pinochet.

De tal manera que la reflexión teológica de la PUC fue reflejo de los cambios y transformaciones estructurales tanto en el sistema universitario chileno como en la cultura del país hacia fines de los largos años sesenta. Hacia los inicios de la década, la universidad todavía era la institución más representativa de los intelectuales católicos conservadores. Aún primaban algunas de las lógicas familiares, espirituales e ideológicas propias de la aristocracia decimonónica en la configuración de sus cúpulas administrativas y epistemológicas. Este retrato palidecería hacia los inicios de los años setenta. Las corrientes cristianas renovadoras y revolucionarias aparecieron como una fuerza nacional en tanto el tradicionalismo resultó sobrepasado y marginado por su incapacidad para comprender las nuevas dinámicas de la sociedad[59]. Sus directrices, académicos y estudiantes asistieron al fermento de una renovación universitaria que rompía con su pasado. La producción editorial testificaba como su brazo letrado.

El Centro de Estudios y Publicaciones

Perú ocupaba un lugar privilegiado en este campo. El *Centro de Estudios y Publicaciones* (CEP) fue creado en Lima en 1970 como una plataforma editorial para intelectuales y agentes cristianos afines a la construcción de una sociedad más justa[60]. Su público objetivo eran los líderes sociales y eclesiales, extendiendo una función de retroalimentación y militancia práctica que apostaba por la denuncia de la opresión. Esta visión editorial lo consolidó como referente de la TDL, generando redes librescas de formación y acción teológica en la plenitud del proceso revolucionario de reorganización nacional liderado por Juan Velasco Alvarado.

Fue fundado por el teólogo limeño Gustavo Gutiérrez. El intelectual había participado de Medellín como consultor experto. A

[58] Silva Soler, "Algunos rasgos de la ontología".
[59] Brunner, *Universidad Católica y cultura*.
[60] "Quienes somos".

la vez que se encargaba de una parroquia en la barriada de Rímac, hacía clases en la Facultad de Teología y el Programa de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Lima. Dictaba un curso sobre José Carlos Mariátegui, pasión revolucionaria alimentada por su larga amistad con el hijo del pensador, Javier Mariátegui, y su compañera de vida Anna Chiappe, fundadora de la editorial *Amauta*. La cátedra dialogaba con la obra clásica de Marx, Engels y Lenin, pero también con el anarquismo de González Prada y Flores Magón, el socialismo científico y el positivismo de José Ingenieros y Juan B. Justo y la relevancia teórica y militante de Aníbal Ponce y Luis Emilio Recabarren. Algunos de sus alumnos fueron Alberto Flores Galindo y el militante de la Vanguardia Revolucionaria, Javier Diez Canseco. El corpus era temerario para un profesor profundamente respetuoso de la jerarquía católica[61].

El catálogo del CEP fue coherente con esta disposición teórica. El sello reeditó *Pastoral y liberación humana* (1970) de Carlos Álvarez – Calderón, libro que había sido originalmente publicado por el IPLA apenas un año antes. También ofreció títulos como *Obispos, militantes y socialismo* (1972), *¿Una izquierda cristiana?* (1972) y *Signos de liberación: testimonios de la Iglesia en América Latina (1968 – 1973)* (1973). Estos fueron presentados como libros de autoría editorial. No obstante, se infiere que Gutiérrez desempeñó un papel central en sus orientaciones intelectuales a raíz de la coherencia temática de sus contenidos. Algo similar ocurrió con *Justicia y explotación en la tradición cristiana antigua* (1973). Sin embargo, en este caso se hizo explícita la colaboración del teólogo belga Johan Leuridan, catedrático de la Universidad de San Martín de Porres, en calidad de compilador.

Uno de los hitos más relevantes del sello fue la publicación de las *Declaraciones del movimiento sacerdotal ONIS* (1970). La sigla correspondía a la Oficina Nacional de Información Sacerdotal, un movimiento clerical inspirado por el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín. De fuerte amistad con otros grupos como los Sacerdotes para el Tercer Mundo en Argentina, Golconda en Colombia, Los Ochenta en Chile y los Sacerdotes por el Pueblo en México, este movimiento radicalizaba la doctrina social de la Iglesia mostrando una labor pastoral orientada hacia la justicia social[62]. Pero

[61] "Gustavo Gutiérrez".

[62] Ramírez Aguilar, "Movimiento Sacerdotal Onis", 131.

a diferencia de algunos, siempre mantuvieron una relación cordial con el obispado y el cardenal Landázuri. Sus declaraciones dialogaban con la Iglesia peruana, mientras que las acusaciones sobre desviacionismo doctrinal provenían de sectores conservadores. Gutiérrez promovía su difusión como expresión peruana de la transformación eclesial.

Entre los integrantes del movimiento se encontraba Alejandro Cussianovich, teólogo salesiano y profesor de educación primaria. El *CEP* publicaría dos de sus libros: *Liberación en una evangelización concientizadora: JOC* (1970) y *Nos ha liberado* (1972). El primero abordaba a la Juventud Obrera Católica como una de las organizaciones clave para la promoción popular en una etapa sumamente eclesial de la ONIS entre 1968 y 1971. El segundo tendría mayor impacto al reorganizar y adaptar las ideas centrales de la TDL para la clase obrera en una etapa de la ONIS caracterizada por la radicalización política entre 1971 y 1975[63]. El desfase temporal en la publicación de ambos libros evidenciaba esa transición. Insistiendo en el socialismo como horizonte histórico, el *CEP* se sumaba a las filas del cristianismo revolucionario a medida profundizaba su relación con el marxismo.

El propio Gutiérrez también formaba parte de la ONIS. En su sello publicaría *Líneas pastorales de la Iglesia en América Latina* (1970) como extensión de su itinerario intelectual hacia fines de los años sesenta. Pero rompería el panorama teológico mundial con *Teología de la liberación: perspectivas* (1971). Los primeros pasos de este libro se habían dado antes de Medellín. En julio de 1968, durante un encuentro nacional de la ONIS en Chimbote, el teólogo había presentado la ponencia *Hacia una teología de la liberación*[64]. Esta obra marcaba la consolidación de la TDL como punto de llegada de una teología en desarrollo. Era la teología de la Iglesia posconciliar y de las CEB en el ámbito de la pastoral popular. A diferencia de otras corrientes teológicas fundadas por una figura central, el libro redistribuía su autoría en una comunidad cristiana pretérita.

Obtuvo inmediata circulación transnacional. El libro fue reeditado en 1972 por *Sígueme*, una editorial española en proceso de consolidación dentro de la difusión del pensamiento teológico

[63] Ramírez Aguilar, "Movimiento Sacerdotal Onis", 141.
[64] Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 14.ª ed., 10.

crítico europeo y su diálogo con la emancipación latinoamericana[65]. Lo mismo hizo la editorial brasileña de la Orden de San Francisco, *Vozes*, presentando el libro al público de habla portuguesa en 1975[66]. La ampliación editorial al mundo de habla inglesa vino de la mano de *Orbis Books Maryknoll* de Nueva York. El sello había sido fundado en 1970 por el sacerdote sandinista Miguel d'Escoto y el editor estadounidense Philip Scharper. Tradujo la obra de numerosos teólogos latinoamericanos, haciéndolas accesibles a un público que no leía ni en español ni en portugués[67]. *A Theology of liberation* (1973) fue uno de sus mayores éxitos y recibió valoraciones positivas de teólogos como el jesuita Avery Robert Dulles, el presbiteriano Robert McAfee Brown y el decano del Seminario Teológico de la Unión, C. Ellis Nelson. Una fiebre anglosajona por la obra de Gutiérrez que llegaba demasiado lejos y expandía formidablemente su campo de influencia como el estandarte por excelencia de la TDL.

Se podría estar de acuerdo con que el CEP fue la trinchera editorial de la ONIS. En torno a las reflexiones sobre la confluencia sostenida por líderes, agrupaciones y administraciones editoriales, el movimiento sacerdotal no prescindió de la elaboración y venta de libros en su repertorio de estrategias ideológicas. Mientras adoptaba el marxismo como el método sociológico, se sumaba a la cultura de izquierda mediante una trama intensa de relaciones sociales y materiales bajo dinámicas institucionales, intelectuales, editoriales, librescas, teóricas, militantes y mercantiles[68]. Una cultura contrahegemónica de avanzada cristiano – marxista que permeó la ideología del Perú hacia finales de los largos años sesenta. Pero también del cristianismo en el resto de América Latina y el mundo. Es la ONIS y la TDL en el centro de la coyuntura teológica local y global.

Tierra Nueva

El campo editorial de la TDL no solo se irguió desde la trinchera católica. El protestantismo también desempeñó un papel

[65] Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 1.ª ed.
[66] Gutiérrez, *Teología da libertação*.
[67] Devés, "La circulación de las ideas", 28.
[68] Tarcus, *Edición y revolución*, 43.

clave en su configuración desde sus tradiciones eclesiales. *Tierra Nueva* fue el exponente de habla hispana más importante. Había sido fundado en Montevideo en el año 1969 como una editorial de la izquierda protestante en el marco de un agrupamiento político – religioso llamado Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL)[69]. Buscó interpelar a lectores interesados en los vínculos entre fe y política para la transformación de la realidad. Un intento del cristianismo uruguayo por articular una respuesta progresista en medio de una grave crisis política, económica y social marcada por el ascenso de las luchas populares y el autoritarismo estatal[70].

La editorial estuvo encabezada por Julio Barreiro, abogado metodista. Se había recibido como doctor en derecho y ciencias sociales en el año 1963, pero no ejerció su profesión salvo en algunas ocasiones. Obtuvo su formación posgradual en La Sorbona entre los años 1964 y 1966, donde participó de seminarios dictados por profesores como el teólogo André Dumas, el filósofo Paul Ricoeur y los politólogos Raymond Aron y Maurice Duverger. Sin embargo, el mayor regocijo intelectual provendría de su investigación sobre las relaciones entre marxismo y cristianismo bajo la tutela del teólogo jesuita Jean – Yves Calvez[71]. Esta vería la luz como *La sociedad justa según Marx* (1968) en el sello del intelectual venezolano Simón Alberto Consalvi, *Monte Ávila Editores*. En su regreso al Uruguay, Barreiro fue un activo agente universitario y participó de los debates en torno a la creación del Frente Amplio en 1971. Como consecuencia, fue vigilado y encarcelado, hasta que fue exiliado con la concreción del golpe de Estado de 1973[72].

---

[69] ISAL se constituyó como un colectivo político y religioso entre 1961 y 1975. Supo articular a la teología protestante del momento con la cuestión política y el pensamiento de izquierda mediante una intensa labor formativa y editorial. Aunque su núcleo principal se encontraba en Montevideo, funcionaba como una red transnacional en el ámbito continental como en el global. Mantuvo una estrecha vinculación con el Consejo Mundial de Iglesias, desde donde recibió impulso y apoyo para su desarrollo (Brugaletta, "Cristianismo y Sociedad (1963-1973)", 241). Entre sus filas se encontraban intelectuales como Julio de Santa Ana, Emilio Castro, Hiber Conteris, Luis Odell, el propio Barreiro, Mauricio López, José Míguez Bonino, Rubem Alves, Waldo César, Hugo Assmann, Gerardo Pet, Pedro Negre Rigol, Richard Shaull, Fernando Augusto Arlt y Christian Lalive D'Epinay.

[70] Brugaletta, "Tierra Nueva (1969-1985)", 2.

[71] Brugaletta, "Julio Barreiro", 118.

[72] Brugaletta, "Tierra Nueva (1969-1985)", 60.

El catálogo de *Tierra Nueva* mantendría estrecha relación con este itinerario. Como integrante de la *Biblioteca Mayor*, se publicaría *Religión: ¿opio o instrumento de liberación?* (1970) del teólogo brasileño Rubem Alves. El libro era resultado de su tesis doctoral en la Facultad de Teología de la Universidad de Princeton, defendida hacia mediados de 1968[73]. Fue prologado por Míguez Bonino, quien veía en sus letras una obertura científica de la teología latinoamericana. La publicación de *Opresión – liberación: desafío de los cristianos* (1971) de Hugo Assmann caminaría por el mismo carril cual rostro importante del cristianismo revolucionario en América Latina. El autor escribía desde el exilio por gracia del Golpe de Estado en Brasil de 1964. El Uruguay del Consejo Nacional de Gobierno y el Chile de la Unidad Popular fueron sus receptores. Ambas figuras se encontraban en *Tierra Nueva* como intelectuales orgánicos de la TDL.

Dos libros colectivos buscarían maximizar esta sociabilidad teológica. *De la Iglesia y la sociedad* (1971) reunió a importantes referentes del protestantismo latinoamericano y global. Se trataba de un libro en homenaje al uruguayo Luis Odell, eminencia teológica del ISAL. Además de Alves y Barreiro, figuraban autores como el sociólogo y teólogo revolucionario de Princeton, Richard Shaull; el teólogo antiimperialista uruguayo Mauricio López[74]; el director continental del ISAL y alumno de Shaull, Julio de Santa Ana; y el teólogo de la Revolución Cubana, Sergio Arce Martínez. La inclusión de este último obedecía a la necesidad de contar con un referente del exitoso foco revolucionario. Arce cumplía con ese papel. Algunos años antes, había publicado *La misión de la Iglesia en una sociedad socialista* (1965) en La Habana como fruto de las discusiones desarrolladas en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

Pueblo oprimido, señor de la historia (1972) fue el segundo. Como libro de la *Biblioteca Iglesia y Sociedad*, fue más allá de la teología protestante. Además de Assmann, Santa Ana y Míguez Bonino, contó con la colaboración de teólogos como los chilenos Pablo Richard y Sergio Torres, quienes formaban parte del movimiento Cristianos por el Socialismo – Ex grupo de Los Ochenta[75]; los

[73] Dussel, *Teología de la liberación*, 96.
[74] Paredes, "Los escritos de Mauricio".
[75] Ramminger, *Éramos iglesia… en medio*.

colombianos del grupo sacerdotal y revolucionario Golconda, Noel Olaya y René García[76]; el dominico francés Paul Blanquart, rostro importante del diálogo entre cristianos y marxistas; y el sociólogo Orlando Fals Borda, fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia junto a Camilo Torres. Ambos volúmenes pretendían cartografiar un alzamiento intelectual entre fe y revolución más allá del catolicismo como única vía.

La presencia de obras de André Dumas y Josef Hromádka fue novedosa para la época. Era evidente que la publicación de *Ideología y fe* (1970) del teólogo francés estaba ligada a la experiencia de Barreiro como su alumno en Paris. Dumas fue uno de los teólogos protestantes que más indagó en las relaciones entre cristianismo y marxismo. Quizá la publicación de *El evangelio para los ateos* (1970) del teólogo checo haya sorprendido a más de algún lector. De modesto impacto en América Latina, Hromadka era destacado por algunos como uno de los principales promotores del diálogo entre cristianos y marxistas[77]. Comblin, le otorgaría el puesto de primer protagonista de esta relación en su *Teología de la revolución* (1973). A pesar de ello, ambos teólogos fueron los reformados qué más influyeron en los círculos evangélicos de América Latina. *Tierra Nueva* los recuperaba y los incrustaba dentro de una época revolucionaria para el país y la región.

La producción editorial de *Tierra Nueva* obtuvo lugar en un país caracterizado por una posición laica beligerante. El temprano proceso de secularización que inició con la carta magna de 1919 primó durante todo el siglo XX mediante la privatización cultural de lo religioso[78]. Por consiguiente, el ISAL y su brazo editorial fueron elementos ubicados en las antípodas. En un intento por desprivatizar la fe hacia las agendas ideológicas de la izquierda, *Tierra Nueva* negó la negación de la religión en un país donde la marginación de la fe de los espacios públicos había sido relato identitario preponderante[79]. Para homologar las palabras de un famoso libro de Thomas Luckmann, si bien el proceso de modernización renegó de la creencia como expresión política, aquello no significó la *invisibilización de la religión*. El catálogo de *Tierra*

[76] Calvo y Parra, *Medellín (Rojo) 1968*, 138.
[77] Castillo Lagarrigue, *Iglesia liberadora y política*, 175.
[78] Soterio, "Secularización y desprivatización religiosa".
[79] Da Costa, "El fenómeno de la laicidad".

Nueva fue una de las tantas formas de volver a erigir una teología cristiana y liberadora preocupada por lo social.

Ediciones Carlos Lohlé

Pero no toda la producción editorial tuvo lazos con instituciones religiosas. *Ediciones Carlos Lohlé* se movió por fuera de las murallas eclesiales. Fue fundado en Buenos Aires hacia los inicios de la década de 1960 por Carlos Lohlé, editor neerlandés que se había formado en el Instituto Teológico – Social de la Universidad de Nimega y que había aprendido el oficio de anticuario durante sus tiempos libres. Lohlé había llegado a trabajar en un alto cargo dentro de la editorial bilbaína *Desclée de Brouwer,* especializada en la promoción del humanismo cristiano. Pero tras una gran desilusión a raíz de la publicación de un polémico libro que ninguno de los departamentos del sello había leído, renunció para crear una editorial responsable con sus lectores[80]. Como editor, supo construir un exigente catálogo que abarcó temas relacionados con la filosofía, la literatura y el pensamiento social. Pero sobre todo se destacó por su rol en la difusión temprana de la TDL. Prontamente, su sello se convirtió en un refugio editorial para teólogos liberacionistas.

Entre ellos se encontraba Juan Luis Segundo. Era un jesuita uruguayo que se había formado en filosofía en Argentina, teología en Bélgica y letras en Francia. Hacia fines de 1960, Segundo era director del centro montevideano de investigaciones socio – religiosas Diego Fabro y colaborador del Departamento de Pastoral del CELAM como experto en eclesiología. Mediante la gestión de Lohlé, publicó los 5 tomos de su *Teología para el laico adulto* (1968 – 1974). Estos fueron impresos en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu, editor vasco que había migrado hacia Argentina a principios del siglo XX y que era abuelo de Horacio de Amorrortu, quien fundó *Amorrortu Editores* en 1967. También publicó *De la sociedad a la teología* (1970), un ensayo "apasionadamente latinoamericano" sobre los debates cristianos del continente. Fue incluido en la colección *Cuadernos Latinoamericanos*, un espacio clave para la difusión de literatura de compromiso social.

[80] C. Lohlé, *Presencias y experiencias*.

Ernesto Cardenal fue otro de los teólogos que optó por el latinoamericanismo de Lohlé. El autor estaba comprometido con la avanzada revolucionaria en Nicaragua desde mediados de la década de 1950. En 1965 se ordenó sacerdote y al año siguiente comenzó la construcción de la comunidad anticapitalista de Solentiname, comprendiendo al marxismo como el método revolucionario para edificar el Reino de Dios en la Tierra[81]. Los libros publicados en el sello atestiguaban su itinerario. *Salmos* (1969) fue el primero de los *Cuadernos Latinoamericanos*. Le siguió *Vida en el Amor* (1970) como el tercer libro de la colección y prologado por Thomas Merton, maestro de Cardenal en su tiempo dentro de la Orden de la Trapa en la Abadía de Nuestra Señora de Gethsemany, Kentucky, entre 1957 y 1959. Su *Oráculo sobre Managua* (1973) fue otra de las obras editadas. Pero fue *En Cuba* (1972) el libro que lo llevó a ser uno de los poetas más vendidos y leídos en el continente[82]. Se trataba de un relato de su viaje por la isla, donde dialogó con Fidel Castro y se convirtió a la revolución. Esta publicación llevó a que Solentiname fuera vigilada por el Estado nicaragüense y que la poesía de Cardenal fuera prohibida en el país. Un fragmento no menor de la semilla sandinista.

La publicación de la obra de Arturo Paoli fue inusitada. El sacerdote italiano había llegado a la Argentina en el año 1959 con el objetivo de fundar una fraternidad latinoamericana comprometida con la promoción social. Se había instalado en los márgenes del Fortín Olmos, comuna ubicada hacia el norte de Buenos Aires. Aquí impulsó un trabajo de organización popular y de atención de múltiples necesidades, desarrollando una reflexión teológica que también llegó a conocerse en Italia[83]. Lohlé inició prontamente los preparativos para la publicación de sus *Diálogos de liberación* (1970). A juicio del editor, este libro no era sobre la revolución o la violencia. Pero sí se trataba de un libro revolucionario como consecuencia de que la motivación profunda de la revolución era esencialmente evangélica. De esta manera, el sello editorial adscribía al diálogo teológico centro – periferia. Y si bien priorizaba la centralidad de los autores latinoamericanos, no renegaba de los autores "latinoamericanizados". El editor provenía de caminos similares.

---

[81] Girardi, *Sandinismo, cristianismo, marxismo*, 333.
[82] Cardenal, *La santidad de la revolución*, 13.
[83] Costadoat, "Reseña de Approdo", 286.

Carlos Lohlé no fue un marxista. Su figura coincide mejor con los empresarios editoriales de Robert Darnton[84]. Aunque no guiado por un criterio exclusivamente mercantilista, sino también por el liberacionismo como compañero de ruta. Al igual que figuras como Orfila Reynal, el editor neerlandés se mantuvo en la balanza conformada por las motivaciones ideológicas y los logros en el mercado del capitalismo editorial de América Latina[85]. Pensaba que el libro debía penetrar en el alma y el espíritu del pueblo con un pie en la artesanía y el otro en la industria cultural. Pues el beneficio de tal artefacto no radicaba en su éxito comercial, sino en su capacidad para hacer al lector detenerse y reencontrarse con lo humano como fuente de vida, formación personal y memoria de la experiencia humana[86]. La TDL coincidía con estas exigencias desde lo más profundo del evangelio como una tarea de unidad terrenal y trascendental.

Conclusiones

El campo editorial de la TDL entre 1968 y 1973 se conformó como espacio transnacional a raíz de la elaboración y circulación de libros que canalizaron un ideario religioso con vocación revolucionaria. De la mano de la consolidación de una red de sociabilidad intelectual teológico – liberadora de escala continental, desbordó los marcos eclesiales tradicionales a medida articuló vínculos afectivos, teóricos y políticos entre diversos agentes comprometidos con las problemáticas regionales. El tejido social detrás de las editoriales y los libros evidenció que la palabra impresa no solo transmitió ideas, sino que fue capaz de articular sentidos compartidos en la configuración de una esfera de acción colectiva, cristiana y emancipadora. Muchos encontraron posibilidad material para articular su fe y su lucha mediante la fragua de tal campo y la centralidad de la palabra impresa. Se trató del circuito latinoamericano de comunicaciones conformado por las editoriales, las instituciones, los autores y la buena nueva de los libros de teología.

---

[84] Darnton, *El negoció de la Ilustración*, 4.
[85] Sorá, "Arnaldo Orfila como empresario", 23.
[86] M. Lohlé, "Preocupaciones de un pequeño".

Nuestra aproximación amplió la historia intelectual de la TDL en América Latina mediante un giro hacia sus condiciones materiales de emergencia y circulación. Al concentrarnos en las editoriales como los nodos fundamentales de la producción, mediación y sociabilidad transnacional, logramos identificar a los intelectuales teológico – liberadores no solo como productores de ideas, sino que también como agentes insertos en redes concretas y vívidas que sostuvieron el andamiaje de la corriente religiosa. Más allá de que nuestro corpus de fuentes delate su carácter parcial, se vislumbra una amplia temática por problematizar. Este examen de catálogos, circuitos editoriales y artefactos impresos ofrece una mirada novedosa frente a los estudios preexistentes, tradicionalmente enfocados en los aspectos discursivos de la TDL.

Aunque el catolicismo condicionaría la configuración del campo editorial de manera estructural, este fue más allá de las murallas del Vaticano. Buena parte del campo fue alimentado por teólogos ligados al episcopado latinoamericano. Intelectuales como Gustavo Gutiérrez, Gonzalo Arroyo, Enrique Dussel y Joseph Comblin dieron testimonio de ello. Pero también fue relevante la participación de sellos editoriales y teólogos protestantes. *Tierra Nueva* se inscribió en esta trinchera. Teólogos como José Míguez Bonino, Rubem Alves, Julio de Santa Ana y Mauricio López enriquecieron el pluralismo teológico – liberador. El diálogo de católicos y protestantes fue de vital importancia para la empresa regional de establecimiento editorial, estando lejos de ensimismarse como dos formas históricas de comprender el cristianismo.

No fue menor el papel de las instituciones cristianas. El amparo y patrocinio de las editoriales y sus autores provino en variadas ocasiones de las jerarquías eclesiales o de agentes adyacentes mediante la construcción de think tanks o la reorientación de las dinámicas académico – universitarias. El ejemplo más claro fue el CELAM como representación del obispado en América Latina. El IPLA y la Pontificia Universidad Católica de Chile fueron instituciones contiguas, aunque con sus propias dinámicas internas. Aquello no reniega de la existencia de las editoriales en el mercado, tales como *Bonum*, *Tierra Nueva* y *Carlos Lohlé*, sino que amplía los debates sobre los puntos de encuentro entre ambas expresiones del tejido socio-libresco de la TDL.

Interesante fue la elaboración de libros teológico-liberadores de autoría colectiva. La riqueza de estos impresos recayó en la reunión de múltiples voces, perspectivas e itinerarios intelectuales en torno a un tema en común, permitiendo complejizar la mirada y abarcar dimensiones que difícilmente podrían ser abordadas desde la autoría individual. Libros como *De la Iglesia y la sociedad* (1971), *Pueblo oprimido, señor de la historia* (1972), *Fe y secularización en América Latina* (1972) y *Comunidad de base y prospectiva pastoral en América Latina* (1972) irradiaron formas colaborativas de producción teológica en las que la diversidad de autores encarnaba el carácter comunitario y dialógico de la TDL. Estas obras no solo condensaron pensamientos, sino que también pusieron en práctica los principios de articulación colectiva que promovían. Retratos transnacionales impresos de la red de sociabilidad intelectual en cuestión.

Se proyecta el estudio de las editoriales pesquisadas en su individualidad. Reconocemos en la historia transnacional un intento por englobar estas experiencias teológicas en un proceso histórico en común. Compartiendo autores y libros, el campo editorial se alimentó desde las más diversas latitudes. No obstante, aquello deja muchas lagunas historiográficas. Si bien captamos algunos de los flujos y conexiones autorales entre las editoriales del campo teológico – liberador latinoamericano, aquello diluye las especificidades locales, los proyectos particulares de cada sello, sus trayectorias concretas y los condicionamientos culturales, políticos y económicos que les dieron forma. Esto en honor a comprender la heterogeneidad de sentidos que animaron a la producción de libros de teología en América Latina tras la Conferencia Episcopal de Medellín.

De igual manera proyectamos el estudio de las editoriales relacionadas con la difusión de la TDL en otros idiomas. Aquí nos hemos concentrado únicamente en algunas de las editoriales de habla hispana. Aunque hemos ofrecido algunas pistas sobre otras lenguas. La editorial *Orbis Books* y el sello *Vozes* como agentes de producción de libros de teología en inglés y en portugués. Aquello obliga a pensar la circulación y difusión de la TDL más allá de América Latina. Esta corriente no solo viajó por el sur del mundo. También logró insertarse en debates teológicos globales, resonando en comunidades cristianas de distintos continentes y sus respectivos

países. Es la TDL como corriente inscrita en la historia mundial del cristianismo y el diálogo interreligioso.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Álvarez - Calderón, Carlos. *Pastoral y liberación humana*. IPLA, 1969.

Álvarez - Calderón, Carlos. *Pastoral y liberación humana*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1970.

Alves, Rubem. *Religión: ¿opio o instrumento de liberación?* Tierra Nueva, 1970.

Alves, Rubem, Julio Barreiro, Richard Shaull, Mauricio López, Julio de Santa Ana y Sergio Arce Martínez. *De la Iglesia y la sociedad*. Tierra Nueva, 1971.

Arroyo, Gonzalo. *Revolución social a través de la reforma agraria*. Nueva Universidad, [ca. década de 1960].

Assmann, Hugo. *Opresión – liberación: desafío de los cristianos*. Tierra Nueva, 1971.

Assmann, Hugo, Julio de Santa Ana, José Míguez Bonino, et al. *Pueblo oprimido, señor de la historia*. Tierra Nueva, 1972.

Câmara, Dom Helder. *Universidad y revolución*. Nueva Universidad, 1969.

Cardenal, Ernesto. *En Cuba*. Ediciones Carlos Lohlé, 1972.

Cardenal, Ernesto. *Oráculo sobre Managua*. Ediciones Carlos Lohlé, 1973.

Cardenal, Ernesto. *Salmos*. Ediciones Carlos Lohlé, 1969.

Cardenal, Ernesto. *Vida en el amor*. Ediciones Carlos Lohlé, 1970.

Comblin, Joseph. *Cristianismo y desarrollo*. IPLA, 1970.

Comblin, Joseph, Jaime Díaz, Mónica González, José Marins, Mario Arroyo y Edgard Beltrán. *Comunidad de base y prospectiva pastoral en América Latina*. IPLA, 1972.

Comblin, Joseph, Estuardo Arellano y Segundo Galilea. *Fe y secularización en América Latina*. IPLA, 1972.

Cussianovich, Alejandro. *Liberación en una evangelización concientizadora: JOC*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1970.

Cussianovich, Alejandro. *Nos ha liberado*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1972.

Dumas, André. *Ideología y fe*. Tierra Nueva, 1970.

Dussel, Enrique. *América Latina y conciencia cristiana*. IPLA, 1970.
Galilea, Segundo. *Introducción a la religiosidad latinoamericana*. IPLA, 1972.
Galilea, Segundo. *Reflexiones sobre la evangelización*. IPLA, 1970.
Galilea, Segundo, ed. *La vertiente política de la pastoral*. IPLA, 1970.
Galilea, Segundo, Mónica González y Aldo Büntig. *Catolicismo popular en América Latina*. IPLA, 1972.
Galilea, Segundo, y Mónica González. *Catolicismo popular*. IPLA, 1972.
Galilea, Segundo, y Mónica González. *Pastoral de santuarios*. IPLA, 1972.
Gutiérrez, Gustavo. *Líneas pastorales de la Iglesia en América Latina*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1970.
Gutiérrez, Gustavo. *Teología de la liberación: perspectivas*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1971.
Hinkelammert, Franz. *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia*. Nueva Universidad, 1970.
Hinkelammert, Franz. *El subdesarrollo latinoamericano*. Nueva Universidad, 1970.
Hromádka, Josef. *El evangelio para los ateos*. Tierra Nueva, 1970.
Justicia y explotación en la tradición cristiana antigua. Compilado por Johan Leuridan, Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1973.
Mattelart, Armand, y Christian Lalive D' Epinay. *Conciencia obrera y enajenación religiosa*. Nueva Universidad, [ca. década de 1960].
Muñoz, Ronaldo. *Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina*. Nueva Universidad, 1973.
Obispos, militantes y socialismo. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1972.
Oficina Nacional de Información Sacerdotal (ONIS). *Declaraciones del movimiento sacerdotal ONIS*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1970.
Paoli, Arturo. *Diálogos de liberación*. Ediciones Carlos Lohlé, 1970.
Segundo, Juan Luis. *De la sociedad a la teología*. Ediciones Carlos Lohlé, 1970.
Segundo, Juan Luis. *Teología para el laico adulto*. Ediciones Carlos Lohlé, 1968–1974. 5 vols.
Signos de liberación: testimonios de la Iglesia en América Latina (1968 - 1973). Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1973.

Smutko, Gregorio. *Evangelizadores laicos para América Latina*. IPLA, 1970.
¿Una izquierda cristiana? Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), 1972.
Vidales, Raúl. *La Iglesia latinoamericana y la política después de Medellín*. IPLA, 1972.

Bibliografía

Altamirano, Carlos. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Katz Editores, 2008.
Altamirano, Carlos. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI Editores, 2005.
Ares Mateos, Alberto. *Rutilio Grande, un profeta con su pueblo*. Centre de Pastoral Liturgica, 2023.
Arteño Ramos, Rómulo, Juan Illicachi Guzñay y Mery Elizabeth Zabala Machado. "Leonidas Proaño: ideas teológicas liberalizadoras en el desarrollo indígena". *Revista Boletín Redipe* 8, no. 12 (2019): 162–184.
Beigel, Fernanda. "Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana". *Utopía y Praxis Latinoamericana* 8, no. 20 (2003): 105–115.
Boff, Leonardo. *Teología desde el lugar del pobre*. Sal Terrae, 1986.
Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual*. Montressor, 2002.
Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, 2000.
Briceño, Laura. "Centros de estudios y red de influencia intelectual. El caso del Centro de Estudios Socioeconómico y Centro de Estudios de la Realidad Nacional (1965-1973)". *Revista Divergencia* 13, no. 23 (2024): 133–151.
Brugaletta, Federico. "*Cristianismo y Sociedad* (1963-1973). Protestantismo de izquierda en la historia reciente de América Latina". *Catedral Tomada* 6, no. 11 (2018): 236–263.
Brugaletta, Federico. "Julio Barreiro: trayectoria intelectual del editor protestante de Paulo Freire". *Políticas de la Memoria*, no. 22 (2022): 114–125.
Brugaletta, Federico. "Tierra Nueva (1969-1985): protestantismo de izquierda, edición y educación en la historia reciente de América Latina". Tesis de maestría en historia, Universidad Nacional de La Plata, 2019.

Brunner, José Joaquín. *Universidad Católica y cultura nacional en los años 60. Los intelectuales tradicionales y el movimiento estudiantil*. FLACSO, 1981.

Burke, Peter. *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929 – 1989*. Gedisa Editorial, 1999.

Calvo, Óscar, y Mayra Parra. *Medellín (Rojo) 1968*. Planeta, 2012.

Cardenal, Ernesto. *La santidad de la revolución*. Sígueme, 1978.

Carrier, Yves. *Teología práctica de la liberación en el Chile de Salvador Allende*. Ceibo, 2014.

Casali Fuentes, Aldo. "Reforma universitaria en Chile, 1967-1973. Pre-balance histórico de una experiencia frustrada". *Intus - Legere Historia* 5, no. 1 (2011): 81–101.

Castillo Lagarrigue, Fernando. *Iglesia liberadora y política*. Educación y Comunicaciones (ECO), 1986.

Chartier, Roger. *El orden de los libros*. Gedisa, 2017.

Comblin, José. *Teología de la revolución: teoría*. Desclée de Brouwer, 1973.

Costadoat, Jorge. "Reseña de *Approdo in America Latina. Lettere dall'Argentina* (1960–1969), de Arturo Paoli, editado por Silvia Scatena". *Teología y Vida* 64, no. 2 (2023): 285–289.

Da Costa, Néstor. "El fenómeno de la laicidad como elemento identitario. El caso uruguayo". *Civitas - Revista de Ciências Sociais* 11, no. 2 (2011): 207–220.

Darnton, Robert. *El negoció de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775 – 1800*. Fondo de Cultura Económica, 2006.

Darnton, Robert. "¿Qué es la historia del libro?" *Prismas – Revista de Historia Intelectual* 12, no. 2 (2008): 135–55.

Devés, Eduardo. "La circulación de las ideas, una conceptualización: el caso de la teología latinoamericana en Corea del Sur". *Revista Estudios Avanzados*, no. 25 (2016): 20–41.

Devés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II*. Editorial Biblios, 2003.

Devés, Eduardo. *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, 2010.

Devés, Eduardo. "La teología asiática de la liberación: un caso de recepción, apropiación y reelaboración de ideas". *Universum* 32, no. 1 (2017): 213–230.

Díaz de Valdés Herrera, Luz María. *Bendecir la revolución: cristianismo de izquierda en Chile, 1957–1973*. Ediciones UC, 2024.

Dosse, François. *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Publicacions de la Universitat de València, 2007.

Dussel, Enrique. *Historia de la iglesia en América Latina*. Ediciones Nueva Presencia, 1992.

Dussel, Enrique. *Itinerario de un militante: historia de la teología de la liberación*. Docencia, 2018.

Dussel, Enrique. *Teología de la liberación: un panorama de su desarrollo*. Potrerillos Editores, 1995.

Elizalde, Lydia. *Revistas culturales latinoamericanas 1960–2008*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos / Juan Pablos Editor, 2010.

Ellacuría, Ignacio, y Jon Sobrino, eds. *Mysterium liberationis: conceptos fundamentales de la teología de la liberación*. Editorial Trotta, 1990. 2 vols.

Fernández Labbé, Marcos. "'Ser uno de ellos': mundo popular, politización sacerdotal y acción política en Chile a fines de la década de 1960". *Itinerantes. Revista de Historia y Religión* 16 (2022): 31–53.

Gaona, Juan Carlos. "*Pensamiento Cristiano*: una vitrina a las relaciones de poder en el campo editorial evangélico latinoamericano (1953 – 1975)". *Hispania Sacra* LXXIV, no. 149 (2022): 299–311.

Giannini, Humberto. *Breve historia de la filosofía*. Catalonia, 2005.

Girardi, Giulio. *Marxism and christianity*. The Macmillan Company, 1968.

Girardi, Giulio. *Sandinismo, cristianismo, marxismo: la confluencia*. Centro Ecuménico Antonio Valdivieso, 1987.

González, Justo. *Historia del pensamiento cristiano hasta el siglo XXI. Edición actualizada y ampliada*. Editorial Clie, 2024.

González, Marcelo, y Luciano Maddonni. *La explosión liberacionista en la filosofía latinoamericana: aportes iniciales de Enrique Dussel y Juan Carlos Scannone, 1964-1972*. Pensamiento latinoamericano. Gabriel Andrés Kozel, 2020.

Groß, Anna. "Historia de la cátedra". *Universität Regensburg*, 15 de noviembre de 2024. https://www.uniregensburg.de/theologie/fundamentaltheologie/geschichte/index.html.

"Gustavo Gutiérrez y el pensamiento de José Carlos Mariátegui". *Archivo José Carlos Mariátegui*, 25 de noviembre de 2024. https://mariategui.org/2024/11/25/gustavo-gutierrez-y-el-pensamiento-de-jose-carlos-mariategui/.

Gutiérrez, Gustavo. *Teología da libertação: perspectivas*. Vozes, 1975.

Gutiérrez, Gustavo. *Teología de la liberación: perspectivas*. 1.ª ed. Sígueme, 1972.

Gutiérrez, Gustavo. *Teología de la liberación: perspectivas*. 14.ª ed., revisada y aumentada. Sígueme, 1990.

Hidalgo – Capitán, Antonio Luis, y Ana Patricia Cubillo-Guevara. "Franz Hinkelammert (1931-2023): biografía intelectual y contribuciones al pensamiento crítico latinoamericano desde una teología profana". *Revista Iberoamericana de Estudios de Desarrollo = Iberoamerican Journal of Development Studies* 13, no. 1 (2024): 214–239.

Hoornaert, Eduardo. *Nuevos desafíos para el cristianismo: la contribución de José Comblin*. Editorial DEI, 2012.

Horn, Gerd – Rainer. "La dimensión europea de la Teología de la Liberación". *Almogaren* 73 (2024): 17–36.

Krebs, Ricardo, María Angélica Muñoz y Patricio Valdivieso. *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Tomo II*. Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994.

Lalive d'Epinay, Christian. *El refugio de las masas: estudio sociológico del protestantismo chileno*. Editorial del Pacífico, 1968.

Lohlé, Carlos. *Presencias y experiencias*. Carlos Lohlé, 1986.

Lohlé, Miguel. "Preocupaciones de un pequeño gran editor". *Paisaje Protegido*, 14 de noviembre de 2014. https://www.paisajeprotegido.com.ar/carloslohle.html.

López, Francisco. *ILADES: Testimonio de una historia (1965 – 1998)*. UAH Ediciones, 2012.

Löwy, Michael. "El cristianismo de la liberación y la izquierda en Brasil". *Anuario IEHS* 24 (2009): 465–476.

Löwy, Michael. *Guerra de dioses: religión y política en América Latina*. Siglo XXI Editores, 1999.

Lozoya, Ivette. *Intelectuales y revolución: científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965–1973)*. Ariadna Ediciones, 2020.

Luckmann, Thomas. *La religión invisible*. Ediciones Sígueme, 1973.

Martínez, Alonso. "La teología de la liberación latinoamericana: repensando la forma de ser cristiano en el mundo". Tesis de

licenciatura en historia, Universidad de Santiago de Chile, 2023.

Melguizo Yepes, Guillermo. "El Instituto Teológico Pastoral (Itepal), 35 años al servicio de la reflexión teológica de América Latina". *Itepal* 35, no. 19 (2009): 351–365.

Mendoza-Álvarez, Carlos. "La teología de la liberación en México: recepción creativa del Concilio Vaticano II". *Theologica Xaveriana* 64, no. 177 (2014): 157–179.

Merino Beas, Patricio. "Homenaje a una vida y una obra: Segundo Galilea, discípulo y misionero de Jesucristo". *Itepal* 34, no. 135 (2008): 539–557.

Monroy, Juan. "El discurso de la 'teología de la liberación' en Guatemala". *Simposium Anual Internacional Científico Práctico. Discursología: metodología, teoría y práctica* (2016): 242–253.

Montaño Vélez, Carlos. "50 años de la Conferencia Episcopal de Medellín: un pretexto para volver a beber de su fuente". *Anales de Teología* 20, no. 2 (2018): 217–231.

Moulian, Tomás. *Campo cultural y partidos políticos en la década del sesenta*. FLACSO, 1992.

Moyano, Cristina. *MAPU o la seducción del poder y la juventud: Los años fundacionales del partido – mito de nuestra transición (1969 – 1973)*. UAH Ediciones, 2009.

Moyano, Cristina, e Ivette Lozoya. "Intelectuales de izquierda en Chile: ¿de la politización a la tecnocracia? Debates sobre la función política y el ser del intelectual entre 1960 y 1990". *Signos Históricos* 21, no. 41 (2019): 192–229.

Ñancupil, Simón. "Religión y política: impacto de la teología de la liberación en Chile". Tesis de licenciatura en historia, Universidad de Chile, 2018.

Oliveros Maqueos, Roberto. *Liberación y teología. Génesis y crecimiento de una reflexión (1966–1976)*. Centro de Estudios y Publicaciones, 1977.

Paredes, Héctor Alejandro. "Los escritos de Mauricio López en el extranjero (1955 y 1969)". *Fundamentos en Humanidades* 21, no. 1 (2010): 101–120.

Pleyers, Geoffrey. "François Houtart: una sociología de la liberación". *Mundos Plurales: Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública* 4, no. 2 (2017): 111–122.

"Quienes somos". *CEP*. Consultado el 4 de noviembre de 2026. https://cep.com.pe/quienes-somos/.

Ramírez Aguilar, Juan. "Movimiento Sacerdotal Onis: la iglesia en el Perú ante las demandas de justicia social (1968–1975)". *Phainomenon* 13, no. 1 (2014): 131–147.

Ramminger, Michael. *Éramos iglesia… en medio del pueblo: el legado de los Cristianos por el Socialismo en Chile, 1971–1973*. LOM Ediciones, 2019.

Ramos, Claudio. "Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de realidad social". *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, no. 66 (2014): 151–177.

Ramos, Claudio. *El ensamblaje de ciencia social y sociedad: conocimiento científico, gobierno de las conductas y producción de lo social*. UAH Ediciones, 2012.

Román, Viviana. "Políticas editoriales y peregrinaciones: una aproximación a los catálogos de empresas editoriales en Argentina (siglos XX y XXI)". *Sémata: Ciencias Sociais e Humanidades*, no. 33 (2022): 1–15.

Ropero, Alfonso. *Historia de la filosofía y su relación con la teología*. Editorial Clie, 2022.

Rosanvallon, Pierre. *Por una historia conceptual de lo político*. Fondo de Cultura Económica, 2003.

Salazar Quispe, Robert. "Expresiones de la teología de la liberación en Nicaragua: comunidad del barrio El Riguero". *Ciencia Latina: Revista Científica Multidisciplinar* 6, no. 3 (2022): 3706–3727.

Sarlo, Beatriz. "Intelectuales y revistas: razones de una práctica". *América: Cahiers du CRICCAL*, nos. 9-10 (1992): 9–16.

Saunier, Pierre-Yves. *La historia transnacional*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021.

Schnoor, Antje. *Santa desobediencia: Jesuitas entre democracia y dictadura en Chile, 1962-1983*. UAH Ediciones, 2019.

Silva, Sergio. "La teología de la liberación". *Teología y Vida* 50 (2009): 93–116.

Silva Soler, Joaquín. "Algunos rasgos de la ontología de la historia propuesta por Bernhard Welte y sus desafíos para la teología". *Teología y Vida* 52 (2011): 527–553.

Smith, Christian. *La teología de la liberación: radicalismo religioso y compromiso social*. Paidós, 1994.

Sorá, Gustavo. "Arnaldo Orfila como empresario socialista. Unidad y diferencias al interior de Siglo XXI, una editorial de izquierdas y exitosa en el espacio cultural iberoamericano". En *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX*, coordinado por Aimer Granados y Sebastián Rivera Mir, 21–44. El Colegio Mexiquense / Universidad Autónoma Metropolitana – Cuajimalpa, 2018.

Sorá, Gustavo. "Edición y política: guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60". *Revista del Museo de Antropología* 1, no. 1 (2008): 97–114.

Soterio, Martín. "Secularización y desprivatización religiosa en el Uruguay de la última década (2013-2023): ¿cambio de paradigma?" *Humanidades: revista de la Universidad de Montevideo*, no. 14 (2023): 81–114.

Tamayo-Acosta, Juan José. *Para comprender la teología de la liberación*. Editorial Verbo Divino, 1989.

Tarcus, Horacio. *Edición y revolución en Argentina*. Tren en Movimiento, 2023.

Tarcus, Horacio. *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Tren en movimiento, 2020.

Tobar, Boris. "La teología de la liberación en Ecuador: líderes, principios y estilos de iglesias". *Revista PUCE*, no. 102 (2016): 385–404.

Zanca, José. "Religión y cultura en la Santa Fe de los años 70. Aldo Büntig, entre la sociología y el compromiso". En *La política y la cultura bajo la lupa. Santa Fe, siglo XX – XXI*, compilado por Mariela Rubinzal, 123–149. Ediciones UNL, 2022.

Lom: una editorial contrahegemónica de la postdictadura chilena (1990-2003)[1]

Gabriel Bórquez Yáñez[2]

Introducción

Es relevante, siguiendo a Altamirano, plantear que el asunto elemental del cual se ocupa la historia intelectual es el "trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas"[3], en tanto *hechos de discursos*. Desde esta perspectiva, las significaciones "no se producen ni circulan en el vacío social"[4] abstracto, sin enraizamiento en una realidad social concreta. Es decir, nos conduce a un entendimiento del pensamiento y los bienes simbólicos como actividades prácticas situadas. Y si luego el mismo autor precisa que los hechos de discursos son fenómenos que "quedan fijados en diferentes tipos de soportes materiales"[5], le otorga una pertinencia investigativa particular al subcampo de estudios de la historia de la edición.

Aunque es cierto que la historia intelectual se puede llevar a cabo de múltiples formas, estas no son homologables. Si no existe un objeto, "lenguaje teórico o maneras de proceder que funcionen como modelos obligados"[6], el énfasis en el estudio de dichos soportes materiales supone "líneas de diferenciación con las perspectivas que tomaban como objeto de estudio a intelectuales, conceptos, aporías teóricas o ideas"[7] con alcance en la esfera pública.

[1] Capítulo vinculado a la investigación de la tesis del Magíster en Historia, la cual formó parte del Fondecyt, N°1230022, "La construcción social del tiempo en Chile: 2011–2021 y la disputa por la temporalización del presente. Izquierdas, feminismos y narrativas sociopolíticas", a cargo de la profesora Cristina Moyano.
[2] Magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Correo de contacto: gabriel.borquez@usach.cl / borquezgabriel90@gmail.com ORCID: 0009-0002-0543-8864
[3] Altamirano, *Para un programa*, 11.
[4] Altamirano, *Para un programa*, 12.
[5] Altamirano, *Para un programa*, 11.
[6] Altamirano, *Para un programa*, 13.
[7] Domínguez, "Politizar la sociedad", 12.

Ya en 2003, Dosse evaluaba el provechoso avance de la historia de la edición. Afirmaba que aquella "se ha convertido en un gran taller privilegiado de investigación sobre la historia intelectual" y que contaba con la característica de ser un campo "rico en investigaciones y en [poseer] una dimensión considerada"[8] en cuanto a su amplitud. En la década de 1990 se produjo entre los historiadores intelectuales el denominado *giro material*, traducido en un renovado interés por la "reconstrucción de comunidades intelectuales y editoriales"[9]; su propósito fue responder al modo de producción, difusión y recepción de los textos-materiales, los cuales antes eran considerados sólo como fuentes y no como objetos de estudio en sí mismos.

El giro material considera la importancia de los soportes materiales en la creación intelectual, situando, según Saferstein:

> "a las mediaciones que impone la edición como partes insoslayables de la producción intelectual, en tanto las formas materiales del libro y las ideas que portan son factores centrales a la hora de considerar la labor intelectual. […] los agentes intermediarios serán un punto de apoyo para aportar y comprender los procesos de producción, los modos de circulación, recepción y apropiación de las ideas a partir de la cultura impresa.[10]

Abordar históricamente los proyectos editoriales se transforma en un objetivo central a la hora de comprender por qué y cómo es que ciertas ideas adquieren reverberación pública. El trayecto que va desde el/la autor/a hacia el/la lector/a exige prestar atención a procesos tales como: la transformación intelectual de la obra original cuando es filtrada por el proceso de edición, la obtención de recursos y las redes intelectuales implicadas en el proyecto editorial, la plasmación de la obra en un objeto material mediando tecnologías y condiciones de producción/trabajo particulares, y los mecanismos de difusión a través de los cuales circula en ciertos espacios y no en otros. Se debe descifrar el conjunto de opciones, disyuntivas y decisiones que los diferentes agentes del circuito tomaron antes de

[8] Dosse, *La marcha de las ideas*, 165.
[9] Grafton, "La historia de las ideas", 144.
[10] Saferstein, "Entre los estudios", 142.

que el libro llegara a quien lo lee. Se trata de elementos constitutivos e integrales que explican el objeto libro a través de un particular proyecto editorial que le proporciona existencia y sentido.

En consecuencia, se trata de "atender a las condiciones sociales que permiten que […] [un agente intelectual o editorial] reúna capital necesario para formular visiones privilegiadas sobre el mundo"[11], inscritas en relaciones sociales que los legitiman y permiten que su creación intelectual-material genere discusión o se instale como problemática en la sociedad. El acto de editar puede ser definido "como una práctica social y cultural estratégica para observar la acción de grupos que intervienen sobre la esfera pública mediante distintas representaciones"[12]; práctica que, al ser estratégica, entra en un escenario que es directamente político —sobre todo en el caso de editoriales con un interés crítico de cambio social— a través de las decisiones editoriales en tanto "sujeto histórico y medio de difusión"[13].

Se ha planteado, en ese sentido, que las colecciones de una editorial se convierten en un objeto de estudio propiamente tal, en tanto poseen un carácter cultural y político. Según Bello, para dimensionar el sentido y alcance que una colección pudo tener, "es necesario considerar las misiones que le encomendaron sus creadores, pues a través de dichas representaciones de la colección podemos captar sus usos, es decir, cómo la tradujeron en prácticas"[14], pudiendo ser estas misiones de tipo educativo, de politización o de divulgación.

En concordancia con la línea editorial de Lom, las editoriales de las izquierdas presentan una estrecha relación entre pensamiento y política, ya que "las editoriales hacen política a través de sus publicaciones, dando énfasis a ciertos temas desde ciertas perspectivas y en determinados momentos"[15], que en las colecciones se ordenan bajo una lógica precisa de disposición. Por esto se vuelve necesario desentrañar los propósitos que están detrás de las colecciones, a partir de una lista de títulos en apariencia simple.

---

[11] Saferstein, "Edición y política", 26.
[12] Saferstein, "Edición y política", 23.
[13] Reyes, *Una historia de Ediciones*, 18.
[14] Bello, "Los libros de la nueva izquierda", 4.
[15] Reyes, *Una historia de Ediciones*, 20.

A su vez, la relación entre acto político y edición se complementa al prestar atención a la dimensión pragmática e interventora que posee cierta producción en ciencias sociales estudiada por Ramos, en virtud de su *potencial* performativo. Tal como afirma el autor, existe un tipo de productos denominados *narrativas interpretativas*, las cuales son "proveedora(s) de relatos que adquieren vida más allá de la ciencia"[16], pudiendo sustentar movimientos sociales u otros agentes de carácter colectivo en la construcción de sentidos y elaboración de discursos.

Se refiere a un "uso del saber científico como herramienta para la reflexividad social a fin de dar cuenta de los procesos sociales, de las nuevas configuracio-nes colectivas, de las transformaciones históricas, de los problemas o desafíos colectivos"[17]. El componente crítico de dichos relatos o narrativas interpretativas reside en que "pueden operar como fuerzas de resistencia y de lucha contra la guberna-mentalidad imperante, y que asumen deliberadamente ser un factor de inter-vención sobre la realidad social y de modificación de ella"[18]. Según Ramos, adquieren la forma de *líneas eje* o *leitmotivs* con capacidad de desplazamiento y circulación social, es decir, una forma de iterabilidad que opera vía una cadena de traducciones.

Alejándose de una concepción iluminista de las ideas, la teoría de la performatividad afirma que los posibles efectos de la ciencia social crítica operan a partir de todo un conjunto de encadenamientos y procesos pragmáticos. Más precisamente, sostiene que "la potencialidad performativa de la ciencia social descansa en, al menos, dos procesos o mecanismos básicos: en la constitución de ensamblajes agencia-les sociotécnicos y en la consolidación citacional"[19], siendo en este punto donde adquiere relevancia la actividad de una editorial crítica.

En efecto, una editorial puede ser entendida como un agenciamiento dentro de aquel ensamblaje sociotécnico que habilita su potencial fuerza performativa, dado que produce y hace circular ideas bajo una forma material, como son los libros. Estos objetos-libros juegan un rol clave porque operan como soportes materiales que ponen en marcha el mecanismo de consolidación citacional, al

[16] Ramos, "Datos y relatos", 153.
[17] Ramos, "Datos y relatos", 164.
[18] Ramos, "Datos y relatos", 165.
[19] Ramos, "Datos y relatos", 167.

activar unas "cadenas de reiteraciones que se van acumulando y sedimentando"[20] hasta otorgar capacidad de reiteración a los relatos.

En términos de enfoque metodológico, esta investigación se inscribe en la historia intelectual de la edición, entendida como un campo de estudios que requiere entrar en diálogo explícito con la nueva historia política y cultural. Es atingente integrar al análisis el contexto sociopolítico y cultural, porque condiciona los procesos de edición. Por tanto, se requiere enmarcar el acto de editar en procesos sociales de mayor alcance, para lograr comprender el sentido del catálogo y el modo en que se despliega socialmente, y observar cómo los agentes editoriales buscan incidir, desde el espacio de mediación editorial, sobre un contexto que al mismo tiempo los condiciona estructuralmente.

A pesar de su importancia como objetivo investigativo, no basta con reconstruir las dinámicas internas del proyecto editorial. Los temas que edifican su catálogo responden a procesos culturales que definen el estado del sistema de significaciones, ligado a un mundo representacional hegemónico de la realidad social en una determinada coyuntura histórica. Este es configurado conforme a disputas simbólicas que propician o clausuran ciertas discusiones coyunturales. De este modo, historizar el contexto político es central para explicar la emergencia de discusiones culturales en torno a nudos conceptuales particulares.

Estas batallas simbólicas constituyen una dimensión que expresa procesos políticos, en los que intervienen diferentes sectores o actores sociales a través de relaciones de poder.

Desde este enfoque, una editorial puede ser considerada *sujeto histórico* que actúa alimentando la disputa intelectual y posicionándose respecto a un sector del juego político. En consecuencia, resulta necesario explicar la relación de la editorial con el ordenamiento social dominante. Además, tratándose de una temporalidad reciente, desde la nueva historia política el trabajo con testimonios permite enriquecer la perspectiva de las significaciones otorgadas por los propios actores sobre sus prácticas. Por ello, es pertinente incorporar la subjetividad de los editores en calidad de actores políticos con capacidad de agencia.

Expuesto el preámbulo anterior, esta investigación propone estudiar el proyecto editorial Lom, relacionando las características y

[20] Ramos, "Datos y relatos", 169.

propósitos de este soporte intelectual-material con su contexto histórico. Se debe subrayar que Lom ha sido caracterizada como una de las experiencias más destacadas del fenómeno de la edición independiente de la década de los noventa en Chile. Para explicar su trayectoria de reconocimiento simbólico, se ha instalado una pregunta paradójica: "¿cómo logra un editor independiente, que carece de capital, subsistir y crecer en un mercado pequeño como el chileno?"[21]. Renglón seguido, el mismo autor contesta apelando a la adquisición de medios técnico-materiales apropiados, como contar con su propia imprenta y librerías[22], así como a aciertos de publicaciones que le han otorgado prestigio editorial.

En una evaluación más poética, Volodia Teitelboim, al conmemorar el logro de las 100 ediciones de Lom en febrero de 1997 —y recordando que Lom significa Sol en lengua yagán—, señala: "en tiempos grises, por no decir oscuros para la cultura de nuestro país, el sol que parecía ingenuo, producto del sueño de un puñado de jóvenes, ha llegado a cierto mediodía"[23], metáfora con la que Teitelboim subraya lo auspicioso del camino transitado hasta aquel entonces por el proyecto editorial.

Ese Sol siguió alumbrando en una década controvertida en términos políticos y culturales, ya que al cerrar el año 2000 el total de los libros editados llegó a completar alrededor de 450 títulos en 10 años de actividad. Desde 1997 se produce un salto en la producción que se mantuvo en el tiempo, lo que es significativo si consideramos que hasta 1994 las ediciones anuales no superaban las 10, mientras que en 1996 ya fueron 45 los títulos publicados. En 1997 se superaron las 65 ediciones anuales, en 1998 y 1999 rondaron las 80, llegando en el 2000 a editar poco más de 110 libros durante el año.

Estos números indican un patente salto cuantitativo, pero un menos evidente salto cualitativo, dando cabida a preguntas como: ¿qué tipo de alianzas se estrecharon con otros actores intelectuales y/o editoriales? ¿Cuáles son las características del

---

[21] Subercaseaux, *Historia del libro*, 263.

[22] En el año 2000, Lom tenía cuatro librerías propias en funcionamiento paralelo: en la Biblioteca Nacional, en Casa Colorada, en el Centro Cultural Estación Mapocho y su casa matriz, que en ese entonces se ubicaba en Maturana 9, contigua a su imprenta. Todas estaban ubicadas en la comuna de Santiago Centro. No obstante, aquella situación no se prolongó en el tiempo.

[23] Teitelboim, "Libro 100 de LOM", 19.

catálogo construido por la editorial? ¿Qué propósitos estratégicos animaron el proyecto? ¿Cuál fue el sentido que el colectivo editorial le otorgó a su propia práctica? Estas son algunas de las preguntas que este artículo se plantea dilucidar de modo aproximativo.

Por otra parte, se ha destacado el papel que cumplió el libro de Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito* (1997), en la construcción del prestigio simbólico de Lom, ya que contribuyó al sello público de editorial *crítica* y de las "ciencias sociales". En efecto, *Chile actual* se ha considerado como un elemento central dentro del género ensayo en la historia intelectual reciente de Chile, en tanto formato de una poderosa herramienta de divulgación utilizada por la crítica social durante la década de los noventa[24], e hito de apertura a una seguidilla de trabajos en la misma línea[25].

Tal fue su relevancia que *Chile actual* se transformó en una verdadera categoría sociológica[26], al ofrecer un punto de partida epistemológico para el análisis. Con más de 20 ediciones, fue una obra que remeció tanto a la academia como a la clase política y copó la agenda pública en la discusión sobre el modelo neoliberal, promoviendo tanto el reclamo social como la defensa de sus partidarios[27].

El trabajo más acucioso es el realizado por Claudio Ramos, quien estudia los efectos performativos de dicho libro en el contexto de su publicación. Un signo fue su extraordinaria acogida en los medios de prensa, así como una gran masividad pública de difusión. *Chile actual* se mantuvo dentro de los libros más vendidos por 56 semanas, siendo el más citado en la década posterior a su publicación. También se le otorgaron diferentes premios en 1998 a nivel municipal, nacional e iberoamericano.

Según Ramos, fue un libro que simuló la realidad y la configuró a través de su construcción de narrativa social, orientando una interpretación colectiva de la realidad. Y afirma que sus repercusiones, antes que académicas, fueron elementalmente políticas, al lograr remecer el mito de una transición exitosa y transformarse en "el texto [que] generó debate y reflexión en la esfera pública como ningún otro libro lo había logrado desde el

[24] Rojas, "Historiografía chilena reciente".
[25] Moyano, "Los ensayos políticos durante".
[26] Pinedo, *Debates intelectuales*.
[27] Valdivia, "Gritos, susurros y silencios".

retorno a la democracia"[28]. Por último, el mismo autor lo piensa como una semilla (mas no causa) de la efervescencia crítica desencadenada desde 2006, en que sus afirmaciones se convirtieron en verdades ineludibles por medio de múltiples iteraciones.

No obstante, desde la óptica de la historia de la edición, el análisis de los efectos sociales, intelectuales y políticos de *Chile actual* ha tendido a omitir la debida atención al proyecto editorial del cual emergió y formó parte. Como Lom Ediciones fue el soporte intelectual-material de ese primer *best-seller* político de la postdictadura, aquí se propone investigar el objeto libro y su proyecto editorial dentro de un mismo marco.

Sobre Lom se ha avanzado de manera parcial en su estudio, al situarla dentro de los soportes materiales que cumplieron una función de posibilidad de circulación de una red de debates y narrativas críticas desplegadas en los años noventa, junto a otras revistas, intelectuales e instituciones. Las denominadas *narrativas del malestar* formaron una red contrahegemónica que discutió, no siempre marginalmente, la política transicional y neoliberal en la postdictadura. Esta tesis pone en entredicho la interpretación histórica de los años noventa como una década exenta de conflictos sociales[29].

En este artículo, a diferencia de Ramos, Subercaseaux y Moyano, la editorial Lom se convierte en la figura central del análisis. Es posicionada como objeto de investigación en cuanto tal, y no es estudiada lateralmente con relación a otros fenómenos intelectuales. Es decir, la aproximación propuesta sobre Lom no se efectúa a partir de un libro en particular, un análisis general de la edición o enmarcada dentro de una red intelectual crítica, aproximaciones que, por sus propios objetivos, carecen de profundidad y ciertas precisiones históricas sobre el proyecto editorial.

Se estima que Lom Ediciones se transformó en un sujeto histórico que entrecruzó su actuar simultáneamente en los campos editorial, intelectual y político; por lo que se trata de reconstruir las relaciones que establece Lom entre estos tres campos. Esa es la perspectiva propuesta la que le otorga su novedad historiográfica. Es la atención al contexto, a su catálogo y colecciones, a sus redes intelectuales y a

[28] Ramos, *Relatos sociológicos y sociedad*, 519.

[29] Moyano, "Cartografía genealógica de las 'narrativas"; Moyano, "Relatos políticos sociales durante".

la significación atribuida desde la subjetividad de sus editores, lo que posibilita este enfoque.

A partir de las entrevistas de sus dos principales editores/as, al análisis de fuentes escritas emanadas desde la editorial y a escritos de revistas relativos a Lom, este artículo tiene como objetivo delimitado caracterizar históricamente el proyecto editorial. A su vez, se busca responder qué propósitos y prácticas editoriales permiten considerarla como una editorial contrahegemónica, en sintonía con su contexto sociopolítico y la estructura del campo editorial de la década de los noventa. Del mismo modo, interesa restituir el catálogo editorial de Lom, centrando el análisis en las colecciones Sin Norte – serie Punto de Fuga y *Septiembre*, porque es en ellas donde se pueden observar de modo privilegiado las intencionalidades y misiones que la propuesta editorial fue gestando.

Como hipótesis, planteo que la editorial Lom construyó su trayectoria en torno a una misión editorial de disputa político-cultural que tensionó los consensos de la postdictadura chilena, como también la continuidad y consolidación neoliberal. Estos sentidos y prácticas contrahegemónicas en torno al acto de editar remiten, también, al modo de enfrentar y resistir la lógica concentrada del campo editorial globalizado en aquella década.

Es decir, Lom se transformó en un espacio material e intelectual que vehiculó de manera acertada, por medio de su catálogo y relaciones intelectuales, problemáticas sociopolíticas conflictivas o nuevas contradicciones que supuso la reconfiguración de la sociedad capitalista democrática en Chile. Y cabe aclarar que los resultados aquí compartidos conforman un primer abordaje de una investigación más profusa en torno a Lom Ediciones.

Una reacción al olvido y el silencio en el contexto del Chile transicional

Lom fue un proyecto editorial que comenzó su actividad en 1990, año en que se inaugura el primer gobierno civil encabezado por Patricio Aylwin y la Concertación de Partidos por la Democracia. Desde su fundación, está atravesada por el denominado proceso de *transición* a la democracia: las controversias políticas referentes a la impunidad y violación de los Derechos Humanos por parte de las fuerzas militares y policiales, la *salida*

pactada de la dictadura y su consecuente profesionalización de la política, la sombra del poder de los militares que se autoimpusieron el rol de *garantes de la democracia*, o el fenómeno de la privatización y mercantilización creciente de medios de vida materiales y culturales. Además, en términos sociales se experimentaba en esos primeros años de los noventa un panorama que se ha definido como de desactivación, desmovilización, desarticulación o despolitización[30] de los movimientos sociales y la sociedad civil.

No se ahondará aquí en aspectos de los itinerarios de vida de quienes conforman el proyecto, pero sí cabe mencionar que quienes lo animaron provenían de una activa participación en el proceso político-social por derrocar a la dictadura en los años 80. También habían experimentado la represión en primera persona, al tener hermanos o familiares presos políticos y quedar sus infancias y juventudes marcadas por el Golpe de Estado de 1973. Así, las mujeres y hombres del colectivo editorial Lom Ediciones estuvieron vinculados/as a la prisión política, al exilio y el retorno, a la lucha de familiares de presos políticos, a organizaciones de defensa jurídica de presos políticos como el CODEPU u organizaciones políticas de izquierda extraparlamentarias como el MIR. En suma, experiencias comunes que fueron definiendo las decisiones político-personales de quienes se vieron involucrados en el proyecto editorial.

A contrapelo del proceso de transición, que forjó la continuidad a la fisonomía societal impulsada por la dictadura y la clausura histórica a las luchas sociales que la precedieron, el proyecto editorial de Lom buscó invertir y alterar esos sentidos. Como lo expresa Silvia Aguilera, una de sus fundadoras, en un boletín de Lom, la editorial "la hemos levantado con la herencia de los años que antecedieron a su nacimiento y ello nos ayudó a atrevernos, exponernos, obstinarnos, inventar y trabajar"[31] en un proyecto que fue construido a pulso. Su pasado de actividad político-social fue el punto de partida para transitar hacia una intervención político-cultural; es la experiencia que da sentido a sus fundadores/as para incursionar en el ámbito editorial.

Pero, más que un proyecto que nació con una clara proyección de futuro surgió sobre todo como reacción a un

[30] Jara, *(Des)movilización de la sociedad*; De la Maza, "Sociedad civil y democracia"; Guillaudat y Mouterde, *Los movimientos sociales*.
[31] Aguilera y Slachevsky, "Enredos entredós", 4.

presente, como una necesidad de enfrentar la imposición del olvido de las luchas populares y de la memoria social que significó el retorno democrático en 1990. No se evidencia la existencia de un propósito manifiesto en un comienzo, sino sólo el sentirse *fuera* y *ajenos/as* a un proceso político que avanzaba triunfante. En el fondo, si bien valoraban que formalmente se acabara aquel régimen cívico-militar, sus sensibilidades y posiciones los/as dejaban en un lugar al margen del proceso político:

> "sentíamos que era necesario dejar registro y por escrito, de lo que había sido nuestra historia reciente y reflexionar respecto a la historia más pasada, de nuestro quehacer colectivo, social, cultural y político. La motivación central fue que partía la transición, esta apertura democrática, bajo esquemas súper preestablecidos y predeterminados, y eso nosotros intuíamos que iba a ser a costa del silencio, a costa del dar vuelta la página; esa fue una gran motivación. Allí se configura un horizonte. Dijimos, ¡no!, aquí hay que recuperar precisamente esas voces. Y también porque sentíamos que nos debíamos de algún modo a quienes habían luchado y dado la vida por derrotar a la dictadura y generar en un espacio democrático una convivencia distinta, soñar un país distinto. Nos debíamos a esa lucha y a esa memoria. Y nos propusimos recuperar esa memoria más reciente y pasada. Para eso, el instrumento era el libro, era el impreso. El impreso como el objeto que podía perdurar en el tiempo, como la botella que se podía tirar al mar e iba a ser encontrada tiempo después".[32]

Por lo tanto, la decisión de formar una editorial estuvo estrechamente vinculada a la experiencia transicional que les correspondió vivir; fue la continuación de su militancia a través de otros medios. Y se eligió la actividad editorial como un campo de intervención y disputa, dada la lectura de las consecuencias culturales que la dictadura dejaba a su paso, así como los desafíos que en ese aspecto imponía a una iniciativa política desde la izquierda. Además, se identifica una especie de mandato interno en

[32] Aguilera, entrevista.

clave militante de no olvidar a quienes habían perdido la vida en la lucha antidictatorial.

Las primeras publicaciones y los ejes editoriales

Al principio no existían las colecciones, pero se establecieron los ejes que marcarían la línea de la editorial. Tal como se ha dicho, se puso en marcha "una mini-empresa con un giro bastante peculiar: la recuperación de la memoria, la identidad, la reflexión y la crítica"[33], lo cual se condensó en su primera edición en 1990. De hecho, no fue un libro sino un planisferio con el norte convencional invertido, titulado *De la tierra incógnita del sur*, y una serie de postales compuestas por fragmentos de un mapa de Santiago y fotografías de detenidos desaparecidos. Una mezcla de cuestionamiento a los presupuestos políticos y la reivindicación de la memoria.

Ya en 1991, se publicaron libros que iban en dos de sus principales líneas, la narrativa y el ensayo en ciencias sociales. Ese año, se edita el primer libro que resulta ser una traducción, llamado *Desafío alimentario. El hambre en el mundo*, del exministro de la Unidad Popular Jacques Chonchol (y tío de Paulo Slachevsky), el cual plantea el problema de la distribución como la causa de una artificial escasez alimentaria. Por otro lado, se editó una novela que decía bastante de la historia del colectivo fundador de la editorial, *Haceldama*, del aún entonces preso político Guillermo Rodríguez, quien no pudo estar presente en su lanzamiento realizado en el Instituto Francés de Chile. También fue el turno en 1991 de *La invasión de un mundo antiguo* de Rosa Miquel, una novela de ficción literaria *ad portas* de la conmemoración de los 500 años de la conquista.

La creación de colecciones se inició propiamente tal en 1992, con Mal de ojo, donde sus editores principales publicaron un primer libro de fotografías destinado a la recuperación de la historia de los pueblos del extremo sur, mapuche y andinos, llamado *Tierra de humo*; esa será otra línea prominente en los primeros años. Para 1994 surge la colección Entre Mares, que formalizará la línea de poesía y narrativa, inaugurando la colección con la publicación de *Los gemidos* de Pablo de Rokha. Aquí se encuentra un primer hito editorial, no tanto a nivel público, pero sí a nivel de conexión con el

[33] Véjar, "10 años de LOM", 22.

mundo editorial independiente: si bien su lanzamiento en la Estación Mapocho fue un acto marginal, sus editores/as pudieron conectar y conocer algo del incipiente campo editorial independiente de aquellos años, con editoriales como Cuarto Propio o CESOC.

En 1994 también surge otra colección, Sin Norte, cuyo nombre retrotrae al significado de su primera publicación del planisferio invertido. Esta colección abordó "estudios, ensayos y monografías en el área de las ciencias sociales", y fue crucial para el posterior posicionamiento de Lom dentro del campo editorial. Se inauguró con dos libros: *Delincuencia común* de Doris Cooper y el estudio histórico *Las chilenas de la colonia* de Cecilia Salinas. Esta colección le dará el sello crítico y de incidencia en la discusión político-social. Ya en 1995 surge otra colección de importancia, denominada Clásicos de la novela social, a cargo de Luis Alberto Mansilla, donde se rescatan autores que desde la literatura realizaron una lectura crítica de la sociedad chilena, como es el caso de Volodia Teitelboim, Nicomedes Guzmán y José Santos González Vera. La recuperación de la novela social también dice relación con la recuperación de una memoria olvidada, de una literatura a esa altura omitida, acallada y marginada.

A través de sus primeras publicaciones, sea desde el área de la literatura, narrativa o poesía, las ciencias sociales y humanas o la fotografía, se buscaba, según su editor, inscribir una marca particular "de cierta mirada crítica, rebeldía frente al estado de las cosas y construcción de un Chile diferente"[34]. Ese era el tono presente en buena parte de las publicaciones desde los primeros años. En 1996 nacieron la Serie Punto de Fuga dentro de la Colección Sin Norte, así como Septiembre, en las que profundizaremos y en las que la crítica social se vuelve más explícita en su intención ilocutiva de incidir en los nudos del tiempo histórico.

¿Para qué el libro? ¿Por qué una editorial?

Para la editorial Lom, el experimentar el fracaso de un proyecto político no significó perder las convicciones de imaginar otros mundos. En un momento de rotunda deslegitimación y desorientación de la izquierda a nivel mundial y local, se trataba de

[34] Slachevsky, entrevista.

volver a iniciar "desde el libro la caminata para recorrer, reconocer y construir aliados para la invención y la herencia"[35], tal como lo anunciaban en su *Manifiesto* de 1995. Es decir, para ellos/as significaba no renunciar a la intención de contribuir a plantear nuevas posibilidades transformadoras. Una tendencia minoritaria y marginal para el momento histórico de los noventa en Chile, pero ese ímpetu e insistencia, evidentes en Lom, fueron cruciales para relanzar proyectos de crítica social. Asimismo, lo fueron para avizorar luchas y contradicciones que se estaban incubando en la sociedad, tal como se fue reflejando en la construcción del catálogo.

En este sentido, al libro se lo posicionaba como la herramienta escogida para la intervención político-cultural, esforzándose "en revalorizarlo como instrumento interpelador de nuestras visiones de mundo, de nuestra realidad […], como una posibilidad de nuevos caminos, […] como un elemento indispensable para esta travesía de fin de milenio que nos exige conjugar pasados y presentes"[36]. Como plantea uno de sus editores, aspiraban a que "los libros ayudaran y colaboraran en un proceso de potenciar nuestras cabezas, las capacidades críticas y la transformación de todas y todos en sujetos históricos, para que sean partícipes de su sociedad"[37]. Se instalaba el objeto-libro como un formato dotado de un poder especial que, por medio de la lectura, tenía la capacidad de modificar la conciencia y agudizar una visión crítica de las relaciones sociales. Y para completar la finalidad política otorgada al objeto-libro, se esperaba que dicha capacidad también desencadenara efectos tangibles a nivel de la acción social.

Desde otro ángulo, se apelaba a una concepción comprometida de la labor editorial, ya que esta "puede jugar un rol significativo en la disputa" por las visiones de mundo que pone en marcha la puesta en circulación de un libro y su lectura. Porque "las palabras y las ideas juegan un papel central en la construcción de mundos e imaginarios individuales y colectivos"[38]. Residía allí la clave que explicaba la necesidad de montar en el periodo abierto por la transición chilena una editorial desde la izquierda: tanto para disputar colectivamente los sentidos y narrativas sociales

[35] Lom Ediciones, *Manifiesto LOM*.
[36] Lom Ediciones, *Manifiesto LOM*.
[37] Slachevsky, entrevista.
[38] Aguilera y Slachevsky, *¿Qué es una editorial?*.

hegemónicas, como para construir nuevos sentidos y entendimientos alternativos a la realidad neoliberal del capitalismo.

Los/as editores/as de Lom manifiestan una capacidad autorreflexiva del alcance de su propia actividad, que se sabe inserta dentro de un campo editorial, pero también en un campo político en disputa. Entienden la editorial como "una organización que, bajo ciertos principios, valores e intereses sean estos explícitos o implícitos, […] definirá los campos temáticos a abordar y la toma de decisiones a la hora de seleccionar, validar, como las formas de hacer circular una obra a publicar"[39]. A la editorial, en tanto espacio y dinámicas de producción intelectual, la entendían como una práctica autoconsciente de sus fundamentos, propósitos y efectos en los que potencialmente puede desembocar.

En el ámbito del campo editorial, el sentido transformador e "independiente" de su quehacer lo definían en función del grado de dependencia respecto al funcionamiento publicitario y los grandes capitales, pues este punto decide la libertad de maniobra y construcción de un catálogo acorde a los propios intereses. Aunque los/as editores/as de Lom reconocían que la editorial, al funcionar en un mercado, necesariamente se debía regir por criterios comerciales, renegaban de que estos subsumieran el carácter político-cultural asignado a la edición.

Y como han explicado, en Lom la imprenta, a través de sus servicios comerciales a terceros, fue aquello que hizo posible "la existencia de este proyecto con independencia de las modas, leyes y gustos que rigen el mercado"[40]. Es decir, la imprenta era un negocio que daba sustento económico y condición de posibilidad al proyecto político-cultural de la editorial.

Resistir la concentración editorial desde el campo independiente

Debido a que las personas que conformaron el proyecto editorial provenían de organizaciones político-sociales, no tenían una experiencia previa dentro del mundo editorial. Durante los primeros años, fue una experiencia bastante aislada del resto de actores del mundo del libro en Chile, no existiendo relaciones de amistad o

[39] Aguilera y Slachevsky, *¿Qué es una editorial?*.
[40] Lom Ediciones, *Manifiesto LOM*.

cercanía con otros editores. Desde el ámbito editorial, la capacidad de reflexión y asociación fue resultado de un aprendizaje en curso:

> "La conciencia editorial propiamente tal se dio unos 4 años después que partimos. Al principio fue muy solo, porque era resolver, o sea, llevar la idea a la práctica, hacer de la idea algo concreto. Y eso nos tomó un tiempo, desde aprender a usar las máquinas, porque todo lo hacíamos nosotros, entender el circuito o, aprender el oficio de hacer un libro. Claro, conocíamos los libros, habíamos tenido muchos libros en nuestras manos, pero otra cosa era hacerlos, el proceso que llevaba hacer un libro, y esos fueron años de aprendizaje, de aciertos y errores".[41]

Según expresa el testimonio anterior, la identidad de editores/as y su inserción en el campo editorial se forjó a partir del proceso experimental de confección material de los libros. Como no contaban con redes establecidas, les llevó algunos años el reconocerse y ser reconocidos en el mundo del libro. Las primeras actividades conjuntas con otras editoriales independientes de Chile ocurren a fines de los noventa cuando, a través de ProChile, junto a otras tres o cuatro editoriales postularon a un proyecto para lograr salir hacia el exterior con sus libros. Hasta ese momento no existían mayores relaciones con otras editoriales locales, más allá de compartir en ferias del libro, siendo dicha postulación conjunta lo que potenció y estrechó las relaciones entre editoriales.

Lo que marcó de manera decisiva un antes y un después para Lom fueron los acercamientos establecidos con otras experiencias independientes a nivel internacional. Las circunstancias que lo facilitaron radicaron en la invitación a Lom de participar en la Feria del Libro de Frankfurt en dos oportunidades, en 1996 y luego en 1998. A raíz de su primera visita a Frankfurt, Lom es también invitada en 1998 a la primera versión del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón en España, organizado por el escritor exiliado Luis Sepúlveda. Allí, también conocen a los/as editores/as de Era de México, y luego a los de Txalaparta del País Vasco y Trilce de Uruguay.

[41] Aguilera, entrevista.

Fruto de la sintonía y complicidad, en 1999 se activa La Cuadrilla, una primera red de editores independientes compuesta por cuatro editoriales de lengua castellana, cuyos declarados "objetivos fueron extender la presencia del libro a distintas zonas de la lengua, alimentar la diversidad editorial y la difusión de los autores y sus obras, desarrollar un intercambio solidario y mancomunado para contratar derechos, realizar traducciones y alentar el agrupamiento y organización de los editores independientes"[42]. Esto es, su carácter militante no se manifestó sólo en el perfil del proyecto, sino también en su vocación organizativa dentro del sector editorial independiente en construcción.

Juntarse para compartir experiencias, pero también para enfrentar y solucionar dificultades en conjunto. El editor Paulo Slachevsky reflexiona al respecto:

> "para nosotros ese encuentro con otros editores fue casi una escuela editorial, fue aprender un poder hablar transparentemente de un montón de problemas o situaciones que uno tiene, y que no nos había tocado la posibilidad de compartirlas con alguien, con otras editoriales que tuvieran experiencia, porque tenían muchos más años que nosotros en el camino editorial".[43]

Aunque en el Chile de los años 90 existían algunas editoriales con carácter independiente, ninguna se aproximaba de tal manera a los intereses político-editoriales de Lom, como las editoriales Era, Txalaparta y Trilce. Con todas compartía una perspectiva explícitamente *militante* en el ámbito de la edición y con relación a su pasado de actividad político-social. *Era* había surgido en la década de los 60, por tanto, tenía una larga historia sobre la cual reflexionar. Fue una afinidad espontánea debido al sentido otorgado a su quehacer editorial, que en Chile les fue difícil de encontrar en la primera década de existencia.

Así, para el año 2000, del 23 al 28 de mayo, se organiza en Gijón, España, el primer Encuentro de Editores Independientes de América Latina, con el objetivo de abrir el debate sobre los fenómenos de concentración y monopolización en el sector editorial

[42] *Boletín 25 años*, 11.
[43] Slachevsky, entrevista.

de los años noventa. En este encuentro participaron editores de Brasil, Uruguay, Chile, México, España, Inglaterra, EE.UU., Francia y África del Sur. Por su parte, Lom participó en dos paneles dentro del encuentro citado, desde la perspectiva de la situación chilena, titulados "La amenaza sobre la edición independiente" y "Los desafíos de hoy". El encuentro de editoriales terminó emitiendo una declaración conjunta que planteaba la compleja situación que había en el mundo de la edición respecto a la protección de la diversidad cultural. Se planteaban una serie de propuestas de acción para estrechar colaboraciones, como lo fue "coordinar estrategias comunes con los libreros, sensibilizar a escritores y al mundo de la cultura, como [también] a los gobiernos"[44].

Es sobre todo desde esta instancia que el concepto de *independencia* comienza a instalarse en lengua castellana. La edición en esos términos se declaraba "independiente de la lógica transnacional, de la lógica absolutamente mercantil, de ahí la independencia. Por lo tanto, [según Silvia] nos levantábamos en resistencia para hacerle frente, colectivamente, más allá de nuestra frontera, a esa lógica transnacional, estableciendo relaciones de colaboración y de intercambio en ambas direcciones"[45] entre las editoriales asociadas.

Una lógica y práctica editorial que preconizaba un énfasis del objeto-libro en su carácter cultural, político y social por sobre lo comercial. Se reconocía, eso sí, que se trataba de un tipo de edición "donde no está abandonado lo comercial, pero no es lo único, lo definitivo". Dicho de otro modo, se quería resignificar la palabra *valor*, desmarcándola de su dimensión mercantil, para no reducirla al sentido económico e insertarla en un campo ético, "rescatarla en su sentido de principios, conjugando sus diversos significados lingüísticos, sin anular unos por sobre otros"[46]. Se intentaba poner en cierto suspenso atributos asignados al libro en el marco de su circulación en un mercado, pero también a la figura del editor moderno y los intereses que lo movilizan.

Pues bien, siguiendo a Bourdieu, así como el libro es un objeto de *doble faz*, con su aspecto económico y simbólico, o de mercancía y significación, "el editor es también un *personaje doble*, que

[44] Slachevsky, "Osadía y esperanza", 12.
[45] Aguilera, entrevista.
[46] Slachevsky, "Osadía y esperanza", 13.

debe saber conciliar arte y el dinero, el amor a la literatura y la búsqueda de beneficio"[47]. Pero lo sugestivo de esta lectura es que "la competencia del editor […] está formada por dos partes antagonistas y la capacidad de asociarlas armoniosamente, […] realizará una combinación más o menos exitosa de esos dos sentimientos tan irreconciliables"[48], resultando esta combinación, en el caso de Lom, condicionada por los propósitos de la editorial y sentidos otorgados a su quehacer.

Dependiendo del grado de autonomía técnica de la producción o de la situación económica de la editorial, pero, por supuesto, de los propósitos políticos que se proponga y efectúe en la misma práctica, "las editoriales se interesan más en uno de los dos polos que se encuentran en el mundo de la edición: el polo comercial y el polo cultural"[49]; polos de los cuales ninguna editorial bajo la forma-empresa puede escapar. Se trata del establecimiento de una buena balanza entre ellos, en vista de su insoslayable presencia.

En consecuencia, en Lom se evidencia el despliegue de una voluntad contrahegemónica a la configuración neoliberal del campo editorial. La edición independiente iba en contra de la corriente dominante que configuraba un mundo editorial concentrado en los 90. Desde el campo de la edición buscó organizarse para cuestionar, intervenir y resolver el fenómeno de la conformación de grandes compañías transnacionales que acaparaban mercados en escalas cada vez mayores.

Por ejemplo, en el año 2000, en su publicación conmemorativa de los 10 años, *LOMaway*, se apuntaba que "el feroz proceso de monopolización que existe, el que se refleja claramente a nivel cultural con la concentración de los medios de comunicación y el mundo editorial, es profundamente preocupante, y eso puede sin duda significar la muerte de librerías, editoriales y medios de comunicación independientes"[50]. Se pretendía, como planteaba Slachevsky en esos años, construir espacios de producción y circulación editorial bajo otra lógica, y "ser una alternativa a la

[47] Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, 242.
[48] Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, 243.
[49] Reyes, *Una historia de Ediciones*, 52.
[50] Aguilera y Slachevsky, "Enredos entredós", 4.

corriente dominante y a estas grandes 'multinacionales de la cultura'"[51].

La organización de los/as editores/as independientes se afirmaba como una herramienta válida "para competir con las multinacionales en su propio terreno"[52], jugando de forma asociada con las desiguales reglas de mercado, para "resistir" desde el propio marco instalado por la transnacionalización del mundo editorial. El panorama de Chile en la década de los noventa estaba dominado por grandes empresas-conglomerados como Planeta, Alfaguara, Ediciones B, Grijalbo y Sudamericana. Por ende, como no era factible escapar a la configuración general del mercado editorial, los vínculos acordados implicaban un modo de dar una vuelta de tuerca a las reglas del campo editorial transnacional.

Tras el primer encuentro en Gijón, con la acumulación de debates y experiencias, en el año 2000 Lom adquiere protagonismo dentro del campo editorial y despliega su aptitud organizativa en el medio local. Impulsa la formalización de una primera asociación de editores independientes locales, con el nombre Asociación de Editores Independientes de Chile, integrada en un primer momento por las editoriales CESOC, Cuarto Propio, Cuatro Vientos, Dolmen, Pehuén, RIL y Lom.

Unos años más tarde, en 2003, al sumarse editoriales universitarias, como Universitaria o Andrés Bello, se cambia el nombre a *Editores de Chile*. Symmes argumenta que "este nuevo referente va a producir reordenamientos al interior del espacio editorial, generando un contrapeso y disputándole a la Cámara la representación exclusiva de los editores"[53] en instancias institucionales. La movilización que generó este colectivo de editoriales se vertebró en torno a instalar la idea del *libro chileno* y la necesidad de desarrollar una industria nacional del libro, así como en la iniciativa de la redacción de una propuesta de una Política del Libro, destacando en ella su intención de incluir el fin del IVA de los libros, medidas cuya implementación se demandaba al Estado.

[51] Slachevsky, "Osadía y esperanza", 13.
[52] Slachevsky, "Osadía y esperanza", 13.
[53] Symmes, "Fundar la Asociación", 138.

La colaboración establecida con la Universidad ARCIS y el surgimiento de la Serie Punto de Fuga

Si bien Claudio Ramos ha estudiado las actividades del Centro de Investigación social (CIS) —crucial para la existencia de la serie Punto de Fuga—, creado en 1996 dentro de la Universidad ARCIS, su análisis se ha centrado en la trayectoria intelectual de Tomás Moulian y el proceso de elaboración del libro *Chile actual: anatomía de un mito*. A Lom sólo la menciona como el sustento de la activa política de difusión que tuvo el CIS, así como por la edición de la revista conjunta llamada *Ratón de biblioteca* entre 1999 y 2000. A continuación, se estudia la colaboración ARCIS-Lom desde una vereda que no ha sido abordada, prestando atención al significado de *Chile actual* para el posicionamiento público y editorial de Lom. Además, se analiza la serie de la colección Sin Norte de la que el libro es parte, para observar su carácter de conjunto.

En primer lugar, cabe mencionar que el acercamiento entre la Editorial Lom y ARCIS se fue edificando de manera *natural*, dada la afinidad en cuanto al carácter político compartido que tenían estos dos actores, un posicionamiento de izquierda y crítica del proceso de transición en curso. Fundada en 1982, ARCIS aún vinculaba para entonces a profesores/as que habían sido exonerados/as de otras universidades durante la dictadura o que acababan de volver del exilio, sosteniendo una mirada crítica de los procesos políticos, económicos y sociales de la postdictadura chilena.

Tal como se manifiesta en la presentación de su página web (www.universidadarcis.cl), la Universidad de Arte y Ciencias Sociales (ARCIS) surgió con el interés de dar una batalla académica e intelectual al régimen dictatorial y su proyecto socioeconómico. De hecho, "intentó hacer de la Universidad una parte fundamental de un apoyo indispensable de los movimientos que respondían al carácter neoliberal. Un grupo de profesores, junto con muchos otros intelectuales, intentó generar una referencia académica y política que pusiera en práctica la vocación y el compromiso que habían caracterizado a las universidades"[54] en el pasado de Chile. En aquel proyecto se evidencia un propósito expreso de tender un puente abierto entre producción intelectual y sociedad, hacia los "movimientos" contrarios al proyecto societal de la dictadura.

[54] *Universidad ARCIS*.

En este sentido, la editorial Lom, como espacio productor de materialidad impresa, respondía a los objetivos planteados desde la Universidad, y viceversa. Esta suerte de alianza mutua se explica por la funcionalidad complementaria de la entidad-Universidad y la entidad-Editorial: ARCIS contaba con un cuerpo académico dedicado a la traducción y producción de conocimiento en el área de las Ciencias Sociales y Humanidades, pero las ideas para su circulación social necesitaban ser vehiculadas bajo ciertos formatos materiales.

En efecto, como nos recuerda Chartier, "sea lo que sea lo que hagan, los autores no escriben los libros"[55] sino solo textos, agregando que "no hay texto fuera del soporte que da a leer"[56] para que así puedan adquirir *sentido* a nivel social, más allá del ámbito meramente académico. Fue Lom el actor que operativizó aquel desplazamiento necesario (con todos los procesos que implica) a través del cual los textos se convierten en libros disponibles para ser leídos por un público. La editorial funcionó como un espacio de mediación intelectual, al atraer en torno al proyecto a un conjunto de académicos-intelectuales y hacer posible la circulación social del conocimiento que elaboraban.

Llegado a este punto, cabe decir que la edición de la serie Punto de Fuga en conjunto con ARCIS tiene dos antecedentes que explican dicha colaboración. El primero se establece a partir del profesor de filosofía de ARCIS, Federico Galende, quien ya en 1993 publicó el libro de poemas *Nudos en los ojos* por Lom. Luego, a través de este, se establece un primer trabajo de coedición ARCIS-Lom, con los llamados cuadernos "La invención y la herencia", que reunían artículos de diferentes intelectuales desde el ámbito de la filosofía política.

El primer número apareció en 1995 y el último en 1998. En orden de aparición los títulos de estos cuadernos fueron: n°1 *Crisis de los saberes y espacio universitario*, n°2 *Espectros y pensamiento utópico*, n°3 *Filosofía y literatura en la obra de Borges*, n°4 *La izquierda frente al fin del milenio*, n°5 *Globalización, modernización y equidad en América Latina*, y n°6 *Cultura, experiencia y acontecimiento.* Además de reunir artículos de profesores de la Universidad, como Willy Thayer, Nelly Richard, Pablo Oyarzun, Carlos Pérez Soto, Patricio Rivas, Sergio Villalobos-

[55] Chartier, *El orden de los libros*, 29.
[56] Chartier, *El orden de los libros*, 29.

Ruminot, Tomás Moulian, Miguel Vicuña, Federico Galende, entre otros, se realizaron traducciones de autores contemporáneos como Jacques Derrida, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, Perry Anderson, Karel Kosík, Cornelius Castoriadis o Zygmunt Bauman, introducidos recientemente en la academia, realizando un aporte en ese ámbito. Luego, dicha coedición de los *Cuadernos* se transformó en una colección de libros bajo el mismo nombre, que, desde 1996 hasta 2002, publicó 14 títulos de autores ligados al área de la filosofía.

Otra colaboración relevante y primaria entre ARCIS y Lom se da en torno a la publicación del libro *El programa abandonado* de Hugo Fazio, bajo la colección Sin Norte que ya existía en 1996. El nexo fue el propio Fazio, quien paralelo a *La Invención y la Herencia*, llegó con la propuesta del libro a Lom, estableciéndose una segunda colaboración con ARCIS, donde además se enrola la participación de CENDA, ligado a ARCIS por medio de su presidente Andrés Varela García, fundador de la Escuela de Economía en la Universidad ARCIS. Varela también escribirá el prólogo del libro, que resulta paradigmático respecto a las críticas que posteriormente se realizarán desde el CIS y el mismo *Chile actual* al proceso de transición y neoliberalismo en la postdictadura.

Dicho prólogo de junio de 1996 alude, entre otras cuestiones, a que el Gobierno de Aylwin en el contexto de la transición fue:

> "El momento de cambio en la esfera política que se corresponde a la consolidación del modelo económico. Con el advenimiento de la democracia, luego de largos años de luchas populares y negociaciones cupulares, que lograron impedir un quiebre violento de la dictadura, se abre la llamada *transición* en nuestro país. En lo político, la dictadura es reemplazada […] pero en lo económico, registramos una continuidad del modelo impuesto a punta de bayoneta en el periodo precedente […] la paradoja es que justamente para mantener el modelo económico, fue necesaria la *transición*, vale decir, el remozamiento de la super estructura política-ideológica. La apariencia […] es que el cambio completo,

global, y que el pasado gris de la dictadura sería reemplazado por el arcoíris de la democracia".[57]

En definitiva, es en esta atmósfera intelectual de discusiones que surge la Serie Punto de Fuga dentro de la colección Sin Norte. En este caso, la colaboración también implicó la creación de un dispositivo editorial, conformando un comité editorial con dos integrantes de Lom, Paulo Slachevsky y Mauricio Ahumada, y dos o tres integrantes más de la Universidad ARCIS. Este comité se encargaba de seleccionar y trabajar en la crítica para la mejora y fortalecimiento de los textos antes de su publicación en formato libro. El mismo Tomás Moulian figuraba como director de la Serie Punto de Fuga desde 1997.

Tabla 1. Catálogo Colección Sin Norte — Serie Punto de Fuga

N°	Autor/a (es/as)	Título	Año
1	Eduardo Santa Cruz	Origen y futuro de una pasión	1996
2	Carlos Pérez Soto	Sobre la condición social de la psicología	1996
3	José Galindo	Derechos Humanos. Teoría, Historia, Vigencia y Legislación. Tomo I – Teoría e Historia	1996
4	José Galindo	Derechos Humanos. Teoría, Historia, Vigencia y Legislación. Tomo II – Vigencia y legislación	1996
5	Olga Grau, Riet Delsing, Eugenia Brito y Alejandra Farías	Discurso, género y poder	1997
6	Tomás Moulian	Chile actual: anatomía de un mito	1997
7	Hugo Fazio	Mapa actual de la extrema riqueza en Chile	1997
8	Jacobo Schatan	El saqueo en América Latina	1998
9	Rafael Agacino, Cristian González y Jorge Rojas	Capital transnacional y trabajo. El desarrollo minero en Chile	1998

[57] Fazio, *El programa abandonado*, 11.

10	Carlos Ossandón B.	El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas. Prensa y espacio público en Chile (siglo XIX)	1998
11	Carlos Pérez Soto	Sobre un concepto histórico de ciencia	1998
12	Tomás Moulian	Conversación interrumpida con Allende	1998
13	Jorge Benítez y Gabriel Salazar (comp.)	Autonomía, espacio y gestión. El municipio cercenado	1998
14	Alfredo Joignant	El gesto y la palabra. Ritos políticos y representaciones sociales de la construcción democrática en Chile	1998
15	Jacques Chonchol	¿Hacia dónde nos lleva la globalización?	1999
16	Carlos Ossa (comp.)	La pantalla delirante	1999
17	Hugo Fazio	La crisis pone en jaque al neoliberalismo. Causas profundas de la recesión en Chile	1999
18	Patricio Escobar S. (Editor)	Trabajadores y empleo en el Chile de los noventa	1999
19	Doris Elter	Sistema de A.F.P chileno. Injusticia de un modelo	1999
20	Lorena Figueroa, Keiko Silva y Patricia Vargas	Tierra, indio, mujer. Pensamiento social de Gabriela Mistral	2000
21	Mauro Salazar y Miguel Valderrama (Comp.)	Dialectos en transición. Política y subjetividad en el Chile Actual	2000
22	Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz	Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile	2000
23	Carlos Pérez Soto	Para una crítica del poder burocrático: comunistas otra vez	2001

Fuente: elaboración propia.

La serie Punto de Fuga editó un total de 23 títulos desde 1996 hasta 2001, cuando se termina la experiencia del CIS dentro de la Universidad ARCIS. Luego del boom de *Chile actual* se aprecia un aumento en la cantidad de títulos publicados, pasando de 3 títulos en 1997 a 7 en 1998, pero luego no siguen aumentando las

publicaciones por año en esta serie en particular. Según el relato del editor de Lom, el trato de financiamiento entre ARCIS y Lom era que las coediciones se financiaban 50% y 50%; no obstante, después del éxito de ventas de *Chile actual*, no fue necesario que ARCIS aportara más financiamiento a los títulos que le siguieron en la serie. Ello deja entrever la importancia económica que conllevó el libro *Chile actual* para el proyecto editorial y el impulso a la Serie al año siguiente de su publicación.

En 1997, el mismo Hugo Fazio publica su libro *Mapa actual de la extrema riqueza*, otro título relevante dentro de la colección y que complementa la crítica que realiza el libro de Moulian. Aún más, en la Serie se puede observar que las temáticas, en retrospectiva, anticipan acertadamente algunas discusiones y problemáticas sociales que años más tarde serán iteradas por movimientos sociales en Chile.

Tal es el caso, por ejemplo, del libro *Sistema de A.F.P. chileno. Injusticia de un modelo* (1999) de Doris Elter, el cual realiza una crítica temprana al sistema previsional chileno. Inclusive fue escrito algunos años antes de su publicación, dado que es un libro póstumo por el fallecimiento de su autora en febrero de 1996. Tal como plantea el prólogo escrito por Apolonia Ramírez (editora del libro), la publicación cobró particular relevancia dado su contexto de aparición, en medio de la llamada *crisis asiática*. De esta manera, se concluía que "el Sistema de AFP no es eficiente en el cumplimiento del objetivo primario de la seguridad social, que es proteger de la marginalidad absoluta y relativa a los trabajadores frente a la vejez, al término de su vida laboral activa"[58], hecho patente por el fenómeno de dicha crisis de fines de los noventa.

A su vez, encontramos la identificación temprana de contradicciones en la reestructuración neoliberal en otros títulos como *Capital transnacional y trabajo. El desarrollo minero en Chile* (1998) de Rafael Agacino, Cristian González y Jorge Rojas o en *Trabajadores y empleo en el Chile de los noventa* (1999) de Patricio Escobar (coord.), que cuestionan las condiciones de precariedad laboral y la relación capital-trabajo en aquellos años.

El libro de Agacino, González y Rojas, pensando en las potencialidades performativas de las ciencias sociales ya esbozadas, se inscribía dentro de la línea de investigaciones sectoriales del

[58] Elter, *Sistema A.F.P*, 11.

Programa de Economía del Trabajo (PET), siendo aquella "una de las actividades centrales en el apoyo y entrega de servicios al movimiento de trabajadores"[59], generando nexos fuera del espacio académico y aportando en el campo de la formación de dirigentes sindicales y trabajadores de la minería. El libro en cuestión hacía parte central de su investigación el problema de la subcontratación en la Minería, con relación al impacto y resultados de aquello en los fenómenos de la fragmentación productiva y flexibilización del mercado laboral, redundando en una precarización de los puestos de trabajo en ese sector productivo.

Y justamente, será a comienzos del nuevo siglo que el movimiento de trabajadores subcontratados tomará preponderancia en su lucha sindical por mejorar sus condiciones de trabajo, transformándose en la punta de lanza del nuevo movimiento sindical chileno. En resumen, todos ellos son temas que luego harán parte de las demandas de los movimientos sociales o sindicales en las décadas del 2000 y 2010.

De forma incomparable, *Chile actual: anatomía de un mito* (1997) de Tomás Moulian fue el libro más vendido de la serie. No profundizaremos en su contenido dado que ya existen estudios que lo realizan. Sí podemos apuntar que rápidamente vendió alrededor de 20.000 ejemplares y, a largo plazo, el libro ha vendido alrededor de 38.000 unidades, razón por la que se le considera un *long-seller*. Le siguen en número de ventas en la serie el otro libro de Moulian publicado un año después, *Conversación interrumpida con Allende* (1998), luego el libro del primer autor publicado por Lom, Jacques Chonchol, con el título *¿Hacia dónde nos lleva la globalización?* (1999), y el ya mencionado *Mapa actual de la extrema riqueza* (1997) de Hugo Fazio.

Respecto al efecto que generó *Chile actual* desde el punto de vista de la editorial, puede analizarse desde diferentes ángulos. En primer lugar, el número de ventas significó un aporte importante para la editorial en términos económicos, en el sentido de facilitar el sostenimiento de otras publicaciones del catálogo en su conjunto. También, junto al negocio de la imprenta, el aspecto económico de *Chile actual* implicó un apoyo clave al declarado propósito de crítica social impregnado en la serie.

[59] Agacino et al., *Capital transnacional y trabajo*, 25.

El editor Paulo Slachevsky explica que la editorial funciona bajo una lógica en la cual "unos libros ayudan a otros". Es decir, el fenómeno *Chile actual* contribuyó a dar continuidad a "no considerar ningún criterio comercial, si se va a vender o no se va a vender para publicarlo, sino de considerar la valoración de la lectura como sus subjetividades"[60]. Así, los libros que más vendían ayudaban a los proyectos de menores ventas —aunque se realizaban todos los esfuerzos comerciales por vender cada título—.

En el mismo plano, si bien el efecto económico de *Chile actual* se comienza a sentir al año siguiente, su éxito en ventas, como expresa el editor, **"**ayudó estructuralmente al movimiento que ya estábamos tomando, a esta rueda que había ido creciendo en cantidad de títulos a la vez, y que la mantuvimos a ese nivel, en 70 u 80 títulos de novedades por mucho tiempo"[61]. *Chile actual* contribuyó enormemente a sostener un ritmo de ediciones que hubiera sido difícil de lograr sin ese éxito editorial. Si la imprenta sostuvo la producción a nivel material, *Chile actual* lo efectuó a nivel temático de recepción en un público lector delimitado.

Chile actual incentivó el interés en las lecturas críticas y se transformó en un hito para la misma editorial, entre otras cosas porque posicionaba a Lom como una editorial de prestigio en ese tipo de temáticas. Con *Chile actual*, el catálogo de la editorial entró de lleno a realizar una crítica directa al denominado proceso de transición, a disputarlo políticamente a través de las publicaciones. Se configuró como un espacio de reflexión crítica sobre el presente y no solo sobre el pasado reciente y más remoto; ahora cobraba ímpetu cualquier otro libro del mismo tipo editado por Lom, adquiriendo una renovada fuerza simbólica en tanto *editorial crítica*. De acuerdo con las palabras de su editora, sucedió que el libro le hace:

> "Recobrar [a Lom] cierta relevancia. Comienza a ocupar un espacio distinto en el panorama cultural. Se juntan dos cosas, la intención y la posibilidad. Porque *Chile actual* abre un espacio muy visible y, por lo tanto, también hay otros libros que empiezan a aparecer. Evidentemente nosotros lo asumimos y lo comenzamos a hacer. Y entonces, se

[60] Slachevsky, entrevista.
[61] Slachevsky, entrevista.

> inscribe en un año que empieza a empujar mucho más fuerte la crítica al modelo. Sin duda, 1997 es un año hito para la editorial".[62]

Acá podemos observar la interacción entre *intención* y *posibilidad*, dando pie a reflexionar sobre la movilidad de una editorial dentro del campo; el momento en que una editorial puede afirmar su existencia y modificar su posición, según lo planteado por Bourdieu. Es decir, *Chile actual* representa para Lom un punto de inflexión referido a su propia construcción y recepción simbólica como editorial. El éxito del libro abrió un espacio de posibilidad para Lom, donde su estrategia editorial de inscripción en el espacio público cobró visibilidad.

Profundizar *la crítica al modelo*, si bien era una intención anterior, ahora se convertía en una opción de la que se podía extraer el máximo provecho, no solo económico, sino que desde el ángulo de su efecto político e intelectual, respecto a su potencialidad performativa. Los libros que fueron editados posteriormente cargaban de antemano con un sello, repercutiendo en la recepción del conjunto de títulos de la Serie Punto de fuga y del catálogo general de Lom.

Esto podía ser verificado en la recepción de los libros de Lom en las librerías de la época. Hasta ese entonces, había varias librerías que, por temas políticos y de memoria del catálogo, no estaban dispuestas a recibir libros de la editorial, pero como plantea Paulo Slachevsky, "cuando tú tienes un libro que está en la lista del ranking de los más vendidos, más aún en el número 1, ahí sí quieren libros tuyos"[63]. De este modo, las librerías modificaron el interés para con la editorial, prestando mayor atención a su catálogo o colocando más a la vista los libros en la vitrina. En ese sentido, Silvia Aguilera, que desde un comienzo era la encargada de las ventas directas con las librerías, comenta su experiencia respecto a la recepción en los primeros años de las ediciones:

> "Yo fui la que llevé los primeros 3 libros de Lom a las librerías. Y también era muy joven, […] fue el momento en que armamos Lom y me retaban. Había gente mayor que me

[62] Aguilera, entrevista.
[63] Slachevsky, entrevista.

> decía "¿qué?", por el libro de Jacques Chonchol, por ejemplo. Y, "¡qué anda ofreciendo esos libros!", "¡ese es un delincuente!" […] "es que usted es muy joven, no conoce mi historia"… o sea, no era para nada bien recibida".[64]

En definitiva, para analizar la serie Punto de Fuga, no solo se prestó atención a sus productos finales en tanto libros, sino que se intentó rastrear el proceso de creación intelectual y editorial que lo antecede y sus repercusiones varias. En este caso, la relación de colaboración entre una institución universitaria y la editorial, que implicó incluso la creación de un comité editorial especial para dicha Serie de libros. La editorial no solo posibilitó la fabricación material del libro y su puesta en circulación, sino que tomó decisiones y entró en contacto con los/as autores/as antes de la disposición del texto en formato libro.

La colección Septiembre y la batalla por la memoria

Septiembre es otra colección que es pertinente observar, porque también es útil para analizar los intereses y misiones que la editorial se fue planteando en el trayecto de sus primeros años. La colección nació en 1996 como una propuesta interna de Lom, a raíz de las discusiones cotidianas entre los/as miembros del colectivo editorial. Se consideró necesario juntar en una misma colección los esfuerzos destinados a recuperar los temas vinculados a las memorias y testimonios del pasado político reciente, memorias marcadas y agrietadas por el acontecimiento del Golpe de Estado de 1973.

Además, la colección puede mirarse como una iniciativa para salir de esa situación de trauma colectivo o, por lo menos, procesarlo desde otro punto de vista. Esto es, no solo la recuperación de la memoria como víctimas de la dictadura, sino también reponer las memorias de los hombres y mujeres que resistieron a la dictadura y lucharon de diversos modos contra ella. Una memoria más bien con un carácter militante, que no anulara la capacidad de agenciamiento y respuesta a la violencia estatal desplegada desde 1973. Aunque, de todos modos, se incluyen en el catálogo bastantes testimonios de la experiencia propiamente represiva de la dictadura cívico-militar.

[64] Aguilera, entrevista.

Dicha colección comenzó a posicionar el tema de la llamada *batalla por la memoria* o la *demanda de memoria* antes de que irrumpiera en la esfera de la discusión pública, lo que ocurrió primero a raíz de la detención de Pinochet en 1998, pero sobre todo por la conmemoración de los treinta años del golpe de Estado en el año 2003, cuando según Stern se comienza a "despejar acelerada e inesperadamente la *impasse* y el tabú"[65] sobre la memoria social que se había instalado en la década de 1990[66]. Y sucede que, de nuevo, los itinerarios y experiencias de vida del colectivo editorial juegan un papel central a la hora de plantear la mirada política que esta colección establece sobre los temas de memoria. Su experiencia directa con la represión, así como su participación en los movimientos de resistencia a la dictadura, fueron fundamentales para definir y empujar insistentemente una agenda de debate sobre la memoria reciente.

Así, en el catálogo se observa un sostenido interés por abordar dichos temas controversiales, sentenciados por un silencio tácito desde el poder estatal o militar en los primeros años de la postdictadura. Sin embargo, el catálogo impulsado por los/as editores/as de Lom es la expresión de la tensión latente que no dejó de existir en ciertos sectores sociales. Se puede decir que hicieron, desde el mundo de la edición de libros, lo que familiares de detenidos y ejecutados políticos realizaron en el ámbito de la movilización social por *no dar vuelta la página*, respecto a la impunidad y violación de los Derechos Humanos en dictadura.

---

[65] Stern, *Recordando el Chile*, 34.

[66] Para el historiador Steve Stern, la dinámica de la memoria que entra en juego en el Chile de la postdictadura es más compleja que la simple dicotomía entre el olvido y la memoria. Más bien emergió una cultura de *impasse* de la memoria, que oscilaba entre la prudencia y la convulsión, en una tensa combinación no resuelta y en pugna entre deseo, iniciativa, restricción e imposición. Este *impasse* se fue desenredando parcialmente desde 1998 con la detención en Londres del dictador Pinochet.

Tabla 2. Catálogo colección Septiembre

N°	Autor/a (es/as)	Título	Año [publicación original]
1	Hernán Valdés	Tejas verdes	1996 [1974]
2	Irene Geis	Copa de vinagre	1996
3	Ariel Dorfman	La muerte y la doncella	1997 [1992]
4	Matías Rivas y Roberto Merino (ed.)	¿Qué hacía yo el 11 de septiembre?	1997
5	Ricardo Palma Salamanca	El gran rescate	1997
6	Paz Rojas, Víctor Espinoza, Julia Urquieta y Hernán Soto	Tarde pero llega. Pinochet ante la justicia española	1998
7	Manuel Antonio, Roberto y Carmen Garretón Merino	Por la fuerza sin la razón. Análisis y textos de los bandos de la dictadura militar	1998
8	José Ángel Cuevas	Diario de la ciudad ardiente	1998
9	Francisco Martorell	El caso de Gloria Stockle. Otra historia de impunidad	1998
10	Hernán Soto y Sergio Villegas (Edit.)	Archivos secretos. Documentos desclasificados de la CIA	1999
11	Francisco Martorell	Operación Cóndor. El vuelo de la muerte	1999
12	VV.AA.	Ellos se quedaron con nosotros	1999
13	Sergio Pesutic	La tumba vertical	1999
14	Luis Salinas	The London Clinic	1999
15	Comisión Chilena de Derechos Humanos y Fundación Ideas	Nunca más en Chile. Síntesis corregida y actualizada del Informe Rettig	1999
16	Robert Antelme	La especie humana	1999
17	Carmen Castillo	Un día de octubre en Santiago	1999 [1980]
18	Juan Francisco Coloane	Britannia y un general	2000

19	Humberto Lagos Schuffeneger	El general Pinochet y el mesianismo político	2001
20	Ricardo Palma Salamanca	Una larga cola de acero	2001
21	Miguel Jordá	Martirologio de la iglesia chilena	2001
22	Paz Rojas, María Inés Muñoz, María Luisa Ortiz y Viviana Uribe	Todas íbamos a ser reinas: estudio sobre diez mujeres embarazadas que fueron detenidas y desaparecidas en Chile	2002 [1990]
23	Graciela Jorge y Eleuterio Fernández	Chile roto. Uruguayos el día del golpe en Chile	2003
24	Andrés Aylwin Azócar	Simplemente lo que vi (1973-1990): y los imperativos que surgen del dolor	2003
25	Michel Bonnefoy	Relato en el frente chileno	2003 [1977]
26	Claudio Durán	Autobiografía de un exjugador de ajedrez	2003
27	Eliana Bronfman y Luisa Johnson	De enterezas y vulnerabilidades. 1973-2003: hablan los mayores	2003
28	Jorge Montealegre	Frazadas del Estadio Nacional	2003
29	Sergio Villegas	Funeral vigilado. La despedida a Pablo Neruda	2003
30	Comité Memoria Neltume	Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno	2003
31	José Aldunate	Signos de los tiempos. Crónicas de una década de dictadura	2004
32	Miguel Lawner	Retorno a Dawson	2004
33	Lucía Sepúlveda	119 de nosotros	2005
34	Paz Rojas, María Inés Muñoz, Viviana Uribe y Erika Hennings	La gran mentira. El caso de 199 detenidos desaparecidos	2005 [1994]
35	Patricio Rivas	Chile, un largo septiembre	2007
36	Manuel Guerrero Ceballos	Desde el túnel. Diario de vida de un detenido desaparecido	2008 [1979]
37	Miguel Lawner y Hernán Soto (ed.)	Orlando Letelier, el que lo advirtió: Los Chicago Boys en Chile	2011
38	Luis Rojas	De la rebelión popular a la sublevación imaginada: antecedentes de la historia política y militar de Partido Comunista de Chile y del FPMR 1973-1990	2011

39	Daniel Tarnopolsky	Betina sin aparecer: historia íntima del caso Tarnopolsky, una familia diezmada por la dictadura militar argentina	2012
40	Sergio Villegas	El Estadio: Once de septiembre en el país del edén	2013 [1990]
41	Nancy Guzmán Jasmen	Un grito desde el silencio. Detención, asesinato y desaparición de Bautista van Schouwen y Patricia Munita	2013 [1998. En Colección Nuevo Periodismo]
42	Franklin Troncoso	Historia del grupo musical ¡Karaxú! (1974-1978) perder la paciencia	2014
43	Luis Rojas	Carrizal. Las armas del PCCH, un recodo en el camino	2018

Fuente: elaboración propia.

Si bien esta colección se extiende mucho más allá de los años que nos proponemos analizar, la disponemos en su completitud para poder comprender su trayectoria. De este modo, su última publicación fue en 2018, contando con un total de 43 títulos. Pero hasta el año 2003, que es el límite de la periodización escogida para este artículo, marcado por la conmemoración de los 30 años del Golpe, la colección Septiembre había editado 30 títulos. Los años con más publicaciones son precisamente 1999, el año posterior a la detención de Pinochet, con 8 publicaciones, y el año 2003 de la conmemoración, con otras 8 publicaciones más, que marcan los puntos más altos de actividad editorial de la colección Septiembre. Solo durante esos dos años, 1999 y 2003, se publican la mitad más uno de los títulos contabilizados hasta el periodo estudiado aquí.

Ahora bien, de manera sintética, podemos establecer algunas caracterizaciones temáticas que nos ayuden a agrupar y analizar al conjunto de la colección. En primer lugar, se observa un grupo de libros del catálogo que están directamente relacionados con el rescate de memorias militantes o desde una perspectiva de la militancia política. Tal es el caso de *El gran rescate* (1997), *Un día de octubre en Santiago* (1999), *Una larga cola de acero* (2001), *Relato en el frente chileno* (2003) *o Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno* (2003). Aunque esta temática no es abordada por la mayoría de los libros de Septiembre, es destacable su valor histórico, si entendemos que el Museo de la Memoria, inaugurado varios años

más tarde, en 2010, no apuntaba a la restitución de este tipo de memoria sobre la dictadura. Menos aún los medios de comunicación, que recién en 2014 exhibieron la serie documental *Guerrilleros,* sobre la historia del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) por televisión abierta, la cual no criminaliza la resistencia armada a la dictadura.

Un segundo tipo de libros que podemos identificar corresponde a escritos que rescatan la experiencia más cruda de la represión en centros de reclusión y exterminio, o sobre casos de violación a los derechos humanos, como *Tejas verdes* (1996), *El caso de Gloria Stockle. Otra historia de impunidad* (1998), *Operación Cóndor. El vuelo de la muerte* (1999), *Ellos se quedaron con nosotros* (1999), *Martirologio de la iglesia chilena* (2001), *Todas íbamos a ser reinas: estudio sobre diez mujeres embarazadas que fueron detenidas y desaparecidas en Chile* (2002), *Autobiografía de un ex-jugador de ajedrez* (2003), o *Frazadas del Estadio Nacional* (2003). Estos libros tienen la importancia de relatar en profundidad, desde el ámbito testimonial subjetivo o investigativo, casos de represión. Otros rescatan la experiencia de la cotidianidad del acontecimiento del Golpe y el quiebre en la biografía personal, más remotamente el exilio, o el significado de vivir en dictadura por prolongados años, como *Copa de Vinagre* (1996), *¿Qué hacía yo el 11 de septiembre?* (1997) o *Diario de la ciudad ardiente* (1998). No era necesario ser afectado de manera directa por la muerte, prisión o tortura para experimentar el terror de Estado y disciplinamiento, o un vuelco rotundo en la vida.

Por último, también se encuentra una temática relevante a destacar, y que se tornó contingente en el desenredo del *impasse* de la memoria, como fue la discusión y cuestionamiento a la figura del dictador Pinochet. Es el caso de los libros *Tarde pero llega. Pinochet ante la justicia española* (1998), *The London Clinic* (1999), *Britannia y un general* (2000) o *El general Pinochet y el mesianismo político* (2001). Particular es el caso del primer libro destacado aquí, *Tarde pero llega*…, una investigación periodística a cargo de Paz Rojas, Víctor Espinoza, Julia Urquieta y Hernán Soto sobre el proceso judicial de Pinochet en España. Fue lanzado aproximadamente un mes antes de la detención de Pinochet en Londres, cuando aún no se conocía del todo aquel caso judicial en Chile.

Paz Rojas también había estado vinculada al CODEPU, al igual que miembros del colectivo editorial, y el libro se preparó en

conversación con Silvia Aguilera. De este modo, se trataba de incidir en la discusión sobre Pinochet para poner en cuestión su figura omnipotente, mencionando en la introducción que pensaban que el libro "tiene [una] importancia especial en el momento que vive Chile, en que parecen abrirse posibilidades de cuestionar decididamente la impunidad. Pinochet, convertido en senador vitalicio, no está a salvo de acusaciones y procesos"[67], agregando que "uno de los principales conflictos no resueltos en nuestra sociedad es la impunidad. El Estado tiene la obligación de hacer justicia"[68], lo cual finalmente a duras penas se efectuó.

Por otro lado, el texto más vendido de esta colección Septiembre es uno editado el mismo año que *Chile actual*, en diciembre de 1997. Se trata de *El gran Rescate* firmado bajo la autoría de Ricardo Palma Salamanca, quien se había escapado en un helicóptero desde la Cárcel de Alta Seguridad en una espectacular operación denominada Vuelo de Justicia, junto a otros miembros del FPMR. Esta fuga había ocurrido el 30 de diciembre de 1996, exactamente un año antes de la edición del libro. Este acontecimiento generó gran revuelo nacional, lo que explica que fuera un libro que vendió la mayoría de sus ejemplares en un *peak* corto de tiempo, de alrededor de dos meses, contando con una venta total de 12.700 ejemplares. Podemos dimensionarlo debido a que en el mismo mes de diciembre de 1997, cuando fue lanzado, ya iba en su quinta reimpresión.

Si bien este libro tiene una segunda edición del año 2014 y una tercera en el año 2018, estas últimas dos ediciones juntas no suman más de 1.000 ejemplares. Fue un fenómeno de ventas que fue subiendo y luego llegó casi a cero, siendo una verdadera explosión de ventas y fenómeno editorial. El libro había llegado como propuesta a través de la revista *Punto Final* a la editorial Lom; de hecho, es una coedición. El contrato de aquel libro se realizó con la madre del fugado Palma Salamanca. Es interesante notar que acá se puso en marcha una estrategia de venta que funcionó bastante bien: fue anunciado su lanzamiento en la portada del diario concertacionista *La Época*, generando un interés y conmoción inmediata.

[67] Rojas et al., *Tarde pero llega*, 7.
[68] Rojas et al., *Tarde pero llega*, 8.

Los libros que le siguen en ventas son: *Un día de octubre en Santiago* (1999) de Carmen Castillo, *Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno* (2003) editado por el Comité Memoria Neltume, y *La muerte y la doncella* (1997) de Ariel Dorfman. Es decir, los tres libros con las mayores ventas de la colección Septiembre corresponden a memorias y testimonios militantes de acontecimientos ligados a la lucha armada, emprendidos por la izquierda chilena que resistió la dictadura. Cabe mencionar también que la Colección Septiembre cuenta con un variado tipo de géneros de registro, desde los relatos testimoniales, las investigaciones periodísticas y las novelas, hasta la recopilación de documentos históricos relativos a la temática de la memoria. Es decir, desde diferentes ángulos se trató de incidir públicamente para disputar la batalla por la memoria desde mediados de la década de los noventa.

Consideraciones finales

En la tarea de pensar conjuntamente el vínculo entre la historia reciente de la postdictadura y el fenómeno editorial, queda de manifiesto que Lom ha sido un elemento clave. Se convirtió en un actor histórico que edificó caminos estratégicos —en tanto diferentes decisiones y acciones planificadas— con el fin de tensionar o fisurar el orden social. Las estrategias desplegadas incluyeron una reflexión consciente sobre la práctica editorial, la generación de vínculos con intelectuales centrales del periodo, la construcción de un catálogo organizado por medio de colecciones en diálogo con procesos políticos y el establecimiento de alianzas con otras editoriales afines.

Por todo ello, es posible caracterizar a Lom como un proyecto editorial contrahegemónico, concepto que enfatiza el interés crítico, pero también el medio simbólico a través del cual se disponen los fines políticos. Una batalla librada en el terreno de la cultura, es decir, una disputa en contra de las significaciones dominantes de la coyuntura histórica postdictatorial. Sin embargo, la producción y circulación de bienes simbólicos implica la puesta en marcha de relaciones sociales que los circundan. Por ello, la perspectiva material o pragmática del pensamiento, el giro material de la historia intelectual y el enfoque de la performatividad se

convierten en herramientas fundamentales en función de los objetivos propuestos.

Lom Ediciones no solo operó como un espacio de producción material para la transformación de textos en formato-libro. Dado que en la actividad de Lom se otorgó un énfasis importante al proceso de reflexión y creación intelectual, esta experiencia editorial ejerció como un vaso comunicante entre el campo intelectual y el político. Una dinámica de mediación intelectual, pero que también perfilaba a la editorial en sí como un actor político-cultural de la postdictadura en Chile.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Aguilera, Silvia. Entrevista realizada por el autor, 30 de junio de 2025.

Aguilera, Silvia, y Paulo Slachevsky. "Enredos entredós". *LOMaway*, no. 1 (abril-mayo de 2000): 3–5.

Aguilera, Silvia, y Paulo Slachevsky. *¿Qué es una editorial?* Manuscrito, s. f.

Araya, J. "Huellas de una trayectoria". *Lom Ediciones*. Consultado el 29 de noviembre de 2025. https://www.lom.cl.

Boletín 25 años leyendo otro Chile. 2015.

Lom Ediciones. *Manifiesto LOM*. 1995. Manuscrito.

Slachevsky, Paulo. Entrevista realizada por el autor, 26 de junio de 2025.

Slachevsky, Paulo. "Osadía y esperanza de los editores independientes". *Rocinante*, no. 21 (junio de 2000): 12–13.

Teitelboim, Volodia. "Libro 100 de LOM". *Punto Final*, no. 388 (21 de febrero de 1997): 19.

Universidad ARCIS. Consultado el 30 de noviembre de 2025. https://www.universidadarcis.cl.

Véjar, Francisco. "10 años de LOM". *Rocinante*, no. 18 (abril de 2000): 22–23.

Bibliografía

Agacino, Rafael, Cristian González y Jorge Rojas. *Capital transnacional y trabajo: el desarrollo minero en Chile*. Lom, 1998.

Altamirano, Carlos. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

Bello, Kenya. "Los libros de la nueva izquierda en tirajes masivos: la Serie Popular de Ediciones Era (1969–1989)". *Políticas de la Memoria*, no. 23 (2023): 40–53.

Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, 1999.

Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Gedisa, 2017.

De la Maza, Gonzalo. "Sociedad civil y democracia en Chile". En *Sociedad civil, esfera pública y democracia en América Latina*, editado por Aldo Panfichi, 211–240. Fondo de Cultura Económica, 2002.

Domínguez, Lucas. "Politizar la sociedad". En *Edición y revolución en Argentina*, dirigido por Horacio Tarcus, 9–22. Tren en movimiento, 2023.

Dosse, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Universidad de Valencia, 2006.

Elter, Doris. *Sistema A.F.P. chileno: injusticia de un modelo*. Lom, 1999.

Fazio, Hugo. *El programa abandonado*. Lom, 1996.

Grafton, Anthony. "La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá". *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 11, no. 2 (2007): 123–148.

Guillaudat, Patrick, y Pierre Mouterde. *Los movimientos sociales en Chile, 1973–1990*. Tiempo Robado, 2023.

Jara, Camila. *(Des)movilización de la sociedad civil chilena: post-trauma, gobernabilidad y neoliberalismo (1990–2010)*. Ariadna, 2019.

Moyano, Cristina. "Cartografía genealógica de las 'narrativas del malestar': el Chile de la transición entre 1990–1998". *Revista de Historia* 28, no. 1 (2021): 482–513.

Moyano, Cristina. "Los ensayos políticos durante la transición en Chile, 1988-2012. Algunas consideraciones teóricas preliminares". Ponencia presentada en las XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

Moyano, Cristina. "Relatos políticos sociales durante la primera década de transición a la democracia en Chile: campo

político intelectual y performatividad, 1990–1998". *Re-Presentaciones*, no. 15 (2021): 25–52.

Pinedo, Javier. *Debates intelectuales. Estudios sobre la historia de las ideas, pensamientos políticos y cultura en Chile*. Ariadna, 2018.

Ramos, Claudio. "Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de realidad social". *Convergencia*, no. 66 (2014): 151–177.

Ramos, Claudio. *Relatos sociológicos y sociedad: Tomás Moulian, José Joaquín Brunner y Pedro Morandé: obra, redes de producción y efectos (1965–2018)*. UAH Ediciones, 2019.

Reyes, José Carlos. *Una historia de Ediciones ERA: la Guerra Fría en Latinoamérica y su impacto en una empresa interesada en los marxismos 1960-1989*. UAM / Pontificia Universidad Javeriana / Universidad del Rosario, 2024.

Rojas, Jorge. "Historiografía chilena reciente sobre el siglo XX: 1989-2024". En *Anatomía de una disciplina. 25 años de historiografía chilena*, coordinado por Álvaro Góngora, 215–273. Ediciones Universidad Finis Terrae, 2014.

Rojas, Paz, Víctor Espinoza, Julia Urquieta y Hernán Soto. *Tarde pero llega: Pinochet ante la justicia española*. Lom, 1998.

Saferstein, Ezequiel. "Edición y política. Una aproximación analítica". En *Edición y revolución en Argentina*, dirigido por Horacio Tarcus, 21–39. Tren en movimiento, 2023.

Saferstein, Ezequiel. "Entre los estudios sobre el libro y la edición: el 'giro material' en la historia intelectual y la sociología". *Información, cultura y sociedad*, no. 29 (2013): 139–166.

Stern, Steve. *Recordando el Chile de Pinochet: en vísperas de Londres 1988*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2009.

Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile. Desde la colonia hasta el Bicentenario*. Lom, 2010.

Symmes, Constanza. "Fundar la Asociación de Editores Independientes de Chile: una estrategia de resistencia colectiva". *Comunicación y Medios*, no. 27 (2013): 129–146.

Valdivia, Verónica. "Gritos, susurros y silencios dictatoriales. La historiografía chilena y la dictadura pinochetista". *Tempo e Argumento* 10, no. 23 (2018): 167–203.

II. Género, feminismo y lenguajes en disputa

"Del lenguaje neoliberal al léxico económico doméstico": disciplinamiento de las mujeres populares y construcción de hegemonía en la revista *Amiga*, 1976-1979. Una propuesta desde la historia intelectual[1]

Laura Briceño Ramírez[2]

La historiografía chilena concuerda en que la implementación del neoliberalismo inició formalmente en 1975 con la aplicación de las políticas de shock, lideradas por los economistas conocidos como Chicago Boys y respaldadas por Augusto Pinochet[3]. Sin embargo, investigaciones recientes[4] han demostrado que, desde el golpe de Estado, civiles y militares afines al proyecto neoliberal comenzaron a elaborar estrategias destinadas a provocar un "cambio de mentalidad" en la sociedad, pese a la coexistencia de al menos dos proyectos en disputa al interior del bloque militar: el nacionalismo castrense y el monetarismo liberal. Esto evidencia que el tránsito hacia el neoliberalismo fue un proceso conflictivo y contingente, marcado por exclusiones y desplazamientos[5].

Bajo la conducción de los militares "neoliberales" y con el apoyo de civiles, la dictadura impulsó tempranamente una serie de políticas públicas y programas sociales orientados a "desarticular el

[1] El capítulo es parte del proyecto posdoctoral "El neoliberalismo parte por casa". Educación del consumidor y producción de subjetividades femeninas en la construcción de la hegemonía neoliberal en Chile, 1974-1982" dirigido por el Dr. Claudio Pérez, código PS 032652PS_POSTDOC. Agradecimientos a la Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Creación de la Universidad de Santiago de Chile.

[2] Doctora en Historia, académica de la Universidad de Santiago de Chile, integrante del Grupo de Historia Intelectual. Correo de contacto: lbricenoramirez@gmail.com ORCID: https://orcid.org/0000-0002-3502-6505,

[3] Vergara, *Auge y caída*; Constable y Valenzuela, *Una nación de enemigos*; Klein, *La doctrina del Shock*.

[4] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'"; Gárate, *La revolución capitalista*; Jara, "Editora Nacional Gabriela Mistral"; Ortega, "Acerca del inicio"; Valdés, *Los economistas de Pinochet*; Edwards, *El proyecto Chile*.

[5] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'"; Donoso, *Cultura y dictadura*.

conflicto social"[6]. Dicho proceso no se limitó solo al ejercicio de prácticas coercitivas, como la represión política, la violación de los derechos humanos y la clausura del debate público, sino que también implicó el despliegue de mecanismos persuasivos que intervinieron en la vida cotidiana de la población.

A partir de 1974, las mujeres de los sectores populares se convirtieron en un objetivo estratégico para la dictadura. A través de la Secretaría Nacional de la Mujer, se impulsó la idea de que el hogar debía administrarse como una unidad económica[7]. Se buscaba inculcar una eficiencia doméstica acorde con el discurso oficial de "recuperación económica" y de "economía de guerra", como parte de la estrategia contrainsurgente desplegada por la dictadura bajo los principios de la Doctrina de Seguridad Nacional[8]. Para materializar esta política, en una primera instancia la Secretaría desplegó una red de voluntarias a lo largo del país que ejecutó diversos talleres enfocados en la educación doméstica y, en una segunda instancia, puso en circulación contenidos impresos mediante la revista *Amiga*, publicada desde enero de 1976. El objetivo de estas acciones, entre otras, era situar a las mujeres populares como agentes de socialización de la nueva lógica económica[9].

La dictadura concibió a la mujer como reproductora biológica, transmisora de valores culturales y le asignó el mandato de encarnar el modelo de esposa, madre y dueña de casa[10] comprometida con la causa refundacional. Su labor incluía la vigilancia de sus hijos con el fin de prevenir cualquier vinculación con la insurgencia[11]. Paralelamente, se le exigió sacrificio económico, lo que se tradujo en la promoción de la eficiencia doméstica como estrategia disciplinaria destinada a sostener el plan de "recuperación económica".

De este modo, la economía no operó únicamente como un conjunto de políticas o saberes técnicos, sino también como un lenguaje de gobierno capaz de producir sentidos morales, organizar

---

[6] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'"; Jara, "Editora Nacional Gabriela Mistral".
[7] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'", 186.
[8] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'".
[9] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'", 185.
[10] Tessada, "'Modelando el bello sexo'", 267.
[11] Tessada, "'Modelando el bello sexo'", 269.

prácticas cotidianas y modelar subjetividades femeninas en el contexto autoritario, tal como se expresó en la revista *Amiga* entre 1976-1979.

Mediante operaciones discursivas y semánticas, como la configuración de un léxico económico doméstico y de un vocabulario normativo, la revista difundió conceptos como "administradora del hogar", "eficiencia", "ahorro" y "consumo responsable", cuyo objetivo era disciplinar, naturalizar y normalizar las nuevas condiciones socioeconómicas, así como preservar los roles tradicionales de género. De este modo, la revista actuó como dispositivo de mediación civil-femenino entre la dirección militar, los ideólogos neoliberales y las mujeres populares, contribuyendo a la implantación de las bases ideológicas del neoliberalismo en Chile y al mantenimiento del orden patriarcal.

El trabajo de Verónica Valdivia analiza la relación de la dictadura con los sectores populares durante los años setenta a partir de la construcción del discurso de la guerra contrainsurgente y de la implantación del proyecto neoliberal. Su hipótesis sobre la cooptación del mundo popular mediante medidas persuasivas examina, entre otros aspectos, el papel de la Secretaría Nacional de la Mujer en la transmisión del discurso oficial. La autora releva el papel que jugaron los cursos y talleres, en especial los de educación del consumidor, así como la elaboración de un marco normativo respecto al rol tradicional de las mujeres en el orden social patriarcal, en sintonía con la Doctrina de Seguridad Nacional y la nueva economía que promovía la responsabilidad individual.

Vanessa Tessada, por su parte, dedica su investigación[12] a analizar las conexiones entre las dictaduras de Franco y Pinochet a través de la relación que estableció la Sección Femenina española con la secretaría chilena. Para Tessada, esta relación definió la mirada sobre la mujer que configuró la dictadura en Chile. En su trabajo sobre los modelos de mujer elaborados por *Y, revista para la mujer*, editada por la Sección Femenina en España entre 1938-1945, y *Amiga*, de la Secretaría Nacional de la Mujer en Chile publicada entre 1976-1984, la autora explora los límites simbólicos y materiales de ambos modelos, reconoce similitudes en los discursos patriarcales y fisuras respecto al "modelo ideal de mujer" y de la

[12] Tessada, "La Secretaría Nacional".

"mujer moderna". En una línea similar, aunque desde el punto de vista institucional, Francesca Grez revisa la influencia de la Sección Femenina de la dictadura de franquista en la creación de la Secretaría. Grez sostiene que el hispanismo contribuyó a la creación de una ideología específica sobre la mujer en la dictadura chilena.

Desde una perspectiva diferente, Ana y Sandra López utilizan la revista *Amiga* para estudiar la construcción del modelo de mujer a partir de la imagen de Lucía Hiriart, esposa de Augusto Pinochet. Las autoras fijan como objetivo identificar las representaciones sobre su figura como "primera dama" y símbolo de la reconstrucción nacional, en referencia a tópicos como patria, orden, familia y la relación con los varones. Plantean, al igual que Vanessa Tessada, que existe una tensión entre el rol de la mujer frente al conservadurismo y la propuesta de modernidad.

Los trabajos existentes permiten conocer, desde distintas perspectivas, el papel de la Secretaría en la construcción del discurso femenino de la dictadura, las representaciones de género, "los modelos de mujer" y la influencia del hispanismo franquista, como también el papel protagónico que se le asignó a las mujeres en la promoción de los valores conservadores que defendía la dictadura, dentro del marco de su lucha contra el comunismo nacional e internacional. No obstante, aún falta profundizar en cómo la Secretaría y su revista *Amiga* contribuyeron al proceso de implantación del modelo neoliberal en términos conceptuales e ideológicos; por esta razón, se propone estudiar el uso y desplazamiento de los conceptos económicos hacia la vida doméstica en *Amiga* y su aporte a la construcción del sentido común neoliberal.

El recorte temporal considera la creación de la revista *Amiga* en febrero de 1976 y el inicio del proceso de resignificación de conceptos económicos a través de un léxico doméstico y de la circulación de un vocabulario normativo. Este discurso buscó modelar las conductas de las mujeres populares bajo los criterios de responsabilidad, austeridad y eficiencia económica, inscritos en la narrativa dictatorial de la "recuperación económica" y de la "economía de guerra".

Este proceso termina en 1979, cuando la dictadura comenzó a difundir el discurso del "milagro económico" tras la implementación de las políticas de *shock* de 1975 y la apertura al libre

mercado. Dicho discurso estimuló el consumo y la ampliación del acceso al crédito como signo de modernización, iniciando una nueva etapa que abandonó el relato de la austeridad económica. Por lo tanto, esta investigación define una primera fase de implantación ideológica del neoliberalismo entre las mujeres populares, un período caracterizado por el disciplinamiento socioeconómico.

Este capítulo propone un enfoque teórico-metodológico para estudiar el lenguaje económico como objeto de la historia intelectual con perspectiva de género, tomando como fuente el análisis de la revista *Amiga* y su rol en la implantación del proyecto neoliberal. El trabajo se organiza en cuatro secciones: la primera establece un marco teórico que examina la capacidad performativa del lenguaje económico para moldear subjetividades femeninas; la segunda indaga en la refundación de la Secretaría Nacional de la Mujer y en el uso de la revista como tecnología de gobierno bajo la racionalidad neoliberal dictatorial; la tercera analiza la configuración de un léxico doméstico específico como herramienta de disciplinamiento y moralización del orden patriarcal; la cuarta, se presenta la propuesta metodológica para el análisis de la revista y de su léxico doméstico. Finalmente, se ofrece un cierre reflexivo sobre la historia intelectual del lenguaje económico.

Lenguaje económico, dispositivos de mediación y género

Esta investigación concibe al lenguaje económico como un objeto de estudio histórico, cuya resignificación política durante los primeros años de la dictadura chilena se expresó en la elaboración de un léxico económico doméstico y en la configuración de un vocabulario normativo de carácter generizado, difundido a través de la revista *Amiga*. Desde esta perspectiva, el lenguaje económico se entiende como un repertorio conceptual cargado de supuestos normativos y morales, con capacidad para organizar prácticas sociales y relaciones de género.

Abordar esta problemática exige adentrarse en el universo simbólico del aparato dictatorial en su vertiente neoliberal y femenina, considerando tanto el andamiaje conceptual que sustentó sus discursos como su materialización en soportes específicos. Para ello, este estudio se apoya en la historia intelectual, la historia de los lenguajes políticos y la historia conceptual desde un enfoque de

género, marcos que permiten examinar cómo el discurso económico fue estratégicamente movilizado, traducido y resignificado en la revista *Amiga*.

La pertinencia de estos enfoques radica en su capacidad para revelar el vocabulario normativo[13], la estructura temporal de los conceptos[14] y los procesos mediante los cuales las ideas económicas se transformaron en mecanismos de regulación y control social en el ámbito doméstico[15]. En este sentido, el lenguaje se concibe como una práctica social dotada de eficacia política, capaz de producir efectos concretos sobre las conductas sociales[16].

La adopción de la racionalidad neoliberal[17] por parte de la dictadura a partir de 1975, redefinió las representaciones de lo político, lo social, lo económico y el género, así como las instituciones, las formas de gestión y las relaciones sociales. Esta transformación se sostuvo en la elaboración de un lenguaje común orientado a promover cambios en la población, basados en la responsabilidad individual, la austeridad y la eficiencia del mercado.

Desde la historia intelectual, la revista *Amiga* es concebida como un espacio de producción de legitimidades y jerarquías sociales[18], en el que se formularon definiciones normativas de género que reforzaron la estructura patriarcal. Como ha señalado Vanessa Tessada, la revista contribuyó a "la construcción de un ordenamiento social basado en la diferencia sexual", separando a la mujer del espacio público en función de su supuesta inclinación "natural" hacia el hogar y lo doméstico[19].

Tal como argumenta Chartier, "los intereses sociales nunca son una realidad preexistente, sino siempre el resultado de una construcción simbólica y lingüística"[20]. Bajo esta premisa, la revista *Amiga* no solo funcionó como un canal de comunicación política del proyecto neoliberal dictatorial, sino también funcionó como un instrumento que facilitó el asentamiento de la economía de mercado

---

13 Skinner, *Lenguaje, política e historia*.
14 Koselleck, *Futuro pasado*.
15 Scott, "El género"; Kandel, *División sexual del trabajo*.
16 Callon, "Markets and the performativity"; Massey, "Vocabularies of the economy".
17 Rosanvallon, "Para una historia conceptual".
18 Prochasson, "La fábrica de las obras", 11.
19 Tessada, "'Modelando el bello sexo'", 264.
20 Chartier, "¿Existe una nueva historia cultural?", 40.

en la subjetividad de las mujeres de los sectores populares. En este proceso, el género se constituye como una categoría analítica estructurante[21] que permite comprender cómo dicha racionalidad económica se inscribió en el orden doméstico.

La revista *Amiga* estableció un cuerpo normativo de conductas económicas femeninas aceptables para la dictadura, orientadas a la reproducción de normas y valores. En este punto, el lenguaje, en su dimensión performativa, definió usos específicos de los conceptos económicos[22]. Analizar estas categorías exige reconstruir su intención ilocucionaria[23], su carácter polisémico y su inscripción temporal[24].

Estas resignificaciones no solo proyectaron horizontes de futuro y relecturas del pasado, sino que contribuyeron a la producción de subjetividades y a la consolidación de un sentido común económico doméstico. En este punto, el lenguaje económico actuó como el vehículo mediante el cual el proyecto neoliberal fue traducido en prácticas cotidianas del ámbito femenino. Esto refuerza la tesis de que la diferencia sexual constituye una forma primaria de diferenciación significativa[25].

Este análisis permite develar los mecanismos ideológicos que articularon el disciplinamiento económico en la esfera doméstica. Dicha racionalidad se expresó en una institucionalización normativa durante la dictadura, anclada en organismos como la Secretaría Nacional de la Mujer, que defendieron, justificaron y sostuvieron la división sexual del trabajo. Ello permite afirmar que dicha división no responde a un orden natural, sino a una construcción histórica[26].

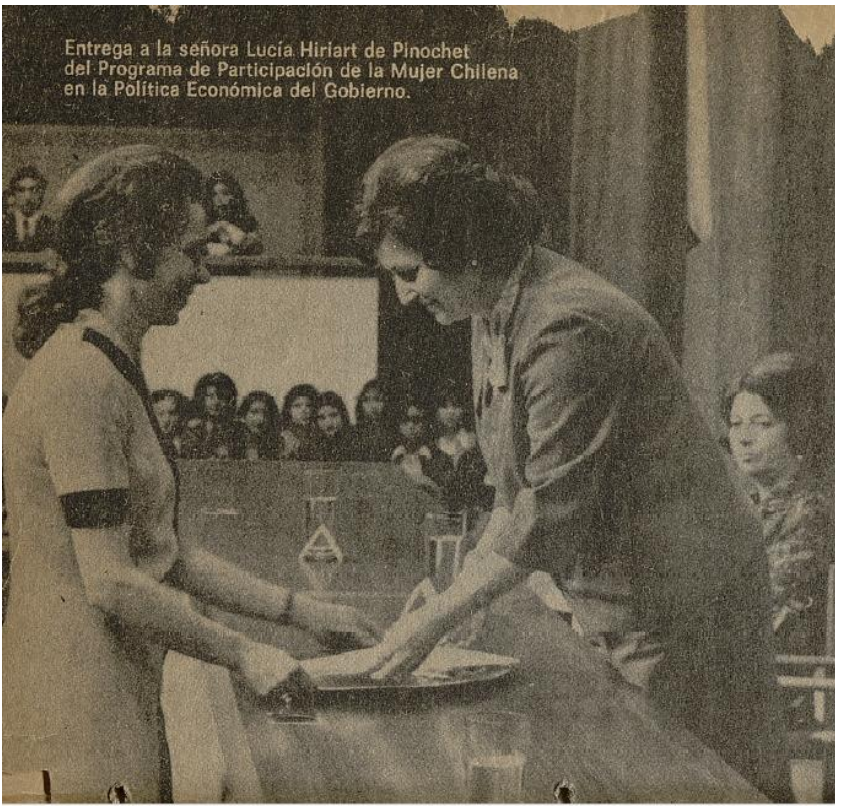
Racionalidad gubernamental: la revista *Amiga* como tecnología de gobierno generizada

El 24 de abril de 1974, Augusto Pinochet se dirigió a las mujeres chilenas en un acto organizado por la Secretaría Nacional

[21] Scott, "El género".
[22] Pocock, *Pensamiento político e historia*; Skinner, *Lenguaje, política e historia*.
[23] Skinner, *Lenguaje, política e historia*.
[24] Koselleck, *Futuro pasado*.
[25] Scott, "El género", 294.
[26] Kandel, *División sexual del trabajo*, 16.

de la Mujer en el edificio Diego Portales. Allí se reunieron dirigentes de centros de madres e instituciones femeninas, quienes fueron convocadas para "paliar la difícil situación económica por la que atraviesa Chile como consecuencia de la demagogia imperante en nuestro país antes del 11 de septiembre de 1973"[27]. La Editora Nacional Gabriela Mistral publicó el discurso el mismo año, precede al prólogo la siguiente fotografía.

Figura 1. Lucía Hiriart entrega a una voluntaria de la Secretaría Nacional de la Mujer el "Programa de Participación de la mujer chilena en la política económica del gobierno".



Fuente: Fotografía extraída de *Mensaje a la mujer chilena* (1974).

[27] Prólogo del *Mensaje a la mujer chilena* pronunciado por Augusto Pinochet el 24 de abril de 1974, publicado por la Editora Nacional Gabriela Mistral en el mismo año.

Aunque se desconoce el criterio editorial de incluir la fotografía –la imagen es la única incluida en la publicación–, su presencia resulta altamente significativa. Desde una lectura simbólica, la fotografía inscribe a las mujeres como agentes del proyecto económico dictatorial, al tiempo que visibiliza la intermediación femenina en la transmisión del programa gubernamental hacia el ámbito doméstico. La escena condensa, en términos visuales, una concepción de la mujer como sujeto estratégico para la implementación del orden económico neoliberal en gestación.

En su discurso, Pinochet instaba a las mujeres a colaborar con la política económica. Sostenía: "estoy cierto de que la mujer comprende la necesidad de una política realista, porque sabe, por experiencia, que cuando se pretende bajar artificialmente los precios de los productos, estos desaparecen, y se generan colas y el mercado negro, cuyas consecuencias las paga directamente las dueñas de casa"[28]. Convocaba a las mujeres a constituirse en el pilar moral de la reconstrucción económica y a responder al llamado de sacrificio que imponía la tarea. Debían ser educadoras y formadoras de conciencia, conservadoras de las tradiciones nacionales; su misión como mujer y madre era proyectar al futuro a las nuevas generaciones[29]. Su participación en el campo laboral consistía en aceptar "que todas las tareas son importantes para la supervivencia de una sociedad organizada, y que no existe ninguna labor ni humilde ni humillante, porque todas son necesarias para el servicio de la Patria"[30]. Para Pinochet, todas las mujeres –profesionales, campesinas y pobladoras– debían estar comprometidas con el programa de refundación nacional, a pesar de las duras condiciones económicas.

Si bien este discurso carece de un vocabulario económico propiamente tal, su carácter moralizante constituye un antecedente clave de la operación política que posteriormente elaboraría el léxico desplegado en la revista *Amiga*. En este sentido, más que un programa económico explícito, el mensaje de 1974 puede leerse como una matriz discursiva orientada a preparar las condiciones

[28] Pinochet, *Mensaje a la mujer*, 14.
[29] Pinochet, *Mensaje a la mujer*, 9.
[30] Pinochet, *Mensaje a la mujer*, 10.

simbólicas para la traducción del neoliberalismo al mundo femenino y doméstico.

La Secretaría Nacional de la Mujer fue creada en el gobierno de la Unidad Popular, en 1972, con el objetivo de asesorar al gobierno en la elaboración y ejecución de políticas relacionadas con la mujer y la atención del niño[31]. En octubre de 1973, la dictadura decidió refundar la secretaría; esta reconfiguración la transformó en un instrumento ideológico destinado a canalizar a las mujeres hacia los principios doctrinarios del régimen y a constituir en ellas una base de apoyo social[32].

Desde 1974, la Secretaría desplegó una red de voluntarias organizadas a nivel provincial y comunal. Ellas estuvieron a cargo de los cursos de capacitación, talleres y charlas en los que se difundieron los valores patrios y familiares, se pretendió elevar el nivel de vida de la familia chilena y dar a conocer las políticas y programas de la dictadura[33]. Estas prácticas pueden ser comprendidas como tecnologías de gobierno orientadas al disciplinamiento de las mujeres populares. En ellas se configuró un universo de intervenciones pedagógicas que sentaron las bases ideológicas para la implantación del neoliberalismo mucho antes de su formalización discursiva en medios escritos. Un antecedente particularmente relevante fue la implementación de los cursos de "educación del consumidor", que constituyen el primer registro sistemático del uso de los conceptos como "administradoras del hogar", "eficiencia", "ahorro" y "consumo responsable".

Según la revista *Amiga*, estos cursos tenían como principal propósito "crear conciencia de la importancia que tiene saber tomar decisiones acertadas. La dueña de casa es la encargada de tomar muchas decisiones que afectan a toda la familia. Por este motivo, y especialmente en lo que refiere a alimentación, el papel que juega la mujer, como consumidora, es de vital importancia"[34]. Desde esta perspectiva, el consumo fue resignificado como una práctica moralmente regulada y la mujer definida como un sujeto económico clave para el plan de recuperación económica.

---

31 Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'", 180.

32 Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'"; Tessada, "La Secretaría Nacional"; Grez, "El hispanismo en las mujeres chilenas".

33 Lechner y Levy, *Notas sobre la vida*, 64.

34 *Amiga*, no. 4, mayo de 1976, 44.

Para los ideólogos neoliberales, las tareas femeninas al interior de la familia podían ser objeto de análisis económico, en la medida en que el hogar era concebido como una pequeña empresa que actuaba de forma independiente, mediada por una función de utilidad común a sus miembros[35].

Este enfoque dialoga con los planteamientos del economista de la Escuela de Chicago y Premio Nobel de Economía, Gary Becker, quien sostuvo que la relegación de las mujeres al ámbito doméstico deriva de su función reproductiva. Según este autor, dicha función explicaría su menor desarrollo profesional y su reducida productividad en el mercado laboral, justificando así la asignación de salarios inferiores en comparación con los hombres[36]. Dicha situación no era interpretada como una desigualdad social, sino como el resultado de una asignación racional dictada por el mercado. Este razonamiento permite comprender la lógica tras el rol asignado a las mujeres por los ideólogos neoliberales en Chile, así como la naturalización de jerarquías de género en la racionalidad neoliberal.

La revista *Amiga* fue dirigida por Amelia Allende, impresa en los talleres de Edimpres y mantuvo una publicación mensual. Su estructura de contenidos abarcaba desde el discurso oficial −con la sección "Así piensa la Secretaría"− hasta temas de actualidad, cultura e historia de Chile, incluyendo además secciones permanentes dedicadas al ámbito doméstico y familiar, tales como psicología infantil, recetas de cocina y entretenimiento. Era gratuita y se distribuía entre las voluntarias a través de las secretarías provinciales y comunales, así como a establecimientos de educación media, instituciones femeninas, colegios profesionales y embajadas. En cuanto a su alcance, en 1976 registró un tiraje de 10.000 revistas; en 1977 aumentó a 20.000; entre 1978 y 1979 se publicaron 22.000 ejemplares, alcanzando un máximo de 25.000 copias en el periodo 1980-1982[37].

La revista se editó hasta 1984. Si bien el argumento oficial para su cierre fue la falta de presupuesto atribuida a los efectos de la crisis económica de 1982, es posible identificar otras razones vinculadas a la pérdida de influencia en los sectores populares. Esta

[35] Marçal, *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?*, 39.
[36] Marçal, *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?*, 37.
[37] Lechner y Levy, *Notas sobre la vida*, 73.

pérdida se puede explicar por la ausencia de políticas estatales orientadas a mitigar el desempleo y el empobrecimiento de la población, factores que se conjugaron con la emergencia, a partir de 1978, de un campo intelectual de oposición que disputó la hegemonía del discurso oficial. Dicho campo estuvo conformado por Organizaciones No Gubernamentales (ONG), profesionales de las ciencias sociales, la Vicaría de la Solidaridad −perteneciente a la Iglesia Católica− y las comunidades cristianas de base, que dedicaron sus esfuerzos a auxiliar a los sectores más vulnerables y a recomponer el tejido social[38].

En su primer número, la revista *Amiga*, en la sección "Así piensa la Secretaría" se preguntaba: ¿qué significa considerar a Chile como la meta más importante?, en su respuesta señalaba "significa educar a los hijos; significa apoyar al marido: significa mantener la unidad de la familia. Es administrar bien el hogar, es aprender a provechar los recursos y ahorrar. Es rendir el máximum en el trabajo. Y es, también, entregar algunas horas para lograr el bien de todos los chilenos. En una palabra, es servir"[39]. En consonancia con el plan de recuperación económica y la implementación de las políticas de shock de 1975, la Secretaría instaba a las mujeres a ser "eficientes" en todos los aspectos de su vida.

En la revista *Amiga*, se advierte el despliegue de un aparato conceptual-discursivo que definió a las mujeres de los sectores populares como "administradoras del hogar", delimitando su accionar a partir de conceptos normativos como "eficiencia", "ahorro" y "consumo responsable". Su propósito central era transferir la responsabilidad del éxito de la economía doméstica directamente a las mujeres.

Lejos de considerar la "eficiencia" como una meta natural o técnicamente neutral en el discurso de *Amiga*, esta investigación propone examinar su uso como un concepto performativo[40], es decir, como una categoría capaz de producir efectos prácticos en la organización de la vida social. Desde esta perspectiva, nociones aparentemente asépticas fueron resignificadas para implantar las

[38] Moyano y Garcés, *ONG en dictadura*.
[39] *Amiga*, no. 1, enero-febrero de 1976, 25.
[40] Callon, "Markets and the performativity"; Massey, "Vocabularies of the economy".

bases ideológicas del proyecto neoliberal y modelar las conductas económicas de las mujeres.

Desde la perspectiva de la microfísica del poder[41], esta operación puede comprenderse como una racionalidad gubernamental neoliberal que articuló prácticas, discursos y tecnologías destinadas a producir subjetividades acordes con la lógica del mercado[42]. En este marco, el lenguaje económico −en su dimensión performativa− fue utilizado como un recurso estratégico para traducir y resignificar conceptos económicos en términos femeninos y domésticos, con la finalidad de contribuir a la construcción de una hegemonía orientada a la economía de mercado, entendiendo hegemonía como un proceso histórico que configura los límites de la imaginación social, reestructura las relaciones sociopolíticas y establece una nueva cultura política[43].

Este uso del lenguaje se inscribe en la estrategia narrativa de la racionalidad dictatorial para construir un nuevo sentido común. Como sostuvo Michel Foucault, el neoliberalismo no debe entenderse solo como un conjunto de políticas económicas, sino como un orden normativo de la razón, una racionalidad que reconfiguró la gubernamentalidad liberal y estableció al mercado como un régimen de veridicción para la acción de gobierno[44]. En este marco, la operación discursiva de *Amiga* buscó instituir un vocabulario normativo dentro de un régimen de verdad articulado por el neoliberalismo, el conservadurismo patriarcal y el autoritarismo dictatorial.

La adopción de este tipo de racionalidad por parte de la dictadura implicó una ruptura con el pasado y una propuesta de transformación, que dio forma a un espacio público mediado y contenido por las reglas del mercado y el individualismo. En este contexto, la economía, desde su perspectiva neoliberal, se legitimó como un campo de saber que definió principios, medidas y modos de conducta social específicos[45]. Al hacerlo, sobrepasó sus límites

[41] Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*.
[42] Laval y Dardot, *La nueva razón*; Gago, *La razón neoliberal*.
[43] Grimson, *Cultura y Neoliberalismo*.
[44] Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*; Brown, *El pueblo sin atributos*.
[45] Brown, *El pueblo sin atributos*, 46.

como ciencia social y fue utilizada como un marco económico con dimensiones epistemológicas y ontológicas[46].

En este proceso, los Chicago Boys no actuaron únicamente como tecnócratas, sino como ideólogos de un nuevo orden social. Su capacidad de intervención se sostuvo en redes de influencia intelectual construidas desde las décadas de 1960 y 1970, que los vincularon con grupos económicos, medios de comunicación y sectores estratégicos de las Fuerzas Armadas[47]. Figuras como Hermógenes Pérez de Arce, columnista de *Amiga*, operaron como mediadores en la traducción de este proyecto hacia la esfera pública. Esta legitimidad permitió a los economistas neoliberales impulsar, desde el interior del Estado, un "cambio de mentalidad", bajo la premisa compartida con los militares de que "el mejoramiento económico era lo que haría posible un mayor bienestar social, ayudando a neutralizar el atractivo marxista"[48].

Para la dictadura, la construcción de una base de apoyo en los sectores populares fue un objetivo central. En este contexto, las mujeres fueron definidas como aliadas estratégicas, en tanto administradoras del presupuesto familiar y reproductoras del orden social. Tal como señalaba la directora de la Secretaría, Carmen Grez, "el 80% del dinero que se destina a sueldo en Chile, pasa por las manos de la mujer. De ahí la enorme importancia de que la dueña de casa ahorre, con las consiguientes consecuencias favorables para el presupuesto familiar y nacional"[49]. Esta apelación al sacrificio fue parte de la operación gubernamental que convirtió al ahorro doméstico en una práctica de interés nacional.

Esta comprensión del neoliberalismo no solo apunta a las formas de organización política, sino también a su impacto en la conducta de sus gobernados[50]. Aquí se conjugan saberes económicos, producción de subjetividades y relaciones de poder, con el objetivo de dirigir eficazmente las conductas de la sociedad bajo una lógica de aparente libertad[51]. Esto implica reconocer en esta racionalidad tecnologías de gobierno que, por un lado, determinan

---

[46] Brown, *El pueblo sin atributos*, 46.
[47] Briceño, "Intelectuales, estrategias de legitimación".
[48] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'", 175.
[49] citado en Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'", 185.
[50] Laval y Dardot, *La nueva razón*, 15.
[51] Sepúlveda, "Michel Foucault", 127.

la conducta de los sujetos (sujeción) y, por otro, las que permiten a los sujetos dirigir autónomamente su propia conducta (subjetivación)[52].

Bajo esta perspectiva, la revista *Amiga* puede ser considerada como una tecnología de gobierno dispuesta disciplinar las conductas económicas de las mujeres populares en un sentido de modernización y libertad individual, aun cuando la dictadura impuso una estructura de dominación económica, cultural y patriarcal. Con ello se entiende que las tecnologías de gobierno son herramientas y mecanismos que crean y mantienen estados de inequidad aparentemente racionales[53]. De esa forma, el lenguaje económico permitió traducir la racionalidad neoliberal en prácticas cotidianas aparentemente libres y voluntarias, siendo una expresión de esto la promoción de la "administración del hogar" entre las mujeres populares, aunque en el fondo se trataba de una política orientada a mantenerlas en el espacio doméstico, ya que, para los fines dictatoriales, eran consideradas más útiles en ese espacio que en el mercado laboral.

Cabe destacar la capacidad de los economistas neoliberales para presentar su proyecto de transformación socioeconómica como una respuesta racional y duradera a la crisis del modelo de desarrollo. Para ello, tradujeron la demanda militar de control social en una racionalidad económica presentada como técnica y políticamente neutral[54]. En este marco, el concepto de "eficiencia" fue un principio en común entre militares y economistas neoliberales[55].

La implementación de este tipo de racionalidad requirió de condiciones de inteligibilidad que definieron reglas, límites y posibilidades para que los enunciados fueran transmitidos y produjeran efectos sobre la población. En este caso, dichas condiciones estuvieron determinadas por el carácter autoritario de la dictadura y por un espacio público intervenido para evitar la oposición y el debate de ideas, lo que se extendió al menos, hasta 1978.

---

[52] Castro-Gómez, *Historia de la gubernamentalidad*, 39.
[53] Castro-Gómez, *Historia de la gubernamentalidad*, 40.
[54] Fridman, "La creación de los consumidores", 78.
[55] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'".

Estas condiciones estuvieron marcadas por el predominio de la ciencia económica como ciencia de gobierno[56]. Desde fines de los años cuarenta, con el proceso de institucionalización y profesionalización de la economía, sus profesionales comenzaron a responder a las demandas sociales vinculadas a problemas como la inflación y el desarrollo económico.

Instituciones como la CEPAL y la Universidad de Chicago fueron clave para la instalación de la economía como ciencia de gobierno en Chile, ofreciendo al estructuralismo cepalino y al monetarismo como alternativas para superar la crisis del modelo desarrollista[57]. Con el golpe de Estado y tras una lucha por imponer su proyecto en la Junta Militar, los Chicago Boys lograron situar al neoliberalismo, asentado en el monetarismo, como la corriente socioeconómica principal para estructurar el plan de "recuperación económica", sirviendo además como mecanismo para transformar las relaciones sociales y de poder en la sociedad chilena.

De este modo, las condiciones de inteligibilidad que hicieron posible su circulación delimitaron los sentidos políticos del "ahorro", "eficiencia" y "consumo responsable". En este sentido, la revista *Amiga* no solo difundió un vocabulario normativo económico, sino que contribuyó a imponer al neoliberalismo como una verdad hegemónica, que definió representaciones de género y el orden social.

Performatividad del lenguaje económico: resignificaciones y desplazamientos conceptuales en el léxico doméstico económico

En esta investigación, los conceptos identificados no se entienden como categorías descriptivas neutrales, sino como recursos estratégicos orientados a modelar prácticas individuales conforme a la lógica del mercado y la división sexual del trabajo. Estos conceptos tienen un significado económico, político y generizado que da forma a un discurso dictatorial enfocado en asignar el rol de socialización y reproducción del orden neoliberal a las mujeres populares, al mismo tiempo que producen y regulan criterios de normatividad económica femenina.

[56] Castro-Gómez, *Historia de la gubernamentalidad*, 143.
[57] Briceño, "Centros de estudios".

En el marco de la historia intelectual, el discurso se concibe como una forma de acción situada. Quienes lo producen y lo reciben no son meros hablantes o lectores, sino actores sociales insertos en culturas políticas específicas, cuyas prácticas y representaciones se ven modeladas por esos repertorios discursivos[58]. En este caso, el discurso de la revista *Amiga* tuvo como objetivo disciplinar el comportamiento económico de las mujeres, definir representaciones del modelo ideal de mujer, legitimar el proyecto neoliberal y asegurar su reproducción social. De ahí que la elaboración de dicho léxico no solo comunica, sino que activa el carácter performativo del lenguaje económico.

El contexto autoritario posterior al golpe de Estado —caracterizado por el control del espacio público, la censura y la disponibilidad de soportes materiales de difusión— posibilitó una intensa producción editorial orientada a legitimar la nueva economía. Junto a las revistas *Amiga* y *CEMA-Chile* circularon libros, manuales y programas televisivos que tradujeron el lenguaje económico a públicos no especializados. La Editora Nacional Gabriela Mistral, ex Quimantú[59], publicó los libros *Economía Social de Mercado* de Hermógenes Pérez de Arce (1974), *Conversaciones de Economía* de la Escuela de Negocios Adolfo Ibáñez (1974), *Manual de Economía* de Álvaro Bardón (1975) y *Qué pasa con la economía del país* de la Dirección Nacional de Comunicaciones (1975).

También, en el plano televisivo, en 1974 el ministro de economía Fernando Léniz estuvo a cargo del programa "Cartas sobre la mesa" en Televisión Nacional que, con una duración de 12 minutos, se propuso responder a las inquietudes de la población respecto a la política económica. Mientras que el programa "En su casa" de los actores Silvia Piñeiro y Emilio Gaete emitido por la Corporación de Televisión de la Universidad de Chile, cedió un espacio para que la Secretaría Nacional de la Mujer llevara a cabo una clase de educación al consumidor, incentivando la compra en comercios con precios convenientes[60].

---

[58] Di Pasquale, "De la historia", 88.

[59] Tras el golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973, la editorial Quimantú fue renombrada por la dictadura como Editora Nacional Gabriela Mistral y utilizada como medio de publicación y difusión del ideario refundacional conservador-nacionalista que se propuso el régimen.

[60] Valdivia, "'¡Estamos en guerra señores!'", 186–187.

Este entramado editorial y mediático hizo posible la circulación sostenida de un vocabulario económico específico que, al traducir el lenguaje económico a públicos no especializados, lo hizo inteligible. A través de estos soportes, el léxico económico doméstico contribuyó a la normalización de prácticas económicas orientadas a la economía de mercado, inscribiéndolas en la vida cotidiana como conductas moralmente correctas.

Como señala Michel Callon, la eficacia de los enunciados económicos no reside solo en el plano del lenguaje, sino en los soportes materiales y mediadores que posibilitan su implementación práctica. En este marco, el léxico difundido por *Amiga* operó como un vocabulario normativo, en tanto tradujo principios económicos abstractos en criterios concretos de evaluación de las prácticas domésticas. El uso de la noción de "eficiencia", por ejemplo, permitió "profesionalizar" simbólicamente las labores del hogar y medir el desempeño de las dueñas de casa. Tal como sostenía Hermógenes Pérez de Arce, "el éxito o fracaso del hogar dependía de la capacidad individual de quien lo administra"[61]. De este modo, el discurso económico desplazó la responsabilidad del bienestar social desde el Estado hacia la mujer, concebida ahora como gestora individual del orden doméstico.

En esta línea, la revista indicaba que "para conseguir verdadero éxito en esta empresa –porque realmente se trata de una verdadera empresa– es necesario que toda la familia se formule un plan que establezca cuánto y qué va a aportar cada uno a la pequeña caja común, indispensable para cualquier emergencia"[62]. El concepto de "ahorro" fue resignificado a partir de una lógica empresarial, promoviendo la planificación familiar y la autodisciplina como virtudes centrales.

Es significativo que, en esta etapa inicial, el léxico económico aún no incorpore categorías como "emprendedora" o "consumidora" desprovistas del apelativo de responsabilidad. A diferencia de las fases posteriores del neoliberalismo, el lenguaje económico difundido por *Amiga* se configuró como marca temporal de la primera fase de implantación del proyecto neoliberal, caracterizada por el disciplinamiento de las conductas económicas

[61] *Amiga*, 17.
[62] *Amiga*, 8.

de las mujeres populares y la moralización de su rol en la economía doméstica.

Así, el análisis del léxico producido bajo la dictadura revela una fractura semántica respecto al vocabulario de derechos sociales y bienestar colectivo del periodo previo al golpe de Estado. Este desplazamiento no solo inauguró una nueva fase del capitalismo en Chile −marcada por la individualización y moralización de la economía−, sino que reinscribió el orden patriarcal en la narrativa de lo cotidiano. En este sentido, el lenguaje económico contribuyó a la transformación cultural y moral en su primera fase de implantación, reorganizando los marcos de inteligibilidad desde los cuales se gobernaban las prácticas económicas de las mujeres populares.

Propuesta metodológica para el estudio del léxico económico doméstico de la revista *Amiga*

La presente propuesta metodológica tiene como objetivo articular herramientas provenientes del Análisis Crítico del Discurso (ACD) desarrollado por Norman Fairclough, con aportes de la historia intelectual, a fin de examinar el léxico difundido por la revista *Amiga* como una tecnología de gobierno orientada a la normativización neoliberal de las prácticas económicas domésticas. Este enfoque permite analizar el lenguaje económico no solo como un entramado semántico, sino como una práctica social situada, históricamente condicionada y socialmente eficaz.

El ACD reconoce tres niveles analíticos interrelacionados: un nivel textual, centrado en el uso de conceptos, metáforas y estrategias lingüísticas; un nivel discursivo, que atiende a los procesos de producción, circulación e interpretación de los discursos; y un nivel social, que remite a la reproducción de relaciones de poder y hegemonía. Desde esta perspectiva, el análisis se orienta a examinar la estructuración semántica de la realidad social mediante un estudio textualmente situado, atendiendo a la función política del discurso en sociedades capitalistas[63]. El análisis se orienta al estudio de los significados discursivos y su función en la producción y reproducción de estructuras de dominación.

[63] citado en Palacios, "Norman Fairclough y el Análisis Crítico".

Para Fairclough, el discurso se define como una práctica social situada, entendiendo que el uso del lenguaje es, simultáneamente, un producto de la estructura social y un agente constitutivo de la misma[64]. Siguiendo la teoría de la pragmática del lenguaje de John Austin, el lenguaje no solo describe la realidad, sino que interviene en la conformación de identidades, relaciones sociales y sistemas de conocimiento. Esta concepción dialoga con los planteamientos de Michel Callon y Doreen Massey, quienes han destacado el carácter performativo del lenguaje económico en la configuración de prácticas y representaciones sociales.

En el marco de esta investigación, el ACD considera al discurso que debe ser examinada en los niveles de producción e interpretación[65]. Este énfasis permite atender a la intertextualidad del discurso[66], que es la capacidad de resignificar convenciones previas, reordenar sentidos del presente y proyectar horizontes de expectativas, cuestión central para comprender los procesos de cambio social impulsados por la dictadura.

Los conceptos mencionados son abordados como palabras clave cuyos significados deben examinarse en función de sus dimensiones teóricas, culturales e ideológicas[67]. Esto releva que su uso no solo apuntó al disciplinamiento de las conductas económicas de las mujeres populares, sino también a su definición como reproductoras del nuevo orden socioeconómico en tanto madres y dueñas de casa.

Otro nivel relevante del ACD es el análisis de las metáforas, consideradas como recursos fundamentales en la estructuración ideológica del discurso[68]. La noción de "administradora del hogar" remite a la analogía entre el hogar y la empresa, cuyo objetivo fue desplazar la figura tradicional de la "dueña de casa" por una representación tecnificada y modernizadora, coherente con la racionalidad neoliberal.

Junto con el análisis textual y semántico, el ACD propone examinar el discurso como práctica social, es decir, las relaciones

[64] Fairclough, "El análisis crítico", 172.
[65] Fairclough, "El análisis crítico", 174.
[66] Fairclough, "El análisis crítico", 176.
[67] Fairclough, *Discourse and Social Change*, 237.
[68] Fairclough, *Discourse and Social Change*, 237.

hegemónicas que lo producen y lo hacen efectivo[69]. En el caso de *Amiga*, el uso normativo del lenguaje económico fue un mecanismo de imposición simbólica que restringió el campo de lo pensable y lo debatible, presentando un modelo único de conducta femenina acorde con la racionalidad neoliberal impulsada desde la institucionalidad dictatorial.

A partir de ello, el análisis del discurso de *Amiga* se estructura en torno a los siguientes criterios: a) conceptos económicos orientados a la administración del hogar; b) metáforas económicas aplicadas a las representaciones de género; c) analogías entre la economía nacional y doméstica; d) vocabulario normativo que define roles, deberes y pautas de comportamiento económico; y e) marcas de época sobre el papel de la mujer en la nueva sociedad.

Desde la perspectiva de la historia intelectual atenta al giro material[70], el análisis de la revista *Amiga* considera tres dimensiones: a) como soporte material textual, atendiendo a su comité editorial, orientación ideológica y modos de circulación; b) como soporte de ideas, examinando autores, contenidos y estrategias narrativas; y c) como mecanismo de legitimación y disciplinamiento social.

Asimismo, se propone reconstruir la trama femenina-militar que dio origen a la Secretaría Nacional de la Mujer y a la revista *Amiga*, mediante el análisis de redes de influencia intelectual. Estas redes se definen por la capacidad de los intelectuales para diseminar sus formulaciones en el campo político[71]. La identificación de figuras clave, como Hermógenes Pérez de Arce, hace posible reconstruir sus conexiones institucionales y participación en la revista.

Este ejercicio posibilita delinear el ensamblaje sociotécnico[72] que hizo viable la producción y circulación de la revista. En este sentido, la red de influencia femenina y neoliberal permite reconocer a los agentes mediadores y las tecnologías empleadas que posibilitaron su existencia e intervinieron en la definición de contenidos y promovieron la resignificación de los conceptos económicos. Esta perspectiva pone en evidencia la interacción entre

[69] Fairclough, *Discourse and Social Change*, 237.
[70] Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*.
[71] Briceño, "Centros de estudios".
[72] Callon, "Markets and the performativity".

poder y saber que impulsó la configuración del léxico económico doméstico y el vocabulario normativo.

Con ello, el estudio del lenguaje económico en *Amiga* adquiere un espesor social e histórico que permite comprender el despliegue discursivo, semántico y material mediante el cual la dictadura buscó disciplinar los patrones de comportamiento de las mujeres populares. Así, examinar el lenguaje económico en su significación política constituye un ejercicio histórico que ilumina las bases epistémicas del neoliberalismo y contribuye a comprender los procesos de construcción de hegemonía en contextos autoritarios.

Historia intelectual y lenguajes económicos: reflexiones finales

La historia intelectual ofrece herramientas para examinar cómo determinados lenguajes logran estabilizar sentidos normativos y orientar prácticas sociales, especialmente en contextos autoritarios, en los que la clausura del debate público redefine los modos de circulación de las ideas.

Este proceso no fue el resultado de una imposición automática ni de la acción aislada de actores específicos —como los Chicago Boys o figuras intelectuales afines—. Tampoco la revista *Amiga* constituyó la única tecnología de intervención sobre la vida cotidiana de las mujeres populares. Por el contrario, la difusión del nuevo orden económico se sostuvo en un entramado de instituciones, voluntarias, dispositivos comunicacionales y marcos normativos que habilitaron la penetración de determinados lenguajes en la esfera doméstica, contribuyendo a la transformación de prácticas, representaciones económicas y de género.

Desde esta perspectiva, los mecanismos de mediación adquieren un lugar central para el análisis histórico de los lenguajes económicos. Lejos de concebirlos solo como canales de transmisión de información, la historia intelectual permite abordarlos como espacios de producción de sentido, atendiendo a la materialidad social de las ideas y a sus condiciones de producción. En contextos autoritarios, estos mecanismos cumplen un papel clave en la traducción de proyectos económicos hacia registros cotidianos, configurando marcos normativos que organizan roles, expectativas, jerarquías sociales y sexuales.

Como resultado de este entramado institucional y discursivo, el léxico produjo y estabilizó significados políticos y morales que modelaron las conductas, expectativas y formas de valoración del desempeño femenino. De este modo, la resignificación de este lenguaje actuó como un instrumento evaluativo de la conducta económica femenina. Con ello, la gestión doméstica fue presentada como una práctica racional y virtuosa, mientras que el incumplimiento de estos mandatos se asoció a la irresponsabilidad, el desorden y la desviación moral.

Este capítulo contribuye al debate teórico-metodológico mediante la integración de la historia intelectual de los lenguajes políticos, la historia conceptual con un enfoque de género y el análisis crítico del discurso. Dicha síntesis posibilita el estudio del léxico de la revista *Amiga* como tecnología de gobierno performativa con alcances morales y disciplinarios. A partir de esta premisa, el análisis desentraña los mecanismos mediante los cuales el autoritarismo y neoliberalismo chileno reafirmó jerarquías sexuales y modeló subjetividades femeninas funcionales a la racionalidad neoliberal.

Así, a partir del estudio de la revista *Amiga*, se ha mostrado que la economía operó como un lenguaje de gobierno que reorganizó la vida cotidiana, asignando a las mujeres un rol estratégico en la socialización y reproducción del orden neoliberal. En consecuencia, el capítulo contribuye a examinar la división sexual del trabajo como una política de Estado y a comprender que el neoliberalismo no solo se implementó mediante la coerción dictatorial, sino también a través de operaciones persuasivas que hicieron del lenguaje un instrumento de disciplinamiento social.

En términos historiográficos, este análisis propone un desplazamiento interpretativo al comprender el neoliberalismo no solo como un programa económico impuesto desde el Estado, sino como una racionalidad gubernamental que se constituyó y estabilizó en la vida cotidiana a través de un léxico económico doméstico. En este proceso, la economía fue una tecnología de gobierno generizada, orientada a producir y legitimar un nuevo orden social desde el hogar.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Amiga. Secretaría Nacional de la Mujer, no. 1 (enero-febrero de 1976).

Amiga. Secretaría Nacional de la Mujer, no. 2 (marzo de 1976).

Amiga. Secretaría Nacional de la Mujer, no. 3 (abril de 1976).

Amiga. Secretaría Nacional de la Mujer, no. 4 (mayo de 1976).

Pinochet, Augusto. *Mensaje a la mujer chilena*. Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974.

Bibliografía

Briceño, Laura. "Centros de estudios y red de influencia intelectual. El caso del Centro de Estudios Socioeconómico y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (1965-1973)". *Divergencia*, no. 23 (2024): 133–151.

Briceño, Laura. "Intelectuales, estrategias de legitimación, redes de influencia y poder en Chile en transformación. La construcción de un proyecto societal hegemónico 1949-1973". Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Chile, 2024. https://usach.primo.exlibrisgroup.com/permalink/56USACH_INST/172ual0/alma992135439406116.

Brown, Wendy. *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso Ediciones, 2015.

Callon, Michel. "Markets and the performativity of economic sciences". *Apuntes de investigación del CECYP*, no. 14 (2008): 11–68.

Castro-Gómez, Santiago. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Siglo del Hombre Editores, 2010.

Chartier, Roger. "¿Existe una nueva historia cultural?" En *Formas de historia cultural*, editado por Sandra Gayol y Marta Madero, 29–46. Prometeo, 2007.

Constable, Pamela, y Arturo Valenzuela. *Una nación de enemigos. Chile bajo Pinochet*. Ediciones UDP, 2013.

Di Pasquale, Mariano. "De la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: retrospectivas y perspectivas. Un mapeo de la cuestión". *Universum* 1, no. 26 (2011): 79–92.

Donoso, Karen. *Cultura y dictadura*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2019.

Edwards, Sebastián. *El proyecto Chile. La historia de los Chicago Boys y el futuro del neoliberalismo*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2024.

Fairclough, Norman. "El análisis crítico del discurso y la mercantilización del discurso". *Discurso y Sociedad* 2, no. 1 (2008): 170–185.

Fairclough, Norman. *Critical discourse analysis*. Longman, 1995.

Fairclough, Norman. *Discourse and Social Change*. Polity Press, 1992.

Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el College de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica, 2007.

Fridman, Daniel. "La creación de los consumidores en la última dictadura argentina". *Apuntes de investigación CECYP*, no. 14 (2008): 71–92. https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/apuntescecyp/article/view/4030.

Gago, Verónica. *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón, 2014.

Gárate, Manuel. *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2012.

Grez, Francesca. "El hispanismo en las mujeres chilenas: las influencias franquistas en la Secretaría Nacional de la Mujer, Chile 1973-1989". *Izquierdas*, no. 25 (2015): 54–75.

Grimson, Alejandro. *Cultura y Neoliberalismo*. CLACSO, 2007.

Jara, Isabel. "Editora Nacional Gabriela Mistral y clases sociales indicios del neoliberalismo en la retórica de la dictadura chilena". *Historia* II, no. 48 (2015): 505–535.

Jara, Isabel. "'Una nación de propietarios, no de proletarios'. La retórica intelectual de la dictadura chilena sobre las clases sociales y la clase media". En *La frágil clase media. Estudios sobre grupos medios en Chile contemporáneo*, editado por Azun Candina. LOM, 2013.

Kandel, Ester. *División sexual del trabajo ayer y hoy. Una aproximación al tema*. Dunken, 2006.

Klein, Naomi. *La doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidos, 2010.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, 1993.

Laval, Christian, y Pierre Dardot. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa, 2013.

Lechner, Norbert, y Susana Levy. *Notas sobre la vida cotidiana III: El disciplinamiento de la mujer*. FLACSO, 1984.

López, Ana, y Sandra López. "El modelo de mujer en dictadura: una mirada a la imagen de Lucía Hiriart a través de la revista *Amiga* (Chile, 1976-1979)". *Historia 396* 13, no. 2 (2023): 145–178.

Marçal, Katrine. *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia de las mujeres y la economía*. Debate, 2016.

Massey, Doreen. "Vocabularies of the economy". En *After neoliberalism? The Kilburn manifestó*, editado por Stuart Hall, Doreen Massey y Michael Rustin. Lawrence & Wishart, 2013.

Moyano, Cristina, y Mario Garcés. *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2020.

Ortega, Luis. "Acerca del inicio de la construcción del proyecto monetarista en Chile. Década de 1950. El factor externo". *Contribuciones Científicas y Tecnológicas* 42, no. 1 (2017): 41–51.

Palacios, Diego. "Norman Fairclough y el Análisis Crítico de Discurso: armas para una Lingüística Materialista". *Pensamiento al margen. Revista Digital de Ideas Políticas*, no. 12 (2020): 103–116.

Pocock, John. *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Akal, 2011.

Prochasson, Christophe. "La fábrica de las obras. Perspectivas para la historia intelectual". *Políticas de la Memoria*, no. 21 (2021): 8–19.

Rosanvallon, Pierre. "Para una historia conceptual de lo político (notas de trabajo)". *Prismas*, 2002.

Scott, Joan W. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Marta Lamas, 265–302. PUEG, 1996.

Sepúlveda, Julio César. "Michel Foucault: Tecnologías de gobierno y prácticas de libertad. Últimos desplazamientos. Renovadas problematizaciones". *Perspectivas Metodológicas* 16, no. 18 (2016): 123–135.

Skinner, Quentin. *Lenguaje, política e historia*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2007.

Tarcus, Horacio. *Las revistas culturales latinoamericanas: giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Tren en Movimiento, 2020.

Tessada, Vanessa. "'Modelando el bello sexo'. El modelo femenino en las dictaduras de Franco y Pinochet a través de las revistas femeninas *Y, revista para la mujer* y *Amiga*". *Investigaciones históricas*, no. 32 (2012): 263–282.

Tessada, Vanessa. "La Secretaría Nacional de la Mujer y la Sección Femenina. Ecos hispanistas en la dictadura militar chilena (1973-1990)". *Cuadernos Kóre*, no. 1 (2010): 62–70.

Valdés, Juan Gabriel. *Los economistas de Pinochet: La Escuela de Chicago en Chile*. Fondo de Cultura Económica, 2020.

Valdivia, Verónica. "'¡Estamos en guerra señores!'. El régimen militar de Pinochet y el 'pueblo', 1973-1980". *Historia* I, no. 43 (2010): 163–201.

Vergara, Pilar. *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*. FLACSO-Santiago, 1984.

Campo intelectual feminista en Chile: apuntes teórico-metodológicos para el estudio de la historia reciente

Valentina Pacheco Parra[1]

Introducción

Pensar el feminismo en Chile durante la dictadura y la transición democrática implica situarse en un tiempo marcado por la violencia, la fractura y la recomposición, pero también por la persistencia del pensamiento y la imaginación política. En ese paisaje adverso, las mujeres no solo resistieron en el plano de la acción colectiva, sino que produjeron ideas, lenguajes y saberes que tensionaron los marcos dominantes de comprensión de lo social, lo político y lo histórico. La palabra feminista, escrita, dicha y compartida en condiciones precarias, fue una forma de intervención que disputó sentidos, abrió preguntas y ensayó horizontes posibles. Este artículo se inscribe en esa preocupación y busca interrogar el lugar del saber feminista como práctica intelectual situada, producida en contextos de desigualdad y conflicto, pero capaz de generar efectos duraderos en la cultura política chilena.

En la historia reciente chilena, y particularmente en los estudios sobre el rol de las mujeres en la lucha contra la dictadura y durante la transición a la democracia, existe hoy un conjunto amplio y valioso de investigaciones que han permitido una aproximación cada vez más exhaustiva al período. Estos trabajos han iluminado, entre otros aspectos, la trayectoria del movimiento social de mujeres y feminista,[2] así como la experiencia de organizaciones emblemáticas como el MEMCH'83[3], la Agrupación de Mujeres

[1] Doctora en Historia, académica de la Universidad de Santiago de Chile, integrante del Grupo de Historia Intelectual. Correo de contacto: valentina.pacheco.p@usach.cl ORCID: https://orcid.org/0000-0001-8702-5689

[2] Ver: Illanes O., "El túnel o la dictadura"; Tessada S., "Democracia en el país"; Ríos Tobar et al., *¿Un nuevo silencio feminista?*.

[3] Siemon, "Mujeres en conflicto".

Democráticas[4] o Mujeres por la Vida[5]. Del mismo modo, se ha reconstruido con especial agudeza la participación de mujeres en partidos políticos y organizaciones de izquierda —como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)[6], el Partido Socialista (PS)[7], el Partido Comunista (PC)[8] o el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR)[9]—, dando cuenta de su protagonismo en espacios tradicionalmente masculinizados. En menor medida, aunque no por ello menos relevantes, encontramos investigaciones sobre publicaciones impulsadas por mujeres[10] que, aun siendo escasas, han resultado fundamentales para pensar los soportes materiales a través de los cuales circularon ideas feministas y se configuraron comunidades de sentido.

Pese a esta riqueza bibliográfica —que es aún más extensa de lo aquí descrito—, la agencia intelectual feminista ha tendido a aparecer como un elemento secundario o implícito. Si bien se reconoce la capacidad organizativa y política de las mujeres, rara vez se ha problematizado de manera sistemática qué dijeron las feministas en plena dictadura y transición, por dónde circularon sus ideas, con quiénes dialogaron y qué alianzas intelectuales construyeron. Lejos de ser accesorias, estas preguntas permiten comprender, por una parte, cómo el feminismo alcanzó un determinado estatus epistémico en ese período y, por otra, visualizar el repertorio conceptual y experiencial que se legó a partir de estas prácticas. Interrogar el saber feminista, sus agentes y sus dinámicas implica, en último término, intentar comprender cómo se produjeron conocimientos situados que articularon experiencia, teoría y acción política.

Este trabajo propone leer la dictadura y la transición democrática como un tiempo extendido, evitando compartimentos estancos que aplanen los procesos históricos. En ese arco largo, el campo intelectual feminista se mostró plástico y mutable, capaz de cambiar de ritmos, actores e intensidades, rearticularse con cada

[4] Prudant, *Y entonces estaban ellas*.
[5] Arévalo Vidal et al., *Somos +*.
[6] Vidaurrázaga, "Mujeres en rojo".
[7] Jeria, "Feministas socialistas en dictadura".
[8] Robles Recabarren, "Sobrevivir, resistir y luchar".
[9] Hernández, *Revolucionarias*.
[10] Ver: Arcos Herrera, "Sitios feministas"; Eguren y Cruz, "Activismos feministas en dictadura"; Aravena Retamales, "Cuando los diarios mienten".

coyuntura y reconfigurar alianzas y lenguajes. Esto significa, entre otras cosas, asumir deliberadamente una lectura no teleológica, que se resiste a condicionar un período como mera antesala del siguiente. Más que una sucesión lineal, se propone una mirada atenta a continuidades, rupturas y divergencias, subvirtiendo la cronología rígida en función de las dinámicas propias del campo.

Durante la dictadura, la precariedad material, el exilio, la clandestinidad y la violencia estatal no impidieron —y en ocasiones estimularon— la invención de formas alternativas de producción de saber: colectivos, redes solidarias, proyectos editoriales, pedagogías populares. Con la transición, en cambio, se abrieron puertas institucionales —universidades, agencias estatales, programas oficiales— que trajeron consigo nuevas ambivalencias. La validación académica convivió con el riesgo de tecnocratización; la ampliación del impacto público, con la posibilidad de diluir la politicidad insurgente. El balance es necesariamente paradójico. La institucionalización amplió el radio de acción del feminismo, pero tensionó su autonomía. Como han señalado Ríos, Godoy y Guerrero, no hubo "ni silencio, ni desmovilización"[11], sino desplazamientos, repliegues y transformaciones que desafían lecturas simplificadoras.

En este contexto se produjeron los soportes que hicieron posible la circulación del pensamiento feminista: revistas, boletines, cuadernos de trabajo, manifiestos, fanzines, programas radiales y audiovisuales, seminarios, encuentros, redes epistolares y talleres. Estos artefactos no fueron meros vehículos, sino verdaderas escenas de subjetivación y disputa, donde la palabra se volvió trinchera, deseo y horizonte. Nombrar el cuerpo, la memoria, la autonomía, el trabajo doméstico o la violencia fue una operación que alteró los marcos de inteligibilidad de la academia, el Estado y la cultura. Escribir fue, en este sentido, una forma de hacer política.

De acuerdo con lo anterior, este artículo busca reflexionar teórica y metodológicamente sobre las posibilidades que ofrece la historia intelectual desde una perspectiva de género para estudiar el pasado reciente chileno y la actividad intelectual del feminismo durante la dictadura y la transición. La historia intelectual, entendida como un campo interdisciplinario que explora la producción, circulación y transformación de ideas en contextos históricos

[11] Ríos Tobar et al., *¿Un nuevo silencio feminista?*, 14.

específicos, permite atender tanto a las condiciones sociales que hacen posible su emergencia como a las lógicas internas de los discursos. Más que centrarse en grandes pensadores o en la evolución lineal de doctrinas, esta perspectiva se interesa por comprender cómo los conceptos se elaboran, disputan y resignifican en el seno de comunidades de sentido, redes institucionales y coyunturas políticas. Como señala François Dosse[12], la historia intelectual actúa como un puente entre la historia de los intelectuales y la historia de las ideas, articulando trayectorias de actores con dinámicas del pensamiento.

En esta línea, Carlos Altamirano[13] concibe al intelectual como una figura inserta en un espacio relacional —instituciones, revistas, movimientos— desde el cual interviene en la configuración simbólica del mundo, mientras que Elías Palti nos recuerda que las ideas no existen fuera de las disputas que les otorgan sentido[14]. A su vez, Fernanda Beigel ha mostrado cómo los proyectos intelectuales en América Latina se articulan en torno a circuitos de legitimación, redes editoriales y estructuras desiguales de consagración, lo que exige una historia intelectual situada y atenta a las asimetrías del saber[15]. Así entendida, la historia intelectual no se limita a narrar el pasado de las ideas, sino que interroga su inscripción en tramas discursivas, materiales y políticas.

Desde esta perspectiva, resulta crucial explicitar el locus de enunciación del conocimiento[16], identificando las tramas identitarias que subyacen a toda idea y discurso. Tan relevante como el contexto histórico en el que el saber emerge y circula es el lugar social de quienes lo producen. Condicionantes como el género, la clase o la raza inciden directamente en las posibilidades de formar redes, participar en espacios de discusión, integrar talleres, escribir libros o divulgar panfletos. Reconstruir el campo intelectual feminista exige, por tanto, pensar cómo estas desigualdades estructuraron las condiciones materiales y simbólicas de producción de conocimiento.

---

12 Dosse, *La marcha de las ideas*.
13 Altamirano, *Intelectuales*.
14 Palti, *El tiempo de la política*.
15 Beigel, "El nuevo carácter".
16 Ramírez et al., "Mujeres de América Latina", 138.

Asumir una historia intelectual con perspectiva de género no constituye solo una elección metodológica, sino una toma de posición política y epistemológica. Siguiendo a Sonia Montecino, el género se entiende aquí como "una construcción social en permanente cambio y, como tal, sujeta a las contingencias de la historia"[17]. Incorporarlo como categoría estructural permite cuestionar los parámetros masculinos que han definido tradicionalmente qué cuenta como conocimiento legítimo. Como ha planteado Nancy Fraser, las disputas por justicia involucran simultáneamente regímenes de reconocimiento y de redistribución[18]: el saber no solo se consagra simbólicamente, sino que se sostiene en estructuras materiales que habilitan o restringen su producción y circulación. En este sentido, pensar el trabajo intelectual como una forma de trabajo social —siguiendo aportes del feminismo y de autoras como Joan Scott[19]— permite devolverle historicidad, conflictividad y densidad política.

En virtud de lo anterior, las páginas que siguen se organizan en tres momentos. En primer lugar, se indaga en las características del campo intelectual feminista, sus componentes y alcances, proponiendo una lectura situada históricamente de la teoría bourdieusiana de los campos. En segundo lugar, se examina a las intelectuales feministas, sus trayectorias y perfiles diversos, repensando la noción misma de intelectual a partir de figuras comprometidas, orgánicas y plurales. Finalmente, se reflexiona sobre los modos de producción del conocimiento en este campo, atendiendo a los soportes que hicieron posible la circulación de ideas, las formas de legitimación y el carácter performativo del saber feminista. Más que clausurar una interpretación, este trabajo busca abrir un espacio de reflexión que permita seguir pensando el feminismo no solo como movimiento social, sino como un campo intelectual vivo, atravesado por tensiones, disputas y apuestas que siguen resonando en el presente.

[17] Montecino, "Apuntes y espejos", 15.
[18] Fraser, *Fortunas del feminismo*.
[19] Scott, "El género".

Hacia una conceptualización del campo intelectual feminista

Nombrar al feminismo chileno de la dictadura y la transición como un campo intelectual supone un gesto analítico preciso, el de desplazar la atención desde los sujetos aislados o las expresiones fragmentarias hacia las relaciones que hicieron posible la producción de saber feminista. No se trata únicamente de identificar ideas o autoras, sino de comprender un entramado de prácticas, debates, soportes y mediaciones que otorgaron densidad intelectual al feminismo en un contexto histórico adverso. Esta perspectiva permite leer el pensamiento feminista no como un apéndice del activismo ni como un saber derivado, sino como una forma de producción de conocimiento con reglas, disputas y criterios de legitimidad propios, históricamente situados.

De acuerdo con lo anterior, el campo intelectual feminista puede comprenderse como "una categoría político-intelectual que articula redes, soportes materiales, agentes, debates y lenguajes que hicieron del feminismo una forma específica de producción de conocimiento"[20]. Esta definición permite abordar los saberes feministas como procesos relacionales, situados y conflictivos, organizados en torno a lógicas específicas de circulación, reconocimiento y disputa. Siguiendo a Pierre Bourdieu, un campo es un sistema dinámico de relaciones relativamente autónomo, dotado de principios propios de funcionamiento, pero siempre atravesado por múltiples líneas de fuerza externas e internas[21]. Los campos no existen en aislamiento, sino que se intersecan, se jerarquizan y se afectan mutuamente. En estas interacciones se define tanto la posición de un campo dentro del espacio social más amplio como las posiciones relativas de sus agentes en su interior.

Desde esta mirada, las posiciones dentro del campo no se explican por atributos individuales, sino por la ubicación relacional de los agentes en una estructura de fuerzas. En el caso del feminismo, el capital en disputa no es únicamente académico, sino un capital simbólico feminista, fundado en trayectorias militantes, saberes situados, escrituras insurgentes, experiencias colectivas y formas de autoridad. Su reconocimiento no puede comprenderse desde parámetros externos al campo, sino desde las reglas, valores y

[20] Pacheco Parra, "¡Entre nosotras, tienes la palabra!", 5.
[21] Bourdieu, "Campo intelectual y proyecto".

criterios que el propio feminismo fue elaborando. Aplicar esta conceptualización implica, entonces, rechazar cualquier lectura del feminismo como un bloque homogéneo y reconocerlo como un entramado de disputas simbólicas en torno a qué significa producir saber feminista, desde qué lugares se enuncia, qué memorias se legitiman y qué formas de conocimiento adquieren valor.

Denominar este entramado como campo intelectual no es un gesto neutro. Supone disputar regímenes de legitimidad que históricamente relegaron el pensamiento feminista a los márgenes de la subjetividad, de lo privado o del activismo sin estatuto intelectual. Sin embargo, los hallazgos permiten ir más allá de una lectura estrictamente bourdieusiana. El campo intelectual feminista operó, ciertamente, con capitales, habitus y luchas por legitimidad, pero también como lo que Raymond Williams[22] denominaría una formación cultural insurgente, capaz de oponerse a los modos hegemónicos de producción simbólica e inventar lenguajes que resquebrajaron la gramática dominante. En este sentido, el feminismo puede leerse como una respuesta colectiva al epistemicidio[23] que intentó imponer la dictadura. Frente al borramiento sistemático de memorias y saberes, produjo contrasaberes enraizados, situados y persistentes.

El campo intelectual feminista compartió, desde sus inicios, líneas de sentido con otros campos —político, social, cultural, académico—, lo que le otorgó una autonomía siempre relativa y tensionada. Se trató de una relación de doble vía, en la que el feminismo dialogó, se enfrentó, se integró parcialmente o resistió a esos campos, al tiempo que los interpeló y transformó. En el campo intelectual y de las ciencias sociales, por ejemplo, encontró mayores afinidades con sectores críticos y renovadores, mientras que enfrentó resistencias persistentes de enfoques conservadores o fuertemente normativos. Estas relaciones, junto con sus homologías en los campos político y social, delinearon proyectos, disputas internas y estrategias de afirmación del campo.

Asimismo, durante la dictadura, su vínculo con el campo político estuvo marcado por la oposición al régimen y por trayectorias militantes previas en partidos de izquierda, mientras que en la transición ese vínculo se complejizó al abrirse nuevos espacios

[22] Williams, *Marxismo y literatura*.
[23] De Sousa Santos y Meneses, *Epistemologías del Sur (Perspectivas)*.

institucionales. La posibilidad de habitar universidades, organismos estatales o centros de estudios generó oportunidades inéditas, pero también bifurcaciones internas entre feministas que recepcionaron de manera diferente el proceso transicional. Debates como la doble militancia, la autonomía político-organizativa, la democracia y la democratización se volvieron ejes estructurantes del campo, revelando su dinamismo y conflictividad interna.

En virtud de lo señalado, la elaboración de una investigación sobre el campo intelectual feminista requiere la consulta exhaustiva de materiales que, aun situándose por fuera de dicho campo, dialogaron con él, lo atravesaron y, en no pocas ocasiones, lo tensionaron. Nos referimos, por ejemplo, a las enunciaciones en torno al feminismo y a la participación política femenina desplegadas por los partidos políticos de oposición y por otras agrupaciones afines, en cuyos medios de comunicación, documentos internos y programas políticos es posible advertir las formas en que estos actores se relacionaron con el creciente feminismo de esos años.

En dichos discursos, entre otros aspectos, se relevó la perspectiva marxista sobre la explotación como clave explicativa de la situación de las mujeres, así como las nociones en torno a la familia, la propiedad y la subordinación femenina elaboradas tempranamente por Friedrich Engels. Tanto en una parte de los partidos de izquierda como en diversas organizaciones de oposición, la cuestión de clase ocupó un lugar central en la lectura de las problemáticas sociales, convirtiéndose en un eje fundamental para interpretar la situación de las mujeres. Sin embargo, este énfasis fue ampliamente debatido con mujeres y feministas que, sin abandonar la convicción en la lucha de clases, comenzaron a sostener que dicha perspectiva resultaba insuficiente para explicar y superar las múltiples formas de subordinación y discriminación que afectaban a las mujeres. La reconstrucción de estos intercambios —a veces fructíferos, a veces conflictivos— permite dar cuenta de la densidad del diálogo entre feminismos e izquierdas, diálogo que no solo marcó acuerdos y desencuentros, sino que contribuyó de manera decisiva a la configuración del campo intelectual feminista en este período.

De igual manera, resultan relevantes los documentos emitidos por la Junta Militar en torno al rol de las mujeres, donde

estas adquirieron un lugar central, entre otros aspectos, en la preservación de roles tradicionales —madre, esposa, cuidadora—, en la educación de nuevas generaciones que fuesen afines al proyecto dictatorial y en la mantención de determinados valores morales y sociales que apuntaban, particularmente, a la lucha contra toda idea marxista. La revisión de estos materiales permite visualizar cómo mujeres y feministas no solo ejercieron una oposición al régimen en relación con su autoritarismo generalizado, sino también frente a la forma específica en que este construyó y desplegó una determinada noción de lo femenino. Se trataba de una noción que buscaba fijar a las mujeres en un orden social jerarquizado, funcional a la reproducción del proyecto político y moral de la dictadura, y que el feminismo de la época ya había problematizado críticamente. En este sentido, la distancia que el feminismo estableció con dichos discursos no fue meramente coyuntural, sino profundamente política, en tanto estos atentaban contra la libertad de las mujeres y contra la posibilidad de su pleno desarrollo individual y colectivo.

En este sentido, el análisis de los discursos oficiales producidos tanto durante la dictadura como en el período de transición a la democracia posibilita identificar las diversas miradas en torno a las mujeres, su rol en la sociedad y los modos de inserción que se les asignaron en cada escenario histórico. Estas miradas, en muchos casos, contrastaron abiertamente con los horizontes transformadores que feministas y mujeres movilizadas estaban proyectando, evidenciando así las tensiones constitutivas del campo y los límites de lo políticamente decible en cada coyuntura.

En este sentido, el feminismo chileno desarrollado entre dictadura y transición puede comprenderse como un campo intelectual en proceso de constitución, marcado por la emergencia de prácticas, instituciones, agentes, redes, discursos y debates que comenzaron a operar bajo reglas relativamente autónomas. La proliferación de grupos de mujeres, boletines, revistas, espacios de formación y encuentros feministas —tanto nacionales como internacionales— no solo intensificó el activismo sociopolítico, sino que contribuyó a la formación de un universo intelectual con dinámicas propias de consagración, diferenciación y exclusión. Tal estructuración responde a lo que Bourdieu describe como la atribución de una autonomía relativa, entendida como el momento en que un campo comienza a funcionar según principios propios,

aunque en relación constante con lógicas externas como la política partidaria, la academia tradicional o las condiciones económicas y de financiamiento.

En esta arena, dimensiones como el financiamiento externo durante la dictadura, los fondos concursables en la transición y las redes construidas resultan cruciales para comprender cómo las feministas chilenas leyeron ciertos textos, generaron alianzas con otros feminismos latinoamericanos o participaron en los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe en pleno contexto autoritario. Del mismo modo, preguntarse por las dinámicas del campo permite entender cómo los llamados "asuntos de mujeres" —denuncia de la violencia estructural y doméstica, igualdad en acceso a la esfera pública, derecho a decidir sobre su propio cuerpo, entre otras tantas temáticas—, lograron inscribirse en el nuevo orden democrático, por ejemplo, a través del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). Antes de ser políticas públicas, estos procesos fueron ideas, debates y demandas sostenidas por un trabajo intelectual colectivo.

Ahora bien, la existencia de este campo no se sostiene únicamente en agentes o instituciones, sino también en una lógica compartida que orienta las acciones de quienes lo habitan. La creencia en la urgencia de disputar sentidos desde el feminismo —teorizar, escribir, organizar, resistir— articula el campo como espacio estructurado de sentido. En este marco, el habitus feminista puede entenderse como un conjunto de disposiciones incorporadas, moldeadas por trayectorias comunes y ejercicios colectivos, que orientan formas específicas de percibir, actuar y producir saber en clave de género. Bourdieu lo define como un "sistema de disposiciones socialmente construidas que, como estructuras estructuradas y estructurantes, constituyen el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes"[24], adquiridas mediante aprendizajes implícitos o explícitos[25]. En el feminismo chileno, este habitus se diversificó entre feminismos populares, académicos, institucionales y autónomos, cuyas disposiciones pudieron converger o entrar en conflicto.

[24] Bourdieu, "Campo del poder".
[25] Bourdieu, "Algunas propiedades de los campos", 125.

De este modo, un elemento central en la configuración del campo intelectual feminista fueron las redes. Redes institucionales, editoriales, afectivas, territoriales, regionales y transnacionales; algunas impulsadas por organismos internacionales, otras tejidas en encuentros, talleres, marchas o intercambios cotidianos. Desde los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe hasta los vínculos informales construidos a través de cartas, visitas o conversaciones, estas redes permitieron que el feminismo chileno se nutriera de claves latinoamericanas y, al mismo tiempo, ofreciera nuevas formas de decir y resistir. En el campo intelectual feminista, estas redes articularon organizaciones, editoras, lectoras, académicas, comunicadoras y activistas, configurando flujos de pensamiento y afinidades políticas.

Como señala Alexandra Pita[26], las redes nos enfrentan a un sistema relacional poroso, compuesto de "líneas de fuerza" que se distribuyen de forma desigual, se tensan y se expanden. A su vez, Eduardo Devés propone que el estudio de las redes permite "pensar la realidad cultural de América Latina"[27], no solo a través de sus obras sino también atendiendo a los tejidos invisibles que sostienen a quienes piensan, escriben y actúan. Así entendida, la labor intelectual aparece no como una empresa solitaria, sino como un ejercicio colectivo, dialógico y situado.

En el caso de las redes nacionales, resulta necesario reconstruir los lazos de asociatividad entre organizaciones que, respondiendo a distintas naturalezas —de clase, de propósitos, de orígenes y de formas organizativas—, se vincularon entre sí mediante talleres, charlas, proyectos de educación popular e intervenciones en espacios de mujeres, así como a través de prácticas concretas de acción política que posibilitaron el mutuo reconocimiento entre unas y otras.

Por ejemplo, en los boletines de mujeres pobladoras —*Palomita*, *¿Y nosotras qué?*, *Oye Vecina*, solo por mencionar algunos— es posible pesquisar actividades realizadas en conjunto con organizaciones como el MEMCH'83, publicaciones que contaron con financiamiento y capacitación de la Red de Prensa Popular, así como la realización de charlas significativas sobre el movimiento de mujeres a cargo de figuras como Olga Poblete. Estos ejemplos

[26] Pita, "Fronteras simbólicas y redes".
[27] Devés Valdés, *Redes intelectuales en América*, 29.

permiten observar cómo el conocimiento feminista y su divulgación se produjeron a través del entrelazamiento entre distintos espacios organizativos, evidenciando que dicho conocimiento no es algo "puro" ni aislado, sino que se encuentra mediado por múltiples voces, experiencias y posicionamientos, que se articulan y sintetizan en el marco de estas redes.

Por su parte, en el caso de las redes internacionales, su reconstrucción suele implicar una tarea aún más ardua, en tanto exige una escala de análisis distinta. Junto con la revisión de prensa de circulación latinoamericana —como *Fempress* o *Isis Internacional*—, resulta fundamental considerar las publicaciones de mujeres y feministas de otros países de la región, con quienes se compartieron sentidos comunes, lenguajes políticos y horizontes de lucha. En este marco, el análisis de revistas como *La Correa Feminista*, *Fem* o *Debate Feminista* de México; *La Cacerola* de Uruguay; o *Alternativa Feminista* de Argentina, por mencionar algunas, permite identificar lecturas cruzadas, republicaciones mutuas y la circulación de capitales simbólicos que se alimentaron mediante la interacción transnacional.

Acercarse a estos feminismos transfronterizos posibilita, así, dar cuenta tanto de los elementos compartidos entre el feminismo chileno y otros feminismos latinoamericanos como de sus especificidades, iluminando los modos en que lo local y lo regional se articularon en la producción intelectual feminista del período.

De acuerdo con lo mencionado, resulta clave reconocer que las redes no están compuestas solo por sujetos humanos. Según Bruno Latour[28], actores también son las materialidades, entre ellas revistas, programas de estudio, circuitos de financiamiento, tecnologías de comunicación. Analizar el campo intelectual feminista desde la teoría del actor-red permite comprender que lo feminista no es únicamente producto de intelectuales o militantes, sino el resultado de asociaciones inestables entre personas, instituciones, objetos, conceptos y recursos. Esta trama heterogénea definió qué voces, saberes y estrategias pudieron adquirir visibilidad durante la dictadura y la transición.

En este sentido, reconstruir el campo intelectual feminista exige atender a sus huellas materiales. En ese ejercicio, y considerando que el campo intelectual feminista se construye en

[28] Latour, *La esperanza de Pandora*.

interacción con otros campos, es que para comprenderlo y profundizar en sus dinámicas, se vuelve imprescindible, como hemos mencionado, recurrir tanto a los documentos producidos desde el propio campo feminista como aquellos generados por los espacios con los que este dialogó, se tensionó o se alió. En otras palabras, significa considerar desde los escritos de Julieta Kirkwood, pasando por los boletines de pobladoras, hasta la prensa de partidos políticos, por poner un ejemplo. Metodológicamente esto implica una lectura discursiva e interdiscursiva de las publicaciones en las que se rastrea el entramado feminista. Siguiendo a Robert Darnton, esta perspectiva permite examinar cómo tales producciones "forman parte de modelos culturales más amplios, y cómo los mensajes circularon a través de un complejo sistema de comunicación"[29]. En nuestro caso, dicho sistema se refiere a los canales configurados durante la dictadura y la transición, a través de los que circularon artefactos que se perfilaron como dispositivos intelectuales, políticos y culturales del feminismo. En ellos no solo es posible pesquisar lo que las mujeres dijeron, sino también las formas en que lo hicieron, las redes textuales y de sociabilidad que tejieron, así como los principales temas y matrices teóricas que articularon.

Desde esta perspectiva, el sentido no es una esencia, sino una relación social en movimiento, que se configura en las tramas de la vida colectiva, sus ritmos, sus afectos, sus dinámicas y sus disputas. Por eso trabajar con materiales diversos permite reconocer "*relaciones interdiscursivas* entre secuencias que no participan de los mismos 'campos de saber', de las mismas Condiciones de Producción, 'épocas', y/o 'dominios de objetos'"[30]. Reconocer esta diversidad implica comprender que no todos los materiales responden a un mismo tipo de registro ni a un mismo proyecto político, intelectual, social ni cultural. Y es precisamente en esa fricción entre discursividades oblicuas donde se produce el saber y sus sentidos. Donde, en otras palabras, podemos encontrar las huellas del feminismo.

En suma, el abordaje metodológico del campo intelectual feminista se construye a partir de una lectura relacional y situada, que entiende la producción de saberes no como un ejercicio

[29] Darnton, "Francia, se te escapa", 84.
[30] Aguilar et al., "¿Qué es un corpus?", 46–47.

individual ni autónomo, sino como el resultado de tramas de diálogo, disputa y circulación entre múltiples actores, discursos y prácticas. La reconstrucción de archivos heterogéneos y precarios —que incluyen publicaciones feministas, documentos de organizaciones sociales y políticas, prensa alternativa y oficial, así como materiales de circulación transnacional— permite dar cuenta de un campo en permanente tensión, atravesado por relaciones de poder, alianzas estratégicas y antagonismos persistentes. Asimismo, el desplazamiento entre escalas nacionales e internacionales habilita una comprensión más compleja de los procesos de producción intelectual, evidenciando cómo los feminismos se nutrieron de intercambios regionales sin perder anclaje en las condiciones históricas y políticas locales. De este modo, la metodología propuesta no solo busca mapear discursos, sino también captar los modos en que el conocimiento feminista se produjo colectivamente, se tradujo en prácticas y se proyectó como horizonte crítico y transformador frente a los límites impuestos por el autoritarismo y la transición democrática.

Cuerpo, palabra y compromiso: las intelectuales del feminismo chileno

¿Quiénes fueron las intelectuales del feminismo chileno durante la dictadura y la transición, y bajo qué condiciones produjeron saber? Más que una categoría cerrada o un grupo homogéneo, estas intelectuales conformaron un conjunto diverso de mujeres que, desde posiciones sociales, políticas y generacionales distintas, articularon pensamiento, acción y escritura como prácticas inseparables. Su intelectualidad no se definió únicamente por la autoría de textos ni por la pertenencia a instituciones consagradas, sino por la intervención activa en debates públicos, la creación de lenguajes críticos y la elaboración colectiva de sentidos en torno a la condición histórica de las mujeres.

Así, estudiar a las intelectuales del campo feminista exige desplazar la noción clásica de intelectualidad —asociada a la producción erudita, la consagración académica o la figura individual— hacia una concepción relacional, situada y profundamente atravesada por la experiencia histórica. En el contexto de la dictadura y la transición, lo intelectual no se

constituyó como una esfera autónoma y separada de lo político, lo social o lo cultural, sino como una práctica que las articuló de manera indisoluble. Las mujeres que conformaron este campo produjeron saberes desde lugares múltiples y, muchas veces, precarios, desbordando las fronteras convencionales del conocimiento legítimo y disputando activamente los espacios desde donde este podía ser enunciado.

En esta línea, Carlos Altamirano advierte que la noción de intelectual es "irreductible a una categoría socioprofesional"[31], en la medida en que los intelectuales se comprenden mejor por su inserción en un espacio relacional —instituciones, revistas, redes, movimientos— cuya arena privilegiada es el campo de la cultura. Esta concepción amplia, también sostenida por François Dosse[32], permite evitar definiciones normativas o elitistas, reconociendo el carácter polisémico del término y su dependencia de las condiciones históricas, los conflictos y las identidades en juego. Desde esta perspectiva, las intelectuales feministas chilenas no pueden definirse únicamente por su formación académica o su autoría textual, sino por el modo en que intervinieron en las disputas simbólicas de su tiempo.

De este modo, el campo intelectual feminista estuvo compuesto por mujeres profundamente diversas en términos de origen socioeconómico, trayectorias políticas y experiencias vitales. Algunas provenían de la militancia en partidos de izquierda; otras, del sindicalismo, de movimientos sociales territoriales o de espacios autoconvocados; otras más transitaron entre el mundo académico, las ONG y la acción política. A estas diferencias se suman las distintas formas de incorporación del feminismo como identidad, lente interpretativa del mundo o proyecto emancipador. No todas se declararon feministas desde un inicio, pues muchas se aproximaron al feminismo de manera progresiva, mientras que otras se movilizaron principalmente en tanto mujeres, sin asumir tempranamente esa denominación. Sin embargo, incluso en estos casos, es posible rastrear un feminismo en gestación, inscrito en la problematización de la condición histórica de las mujeres y en la elaboración de diagnósticos críticos sobre su subordinación.

---

[31] Altamirano, "Introducción general", 14.

[32] Dosse, *La marcha de las ideas*.

Esta constatación obliga a introducir una distinción analítica clave. Ser mujer no es sinónimo de ser feminista, ni toda mujer que escribió o desarrolló alguna actividad intelectual lo hizo necesariamente desde un locus feminista o cuestionador de las relaciones de género. En este sentido, el campo intelectual feminista no se define por la mera presencia de mujeres, sino por una práctica intelectual orientada a develar, analizar y transformar las condiciones históricas y presentes de las mujeres. Quienes lo integraron compartieron, con distintos lenguajes y énfasis, la voluntad de producir saberes críticos que tensionaran el orden patriarcal, aun cuando sus posiciones dentro del campo fueran heterogéneas y, en ocasiones, conflictivas.

Ahora bien, concretamente, ¿a quiénes estamos llamando intelectuales del campo intelectual feminista? En primer lugar —y de forma más visible—, encontramos a antropólogas, sociólogas, geógrafas, abogadas, historiadoras, economistas y escritoras, entre otras profesionales de sectores medios, en su mayoría provenientes de las ciencias sociales y las humanidades. Figuras como Julieta Kirkwood, Teresa Valdés, Sonia Montecino, Nelly Richard, Raquel Olea, Sandra Palestro, Margarita Pisano, Josefina Rossetti, Ximena Valdés, Edda Gaviola u Olga Poblete constituyeron nodos centrales en la producción y circulación de saberes feministas, articulando reflexión teórica, intervención política y trabajo editorial.

Junto a ellas, el campo intelectual feminista estuvo también integrado por mujeres en estrecha vinculación con el movimiento social de mujeres, quienes crearon sus propias organizaciones y elaboraron soportes de difusión e información desde los cuales registraron reflexiones, perspectivas, proyectos y demandas. En este grupo se encuentran mujeres pobladoras, estudiantes, trabajadoras, presas políticas, campesinas, entre otras que se organizaron a partir de identidades comunes, marcadas por el lugar que ocupaban en la estructura social. Aunque muchas veces no contaban con herramientas académicas formales, produjeron saberes nuevos a partir de aprendizajes colectivos, experiencias compartidas y prácticas de autoformación. En estos espacios, el conocimiento no se presentó como una abstracción, sino como una herramienta vital para comprender y transformar la realidad.

Ambos grupos se nutrieron mutuamente. Los saberes producidos por las profesionales se articularon, en muchos casos,

en torno al estudio, rescate e intervención con grupos territoriales de mujeres, a quienes ofrecieron talleres, cursos, charlas y capacitaciones inspiradas en la educación popular y en metodologías de investigación-acción. A su vez, las organizaciones aportaron saberes ancestrales y, sobre todo, la densidad del cotidiano como espacio de producción de conocimiento, donde el saber era vivido y experimentado antes que formalizado teóricamente. Estas articulaciones se extendieron también a espacios de oposición a la dictadura —partidos, sindicatos, organizaciones diversas— y a iniciativas como la Red de Prensa Popular, que facilitaron herramientas para que las propias organizaciones produjeran y difundieran sus registros.

Este entramado de colaboraciones e intercambios se transformó con la transición democrática. Muchas intelectuales-profesionales comenzaron a ocupar espacios universitarios, ONG y organismos estatales como formas de continuidad de su quehacer, contribuyendo tanto a la construcción de la nueva democracia como a la expansión de los saberes de género y feminismo desarrollados durante la dictadura. El movimiento de mujeres, en cambio, vivió procesos de fractura y recomposición al intentar operar en el nuevo escenario. Los aprendizajes adquiridos en el contexto adverso de la dictadura no desaparecieron, pero comenzaron a verse amenazados. Algunos grupos se disolvieron, ciertas publicaciones se extinguieron o mutaron y los encuentros perdieron centralidad.

En este recorrido, muchas de las mujeres que conformaron el campo intelectual feminista pueden pensarse, en clave gramsciana, como intelectuales orgánicas del movimiento sociopolítico e intelectual al que dieron cuerpo, palabra y pensamiento. A diferencia del intelectual tradicional, el intelectual orgánico —según Antonio Gramsci— emerge desde el seno de un grupo social en movimiento y contribuye activamente a la elaboración de su concepción del mundo[33]. Las feministas chilenas que escribieron, organizaron, teorizaron y construyeron comunidad desde talleres populares, casas de mujeres, publicaciones o encuentros nacionales no solo produjeron saberes, sino que articularon una nueva subjetividad política, la de las mujeres como sujetas críticas, históricas y pensantes. Su intelectualidad no se fundó en la autoridad académica, sino en la capacidad de construir lenguajes colectivos desde la

[33] Gramsci, *Cuadernos de la cárcel.*

experiencia situada, haciendo de cada práctica una forma de intervención teórica.

Desde esta perspectiva, las intelectuales del campo feminista pueden comprenderse tanto por sus producciones textuales o su grado de consagración pública, como por el lugar que ocuparon en un campo en disputa donde el compromiso político fue, muchas veces, condición constitutiva de la legitimidad intelectual. Como señala Dosse, una vía para aproximarse a las figuras intelectuales es el análisis de sus compromisos, entendidos como formas de inscripción activa en las coyunturas históricas. Esta noción de intelectual comprometido resulta especialmente fecunda para leer el feminismo chileno, donde lo intelectual se sostuvo en prácticas colectivas, editoriales, pedagógicas y territoriales que no siempre buscaron reconocimiento académico, pero sí la transformación del orden simbólico y material. En palabras de Claudia Gilman, "la doctrina del compromiso aseguraba a los intelectuales una participación en la política sin abandonar el propio campo, al definir la tarea intelectual como un trabajo siempre, y de suyo, político"[34].

En suma, el feminismo chileno no emergió de forma aislada, sino desde un tejido plural de trayectorias y experiencias. Mujeres provenientes de la militancia política, de organizaciones sociales, de espacios universitarios y de ONG irrumpieron en el espacio público con una voz propia que no solo denunció la exclusión de género, sino que cuestionó los modos mismos de hacer política y producir conocimiento. La categoría de "campo intelectual feminista" no designa, así, un territorio meramente institucionalizado, sino una trama viva donde pensamiento, acción y creación se entrelazan, dando lugar a una forma de intelectualidad situada, colectiva y profundamente transformadora.

Pese a la pluralidad descrita, lo cierto es que el mayor reconocimiento dentro de este campo intelectual recayó en aquellas mujeres que desarrollaron trayectorias de carácter profesional, quienes, por una parte, consolidaron una producción investigativa sostenida durante los años ochenta y, por otra, lograron posteriormente ocupar espacios relevantes en el Estado, las universidades y otros ámbitos institucionales. Se trata de intelectuales cuyas trayectorias pueden ser individualizadas, cuyas producciones y redes pueden ser cartografiadas, y que, en su

[34] Gilman, *Entre la pluma*, 72.

mayoría, contaron con capitales culturales, sociales y políticos que les permitieron establecer vínculos con el feminismo internacional y con espacios de poder al interior de Chile, favoreciendo un reconocimiento progresivo que se extiende hasta el presente.

Sin desconocer la relevancia de estas trayectorias, resulta necesario considerar que este no fue el recorrido de "las otras" —las otras estudiantes, las otras presas políticas, las otras pobladoras, las otras campesinas—. Mujeres que, en la reconstrucción histórica de este campo, suelen quedar subsumidas en categorías analíticas amplias, diluidas en lo colectivo o invisibilizadas por las lógicas del archivo. A diferencia de las intelectuales profesionales, muchas de estas mujeres no firmaron con su nombre, o lo hicieron únicamente con el nombre de pila, lo que dificulta la reconstrucción de trayectorias individuales en los términos clásicos del análisis intelectual.

Cuando la pregunta se desplaza hacia los sujetos —hacia las intelectuales—, se abre, entonces, un desafío metodológico central. ¿Cómo reconstruir una dimensión del campo que no quedó registrada en los artefactos escritos tradicionales? En este marco, el uso de fuentes orales mediante entrevistas semiestructuradas a actoras clave del período se vuelve una estrategia significativa para comprender los itinerarios intelectuales desarrollados durante la dictadura y la transición a la democracia. En concordancia, el recurso a las entrevistas se asume como complementario y orientado a indagar aquellos aspectos que no encontraron otras formas de registro. Así, reconociendo que la dimensión memorial es siempre compleja y atravesada por mediaciones, estas fuentes pueden ser utilizadas desde una perspectiva principalmente factual, más que subjetiva.

Reconstruir este panorama ampliado de las intelectuales resulta fundamental para abrir el concepto mismo de intelectualidad hacia otras formas de producción de saber, de intervención política y de elaboración crítica, que exceden los marcos institucionales tradicionales y permiten comprender la riqueza y heterogeneidad del campo intelectual feminista en el período estudiado.

Palabras que hacen mundo: conocimiento feminista, materialidades y performatividad

Las palabras importaron. Durante la dictadura y la transición, el feminismo chileno junto con producir análisis, investigaciones o diagnósticos sobre la condición de las mujeres, también elaboró vocabularios. En boletines, consignas, talleres, cuadernos y revistas comenzaron a circular términos que no formaban parte del repertorio político dominante, pero que nombraban experiencias largamente silenciadas. Ese trabajo lingüístico —colectivo, situado y reiterado— no fue un efecto secundario del activismo, sino una forma central de producción de conocimiento, a través de la cual el feminismo reorganizó los marcos de inteligibilidad de lo social, lo político y lo íntimo.

Interrogar radicalmente la sociedad —desde lo íntimo hasta lo estructural— exige, entre otras cosas, buscar categorías con las cuales nominar y otorgar sentido a las experiencias. El feminismo, a diferencia de otras formas de conocimiento, se construye desde la experiencia cotidiana, desde prácticas y concepciones del mundo que muchas veces anteceden a la propia enunciación del sujeto; es decir, que existen antes de que este se reconozca como tal. Por ello, además de constituir una alternativa política, el feminismo se presenta como una necesidad urgente de reconfigurar los sentidos que organizan el mundo. Sin embargo, esta operación no está exenta de dificultades. ¿Cómo resignificar un orden cuyos marcos simbólicos ya están arraigados en el lenguaje? ¿Cómo nombrar "lo real" cuando los lenguajes disponibles han sido históricamente construidos desde perspectivas ajenas a las experiencias de las mujeres y otros sujetos subalternizados? Como han planteado Joan Scott[35] y Judith Butler[36], el lenguaje no es una herramienta neutra de representación, sino un campo de poder que delimita lo decible, lo pensable y, por ende, lo vivible.

Indagar en estas preguntas conduce a explorar los modos en que el género interviene en las interpretaciones del mundo y, con ello, en las formas de producir conocimiento[37]. Como señala Norma Blázquez, pensar el conocimiento desde una perspectiva feminista

[35] Scott, "Experiencia".
[36] Butler, *El género en disputa*.
[37] Blázquez, "Epistemología feminista".

exige cuestionar sus condiciones de producción, circulación y legitimación[38]. El género, entendido como "un elemento que organiza la vida de las sociedades"[39], no solo atraviesa las relaciones sociales, sino que estructura las epistemologías desde las cuales esas relaciones son pensadas. De este modo, el conocimiento feminista no se limita a sumar nuevos temas al repertorio existente, sino que desestabiliza los supuestos mismos sobre qué cuenta como conocimiento legítimo y quiénes están autorizadas a producirlo.

Si partimos de la premisa de que las prácticas generan pensamiento y que las experiencias constituyen una forma legítima de saber, una de las características fundamentales del conocimiento feminista es su vínculo íntimo con la posición que el sujeto ocupa dentro del orden social. Los saberes feministas, en este sentido, se gestan en la interacción situada, en la revisión crítica de la propia experiencia y en el diálogo entre cuerpo, territorio y memoria. Desde esta perspectiva, Donna Haraway ha insistido en que todo conocimiento es inevitablemente situado, es decir, no existe una mirada desde "ningún lugar", sino que toda producción de saber está localizada, atravesada por la parcialidad y la responsabilidad de quien enuncia[40]. De ahí la importancia de dar historicidad a la experiencia[41], no como anécdota individual, sino como forma de conocimiento encarnado que articula subjetividad y estructura. En palabras de Teresa de Lauretis, la experiencia es

> "un complejo de efectos de significado, hábitos, disposiciones, asociaciones y percepciones, resultantes de la interacción semiótica del yo y del mundo externo. La constelación o configuración de efectos de significado que llamo experiencia cambia y es reformada continuamente para cada sujeto con su compromiso continuo con la realidad social, una realidad que incluye -y para las mujeres, centralmente- las relaciones sociales de género"[42].

[38] Blázquez, "Epistemología feminista".
[39] Falconí, "La epistemología feminista", 3.
[40] Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres*.
[41] Scott, "Experiencia".
[42] De Lauretis, "La tecnología del género", 26.

Ahora bien, como advierte Joan Scott, la experiencia no remite a una interioridad pura ni prediscursiva, sino que es, ante todo, "un evento lingüístico"[43]. Su naturaleza es discursiva[44], pues no hay experiencia que no pase por el lenguaje ni escape a la mediación de categorías históricamente disponibles. Nombrar la experiencia no es simplemente relatar lo vivido, sino organizar simbólicamente el mundo y disputar los sentidos de lo real. En esta línea, Judith Butler introduce el concepto de performatividad para dar cuenta de cómo los actos de habla reiterados producen en la realidad aquello que nombran. En el campo del género, esta reiteración ha contribuido históricamente a sedimentar creencias que posicionan desigualmente a los sujetos en la estructura social, basándose en mitos naturalizados sobre el sexo. La performatividad opera, así, como un "moldeamiento que toma lugar a través de cadenas de reiteraciones que se van acumulando y sedimentando"[45], hasta construir una noción de realidad profundamente arraigada en los esquemas sociales de pensamiento.

Estas aproximaciones resultan fundamentales para comprender cómo se disputan los sentidos y las legitimidades dentro del campo intelectual feminista. Allí donde se producen saberes, se construyen jerarquías y se reclaman lugares de enunciación, el poder simbólico —en términos de Bourdieu— actúa de forma invisible, haciendo pasar lo arbitrario por natural. Interrogar las producciones feministas implica, entonces, comprender "qué hay en ellas de común, qué de particular y qué de excepcional"[46], y observar sus entramados como formas de "resistencia política y epistemológica"[47]. Como señala Silvina Cormick, los campos intelectuales de la región necesitan ser pensados de manera conjunta por varones y mujeres, aun cuando estas últimas hayan sido relegadas a posiciones subordinadas[48]. El feminismo tensiona precisamente esos márgenes, inscribiendo otras formas de autoridad, sociabilidad y producción de sentido.

---

[43] Scott, "Experiencia", 66.
[44] Scott, "Experiencia", 72.
[45] Ramos Zincke, "Datos y relatos", 169.
[46] Cormick, *Mujeres intelectuales en América*, 15.
[47] Gálvez, "Historia del movimiento feminista", 293.
[48] Cormick, *Mujeres intelectuales en América*, 16.

Entre dictadura y transición, el feminismo chileno no solo produjo investigaciones, boletines, revistas o encuentros, sino, sobre todo, palabras nuevas. Palabras que no figuraban en el repertorio político dominante y que emergieron desde los cuerpos, las memorias y la necesidad de nombrar aquello que aún no tenía nombre. Consignas como "Democracia en el país y en la casa", "Lo personal es político" o "Hagamos el amor y no las camas" no fueron frases circunstanciales, sino condensaciones de pensamiento, verdaderas performatividades lingüísticas que hicieron visible aquello que había permanecido en silencio. Estas expresiones denunciaban lo naturalizado y, al mismo tiempo, proyectaban horizontes alternativos. Así, decir que la democracia debía estar también "en la casa" implicaba desnudar el autoritarismo doméstico y cuestionar la frontera entre lo público y lo privado. Las palabras, entonces, más que describir la realidad, la creaban, la reordenaban y abrían grietas en lo que parecía eterno.

Como advertía Ana Vásquez, "incluso el lenguaje —vehículo de las ideas— ha sido elaborado por otros"[49], ajena a la experiencia de las mujeres. Frente a ello, el feminismo respondió con la invención de un léxico propio, capaz de nombrar la opresión y proyectar emancipación. Este léxico político-cultural feminista constituyó una de las herencias más duraderas del período. Su potencia no residió únicamente en las consignas callejeras, sino en su capacidad de articular demandas, cuerpos y subjetividades, inscribiéndose en cuadernos, boletines, revistas y debates públicos. Cada concepto —"patriarcado", "autonomía", "violencia doméstica", "género"— condensó una disputa política. Como señala Claudio Ramos, la performatividad opera por acumulación[50]. Así como el patriarcado se sedimentó en siglos de reiteraciones normativas; el feminismo construyó su propia performatividad a través de la repetición insistente de palabras, consignas y conceptos hasta hacerlos existir en el imaginario colectivo. Hasta nombrar, por ejemplo, como violencia lo que por largo tiempo se denominó como amor.

Los soportes materiales fueron decisivos en este proceso. Boletines, revistas, libros, videos, cuadernos y otros artefactos no funcionaron como simples vehículos de información, sino como

[49] Vásquez, "Feminismo: dudas y contradicciones", 105.
[50] Ramos Zincke, "Datos y relatos", 169.

espacios de producción de subjetividades, de posicionamiento político y de disputa interpretativa[51]. Nombrar "violencia doméstica" significó desplazarla de la esfera privada hacia la pública; nombrar "doble jornada laboral" permitió visibilizar el trabajo invisible que sostenía la vida cotidiana. En este sentido, resulta especialmente iluminadora la propuesta de Quentin Skinner, según la cual los textos deben leerse como intervenciones lingüísticas inscritas en vocabularios político-culturales específicos. Para el autor, los conceptos no son universales, sino armas discursivas que adquieren sentido en el calor de los debates de su tiempo[52]. Bajo esta lente, el feminismo chileno puede comprenderse como un campo de intervención lingüística que produjo categorías destinadas a disputar los lenguajes de la izquierda, de la derecha y del Estado.

Este léxico se sostuvo, además, en conocimientos profundamente situados. Las palabras nacieron de talleres con temporeras, encuentros con trabajadoras domésticas, memorias de presas políticas, seminarios académicos. Siguiendo a María Lugones[53] y Silvia Rivera Cusicanqui[54], estos saberes no son residuos arcaicos, sino formas activas de comprensión del presente, a menudo invisibilizadas por la colonialidad del género. Como recuerda Josefina Ludmer, muchas de estas resistencias epistémicas se expresan en escrituras menores, es decir, en prácticas, afectos e intervenciones que no siempre se instituyen como teoría, pero que producen efectos duraderos[55].

En este sentido, estudiar una forma de conocimiento no institucionalizada —y mucho menos hegemónica— implica atender a los modos particulares de nombrar los fenómenos y a la reiteración de esas denominaciones en distintos espacios. Qué palabra designa la experiencia, la realidad o el futuro se vuelve, así, una operación central de producción de conocimiento a identificar. Lo mismo ocurre con los tipos y niveles de análisis movilizados. ¿Qué leían las feministas chilenas? ¿A quiénes citaban? ¿Quiénes eran sus referentes? Estas preguntas resultan clave para comprender cómo

[51] Pacheco Parra, "¡Entre nosotras, tienes la palabra!", 16.
[52] Skinner, *Lenguaje, política e historia*.
[53] Lugones, "Hacia un feminismo descolonial".
[54] Rivera Cusicanqui, *Un mundo ch'ixi*.
[55] Ludmer, "Tretas del débil".

se articuló su producción intelectual y cuáles fueron las tramas teóricas, políticas y afectivas que la sostuvieron.

En suma, pensar el conocimiento feminista en Chile entre dictadura y transición implica comprender cómo conceptos hoy centrales —autonomía, cuerpo, memoria, experiencia, trabajo, violencia— se constituyeron como núcleos epistémicos capaces de reorganizar el pensamiento y desestabilizar lógicas patriarcales en la política, la academia y la cultura. No fueron solo temas, sino categorías performativas que produjeron realidad. La autonomía se forjó en la tensión con partidos y Estado; el cuerpo, en la disputa por la sexualidad y la reproducción; la memoria, en la construcción de archivos insurgentes frente al borramiento dictatorial. Desde una perspectiva relacional, situada y performativa, este apartado ha buscado mostrar cómo el feminismo chileno produjo conocimiento no solo para comprender el mundo, sino para transformarlo, dejando como legado un lenguaje plural, conflictivo y vivo que aún hoy permite nombrar injusticias e imaginar futuros distintos.

Conclusiones

Leer el feminismo chileno entre dictadura y transición como un campo intelectual implica, antes que nada, aceptar la incomodidad de una historia que no se deja ordenar con facilidad. Lejos de un relato lineal o de una cronología cerrada, lo que emerge es un espacio móvil, atravesado por ritmos dispares, reconfiguraciones constantes y disputas que no siempre encontraron resolución. Pensar este período como un tiempo extendido permitió atender a esos desplazamientos sin forzarlos hacia una narrativa de progreso o institucionalización, y reconocer que la producción de saber feminista fue, desde el inicio, una práctica situada que se sostuvo en condiciones de precariedad, conflicto y experimentación. En esa persistencia, el pensamiento feminista no aparece como un subproducto del activismo, sino como una forma de intervención que disputó sentidos, lenguajes y horizontes de lo posible.

A lo largo del artículo, hemos observado cómo la categoría de campo intelectual feminista permitió iluminar no solo la existencia de ideas, sino también las relaciones que las hicieron posibles, es decir, las redes, los soportes, los debates, los afectos, las

alianzas y las tensiones. Sin embargo, esa categoría no agota la complejidad del fenómeno que intenta nombrar. Más bien, abre nuevas preguntas: ¿cómo se negocia la legitimidad intelectual cuando los criterios de reconocimiento están históricamente masculinizados?, ¿qué se gana y qué se pierde cuando un campo insurgente se aproxima a la institucionalidad?, ¿cómo leer las fracturas internas sin reducirlas a divisiones binarias entre autonomía e integración? El campo feminista aparece así como un espacio de producción siempre inestable, cuya fuerza residió precisamente en su capacidad de habitar la contradicción.

La reflexión sobre las intelectuales feministas reforzó esta imagen de heterogeneidad y tensión. Lejos de una figura única o consagrada, lo que se observa es una pluralidad de trayectorias que desbordaron las fronteras tradicionales de lo intelectual, articulando pensamiento, experiencia y acción política. En muchos casos, la autoridad no se fundó en la acumulación de credenciales, sino en la capacidad de producir lenguajes comunes, de sostener procesos colectivos y de transformar lo vivido en saber compartido. Esto invita a preguntarnos, más allá del caso chileno, qué entendemos hoy por trabajo intelectual y bajo qué condiciones ciertas prácticas son reconocidas como conocimiento legítimo mientras otras permanecen en los márgenes. Así, revisitar estas trayectorias obliga a interrogar los propios criterios historiográficos con los que se escribe la historia del pensamiento.

Por su parte, al situar el conocimiento feminista en la articulación entre experiencia, lenguaje y materialidades, el artículo buscó mostrar que las palabras no solo describen el mundo, sino que lo producen. Las consignas, los conceptos y los soportes que circularon entre dictadura y transición no fueron meros registros de una época, sino operaciones performativas que reordenaron los marcos de lo decible y lo pensable. En ese gesto, el feminismo legó un repertorio de categorías, prácticas y preguntas que sigue activo y continúa desestabilizando el presente. Tal vez, más que clausurar un campo, este trabajo invita a volver a él, a preguntarse qué de esas tramas intelectuales permanece abierto, qué saberes siguen en disputa y qué nuevas formas de nombrar el mundo están aún por inventarse.

En este sentido, más que ofrecer una interpretación cerrada del feminismo chileno entre dictadura y transición, este trabajo

propone una forma de aproximación. La noción de campo intelectual feminista, leída en clave relacional, situada y performativa, funciona aquí como una herramienta para mapear agentes, redes, materialidades y lenguajes, así como para interrogar las condiciones históricas que hicieron posible —y también limitaron— la producción de saber feminista. Del mismo modo, la atención a los soportes, a las prácticas de escritura y a la performatividad del lenguaje busca habilitar una lectura que no se agote en los textos consagrados ni en las figuras más visibles, sino que permita reconstruir tramas intelectuales desde archivos heterogéneos, fragmentarios y a veces precarios. Pensar el feminismo desde esta perspectiva no implica fijarlo en una definición, sino abrir un método que invita a seguir explorando cómo se producen, circulan y disputan los saberes feministas en contextos de desigualdad, y cómo esas prácticas intelectuales continúan interpelando los modos en que escribimos la historia reciente.

Bibliografía

Aguilar, Paula, Mara Glozman, Ana Grandona y Victoria Haidar. "¿Qué es un corpus?" *Entramados y Perspectivas. Revista de la Carrera de Sociología* 4, no. 4 (2014): 35–64.

Altamirano, Carlos. *Intelectuales. Notas de investigación*. Grupo Editorial Norma, 2006.

Altamirano, Carlos. "Introducción general". En *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, editado por Jorge Myers, 9–27. Katz Editores, 2008.

Aravena Retamales, Paula Margarita. "Cuando los diarios mienten, las mujeres escriben. Boletines de mujeres en la Dictadura Chilena 1973–1990". Ponencia presentada en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Arcos Herrera, Carol. "Sitios feministas: *Boletín del Círculo de Estudios de la Mujer*, 1980–1983". En *Prácticas culturales, discursos y poder en América Latina*, editado por Germán Cossio, Rebeca Errázuriz, Felipe Lagos y Natalia López, 145–161.

Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2007.

Arévalo Vidal, Valentina, Sofía Cifuentes Contador y Natacha Oyarzún Cartagena. *Somos +. La lucha del Movimiento Mujeres por la Vida bajo dictadura*. Alquimia Ediciones, 2023.

Beigel, Fernanda. "El nuevo carácter de la dependencia intelectual". *Cuestiones de Sociología*, no. 14 (2016): 1–17.

Blázquez, Norma. "Epistemología feminista: temas centrales". En *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, coordinado por Norma Blázquez, Fátima Flores y Maribel Ríos, 21–38. UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2010.

Bourdieu, Pierre. "Algunas propiedades de los campos". En *Campo de poder, campo intelectual*, 119–126. Editorial Montressor, 2002.

Bourdieu, Pierre. "Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase". En *Intelectuales, política y poder*, 23–42. Editorial Universitaria, 1999.

Bourdieu, Pierre. "Campo intelectual y proyecto creador". En *Campo de poder, campo intelectual*, 9–50. Editorial Montressor, 2002.

Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós, 2007.

Cormick, Silvina. *Mujeres intelectuales en América Latina*. SB, 2022.

Darnton, Robert. "Francia, se te escapa el café. De la historia del libro a la historia de la comunicación". *Políticas de la Memoria*, no. 21 (2021): 76–85.

De Lauretis, Teresa. "La tecnología del género". *Mora*, no. 2 (1996).

De Sousa Santos, Boaventura, y María Paula Meneses. *Epistemologías del Sur (Perspectivas)*. Ediciones Akal, 2014.

Devés Valdés, Eduardo. *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, 2007.

Dosse, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Universidad de Valencia, 2006.

Eguren, Paula, y María Angélica Cruz. "Activismos feministas en dictadura: los boletines de organizaciones de mujeres". *Revista de Sociología* 37, no. 2 (2022): 33–48.

Falconí, María. "La epistemología feminista: una forma alternativa de generación de conocimiento y práctica". *Contribuciones desde Coatepec*, no. 37 (2022).

Fraser, Nancy. *Fortunas del feminismo: del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*. Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador / Traficantes de Sueños, 2015.

Gálvez, Ana. "Historia del movimiento feminista en Chile en el siglo XX y su quiebre en la postdictadura". En *Transiciones. Perspectivas historiográficas sobre la postdictadura chilena 1988–2018*, editado por José Ignacio Ponce, Aníbal Pérez y Nicolás Acevedo, 285–310. Editorial América en Movimiento, 2018.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo Veintiuno Editores, 2012.

Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel. Cuadernos 12–29 (1932–1935)*. Ediciones Akal, 2023.

Haraway, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra / Universitat de València / Instituto de la Mujer, 1991.

Hernández, Tamara. *Revolucionarias. Historia y narrativas de mujeres rodriguistas*. Escaparate Ediciones, 2021.

Illanes O., María Angélica. "El túnel o la dictadura (oscura transición al siglo XXI). Las historias de Lucrecia y Valentina y el movimiento feminista de los 80". En *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*, 105–119. LOM Ediciones, 2012.

Jeria, Claudia. "Feministas socialistas en dictadura. Una aproximación a su cultura política". *Izquierdas*, no. 4 (2009): 1–28.

Latour, Bruno. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Gedisa Editorial, 2001.

Lozoya, Ivette, y César Zamorano. "Redes y revistas: una cartografía del campo cultural latinoamericano". En *Revistas y redes en la conformación del campo intelectual latinoamericano*, 7–25. Ariadna Ediciones, 2021.

Ludmer, Josefina. "Tretas del débil". En *Representaciones, emergencias y resistencias de la crítica cultural: mujeres intelectuales en América*

Latina y el Caribe, editado por Carmen Díaz Orozco, 245–252. CLACSO, 2017.

Lugones, María. "Hacia un feminismo descolonial". *La Manzana de la Discordia* 6, no. 2 (2011): 105–117.

Montecino, Sonia. "Apuntes y espejos. Las mujeres chilenas como cuerpos, memorias, reflexiones e historias". En *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*. Catalonia, 2012.

Pacheco Parra, Valentina. "¡Entre nosotras, tienes la palabra! Huellas feministas en los boletines de mujeres de oposición a la dictadura, Chile 1978–1989". *Izquierdas*, no. 54 (2025): 1–38.

Palti, Elías José. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Siglo XXI Editores, 2007.

Pita, Alexandra. "Fronteras simbólicas y redes intelectuales. Una propuesta". *Historia y Espacio* 13, no. 49 (2017): 39–62.

Prudant, Elisabet. *Y entonces estaban ellas. Memoria(s) de las Mujeres Democráticas durante la dictadura*. CEIBO Ediciones, 2013.

Ramírez, Paula, Inés Fernández Mouján y Mariana Alvarado. "Mujeres de América Latina: tránsito, tráfico y traducción de saberes". En *Feminismos del Sur. Recorridos, itinerarios, junturas*, editado por Mariana Alvarado. Prometeo Libros, 2020.

Ramos Zincke, Claudio. "Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de realidad social". *Convergencia*, no. 66 (2014): 151–177.

Ríos Tobar, Marcela, Lorena Godoy Catalán y Elizabeth Guerrero Caviedes. *¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura*. Historiográfica, 2020.

Rivera Cusicanqui, Silvia. *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón, 2018.

Robles Recabarren, Javiera. "Sobrevivir, resistir y luchar. Las comunistas durante la década de los 80, en Chile". *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, no. 19 (2022): 87–108.

Saferstein, Ezequiel Andrés. "Entre los estudios sobre el libro y la edición: el 'giro material' en la historia intelectual y la sociología". *Información, cultura y sociedad*, no. 29 (2013): 139–166.

Scott, Joan. "Experiencia". *Revista de Estudios de Género, La Ventana* 2, no. 13 (2001): 42–74.

Siemon, Jo. "Mujeres en conflicto: la construcción de identidad colectiva en MEMCH'83". *Revista Sociedad y Equidad*, no. 2 (2011): 46–65.

Skinner, Quentin. *Lenguaje, política e historia*. Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

Tessada S., Vanessa. "Democracia en el país y en la casa. Reflexiones y activismo feminista durante la dictadura de Pinochet (1973–1989)". *Cuadernos Kóre*, no. 8 (2013): 96–117.

Vásquez, Ana. "Feminismo: dudas y contradicciones". En *La otra mitad de Chile*, editado por María Angélica Meza, 103–115. CESOC – Instituto para el Nuevo Chile, 1986.

Vidaurrázaga, Tamara. "Mujeres en rojo y negro. Reconstrucción de memoria de tres mujeres miristas (1971–1990)". Tesis de magíster en Género y Cultura, Universidad de Chile, 2005.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Las cuarenta, 2009.

Campo Intelectual Lesbofeminista en Chile: Construcción y manifestación desde el léxico político-cultural de la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén 1984-2002[1]

Paula Valeska Pastenes Muñoz[2]

Introducción

Desde la década de 1980, la emergencia de organizaciones lesbofeministas en Chile constituyó un desafío profundo no solo para el régimen dictatorial, sino también para las gramáticas políticas y epistémicas del propio movimiento feminista. En ese contexto, la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén —fundada en 1984 por Susana Peña, Cecilia Riquelme y Lilian Inostroza— inauguró un espacio político e intelectual que tensionó simultáneamente la violencia estatal y las formas de exclusión producidas al interior del feminismo hegemónico y de los movimientos homosexuales liderados por varones. Ayuquelén no solo disputó el orden autoritario, sino que cuestionó los marcos normativos desde los cuales se definía quiénes podían ser consideradas sujetas legítimas del feminismo.

Si bien la historiografía ha reconocido a Ayuquelén como parte de las redes de oposición a la dictadura[3], su aporte ha sido abordado mayoritariamente desde una dimensión sociopolítica u organizativa, relegando a un segundo plano el análisis de la producción intelectual, las redes de saber y los dispositivos materiales que permitieron la elaboración de un léxico político-

[1] Proyecto vinculado al Fondecyt Regular- ANID Nº1230022 a cargo de la profesora guía e Investigadora Responsable, Dra. Cristina Moyano Barahona. Trabajo para optar al grado de Licenciada en Historia por la Universidad de Santiago de Chile.

[2] Licenciada en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Correo de contacto: paula.pastenes@usach.cl ORCID: https://orcid.org/0009-0007-2760-505X

[3] Cerda, "Lesbofeminismo y oposición"; Shats, "Identidad colectiva y marginación"; Lara, "Lesbianas y la lucha contra el heteropatriarcado".

cultural lesbofeminista propio. Esta omisión ha contribuido a invisibilizar el carácter productivo —y no meramente reactivo— de la experiencia lesbofeminista en Chile.

Esta tesina propone, en consecuencia, que Ayuquelén no fue únicamente una organización política o militante, sino una instancia activa de producción de conocimiento: creadora de conceptos, prácticas discursivas, redes transnacionales y soportes materiales que permiten reconstruir la configuración de un campo intelectual lesbofeminista, situado tanto dentro como en tensión permanente con el campo intelectual feminista hegemónico. Desde esta perspectiva, la experiencia de Ayuquelén se inscribe en una disputa por los sentidos del feminismo, por sus temporalidades políticas y por las genealogías de pensamiento que podían ser reconocidas como legítimas.

El problema histórico que orienta esta investigación es, por tanto, doble. En primer lugar, aborda la exclusión sistemática de la experiencia lésbica en el feminismo chileno de las décadas de 1980 y 1990, estructurado mayoritariamente desde parámetros heteronormativos. En segundo lugar, examina la persistente invisibilización historiográfica de los saberes producidos por mujeres lesbianas, tradicionalmente considerados periféricos, subalternos o ajenos al campo intelectual propiamente dicho. Ambos procesos operaron como mecanismos de silenciamiento que afectaron no solo la circulación de ideas, sino también la inscripción temporal de estas experiencias en los relatos sobre el pasado reciente.

Frente a este vacío, se vuelve imprescindible reconstruir las prácticas de saber, los materiales producidos y las redes intelectuales que hicieron posible la emergencia y persistencia de un proyecto lesbofeminista en condiciones de represión política y marginalidad epistémica. Asimismo, la investigación adquiere relevancia para comprender el modo en que las disidencias sexuales —y particularmente las lesbianas feministas— elaboraron genealogías de pensamiento propias, que anteceden y nutren el ciclo de movilización sexual y de género del siglo XXI, desafiando las narrativas que sitúan estos procesos exclusivamente en el tiempo de la transición o del presente reciente.

En este marco, la investigación se formula la siguiente pregunta: ¿cómo se construyó el saber lesbofeminista en Chile entre

1984 y 2002 a partir de la acción política e intelectual de la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, y qué efectos tuvo dicha producción en el desarrollo posterior del activismo lesbofeminista?

Como hipótesis, se sostiene que el aporte central de Ayuquelén no se limita a su acción organizativa o militante, sino que radica en la producción de un saber subyugado que reconfiguró las categorías del feminismo chileno, desplazó la sexualidad hacia el centro de la disputa política y elaboró un léxico político-cultural lesbofeminista capaz de cuestionar los límites de la sujeta del feminismo. Este proceso puede ser comprendido, además, como una disputa por el tiempo social del feminismo, en tanto Ayuquelén produjo sentidos alternativos del pasado, del presente y del futuro del movimiento.

Este saber se expresó en al menos tres dimensiones articuladas. En primer lugar, una dimensión intelectual, asociada a la creación de categorías, reflexiones, debates y conceptos que estructuraron una crítica sistemática a la heteronorma feminista. En segundo lugar, una dimensión material, manifestada en la producción de soportes —actas, cuadernos, correspondencia internacional, materiales pedagógicos, prensa alternativa y el libro *Ayuquelén: Una parte de nuestra historia*…— que fijaron, difundieron y legitimaron este saber en el tiempo. En tercer lugar, una dimensión reticular[4], vinculada a la formación de redes transnacionales que permitieron nutrir, circular y consolidar este proyecto intelectual más allá del espacio nacional.

A partir de estas dimensiones, se propone que Ayuquelén configuró un campo intelectual lesbofeminista relativamente autónomo, cuya influencia resulta rastreable tanto en el activismo posterior (2002–2009) como en la emergencia de proyectos como Rompiendo el Silencio. Este campo no solo disputó contenidos, sino también formas de producir conocimiento, de narrar la experiencia política y de inscribirla en una temporalidad propia.

Finalmente, esta investigación se inscribe en la línea de estudios recientes sobre feminismo chileno, intelectuales mujeres y producción de saberes desde los márgenes[5]. No obstante, aporta

[4] Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*, 78.

[5] Moyano y Pacheco, "Producción y difusión"; Moyano y Pacheco, "Escrituras urgentes"; Ríos Tobar et al., *¿Un nuevo silencio feminista?*; Gálvez, "Historia del Movimiento Feminista en Chile"; Valdés, *Movimiento Feminista durante la dictadura*.

como novedad: i) una reconstrucción desde la historia intelectual, disciplina que permite analizar redes intelectuales, dispositivos materiales, prácticas de lectura y circulación del saber; ii) una lectura desde el giro material, que atiende a la materialidad de las fuentes como productoras de significado político; iii) la elaboración del concepto de *campo intelectual lesbofeminista*, ausente en la historiografía; y iv) la integración del testimonio oral como soporte intelectual y afectivo, comprendiendo la oralidad como una práctica de legitimación del saber lesbofeminista y como un dispositivo clave en la producción social del tiempo.

Un breve balance

La historiografía y los estudios provenientes de las ciencias sociales sobre el lesbofeminismo en Chile han avanzado de manera fragmentada y desigual, privilegiando determinados registros analíticos —principalmente los políticos[6], militantes[7] y testimoniales[8]— mientras otros permanecen subexplorados o solo abordados de forma tangencial. Entre estos últimos destacan la producción intelectual[9], las redes de saber, los dispositivos materiales y la elaboración de un léxico político-cultural propio[10]. Esta asimetría ha tenido como efecto la dificultad para reconocer al lesbofeminismo, y particularmente a Ayuquelén, como un actor del campo intelectual y no únicamente como un sujeto político de resistencia.

Los primeros trabajos que tematizaron la existencia organizada de mujeres lesbianas durante la dictadura se concentraron en situar a Ayuquelén como un colectivo inserto en la oposición política al régimen militar. En esta línea, Karelia Cerda desarrolló una reconstrucción pionera que permitió incorporar a la Colectiva dentro del repertorio de resistencias urbanas y feministas del período. Sin embargo, su aproximación privilegió el registro sociopolítico, dejando fuera dimensiones centrales del proyecto

6 Cerda, "Lesbofeminismo y oposición"; Shats, "Identidad colectiva y marginación"; Lara, "Lesbianas y la lucha contra el heteropatriarcado".
7 Hiner, "Tejiendo Resistencias".
8 Lara, "Lesbianas y la lucha contra el heteropatriarcado".
9 Pacheco, "¡Entre nosotras, tienes la palabra!"
10 Moyano y Pacheco, "Escrituras urgentes".

lesbofeminista: el carácter intelectual de su práctica, la elaboración conceptual autónoma y la construcción de redes transnacionales como formas específicas de circulación del saber. De modo similar, el trabajo de Ilán Shats, al contrastar la experiencia de Ayuquelén con el colectivo de las Yeguas del Apocalipsis, enfatiza la marginalidad compartida y las intervenciones simbólicas, performáticas y discursivas de ambos grupos, sin detenerse en la especificidad del pensamiento lesbofeminista que Ayuquelén comenzó a producir desde mediados de la década de 1980.

Investigaciones más recientes, como la de María José Lara, organizan la trayectoria del movimiento lésbico chileno en clave cronológica, incorporando a Ayuquelén como punto de partida de una genealogía que se proyecta hacia organizaciones contemporáneas como Rompiendo el Silencio o la Red Lesbofeminista. Estos trabajos resultan fundamentales para visibilizar la continuidad del activismo lésbico a lo largo de más de tres décadas (1980–2010). No obstante, continúan privilegiando la dimensión organizativa y militante, sin analizar en profundidad los lenguajes políticos, las categorías analíticas ni las estrategias discursivas que hicieron posible, precisamente, la emergencia y persistencia de un campo intelectual lesbofeminista.

En paralelo, otra vertiente de estudios —proveniente de la historia, la sociología, los estudios de género— se ha centrado en examinar la violencia estructural ejercida contra mujeres lesbianas en Chile, abordando su exclusión sistemática del orden patriarcal, del sistema jurídico y del imaginario nacional. Investigaciones como las de Hillary Hiner, Essau Figueroa o la obra clásica de Contardo reconstruyen la persistencia de discursos patologizantes, moralizantes y disciplinadores que configuraron a "la lesbiana" como figura social abyecta. Si bien estos aportes resultan imprescindibles para comprender el contexto de clandestinidad, riesgo y represión en el que operó Ayuquelén, no se detienen en analizar cómo, frente a dicho régimen de violencia, las mujeres lesbianas desarrollaron saberes propios ni cómo estos se materializaron y circularon a través de soportes autogestionados.

A esta línea se suman los estudios sobre subjetividades lésbicas en el Chile contemporáneo, centrados en problemáticas

como el envejecimiento[11], el sexilio[12] o las contribuciones políticas a la emergencia de las disidencias sexuales[13]. Aunque estos trabajos aportan una comprensión densa y situada de las experiencias lésbicas, su foco se inscribe mayoritariamente en el presente, sin rastrear los orígenes conceptuales y políticos de dichas subjetividades ni las tradiciones intelectuales que las anteceden. En este sentido, abordan los efectos contemporáneos del lesbofeminismo, pero no sus genealogías históricas ni las temporalidades políticas que los hicieron posibles.

Dentro del feminismo latinoamericano, los estudios orientados a conceptualizar las formas específicas de violencia hacia mujeres lesbianas[14] han introducido categorías como "misoginia lésbica", evidenciando que la exclusión de las lesbianas no es únicamente producto del patriarcado general, sino que responde a una violencia particular que niega el deseo entre mujeres como posibilidad política. Estas investigaciones iluminan la necesidad histórica de espacios autónomos de producción de saber lesbiano, pero no reconstruyen las formas concretas en que dichos saberes fueron producidos, disputados o inscritos en materialidades específicas a lo largo del tiempo.

Por su parte, la reconstrucción histórica del feminismo chileno durante la dictadura y la postdictadura[15] ha sido fundamental para comprender el campo intelectual feminista en el que Ayuquelén debió insertarse —o, más precisamente, frente al cual debió posicionarse de manera crítica. Estos trabajos mapean instituciones, redes de cooperación internacional, espacios editoriales y debates teóricos que estructuraron el feminismo hegemónico del período. Sin embargo, aun cuando describen tensiones internas entre feministas autónomas e institucionales, no problematizan en profundidad el conflicto que produjo el lesbofeminismo al cuestionar la heteronormatividad del feminismo

---

[11] Rodríguez Parra, "LOS SIGNIFICADOS DE SER MUJER, LESBIANA Y ENVEJECER"; Ortúzar Martínez, "Memorias lésbicas de mujeres mayores".

[12] Cabrera y Rebolledo, "Sexilio, resistencias y solidaridades".

[13] Gómez Tapia, "Emergencia de las disidencias en Chile", 95.

[14] Sardá et al., *Lesbianas en América Latina*; García Hermelo, "(In)Visibles/(In)Nombrables/(In)Pensables".

[15] Gaviola et al., *Una historia necesaria*; Ríos Tobar et al., *¿Un nuevo silencio feminista?*; Gálvez, "Historia del Movimiento Feminista en Chile"; Moyano y Pacheco, "Producción y difusión".

de la época. La exclusión de las categorías lésbicas del repertorio conceptual feminista aparece, así, más como un dato contextual que como un problema intelectual susceptible de análisis histórico.

Así, hemos podido rastrear dentro de este escenario el estudio de material fotográfico creado por la Colectiva Ayuquelén, comprendiendo su producción visual como un frente a la época dictatorial que continuó su desarrollo en México durante finales del siglo XX. En este estudio, se comprende a la materialidad visual como un eje central de resistencia al régimen, estudiando el diseño de la imagen como una totalidad, además de boletines, panfletos y afiches del movimiento feminista en general.[16]

Finalmente, una dimensión prácticamente ausente en el estado del arte —y que esta tesis se propone abordar de manera sistemática— es el análisis de las materialidades del saber lesbofeminista. El libro *Ayuquelén: Una parte de nuestra historia…* (2002), los cuadernos de correspondencia, las pautas de encuentros, los boletines y las publicaciones en prensa alternativa han sido utilizados como fuentes documentales, pero rara vez analizados como dispositivos intelectuales productores de sentido. Desde la perspectiva del giro material, estos objetos no constituyen meros receptáculos de información, sino agentes activos que condicionan la forma de producción, circulación y legitimación del saber, así como su inscripción en la memoria colectiva del movimiento.

En síntesis, el estado del arte da cuenta de un campo de estudios disperso, en el que cada línea ilumina dimensiones parciales del fenómeno lesbofeminista: su lugar en la oposición a la dictadura, su marginalidad dentro del feminismo, la violencia específica que enfrentó, las experiencias subjetivas contemporáneas y los marcos teóricos latinoamericanos que las interpretan. No obstante, ninguna de estas aproximaciones ha articulado una lectura de Ayuquelén como actor del campo intelectual, productor de un léxico político-cultural propio, creador de redes transnacionales y agente de inscripción material del saber lesbofeminista.

Esta investigación se propone, precisamente, ocupar ese vacío historiográfico, reconstruyendo la emergencia del campo intelectual lesbofeminista en Chile a partir de la experiencia de Ayuquelén, atendiendo a sus prácticas discursivas, sus soportes

[16] Bennit, "Fotografía Feminista en periodo de dictadura".

materiales, sus redes de circulación del saber y sus efectos políticos en el período 1984–2009.

Consideraciones teóricas

Comprender la experiencia lesbofeminista de la Colectiva Ayuquelén exige abandonar las categorías convencionales con las que suele analizarse el activismo político y adoptar, en su lugar, un enfoque que conciba sus prácticas como parte de una trama intelectual situada. Este estudio se inscribe en la historia intelectual en su acepción ampliada, aquella que ha desplazado la atención desde los "grandes autores" hacia las comunidades, redes y dispositivos a través de los cuales el pensamiento se produce, circula y adquiere sentido histórico. Siguiendo a Chartier, Skinner, Bourdieu y Tarcus, y de manera transversal a las epistemologías feministas y queer —como las desarrolladas por Moyano y Pacheco, Butler, Beauvoir y Rich—, este marco teórico propone observar a Ayuquelén como un espacio de producción de saber que no solo responde a la experiencia política de la dictadura y la transición, sino que fabrica un lenguaje, una sensibilidad y un horizonte conceptual propios. Desde esta perspectiva, la historia intelectual permite comprender que el pensamiento no constituye un conjunto de ideas abstractas y desancladas de la experiencia histórica, sino una práctica social encarnada. El saber se escribe, se discute colectivamente, se imprime de forma artesanal, se comparte en cuadernos, se oraliza en talleres, se transporta en maletas durante encuentros transnacionales y se preserva en copias únicas que sobreviven en archivos personales. Al examinar el lesbianismo feminista desde este enfoque, se vuelve evidente que la pregunta por la producción de saberes no puede restringirse a los textos que lograron circular públicamente, sino que debe incorporar los soportes frágiles mediante los cuales una comunidad excluida produce, en condiciones de clandestinidad o seminvisibilidad, un repertorio conceptual que disputa los límites del campo feminista hegemónico. En el caso de Ayuquelén, esta dimensión material no es accesoria, sino constitutiva: la precariedad de los soportes —cartas manuscritas, cuadernos de correspondencia, notas mecanografiadas, folletos fotocopiados y el libro autogestionado de 2002— traduce tanto la precariedad epistémica y política de las

lesbianas en Chile como la potencia creativa que emerge desde los márgenes.

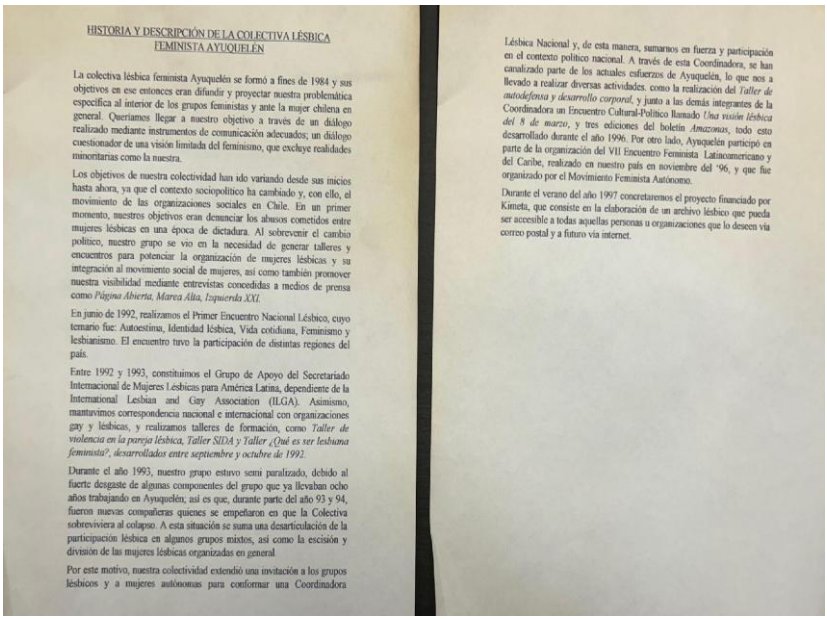
El giro material permite, precisamente, iluminar esta dimensión constitutiva del saber. No se trata solo de reconocer la existencia de estos objetos, sino de comprender de qué modo transforman el estatus mismo del conocimiento. En un contexto en que las lesbianas no eran consideradas sujetas legítimas del campo intelectual feminista, producir un cuaderno colectivo (Figura 1), redactar la historia y presentación de la agrupación en un documento fundacional (Figura 2), organizar talleres (Figura 3) o confeccionar un libro (Figura 4) sin apoyo institucional constituye un acto político-epistémico: una forma de anunciar la existencia de un pensamiento que ha debido inventar sus propios canales de circulación. La materialidad, así entendida, no opera como un medio pasivo, sino como el espacio donde se condensa la tensión entre exclusión y resistencia. Solo un marco teórico que reconozca la agencia de los soportes permite interpretar el libro *Ayuquelén: Una parte de nuestra historia*… no simplemente como un registro memorial, sino como un intento deliberado de fijar un legado intelectual que, sin inscripción material, corría el riesgo de desaparecer de la historia oficial del feminismo chileno.

Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.



Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Figura 2. Historia y descripción de la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén



HISTORIA Y DESCRIPCIÓN DE LA COLECTIVA LÉSBICA FEMINISTA AYUQUELÉN

La colectiva lésbica feminista Ayuquelén se formó a fines de 1984 y sus objetivos en ese entonces eran difundir y proyectar nuestra problemática específica al interior de los grupos feministas y ante la mujer chilena en general. Queríamos llegar a nuestro objetivo a través de un diálogo realizado mediante instrumentos de comunicación adecuados; un diálogo cuestionador de una visión limitada del feminismo, que excluye realidades minoritarias como la nuestra.

Los objetivos de nuestra colectividad han ido variando desde sus inicios hasta ahora, ya que el contexto sociopolítico ha cambiado y, con ello, el movimiento de las organizaciones sociales en Chile. En un primer momento, nuestros objetivos eran denunciar los abusos cometidos entre mujeres lésbicas en una época de dictadura. Al sobrevenir el cambio político, nuestro grupo se vio en la necesidad de generar talleres y encuentros para potenciar la organización de mujeres lésbicas y su integración al movimiento social de mujeres, así como también promover nuestra visibilidad mediante entrevistas concedidas a medios de prensa como *Página Abierta, Marea Alta, Izquierda XXI.*

En junio de 1992, realizamos el Primer Encuentro Nacional Lésbico, cuyo temario fue: Autoestima, Identidad lésbica, Vida cotidiana, Feminismo y lesbianismo. El encuentro tuvo la participación de distintas regiones del país.

Entre 1992 y 1993, constituimos el Grupo de Apoyo del Secretariado Internacional de Mujeres Lésbicas para América Latina, dependiente de la International Lesbian and Gay Association (ILGA). Asimismo, mantuvimos correspondencia nacional e internacional con organizaciones gay y lésbicas, y realizamos talleres de formación, como *Taller de violencia en la pareja lésbica, Taller SIDA y Taller ¿Qué es ser lesbiana feminista?, desarrollados entre septiembre y octubre de 1992.*

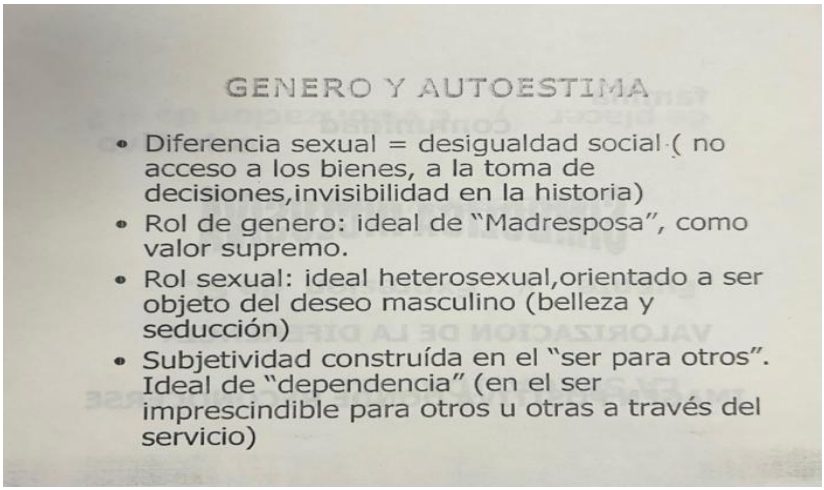
Durante el año 1993, nuestro grupo estuvo semi paralizado, debido al fuerte desgaste de algunas componentes del grupo que ya llevaban ocho años trabajando en Ayuquelén; así es que, durante parte del año 93 y 94, fueron nuevas compañeras quienes se empeñaron en que la Colectiva sobreviviera al colapso. A esta situación se suma una desarticulación de la participación lésbica en algunos grupos mixtos, así como la escisión y división de las mujeres lésbicas organizadas en general.

Por este motivo, nuestra colectividad extendió una invitación a los grupos lésbicos y a mujeres autónomas para conformar una Coordinadora Lésbica Nacional y, de esta manera, sumarnos en fuerza y participación en el contexto político nacional. A través de esta Coordinadora, se han canalizado parte de los actuales esfuerzos de Ayuquelén, lo que nos a llevado a realizar diversas actividades. como la realización del *Taller de autodefensa y desarrollo corporal*, y junto a las demás integrantes de la Coordinadora un Encuentro Cultural-Político llamado *Una visión lésbica del 8 de marzo*, y tres ediciones del boletín *Amazonas*, todo esto desarrollado durante el año 1996. Por otro lado, Ayuquelén participó en parte de la organización del VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en nuestro país en noviembre del '96, y que fue organizado por el Movimiento Feminista Autónomo.

Durante el verano del año 1997 concretaremos el proyecto financiado por Kimeta, que consiste en la elaboración de un archivo lésbico que pueda ser accesible a todas aquellas personas u organizaciones que lo deseen vía correo postal y a futuro vía internet.

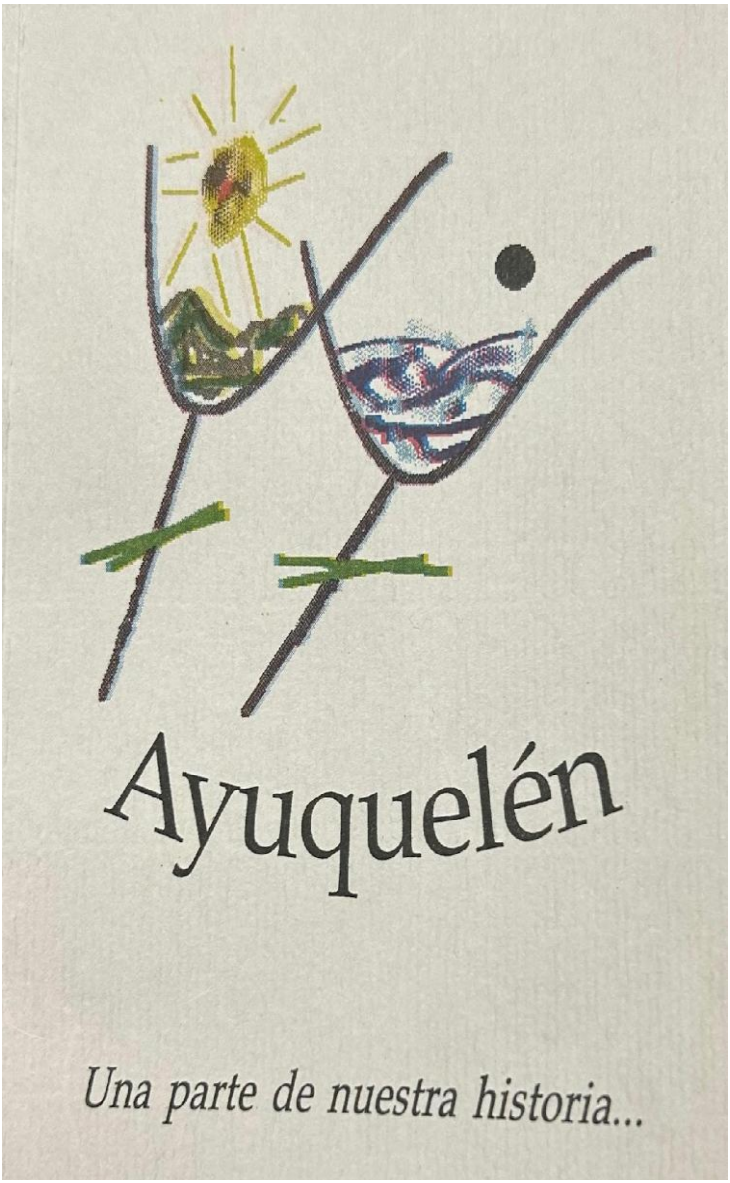
Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Figura 3. Fuente: Material pedagógico del Encuentro Lésbico Nacional año 2002.



Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Figura 4. Libro "Ayuquelén: Una parte de nuestra historia…", año 2002



.

Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Este énfasis en los soportes debe articularse, a su vez, con la pregunta por las relaciones de poder que determinan qué saberes circulan y cuáles son deslegitimados. En este punto, la noción foucaultiana de saber subyugado ofrece una clave interpretativa central. Foucault entiende por saberes subyugados aquellos conocimientos locales, discontinuos, experienciales o marginales que han sido excluidos del régimen hegemónico de verdad; saberes que, aunque existentes, carecen de reconocimiento institucional y cuya recuperación implica una "insurrección de los saberes"[17]. El lesbofeminismo de Ayuquelén se inscribe plenamente en esta categoría: se trata de un saber que no ingresa al circuito oficial del feminismo chileno de los años ochenta —estructurado por alianzas institucionales, profesionalización académica y un lenguaje atravesado por la heterosexualidad obligatoria—, pero que se articula desde la experiencia situada, la vivencia corporal de la exclusión y la creación de un vocabulario político propio.

Este saber subyugado emerge en tensión permanente con el campo intelectual feminista, noción que remite a Pierre Bourdieu y que permite comprender el feminismo como un espacio de disputas por la legitimidad simbólica, atravesado por jerarquías, reglas de consagración y relaciones de poder históricamente configuradas. Desde esta perspectiva, el campo intelectual corresponde a un sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes que generan prácticas, debates e ideologías entre un conjunto de agentes[18]. Comprender el feminismo como campo implica reconocer que sus fronteras no fueron neutrales: privilegiaron a ciertos sujetos —principalmente mujeres heterosexuales con inserción en ONG, universidades o redes de financiamiento internacional— y excluyeron a otros. Ayuquelén no solo fue expulsada de La Morada, uno de los nodos centrales del campo feminista, sino que operó persistentemente fuera de las reglas de legitimación que dicho campo exigía: carecía de institucionalidad, recursos, reconocimiento y alianzas estratégicas. Como señala Pacheco[19], el campo feminista, heterogéneo y dinámico en sus disputas simbólicas, configura las condiciones materiales e intelectuales desde las cuales se produce el feminismo,

[17] Foucault, *Lecciones sobre la voluntad de saber*.
[18] Bourdieu, "Campo del poder, campo intelectual".
[19] Pacheco, "Campo intelectual feminista", 17.

abriendo —o clausurando— espacios de legitimidad y transformación epistemológica.

No obstante, esta marginalidad no implicó ausencia de producción intelectual. Por el contrario, posibilitó la emergencia de un proyecto autónomo en el que la experiencia lésbica se constituyó en punto de partida para reflexionar sobre sexualidad, identidad, poder y feminismo. Desde Bourdieu, es posible interpretar a Ayuquelén como un subcampo insurgente que tensiona la definición misma de qué cuenta como pensamiento feminista legítimo y que permite visualizar el campo como un sistema relacional, dotado de cierto grado de autonomía, pero atravesado por líneas de acción internas y externas[20].

Esta disputa se expresa con especial claridad en el nivel del lenguaje. El análisis del léxico político-cultural, inspirado en Quentin Skinner, en la historia conceptual alemana y en los estudios latinoamericanos recientes sobre vocabularios políticos, permite comprender que las palabras no funcionan como simples etiquetas descriptivas, sino como instrumentos de acción política. Cuando Ayuquelén emplea categorías como "heterosexualidad obligatoria", "ser lesbiana feminista", "existencia lesbiana", "derecho a aparecer" o "discriminación en el ser y hacer feminista", no se limita a nombrar experiencias: produce conceptos que reordenan el campo discursivo del feminismo. Estas categorías constituyen invenciones políticas que expresan una lucha por el sentido y que permiten comprender el lesbianismo feminista no solo como identidad o militancia, sino como una práctica intelectual que interviene activamente en la definición misma del feminismo.

La producción de este léxico no puede comprenderse sin atender a las redes que lo sostuvieron. Las conexiones establecidas con agrupaciones de Argentina, Perú, México, Brasil, Costa Rica, República Dominicana, Estados Unidos y Europa muestran que el pensamiento lesbofeminista chileno no se desarrolló en aislamiento. Desde una perspectiva de historia intelectual, estas redes constituyen espacios de circulación del saber: no son un complemento externo, sino parte del proceso mediante el cual las colectivas producen, validan y transforman ideas. Las redes operan como plataformas afectivas y epistémicas que generan autoridad, ofrecen horizontes de sentido y permiten que un colectivo marginal

[20] Bourdieu, "Campo del poder, campo intelectual".

encuentre un espacio donde su pensamiento es recibido, discutido y reformulado. En términos de Latour[21], estas redes conforman el sistema circulatorio que mantiene con vida los hechos narrados y, en este caso, el saber lesbofeminista.

Este entramado teórico se articula con el objetivo de analizar a la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén como un sujeto de la historia intelectual, destacando sus estrategias discursivas, escrituras colectivas y redes intelectuales de comunicación de saberes. En esta investigación se examinan los soportes materiales —en su mayoría disponibles en el "Fondo Carolina Peredo" del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos— y se incorporan entrevistas cualitativas vinculadas a dicho museo, realizadas a activistas lésbicas como Carolina Peredo y Erika Montecinos, así como una entrevista en primera persona, de carácter semiestructurado, a Cecilia Riquelme.

En este contexto, la oralidad emerge como una herramienta fundamental del activismo lesbofeminista. No solo permitió la interconexión entre activistas, sino que funcionó como una de las principales formas de difusión frente a medios de comunicación que las excluyeron y frente a estudios académicos que omitieron su producción de conocimiento. La oralidad se configura, así, como una práctica de legitimación del saber y como un soporte intelectual y afectivo de primer orden.

En conjunto, este marco teórico converge en la idea de que el lesbofeminismo debe ser comprendido como una práctica intelectual situada. No se trata únicamente de que Ayuquelén haya pensado, escrito o producido materiales, sino de que su reflexión surge de un lugar social específico: la experiencia de la exclusión heterosexual dentro del feminismo y bajo el régimen dictatorial. Esta experiencia, lejos de agotarse en el registro testimonial, se transforma en fundamento epistemológico. La teoría lesbofeminista emerge desde los cuerpos, la clandestinidad, la precariedad y el deseo compartido de comprender la propia existencia como un problema político. En este sentido, el lesbofeminismo no busca simplemente añadir un tema al feminismo, sino cuestionar su matriz conceptual, redefiniendo qué cuenta como sujeto, como opresión, como experiencia y como práctica de libertad.

[21] Latour, *La esperanza de Pandora*, 120–131.

La historia intelectual, el giro material, el análisis del campo, la noción de saber subyugado y la historia conceptual convergen, así, en un marco que permite comprender que Ayuquelén no solo participó del feminismo, sino que produjo pensamiento. Su legado intelectual —disperso, materialmente frágil, afectivamente sostenido y conceptualmente innovador— constituye un capítulo fundamental de la historia del feminismo chileno. Reconstruirlo implica, al mismo tiempo, un acto historiográfico y político: reconocer que los márgenes producen teoría, que los soportes precarizados también son archivos y que las experiencias excluidas pueden convertirse en núcleos de elaboración conceptual capaces de transformar el campo intelectual feminista en su conjunto.

La emergencia intelectual del lesbofeminismo chileno (1981-1989): saber subyugado, giro material y disputas en el campo feminista

La emergencia de la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén durante la década de 1980 debe ser comprendida como un proceso intelectual profundamente situado: resultado de la confluencia entre prácticas militantes, experiencias corporales de violencia, exclusiones reiteradas dentro del feminismo hegemónico chileno y la circulación transnacional de saberes que reconfiguraron los lenguajes políticos disponibles para nombrar la existencia lésbica. No se trata, por lo tanto, de un movimiento que surja como reacción automática a la represión dictatorial, ni de un episodio marginal dentro del feminismo de oposición, sino de la formación de un subcampo insurgente —en un sentido bourdieano— donde se producen discursos, categorías y léxicos político-culturales capaces de disputar los límites del sujeto "mujeres" y de impugnar, desde dentro y contra el campo, las formas legítimas del saber feminista.

La propia colectiva ha sintetizado su origen a partir de tres acontecimientos que operan como umbrales epistemológicos: la exclusión ejercida por el feminismo hegemónico; el asesinato de Mónica Briones Puccio en 1984; y las experiencias vividas en los encuentros feministas latinoamericanos[22]. Esta enumeración no se reduce a una reconstrucción memorial, sino que organiza un

[22] Shats, "Identidad colectiva y marginación".

programa de lectura histórico-intelectual: cada acontecimiento funciona como condensador semántico que altera la relación entre experiencia y horizonte de expectativas, en el sentido propuesto por Reinhart Koselleck[23]. En cada umbral se reordenan los marcos de inteligibilidad disponibles, se vuelven insuficientes las categorías heredadas y se vuelve necesario producir otras nuevas. En el caso de Ayuquelén, esas categorías emergentes —represión internalizada, lesbocidio, heteronormatividad, existencia lesbiana, clandestinidad epistémica, entre otras— no son derivaciones teóricas abstractas, sino conceptos elaborados en condiciones de urgencia vital y desde las materialidades precarias que hicieron posible la existencia colectiva.

La dictadura militar chilena configuró un contexto en el que las formas de vida que escapaban al mandato heterosexual fueron objeto tanto de represión estatal como de desprecio moral en la vida cotidiana. Diversas investigaciones han mostrado que el régimen militar instaló un orden sexual disciplinado que excluía sistemáticamente a las disidencias[24]. Ríos, Godoy y Guerrero han demostrado que, incluso al interior del movimiento de mujeres y del feminismo opositor al régimen, persistían modelos normativos de subjetividad femenina que privilegiaban la imagen de la mujer heterosexual, madre, respetable y políticamente "útil" para la oposición social y partidaria[25]. De este modo, aunque el feminismo chileno de los ochenta produjo un repertorio robusto de saberes sobre violencia política, trabajo doméstico, derechos humanos y ciudadanía, tendió a reproducir un marco heteronormativo implícito que obstaculizó la incorporación del lesbianismo como categoría política y, sobre todo, como sujeto epistémico.

La marginalidad simbólica impuesta sobre las lesbianas no fue un fenómeno contingente, sino el resultado de una sedimentación cultural de larga duración, que operó también como tecnología de disciplinamiento. Esau Figueroa ha señalado que ser llamada "camiona" o "maricona" equivalía a ser considerada "inmoral, menos válida, antinatural", evidenciando que la lesbofobia histórica se organiza como un léxico político-cultural de

[23] Koselleck, *Futuro-pasado*, 356.
[24] Gaviola et al., *Una historia necesaria*, 131.
[25] Ríos Tobar et al., *¿Un nuevo silencio feminista?*, 41, 44–45.

exclusión[26]. Contardo lo confirma al afirmar que llamar a alguien "marica, maricueca o maricón" no es una mera descripción, sino "un ejercicio de poder y control sobre esa persona"[27]. Estos términos no solo nombran; producen sujetos, distribuyen jerarquías morales y definen umbrales diferenciales de legitimidad y reconocimiento. Leídos desde una historia conceptual del insulto y la injuria, permiten comprender que el lenguaje no refleja la realidad social: participa activamente en su fabricación, delimitando la frontera entre lo representable y lo expulsado.

Este régimen de inteligibilidad coincide con diagnósticos centrales del pensamiento feminista internacional. Simone de Beauvoir advirtió que "la mujer" es producida como "lo Otro", categoría subordinada cuya alteridad refuerza la centralidad masculina[28]. Sin embargo, la lesbiana queda aún más radicalmente fuera de ese orden simbólico, pues no cumple la función estructural que el patriarcado asigna a la mujer. Adrienne Rich profundizó esta crítica al señalar que la heterosexualidad no es una orientación sexual, sino un régimen político que obliga a las mujeres a organizar sus vidas afectivas y materiales en torno a los hombres[29]. Monique Wittig llevó el argumento al extremo al afirmar que las lesbianas son "no-mujeres" en el sentido patriarcal del término, en tanto rechazan la relación heterosexual que produce la categoría "mujer" en el régimen de sexo-género[30]. Estas categorías teóricas permiten comprender por qué, incluso dentro del feminismo opositor a la dictadura, el lesbianismo fue percibido como una disrupción que desestabilizaba el marco de representatividad política cuidadosamente construido.

La violencia material que recaía sobre las lesbianas se expresó de modo extremo en el asesinato de Mónica Briones Puccio el 9 de julio de 1984, considerado el primer lesbocidio documentado en Chile. Su muerte, ocurrida frente al bar Jaque Mate, fue ignorada por las autoridades y minimizada por la prensa; sin embargo, se convirtió en un acontecimiento que reconfiguró la autopercepción de la comunidad lesbofeminista. Las integrantes de

---

[26] Figueroa Silva, "Sexualidad e Historia en Chile".
[27] Contardo, *Raro*, 117.
[28] Beauvoir, *El segundo sexo*, 36–37.
[29] Rich, "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana", 16–17.
[30] Wittig, *El pensamiento heterosexual*, 34–35.

Ayuquelén relatan que esta muerte "las remeció profundamente" y evidenció "crudamente que nuestras vidas eran prescindibles para la sociedad"[31], y marcó un ejercicio de violencia que expuso la realidad que las mujeres lesbianas vivían tanto frente a la sociedad civil como por parte del Estado[32]. Rox Gómez ha sostenido que este hecho debe ser comprendido como clave para entender la política de la disidencia sexual en Chile[33]. Siguiendo a Judith Butler, la ausencia de duelo público permite observar cómo el orden social distribuye de forma desigual la condición de vidas llorables, produciendo cuerpos que no merecen ser llorados y cuyas existencias quedan fuera del marco de reconocimiento[34]. El asesinato de Mónica Briones constituye, así, un hito epistémico: instala la necesidad de conceptualizar la violencia lesbofóbica como forma específica de violencia patriarcal y estatal. Además, este hecho fue duramente deslegitimado por parte del feminismo hegemónico —institucionalizado— durante las décadas posteriores, siendo catalogado como un "cuento de la muerta para armarse un personaje"[35].

La clandestinidad con que se organizó Ayuquelén fue una condición impuesta por el contexto histórico y, al mismo tiempo, una matriz epistemológica. Las integrantes rememoran los primeros encuentros como reuniones a puertas cerradas, con una circulación de asistentes que redondeó las 30 participantes, de lo cual no se mantuvo registro: "no eran tiempos de hacer registros"[36]. Cecilia Riquelme ha relatado además que incluso durante su estadía en México su vida estuvo marcada por "la inseguridad del no tener papeles"[37]. En estas condiciones, la elaboración teórica se gestó en espacios íntimos y domésticos, precarios y cuidadosamente resguardados, donde la experiencia afectiva se transformó en reflexión política. Los grupos de autoconciencia operaron como laboratorios de conceptos, donde se discutían miedos, culpas, heridas y rabias, pero también la posibilidad de inventar lenguajes

[31] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción".
[32] Cerda, "Lesbofeminismo y oposición".
[33] Gómez Tapia, "Emergencia de las disidencias en Chile", 97.
[34] Butler, *Marcos de guerra*, 17–18.
[35] Margarita Pisano, citada en Cerda, "Lesbofeminismo y oposición".
[36] Riquelme, entrevista por Cerda.
[37] Riquelme, entrevista por la autora.

nuevos para nombrarse[38]. Leído desde la noción de saber subyugado, este proceso no puede reducirse a "testimonio": constituye una práctica sistemática de producción de conocimiento en un régimen de deslegitimación.

Desde el giro material, resulta indispensable observar la densidad histórica de los soportes a través de los cuales circuló el pensamiento lesbofeminista. No fueron libros editados ni revistas académicas los que dieron forma inicial a este campo, sino cuadernos, actas manuscritas, fotocopias, panfletos mimeografiados, correspondencia internacional, recortes de prensa y testimonios orales. Estos materiales, según Moyano y Pacheco, constituyen archivos subalternos cuya precariedad no resta valor epistémico, sino que hace visibles las condiciones históricas de emergencia de ciertos saberes[39]. En consecuencia, la historia intelectual del lesbofeminismo exige reconocer que la materialidad de los textos es constitutiva de su significado: el soporte no acompaña a la idea; la hace posible, condiciona su circulación, modula su legitimación y determina el tipo de memoria política que puede construirse.

Las tensiones con el feminismo hegemónico chileno deben ser leídas, en este marco, como una disputa por el control del léxico político-cultural y por las instancias de consagración del campo. La Morada, institución emblemática del feminismo opositor, operaba como espacio de legitimación discursiva; sin embargo, la presencia de un grupo abiertamente lesbofeminista generaba fricciones internas. Las activistas de Ayuquelén recuerdan que eran "mal vistas", que existía "miedo a ser asociadas con nosotras" y que el lesbianismo era percibido como un tema que podía "perjudicar la lucha de las mujeres"[40]. Ríos, Godoy y Guerrero han mostrado que, para resguardar su capital simbólico frente a la opinión pública, el feminismo hegemónico delineaba cuidadosamente qué experiencias podían ser representadas y cuáles quedaban fuera[41]. En términos bourdieanos, lo que se observa es una disputa por las fronteras del campo, por su "representatividad" legítima y por los costos simbólicos de incorporar sujetos considerados disruptivos.

---

[38] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción".
[39] Moyano y Pacheco, "Producción y difusión".
[40] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción".
[41] Ríos Tobar et al., *¿Un nuevo silencio feminista?*, 44–45.

El conflicto alcanzó un punto crítico con la publicación de la entrevista "Somos lesbianas por opción" en APSI en 1987. Allí, Ayuquelén afirmó que "la sexualidad define la vida de las personas" y respondió a los estereotipos masculinizantes declarando: "NO SOMOS CAMIONES"[42]. Este gesto puede leerse como resignificación performativa de la injuria, en la línea de Butler, quien sostiene que los insultos pueden reapropiarse como resistencia cuando se rearticulan en un contexto político que desestabiliza su poder disciplinario[43]. La publicación en una revista de circulación masiva no solo otorgó visibilidad al lesbianismo como categoría política, sino que también cuestionó la autoridad del feminismo hegemónico para definir qué era lo representable, en qué términos y bajo qué condiciones.

La reacción de La Morada después de enviar carta al director de APSI, fue convocar a una especie de "juicio político", en el que se acusó a Ayuquelén de poner en riesgo la imagen del movimiento y se las expulsó del espacio[44]. Este episodio revela la dimensión política del campo intelectual feminista: no se trataba únicamente de un desacuerdo moral o de un conflicto interpersonal, sino de una lucha por el control de las instituciones simbólicas que autorizan quiénes pueden hablar en nombre de "las mujeres" y con qué léxico. El testimonio de Riquelme permite reconstruir con precisión esa escena de disputa por la legitimidad, mostrando tanto la lógica de cooptación como los mecanismos de sanción interna:

> "Fue muy manipuladora también, porque trató de cooptarnos, de que hiciéramos lo que ella quería. De darle como una especie de… agarrar el grupo y que fuéramos sus conejillos (...) Primero, ella trata de cooptarnos y nosotras no la pescamos… seguimos reuniéndonos ahí. Cuando aparece la Milena Vodanovic (...) yo la ubicaba del campus oriente en la católica y hacemos la entrevista, se comprometió a que nos iba a mandar la entrevista y nos la iba a mostrar y todo… nada. Lo agarró el editor, que era un

[42] *Izquierda XXI*, no. 10, 8.
[43] Butler, *Lenguaje, poder e identidad*, 257.
[44] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción"; Cerda, "Lesbofeminismo y oposición", 133.

> hueón y recortó y dejó las partes menos politizadas. Y sale la entrevista, y la introducción que hizo la periodista dice que funcionamos bajo el alero de la Casa Mujer la Morada… Y entonces ahí quedó la cagá porque todas dijeron '¿pero cómo? no nos pidieron permiso para dar esa entrevista', cuando la Pisano estaba ahí, en el momento físico en el que llega la periodista a hacernos la entrevista, la Pisano quería entrar a la entrevista y la Susana le paró los carros y dijo 'pero Margarita si tú no eres del Ayuquelén ¿por qué vas a entrar a la entrevista?' y la vieja se súper picó, sale la entrevista y queda la súper caga. Ellas mandan una carta al director de la revista diciendo… bueno qué… barrieron el piso con nosotras, fue super fea esa huea, super fea, porque casi casi que nos hicieron un juicio político. Hicieron una reunión (...) desmenuzaron la entrevista, que qué pretendíamos, que qué nos creíamos, que no era políticamente correcto, que esto, que esto, que esto otro y nos dieron una patada en la raja finalmente."[45]

La participación transnacional de Ayuquelén amplió su horizonte teórico y político, y operó como infraestructura reticular para la circulación del saber, además que gracias a estas instancias se da su fundación como colectiva.

Durante los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, iniciados en Bogotá en 1981, las lesbianas comenzaron a visibilizarse como sujeto colectivo. En el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, la temática apareció apenas como "tema de pasillo"[46]. Sin embargo, durante el "Segundo Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe" (Perú, 1983) se produjo un quiebre significativo: aunque el tema no figuraba en el programa oficial, cerca de cuatrocientas mujeres participaron en un taller sobre lesbianismo[47]. Riquelme recuerda que las asistentes se distribuyeron espontáneamente en tres grupos —heterosexuales, indecisas y lesbianas—, gesto performativo que permitió reconocer públicamente la diversidad sexual dentro del feminismo. Allí se compartieron "primeras veces": primeras salidas del clóset,

[45] Riquelme, entrevista por la autora.
[46] Riquelme, *Apuntes para la historia del Movimiento lésbico*.
[47] Riquelme, entrevista por la autora.

primeras identificaciones colectivas, primeras articulaciones políticas de la experiencia[48].

> "Por primera vez, que es lo que relato yo en este texto… Se da un – comillas— taller sobre lesbianismo que fue autoconvocado y ahí se produjo, bueno, primero que nada que llegó una asistencia elevadísima, éramos como cuatrocientas mujeres. O sea un taller de cuatrocientas mujeres es un chiste porque no es un taller, fue una discusión. Entonces llegaron muchas hetero a cuestionar y había lesbianas potentes también."[49]

Este segundo Encuentro contribuye a la motivación de organizarse en los países de Chile y Perú, dando como fruto la fundación de la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén en Chile el año 1984 y del Grupo de Autoconciencia de Lesbianas Feministas (GALF) en Perú.

En Bertioga se lleva a cabo el "Tercer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe" (Brasil, 1985), el taller "¿Cómo nos organizamos las lesbianas?" afirmó que el amor entre mujeres debía comprenderse como una cuestión político-ideológica y no como una opción privada[50]. La conferencia ILIS en Ginebra (1986) permitió identificar patrones comunes de opresión a escala global, según relatan activistas:

> "(…) cada una de nosotras habló sobre la experiencia de ser lesbiana en nuestros países estableciendo comparaciones y contrastes con las situaciones de las demás. Así nos enteramos de que, aunque en ninguno de los países representados existían leyes específicas contra el lesbianismo, todas nosotras habíamos conocido las mil caras de la represión – con la policía, en el trabajo, con los tribunales que nos quitan los hijos por ser lesbianas, en la familia, y de tantas otras formas. Hablamos sobre como nos afecta la crisis económica, ya que el desempleo y la falta de recursos restringe la independencia económica que

[48] Riquelme, *Apuntes para la historia del Movimiento lésbico*.
[49] Riquelme, entrevista por la autora.
[50] Riquelme, *Apuntes para la historia del Movimiento lésbico*.

necesitamos para poder vivir como lesbianas; sobre la situación de las lesbianas en las provincias, que no pueden asumirse en los pueblos, y deben vivir su lesbianismo en total secreto o trasladarse a ciudades capitales; sobre nuestras relaciones, a menudo difíciles, con nuestras hermanas feministas; sobre las enormes dificultades que enfrentamos para organizarnos; y aprendimos mucho de las experiencias de cada una y de cada grupo, de sus planes y de sus esperanzas para el futuro."[51]

Entre el GALF de Perú, GALF de Brasil y la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén se conversó durante este encuentro la necesidad de contar con un espacio de conversación, difusión y encuentro propio de las mujeres lesbianas, puesto que si bien, hubo un asentamiento en los espacios feministas regidos por la heteronorma, aquello no fue suficiente para responder a la necesidad organizativa de las activistas de la época.

Figura 5. Fotografía de Cecilia Riquelme. "Taller Lésbicas" en Tercer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. Bertioga, Brasil, 1985.



Fuente: Archivo personal de Cecilia Riquelme.

[51] Entrevista anónima, recopilada por Cecilia Riquelme en la publicación dominicana *Pezones* (en su edición de nov. de 1986). Riquelme, *Organizaciones de lesbianas en América Latina*.

Así, surge el "Primer Encuentro Lésbico-Feminista Latinoamericano y del Caribe" dado a lugar el 13 de octubre en Cuernavaca, México (1987) donde se articuló, a su vez, un programa político centrado en el trabajo sobre la represión internalizada, la necesidad de nombrarse públicamente y la denuncia de la violencia lesbofóbica[52]. Estos principios se integraron en la praxis de Ayuquelén, influyendo de forma decisiva en su producción conceptual y en su capacidad de elaborar categorías situadas con densidad transnacional.

La gran discusión se generó cuando los grupos organizados presentaron en plenaria sus experiencias como organización. Iniciaron cuestionamientos sobre la autonomía de las organizaciones, esto, debido a que dentro de la jornada de trabajo estuvo presente una compañera holandesa del ILIS que visitó Chile, Perú y Brasil. Este agotador debate no fue un impedimento para desarrollar otras actividades, como talleres, reuniones, actividades lúdicas y culturales.[53]

Durante la realización de este encuentro, además, se conversó la necesidad de conformación de una Red que no solo fuese representativa, sino que además lograse articular una interconexión entre las lesbianas feministas de América Latina, que posteriormente desencadena en la "Red de Lesbianas Feministas Latinoamericanas". Esto también responde a la necesidad de distinguirse y diferenciarse de los grupos organizados europeos, distintos tanto en activismo, como en teoría.

Además, este encuentro posibilitó la participación de manera articulada y significativa de las lesbianas en el "Cuarto Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe" realizado a fines de octubre del mismo año en Tasco-Guerrero. Es aquí donde la organización previa dada en las instancia de conversación de los encuentros anteriores ve la luz en distintos talleres los cuales invadieron los espacios de organización feministas regidos por la heteronorma, aquellos talleres incluyeron temas como la represión hacia mujeres lesbianas, la maternidad lésbica, mitos roles y sexualidad; lesbianismo y política. Esta aparición fue potente para las activistas ya que no solo se constituyó una base en la cual

[52] Riquelme, *Apuntes para la historia del Movimiento lésbico*.
[53] Riquelme, entrevista por la autora.

trabajar como lo hicieron en los encuentros previos, sino que se llevó a la realización interactiva con más activistas.

El Cuaderno de Correspondencia 1992–1993 de Ayuquelén constituye una fuente excepcional para comprender los modos de circulación de estos saberes. Cartas provenientes de México, Italia, Francia y Estados Unidos revelan una red transnacional de pensamiento en la que se intercambiaban materiales, reflexiones y estrategias políticas.

En una carta, una organización extranjera expresaba: "nos interesa comprender su experiencia en Chile para fortalecer nuestros espacios"; Ayuquelén respondía: "nuestros materiales son precarios, pero nacen de la necesidad de sobrevivir"[54]. Esta precariedad no debe ser leída como carencia, sino como clave del giro material: la densidad histórica del archivo lesbofeminista se vuelve visible precisamente porque sus soportes registran simultáneamente vulnerabilidad y creatividad, amenaza y apuesta por permanencia.

Las prácticas internas de la colectiva, especialmente los talleres de autoconciencia, funcionaron como laboratorios teóricos donde afectos y experiencias se transformaron en conceptos. Allí se hablaba de "miedos", "culpas", "primeras veces", "heridas", "rabias" y también del deseo de construir un mundo vivible[55].

Siguiendo a Ahmed, estas emociones no deben comprenderse como residuos privados, sino como orientaciones afectivas que configuran la acción política colectiva y su gramática moral. La definición que la colectiva elaboró para sí misma —"la alegría del ser o estar bien, estar contenta"[56]— condensa esta dimensión ética del proyecto lesbofeminista: resistir no solo implica denunciar violencia, sino también producir condiciones de vida y horizontes de sentido donde la existencia no quede definida por la precariedad.

Hacia fines de los ochenta, Ayuquelén había consolidado un campo intelectual insurgente caracterizado por la producción conceptual, la construcción de archivos subalternos, la formación de redes transnacionales y la disputa abierta con el feminismo hegemónico. Cerda señala que el grupo funcionó como colectivo

[54] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción".
[55] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, *Ayuquelén: Una parte de nuestra historia*.
[56] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción".

cerrado entre 1984 y 1987[57], condición que favoreció la creación de un espacio propio de reflexión. Gómez insiste en que la muerte de Mónica Briones debe leerse como hito determinante para comprender la configuración de la disidencia sexual en Chile[58]. Riquelme sintetiza esta experiencia al afirmar que "nuestro principal objetivo era mantenernos vivas, pero en esa lucha también aprendimos a pensar"[59], revelando que supervivencia material y elaboración teórica fueron procesos inseparables.

Desde la historia intelectual, lo que emerge es un entramado en el que experiencias traumáticas, disputas por el reconocimiento, prácticas militantes, redes internacionales y materialidades precarias se articulan en un léxico que reconfigura el sentido de la existencia lesbiana en Chile.

Ayuquelén convirtió la clandestinidad en espacio de pensamiento, el silencio en archivo, la violencia en concepto y la exclusión en producción de mundo. Estos desplazamientos no solo ampliaron el campo feminista chileno, sino que abrieron nuevas formas de inteligibilidad política, al producir categorías que obligaron a reconsiderar quiénes podían hablar, desde dónde y con qué gramáticas.

El tránsito desde la oralidad, la clandestinidad y los cuadernos de autoconciencia hacia la publicación del libro de la colectiva en 2002 constituye un movimiento crucial en esta historia: marca la transformación del saber lesbofeminista en discurso público, sistematizado y materializado. Ese proceso, que reordena las condiciones de posibilidad del archivo y su inscripción en el campo intelectual chileno postdictadura, será analizado en profundidad en el apartado siguiente.

De la clandestinidad a la inscripción editorial: archivo, memoria y materialización del pensamiento lesbofeminista (1990-2002)

El período abierto por el retorno a la democracia en 1990 marcó para Ayuquelén un tránsito significativo: desde la urgencia vital de la supervivencia y la organización clandestina hacia la

[57] Cerda, "Lesbofeminismo y oposición", 133.
[58] Gómez Tapia, "Emergencia de las disidencias en Chile", 97.
[59] Robles, "Ayuquelén"; Riquelme, entrevista por la autora.

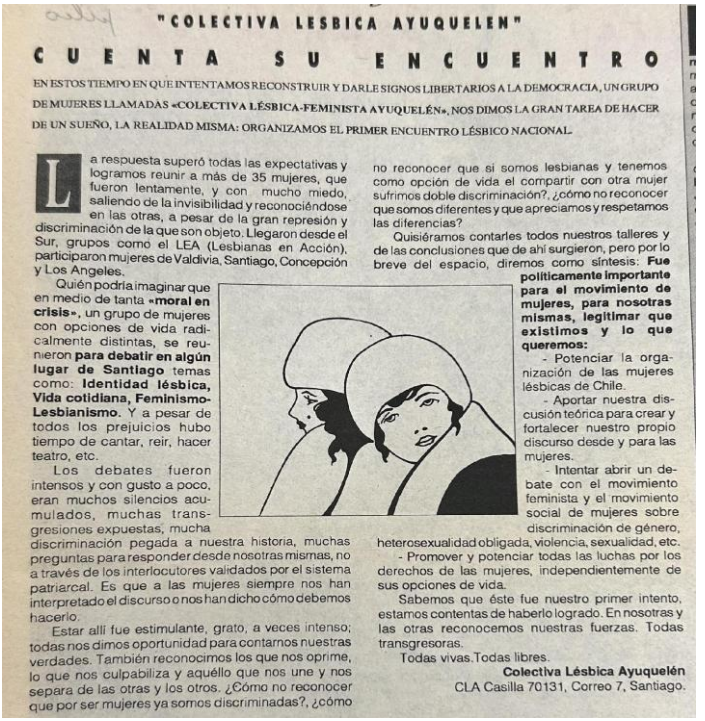
posibilidad —siempre tensionada— de pensar históricamente su propia experiencia e inscribirla en soportes de mayor perdurabilidad. Sin embargo, el fin formal de la dictadura, aun cuando introdujo un repertorio discursivo centrado en la reconciliación nacional y la modernización institucional, no modificó de inmediato el orden cultural que invisibilizaba y marginaba la vida lesbiana. Como subrayan Ríos, Godoy y Guerrero, la transición consolidó una idea de "mujer" asociada a maternidad, respetabilidad y familia heterosexual[60], reproduciendo un marco normativo que dejaba sin lugar la existencia lésbica. En esa medida, la democracia inauguró un nuevo régimen de visibilidad para el feminismo, pero no para las lesbianas, cuya experiencia siguió siendo leída bajo parámetros de desviación, anormalidad o insignificancia social.

La violencia simbólica persistió: la lesbofobia continuó funcionando como horizonte cultural, y las instituciones feministas mantuvieron modelos de representación que no incorporaban —o no deseaban incorporar— a las lesbianas como sujeto político, tal como ya advertían los documentos críticos del Círculo de Estudios de la Mujer (s/f).

En este escenario ambiguo —apertura política combinada con persistencia cultural del silenciamiento— la colectiva comenzó a reorganizar su archivo, intensificar sus talleres y producir un léxico capaz de dar cuenta de su propia historia. El proceso no fue lineal ni acumulativo: avanzó de manera intermitente, empujado por la necesidad de sostener lo vivido en los años ochenta y por una conciencia creciente de que la experiencia lesbiana debía producir sus propias categorías para no quedar absorbida por discursos feministas que continuaban sin nombrarlas.

[60] Ríos Tobar et al., *¿Un nuevo silencio feminista?*, 44–45.

Figura 6 Marea Alta N° 2, julio 1992



"COLECTIVA LESBICA AYUQUELEN"

CUENTA SU ENCUENTRO

EN ESTOS TIEMPO EN QUE INTENTAMOS RECONSTRUIR Y DARLE SIGNOS LIBERTARIOS A LA DEMOCRACIA, UN GRUPO DE MUJERES LLAMADAS «COLECTIVA LÉSBICA-FEMINISTA AYUQUELÉN», NOS DIMOS LA GRAN TAREA DE HACER DE UN SUEÑO, LA REALIDAD MISMA: ORGANIZAMOS EL PRIMER ENCUENTRO LÉSBICO NACIONAL.

La respuesta superó todas las expectativas y logramos reunir a más de 35 mujeres, que fueron lentamente, y con mucho miedo, saliendo de la invisibilidad y reconociéndose en las otras, a pesar de la gran represión y discriminación de la que son objeto. Llegaron desde el Sur, grupos como el LEA (Lesbianas en Acción), participaron mujeres de Valdivia, Santiago, Concepción y Los Angeles.

Quién podría imaginar que en medio de tanta **«moral en crisis»**, un grupo de mujeres con opciones de vida radicalmente distintas, se reunieron **para debatir en algún lugar de Santiago** temas como: **Identidad lésbica, Vida cotidiana, Feminismo-Lesbianismo.** Y a pesar de todos los prejuicios hubo tiempo de cantar, reir, hacer teatro, etc.

Los debates fueron intensos y con gusto a poco, eran muchos silencios acumulados, muchas transgresiones expuestas, mucha discriminación pegada a nuestra historia, muchas preguntas para responder desde nosotras mismas, no a través de los interlocutores validados por el sistema patriarcal. Es que a las mujeres siempre nos han interpretado el discurso o nos han dicho cómo debemos hacerlo.

Estar allí fue estimulante, grato, a veces intenso; todas nos dimos oportunidad para contarnos nuestras verdades. También reconocimos los que nos oprime, lo que nos culpabiliza y aquéllo que nos une y nos separa de las otras y los otros. ¿Cómo no reconocer que por ser mujeres ya somos discriminadas?, ¿cómo no reconocer que si somos lesbianas y tenemos como opción de vida el compartir con otra mujer sufrimos doble discriminación?, ¿cómo no reconocer que somos diferentes y que apreciamos y respetamos las diferencias?

Quisiéramos contarles todos nuestros talleres y de las conclusiones que de ahí surgieron, pero por lo breve del espacio, diremos como síntesis: **Fue políticamente importante para el movimiento de mujeres, para nosotras mismas, legitimar que existimos y lo que queremos:**

- Potenciar la organización de las mujeres lésbicas de Chile.
- Aportar nuestra discusión teórica para crear y fortalecer nuestro propio discurso desde y para las mujeres.
- Intentar abrir un debate con el movimiento feminista y el movimiento social de mujeres sobre discriminación de género, heterosexualidad obligada, violencia, sexualidad, etc.
- Promover y potenciar todas las luchas por los derechos de las mujeres, independientemente de sus opciones de vida.

Sabemos que éste fue nuestro primer intento, estamos contentas de haberlo logrado. En nosotras y las otras reconocemos nuestras fuerzas. Todas transgresoras.

Todas vivas. Todas libres.

Colectiva Lésbica Ayuquelén
CLA Casilla 70131, Correo 7, Santiago.

Ayuquelén ingresó así a la década con la convicción de que sobrevivir no bastaba: era necesario inscribir. Escribir y dejar huella se volvió parte del mismo trabajo político-epistémico que había permitido resistir en dictadura, ahora reorientado hacia la producción de memoria y archivo.

En este marco, la Figura 6 —un recorte de prensa titulado "Colectiva Lésbica Ayuquelén cuenta su encuentro"— registra uno de los primeros intentos de la colectiva por inscribirse en el espacio público durante los años de transición. Más allá de la anécdota periodística, la materialidad del recorte —la tipografía, la fotografía incluida, el tono explicativo del texto— permite observar cómo el discurso lesbofeminista comenzaba a abrirse paso en un entorno mediático que apenas empezaba a tolerar, con reticencia, la existencia de colectivas lésbicas. El artículo no solo documenta un evento: revela un cambio en las condiciones de circulación del saber lesbofeminista.

Al referirse al "Primer Encuentro Lésbico Nacional" y destacar la diversidad territorial (Valdivia, Santiago, Concepción, Los Ángeles), el recorte muestra que Ayuquelén estaba produciendo escena política, organizando encuentros, generando reflexión colectiva y disputando lugares de legitimidad. La prensa, incluso desde una mirada heteronormada, deja entrever el trabajo intelectual y político que la colectiva elaboraba, al tiempo que registra prejuicios, tensiones y violencias discursivas de la época (imagen 6).

La transición democrática permitió expandir redes, pero no eliminó la violencia. La memoria del asesinato de Mónica Briones continuó operando como eje articulador del proyecto conceptual de Ayuquelén.

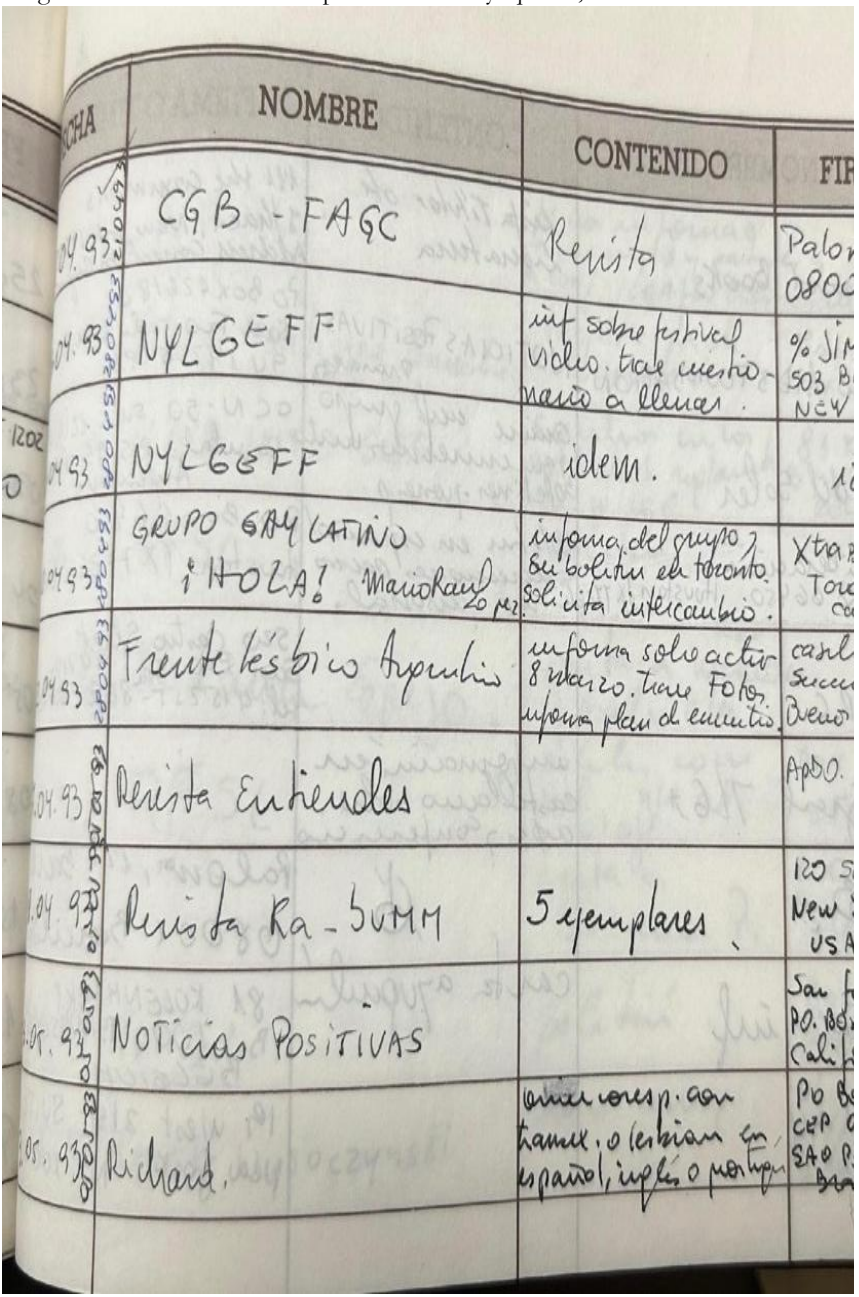
En talleres de los años noventa, su nombre funcionó como signo de duelo, rabia y articulación comunitaria: la ausencia de justicia, el silencio institucional y la indiferencia mediática se transformaron en categorías interpretativas que permitieron pensar la violencia no como excepción, sino como estructura.

Butler ha planteado que aquello que no puede ser llorado públicamente revela distribuciones diferenciales de humanidad y valor[61]; Ayuquelén leyó esa ausencia de duelo como una operación política del orden heteropatriarcal, y desde allí reforzó la necesidad de un vocabulario capaz de nombrar la violencia lesbofóbica y sus condiciones de posibilidad.

Paralelamente, la década vio consolidarse un archivo que ya había comenzado a formarse en los ochenta. Este archivo, lejos de constituir una acumulación pasiva de documentos, operó como un dispositivo epistemológico: una tecnología de organización del saber, de memoria y de futuro. Las figuras 7 y 8, correspondientes al "cuaderno de correspondencias internacionales 1992–1993", muestra entradas manuscritas dirigidas a organizaciones como CGB–FAGC (Barcelona), NYLGEFF (New York), Grupo Gay Latino "Hola!" (Manhattan), entre muchas otras.

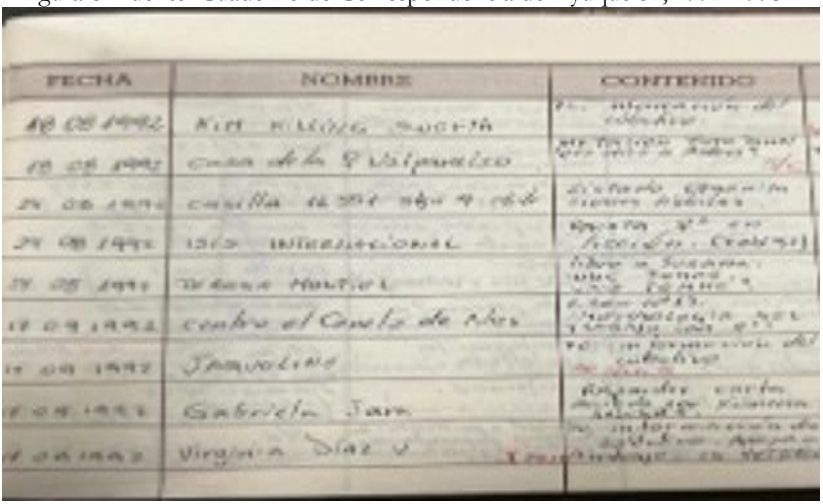
[61] Butler, *Marcos de guerra*, 229.

Figura 7. Cuaderno de Correspondencia de Ayuquelén, 1992-1993.



Fuente: Museo de la Memoria.

Figura 8. Fuente: Cuaderno de Correspondencia de Ayuquelén, 1992-1993.



FECHA	NOMBRE	CONTENIDO
18 08 1992	Kim Kimos Suecia	
18 08 1992	Casa de la Diferencia	
24 08 1992	Casilla 16 594 Suc 9 Ccd	
24 08 1992	ISIS Internacional	
31 08 1992	Grupo Nuevo	
17 09 1992	Centro el Canto de Mujer	
18 09 1992	Semillas	
21 09 1992	Gabriela Jara	
28 09 1992	Virginia Diaz V	

Fuente: Museo de la Memoria

La tabla donde se registran fechas, nombres, contenidos y direcciones evidencia la construcción de una red transnacional de intercambio intelectual. No se trata únicamente de cartas: estos registros indican que Ayuquelén estaba situando su experiencia en un plano comparativo global, dialogando con movimientos lésbicos y homosexuales de otras latitudes, enviando materiales producidos en Chile y recibiendo textos, revistas y reflexiones extranjeras. Desde la historia intelectual, ello remite a un campo transnacional de saberes disidentes cuya circulación no dependía de la oficialidad institucional, sino de redes comunitarias y afectivas (imagen 7).

La precariedad material de estos documentos —papel barato, tinta corrida, caligrafías múltiples, correcciones manuscritas, formatos no estandarizados— lejos de disminuir su valor, lo intensifica desde la perspectiva del giro material. Estas huellas evidencian las condiciones históricas de producción del saber lesbofeminista: falta de recursos, ausencia de institucionalidad y necesidad de crear canales propios de circulación intelectual. Como ha subrayado Ann Laura Stoler, los archivos subalternos se caracterizan precisamente por su fragilidad física y por su condición insurgente: sobreviven a pesar de no haber sido destinados a hacerlo, y en esa supervivencia exponen —de manera explícita—

las relaciones de poder que determinan qué saberes se conservan, cuáles se legitiman y cuáles quedan relegados a los márgenes de la memoria.

La Imagen 8, otro registro del cuaderno de correspondencias, muestra nombres como ISIS Internacional, Teresa Montiel, Gabriela Jara o Virginia Díaz V.; activistas y organizaciones con quienes lograron relacionarse mediante los encuentros latinoamericanos y del caribe, junto con anotaciones sobre solicitudes de información, envío de revistas, invitaciones a encuentros y respuestas afectivas. El hecho de que gran parte de estos nombres sea difícil de rastrear constituye, en sí mismo, un problema historiográfico. La escasez de información no debe interpretarse como falta de relevancia, sino como efecto de condiciones estructurales de invisibilización que han afectado a activistas lesbianas, muchas de las cuales participaron de manera intermitente, clandestina o localizada, dejando huellas fragmentarias que no siempre lograron inscribirse en archivos institucionales durante la transición y la post-transición. En ese sentido, el cuaderno de correspondencia funciona como uno de los pocos vestigios materiales para reconstruir la existencia de una red amplia y heterogénea de mujeres que, aunque no ocuparon posiciones centrales, contribuyeron activamente a la circulación del pensamiento lesbofeminista.

Este registro demuestra, por lo tanto, que el archivo de Ayuquelén no fue un repositorio pasivo: operó como instrumento de organización, tecnología política y epistémica para sostener la experiencia lesbofeminista en el tiempo. A través de la correspondencia, la colectiva articuló vínculos, intercambió saberes, validó experiencias y produjo reflexión crítica de manera transnacional. La comunicación epistolar se consolidó como práctica de producción intelectual y como fuente de legitimidad mutua entre colectivas y activistas que compartían condiciones de marginalidad análogas, es decir, como un soporte material y reticular de un saber subyugado.

Simultáneamente, los talleres internos continuaron funcionando como espacios donde se elaboraba teoría desde la experiencia. Tal como señalan las integrantes, fue en estos espacios donde pudieron "hablar de nuestras vidas, nuestras culpas, nuestros

miedos, nuestras primeras veces"[62], transformando vivencias individuales marcadas por clandestinidad y violencia en reflexión política compartida. Este tipo de prácticas encarna lo que Ahmed denomina "orientaciones afectivas": modos de habitar el mundo que permiten trazar líneas de cercanía, construir comunidad y reformular la memoria[63]. Así, la afectividad no aparece como suplemento de la política, sino como infraestructura de la producción de saber, en la medida en que habilita la elaboración conceptual desde la experiencia situada.

Las discusiones sobre heterosexualidad obligatoria, autonomía, visibilidad y discriminación se nutrieron también de lecturas informales de textos de Rich, Wittig, Lorde y Anzaldúa, que circularon en fotocopias, traducciones caseras y lecturas comunitarias. Rich recordaba que la heterosexualidad obligatoria es una institución social, no un hecho biológico[64], mientras Wittig afirmaba que "las lesbianas no son mujeres" en el sentido construido por el patriarcado[65]. Estas ideas fueron apropiadas, discutidas y reformuladas por Ayuquelén desde su experiencia chilena, produciendo un léxico político-cultural específico que articuló teoría transnacional y condiciones locales de exclusión.

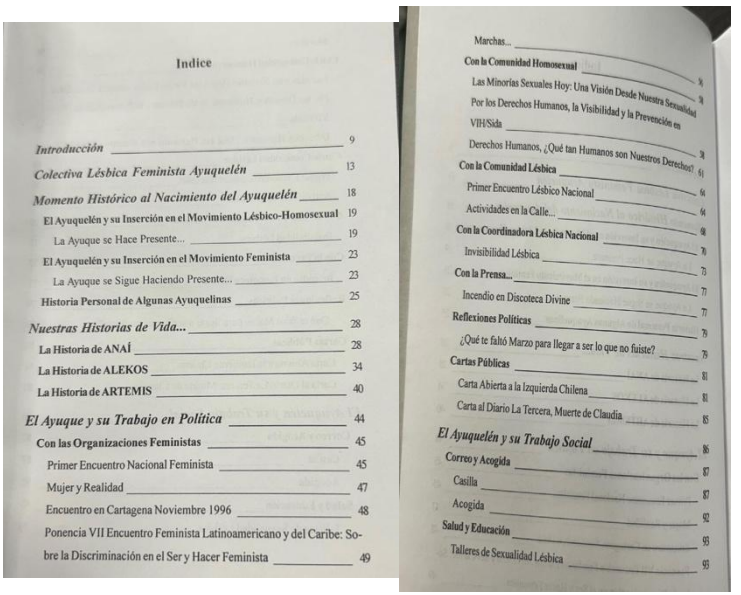
Hacia fines de la década, la colectiva identificó la necesidad de transformar ese cúmulo de experiencias, archivos y reflexiones en un libro. Esta decisión fue simultáneamente política y epistemológica. Desde el punto de vista del campo intelectual, publicar un libro implica disputar autoridad simbólica en un espacio donde la legitimidad suele quedar reservada a instituciones académicas o a organizaciones con mayor capital cultural. Para Ayuquelén, la publicación fue un acto de autonomía: significó inscribir su historia en un soporte duradero, accesible y citable, quebrando parcialmente el circuito cerrado del archivo subalterno[66]. El libro se volvió el medio para fijar un relato que hasta entonces había circulado de manera fragmentaria —oral, epistolar, manuscrita— y para reordenarlo en una arquitectura conceptual capaz de interpelar al campo feminista.

---

[62] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción".
[63] Ahmed, *La política cultural de las emociones*.
[64] Rich, "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana", 16–17.
[65] Wittig, *El pensamiento heterosexual*, 34.
[66] Ahmed, *La política cultural de las emociones*.

El proceso editorial, reconstruido a partir de manuscritos, notas al margen y borradores corregidos colectivamente, evidencia tensiones internas, discusiones sobre representación, debates sobre cómo narrar la violencia sin estetizarla y reflexiones sobre el lugar de la voz propia. En este punto adquiere especial relevancia el índice temático del libro: sus temáticas no constituyen un simple listado, sino la arquitectura intelectual con la que Ayuquelén decidió organizar su historia. Los capítulos establecen un mapa político del lesbofeminismo producido por la colectiva: desde la introducción a su historia y el contexto sociopolítico de su fundación, pasando por la narración de vidas bajo pseudónimos (ANAÍ, ALEKOS, ARTEMIS), el trabajo político con feministas, movimientos homosexuales y comunidades lésbicas, hasta reflexiones públicas, cartas abiertas, prácticas de acogida, actividades culturales y proyecciones futuras. Estas decisiones de ordenamiento operan como una práctica de historia intelectual en sí misma, pues definen qué dimensiones de la experiencia son relevantes, cómo se articulan entre sí y bajo qué formas deben ser leídas (Figura 9).

Figura 9. Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Ayuquelén: Una parte de nuestra historia"



Indice

Introducción 9
Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén 13
Momento Histórico al Nacimiento del Ayuquelén 18
El Ayuquelén y su Inserción en el Movimiento Lésbico-Homosexual 19
La Ayuque se Hace Presente... 19
El Ayuquelén y su Inserción en el Movimiento Feminista 23
La Ayuque se Sigue Haciendo Presente... 23
Historia Personal de Algunas Ayuquelinas 25
Nuestras Historias de Vida... 28
La Historia de ANAÍ 28
La Historia de ALEKOS 34
La Historia de ARTEMIS 40
El Ayuque y su Trabajo en Política 44
Con las Organizaciones Feministas 45
Primer Encuentro Nacional Feminista 45
Mujer y Realidad 47
Encuentro en Cartagena Noviembre 1996 48
Ponencia VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe: Sobre la Discriminación en el Ser y Hacer Feminista 49
Marchas... 56
Con la Comunidad Homosexual 58
Las Minorías Sexuales Hoy: Una Visión Desde Nuestra Sexualidad 58
Por los Derechos Humanos, la Visibilidad y la Prevención en VIH/Sida 58
Derechos Humanos, ¿Qué tan Humanos son Nuestros Derechos? 61
Con la Comunidad Lésbica 64
Primer Encuentro Lésbico Nacional 64
Actividades en la Calle... 68
Con la Coordinadora Lésbica Nacional 70
Invisibilidad Lésbica 73
Con la Prensa... 77
Incendio en Discoteca Divine 77
Reflexiones Políticas 79
¿Qué te falló Marzo para llegar a ser lo que no fuiste? 79
Cartas Públicas 81
Carta Abierta a la Izquierda Chilena 81
Carta al Diario La Tercera, Muerte de Claudia 85
El Ayuquelén y su Trabajo Social 86
Correo y Acogida 87
Casilla 87
Acogida 92
Salud y Educación 93
Talleres de Sexualidad Lésbica 93

Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, Fondo Carolina Peredo, Santiago, 2002.

La estructura del libro demuestra, además, que Ayuquelén no pretendía producir únicamente memoria ni solo un manifiesto: buscaba producir pensamiento, una gramática conceptual capaz de hacer inteligible la vida lesbiana en Chile. El capítulo "Nuestras historias de vida", donde aparecen las biografías de las tres fundadoras, muestra que la autobiografía no se utiliza como mero recurso testimonial, sino como operación analítica. Al narrar la propia vida, las autoras producen conceptos que conectan experiencia y orden político, mostrando que la vida lesbiana no es anécdota: es una forma de conocimiento.

El libro publicado en 2002 cristalizó dos décadas de producción intelectual y política. Su edición coincidió con un momento de reconfiguración del movimiento feminista en Chile, en el que nuevas generaciones comenzaron a leer estos materiales y a disputar la historia oficial del feminismo de los años ochenta y noventa. Desde el giro material, el libro condensa temporalidades múltiples: recoge la clandestinidad de los ochenta, la reorganización epistolar de los noventa y la voluntad de inscripción pública del nuevo siglo. Como señalan Moyano y Pacheco, la materialización del saber en un soporte concreto transforma la relación entre memoria, archivo y política[67]. En esta clave, el libro permitió que un pensamiento producido desde los márgenes del campo intelectual chileno ingresara a bibliotecas universitarias, centros culturales y estudios posteriores, desplazando los límites de lo que podía ser considerado teoría feminista legítima.

La aparición del libro generó, además, un efecto expansivo en el activismo lesbofeminista posterior. Al fijar su historia en papel, Ayuquelén abrió un camino para que nuevas colectivas se reconocieran en un linaje intelectual propio, no dependiente del feminismo hegemónico ni de la institucionalidad estatal. La publicación fue, en sentido estricto, un acontecimiento: no solo registró una experiencia, sino que reconfiguró condiciones de posibilidad para futuras articulaciones políticas. Como dirían las mismas integrantes, escribir fue también "hacer existir lo que se quiso borrar"[68].

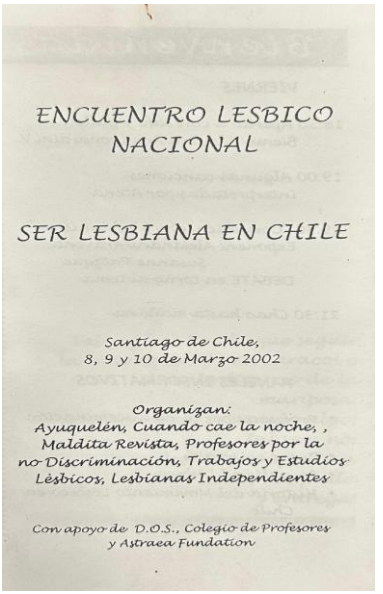
Este período —1990 a 2002— debe leerse, entonces, como tiempo de sedimentación intelectual, reorganización del archivo,

[67] Moyano y Pacheco, "Producción y difusión".
[68] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, "Historia y descripción".

construcción de redes, elaboración conceptual e inscripción pública. Las imágenes, los cuadernos, las cartas, los recortes de prensa, las discusiones internas y el cuadro de temáticas del libro remiten a una misma operación: transformar una experiencia subyugada en un discurso con densidad histórica, capaz de intervenir en el campo feminista y de abrir horizontes a nuevas generaciones. Lo que Ayuquelén produjo no fue solo memoria; fue teoría. No fue solo relato; fue archivo. No fue solo resistencia; fue concepto.

La década culminó con un gesto político e intelectual de enorme relevancia: la conversión de una historia insurgente en objeto editorial que, desde entonces, forma parte del repertorio de la historia intelectual feminista en Chile. Como afirmaron en su propio manifiesto, "todas vivas, todas libres"; un principio que el libro encarna materialmente, sobreviviendo al silenciamiento que quiso borrarlas e iluminando el camino para lo que vendría en los años siguientes.

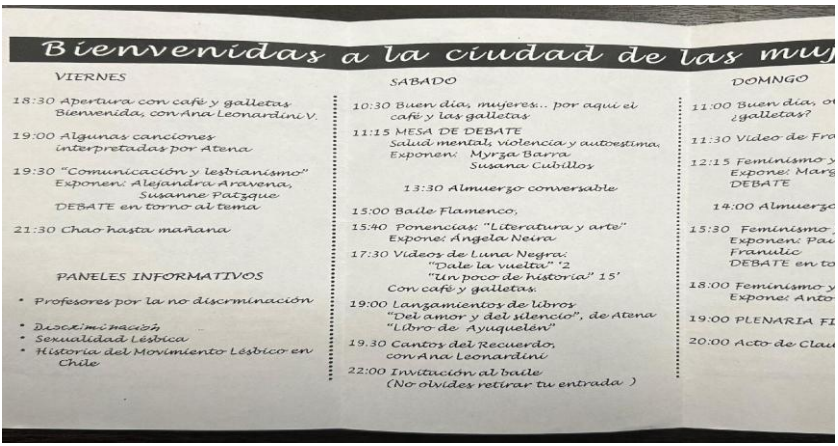
Figura 10. Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, programa del "Encuentro Lésbico Nacional: Ser Lesbiana en Chile".



Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: Fondo Carolina Peredo, Santiago, 2002.

La Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén fue disminuyendo su actividad durante la década del 2000. No obstante, los días 8, 9 y 10 de marzo de 2002 organizó el "Encuentro lésbico nacional: Ser lesbiana en Chile", en colaboración con Cuando Cae la Noche, Maldita Revista, Profesores por la No Discriminación, Trabajos y Estudios Lésbicos, y Lesbianas independientes[69]. El cronograma del encuentro permite distinguir dos ejes complementarios: por un lado, espacios de debate y elaboración conceptual (Figura 11)—talleres sobre lesbianismo, sexualidad, discriminación y feminismo— y, por otro, instancias orientadas al ocio y a la vida comunitaria —aperturas, cafés e incluso espacios para bailar—. Esta coexistencia no es accidental: muestra que la consolidación de una identidad política no se sostiene solo en la producción explícita de conocimiento, sino también en la construcción de lazos, afectos y escenas de reconocimiento, particularmente decisivos para una comunidad históricamente desplazada hacia márgenes que no la escuchaban.

Figura 11. Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, Pauta de Encuentro Lésbico Nacional: Ser Lesbiana en Chile,


Bienvenidas a la ciudad de las mu

VIERNES

18:30 Apertura con café y galletas
Bienvenida, con Ana Leonardini V.

19:00 Algunas canciones
interpretadas por Atena

19:30 "Comunicación y lesbianismo"
Exponen: Alejandra Aravena,
Susanne Patzque
DEBATE en torno al tema

21:30 Chao hasta mañana

PANELES INFORMATIVOS

- Profesores por la no discrminación
- Discriminación
- Sexualidad Lésbica
- Historia del Movimiento Lésbico en Chile

SABADO

10:30 Buen día, mujeres... por aquí el café y las galletas

11:15 MESA DE DEBATE
Salud mental, violencia y autoestima.
Exponen: Myrza Barra
Susana Cubillos

13:30 Almuerzo conversable

15:00 Baile Flamenco.

15:40 Ponencias: "Literatura y arte"
Expone: Angela Neira

17:30 Videos de Luna Negra:
"Dale la vuelta" "2
"Un poco de historia" 15'
Con café y galletas.

19:00 Lanzamientos de libros
"Del amor y del silencio", de Atena
"Libro de Ayuquelén"

19.30 Cantos del Recuerdo,
con Ana Leonardini

22:00 Invitación al baile
(No olvides retirar tu entrada)

DOMNGO

11:00 Buen día, o
¿galletas?

11:30 Video de Fro

12:15 Feminismo y
Expone: Marg
DEBATE

14:00 Almuerzo

15:30 Feminismo
Exponan: Pa
Franulic
DEBATE en to

18:00 Feminismo y
Expone: Anto

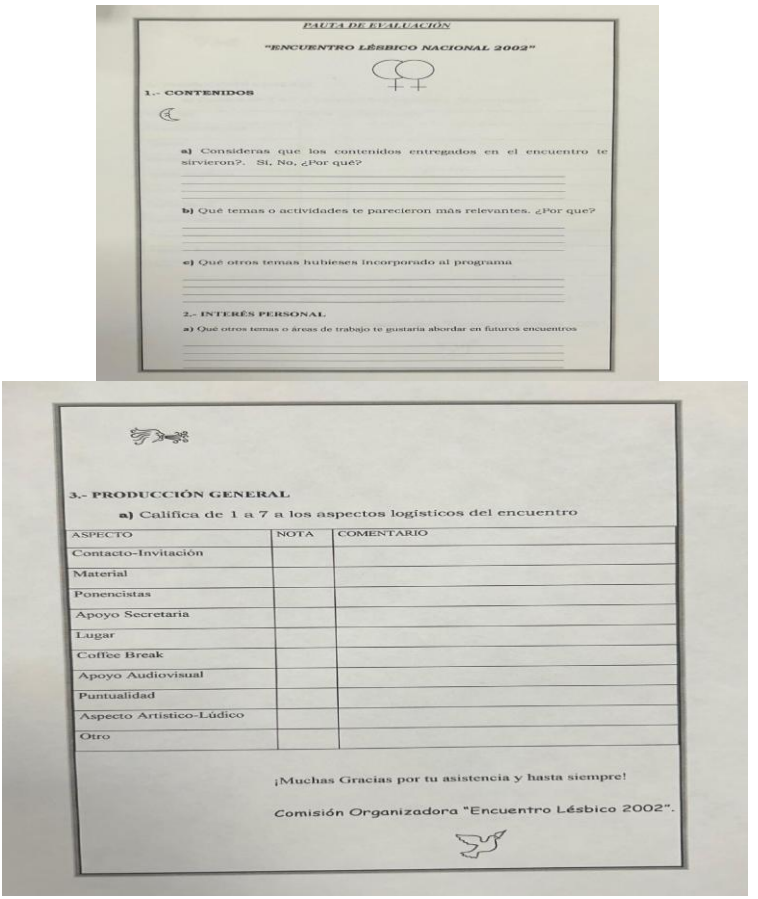
19:00 PLENARIA FI

20:00 Acto de Clau

Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: Fondo Carolina Peredo, Santiago, 2002.

[69] Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, *Encuentro Lésbico Nacional.*

Imagen 12: Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén, Pauta de evaluación del encuentro Lésbico Nacional: Ser Lesbiana en Chile.



PAUTA DE EVALUACIÓN

"ENCUENTRO LÉSBICO NACIONAL 2002"

1.- CONTENIDOS

a) Consideras que los contenidos entregados en el encuentro te sirvieron?. Si, No, ¿Por qué?

b) Qué temas o actividades te parecieron más relevantes. ¿Por que?

c) Qué otros temas hubieses incorporado al programa

2.- INTERÉS PERSONAL

a) Qué otros temas o áreas de trabajo te gustaría abordar en futuros encuentros

3.- PRODUCCIÓN GENERAL

a) Califica de 1 a 7 a los aspectos logísticos del encuentro

ASPECTO	NOTA	COMENTARIO
Contacto-Invitación		
Material		
Ponencistas		
Apoyo Secretaria		
Lugar		
Coffee Break		
Apoyo Audiovisual		
Puntualidad		
Aspecto Artistico-Lúdico		
Otro		

¡Muchas Gracias por tu asistencia y hasta siempre!

Comisión Organizadora "Encuentro Lésbico 2002".

Fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: Fondo Carolina Peredo, Santiago, 2002.

En paralelo al periodo abordado en este apartado, Ayuquelén participó de instancias de organización internacionales específicamente lésbicas. Como se nombró anteriormente estuvieron presentes en el "Primer Encuentro Lésbico-Feminista Latinoamericano y del Caribe" (México, 1987), espacio fundamental para vislumbrar contenidos que despertaron la necesidad de crear espacios de autoconciencia propios y de cuestionamientos de la heterosexualidad impuesta[70].

[70] Riquelme, *Memorias de Organizaciones de lesbianas*.

En segunda instancia, el "Segundo Encuentro Lésbico-Feminista Latinoamericano y del Caribe" (Costa Rica, 1990) se caracterizó por una represión constante por parte de la iglesia católica y su negativa frente a la realización de este evento. El último día, asistentes a la jornada sufrieron de petardas y ataques de odio por parte de hombres afueras de las instalaciones, sin embargo, esto no obstaculizó la conferencia de prensa final por parte de Nancy Cárdenas, fundadora del movimiento de liberación mexicano[71].

Además, el encuentro incorporó material retroalimentativo, donde las asistentes podían compartir aprendizajes y expresar ejes de interés personal. Así, Ayuquelén configuró espacios de discusión, retroalimentación, debate y producción de afectos colectivos que contribuyeron a consagrar la teoría lesbofeminista en Chile. En ellos no solo se abordaron temáticas en torno al ser lesbiana, sino que también se disputaron espacios hegemónicos dentro del feminismo chileno y se cuestionó la finalidad misma de un feminismo regido por nociones heterosexuales de normatividad social y política. Desde los márgenes del campo intelectual, Ayuquelén sentó las bases de un pensamiento que tensionó muros levantados por una comunidad que no consideró a las mujeres homosexuales entre los sujetos de lucha contra el patriarcado. En ese sentido, su trayectoria demuestra que los márgenes no implican despolitización ni silenciamiento permanente: moldean condiciones de lucha y, en este caso, moldearon el lesbofeminismo como práctica intelectual situada, materialmente inscrita y conceptualmente productiva.

Tras dos años, se llevó a cabo el "Tercer Encuentro Lésbico-Feminista Latinoamericano y del Caribe" (Puerto Rico, 1992). Organizado por una coordinadora de lesbianas feministas, contó con más de 200 asistentes. Este evento estuvo caracterizado por la división constante entre lesbianas latinoamericanas organizadas y aquellas latinas residentes en Estados Unidos, marcando limitaciones de participación frente a lesbianas europeas. Durante este encuentro surge el primer grupo de madres lesbianas[72].

[71] Riquelme, *Memorias de Organizaciones de lesbianas*.
[72] Riquelme, *Memorias de Organizaciones de lesbianas*.

El "Cuarto Encuentro Lésbico-Feminista Latinoamericano y del Caribe" (Argentina, 1995) se caracterizó por su cruza con la participación del movimiento feminista en la Conferencia de Beijing, lo que generó posiciones contrapuestas encontradas entre las lesbianas pertenecientes al llamado feminismo autónomo y feminismo institucionalizado. Esto, se tradujo en una baja en la participación de este año, sin embargo, este encuentro fue el primero realizado fuera de los márgenes de la clandestinidad, con una presencia y conexión fuerte hacia los movimientos artísticos.[73]

Durante el "Quinto Encuentro Lésbico-Feminista Latinoamericano y del Caribe" (Brasil, 1999) se visualizó una fuerte presencia por tópicos de discusión ligados a debates afrodescendientes con una fuerte riqueza cultural. Donde los ejes centrales giraron en torno a la salud, visibilidad y estrategias de organización[74].

Por último, el "Sexto Encuentro Lésbico-Feminista Latinoamericano y del Caribe" (México, 2004) organizado por una amplia gama de activistas de América Latina, se optó por debates institucionalizados en torno a la homosexualidad y se destacó por la asistencia de madres de gays y lesbianas, además de compañeras transexuales[75].

Cabe destacar que las organizadoras de este evento, distribuidas en comisiones, elaboraron un documento diagnóstico de las realidades de las lesbianas y sus avances, texto al que contribuyeron numerosas activistas. Por otra parte, se conformó la comisión de rescate histórico que realizó entrevistas a activistas de distintos países para iniciar un trabajo de registro y memoria del movimiento lésbico a nivel de la región.

Epílogo

Esta investigación nació de una interrogante precisa —¿cómo se construyó el saber lesbofeminista en Chile a partir de la acción política e intelectual de Ayuquelén?— y concluye con una constatación de mayor alcance historiográfico: Ayuquelén no solo produjo saberes lesbofeministas, sino que transformó las

[73] Riquelme, *Memorias de Organizaciones de lesbianas*.
[74] Riquelme, *Memorias de Organizaciones de lesbianas*.
[75] Riquelme, *Memorias de Organizaciones de lesbianas*.

condiciones mismas de posibilidad bajo las cuales esos saberes pudieron existir, circular e inscribirse. La reconstrucción de su trayectoria intelectual entre 1984 y 2009 permite sostener que los márgenes no constituyen espacios de carencia, sino territorios de elaboración conceptual intensa, donde la precariedad material, la exclusión política y la experiencia afectiva devienen fuentes legítimas de teoría y conocimiento.

Ayuquelén configuró un campo intelectual lesbofeminista relativamente autónomo, en tensión constante con el feminismo hegemónico chileno y con el orden heterosexual que estructuró tanto la dictadura como la transición democrática en sus dimensiones políticas, sociales y militantes. Esa autonomía no se expresó en forma de institucionalidad ni de reconocimiento académico, sino en la capacidad de producir un léxico político-cultural propio; sostener redes internacionales de intercambio; y, crucialmente, inscribir la experiencia lesbiana en soportes materiales que disputaron las huellas y criterios de legitimación del campo feminista hegemónico. Cuadernos de correspondencia, talleres, testimonios y, finalmente, un libro autogestionado, operaron no solo como archivo de la agrupación, sino como dispositivos de resistencia intelectual: tecnologías epistémicas que permitieron consolidar la producción de saber lesbofeminista en Chile.

El recorrido histórico aquí reconstruido permite, además, precisar el alcance de esa disputa. El lesbofeminismo de Ayuquelén no buscó simplemente incorporar "lo lésbico" en la agenda de un feminismo preexistente, sino desplegar una apuesta más radical: cuestionar los fundamentos heteronormativos que definían quién podía ser sujeto del feminismo, qué experiencias eran legibles como politizables y qué saberes merecían reconocimiento. De este modo, el lesbofeminismo no aparece como instrumento de validez identitaria, sino como crítica estructural al modo en que el feminismo chileno organizó su campo intelectual, sus fronteras de representatividad y sus gramáticas legítimas. La disputa no fue únicamente política; fue, ante todo, conceptual.

Desde la historia intelectual, esta tesis ha sostenido que la producción del saber lesbofeminista no puede leerse exclusivamente a partir de textos finales o publicaciones visibles. Ha sido necesario atender a la materialidad frágil del archivo, a la

oralidad como práctica epistémica, a las redes afectivas como condición de posibilidad del pensamiento y a la experiencia situada como fundamento de elaboración conceptual.

En consecuencia, el trabajo exige ampliar las categorías analíticas habituales con las que se aborda el pasado: incorporar soportes, prácticas y lenguajes que han sido tradicionalmente relegados en los repertorios disciplinares, pese a su centralidad para comprender cómo se produce, circula y se legitima el conocimiento en condiciones de exclusión.

En este sentido, el saber lesbofeminista producido por Ayuquelén puede ser comprendido como saber subyugado: un conocimiento local y experiencial excluido de los regímenes dominantes de verdad, que persistió gracias a prácticas colectivas de cuidado, memoria y necesidad comunitaria.

Recuperar historiográficamente ese saber no es un gesto neutral: implica intervenir la forma en que narramos la historia del feminismo chileno, desplazar los centros desde donde se ha pensado la producción intelectual, complejizar genealogías consagradas y reconocer que la teoría también se produce desde la clandestinidad, la exclusión, los afectos y la urgencia de acompañarse. Esta investigación, por lo tanto, propone una innovación historiográfica doble: reconstruir un campo intelectual lesbofeminista ausente en la historiografía y hacerlo mediante una lectura que integra giro material, oralidad y redes como dimensiones constitutivas del pensamiento.

El período final abordado —marcado por la publicación de *Ayuquelén: Una parte de nuestra historia*… y por la emergencia de nuevos colectivos lesbofeministas en el siglo XXI— no sugiere una clausura del campo intelectual lesbofeminista, sino una transformación de sus condiciones de circulación y de sus estrategias de inscripción.

Proyectos como Rompiendo el Silencio no surgen en el vacío: dialogan, de manera implícita o explícita, con el legado conceptual y político de esta primera generación. Categorías, sensibilidades y prácticas elaboradas por Ayuquelén continúan operando como matrices de inteligibilidad para activismos posteriores, aun cuando adopten lenguajes, estéticas y materialidades distintas.

Esta continuidad puede observarse, por ejemplo, en una reunión organizada por el Bloque lésbico a inicios de los 2000, donde participó Erika Montecinos, activista y posterior fundadora de Rompiendo el Silencio. Erika narra que en esa instancia fue la primera vez que integrantes de Ayuquelén relataron a nuevas asistentes el asesinato de Mónica Briones en 1984[76].

Este episodio revela, por una parte, la persistencia de la exclusión mediática e institucional que impidió socializar esa violencia en el espacio público; y, por otra, la centralidad de la oralidad como herramienta de politización y como soporte legítimo de transmisión de saber. Montecinos comenta que tal acontecimiento fue un parteaguas para ella[77], y lo vincula con procesos posteriores: la realización de la revista *RSMagazine*, en circulación entre 2008 y 2010, que antecede a la constitución de la agrupación en 2014.

De este modo, el legado lesbofeminista de Ayuquelén es recuperado por movimientos contemporáneos y la memoria de Mónica Briones permanece, hasta hoy, como símbolo de lucha y resistencia no solo para comunidades lésbicas, sáficas y bisexuales, sino también para la comunidad LGBTQ+ en Chile y en América Latina. Si bien las activistas de Ayuquelén siguieron diversos caminos y la agrupación se mantiene inactiva, conservan el contacto y se encuentran trabajando en un proyecto de gran escala orientado a restaurar la memoria histórica de la colectiva más allá de lo escrito.

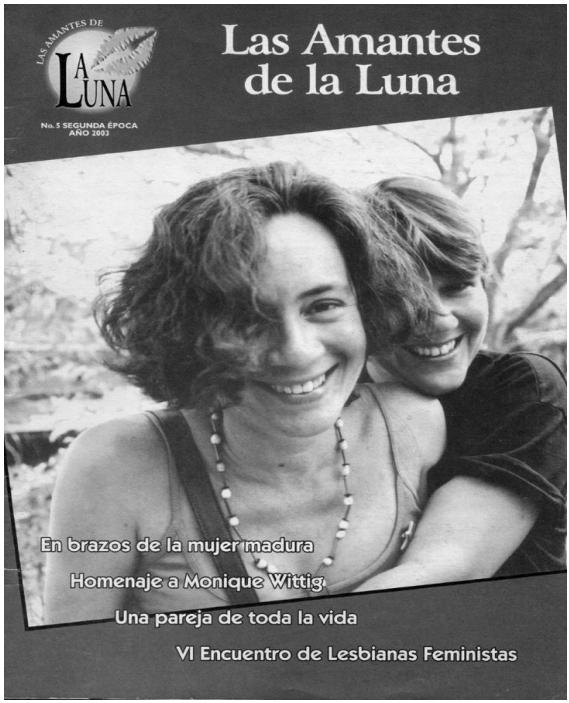
Cecilia Riquelme, por ejemplo, volvió a Chile tras su estadía por Brasil y México, donde se desempeñó como directora y editora de la revista "Las Amantes de la Luna", de cultura lésbica latinoamericana. Espacio en el que desarrolló ensayos y escritos vinculados a violencia lesbofóbica, maternidades lésbicas y sexualidad libre, cuestionamiento de la heteronormatividad en los feminismos hegemónicos, entre otras problemáticas.[78]

Además, durante su estadía en México, tuvo la oportunidad de aportar en investigaciones sobre el surgimiento de la sociedad civil durante el siglo XIX en un aspecto comparativo de los países de México, Perú y Cuba. "Yo trabajaba de lunes a lunes, 24/7.

[76] Montecinos, "Memorias disidentes", 22:00.
[77] Montecinos, "Memorias disidentes".
[78] Riquelme, entrevista por la autora.

Cuando no había todavía internet y esas cosas, entonces tenía que viajar, ir a casas de amigas y ver cómo le mandaba la información todos los fines de semana, registrando un montón de cosas… Pero eso me sirvió para armar bases de datos, y conforme a eso después yo pude producir los textos que pude escribir después, principalmente el de 'Identidad lésbica: una mirada histórica' que se presentó por primera vez en la semana de diversidades del Instituto Nacional de Antropología e Historia que fue realmente importante para los activismos, para el activismo LGBT en México porque es primera vez que la academia abre espacio a los activismos, entonces fue super, super rico."[79]

Figura 13. Portada "Amantes de la Luna". N°5, México, 2003.



Fuente: Archivo personal de Cecilia Riquelme.

Esta continuidad de la producción escrita, en circuitos no siempre institucionalizados, refuerza uno de los hallazgos centrales de esta investigación: el pensamiento lesbofeminista no depende

[79] Riquelme, entrevista por la autora.

exclusivamente de la consagración académica para existir; se produce, circula y se preserva en repertorios materiales y comunitarios que tensionan las fronteras del campo intelectual. Su existencia ya existía previamente a su inserción en los campos academicistas y su estructura como un cuestionamiento clave hacia los ejes organizativos activistas hegemónicos que no daban pie a su visibilidad.

Este epílogo no pretende clausurar la trayectoria del lesbofeminismo en Chile, sino insistir en el carácter abierto de la historia aquí reconstruida. El archivo lesbofeminista continúa siendo un lugar en disputa: disperso, incompleto, afectivamente denso y, en la mayoría de los casos, aún no institucionalizado. El estudio del activismo lésbico plantea desafíos urgentes para la historiografía, la archivística y los estudios feministas y de género, particularmente en lo relativo a la preservación de materiales precarizados, la reconstrucción de redes transnacionales poco rastreables y el reconocimiento de la oralidad como práctica productora de conocimiento intelectual, y no solo como suplemento testimonial.

Finalmente, reconstruir el campo intelectual lesbofeminista en Chile no constituye únicamente un ejercicio académico: es también un gesto político que responde a una deuda historiográfica. Reconocer a las lesbianas feministas no solo desde la violencia y la exclusión, sino desde el pensamiento —aquello que nombraron, escribieron, archivaron, disputaron— implica ampliar los horizontes del feminismo contemporáneo y complejizar sus genealogías. Inscribir ese legado en la historia intelectual y devolverle densidad teórica es, en última instancia, una forma de intervenir el presente: desplazar lo que se considera legítimo, audible y transmisible.

Como lo mostró Ayuquelén, existir también es una forma de pensar y de cuestionar. Y hacerlo desde los márgenes ha sido, históricamente, una forma radical —y persistente— de sobrevivir.

Además, este escrito nos deja interrogantes para poder abarcar en un futuro, ¿cómo se crea el conocimiento lesbofeminista en América Latina y el Caribe? ¿de qué forma circulan estos saberes en el continente Latinoamericano? Es necesario contemplar la necesidad de rastrear estas interrogantes en un escenario más amplio que el nacional, puesto que la creación de una postura

política lesbofeminista no se da de forma aislada, sino colaborativa con distintas activistas de América Latina y el Caribe.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Amantes de la Luna [México], no. 5 (2003).

APSI, no. 206 (22-28 de junio de 1987): 29–32.

Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén. *Ayuquelén: Una parte de nuestra historia...* 2002. Fondo Carolina Peredo, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén. *Cuaderno de correspondencia Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén*. 1992–1993. Fondo Carolina Peredo, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén. *Encuentro Lésbico Nacional: Ser Lesbiana en Chile*. 2002. Fondo Carolina Peredo, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén. "Historia y descripción de la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén". Fondo Carolina Peredo, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén. *Pauta de Encuentro Lésbico Nacional: Ser Lesbiana en Chile*. 2002. Fondo Carolina Peredo, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Izquierda XXI, no. 10 (septiembre de 1992).

Marea Alta, no. 2 (julio de 1992).

Montecinos, Erika. "Memorias disidentes y sexo genéricas en dictadura: Testimonio ERIKA MONTECINOS". Video. YouTube, publicado por Museo de la Memoria, 2025. https://www.youtube.com/watch?v=g2EDLafILlw.

Peredo, Carolina. "Memorias disidentes y sexo genéricas en dictadura: Testimonio CAROLINA PEREDO". Video. Museo de la Memoria, 2025.

Riquelme, Cecilia. Entrevista realizada por Karelia Cerda, 31 de octubre de 2012.

Riquelme, Cecilia. Entrevista realizada por la autora, 23 de noviembre de 2025, Cauquenes, Región del Maule.

Riquelme, Cecilia. Fotografía personal. 1985–1987.

Riquelme, Cecilia. "Identidad Lésbica: Una mirada Histórica". Ponencia presentada en la II Semana cultural de la Diversidad sexual, convocada por el INAH a través de la Coord. Nacional de Antropología y Dirección de Antropología Física, Museo Nacional de Antropología, México, D.F., 2-7 de junio de 2003.

Riquelme, Cecilia. *Memorias de Organizaciones de lesbianas en América Latina y el Caribe*. 2005–2006.

Robles, Víctor Hugo. "Ayuquelén". *Bandera Hueca* (blog), mayo de 2009. https://banderahueca.blogspot.com/2009/05/ayuquelen.html.

Rompiendo el Silencio. https://www.rompiendoelsilencio.cl/agrupacion-lesbica/.

Bibliografía

Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. Traducido por Cecilia Olivares Mansuy. Universidad Autónoma de México, 2015.

Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*. Edición e-book. FEMINISMOS, 2016.

Bennit, Alexandra. "Fotografía Feminista en periodo de dictadura cívico-militar en Chile (1980-1990)". Tesis de magíster, Universidad Alberto Hurtado, 2023.

Bourdieu, Pierre. "Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase". En *Intelectuales, política y poder*, 23–42. Editorial Universitaria, 1999.

Butler, Judith. *Lenguaje, poder e identidad*. Editorial Síntesis, 2004.

Butler, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Editorial Paidós, 2010.

Cabrera, Gabriela, y Alejandra Rebolledo. "Sexilio, resistencias y solidaridades: Un estudio biográfico del devenir de mujeres y personas no binarias lesbianas residentes en las ciudades de Concepción, Santiago y Valparaíso". Tesis de pregrado, Universidad Tecnológica Metropolitana, 2024.

Cerda, Karelia. "Lesbofeminismo y oposición a la dictadura en Chile: El caso de Ayuquelén, 1983-1989". Tesis de pregrado, Universidad de Chile, 2012.

Contardo, Oscar. *Raro, una Historia gay de Chile*. Editorial Planeta, 2011.

Figueroa Silva, Esau. "Sexualidad e Historia en Chile: un ensayo sobre el conflicto y el control". *RELIES: Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, no. 2 (2020).

Foucault, Michel. *Lecciones sobre la voluntad de saber: curso en el Collège de France (1970-1971) seguido de "El saber de Edipo"*. Fondo de Cultura Económica, 2012.

Gálvez, Ana. "Historia del Movimiento Feminista en Chile en el siglo XX y su quiebre en la postdictadura". En *Transiciones: Perspectivas historiográficas sobre la postdictadura chilena 1988-2018*, editado por José Ignacio Ponce, Aníbal Pérez y Nicolás Acevedo, 285–310. América en Movimiento, 2018.

García Hermelo, Romina.

"(In)Visibles/(In)Nombrables/(In)Pensables: reflexiones en torno a las sexualidades lesbicas en la escuela". Ponencia presentada en las V Jornadas de CINING de Estudios de Género y Feminismo, UNLP-FaHCE, 2018.

Gaviola, Edda, Eliana Largo y Sandra Palestro. *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*. Imprenta Akí y Ahora, 1994.

Gómez Tapia, Rox. "Emergencia de las disidencias en Chile: una política-ficción para el estallido lesbofeminista y sus estelas performativas (1983-2010)". *REVISTA NOMADÍAS*, no. 27 (julio de 2019): 95–122.

Hiner, Hillary. "Tejiendo Resistencias: violencia contra mujeres y sujetos LGBTQIA+ en la Historia Reciente de Chile". *REVISTA NOMADÍAS*, no. 27 (julio de 2019): 51–74.

Koselleck, Reinhart. *Futuro-pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Fik ediciones PAIDOS, 1992.

Lara, Maria José. "Lesbianas y la lucha contra el heteropatriarcado: Historia del Movimiento Lésbico de Chile 1983-2021". Tesis de pregrado, Universidad Finis Terrae, 2022.

Latour, Bruno. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Gedisa Editorial, 2001.

Moyano, Cristina, y Valentina Pacheco. "Escrituras urgentes, lenguajes en movimiento: La disputa por el tiempo en las narrativas feministas, Chile, Mayo 2018-Octubre 2019". *Cuadernos de Historia* (junio de 2025): 55–84.

Moyano, Cristina, y Valentina Pacheco. "Producción y difusión del feminismo en la posdictadura chilena: Los casos de La Casa de la Mujer La Morada, la Editorial Cuarto Propio, la Revista de Crítica Cultural y la Radio Tierra, 1990-2007". *Revista de História da Sociedade e da Cultura* 23, no. 2 (2023): 165–185. https://doi.org/10.14195/1645-2259_23-2_7.

Ortúzar Martínez, Valentina. "Memorias lésbicas de mujeres mayores: Sexoafectividad y envejecimiento de la población lésbica en Chile". Tesis de pregrado, Universidad de Chile, 2024.

Pacheco, Valentina. "Campo intelectual feminista: tramas de una práctica del conocimiento en el Chile reciente, 1979-1996". Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Chile, 2025.

Pacheco, Valentina. "¡Entre nosotras, tienes la palabra! Huellas feministas en los boletines de mujeres de oposición a la dictadura, Chile 1978-1989". *Izquierdas*, no. 54 (2025): 1–38.

Rich, Adrianne. "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana". *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, no. 10 (1996).

Ríos Tobar, Marcela, Lorena Godoy Catalán y Elizabeth Guerrero Caviedes. *¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura*. Historiográfica, 2020.

Riquelme, Cecilia. *Apuntes para la historia del Movimiento lésbico en América Latina*. Centro de estudios Miguel Enríquez, 2004.

Riquelme, Cecilia. *Organizaciones de lesbianas en América Latina y el Caribe*. S. f.

Rodríguez Parra, Mery. "LOS SIGNIFICADOS DE SER MUJER, LESBIANA Y ENVEJECER: VIDAS, DISCURSOS Y REALIDADES". Tesis de magíster, Universidad de Chile, 2007.

Sardá, Alejandra, Rosa María Posa Guinea y Verónica Villalba Morales. *Lesbianas en América Latina: de la inexistencia a la visibilidad*. Programa Andino de Derechos Humanos, 2005.

Shats, Ilán. "Identidad colectiva y marginación en la oposición a la dictadura chilena: Ayuquelén y las Yeguas del Apocalipsis (1983-1991)". Tesis de pregrado, Universidad de Chile, 2015.

Skinner, Quentin. "El giro Contextual". En *Cinco ensayos de Quentin Skinner*, editado por Enrique Bocardo Crespo. Tecnos, 2007.

Stoler, Ann Laura. *Archivos coloniales y el acto de gobernar*. Revista Colombiana de Antropología, 2010.

Tarcus, Horacio. *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Tren en movimiento, 2020.

Valdés, Teresa. *Movimiento Feminista durante la dictadura (1973-1989)*. FLACSO, 1987.

Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Traducido por Javier Sáez y Paco Vidarte. EGALES, 2006.

Agentes culturales, itinerarios y redes. Una aproximación a la acción política de las artes visuales durante la segunda mitad del siglo XX

Mauricio Tapia Segovia[1]

A través de este capítulo[2] se espera establecer un diálogo crítico sobre la praxis historiográfica y su relación con la Historia Intelectual. En primer lugar, se exploran, en clave autobiográfica, elementos de la propia trayectoria que dan cuenta de las diversas aproximaciones a este enfoque, así como los desafíos de asumir los postulados de la Historia Intelectual en el oficio y la posibilidad de integrar su aporte como herramientas al servicio de una Historia Política.

Posteriormente, se comparten elementos clave de la propuesta de investigación doctoral recientemente finalizada, en específico sobre las aproximaciones teórico-metodológicas y algunos resultados emanados de la tesis *Nemesio Antúnez: itinerario (s) político-cultural (es) de un agente de la cultura en la segunda mitad del siglo XX chileno*. Donde desde un ejercicio biográfico se reconstruyen tres periodos y facetas distintas, pero cronológicamente continuas de la vida del artista: diplomático, director del Museo de Bellas Artes, y el autoexilio en Europa aparejado de su denuncia a la dictadura. Para entablar luego una reflexión sobre los aportes que el corpus teórico-metodológico de la Historia Intelectual tuvo en la investigación.

De este modo buscamos responder ¿puede entenderse un estudio histórico sobre la agencia cultural de los artistas visuales como una "forma de Historia Intelectual? ¿cuáles son las particularidades de dicha aproximación respecto con otros enfoques

[1] Doctor en Historia, integrante del Grupo de Historia Intelectual, Encargado de Archivo Oral de Sitio de Memoria Estadio Víctor Jara. Correo de contacto: mauricio.tapias@usach.cl ORCID: https://orcid.org/0000-0002-2694-7804

[2] En este documento se exponen las bases teórico-metodológicas y algunos resultados emanados de la investigación *Nemesio Antúnez: Itinerario (s) político-cultural (es) de un agente de la cultura en la segunda mitad del siglo XX chileno*, tesis para optar al grado de Doctor en Historia por el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile.

tales como el estudio de los lenguajes políticos, el estudio de los conceptos, el estudio de revistas y, en general, los campos intelectuales que podríamos denominar como pertenecientes al universo de las letras o de lo letrado?

Comprendiendo aquellas particularidades como la acción política que desplegaron los artistas visuales durante la segunda mitad del siglo XX en sus amplios y propios lenguajes, atendiendo no solamente en su dimensión estética, sino también las formas y espacios de circulación que develan posicionamientos políticos que podrían pasar desapercibidos en un análisis del discurso intelectual o en una lectura puramente estética de la obra. Análisis que se realiza durante este periodo histórico, dada la cada vez mayor importancia que tuvo el arte y la cultura como portadoras de expresiones políticas, alcanzando espacios de compromiso y militante. Y que llegaron a posicionar a las artes como una trinchera más de lucha en, por ejemplo, la construcción del socialismo a la chilena antes y durante la Unidad Popular, o la capacidad aglutinadora que tuvo en los movimientos internacionales de resistencia y solidaridad con Chile.

Un camino transitado de manera colectiva

Hace ya siete años (2018) recuerdo haber participado en un seminario dictado por la Dra. Cristina Moyano, en el contexto de la realización de mis estudios de magíster en Arte, Pensamiento y Cultura Latinoamericanos. En dicha ocasión, uno de los ejercicios que realizamos fue el de revisitar algún trabajo producido anteriormente en nuestra vida académica. En razón de ello, tomé como base mi tesis de Licenciatura en Historia (2015), realizada bajo la dirección de la misma profesora Moyano, la cual, según mis propias consideraciones hacia el final de mi ciclo de formación de licenciado, se planteaba desde la Historia Intelectual.

La sorpresa no fue menor al realizar este ejercicio de revisión: inmediatamente hicieron eco los comentarios de Cristina Moyano e Ivette Lozoya, quienes, de manera lapidaria, en mi examen de grado señalaban que todo indicaba que no había logrado operativizar conceptos centrales de la tesis, como el de recepción, y que mi trabajo era más bien un producto encasillable en cierta historia de las ideas, pues analizaba las unidades de pensamiento

como un corpus bien o mal leído, bien o mal interpretado por los primeros grupos socialistas y anarquistas de fines del XIX y comienzos del XX, dejando de lado la encarnación de dichas ideas en redes intelectuales, redes editoriales y formas de circulación del pensamiento en general.

Para ese momento ya habían pasado al menos dos años desde que había escrito dicha tesis, y las reflexiones posteriores fueron revelando aquellas falencias estructurales. Quizás como pocas formas de hacer historia, la Historia Intelectual, en términos de aproximaciones teórico-metodológicas, aparece en muchas ocasiones como un entramado epistemológico difícil de interiorizar a priori. Esto porque propone una dislocación de las formas tradicionales de pensar las fuentes, en la medida en que estas no solo entregan información por su contenido, sino que son en sí mismas, en muchos casos, un punto de acceso integral al conocimiento, al dar cuenta de materialidades posibles, de presentes-pasados del debate político contingente y de redes de asociatividad que sostienen y ponen en marcha la maquinaria editorial, a veces en torno a la existencia de un solo número de una publicación, por ejemplo como ocurre con el estudio de algunas revistas.

En un espíritu de continua formación, y alimentado por las redes académicas a las que me permitieron acceder figuras como Cristina Moyano, Ivette Lozoya y César Zamorano, participé en diversos espacios de formación, seminarios y congresos que continuaron nutriendo mi interés por la Historia Intelectual. Este recorrido me llevó a ingresar al programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Santiago (USACH), un espacio de gran libertad temática para investigar y con apoyos robustos al desarrollo académico que propiciaron la creación del Grupo de Historia Intelectual USACH, una colectividad de estudiantes y –actualmente– egresados del Departamento de Historia que, de manera autoconvocada, funciona como grupo de estudios hasta la actualidad.

El grupo se formó entre 2021 y 2022 y se encuentra hoy en su cuarto año de funcionamiento, periodo donde hemos podido debatir diversas formas de hacer Historia Intelectual, con aproximaciones distintas pero complementarias, que avanzan adoptando críticamente de manera plena o a través de herramientas,

los postulados de una Historia Intelectual que ya cuenta con décadas de desarrollo en otras latitudes.

Una de las razones que inicialmente nos reunió fue que, si bien todos y todas teníamos cierta cercanía previa con la historia intelectual, aplicábamos estas herramientas a campos de estudio diversos, con aproximaciones teóricas y metodológicas distintas. Del mismo modo, y al pasar del tiempo, mientras algunas y algunos plantean directamente practicar una Historia Intelectual, otros proponen una postura más bien de influencias y recepciones por parte del enfoque. Ambas válidas entendiendo nuestra praxis como el resultado dialéctico de las múltiples formas en que hemos comprendido y operativizado la historia a lo largo de nuestras trayectorias académicas.

En ese sentido, como historiador formado en el Departamento de Historia de la USACH, la Historia Social y la Historia Política constituyen los pilares estructurales sobre los cuales se erige mi propia elaboración teórico-metodológica. No puedo –y, siendo consciente de ello, no quisiera– abandonar ciertos postulados emanados de dichas formas de esas tradiciones, lo que no ha cerrado, ni cierra, las puertas a la incorporación de nuevas herramientas para problematizar mi praxis y ampliar el abanico de posibilidades de reconstrucción histórica.

Entre los postulados que me parecen necesarios de rescatar de la Historia Social y Política, se encuentran la apertura que tuvieron hacia incluir en el relato la existencia de las clases sociales como actores políticos, y por ende de la agencia política de estos, desarrollando estudios sobre el entramado social que superaron el foco puesto en los grupos de interés entendidos como camarillas intelectuales o las grandes dirigencias políticas. Así, la ausencia en muchos casos del impacto social que tuvo, por ejemplo, una revista o un grupo de revistas en los universos lectores por fuera de los mismos grupos intelectuales y/o su universo de disputa de ideas, se extraña para completar un cuadro social del debate intelectual.

De igual manera, se corre desde la Historia Intelectual un riesgo de rastrear principalmente la acción política desde el universo del debate político, o asumiendo el giro material, de las formas y medios en que este circula, no advirtiendo praxis por fuera del universo de lo escrito. Afirmación que no es total, pues existe un fuerte foco puesto en estudios sobre redes intelectuales centradas

más bien el ámbito de las conexiones, tránsitos e intercambios. Los cuales, de todos modos, siguen girando en mayor medida en torno a la figura clásica del intelectual.

Se plantea así una problemática donde, buscando extender el rastreo a formas de acción que no se ubican en dicha grafósfera, o universo de lo letrado, despliegan formas de asociatividad, de acción política, y de discurso sin emplear necesariamente los medios escritos. Como es el caso de las artes visuales u otras expresiones del tipo sonora o la danza. Con códigos que, si bien dialogan con lo político, grafican más que argumentan un posicionamiento.

Cabe indicar que estas inquietudes no son únicamente propias ni nuevas, son al menos compartidas en los diálogos que se establecen desde espacios como el *Seminario Permanente de Historia Intelectual* que se realiza desde el año 2024. Y que además recogen reflexiones recepcionadas a través de redes como las establecidas entre el Departamento de Historia USACH con el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) ubicado en la ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Sobre la robusta propuesta teórica-metodológica elaborada bajo la dirección de Horacio Tarcus, considero importante poner en valor una doble operación desarrollada por este centro bonaerense. En primer lugar, su apuesta por una historia política e intelectual de las izquierdas y el movimiento obrero, una decisión política e historiográficamente fundamentada a partir del despliegue de aproximaciones a redes intelectuales y de sociabilidad, de la operativización de conceptos como el de recepción y de una atención al giro material a través de la prensa escrita, orientada a historizar debates contextualmente situados en red. De este trabajo han surgido propuestas como el *Diccionario de las Izquierdas y los movimientos sociales latinoamericanos*, donde Tarcus propone una aproximación biográfica en clave de itinerarios para analizar la vida de sujetos con participación política en momentos concretos de su ciclo vital, un elemento que fue clave para la investigación doctoral recientemente finalizada, con las adecuaciones del caso en términos de sujeto histórico y pregunta de investigación.

En segundo lugar, destaco ampliamente su labor de acopio, puesta en valor, digitalización, investigación y libre acceso al patrimonio gráfico de las izquierdas latinoamericanas, constituyéndose en un espacio de resguardo de una memoria

centenaria, transnacional, expresada en revistas, periódicos y otras formas editoriales.

Con lo expuesto, quisiera cerrar este apartado señalando que, a pesar de mi cercanía con los postulados de la Historia Intelectual, mi praxis se orienta más bien al uso de aproximaciones, cautelas y énfasis teórico-metodológicos –en particular en torno al contextualismo radical– que a una adscripción plena a un enfoque definible como Historia Intelectual en sentido estricto como una indagación sobre los lenguajes o conceptos políticos. En esa línea además de adoptar algunos conceptos y sus metodologías de trabajo tales como red o itinerario, en lo profundo lo que rescato de esta aproximación es justamente dicho contextualismo explícito, que lleva a buscar en las materialidades producidas por formas de asociatividad y su circulación, las fuentes que permiten reconstruir la historia.

Se vuelven así las redes producidas por un artista visual chileno durante la segunda mitad del siglo XX un elemento clave para analizar sus diversos itinerarios, y con esto analizar la historia política reciente del país. En particular las formas de politización del campo artístico-cultural, desplazando el eje desde el debate intelectual a las formas, lenguajes y asociatividades propias del campo de los artistas que no habitan el universo de lo escrito.

Itinerarios biográficos y agentes culturales: dos claves para estudiar la praxis político-cultural de artistas chilenos del siglo XX

Asumiendo el tránsito descrito en el apartado anterior, la investigación más reciente realizada en el marco de mi tesis doctoral fue planteada desde la Nueva Historia Política y la Historia Reciente, aun cuando en ella se operativizaron herramientas y aproximaciones propias de la Historia Intelectual. Ello se debe a que considero que el estatus de una historia intelectual "pura", al menos para los resultados que buscaba alcanzar, habría tendido a acotar las posibilidades de indagación al campo de la circulación del pensamiento, mientras que la figura elegida se movía, más bien, en el ámbito de la agencia y la gestión cultural y artística. Su legitimidad se construyó desde un espacio de la esfera pública no ligado estrictamente al debate político contingente, lo que no impidió, sin

embargo, que posteriormente su praxis se desplazara hacia una clave de intervención política abiertamente situada.

La investigación se aproximó, en lo concreto, a los itinerarios político-culturales de Nemesio Antúnez Zañartu, artista visual chileno, de profesión arquitecto y figura ecléctica de los campos cultural y artístico chileno y latinoamericano. Estos itinerarios recorren tres periodos continuos de su vida: su faceta diplomática entre 1965 y 1969; su desempeño como director del Museo Nacional de Bellas Artes entre 1969 y 1973; y su período de autoexilio y de incursión en la pintura de denuncia en el marco de las redes de solidaridad con Chile entre 1974 y 1984.

De este modo, se propone una aproximación a un período de veinte años de la Historia de Chile a través de una indagación a escala micro histórica y biográfica, que permite observar las dinámicas propias que el campo de las artes visuales movilizó en un contexto de ascenso y caída del proyecto popular, así como las formas de resistencia, denuncia y solidaridad experimentadas en el exilio durante los primeros diez años de la dictadura.

Resulta, en ese sentido, especialmente sugerente analizar cómo este proceso de auge y declive de un proyecto político colectivo reflejó, a su vez, un momento más amplio –al menos a escala latinoamericana– de expansión y repliegue del protagonismo de la figura del artista comprometido. En otras palabras, permite indagar el concepto de compromiso político comprendido desde el mundo artístico-visual, atendiendo a sus particularidades.

Diversos estudios señalan que, durante la segunda mitad del siglo XX –y más específicamente entre las décadas de 1960 y 1990– , la fisonomía del campo cultural chileno experimentó profundas transformaciones derivadas de los cambios políticos, sociales y económicos del país. Estas transformaciones estuvieron estrechamente ligadas a los distintos proyectos de desarrollo nacional en disputa, un espacio en el que artistas e intelectuales desempeñaron un papel central en la formulación y adhesión a dichas propuestas, generando una fuerte tendencia al entrecruzamiento entre los campos de la cultura y la política[3].

Tópicos como la Guerra Fría y el impulso revolucionario latinoamericano promovido por la Revolución Cubana reforzaron

[3] Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción*; Brunner, "Cultura y política"; Subercaseaux, *Historia de las ideas*; Garretón, "Las ciencias sociales".

el posicionamiento político del mundo de la cultura. Este conflicto se materializó en la creación de instituciones y redes intelectuales vinculadas tanto a la Unión Soviética como a los Estados Unidos, así como en articulaciones desde y hacia América Latina bajo el signo del Tercer Mundo[4]. A nivel interno, las reformas estructurales impulsadas por los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende Gossens otorgaron a la cultura un lugar estratégico en la construcción del proyecto del proyecto político nacional[5], particularmente durante la Unidad Popular, cuando los intelectuales y los artistas desempeñaron un rol fundamental en el debate y en la puesta en marcha de la política cultural del gobierno socialista[6].

En este marco, gran parte de los estudios sobre el campo artístico-cultural del período han tendido a centrarse en la figura de los literatos, quienes, por habitar el mundo de las letras, han sido abordados como intelectuales, especialmente en relación con su intervención en la esfera pública contingente. En general, estos enfoques privilegian el análisis de la dimensión discursiva y del acto de habla político, dejando en segundo plano otras formas de agencia cultural.

Sin embargo, las raíces de la investigación que aquí se propone se vinculan con una noción que emergió con fuerza durante un seminario doctoral: la de las "zonas grises" de la política. En su acepción más simple, esta categoría remite a sujetos que no se sitúan en el centro de la política contingente y cuyas trayectorias, por ello, rara vez son historizadas. Quiosqueros, barrenderos, empleados de oficina o funcionarios técnicos, constituyen ejemplos de esta masa social frecuentemente concebida como anónima y poco protagónica. A su vez, la noción de zona gris permite pensar formas alternativas de apropiación de conceptos políticos, muchas veces articuladas en claves periféricas respecto de los significados hegemónicos.

La decisión de tomar a Antúnez como sujeto de estudio se relaciona, por un lado, con un conocimiento previo de su figura y con la existencia de un robusto Archivo Histórico Nemesio

---

[4] Albuquerque, *La Trinchera letrada*; Pedemonte, *Guerra por las ideas*; Janello, "El Congreso por la Libertad".

[5] Albornoz, "La cultura en la Unidad Popular".

[6] Ayo, "Teatro Obrero y militante"; Briceño, "El debate cultural"; Zamorano, "Balances al proyecto cultural".

Antúnez, custodiado por la Fundación Nemesio Antúnez, y, por otro, con la manera en que fue presentado públicamente durante la celebración de su centenario en 2018-2019: como un puente entre diversas causas, una suerte de apolítico o, al menos, defensor de la no militancia, dotado de amplias y heterogéneas redes nacionales e internacionales en el ámbito del arte y la cultura. Estas claves conducen a situarlo como un sujeto "extraño", en tanto no se sumó desde las artes visuales al compromiso político de su época ni definió militancias formales, a pesar de desempeñarse como funcionario en distintos gobiernos. Visible en la esfera pública, pero ajeno a los grandes debates, su acción se desplegó más bien a través de proyectos de renovación institucional y cultural.

En consecuencia, la investigación no buscó elevar la figura de Antúnez en sí misma, sino indagar la relación entre los campos político y cultural en el área de las artes visuales durante la segunda mitad del siglo XX. Para ello se propuso una doble operación: por una parte, ejercitar una aproximación biográfica a través de itinerarios que permitiera observar las condiciones de agencia de este campo; y, por otra, poner a prueba la posibilidad de analizar la acción política de los artistas visuales en la integralidad de su praxis mediante la noción de agente cultural. De este modo, el foco se desplazó hacia los espacios de gestión y mediación, atendiendo no solo a los momentos de expresión pública, sino también a la gestación de proyectos culturales, artísticos y político-culturales en ámbitos ajenos a la contingencia.

Finalmente, se propone explorar en profundidad los dos conceptos que estructuraron la investigación doctoral y que pueden funcionar como claves para indagar la acción política de los artistas visuales chilenos del siglo XX: el de itinerario y el de agente cultural. En el caso del primero, se lo situará en el marco del giro biográfico, atendiendo a los supuestos analíticos que este propone; en el segundo, se delineará sus contornos desde los estudios sobre gestión cultural. A partir de ambos, se dará cuenta del uso del concepto de red de la investigación.

El estudio de itinerarios como parte del Giro Biográfico

Aunque la biografía, como género literario que da cuenta de la vida individual de un sujeto o figura histórica, ha sido cultivada desde la

antigüedad clásica. Esta aproximación a la vida humana ha experimentado profundas transformaciones a lo largo del tiempo. De particular interés para esta investigación es la renovación teórica-metodológica que tuvo lugar hacia fines del siglo XX, conocida como el giro biográfico[7].

Este giro se vio alimentado por la recuperación de los debates centrados en el individuo desarrollados durante los siglos XIX y XX, principalmente por historiadores, literatos y filósofos alemanes[8], así como por la crisis que, durante la década de 1980, afectó de manera transversal a las ciencias sociales y las humanidades. En ese contexto, una fuerte crítica a los postulados estructuralistas abrió espacio a la búsqueda de explicaciones sociales e históricas centradas en el individuo.

Para François Dosse, en la biografía –más que en otros géneros– el historiador debe justificar con especial cuidado la elección de su personaje, "al multiplicar las razones que motivaron su giro hacia el otro"[9]. Esta elección puede fundarse en la grandeza, la justicia, u otros criterios, pero también puede responder al uso del personaje como un pretexto para restituir un momento, un contexto o una época. Tales posibilidades dialogan directamente con la transversalidad política y el eclecticismo que caracterizan la vida y obra de Nemesio Antúnez, y la posibilidad que entrega dicha figura para el estudio del campo artístico chileno del siglo XX.

Según Loriga[10], estas nuevas formas de concebir las biografías y las trayectorias vitales se alimentan de los giros que atravesaron la historiografía hacia fines del siglo XX. Por una parte, el giro cultural, impulsado por la microhistoria italiana; por otra el giro hermenéutico, argumentado por Paul Ricoeur en diálogo crítico con el giro lingüístico.

En esa línea, el giro cultural propone analizar los intersticios de los sistemas normativos, mostrando que el contexto histórico no constituye un conjunto compacto y coherente, sino un tejido conjuntivo atravesado por campos de intensidad variable, en el que todo individuo se sitúa cruce de experiencias sociales diversas.

---

7 Render, *The Biographical Turn*.
8 Loriga, *O pequeno X*.
9 Dosse, *El Arte de la Biografía*, 76.
10 Loriga, *O pequeno X*.

El auge de la microhistoria representó, para diversos autores[11], un redescubrimiento de la pluralidad del pasado. Según Render, esta perspectiva se vincula con una nueva fase de la escuela micro histórica, en la que la reducción de la escala al nivel del individuo permite confrontar tanto los relatos historiográficos tradicionales como las propias tesis de la microhistoria. Desde este enfoque, el estudio microscópico de la vida individual opera como contrapeso de la causalidad abstracta y de las representaciones sociales estáticas, utilizando fuentes y perspectivas personales para explorar, relativizar o corregir interpretaciones existentes del pasado[12].

Desde otra perspectiva, José Gómez-Navarro señala que el estudio biográfico exige cautelas metodológicas, en la medida en que obliga al investigador a "escribir su vida con su entorno o frente a su entorno y no tomando este exclusivamente como su campo de acción"[13]. Esta afirmación subraya el entrecruzamiento de procesos en distintas escalas –familiar, local, social, internacional–, entendidas como relaciones dialécticas y permanentes, y dialoga con las críticas formuladas por Pierre Bourdieu en *La Ilusión Biográfica*. Para Bourdieu, "intentar comprender una vida como una serie única y suficiente en sí misma de acontecimientos sucesivos sin otro nexo que la asociación a un «sujeto» […], es por lo menos tan absurdo como intentar dar razón de trayecto en el metro sin tomar en cuenta la estructura de la red"[14].

En contraparte, existe un amplio consenso respecto de la importancia de las escalas contextuales que influyen en la vida de un sujeto[15]. En este marco, el enfoque biográfico ha sido definido como "la puesta en valor del papel desarrollado por las personas del pasado, como una herramienta privilegiada del ingreso al estudio del proceso histórico"[16]. Desde esta perspectiva, el contexto deja de ser

[11] E. Hernández, "La escritura biográfica"; Loriga, "La biografía como problema"; Render, *The Biographical Turn*; Pasolini, "Biografía y prosopografía".
[12] Render, *The Biographical Turn*, 21.
[13] Gómez-Navarro, "En torno a la biografía histórica", 24.
[14] Bourdieu, "La Ilusión Biográfica", 127.
[15] Carreras, "La biografía como objeto"; Gómez-Navarro, "En torno a la biografía histórica"; Kay Vaughan, "Pensar la biografía"; Pasolini, "Biografía y prosopografía".
[16] Pasolini, "Biografía y prosopografía", 95.

un marco estático y debe ser historizado en función de su evolución y de sus contradicciones[17].

En esa misma línea, Antonio Carreras plantea que uno de los problemas centrales de la biografía radica en articular la trayectoria vital del individuo con el contexto social en el que desarrolla su actividad, estableciendo conexiones entre los acontecimientos externos "y la actividad pública que llenan episodios de la vida del individuo, con los procesos mentales y las vivencias íntimas que conforman su pensamiento y su específica manera de enfrentarse a la realidad circundante"[18]. De allí que los enfoques biográficos contemporáneos insistan no solo en analizar las estructuras que encauzan la trayectoria del individuo, "sino de cómo el individuo las negocia"[19].

El surgimiento de la nueva biografía se inscribe así en la crisis de los estructuralismos y en el cruce de diversos giros historiográficos, lo que deriva, según Loriga[20], en un desplazamiento del interés desde la noción de estructura a la de experiencia[21]. En este sentido, Giovani Levi sostiene que el interés en la biografía reside en su capacidad para describir las normas y su funcionamiento efectivo, no solo "como el resultado de un desacuerdo entre reglas y prácticas, sino también como el de las incoherencias estructurales y [sic] inevitables entre las mismas normas, incoherencias que autorizan la multiplicación y la diversificación de las prácticas"[22]. Por su parte, Mary Kay Vaughan subraya que la biografía permite explorar cómo "el individuo puede navegar en las estructuras cambiantes no solo al responder a ellas, sino al participar en su creación y su destrucción"[23], explorando también "las tensiones entre una parte y su conjunto cuando las estructuras cambian y los individuos no cambian"[24].

Esta revalorización de la relación entre agencia y estructura legitima, al igual que la microhistoria, el estudio de una vida

[17] Pasolini, "Biografía y prosopografía", 97.
[18] Carreras, "La biografía como objeto", 131.
[19] Kay Vaughan, "Pensar la biografía", 89.
[20] Loriga, "La biografía como problema".
[21] Plantea la autora que es posible notar este desplazamiento tempranamente en la obra de E. P. Thompson (Loriga, "La biografía como problema", 226).
[22] Levi, "Los usos de la biografía", 149.
[23] Kay Vaughan, "Pensar la biografía", 89.
[24] Kay Vaughan, "Pensar la biografía", 89.

individual como una cadena de "respuestas complejas a las provocaciones de la vida social que afrontará el sujeto en el cruce de elecciones diversas, de encrucijadas que se le dan marcadas por un sistema de valores dividido y que nunca alcanza del todo a comprender"[25]. Uno de los principales desafíos de este tipo de investigación consiste, como señala Careras, en "mantener el equilibrio entre lo personal y lo circundante de modo que la iniciativa del sujeto no quede asfixiada por el entorno"[26].

Otro dilema central señalado por Pasolini se relaciona con la dimensión narrativa de la escritura biográfica. En ese sentido, François Dosse recuerda que una vía para superar la condición de ficción del relato del sujeto se encuentra en el uso del concepto de "sí mismo" desarrollado por Paul Ricoeur, donde el "sujeto es el resultado de la acción del yo sobre el otro, y viceversa", lo que ofrece "un medio de pensar juntas la tensión (dilema de cualquier biógrafo) entre la reproducción de un carácter intangible del sujeto biografiado y los cambios que sufre a lo largo de su existencia"[27].

Desde esta perspectiva, el sujeto se construye en su trayectoria a partir de la interacción entre mismedad e ipsedad, entendida esta última como una fusión de la identidad del sujeto con los otros, a diferencia de la mismedad que analíticamente pertenece a un campo inmóvil del individuo. En un rastreo de dicha interacción, Dosse, siguiendo a Ricoeur, sostiene que es "a partir de esa interacción constante entre el mundo y la persona que evoluciona en historias entremezcladas, [que] se constituye la singularidad de las múltiples trayectorias que hacen una sociedad"[28], lo que permite comprender que dicho conjunto interactivo:

> "se forma, en primer lugar, en quien lo vive, para quien la sucesión de los procesos internos se despliega de acuerdo con relaciones estructurales. Y ese conjunto se encuentra después, gracias a la comprensión, en otros individuos. La forma fundamental del conjunto nace, entonces, en el

[25] E. Hernández, "La escritura biográfica", 22.
[26] Carreras, "La biografía como objeto", 132.
[27] Dosse, *El Arte de la Biografía*, 355.
[28] Dosse, *El Arte de la Biografía*, 358.

> individuo que reúne en el transcurso de su vida el presente, el pasado y las posibilidades del porvenir".[29]

Este planteamiento propone una heurística biográfica en la que no importan tanto los hechos como el sentido que se les atribuye. Asumiendo la imposibilidad de restituir una totalidad a través de la biografía, esta metodología ofrece "un estudio privilegiado para estar más cerca de esa interioridad/exterioridad, singular/general, y, por tanto, se acerca mejor a ese ideal imposible de globalidad"[30]. Entendiendo estas dinámicas como un fenómeno que "interviene posteriormente y que viene a dar una nueva inteligibilidad al pasado, pero también se define como un suplemento de sentido que no se desarrolla, sino hasta más tarde como una forma de causalidad diferida."[31]

Esta concepción rompe con una visión teleológica del tiempo y desplaza el análisis hacia las experiencias temporales vividas por los actores históricos. De este modo, se desdibuja la idea de una biografía lineal que recorra del nacimiento a la muerte, como también advierte Hermione Lee, dando lugar a una concepción plural de la identidad narrativa, en la que "el biógrafo se dedica a estudiar las metamorfosis de sentido de la identidad narrativa del sujeto biografiado"[32].

Este abandono de la pretensión de totalidad en la reconstrucción biográfica permite alejarse de la noción de trayectoria y adoptar la de itinerario para abordar períodos específicos con sus particularidades. Según Sandra Jaramillo, esta categoría posibilita estudiar determinados momentos de la vida del biografiado en los que sus múltiples dimensiones "se comprendan más en la lógica de flujos que de segmentaciones"[33]. Ello implica visibilizar aspectos como su dinámica profesional, académica y familiar, así como sus vínculos con otros campos sociales y culturales, incluyendo elementos de su vida íntima.

Para Horacio Tarcus, operar con la noción de itinerarios requiere atender las tensiones constantes que afectan la vida del

---

[29] Dosse, *El Arte de la Biografía*, 358.
[30] Dosse, *El Arte de la Biografía*, 359.
[31] Dosse, *El Arte de la Biografía*, 359.
[32] Dosse, *El Arte de la Biografía*, 360–361.
[33] Jaramillo, "Diccionario Biográfico de las Izquierdas Latinoamericanas", 305.

sujeto, buscando "concebir estas vidas como caminos abiertos a un cierto juego de probabilidades, donde en cada nudo histórico se redefinen las chances vitales"[34]. Esta perspectiva permite observar cómo el individuo agencia en cada contexto, sin asumir posturas políticas, éticas o morales como rasgos monolíticos e invariables.

Mientras la noción de trayectoria tiende a ofrecer una visión lineal y progresiva, la de itinerario dialoga mejor con los distintos marcos contextuales y estructuras de socialización. En palabras de Jaramillo, esta categoría permite atender a "cómo la figura desplegó un derrotero más contingente que determinado, pues sin desmedro de los condicionamientos siempre hay algún nivel de agencia en la que se despliegan decisiones libres y acciones"[35]. Esta definición, al abandonar la pretensión de integralidad, facilita el análisis de las intersecciones entre cultura, política, poder y representaciones sociales en cortes temporales específicos.

Desde una perspectiva metodológica, y considerando las condiciones del campo político-cultural chileno en la segunda mitad del siglo XX –marcado por altos niveles de politización y debate público–, es necesario atender al menos dos variables: la tensión entre las esferas público y privado, y los límites entre política comprometida y política militante.

La primera de estas variables, la clásica tensión público-privado, ocupa un lugar central en los estudios biográficos y se vincula estrechamente al uso de fuentes personales –cartas, diarios, entre otras– y la información que estas aportan para la reconstrucción histórica. Tal como indica Mónica Bolufer, el uso de lo "privado" en la biografía histórica se distancia tanto de la inclusión banal de la intimidad como de la mera exhibición de lo privado, evitando asimismo la acumulación de anécdotas destinadas a aplicar psicologismos a los sujetos.

Lo que busca una aproximación como la que aquí se propone es indagar en los intersticios entre lo público y lo privado, bajo la premisa de que "nunca existieron fronteras perfectamente nítidas y estables entre lo «privado» y lo «público»; más bien procesos de definición y redefinición constante de un conjunto de dualidades que han ido adoptando significados diversos"[36]. De este

[34] Tarcus, "La biografía colectiva", 143.
[35] Jaramillo, "Diccionario Biográfico de las Izquierdas Latinoamericanas", 305.
[36] Bolufer, "Multitudes del yo", 109.

modo, es posible observar cómo en la vida individual se entrecruzan planos familiares, laborales, sociales y políticos que suelen ser tratados por separado.

En esta línea, el interés por la vida privada solo adquiere sentido "en la medida en que enriquece la propia comprensión de los procesos históricos que las atraviesan, permitiendo entender mejor, por ejemplo, la política y la cultura de los siglos XIX y XX"[37]. A su vez, Isabel Burdiel advierte que la distinción entre fuentes públicas y privadas no garantiza mayor cercanía a la verdad histórica, ya que ambas están atravesadas por "las narrativas disponibles y en los códigos de una cultura respecto a esa misma distinción"[38], lo que impide separar un "ser social" de un "ser único" puro y transparente.

No obstante, como advierte Burdiel, esa autopercepción en torno al dentro y al afuera –lo privado y lo público– posee "una fuerza poderosísima en la conciencia de sí de los sujetos históricos en sociedades, contextos y tiempos históricos particulares"[39]. Por ello, resulta imprescindible analizar en cada caso la interacción entre ambas esferas, en diálogo con las interpretaciones sociales e individuales que las atraviesan. Como señala Patrice Gueniffey, "una biografía es la historia de un individuo, pero de un individuo que atraviesa por una historia, una historia que él produce y que, simultáneamente, lo produce"[40].

Por último, respecto del segundo eje –los límites entre política comprometida y política militante–, este resulta especialmente relevante para un período, como la segunda mitad del siglo XX, marcado por constantes transformaciones y por la coexistencia de diversos proyectos políticos y visiones de sociedad. Si bien las décadas de 1960 y 1970 constituyeron los momentos de mayor politización del mundo cultural, el conjunto del período interpeló a los sujetos de este campo a comprometerse en distintos grados con los movimientos políticos y sociales de su tiempo. De ahí que esta investigación busque superar una comprensión del compromiso político restringida a la militancia o a la intervención

[37] Bolufer, "Multitudes del yo", 109.
[38] Burdiel, "Historia política y biografía", 72.
[39] Burdiel, "Historia política y biografía", 73.
[40] Gueniffey, *La fuerza y el derecho*, 92.

intelectual, ampliando la mirada hacia otras formas de acción y compromiso desde el propio campo artístico-cultural.

El concepto de Agente Cultural como clave analítica para estudiar la praxis político-cultural de artistas visuales en la segunda mitad del siglo XX chileno

La segunda categoría fundamental de esta propuesta se relaciona con la manera en que designamos analíticamente las funciones realizadas desde el campo político-cultural por los artistas y, en este caso específico, por Nemesio Antúnez. En este sentido, hemos descartado el uso acrítico de la categoría de intelectual, ampliamente difundida para aproximarse a los sujetos clave del campo político-cultural de la segunda mitad del siglo XX. Ello se debe a que analizar a Antúnez como intelectual reduce nuestra capacidad de comprender la totalidad de sus actividades, ya que estas se desplegaron más como las de un agente intermediario que como las de un sujeto dedicado a proponer sistemas de pensamiento o a desarrollar líneas de interpretación teóricas sobre dichas prácticas.

En esa línea, y a partir del diálogo con historiografías no exclusivamente nacionales, así como con estudios críticos en arte y cultura, hemos optado por emplear para el estudio de los itinerarios político-culturales de Antúnez la categoría de agente cultural. Este concepto ha sido utilizado por diversos autores para definir un grupo heterogéneo de sujetos, instituciones e incluso imaginarios que se relacionan con el campo cultural a través de diversos mecanismos y acciones.

En ese sentido, Blas Sánchez y María José Porro plantean que la escritora cordobesa Concha Lagos desempeñó "un papel esencial como agente cultural en el contexto histórico español de los años cincuenta y sesenta directamente vinculado a una importante trayectoria literaria hoy sepultada en las desérticas arenas del olvido crítico"[41]. El estudio rescata una figura multifacética: creadora literaria, bisagra entre diferentes inclinaciones poéticas contrapuestas, organizadora de tertulias y responsable tanto de la revista *Cuadernos del Ágora* como de la Colección Editorial de Ágora, que reunió la poesía de la época.

[41] Sánchez y Porro, *Concha Lagos, agente cultural*, 5.

Para estos autores, Concha Lagos actuó como agente cultural en tanto su labor integró dimensiones de "gestión, proyección y acción cultural"[42], incluyendo "la cantidad de asuntos económicos, de gestión, de envío y de comercialización que tuvo que realizar la escritora cordobesa en la preparación de presupuestos, pruebas, contratos, reparto, distribución, trámites administrativos y económicos, etc."[43]

Por su parte, Blanca Ripoll estudia a Rafael Vásquez Zamora como agente cultural en el entramado de la España de posguerra, poniendo atención al concepto de "transferencia cultural", entendido "como la noción metodológica que establece las intersecciones, los diálogos y las tensiones entre espacios culturales o espacios nacionales"[44]. En el contexto del franquismo, Ripoll identifica a Vásquez Zamora como un sujeto que participó en "algunas iniciativas del sector de la cultura que, optando por la vía de posibilismo político, contribuyeron a generar una mayor diversidad de la que, a simple vista, los estrechos cauces del Régimen podían permitir"[45]. En este marco, la autora distingue una dimensión triangular de la agencia cultural vinculada a su rol en la reivindicación de la estética de rehumanización literaria en la II República española, a su trabajo como traductor y a su desempeño como jurado de premios literarios. Considerándolo un "miembro activo de la vida cultural española durante la difícil etapa histórica de la dictadura franquista"[46].

En una línea cercana, Renata Rocco estudia la presencia del italiano Danilo Di Prete en la Bienal de Sao Paulo de 1961, destacando que operó como agente cultural y publicitario desde las capacidades que desplegaba como artista. Más allá de la producción artística en sí, Rocco subraya que una de sus principales acciones fue actuar como agente de sí mismo[47] en la construcción de su carrera dentro del sistema establecido por la Bienal de Sao Paulo.

---

[42] Sánchez y Porro, *Concha Lagos, agente cultural*, 27.
[43] Sánchez y Porro, *Concha Lagos, agente cultural*, 29.
[44] Ripoll, "Rafael Vásquez Zamora", 182.
[45] Ripoll, "Rafael Vásquez Zamora", 182.
[46] Ripoll, "Rafael Vásquez Zamora", 199.
[47] En un sentido comercial, publicitario, y de relaciones públicas. Se traslada el foco desde la obra de arte a las redes y acciones que realizó el artista para hacer circular su obra en los festivales y mercados internacionales.

Uno de los aportes centrales del enfoque de su enfoque Rocco es la atención a la dimensión económica del campo artístico, cuestionando las narrativas que "geralmente defendem a ideia de que suas criações não foram tocadas pelo sistema das artes ou pelo mercado. Ou, quando isso é abordado, ocorre de forma secundaria, de modo a não "manchar" a imagem do artista"[48], lo que suele ocultar las labores de gestión económica propias de la agencia cultural. Al mismo tiempo, cabe advertir que una híper valorización de estos aspectos económicos también puede empañar una comprensión más amplia de las dimensiones políticas, sociales y culturales en las que se inscriben estos sujetos.

Desde una perspectiva más institucional, la amplitud del concepto de agente cultural ha sido trabajada en el campo de la Gestión Cultural. Alfons Martinell propone entender por agentes, "en sentido amplio, aquellos actores que intervienen o pueden intervenir en la articulación de las políticas culturales"[49], retomando la definición de la UNESCO de 1982, que concibe "las políticas culturales como un conjunto de prácticas sociales de diferentes sectores de una sociedad en concreto"[50], y la de Néstor García Canclini, quien la define "el <conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y grupos comunitarios organizados>"[51]. Así, para Martinell, ninguna política cultural puede existir sin agentes concretos que se relacionen con el territorio y asuman responsabilidades en su implementación, distinguiendo entre Administración Pública –Estado, regiones, municipalidades–, Tercer Sector –fundaciones, asociaciones, ONG's, organizaciones comunitarias–, e instituciones privadas –empresas, asociaciones privadas, profesionales, industria, servicios privados–.

A partir de estas aproximaciones, podemos delimitar una noción operativa de agente cultural útil para el análisis de los itinerarios político-culturales de Antúnez. En este sentido, entenderemos al agente cultural como puente entre las políticas culturales y la sociedad, analizando e interpretando su contexto para responder a problemáticas, demandas y necesidades identificadas. Su labor genera canales de participación, integra iniciativas

[48] Rocco, "Entre agente cultural", 21.
[49] Martinell, "Los agentes culturales ante", 201.
[50] Martinell, "Los agentes culturales ante", 201.
[51] Martinell, "Los agentes culturales ante", 202.

individuales y colectivas y produce estados de opinión sobre los temas que le afectan.

En esa misma línea, los agentes culturales contribuyen a estructurar demandas sociales, culturales y educativas, canalizándolas tanto hacia el Estado como hacia espacios privados o comunitarios, y promoviendo ideas e iniciativas propias. Su función es, en este sentido, prospectiva, al generar plataformas de organización que articulan recursos e iniciativas públicas y privadas, incluso de carácter lucrativo.

Asimismo, los agentes culturales suelen ocupar posiciones protagónicas dentro del campo cultural de su tiempo. Pueden provenir de distintas áreas –artes plásticas, literatura, danza, crítica– y no se limitan a su profesión de origen, sino que establecen vínculos con diversas expresiones y actividades culturales. Frecuentemente ofician como publicistas y difusores de las iniciativas en las que participan, con injerencia en aspectos económicos de su gestión, y contribuyen a la conformación de circuitos y mercados de consumo cultural.

Al igual que los intelectuales, los agentes culturales pueden producir discursos políticos sobre la sociedad, aunque estos no necesariamente se inscriben en formas militantes ni en luchas ideológicas hegemónicas. Su compromiso político puede desplegarse en un campo político-cultural amplio, donde la movilización se articula a través de diversas causas y canales de participación.

En suma, las características multifacéticas del quehacer artístico-cultural de Nemesio Antúnez permiten abandonar la categoría de intelectual –aunque no todas sus funciones– y adoptar la de agente cultural. Lo que posibilita analizar cómo, desde su posición en el campo artístico y cultural, desplegó redes políticas, sociales, económicas e institucionales, tanto a nivel nacional como trasnacional.

De este modo, se busca superar los vacíos que deja la categoría de intelectual, particularmente en relación con la escasa producción teórica de Antúnez, cuyas propuestas se vincularon más a una praxis que a una elaboración conceptual sistemática. Aunque participó en debates sobre el compromiso político en las artes, sus posturas se alejaron de la teorización, actuando más bien como un nexo dentro de redes que hicieron posible la concreción de

proyectos en los que operó como intermediario o partícipe, y no como ideólogo.

Redes Culturales e intelectuales como eje articulador

Otra de las categorías fundamentales empleadas en esta investigación se relaciona con el concepto de red o redes, que permite definir los circuitos y relaciones de cercanía establecidos por Antúnez con diversos sujetos en el despliegue de sus itinerarios. Al respecto, es importante señalarla existencia de múltiples nomenclaturas asociadas a este concepto, las cuales ponen énfasis, desde el ejercicio mismo de localización y conexión de actores, en diferentes elementos derivados de la categorización de los sujetos analizados. Así, en la literatura especializada encontramos tanto el uso de la noción de redes intelectuales como el de redes culturales o político-culturales.

Esta multiplicidad responde, en buena medida, a los marcos analíticos adoptados por quienes investigan estos campos. De este modo, el creciente uso de la categoría de intelectual en los estudios de la última década ha tendido a privilegiar el concepto de redes intelectuales para abordar el campo político-cultural de la segunda mitad del siglo XX, relegando en cierta medida el de redes culturales. En el marco de esta propuesta, sin embargo, consideramos válidos ambos usos, en la medida en que la multidimensionalidad y el entrecruzamiento entre las esferas político-intelectuales y artístico-culturales produjeron un progresivo desdibujamiento de sus fronteras durante el período estudiado.

Entrando en materia, las redes culturales han sido descritas por Álvaro Fernández Bravo como elementos que permitieron establecer y aumentar el grado de interacción e impacto de la producción simbólica en la región. En este sentido, la red aparece como una metáfora especialmente pertinente para analizar dicha producción, que "siempre se encuentra inserta en una malla de objetos, discursos y relaciones dialógicas entre componentes heterogéneos"[52].

De manera general, siguiendo a Amor Hernández, por redes intelectuales "debemos entender que son redes sociales que nos hacen pensar que el mundo es un tejido, donde todo está

[52] Fernández Bravo, "Nuevas contribuciones para una teoría", 210.

entrelazado"[53]. Sin embargo, más allá de esta formulación sintética, autoras como Alexandra Pita González han complejizado el concepto al señalar que "las redes no pueden ser analizadas como composiciones homogéneas, aunque se encuentren relacionadas en torno a una o varias figuras intelectuales (ego o multicéntricas), ni mucho menos que son estáticas, porque se modifican de manera permanente como parte de un complejo juego de relaciones de poder"[54]. En diálogo crítico con el concepto de campo intelectual de Bourdieu –entendido como un sistema de líneas de fuerza–, Pita plantea que las fronteras de una red deben pensarse como un juego entre oposición y asociación, es decir, "entre límites no permeables y otros que sí son porosos, y que este juego debe ser contemplado en su dimensión temporal para recuperar su dinamismo"[55].

Para la autora, el concepto de red permite pensar la posición de los intelectuales dentro del espacio cultural y cobra un especial significado la mirada sobre aquellos que pueden servir de conectores al estar ubicados en las líneas divisorias"[56], una perspectiva que en esta investigación se extiende también al estudio de artistas y agentes culturales. De este modo el concepto de frontera, asociado al de red, se vuelve particularmente productivo, pues permite observar "la aparición de pensamientos antes marginales en los horizontes historiográficos que en un momento determinado se convierten en ideas centrales para determinados campos del conocimiento"[57].

En una línea cercana, Daniel Iglesias argumenta que la movilización del concepto de red en la Historia Intelectual permite "sobre todo observar más finamente las génesis de la participación político-intelectual", del modo que "los trabajos sobre redes intelectuales buscan más bien explicitar los compromisos políticos individuales mediante una exploración de los entornos sociales que permitieron la politización progresiva del campo intelectual"[58]. Desde esta perspectiva, el concepto de red permite visibilizar el carácter social y político de las intervenciones y prácticas públicas, resaltando el peso de aquellos sujetos reconocidos como

[53] A. Hernández, "Las redes intelectuales", 94.
[54] Pita González, "Fronteras simbólicas y redes", 44.
[55] Pita González, "Fronteras simbólicas y redes", 44.
[56] Pita González, "Fronteras simbólicas y redes", 46.
[57] Pita González, "Fronteras simbólicas y redes", 47.
[58] Iglesias, "El aporte del análisis", 30.

intermediarios entre distintos espacios sociales, de modo que "no se pueden disociar las actividades políticas y partidistas de los intelectuales de sus entornos relacionales"[59].

Por su parte, Gemma Gordo, siguiendo a Eduardo Devés, define la red intelectual como el "conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se escriben, elaboran proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y sobre todo establecen lazos de confianza recíproca"[60]. Una de las principales ventajas analíticas de esta categoría es que permite pensar las relaciones en un plano simétrico y no solo en términos de influencia jerárquica, de modo que en el análisis de redes intelectuales predomina "la horizontalidad frente a verticalidad en el análisis de dichas relaciones"[61].

En otro trabajo, Alexandra Pita subraya que el concepto de red proviene de la sociología y lo define como "un conjunto delimitado de actores –individuos, grupos, instituciones u organizaciones– que se encontraron vinculados en un momento dado"[62]. Si bien este enfoque implica una mirada estructural, no se centra en variables como clase, sexo o edad, sino que privilegia el "enfatizar el valor de la relación como principio estructurante de los comportamientos de un grupo de actores entrelazados"[63]. Esta perspectiva permite indagar en generaciones, redes, lugares de sociabilidad e itinerarios particulares, dando cuenta de los microclimas singulares que se configuran en y a partir de las redes.

Finalmente, respecto a las fronteras de estas redes, Pita sostiene que su carácter transnacional no debe entenderse como simple influencia de un escenario nacional sobre otro, sino como resultado de procesos de internacionalización de las fronteras culturales en determinados momentos históricos. Esta internacionalización requiere la circulación de ideas a través de "redes de distribución de libros y publicaciones periódicas, los viajes de los académicos, la emigración de estudiantes, las conferencias y congresos, las organizaciones internacionales gubernamentales y no

[59] Iglesias, "El aporte del análisis", 31.
[60] Gordo, "El papel de las Redes Intelectuales", 497.
[61] Gordo, "El papel de las Redes Intelectuales", 497.
[62] Pita González, *Redes intelectuales transnacionales*, 3.
[63] Pita González, *Redes intelectuales transnacionales*, 3.

gubernamentales"[64], y, en el caso de Antúnez en particular y de los artistas visuales en general, se amplía además a los circuitos de arte y a su relación con centros culturales, museos, universidades y galerías de arte, entre otros espacios de circulación.

El estudio de los itinerarios de un agente cultural a través de sus redes político-culturales. Aportes de la Historia Intelectual

Uno de los supuestos principales que guió el espíritu de la investigación doctoral fue que el mundo de la cultura –y, en específico, el de los artistas– mantiene una relación más líquida con la política que otros grupos o manifestaciones sociales. En las trayectorias de los artistas es posible observar libertades propias del rubro que, en muchos casos, entran en tensión con las posturas de los partidos políticos, funcionando históricamente como "compañeros de ruta" de las experiencias políticas. Se trata, así, de un campo con códigos de acción propios, que no siempre se expresan de manera explícita en el debate público o en la escritura, como ocurre en el mundo de las letras, sino también a través de la circulación de la obra pictórica y de la presencia en determinados circuitos culturales.

Si bien esta relación con la política puede caracterizarse como fluida, el campo cultural en su conjunto experimentó procesos de politización que, desde mediados de la década de 1960, se expresaron en el auge de la figura del artista comprometido y que, durante la Unidad Popular, derivaron en la del artista militante. En ese contexto, resultó particularmente sugerente analizar ciertas zonas grises a través de un sujeto como Antúnez, quien transitó por diversos espacios sin asumir militancias formales en un periodo en que izquierdas, centro y derechas estaban representadas en el espectro político.

A ello se suma la inquietud de que categorías como la de intelectual pueden oscurecer aspectos centrales de la gestión artístico-cultural, como los circuitos o mercados de arte en su dinámica comercial –espacios fundamentales para la subsistencia económica del artista–o las tareas administrativas propias de los cargos y funciones desempeñados el sujeto de estudio.

[64] Pita González, *Redes intelectuales transnacionales*, 11.

Desde esta perspectiva, la propuesta de analizar los itinerarios de Nemesio Antúnez bajo la categoría de agente cultural, reconstruyendo sus redes político-culturales, ofrece resultados en dos niveles. Por una parte, ilumina procesos históricos y dinámicas propias del mundo de la cultura y del rol de las artes visuales en ámbitos como la diplomacia cultural con Estados Unidos desde mediados de los sesenta, los debates sobre el compromiso político durante la Unidad Popular o la organización de circuitos artísticos del exilio y de la solidaridad con Chile. Por otra, entrega claves analíticas útiles para investigar la acción política de otros artistas visuales y agentes culturales de la segunda mitad del siglo XX chileno.

En el primer itinerario estudiado, correspondiente al período en que Antúnez se desempeñó como agregado cultural de la embajada de Chile en Estados Unidos entre 1965 y 1969, es posible observar cómo el artista asumió un cargo público en un momento en que el arte latinoamericano emergía como un campo de interés en ese país. Desde esa posición, desempeñó un papel relevante en el intento del gobierno democratacristiano de Eduardo Frei Montalva por estrechar lazos de cooperación e intercambio cultural, utilizando el arte y la cultura chilena como punta de lanza para introducir en los medios estadounidenses otras temáticas, como la difusión del proceso político chileno de la "Revolución en Libertad".

El seguimiento de este itinerario a partir de fuentes públicas y privadas –informes labores, correspondencia, prensa, y catálogos de arte–, permite observar cómo Antúnez se vinculó con instituciones culturales, universitarias, artísticas, grupos económicos y medios de comunicación en Nueva York y otras ciudades estadounidenses. En estos espacios promovió un corpus de pintura chilena conformado por artistas convocados por él mismo, entre los que se encontraban figuras de izquierda como José Balmes, Roser Bru o Guillermo Núñez, muchos de los cuales radicalizarían posteriormente sus posiciones durante la Unidad Popular, incluso en clave antiimperialismo frente a Estados Unidos.

Esta atracción ejercida por las posibilidades financieras y mediáticas de la internacionalización panamericana, puede entenderse como parte del derrotero de la Guerra Fría Cultural, que logró atraer a artistas de izquierda hacia formas estéticas y de

relación obra-mercancía en clave liberal y capitalista. Ello respondió tanto a la ausencia de políticas de financiamiento de los Estados latinoamericanos, como a la disputa establecida por redes alternativas, donde podemos identificar por ejemplo las impulsadas desde Cuba por Casa de las Américas, que configuraron un circuito artístico latinoamericano en tensión y disputa con el estadounidense.

El segundo itinerario, vinculado a su gestión como director del Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA) durante la Unidad Popular, permite observar una línea museográfica que, a diferencia de otros espacios como el Museo de Arte Contemporáneo, no abandonó las redes de colaboración con el campo artístico y museológico estadounidense. Aunque democratizó el acceso al museo, Antúnez mantuvo una cierta distancia respecto al arte abiertamente político, sin por ello quedar al margen de circuitos artístico-culturales ligados a la Revolución Cubana o al bloque socialista, como lo evidencia su viaje a la República Democrática Alemana, donde visitó centros artísticos y comunitarios, que lo llevaron a resaltar los aspectos solidarios y colectivos de dichas sociedades[65].

En este período, uno de los debates centrales fue el compromiso político del artista. Mientras ganaba fuerza la figura del artista militante en sectores afines al gobierno de Allende[66], también emergieron posturas críticas o matizadas, como la de Antúnez. En ese marco, la circulación de documentos como la Declaración de La Habana surgida del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura contribuyó a intensificar las tensiones en el campo artístico chileno, desplazando la noción de compromiso desde una apelación amplia a las masas hacia una exigencia de adscripción ideológica y militante.[67]

---

[65] Aunque mantuvo diferencias con los regímenes como tales –pues apeló a las particularidades de Chile que distinguían las potencialidades de cada experiencia nacional–, reconoció en el socialismo elementos positivos desde el punto de vista de las capacidades creativas que ofrecía a sus pueblos, al tiempo que fue tajante respecto de la adopción de formas estéticas cercanas al realismo socialista o de las vías armadas.

[66] Como artistas militantes de partidos como el Partido Comunista, el Partido Socialista, e incluso el MIR. Quienes convivían con otros artistas de izquierda, allendistas, que participaban del proceso sin militancias en partidos.

[67] Los actores que dieron voz a dicha discusión en el campo de las artes visuales fueron principalmente pintores que ya contaban con una trayectoria importante,

El tercer itinerario corresponde al período de exilio entre 1974 y 1984, caracterizado por la denuncia y solidaridad con Chile. Durante estos años, Antúnez participó activamente en redes de denuncia y se acercó a exiliados de izquierda, incluyendo críticos y artistas, lo que se expresó, entre otros hitos, en su participación en la huelga de hambre internacional de 1978 organizada por la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos desde Chile en Barcelona. Sin embargo, una lectura desde el concepto de itinerario y su contexto político permite matizar una supuesta radicalización individual, al mostrar que estas acciones fueron compartidas por amplios sectores del exilio.

En este itinerario es posible datar dos grandes periodos. El primero corresponde al ya descrito, mientras Antúnez estuvo exiliado en Barcelona. El segundo, en cambio, se vincula estrechamente tanto con su traslado de España a Londres (y posteriormente a Roma) como con los intercambios epistolares sostenidos con Radomiro Tomic, quién –según lo observado– lo habría convencido de que el periodo de la denuncia internacional como principal medio de desestabilización de la dictadura se encontraba en declive político. Ello, especialmente de cara al plebiscito constitucional de 1980, punto que marcó un antes y un después en las agencias de Antúnez en el exilio. Cabe indicar, de todas formas, que dicho agotamiento de los canales de denuncia comenzó a hacerse palpable tras el fin de la huelga de hambre internacional de 1978, cuando el pliego de demandas que supuestamente iba a ser respondido terminó diluyéndose en promesas incumplidas.

De igual modo, el trabajo de análisis de redes permitió observar la continuidad de relaciones de amistad de larga data con artistas como Roser Bru, Eduardo Vilches, Gracia Barrios, José

como José Balmes, Gracia Barrios, Guillermo Núñez, o incluso Roberto Matta (quien por lo demás era un conocido internacionalista y hombre de izquierdas). Si bien estos fueron los más visibles –probablemente por haber alcanzado un estatus de importancia en materia artística en años anteriores, cuando participaron en circuitos internacionales que los llevaron, entre otros lugares, a exponer junto a Nemesio Antúnez en Nueva York–, también existieron otros artistas que representaron una voz crítica frente a estas orientaciones. Nos referimos principalmente a los muralistas y a algunos escultores, entre los que destacan Carlos Hermosilla Álvarez, Praxíteles Vásquez, Fernando Marcos y Fernando Daza.

Balmes, Guillermo Núñez, Roberto Matta, entre otros, tanto en los circuitos del exilio como en la correspondencia sostenida desde y hacia Chile en periodos anteriores. Asimismo, la revisión de fuentes como catálogos de arte permitió reconstruir circuitos tanto comerciales como políticos del arte de denuncia impulsado por Antúnez y por la comunidad de artistas visuales chilenos exiliados por la dictadura cívico-militar, así como los apoyos solidarios de los países europeos que pueden observarse en el itinerario de denuncia analizado.

Como aporte general, es posible indicar que esta investigación revela a Antúnez como un sujeto que, en la mayoría de las ocasiones, actuó como un puente, un nexo, un intermediario. Rehuyendo de prácticas militantes, logró establecer una amplia base de contactos que lo situaron entre el centro y la izquierda política chilena de la época, permitiéndole nutrirse y transitar por un amplio espectro de relaciones. Esto marca una distancia respecto de la imagen de las trincheras que, si bien existieron en el mundo de las artes y la cultura, no atrajeron necesariamente a todos los actores centrales del periodo.

En esta línea, el concepto de agente cultural nos permitió aproximarnos a elementos propios de las prácticas artístico-culturales de la época, haciendo visibles dinámicas que excedían los componentes estrictamente políticos o intelectuales tales como: la agencia comercial de obras, la creación y tránsito de circuitos expositivos en una amplia gama de museos, centros culturales y otras instituciones. Ello posibilitó analizar una multiplicidad de acciones que superan la cultura del debate intelectual vehiculado por revistas o periódicos, o que al menos no construyen primordialmente desde ese espacio del debate público, sino desde lo que hoy podríamos reconocer como gestión cultural o diplomacia cultural.

Como sabemos toda acción cultural es política y, a su vez, porta una cosmogonía que conjuga elementos intelectuales en forma simbólica. Por ello, no negamos –y de hecho observamos– que Nemesio Antúnez, en algunos momentos de su itinerario como agente cultural, haya adoptado funciones propias de un intelectual, tal como ocurrió en el despliegue en torno al debate del arte latinoamericano realizado en Nueva York o en el sentido político de su pintura de denuncia en el exilio. En consecuencia, la categoría de

agente cultural permite comprender de manera más integral las diversas acciones desplegadas en el campo político-cultural, pues no las restringe al plano discursivo, sino que las sitúa como formas de acción política desde la creación cultural que requieren determinados grados de institucionalidad.

En otras palabras, esta categoría presenta un potencial analítico para el estudio, por ejemplo, de funcionarios estatales que desarrollan su labor en materia cultural en periodos de alta politización de las expresiones artístico-culturales, reconociendo que su acción no está determinada únicamente por las estructuras en las que se insertan, sino también por su capacidad de agencia y por el posibilismo político-cultural en el que actúan, mediando tanto por su contexto material como por su habilidad para construir y transitar redes desde las cuales gestionar la cultura y las artes.

Lo anterior no niega la posibilidad de aplicar esta categoría a otros sujetos, como aquellos pertenecientes al campo obrero o popular. Sin embargo, en estos casos suele existir una menor disponibilidad de fuentes para rastrear sus formas de acción, financiamiento o circulación, lo que dificulta realizar un seguimiento tan exhaustivo como el efectuado en el caso de Antúnez. Aun así, resulta sugerente proyectar esta categoría sobre el campo popular, considerando que las artes y la cultura constituyeron armas fundamentales del movimiento de resistencia contra la dictadura en Chile, habilitando el estudio de sujetos cuya acción cultural fue central a escala local, regional, o nacional, aun cuando no hayan ocupado posiciones intelectuales letradas o editoriales.

En este sentido, la creación de nuevos archivos de artistas visuales chilenos –muchos de ellos protagonistas del periodo analizado– abre la posibilidad de proyectar nuevas investigaciones sobre la agencia cultural de los artistas, en particular en torno al papel de las artes y la cultura en el exilio y a sus dinámicas en el ciclo de auge y declive de la hegemonía del artista comprometido o militante.

Estos elementos perfilan, por tanto, la necesidad de establecer una agenda de investigación que, continuando la senda del cruce entre expresiones artístico-culturales y política, permita estudiar la conformación del campo exiliar a través de sus agentes culturales, artistas e intelectuales, reconstruyendo las redes que dieron lugar a acciones políticas desde lo cultural para denunciar las

atrocidades cometidas por la dictadura y, a la vez, profundizar en las relaciones entre política y cultura durante la segunda mitad del siglo XX.

Finalmente, en esta misma línea, sería igualmente pertinente aplicar esta propuesta historiográfica a otras formas de expresiones artístico-culturales no letradas, como el campo de la danza. Figuras como Patricio Bunster o Joan Turner (conocida también como Joan Jara), por ejemplo, ofrecen un campo fértil para indagar sus itinerarios y agencia cultural en la formación de nuevas generaciones artísticas, así como en las formas de politización del mundo artístico-cultural. En el caso de Turner, en particular, sería especialmente relevante estudiar su itinerario de denuncia, desplegado incansablemente en redes nacionales e internacionales en la búsqueda de verdad y justicia por el caso de Víctor Jara, así como su rol central en la proyección y canonización internacional de su figura y obra.

Palabras al Cierre

Para cerrar, cabe realizar un balance sobre los aportes del corpus teórico-metodológico de la Historia Intelectual en relación con esta investigación. Destacamos, en primer lugar, la incorporación de conceptos como itinerario y red, los cuales no solo permitieron orientar la indagación en términos temáticos, sino que también operaron como cautelas metodológicas decisivas. Estos conceptos posibilitaron situar el análisis dentro de un contextualismo radical que, si bien no buscó reconstruir la figura de un "intelectual", sí operativizó formas herramientas propias de la historia intelectual como caja de herramientas para la Historia Política y el estudio de la Historia Reciente.

En ese sentido, hemos propuesto una serie de desplazamientos analíticos que resultaron productivos, entre los cuales destaca el paso desde la categoría de intelectual a la de agente cultural. Este giro permitió indagar en las formas específicas que desplegó el campo de las artes visuales, donde la obra no cumple únicamente una función estética, sino que adquiere sentido en función de los espacios por donde circula y de los alineamientos que estos suponen. De modo complementario, la categoría de itinerario permitió comprender que la agencia artística no se agota en su

producción artística ni en su corpus estético, sino que se despliega en el entramado de relaciones privadas, sociales y políticas en el que se inscribe su praxis, y en su diálogo constante con los procesos de politización de la actividad artística a través de su inserción en diversas redes político-culturales.

Asimismo, propusimos indagar esta agencia no sólo en el plano nacional, sino que en sintonía con el internacionalismo propio del contexto de Guerra Fría, observando cómo estas redes interactuaban con distintos centros artísticos situados tanto en la órbita panamericana como en la "socialista", en la búsqueda de reconocimientos de diverso tipo. Esto cobra especial relevancia si consideramos la escasa presencia de los Estados latinoamericanos –y en particular del Estado chileno– en el fomento de las artes como política pública durante la segunda mitad del siglo XX, así como la debilidad de los mercados privados de arte en la región. En ese escenario, la existencia de un mercado activo de compra-venta de arte latinoamericano en Estados Unidos fue un polo atrayente para artistas de distintos signos políticos, fenómeno que, por lo demás, se extendió a múltiples formas de producción cultural en el periodo.

Estos desplazamientos analíticos reconstruir, a partir de una vida individual, el entramado social y político en el que transcurren esas vidas y se inscriben sus acciones. Gracias al giro biográfico, comprendimos además que dichos entramados están cruzados por múltiples escalas de análisis y relaciones sociales que transitan de manera constante entre las esferas pública y privada, dinámicas que dialogan de manera práctica con la aplicación de una teoría de redes inspirada en la Historia Intelectual.

Estos movimientos teórico-metodológicos son, a su vez, el resultado de una década de lecturas, reflexiones y participación en redes de intercambio historiográfico que alimentan este trabajo. De este modo, si bien todas las interpretaciones aquí reunidas se encuentran atravesadas por la impronta del contextualismo radical como horizonte historiográfico, la particularidad de este enfoque radica en que la acción no sólo se entiende en la esfera del discurso letrado –la revista, el seminario, la comunidad epistémica o el campo intelectual–, sino también en otros registros de la praxis.

En efecto, la acción político-cultural se despliega también a través de signos estéticos y, sobre todo, en la práctica concreta de construir y habitar redes. Se trata, muchas veces, de una agencia

extralingüística en el espacio público, cuyas coherencias más que discursivas, se relacionan con la experiencia de habitar el circuito o el campo de sociabilidad, y desde allí, actuar y construir políticamente. Desde su inscripción específica en el campo artístico, esta forma de agencia despliega intereses y formas propias, que permiten distanciarse de las lecturas puramente doctrinarias o ideológicas. Buscando así reconstruir la multidimensionalidad del sujeto en sociedad, quien constituye parte de la misma y a su vez es constituido por la esta, negociando las fronteras de su acción política y cultural en una disputa dialéctica por la identidad.

Bibliografía

Albornoz, César. "La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar a un presidente". En *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, editado por Julio Pinto Vallejos, 147–176. LOM Ediciones, 2017.

Albuquerque, Germán. *La Trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Ariadna Ediciones, 2011.

Ayo, Natalia. "Teatro Obrero y militante en los años 60 y 70 en Chile: escenas internacionalistas y antiimperialistas construyendo un nuevo mundo". *Kamchatka*, no. 17 (2021): 361–385.

Bolufer, Mónica. "Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres". *Ayer*, no. 1 (2014): 85–116.

Bourdieu, Pierre. "La Ilusión Biográfica". *Acta Sociológica*, no. 56 (2011): 121–128.

Briceño, Laura. "El debate cultural en la Unidad Popular: una cuestión previa (1958–1969)". *Kamchatka*, no. 17 (2021): 43–67.

Brunner, José Joaquín. "Cultura y política en la lucha por la democracia". *Documento de Trabajo FLACSO*, no. 206 (1984): 1–35.

Burdiel, Isabel. "Historia política y biografía: más allá de las fronteras". *Ayer*, no. 1 (2014): 47–83.

Carreras, Antonio. "La biografía como objeto de investigación en el ámbito universitario. Reflexiones sobre un retorno". *Asclepio* 57, no. 1 (2005): 125–133.

Dosse, François. *El Arte de la Biografía. Entre la Historia y la Ficción*. Universidad Iberoamericana, 2007.

Fernández Bravo, Álvaro. "Nuevas contribuciones para una teoría de las redes culturales". *Cuadernos del CILHA* 12, no. 14 (2011): 209–215.

Garretón, Manuel Antonio. "Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento". En *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, editado por Hélgio Trindade, 193–248. Siglo XXI, 2007.

Gómez-Navarro, José Luis. "En torno a la biografía histórica". *Historia y Política*, no. 13 (2005): 7–26.

Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editores La Ciudad, 1981.

Gordo, Gema. "El papel de las Redes Intelectuales en la construcción y reconstrucción del pensamiento filosófico". *Bajo Palabra*, no. 7 (II época, 2012): 495–503.

Gueniffey, Patrice. *La fuerza y el derecho: Estado, poder y legitimidad durante el siglo XVII*. Centro de Estudios Históricos Colegio de México, 2004.

Hernández, Amor. "Las redes intelectuales como mecanismos que permiten la constitución de la teoría y crítica literaria". *Anos 90* 20, no. 37 (2013): 83–114.

Hernández, Elena. "La escritura biográfica". *Cercles: Revista d'història cultural*, no. 10 (2007): 10–25.

Iglesias, Daniel. "El aporte del análisis de las redes sociales a la historia intelectual". *Historia y Espacio* 13, no. 49 (2017): 19–37.

Janello, Karina. "El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las 'ideas fuerza' de la Guerra Fría". *Izquierdas*, no. 14 (2012): 14–52.

Jaramillo, Sandra. "Diccionario Biográfico de las Izquierdas Latinoamericanas. Movimientos Sociales y Corrientes Políticas: Un proyecto que inicia su construcción". *Políticas de la Memoria*, no. 20 (2020): 291–310.

Kay Vaughan, Mary. "Pensar la biografía". *Desacatos*, no. 50 (2016): 88–89.

Lee, Hermione. *Biography. A Very Short Introduction*. Oxford University Press, 2009.

Levi, Giovanni. "Los usos de la biografía". *Annales* 44, no. 6 (1989): 1325–1337.

Loriga, Sabina. "La biografía como problema". En *Juegos de escala. Experiencias de microanálisis*, editado por Jacques Revel. UNSAM Edita, 2015.

Loriga, Sabina. *O pequeno X: Da Biografia à História*. Autêntica Editoria, 2010.

Martinell, Alfons. "Los agentes culturales ante los nuevos retos de la gestión cultural". *Monográfico 50 años de cooperación de la Organización de Estados Americanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura*, 1999.

Pasolini, Ricardo. "Biografía y prosopografía: cuestiones historiográficas y de método". En *El hilo de Ariadna. Propuestas metodológicas para la investigación histórica*, editado por Claudia Salomón Tarquini et al., 95–106. Prometeo Libros, 2019.

Pedemonte, Rafael. *Guerra por las ideas en América Latina, 1959–1973*. Ediciones UAH, 2020.

Pita González, Alexandra. "Fronteras simbólicas y redes intelectuales. Una propuesta". *Historia y Espacio* 13, no. 49 (2017): 39–62.

Pita González, Alexandra. *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*. Universidad de Colima / Miguel Ángel Porrúa Librero-Editor, 2016.

Render, H. Banner de, y Jonne H. Renders. *The Biographical Turn: Lives in History*. Routledge, 2017.

Ripoll, Blanca. "Rafael Vásquez Zamora, Agente Cultural en la España de la Posguerra". *Cuadernos de Investigación Filológica*, no. 41 (2015): 181–201.

Rocco, Renata. "Entre agente cultural, publicitario e artista: a controversa presença do italiano Danilo Di Petre na Bienal de São Paulo". *MODOS Revista de História da Arte* 2, no. 3 (2018): 9–25.

Sánchez, Blas, y María José Porro. *Concha Lagos, agente cultural: Los cuadernos de Ágora*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2015.

Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile: Tomo III*. Editorial Universitaria, 2004.

Tarcus, Horacio. "La biografía colectiva. Por un Diccionario de las Izquierdas y los movimientos sociales latinoamericanos". *Iberoamericana* 13, no. 52 (2013): 139–154.

Zamorano, César. "Balances al proyecto cultural durante la Unidad Popular: *La Quinta Rueda* y *Cuadernos de la Realidad Nacional*". *Kamchatka*, no. 17 (2021): 69–92.

El enfoque teórico del marxismo para la realidad latinoamericana: un debate entre Luis Vitale y Marta Harnecker[1]

Simón Timichelle González Monarde[2]

Introducción

A mediados de 1984, la revista latinoamericana *Nueva Sociedad* publicó un artículo del historiador chileno-argentino Luis Vitale que criticaba el enfoque marxista de *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (en adelante *Los CEMH*). Este libro-manual fue publicado en 1969 por la intelectual chilena Marta Harnecker, discípula y traductora del filósofo estructuralista francés Louis Althusser[3]. Allí, Vitale tildó de eurocéntricas, dogmáticas y cientificistas las nociones de "historia" y "modo de producción" de Althusser, cuestionando el contenido del libro por divulgar una lectura de Marx que consideraba ajena a la realidad latinoamericana[4]. Harnecker dio a conocer su réplica en 1985, la que dirigió no solo a Vitale, sino también a otros críticos, mediante una nueva versión revisada de *Los CEMH* (la 51ª ed.), donde actualizó la 6ª edición que circuló desde 1971, reafirmando el pensamiento antidogmático de Althusser y atribuyendo las críticas a malentendidos por parte de sus lectores o errores de edición en algunas traducciones.

---

[1] Artículo vinculado a mi proyecto de investigación doctoral titulado "Circulación y recepción de *Los conceptos elementales del materialismo histórico* de Marta Harnecker en América Latina: 1969-1989", con la tutoría de la Dra. en Historia Claudia Zapata Silva y financiado por la Beca de Doctorado Nacional de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID).

[2] Candidato a Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile, integrante del Grupo de Historia Intelectual. Correo de contacto: simon.gonzalez.monarde@gmail.com ORCID: https://orcid.org/0000-0002-0687-1128

[3] Harnecker tradujo: *Pour Marx* (París: Maspero, 1965) como *La revolución teórica de Marx* (México: Siglo XXI, 1967); *Lire Le Capital* (París: Maspero, 1965) como *Para leer El Capital* (México: Siglo XXI, 1969); y varios ensayos en *Polémica sobre marxismo y humanismo* (México: Siglo XXI, 1968), entre otros textos.

[4] Vitale, "Juego de estructuras".

¿Qué razones tuvo Vitale para discutir sobre el contenido de *Los CEMH*? ¿Por qué Harnecker respondió en ese momento y qué cambios realizó en esta nueva edición del libro? ¿Cómo se desarrolló este debate y qué ejes de discusión tensionaron al campo intelectual latinoamericano? Sostenemos que esta polémica fue una expresión más de las divergencias teórico-políticas que mantenían los intelectuales latinoamericanos sobre qué enfoque de la teoría marxista de la historia resultaba el más adecuado para aplicar en la región, definición que tuvo profundas implicancias en la caracterización de la sociedad y en el diseño de un proyecto revolucionario viable. En virtud de lo anterior, abordamos un debate clave para la historia política e intelectual, particularmente alrededor de una obra de profusa circulación que permite observar las polémicas, desplazamientos y reconfiguraciones en algunos de los proyectos revolucionarios del marxismo latinoamericano[5].

La producción intelectual de los autores se inscribe en el proceso de difusión global de la teoría desarrollada por Marx, de la cual germinó una doctrina —el marxismo— y lecturas creativas tanto en Europa como en América Latina[6]. Durante los largos años sesenta, las reflexiones de Althusser se situaron al centro del debate filosófico, y al igual que en Europa, su obra irrumpió de forma ambivalente en Latinoamérica en una época marcada por la Revolución Cubana y la renovación del marxismo[7], donde sus textos

[5] Corriente de pensamiento que adaptó las ideas de Marx a la realidad latinoamericana. Sus fases comprenden: a) recepción inicial en el despunte del siglo XIX y XX, con precursores como Carlos Baliño en Cuba, Juan B. Justo en Argentina o Luis Emilio Recabarren en Chile; b) hegemonía estalinista y perspectivas críticas a la Unión Soviética, como el trotskismo, el consejismo o el maoísmo; c) producción creativa y experiencias revolucionarias como la cubana (1959), chilena (1970-1973) y nicaragüense (1979); d) y una contemporánea signada por la crisis y renovación del marxismo. Véase: Tarcus, "Para un programa".

[6] Los estudios clásicos en Europa son de: Jacques Droz, *Histoire générale du socialisme* (París: Puf, 4 vol., 1972-78); Aldo Zanardo, *Storia del marxismo contemporaneo* (Milán: Fundazione Giangiacomo Feltrinelli, 7 vol., 1973-81); Eric Hobsbawm (y otros), *Storia del marxismo* (Turín: Einaudi, 5 vol., 1972-82). Y en América Latina: Michael Löwy. *El marxismo en América Latina. Antología, desde 1909 hasta nuestros días* (Santiago: Lom, 1980); José Aricó. *Marx y América Latina* (Lima: CEDEP, 1980), entre otros.

[7] Rodríguez y Starcenbaum, *Lecturas de Althusser*, 7–20; Ortega, "La multiplicidad contra el uno".

y los manuales sobre marxismo de Harnecker desplazaron a otros conocidos en ese momento[8]. Y tal como las revoluciones que motivaron nuevas corrientes políticas —como el marxismo occidental europeo[9], el maoísmo asiático[10], el guerrillerismo cubano o la vía chilena al socialismo[11]—, la producción intelectual de Harnecker tuvo adherentes por su exposición pedagógica y críticos que, restándole protagonismo, optaron por polemizar con Althusser.

Si bien las dictaduras latinoamericanas pausaron estos debates, los intelectuales siguieron pensando en sus lugares de residencia (temporal o permanente) y evaluaron la eficacia teórico-práctica del marxismo. Así, respondieron a la llamada "crisis del marxismo"[12] de los años ochenta, cuando los fundamentos teóricos de Marx perdieron legitimidad frente a la derrota de los movimientos revolucionarios y el auge de las transiciones democráticas. Entonces se enfrentaron a una reflexión que articuló marxismo y democracia, donde hubo corrientes que dejaron a un lado la lucha de clases, y otras que, como Vitale y Harnecker,

---

[8] En la 1ª edición de *Los CEMH*, Harnecker mencionó: *El materialismo histórico* de Konstantinov (Grijalbo: México, 1960); *La théorie du matérialisme historique* de Bujarin (Anthropos: París, 1967); e *Introducción a la sociología marxista* de Núñez Tenorio (Crítica Marxista: Caracas, 1968). En la 6ª edición agregó: *Problemas fundamentales del materialismo histórico* de Glezermán y Kurzánov (Progreso: Moscú, 1969).

[9] A inicios del siglo XX se constituyó una "tradición clásica" con pensadores de regiones orientales de Europa que sistematizaron el materialismo histórico (Lenin, Trotsky o Luxemburgo), y durante el período de entreguerras un "marxismo occidental" con figuras de regiones más occidentales que convirtieron el marxismo en una teoría diferente, no dogmática o heterodoxa (Lukács, Gramsci o Althusser). Véase: Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo*, 13, 36.

[10] Urrego, "Historia del maoísmo"; Celentano, "Althusser, el maoísmo".

[11] Rojas, *El árbol de la revolución*.

[12] Referente a los debates y desacuerdos sobre los límites de la teoría, práctica y estrategia marxista. Surgió a fines del siglo XIX con Tomás Masaryk y Eduard Bernstein, que adecuaron la teoría a las nuevas condiciones de dominación imperialista. Resurgió en los treinta cuando Karl Korsch planteó la incapacidad de comprender teórica y políticamente el capitalismo durante el auge del fascismo. Tras la desestalinización de la Unión Soviética se expresó como crítica a su "saber" y "verdad", es decir, a sus pilares teóricos y balance negativo de su práctica política en el siglo XX, planteándose la imposibilidad de superar su crisis y la necesidad de una renovación para ajustar su teoría con nuevas categorías de análisis. Véase: Palti, *Verdades y saberes*.

buscaron enriquecer el materialismo histórico a partir de las reflexiones de los nuevos movimientos sociales de mujeres, indígenas, cristianos o ambientalistas.

Sobre este perfil de intelectuales se ha historizado desde varias perspectivas. Desde la historia intelectual, los trabajos se enfocan en los procesos de producción, circulación y recepción de las ideas[13], las sociabilidades intelectuales y el análisis textual[14], analizando las disputas por la construcción de sentido cuando las ideas quedan fuera de lugar en contextos o idiomas distintos al de su origen, pero donde la soberanía del texto y del lector potencian la creación de nuevas ideas[15]. Desde la historia del libro y la edición, los estudios se enfocan en la noción del "giro material"[16], analizando las prácticas de circulación de la cultura impresa y los agentes intermediarios en el proceso de producción, materialización y consumo de las ideas, donde editores o traductores —como los de Siglo XXI o *Nueva Sociedad*— cumplen una función intelectual en tanto mediadores de un texto y su contexto, otorgándole usos históricos situados[17]. Ambas perspectivas observan la función social que juegan tales actores con autonomía relativa de otros espacios, facilitando la circulación de un texto en nuevos contextos y validando el rol activo de los editores, traductores y lectores en la recepción creativa del marxismo en América Latina y el Caribe[18].

---

[13] En el proceso de circulación y recepción de las ideas, se distinguen cuatro etapas. La producción de una teoría llevada a cabo por "intelectuales conceptivos" que elaboran nuevas ideas. La circulación de un texto y su edición como libro, revista u otro medio difundido por esos intelectuales u otros agentes que motorizan su producción intelectual. La recepción como un proceso activo donde los sujetos son interpelados y adaptan a su propio campo de producción las nuevas ideas, ya sea reeditando o traduciendo libros, agregando prólogos o introducciones críticas, entre otras acciones. Y la apropiación cuando un cuerpo de ideas es consumido y aporta en la reflexión crítica y creatividad de los intelectuales. Véase: Tarcus, *Marx en la Argentina*, 30–34.

[14] Altamirano, *Para un programa*, 9–12; Altamirano, *Historia de los intelectuales*, 9–13.

[15] Bourdieu, "Las condiciones sociales"; Devés, *La circulación de las ideas*.

[16] Chartier, *El mundo como representación*; Darnton, *El beso de Lamourette*.

[17] Saferstein, "Entre los estudios", 140–44.

[18] Por ejemplo, las traducciones más conocidas de *El Capital* son las del mexicano Wenceslao Roces y el uruguayo Pedro Scaron, cuyas diferencias fueron analizadas por Tarcus (Tarcus, *La biblia del proletariado*; Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*).

Considerando que Harnecker se desenvolvió en un campo intelectual masculinizante, la perspectiva crítica de género aporta herramientas para estudiar el itinerario de mujeres intelectuales y las relaciones sociales entre sexos[19], desenmascarando las pretensiones de objetividad e imparcialidad del conocimiento. Este enfoque nos convoca a observar su rol autoral y su lugar en el marxismo latinoamericano, donde la historiografía generalmente la sitúa como divulgadora del pensamiento de Althusser[20]. Por años el campo marxista negó al género una posición como categoría independiente y lo trató como producto accesorio en el cambio de las estructuras económicas. Sin embargo, Marx no fue ajeno al ideario emancipatorio de las mujeres y su método colaboró en desmontar la supuesta naturaleza de lo humano y las construcciones sociales de género[21]. Si bien no realizamos un análisis de este tipo, desde esta perspectiva observamos la producción y las prácticas intelectuales de una mujer como Harnecker, desnaturalizando las operaciones utilizadas para visibilizar o invisibilizar la originalidad y reconfiguración de su pensamiento.

Sobre la noción de intelectual consideramos el sentido que adquiere la palabra desde el caso Dreyfus, según el cual los intelectuales son portadores de una función social propia de la producción de conocimientos y orientadores de "la conducta de la sociedad en base a ciertas pautas y valores culturales, definiendo objetivos y alcances del desarrollo social"[22]. Allí se identifican dos modelos: el profesional experto cuya autoridad emana del dominio de un saber específico; y el pensador comprometido al que Sartre asignó un rol en la confrontación de ideas políticas, cultivando el pensamiento libre, sin ataduras al momento de cuestionar el poder y tomando posición en el espacio público[23]. Así, los intelectuales se comprometieron con la Revolución Cubana por su carácter anticolonial, antiimperialista y anticapitalista. Pero la censura de la obra *Fuera de juego* (1968) del escritor Heberto Padilla en abril de 1971 marcó un quiebre en el campo intelectual durante el

[19] Richard, "Género", 98.
[20] Valderrama, "Althusser y el marxismo", 170; Massardo, *Investigaciones sobre la historia*, 72.
[21] Fernández Cordero, "Feminismos: una revolución"; Scott, "El género", 23.
[22] Hofmeister y Mansilla, *Intelectuales y política*, 9.
[23] Said, *Representaciones del intelectual*, 12–13.

"quinquenio gris"[24], situación que en parte se recompuso con la rectificación de la política cultural cubana en los años ochenta. No obstante, en esta expresión regional de la guerra fría cultural entre el bloque capitalista y el bloque socialista, intelectuales como Harnecker y Vitale se posicionaron en favor del proceso cubano.

Por tanto, también son intelectuales las mujeres, indígenas o migrantes que cumplen esa función social crítica, reconociéndose en grupos e identidades que buscan liberarse de los lazos patriarcales, coloniales o autoritarios[25], constituyéndose, siguiendo a Said, en francotiradores de ideas que se mueven entre diferentes campos del saber[26], dando voz a narrativas silenciadas. Allí es útil la noción del intelectual orgánico de Gramsci, una figura que produce análisis para la militancia revolucionaria dando homogeneidad y conciencia de su función a una clase social en la estructura económica[27]. Harnecker reafirma esa categoría en la 6ª edición de *Los CEMH*, y, en línea con las tesis sobre Feuerbach de Marx, sostiene que los sujetos ocupados del trabajo intelectual deben utilizar sus conocimientos en la acción política[28], pasando de la interpretación a la transformación de la sociedad. De esta manera, comprendemos a Harnecker y Vitale como intelectuales orgánicos y revolucionarios que pusieron su profesión al servicio de la transformación social y la producción de respuestas políticas contingentes[29].

En este marco, a partir de un relato inductivo analizamos la producción, circulación y recepción de *Los CEMH* en relación con el debate sobre qué enfoque de la teoría marxista de la historia aplicar en América Latina. Sobre Harnecker nos basamos en las entrevistas biográficas de Rodrigo Ruiz e Isabel Rauber, junto a los prólogos y presentaciones de la 1ª, 6ª y 51ª ediciones de *Los CEMH*. Sobre Vitale utilizamos el artículo publicado en *Nueva Sociedad*, la correspondencia del Fondo Luis Vitale (en resguardo del Archivo Patrimonial de la Universidad de Santiago), bibliografía del Centro de Estudios Miguel Enríquez y los trabajos biográficos de mi

[24] Prieto y Gómez, *Fuera (y dentro)*.
[25] Zapata, "Origen y función", 73.
[26] Said, *Representaciones del intelectual*, 12–13.
[27] Gramsci, *La formación de los intelectuales*.
[28] Harnecker, *Los conceptos*, 6ª ed., 3.
[29] Lozoya, *Intelectuales y revolución*, 31.

autoría[30]. En cuanto a la estructura del artículo, primero abordamos los itinerarios de sus protagonistas, seguido de una historia de *Los CEMH* y sus correcciones. Luego exponemos la crítica de Vitale y la réplica que Harnecker publicó en la 51ª edición de su libro-manual. Finalmente recogemos las reflexiones más relevantes de este debate.

Itinerarios marxistas y althusserianismo

El punto de encuentro de nuestros protagonistas es el marxismo. En el caso de Luis Vitale (Villa Maza, Argentina, 1927 – Santiago, Chile, 2010), se trató de un historiador e intelectual ligado al movimiento trotskista argentino, el sindicalismo revolucionario chileno y la nueva izquierda latinoamericana[31]. Su trabajo sobre el movimiento obrero y el desarrollo del capitalismo latinoamericano lo situó entre los referentes de la historiografía marxista "clásica" chilena[32], planteando interpretaciones ligadas a corrientes radicales de la Central Única de Trabajadores, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Partido Socialista. Junto a estas corrientes desplegó su vida político-intelectual en el exilio y la postdictadura, planteando que la supuesta "crisis del marxismo" era más bien la crisis de las ideologías mistificadoras del pensamiento de Marx que, como Althusser, crearon un dogmatismo cientificista[33]. Así, reafirmó la perspectiva clasista e incorporó al materialismo histórico las categorías de análisis desarrolladas por los movimientos sociales, los intelectuales de la teoría de la liberación y la dependencia político-económica latinoamericana[34].

---

[30] González Monarde, "Trayectoria de vida"; González Monarde, "Luis Vitale y el origen".

[31] González Monarde, "Luis Vitale y el origen", 132–33; Meza, *Memoria, subjetividad y política*; Mujica, *Entrevista a Luis Vitale*.

[32] Si bien no fue una escuela historiográfica, incluye a figuras como: Hernán Ramírez Necochea del Partido Comunista; Marcelo Segall vinculado inicialmente al comunismo y más tarde al trotskismo; Julio César Jobet y Alejandro Chélen del Partido Socialista; Luis Vitale que militaba en el trotskismo; y Tomás Moulian del Movimiento de Acción Popular Unitaria. Véase: Moulian, "Balance historiográfico", 27.

[33] Vitale, "El dogmatismo en crisis", 2.

[34] González Monarde, "Trayectoria de vida"; González Monarde, "La diáspora de la izquierda revolucionaria".

Marta Harnecker (Santiago, Chile, 1937 – Vancouver, Canadá, 2019) fue una prominente intelectual marxista que, si bien estudió psicología, destacó por su trabajo pedagógico, periodístico y sociológico, siendo una de las escritoras chilenas más influyentes del siglo XX[35]. En los años cincuenta militó en la Juventud Universitaria de la Acción Católica, pero en los años sesenta giró al marxismo tras visitar Cuba y conseguir una beca de posgrado en Francia, donde estudió a Marx junto a Althusser. Allí tradujo *Pour Marx* y *Lire Le Capital* (1965), que fueron publicados por Siglo XXI Editores como *La revolución teórica de Marx* (1967) y *Para leer El Capital* (1969). Luego en Chile, se comprometió con el proyecto de la Unidad Popular, ingresó al Partido Socialista y trabajó en la difusión pedagógica del marxismo en los sectores populares mediante los *Cuadernos de Educación Popular* (en adelante *CEP*), artículos en la revista *Punto Final*, textos en el magazín *La Firme,* además de dirigir el semanario *Chile Hoy*[36]. En dictadura se exilió en Cuba, donde desarrolló una labor teórica basada en las experiencias y reflexiones de los militantes revolucionarios y sociales latinoamericanos, proponiendo que los avances en clave socialista se lograrían construyendo organizaciones populares que desafiaran la hegemonía burguesa.

En cuanto a Louis Althusser (Bir Mourad Raïs, 1918 – París, Francia, 1990), se trató de un filósofo marxista que en su juventud se acercó a la Acción Católica e ingresó en la École Normale Supérieure (ENS) en 1939. Sin embargo, debió ir al frente de guerra, donde cayó prisionero y fue enviado al norte de Alemania por cinco años. Al retornar en 1945, leyó directamente a Marx bajo el influjo de maestros como Jacques Martin y Jean-Toussaint Desanti, y luego de aprobar su examen sobre la noción de contenido en Hegel en 1948, dictó cursos en la ENS y comenzó a militar en el Partido Comunista Francés (PCF)[37]. Allí, sostuvo la tesis de la ruptura epistemológica entre los textos de juventud y madurez de Marx, depurando sus nociones humanistas ("a-humanismo" según

[35] Ruiz, *Marta Harnecker*; Rauber, *Marta Harnecker*; Starcenbaum, *Marta Harnecker.*
[36] Ponce y Serra, "El discurso teórico-político"; Woll, "The Comic Book"; Briceño, "El semanario Chile Hoy".
[37] Althusser, *El porvenir es largo*, 131–37, 238–41.

Harnecker) y resaltando sus conceptos científicos[38]. Aunque su tesis se inscribió en un antihumanismo teórico, sus críticos lo acusaron de antihumanista práctico por descartar las nociones éticas de Marx e ignorar la experiencia vivida por la clase trabajadora y los sectores populares[39]. Y tras acabar con la vida de Hélène Rytmann (su esposa) el 18 de noviembre de 1980, se intentó buscar en sus conceptos la explicación de su catástrofe personal, llegando a incluirse entre los elementos que contribuyeron a la "crisis del marxismo" de los años ochenta.

Aunque su propuesta teórica fue una alternativa al dogmatismo de la manualística soviética, intelectuales de variadas corrientes marxistas cuestionaron su interpretación. Por ejemplo, en 1970 el economista trotskista belga Ernest Mandel cuestionó la discontinuidad del pensamiento de Marx, sosteniendo que Althusser cometió un error al concebir la alienación como una noción humanista y convertir al marxismo en una ciencia estática, contradiciendo al autor de *El Capital*[40]. El historiador marxista Edward Palmer Thompson, en *Miseria de la teoría* (1978), lo acusó de cientificista, limitado académicamente y teleológico al separar las estructuras de la agencia humana y las relaciones sociales de producción[41]. También fue impugnado por marxistas de corrientes comunistas autónomas[42], debido a que su antihumanismo teórico dejaba a un lado la agencia de los sujetos en los procesos históricos. En *Marx dentro de sus límites* (1978), si bien realizó una autocrítica admitiendo la agencia humana en las estructuras y su teoricismo al

[38] En *Pour Marx* (1965), tildó como desviacionistas los manuales sobre marxismo elaborados en la Unión Soviética y la lectura humanista de Marx en auge tras el XX Congreso del Partido Comunista ruso. En *Lire Le Capital* (1965), ahondó en la ruptura epistemológica de Marx, afirmando que en su juventud planteó ideas no científicas centradas en aspectos humanos, filosóficos y éticos; mientras que en su madurez —desde 1845— rompió con el idealismo humanista y aplicó nociones científicas para comprender el funcionamiento de las sociedades, donde las estructuras y la economía determinaban las relaciones sociales de producción.
[39] En Francia la polémica se desarrolló en la revista *La Nouvelle Critique* del PCF (mayo de 1965 a junio de 1967), y sus textos fueron compilados en *Polémica sobre marxismo y humanismo* (Siglo XXI, 1968), *Para una crítica de la práctica teórica respuesta a John Lewis* (Siglo XXI, 1973), *Elementos de autocrítica* (Laia, 1975), y *Defensa de tesis de Amiens* (Grijalbo, 1976). Véase: Harnecker, "Marxismo y humanismo", 122.
[40] Mandel, "Marxismo y humanismo".
[41] Thompson, *Miseria de la teoría*.
[42] Rodríguez y Starcenbaum, *Lecturas de Althusser*, 7–8.

defender el estatuto científico del marxismo, siguió tildando el humanismo de idealismo liberal.

En América Latina, las primeras traducciones de Althusser se hicieron en Cuba[43], donde filósofos como Zaira Rodríguez condenaron su obra por representar la ortodoxia soviética, mientras que Fernando Martínez Heredia, aunque lo consideró un aliado contra el dogmatismo marxista, cuestionó sus abstracciones teóricas. Las traducciones de Harnecker se publicaron en México (entre 1967 y 1969), donde intelectuales como Enrique González Rojo y Adolfo Sánchez Vázquez reconocieron el aporte epistemológico de Althusser, sin adherir totalmente a su enfoque estructuralista. En Argentina, el sociólogo Saúl Karsz divulgó sus ideas en *Lecturas de Althusser* (1970), mientras el filósofo Oscar del Barco atacó su estructuralismo y eurocentrismo. También en Chile hubo una aguda recepción por la agencia de Harnecker y otras figuras, como los escritores Tomás Moulian y Sergio Ramos que subrayaron su novedosa perspectiva teórica, y los comunistas Orlando Millas y Sergio Vuskovic que atacaron el antihumanismo de Althusser.

Vitale conoció estos debates mediante las revistas del movimiento trotskista e intelectuales latinoamericanos, afirmando que durante la Unidad Popular esbozó las primeras críticas al estructuralismo de Althusser y el libro de Harnecker, las que profundizó en el exilio[44]. No obstante, compartió con Harnecker en espacios de sociabilidad intelectual en Chile y el extranjero. Por ejemplo, el 10 de septiembre de 1970 participaron del foro "Cómo defender el Triunfo Popular" organizado por el Centro de Estudiantes de Economía de la Universidad de Chile, institución donde ambos impartieron clases, y, en el caso de Harnecker, fue integrante del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) y profesora de algunos cursos sobre marxismo para los estudiantes. También participaron del Segundo Encuentro de Intelectuales por

[43] Los primeros textos fueron *Contradicción y superdeterminación* (La Habana: Venceremos, 1964) y *Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes)* (La Habana: Venceremos, 1964). Luego *Por Marx* (La Habana: Revolucionaria, 1966), y *Leer el Capital* (La Habana: Revolucionaria, 1967) en dos volúmenes con los textos de todos sus discípulos como en la versión francesa (Étienne Balibar, Jacques Rancière, Roger Establet y Pierre Macherey) y no solo de Balibar como en la versión de Siglo XXI.

[44] Vitale, *La formación social latinoamericana*.

la Soberanía de los Pueblos de nuestra América realizado en La Habana en diciembre de 1985[45], donde, según una epístola de Vitale a Ernest Mandel, Harnecker le pidió una copia de un libro que presentó sobre la deuda externa de América Latina, sin mencionar nada sobre su artículo en *Nueva Sociedad*[46].

***Los CEMH*: un libro-manual escrito en Europa y corregido en Latinoamérica**

En París, en otoño de 1964, un grupo de estudiantes latinoamericanos ligados a la Acción Católica Universitaria y empapados del ambiente revolucionario latinoamericano se contactó con Althusser para desarrollar sus ideas progresistas[47]. La encargada de visitarlo fue Marta Harnecker, a quien el filósofo francés —junto a recomendarle contactar a Régis Debray, que había escrito el texto *Una experiencia guerrillera* sobre Cuba— invitó a participar en un espacio de discusión sobre *Pour Marx*, donde estaban sus discípulos Étienne Balibar, Jacques Rancière, Roger Establet y Pierre Macherey. Allí, junto a estudiar el pensamiento de Mao Tse-Tung, Harnecker redactó notas, resúmenes y comenzó a traducir a Althusser. Según algunas entrevistas, desde ese momento Harnecker pensó a Marx como un intelectual que buscó comprender las leyes que determinaban la existencia de los hombres en las sociedades, sin negar que fuera un gran humanista[48].

Reconociendo la habilidad explicativa de Harnecker, Althusser la invitó a colaborar en la traducción de *Lire Le Capital* exponiendo sus ideas en forma pedagógica, recibiendo un pago por adelantado del editor de sus libros, François Maspero. Pero Althusser vivió una severa crisis psiquiátrica que lo tuvo alejado incluso del mayo francés de 1968, quedando el proyecto inconcluso. En paralelo comenzó la historia de *Los CEMH*, donde algunos de sus textos, basados en los resúmenes de Harnecker, fueron

[45] González Monarde, "Biografía político-intelectual de Luis", 185.
[46] Vitale, Carta a Ernest Mandel, 1.
[47] Según Harnecker, en ese momento estaban influenciados por el cristiano marxista Jacques Chonchol y el demócrata cristiano Julio Silva Solar, quienes integraban el grupo Socialismo Cristiano, afirmando que "ellos fueron los que me recomendaron ponerme en contacto con un cura comunista en Francia, y ese cura fue el que después me contactó con Althusser" (Rauber, *Marta Harnecker*, 122).
[48] Rauber, *Marta Harnecker*, 130.

publicados por entregas en la sección teórica del quincenario *Punto Final* entre noviembre de 1967 y octubre de 1969[49], sumando treinta y tres partes, la mayoría enviadas desde París al editor chileno Manuel Cabieses. Posiblemente esos artículos llamaron la atención de Maspero, que, para evitar la devolución del dinero adelantado a Harnecker, le propuso compilar un libro para explicar de forma sencilla el marxismo. Cuando Althusser conoció el trabajo, sin hablar con Harnecker, le planteó a Maspero que no se podía publicar en Francia, "porque contenía ideas que él todavía no había publicado, que eran materiales para el libro que estábamos preparando junto con Balibar"[50], a los cuales pudo acceder por estar trabajando en ese proyecto. No obstante, Althusser no se opuso a que el libro fuera publicado en América Latina.

Por este desencuentro, Harnecker se comunicó con el argentino Arnaldo Orfila, fundador y director de Siglo XXI Editores en México, donde fue conocida como la introductora de *La revolución teórica de Marx*. El texto lo entregó a finales de 1968 y se imprimió en abril de 1969, convirtiéndose en un éxito editorial puesto que no era un manual soviético, sino un texto escrito por una latinoamericana de origen católico que devino en marxista. Como fue utilizado para introducir estudiantes universitarios en el marxismo, *Los CEMH* fue modificado en la 6ª edición *Corregida y ampliada* de abril de 1971 y en la 51ª edición *Nuevamente aumentada y revisada* de 1985. Así, en 2026 alcanzó la 67ª edición, sin contar las traducciones[51] y copias clandestinas hechas por organizaciones marxistas para formar militantes revolucionarios, llegando a circular millares de copias[52]. En lo anterior, no solo contribuyó que su

[49] Ramírez et al., "Marta Harnecker y el Marxismo Pedagógico", 336.

[50] Rauber, *Marta Harnecker*, 138.

[51] Entre las traducciones están las ediciones de: Bélgica (Contradictions, 1ª ed.1974, y 2ª ed. Contradictions-L´Harmattan, 1992, basada en la 51ª ed.), Australia (Universidad de Sydney, 1974), Brasil (Global Editora, 1ª ed., 1981, 2ª ed., 1983), Portugal (Presença, 1975), y Grecia (Papazisis, 1976), la mayoría traducidas de la 6ª edición de 1971. Entre las impresiones clandestinas o piratas: Nicaragua (Editorial Vanguardia, 1987) y Perú (Imprenta Tipo Offset, ed. pirata, 1971) y otra peruana impresa en La Victoria con el sello "Amier Hnos. de París". Véase: Harnecker, *Los conceptos*, 51ª ed., 1.

[52] Las mediciones superan el millón de ejemplares de Siglo XXI, con un tiraje distinto en cada sucursal (México, Argentina, Colombia) o país (mediante convenios con editoriales e imprentas), y a veces de ediciones (en España). Solo la 6ª edición fue impresa en México y Argentina por Siglo XXI, y en Chile por

aparición coincidiera con la Reforma Universitaria chilena y el revuelo internacional de la presidencia de Salvador Allende, sino también el pasado católico de Althusser y Harnecker, explicando el influjo de sus obras en el desarrollo de un sector de la intelectualidad ligada a la teología de la liberación[53].



Portadas de la 1ª edición de 1969, 6ª edición de 1971 y 61ª edición de 1999 (según la 51ª de 1985)

editorial Universitaria. También sabemos que: la 1ª y 4ª edición de México tuvo 3.000 y 4.000 copias respectivamente; la 7ª y 10ª edición en Chile 5.000; la 17ª edición en Chile 8.000; la 24ª edición de Argentina 10.000; la 35ª y 49ª edición de México 30.000 y 40.000; y la 51ª y 57ª edición de México 25.000 y 15.000. Considerando un promedio de 10 mil copias en las 66 ediciones de Siglo XXI, más las de cada sucursal y país, junto a las clandestinas y piratas, sumarían más de un millón de ejemplares.

[53] Dussel, "Teología de la liberación", 528.

A pesar de que fue un éxito editorial, la opinión de Althusser sobre *Los CEMH* fue confusa. Inicialmente se opuso a que fuera publicado en Francia, pero igualmente colaboró con los prólogos y comentarios críticos a la 1ª y 6ª edición del libro. Sin embargo, en su autobiografía afirmó que no lo consideraba un buen libro:

> Para mi desgracia o no, también me leían en el extranjero y no obstante ¡en qué diferencia de contexto! Cuántos filósofos y políticos o ideólogos, siento decirlo, se alineaban conmigo e intentaban comprometerse en las vías semi-maoístas abiertas entonces por mis escritos críticos. Un solo ejemplo: una de mis alumnas, la chilena Marta Harnecker, que vivió en París […], volvió a la América Latina (Cuba) para redactar un pequeño manual de materialismo histórico. ¿Se sabe que se publicaron diez millones de ejemplares? No era muy bueno pero sin embargo constituyó –a falta de algo mejor– la única base teórica y política de formación para centenares de millares, si no para decenas de millones de militantes de la América Latina, porque era la única obra de su especie en el continente.[54]

Esta cita permite observar varias dimensiones de un mismo fenómeno, especialmente el histórico desencuentro intelectual entre Europa (personificado en un francés) y América Latina (personificado en una chilena). Básicamente, en el único pasaje donde Althusser mencionó a Harnecker en su autobiografía, omitió el rol que cumplió como agente intermediaria a cargo de una operación de traducibilidad, reproduciendo (consciente o inconscientemente) la invisibilización de una mujer, pero también de los intelectuales no europeos en el campo marxista. De hecho, solo reconoció que el libro de Harnecker llenó un vacío en América Latina por ser el único de su tipo, siendo consciente de que sus ideas circularon por ese medio entre los lectores de la región, asumiendo que —parafraseando a Bourdieu— estaban fuera de lugar, y, por eso, mediante los prólogos que escribió para la 1ª y 6ª edición de *Los CEMH*, entregó las claves analíticas.

Harnecker situó el libro en el contexto latinoamericano mediante la introducción de la 1ª edición, planteando que se trataba

[54] Althusser, *El porvenir es largo*, 312.

de un programa de formación teórica para militantes revolucionarios y que, a partir de los conceptos de la teoría marxista de la historia, permitiría al movimiento obrero "transformar el mundo, de hacer la revolución"[55]. Allí advirtió que dicha teoría no debía considerarse un dogma, sino una guía para la acción, siendo necesario comprender las "leyes generales" que Marx, Engels, Lenin y Stalin establecieron en base a su experiencia revolucionaria. Estas debían aplicarse creativamente en cada realidad concreta mediante el estudio de su historia y las características específicas de las formaciones sociales, siendo clave el concepto de "modo de producción" como hilo conductor para explicar diferentes aspectos de la sociedad. Según Harnecker, a diferencia de otros manuales que comenzaban con una visión de conjunto, *Los CEMH* realizaban un camino de estudio sistemático y riguroso de todos los conceptos anteriores[56], y, citando a Marx, destacó la importancia de traducir una obra accesible para la clase obrera, por lo cual incorporó esquemas y cuestionarios para su estudio.

Siguiendo a Althusser, Harnecker definió el marxismo-leninismo como una "teoría científica"[57] formada por un cuerpo de conceptos como instrumentos de trabajo material para el conocimiento de una realidad determinada, y que, al enseñarse críticamente, permitían alejarse del dogmatismo de la manualística soviética. Así, resaltó el desigual desarrollo teórico del materialismo histórico, ya que Marx no entregó definiciones cerradas, sino una propuesta rigurosa de algunos conceptos y limitada de otros, siendo necesario identificar las nociones científicas aplicadas en sus textos. Basada en los trabajos, seminarios y traducciones de Althusser, planteó que los instrumentos teóricos de Marx no debían aplicarse mecánicamente, sino de forma creadora a cada realidad mediante el "análisis concreto de una situación concreta"[58], tal como lo hicieron Lenin, Mao, Mariátegui o Recabarren. Así, *Los CEMH* llenaron un vacío en Latinoamérica ante la ausencia de manuales sobre marxismo alternativos a los que produjo la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, los que fueron usados por décadas para formar a los militantes de las organizaciones políticas marxistas.

---

[55] Harnecker, *Los conceptos*, 1ª ed., 4.
[56] Harnecker, *Los conceptos*, 1ª ed., 8.
[57] Harnecker, *Los conceptos*, 1ª ed., 6.
[58] Althusser, "Presentación", 2–3.

Cuando Harnecker realizó los primeros cambios en la 6ª edición de abril de 1971, Althusser escribió una nueva presentación reafirmando que Marx fundó una teoría y una ciencia con centro en la lucha de clases[59]. Asimismo, cuestionó que las ediciones previas expusieran el concepto de "fuerzas productivas" (capítulo II) antes que las "relaciones sociales de producción" (capítulo III), ya que, desde su perspectiva, en la teoría marxista las relaciones sociales de producción de los individuos daban origen y sustento a las fuerzas productivas, donde los trabajadores también eran parte como mano de obra. Con estas sugerencias, Harnecker reordenó los capítulos dejando primero el concepto de "relaciones sociales de producción" y luego el de "fuerzas productivas" para evitar confusiones. También consideró el libro de Charles Bettelheim, *Calcul économique et formes de propriété*[60] (1970) y dio a conocer los cambios en el CESO de la Universidad de Chile, reestructurando siete de los doce capítulos e introduciendo nuevos conceptos en un apéndice sobre la plusvalía en las sociedades mercantiles y capitalistas[61].

En Chile, la Reforma Universitaria (1967-1973) también influyó en la circulación del libro, apareciendo en un contexto de apogeo editorial, institucionalización de las ciencias sociales y radicalización política de los intelectuales. Allí, el marxismo adquirió el carácter de una ciencia que podía enseñarse en la universidad, donde Harnecker señaló que:

> […] gracias a la publicación de *Los conceptos*… me invitaron a participar en la confección de los primeros programas de la cátedra sobre marxismo. Fue así como, contra todo lo imaginado pude sobrevivir gracias al marxismo. Fui profesora en la universidad [de Chile] porque con la reforma universitaria valía más tener un libro que tener un título.[62]

De esta manera, el uso que se le dio a *Los CEMH* fue variado, sirviendo como material para estudiar el materialismo

[59] Althusser, "Presentación a la sexta", xi-xii.
[60] Centrado en la crítica a los métodos de cálculo económico en las economías capitalistas y socialistas, señalando que en ellas influyen tanto la propiedad privada individual como la propiedad privada del Estado.
[61] Harnecker, *Los conceptos*, 6ª ed., 1–2.
[62] Rauber, *Marta Harnecker*, 140.

histórico en las universidades y un texto indispensable para la formación política de los militantes revolucionarios chilenos y latinoamericanos, siendo prohibido durante las dictaduras. Y aunque el libro fue cuestionado por marxistas como Vitale, en la mayoría de los casos las críticas se dirigieron contra la propuesta estructuralista althusseriana y su forma de leer a Marx, mientras que Harnecker fue situada como una reproductora del pensamiento de Althusser, siendo generalmente mencionada en alguna nota al pie de página. A pesar de que fue leída por numerosos militantes marxistas latinoamericanos, son reducidos los intelectuales que le dieron a Harnecker un lugar en la controversia, validándola como interlocutora y productora de conocimiento. Al parecer, todo lo anterior junto a la catástrofe personal de Althusser, llevó a Harnecker a corregir por segunda vez *Los CEMH* (51ª ed.); sin embargo, Vitale divulgó su polémico artículo poco antes de su aparición en 1985.

Juego de estructuras: la crítica colectiva de Luis Vitale

El propósito del texto de Vitale fue iniciar un debate sobre el contenido de *Los CEMH*, planteando que la lectura althusseriana de Marx tenía profundas implicancias en la forma de analizar la realidad latinoamericana y proyectar su transformación en clave socialista. Por ese motivo, publicó "Juego de estructuras contra materialismo histórico. Un manual a espaldas de la realidad" en la revista *Nueva Sociedad*, editada en Caracas, Venezuela, por el politólogo alemán Alberto Koschuetzke[63]. Este fue complementado con el texto "De la ruptura de Althusser con el marxismo"[64], escrito por el bibliotecólogo y escritor marxista Abraham Pimstein Lamm[65],

[63] Fue director de *Nueva Sociedad* entre 1982 y 1993, revista financiada por la fundación socialdemócrata alemana Friedrich Ebert. Por esos años la redacción de la revista se trasladó a Caracas y se estaba adecuando a las nuevas formas de hacer política ampliando el espectro ideológico hacia la izquierda latinoamericana. Véase: Aranguren, "La evolución de la revista Nueva", 13.

[64] Pimstein, "De la ruptura".

[65] Nacido en una familia de inmigrantes europeos en Santiago (1914-1988), estudió leyes en la Universidad de Quito y bibliotecología. En los cuarenta se vinculó al POR, donde conoció a Humberto Valenzuela y Vitale. En los sesenta fue docente en el Instituto Pedagógico y director de la Escuela de Biblioteconomía de la Universidad de Chile, estudiando el pensamiento evolucionista cristiano y

quien estuvo exiliado en Caracas con Vitale[66]. Los trabajos fueron una crítica colectiva cuya primera parte la elaboró Pimstein, concentrado en atacar el pensamiento de Althusser, mientras que en la segunda parte Vitale analizó su proyección en el pensamiento de Harnecker. Ambos buscaron retomar un debate que consideraban inconcluso, enraizado en los estudios marxistas desarrollados desde inicios del siglo XX para determinar el modo de producción y la formación social de América Latina.

La crítica de Vitale contra Harnecker estaba en línea con la tesis del texto "América Latina ¿Feudal o Capitalista? ¿Revolución Burguesa o Socialista?"[67], donde atacó la concepción unilineal, etapista y eurocéntrica de la historia que proponía alcanzar una revolución democrático-burguesa antes de la revolución socialista. Inspirado en la teoría del desarrollo desigual y combinado de Trotsky, Vitale planteó que la formación económica latinoamericana no coincidía con el modo de producción feudal europeo, siendo innecesaria una revolución democrático-burguesa como lo demostraron la Revolución China y la Revolución Cubana. Y

antropológico estructuralista de Teilhard de Chardin, de donde provino su crítica hacia Althusser y Harnecker en los ochenta.

[66] Ambos textos fueron divulgados por Vitale en un folleto de la editorial Libros del Retorno, en alusión a su pronto regreso a Chile, que él mismo editó en Buenos Aires, donde estuvo exiliado en los años ochenta. Véase: Vitale y Pimstein, *Althusser/Harnecker o el racionalismo*.

[67] Aparecido en junio de 1966 en revista *Estrategia* del Movimiento de Izquierda Revolucionaria chilena, siendo traducido al inglés (1968), alemán (1969) e italiano (1973). También se reprodujo en Editorial Recabarren (Santiago: 1966), la revista trotskista *Perspectiva Internacional* (Vol. 1, Nº 6, septiembre 9 de 1966); en los cuadernos de la Central de Publicaciones de la Escuela de Economía y Administración de la Universidad de Concepción (1968) y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1970); y en el libro de Ernest Mandel, Luis Vitale, Sergio Bagú, Ramón De Armas, Raúl Olmedo y André Gunder Frank. *Feudalismo, capitalismo, subdesarrollo* (Buenos Aires: Editorial Akal, 1977 y Caracas: Editorial Latina, 1977). La versión en inglés, a la cual se le extrajeron varios párrafos, apareció en: James Petras y Maurice Zeitlin. *América Latina ¿Reforma o Revolución?* (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970, pp. 33-41). Las traducciones al alemán, italiano y francés fueron publicadas entre 1974 y 1975 por militantes trotskistas europeos ligados al Secretariado Unificado, quienes participaron de la campaña de solidaridad para liberar a Luis Vitale de los campos de concentración de la dictadura chilena.

siguiendo las tesis desarrolladas desde los años treinta[68], señaló que a partir de la invasión europea en América predominó una formación económico-social donde convivían relaciones de producción precapitalistas (feudales e indígenas) y capitalistas, prevaleciendo este último modo de producción.

Dicho argumento lo incorporó en el texto inédito *Althusser contra Althusser* (1971), que entregó al filósofo chileno Juan Rivano para publicar en la revista que dirigía en la Escuela de Filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, lo que finalmente no se concretó[69]. No obstante, podemos conocer su argumento mediante la ponencia *El dogmatismo en crisis* (1979)[70] y en el libro *La formación social latinoamericana* (1979)[71], donde relacionó la concepción unilineal y etapista de la historia, que consideraba un error, con el

[68] Esta tesis la difundió León Trotsky en *Historia de la Revolución Rusa* (1932), llamando a los marxistas a desarrollar un programa de investigación para demostrarlo. Sin embargo, el historiador argentino Sergio Bagú en *Economía de la Sociedad Colonial* (1949), impugnó por primera vez el supuesto trasvasije del feudalismo en América, planteando la convivencia de modos de producción heterogéneos en su formación social. Ese año, el trotskista argentino Hugo Bressano (Nahuel Moreno) del Partido Obrero Revolucionario (donde militó Vitale en su juventud), publicó *Cuatro tesis sobre la colonización española* (1949) donde, junto al intelectual Milcíades Peña, estudió y aplicó las tesis de Trotsky. Peña y Vitale militaron en ese partido en los años cincuenta y mantuvieron contacto epistolar tras la radicación del segundo en Chile, redactando trabajos que reforzaban esta idea a partir de las coyunturas de la Revolución Boliviana de 1952 y la Revolución Cubana de 1959. A estas tesis luego adhirieron el historiador chileno Marcelo Segall en *El desarrollo del capitalismo en Chile* (1953), luego Vitale en *América Latina ¿feudal o capitalista?* (1966) y en el primer tomo de *Interpretación marxista de la historia de Chile* (1967), y el sociólogo alemán André Gunder Frank con *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1965). Véase: Vitale, *La formación social latinoamericana*, 17.

[69] De este texto solo conocemos su título, el que aparece en Vitale, *La formación social latinoamericana*, 39.

[70] Ponencia presentada en un seminario sobre los marxismos en la Universidad Central de Venezuela en octubre de 1979. Véase: Vitale, "El dogmatismo en crisis".

[71] Este fue un esbozo de su proyecto historiográfico más ambicioso que desarrolló en el exilio, su *Historia general de América Latina* (1984) publicada por la Universidad Central de Caracas, tras lo cual ejecutó otros dos nuevos proyectos. Por un lado, una gira continental para someter al debate las tesis de los 9 tomos del libro, y por otro, profundizar sus estudios sobre el marxismo latinoamericano, en especial lo relativo a sus orígenes, circulación y recepción de sus precursores durante los siglos XIX y XX.

surgimiento de un "dogmatismo tardío" basado en las ideas de Althusser y divulgado por los libros de Harnecker. Si bien planteó que había logrado romper con aquellos modelos europeos previamente, siguiendo a Frantz Fanon, afirmó que aún quedaban algunos con "mente colonizada". Así, señaló que a pesar de la:

> […] derrota sufrida por la concepción unilineal de la historia, que rebuscó obstinadamente en América Latina la secuencia esclavismo-feudalismo-capitalismo, ha vuelto a resurgir un dogmatismo tardío, sedicentemente marxista, bajo un nuevo ropaje. Su portavoz más connotado —y publicitado— es Marta Harnecker, quien repite fielmente los modelitos del teórico del estructuralismo francés "de gauche", el señor Althusser. Ha llegado el momento de hacer, al estilo de Federico Engels, un Anti-Dühring para América Latina, salvando por supuesto las distancias entre el señor Dühring y la señorita en cuestión.[72]

En esa línea, planteó que cuando los partidarios de la concepción unilineal de la historia hegemonizaron el debate político, el desarrollo intelectual del marxismo latinoamericano se estancó. Esta situación cambió tras las revoluciones de Cuba y Nicaragua, dando nuevos aires al materialismo histórico a partir de las experiencias y las reflexiones desarrolladas en la especificidad latinoamericana. Por ese motivo, le preocupaba el surgimiento de un nuevo dogmatismo cientificista de corte althusseriano, lo que podría dificultar nuevamente el enriquecimiento del marxismo latinoamericano.

Buscando producir conocimientos de forma colectiva, el artículo de Pimstein dialogó con el de Vitale. Allí sostuvo que Althusser intentó "estructuralizar" el marxismo depurándolo de sus nociones antropológicas, historicistas y humanistas, convirtiéndolo en un sistema científico despojado de su carácter radical contra la sociedad capitalista y una entidad atemporal o "ahistórica" que no cambiaba a pesar de la intervención de las personas[73]. Desde su perspectiva, Althusser dividió la obra de Marx en tres partes tal como "el misterio de la Santísima Trinidad. Uno, el de la etapa

[72] Vitale, "El dogmatismo en crisis", 3; Vitale, *La formación social latinoamericana*, 39.
[73] Pimstein, "De la ruptura", 117–18.

ideológica; dos, el de la llamada "ruptura epistemológica" […]; tres, el de la etapa científica"[74]. Althusser extirpó el concepto de alienación, considerándolo una noción "pre-marxista" y no científica, mientras para Pimstein y Vitale explicaba el alejamiento de las personas de su esencia humana, producto de la explotación del hombre por el hombre ejercida por una administración estratificada capitalista o tecnoburocrática. Para Pimstein, con esto Althusser evitó una crítica directa al régimen de Stalin, a quien citaba en sus textos y a quien el PCF se obstinaba en defender incluso tras la invasión soviética a Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968).

Pimstein consideraba que Althusser reproducía un mecanicismo estalinista en la definición del "materialismo dialéctico" como filosofía del partido marxista-leninista, y el "materialismo histórico" como estatuto de ciencia positiva, siguiendo las premisas de un texto de Stalin de 1938[75], cuando Marx solo hablaba de un materialismo[76]. Así, buscó desenmascarar la teoría y la práctica de Althusser aludiendo a la época en que vivió una severa depresión que le impidió involucrarse en las manifestaciones ocurridas en Francia durante mayo de 1968, siendo acusado de colaborar con el gobierno de Charles de Gaulle[77]. Según Pimstein, la distancia de Althusser con el mayo francés reflejó el fracaso del althusserianismo en ese país, sin impedir que el manual de Harnecker continuara divulgando una teoría donde la historia no la hacían los hombres, sino que las masas y las estructuras[78]. Pero debido a que en América Latina y el Caribe no existió una polémica contra Harnecker de igual calibre que la de Althusser en Europa, Pimstein y Vitale destacaron el rol de la chilena para enriquecer el debate del marxismo latinoamericano.

---

74 Pimstein, "De la ruptura", 119.

75 En referencia al texto de: Stalin, Josep, *Sobre materialismo dialéctico y materialismo histórico*.

76 Pimstein, "De la ruptura", 122.

77 Esto lo reafirma el discípulo de Althusser, el filósofo Jacques Rancière: "En esta coyuntura, la significación política del althusserianismo se mostró como muy distinta de la que supusimos. […] De este modo se hizo claro algo que hasta entonces quisimos ignorar: entre la interpretación althusseriana de Marx y la política revisionista no había una mera coexistencia equívoca, sino una solidaridad teórica y política efectiva" (Rancière, "Sobre la teoría", 321–22).

78 Allí, Pimstein citó una edición de 1982, es decir, una reedición de la 6ª edición de abril de 1971.

Por su parte, Luis Vitale, en "Juego de estructuras…", visibilizó el rol que tuvieron los libros y manuales de Harnecker en la educación política de los sectores populares y movimientos revolucionarios latinoamericanos. Coincidiendo con la evaluación de Pimstein respecto al marxismo althusseriano, agregó una crítica al eurocentrismo, ya que ese enfoque no fue desarrollado en función de la realidad social y política latinoamericana, sino que en relación con la experiencia europea. Siguiendo a Henri Lefebvre, planteó que la posición de Althusser y Harnecker no tenía sentido en Latinoamérica, y en la medida que pudiera tenerlo, sería en los países con un capitalismo avanzado como en Europa[79]. Luego agregó que ninguno de los dos consideró que en los años sesenta América Latina y el Caribe pasaban por una ola de ascenso revolucionario estimulado por la Revolución Cubana, donde las nuevas generaciones de revolucionarios buscaban:

> Afanosamente libros que de manera sintética le dieran un pronto conocimiento de los fundamentos del marxismo. El libro de Harnecker llenó el vacío existente porque los únicos manuales que circulaban en aquella época eran los de la Unión Soviética, los cuales la nueva generación rechazaba por la posición crítica que tenía entonces la dirigencia cubana en relación a la URSS y los PCs [partidos comunistas].[80]

Por lo tanto, *Los CEMH* ocuparon un lugar debido a que no era un manual que reproducía la interpretación soviética y estalinista del marxismo, sino que había sido escrito por una mujer latinoamericana. Sin embargo, Vitale lo consideró uno de los tantos voluntarismos del momento, siendo resultado del retraso teórico-político de la nueva izquierda regional, cuya "intelligentsia" necesitaba consolidar un estatus universitario. De esa manera, la categoría althusseriana de práctica teórica racionalizó el quehacer marxista con el carácter de ciencia que podría enseñarse en la universidad, legitimando el uso de nociones como "sobredeterminación" para analizar la realidad. Esta categoría

[79] La cita corresponde a Henri Lefebvre, *Más allá del estructuralismo* (Pléyade, 1973), p. 23, citado en Vitale, "Juego de estructuras", 128.
[80] Vitale, "Juego de estructuras", 129.

también permitió enfocarse, no solo en el factor económico de las contradicciones sociales, sino en la multiplicidad de contradicciones que influyen en una estructura social compleja.

En esa línea, Vitale afirmó que *Los CEMH* y los *Cuadernos de Educación Popular* (*CEP*) obstaculizaron una verdadera educación política bajo el gobierno de Salvador Allende, tendiente a preparar a los sectores populares para el asalto al poder. Además, consideró que su difusión respondió al apoyo y promoción hechos por las corrientes reformistas, en particular los partidos comunistas y socialistas latinoamericanos que necesitaban un neodogmatismo adaptado a los nuevos tiempos purificando el marxismo del estalinismo. Por esto, Vitale volvió a la polémica sobre la recepción del althusserianismo en Latinoamérica, en especial por la crítica que hizo Althusser contra el historicismo cuando rechazó que las personas de una época tuvieran conciencia de su presente y planteó que la historia como ciencia se hacía centrándose en objetos teóricos (estructuras) y no en las clases sociales o la acción de las personas. Así, para Vitale, Althusser se equivocó al construir conceptos con su interpretación de Marx, los que reprodujo Harnecker.

Citando la 25ª edición de *Los CEMH* (basada en la 6ª ed.), cuestionó la noción de "modo de producción" que Harnecker comprendió como una totalidad social-global, donde incluyó tanto a la estructura económica como a los otros niveles de la totalidad social (jurídico, político e ideológico). Para Vitale, la definición concernía a la "estructura económica" o la interrelación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, mientras que la combinación de modos de producción constituía una "formación económica"[81]. Luego señaló que Harnecker confundió el concepto de "formación económica" con el de "formación social", cuando en realidad se trataba de dos conceptos distintos, el primero una noción que aceptaba la combinación de distintos modos de producción, y el segundo una categoría teórica para estudiar una sociedad histórica concreta. Además, cuestionó la separación del concepto de "fuerzas productivas" con el de "relaciones de producción", fenómenos que Vitale consideraba inescindibles, llevando a Harnecker a negar la teoría de la alienación tal como Althusser, que la consideraba una categoría anticientífica.

[81] Vitale, "Juego de estructuras", 133–34.

Todo lo anterior, según la perspectiva de Vitale, obstaculizó la comprensión de los procesos históricos de la dependencia económica y del subdesarrollo latinoamericano, acusando a Harnecker de asumir una visión eurocéntrica:

> Un manual que se diga reivindicador del materialismo histórico y no suministre una teoría para analizar las particularidades de América Latina está, de hecho, a espaldas de la realidad que viven nuestros pueblos. La prueba es que sus proposiciones impiden comprender aspectos relevantes, como la relación etnia-clase que permea toda nuestra historia, la cuestión nacional, la relación del hombre con la naturaleza, la cuestión agraria y el carácter de las luchas campesinas, el proceso de semi-industrialización y urbanización que ha generado cinturones de miseria y el increíble olvido de la mitad de la población, es decir, la condición de la mujer en la sociedad latinoamericana, tanto como reproductora de la fuerza de trabajo como de mano de obra barata y ejército industrial de reserva.[82]

Así, Vitale situó la teoría marxista en relación con la especificidad latinoamericana, reconociendo categorías como la raza y valorando la agencia de las mujeres e indígenas. También en "El marxismo latinoamericano ante dos desafíos: feminismo y crisis ecológica" cuestionó que muchos partidos marxistas no habían dado una respuesta integral a las luchas de las mujeres por su emancipación, y salvo Manuel Agustín Aguirre, los varones marxistas latinoamericanos no habían hecho contribuciones respecto a la explotación de la mujer en el capitalismo y su rol en la reproducción de la fuerza de trabajo[83]. Por este motivo, reivindicó la categoría de "formación social" como expresión de la especificidad de una sociedad como la latinoamericana, permitiendo comprender la totalidad de la sociedad y explicar sus tendencias sociales, políticas, ideológicas y la lucha de clases, pudiendo adaptarse a la realidad de cada región. Con esta mirada investigó sobre las mujeres, la relación naturaleza-sociedad, las mediaciones entre base-superestructura, las funciones asumidas por el Estado

[82] Vitale, "Juego de estructuras", 130.
[83] Vitale, "El marxismo latinoamericano ante", 94–95.

capitalista, e incluso elaboró una teoría política para acabar con el capitalismo y las sociedades en transición para llegar definitivamente al socialismo.

En seguida, cuestionó la concepción de historia en Althusser y su propuesta de que las estructuras y las "masas" creaban la "historia" dejando a un lado la agencia del individuo, siendo que las estructuras eran "ahistóricas" y ajenas a la realidad social. Desde la perspectiva de Vitale, el "antihumanismo" de Althusser, que en parte reprodujo Harnecker, sugería que la historia era un proceso sin sujeto, donde la dialéctica no se debía a la acción de las personas ni tampoco a un Dios, sino a las estructuras, coincidiendo con el dogmatismo estalinista que:

> Hace del materialismo histórico un cientificismo, acompañado de una filosofía **ad hoc** —el llamado materialismo dialéctico— que en nombre de la una práctica-teórica se aleja cada vez más de una praxis transformadora de la historia, reforzando y justificando el papel de la burocracia expropiadora del poder político de la clase trabajadora.[8485]

En esa línea, Vitale acusó a Althusser y a Harnecker de renegar del humanismo socialista al estilo de Stalin —expresado en la práctica mediante la represión de sus oponentes políticos, el desarrollo del socialismo en un solo país y el fortalecimiento del Estado y la industrialización—, siendo que el humanismo socialista era el deseo aún no cumplido de la propuesta de Marx.

Vitale sabía que los artículos podrían disgustar a Harnecker, pero también supuso que no sería obstáculo para volver a Cuba. De hecho, en una carta al trotskista belga Ernest Mandel, se refiere a la invitación para un congreso sobre marxismo en 1984, señalando que algunos compañeros pensaron que no lo volverían a invitar debido a que Harnecker era compañera del político y militar cubano Manuel Piñeiro, uno de los hombres más importantes del Partido Comunista. Sin embargo, fue invitado al II Encuentro de Intelectuales realizado en La Habana en 1985, donde supo que habían discutido su "artículo en el Partido y en las universidades,

[84] Vitale, "Juego de estructuras", 135.
[85] Las palabras en negrita son de Luis Vitale.

donde la nueva generación está harta y cansada de los manuales"[86]. De esta manera, Vitale puso énfasis en la perspectiva humanista que también relevaron intelectuales de variadas corrientes marxistas, como la oposición comunista de León Trotsky (enfocada en la acción revolucionaria de las personas), el comunismo de consejos de Rosa Luxemburgo (centrada en el desarrollo de la democracia socialista) e incluso de las lecturas latinoamericanas de Marx como la de Ernesto Guevara (enfocado en aspectos éticos y la transformación del individuo en el "hombre nuevo"), quienes habrían captado aquella perspectiva del autor de *El Capital*.

El marxismo, un antidogma: la réplica de Marta Harnecker

Cuando Marta Harnecker conoció los textos de Vitale y Pimstein, consideró que fue atacada injustamente y que debía responder continuando la polémica para enriquecer el marxismo latinoamericano. Por tanto, el 14 de noviembre de 1984 escribió una carta al director de la revista *Nueva Sociedad*, Alberto Koschuetzke, señalando que los textos le causaron un gran disgusto. Allí tildó los artículos como "poco serios", aduciendo que tanto a Althusser como a ella se les criticaba por cosas que no decían y por frases o párrafos extraídos de su contexto. Si bien quiso seguir el debate mediante un artículo en la revista, señaló que no podía hacerlo debido a que su tiempo era absorbido por un libro en plena elaboración[87]. No obstante, estaba preocupada por la deformación de la que fue objeto el pensamiento de Althusser que, para ella, en los aspectos esenciales seguía siendo valioso. Por eso, evaluaba una oportunidad para escribir una exposición sistemática de sus ideas y un análisis sobre los alcances de su autocrítica, la que también se malinterpretaba:

> Una prueba de la poca seriedad con que se estudia este autor es el hecho de que durante 16 años haya circulado *La revolución teórica de Marx* (traducción hecha por mí de *Pour Marx*) sin que nadie se haya percatado aparentemente que existe un grave error de impresión que tiene que ver con uno de sus conceptos fundamentales: el de "estructura a

[86] Vitale, Carta a Ernest Mandel, 2.
[87] Se trataba del libro *Instrumentos leninistas de dirección política* publicado en 1985.

> dominante", que en un pliego sale en forma correcta y en el siguiente sale sin la a, con lo que cambia completamente su sentido.[88]

De esta manera, Harnecker reafirmó la importancia y aportes del pensamiento de Althusser y, en su defensa, señaló que fue malentendido por errores de impresión de algunas traducciones de sus libros. De hecho, en otras entrevistas que le realizaron años después, Harnecker reforzó este argumento señalando que ese error apareció con la 1° edición de *La revolución teórica de Marx*, llevando a figuras como Jorge Insunza (miembro de la dirección del Partido Comunista chileno) a igualar el concepto de estructura "dominante" con el de estructura "a dominante", debido a que, según ella, la redacción de Siglo XXI eliminó en algunos pliegos la "a" sin consultarle[89]. Sin embargo, se trataba de dos fenómenos distintos, el primero de una estructura parcial (económica, política, ideológica) que es principal en un momento determinado, mientras que la segunda sería una estructura social global donde interactúan distintas estructuras. Si bien tales argumentos no convencieron a quienes la cuestionaban, lo cierto es que Harnecker escribió su autocrítica y la nueva edición de *Los CEMH* desde Cuba, lo que podríamos leer como un respaldo implícito a su réplica desde una parte de la dirigencia cubana y como un factor que podría disuadir nuevos cuestionamientos a su libro.

No obstante, en la carta que envió a Koschuetzke, Harnecker pidió idear una forma para responder a través de *Nueva Sociedad*, sugiriendo publicar el prólogo actualizado de la 51ª edición de *Los CEMH* que aún no daba a conocer. Lamentablemente, la carta no llegó a tiempo, debido a que fue entregada por un contacto cuyo viaje desde La Habana a Caracas (donde vivía Koschuetzke) se retrasó[90], llegando a su destino cuatro meses después. De hecho, cuando respondió el 20 de marzo de 1985, Koschuetzke señaló que les hubiera gustado publicar el mencionado prólogo y que la revista estaba interesada en promover la discusión de los temas enfocados por Vitale y Pimstein. También compartió el criterio de Harnecker

---

[88] Harnecker, Carta a Alberto Koschuetzke, 1.

[89] Ruiz, *Marta Harnecker*, 9.

[90] Allí mencionan a Edmundo Fuentes Ávila, de quien no contamos con más información.

de que eran trabajos "poco serios", más aún si el debate no tenía continuidad o quedaba sin ser respondido por Harnecker, afirmando que:

> Estaríamos de acuerdo en publicar aspectos de las entrevistas, agregándolos al prólogo mencionado. Creemos, sin embargo, que el tiempo transcurrido desde la aparición de los trabajos de Pimstein y Vitale y desde el envío de su carta, nos permitirá un procedimiento que no tenga un carácter de "medida de emergencia" como denominó usted el envío de su material, sino una respuesta eventualmente más elaborada.[91]

Es decir, si bien todos buscaron enriquecer el debate teórico y político del marxismo latinoamericano, el debate no tuvo continuidad en la revista. Y a pesar del interés de Harnecker en publicar su respuesta, como evidencian los de *Nueva Sociedad*, la réplica de la intelectual chilena no apareció a través de esta revista. Sin embargo, fue divulgada en la 51ª edición de *Los CEMH*, donde se refirió a la relevancia de la teoría marxista de la historia y los conceptos fundamentales expuestos por Marx.

Una muestra de lo atareada que estaba Harnecker es que el prólogo de la edición *Nuevamente aumentada y revisada* (51ª ed.) se compuso de fragmentos de entrevistas que tituló *El marxismo, un antidogma*[92]*,* respondiendo a los cuestionamientos recibidos. Allí, señaló que entre las modificaciones agregó un capítulo sobre su aplicación en procesos de "Transición al socialismo", de acuerdo con las experiencias revolucionarias de América Latina. Asimismo, consideró un libro de Étienne Balibar donde relevó la importancia del concepto de dictadura del proletariado como momento de transición al socialismo, depurándolo de la experiencia soviética[93], y otro sobre el rol que juegan las instituciones del Estado y la sociedad

---

[91] Koschuetzke, carta a marta harnecker.

[92] Se trata de la reproducción parcial de entrevistas concedidas por Marta Harnecker a la revista española *Argumentos* (A) en marzo de 1978 y a la revista chilena Punto Final Internacional (PF) en 1983, donde se conservaron solo sus respuestas referentes a su trayectoria en la teoría y la pedagogía marxistas.

[93] Se trata del libro: Balibar, Etienne, *Sobre la dictadura del proletariado*, México, Siglo XXI, 1977.

en la reproducción de la ideología hegemónica (los "aparatos ideológicos") planteados por Althusser[94].

Según Harnecker, lo que la motivó a realizar estas modificaciones fue que debido al paso del tiempo constató que su libro "había sido usado como un manual para recitar"[95], donde la gente repetía y memorizaba los conceptos y los datos, ya que al final de cada capítulo terminaba con preguntas de control para evaluar el aprendizaje. Tales preguntas fueron suprimidas en la 51ª edición de *Los CEMH,* a cambio de interrogantes que conducían a una nueva reflexión o aplicación de los conceptos de acuerdo con la realidad concreta y el contexto social de los lectores. Esto evidenció que había diferentes formas de leer su libro-manual, llevándola a realizar la primera modificación en la 6ª edición, donde siguió el orden de los *Cuadernos de Educación Popular* colocando primero el concepto de "relaciones de producción" y luego de "fuerzas productivas*"*. Esto es relevante, ya que Harnecker desde la época de la Unidad Popular identificó que la forma de exponer sus ideas modificaba la evaluación de sus manuales, prefiriendo el orden de los *CEP* por considerarla más dialéctica y con un método más pedagógico. Por eso, evitó definir en un comienzo los conceptos, a cambio de introducir en un tema al lector y luego entregar la definición, sin embargo:

> Habiendo hecho estos importantes cambios me da mucha pena saber que hay gente que solo conoció las primeras ediciones de *Los conceptos*. Con mi libro, pasó un poco lo que con Althusser, hubo una especie de esnobismo pro-Althusser seguido de un snobismo anti-althusseriano. Nunca pensé que el libro *Los conceptos elementales* llegaría a tener la difusión que tuvo, pero luego vino la crisis del socialismo, y la consecuente crisis de sectores de la izquierda y en ese contexto hubo gente que comenzó a decir yo era la culpable del fracaso de la izquierda. Algunos de los que

[94] Según el libro: Althusser, Louis, "*Ideología y aparatos ideológicos del Estado*," pp. 102-51, en Althusser, *La filosofía como arma de la revolución,* México, Siglo XXI, 1968.
[95] Por ejemplo, el dirigente comunista chileno Orlando Millas lo calificó de "anti-dialéctico", mientras el Partido Comunista uruguayo lo acogió calurosamente (Ruiz, *Marta Harnecker*, 33).

> rechazaban mi manual nunca leyeron mis obras posteriores donde se puede constatar cómo he ido madurando.[96]

Aquella madurez no la adquirió a través del estudio de los clásicos del marxismo, sino conociendo las experiencias de las luchas latinoamericanas, entre ellas la experiencia del gobierno de Salvador Allende y las revoluciones de Cuba y Nicaragua, ya que al momento de escribir *Los CEMH* se encontraba en Francia y sabía muy poco de Latinoamérica.

Por eso, cuando se dio cuenta de los vacíos del manual, intentó que Siglo XXI Editores dejara de hacer nuevas ediciones hasta que no hubiera una nueva revisión. Pero debido a la presión de las universidades que lo usaban para introducir a los estudiantes en el marxismo, continuó imprimiéndose la versión de la 6ª edición de 1971 sin cambios hasta la 51ª edición de 1985. Según el prólogo de esta última versión, luego de quince años *Los CEMH* tuvo destinos desiguales en cada país, pasando de ser un texto universitario o para la formación de militantes, a ser prohibido o quemado durante las dictaduras. Y si bien fue la base de formación teórica de numerosos militantes revolucionarios latinoamericanos, también fue criticado como un trabajo estalinista, maoísta, antidialéctico y revisionista. Así, realizando un balance de su eficacia pedagógica, expresó:

> […] a pesar de nuestro esfuerzo por orientar al estudiante hacia una visión científica, antidogmática del marxismo –lo que implicaba una lectura crítica y una aplicación creadora de lo aquí aprendido–, no pudimos evitar que, en ciertos casos, se cayera en un estudio memorístico y en una repetición mecánica de su contenido. La responsabilidad de esa forma antimarxista de estudiar el marxismo no debe atribuirse en forma exclusiva al estudiante. En nuestro propio trabajo existían deficiencias que, en parte, lo explican.[97]

Si bien Harnecker reconoció en parte los errores de su trabajo, enfatizó que en Europa fue Althusser quien hizo un

[96] Ruiz, *Marta Harnecker*, 34.
[97] Harnecker, *Los conceptos*, 51ª ed., 9.

redescubrimiento de Marx sosteniendo que su pensamiento había causado una revolución teórica que sus seguidores no habrían comprendido en profundidad. De hecho, aseguró que Althusser fue quien le enseñó que la "ciencia de la historia" de Marx nada tenía que ver con las interpretaciones dogmáticas del marxismo ni la aplicación repetitiva de fórmulas mecanicistas, más bien, la defensa de la dialéctica marxista era un "fenómeno antimecanista"[98]. Desde esta perspectiva, Althusser y ella no buscaron imponer un dogma, sino potenciar la creatividad a partir de la lectura de sus obras.

Respecto a las malinterpretaciones de Althusser, Harnecker también expresó que, en la relación entre marxismo y humanismo, muchos interpretaron erradamente su afirmación acerca de que el marxismo era un antihumanismo teórico, pasando por alto la palabra "teórico"[99]. De hecho, afirmó que la palabra de su autor fue deformada completamente y por eso fue acusado de "antihumanista práctico", algo contrario a lo que ella comprendió cuando estuvo directamente relacionada con Althusser, siendo que él sostenía que:

> […] para servir a los hombres reales Marx no fabrica una teoría centrada en reflexiones acerca del hombre sino que busca comprender las leyes que determinan la existencia real de los hombres que viven en las sociedades. […] una serie de conceptos científicos que nada tienen que ver con los conceptos ideológicos del humanismo. Para poder ser humanista práctico era necesario que teóricamente Marx no fuera humanista.[100]

Desde esta perspectiva, para Althusser era más relevante estudiar los problemas del capitalismo y los que surgieron durante la construcción del socialismo, donde supuestamente se iban a resolver. Sin hablar del hombre como la Iglesia, Harnecker planteó que Althusser buscó una vía para afrontar los problemas del autoritarismo y el burocratismo en la construcción del socialismo, considerando "antimarxista" que los problemas de la Unión Soviética fueran atribuidos al estalinismo, siendo necesario profundizar en el conocimiento de las razones de cómo se llegó a

[98] Harnecker, *Los conceptos*, 51ª ed., 18.
[99] Harnecker, *Los conceptos*, 51ª ed., 19.
[100] Harnecker, *Los conceptos*, 51ª ed., 11.

ese tipo de fenómenos. Allí tomó importancia, para Althusser, la lucha teórica mediante el combate ideológico y político, siendo necesario leer más allá de lo que una cita dice textualmente para superar el dogmatismo y desarrollar creadoramente el marxismo. A partir de esto, Harnecker extrajo de los clásicos marxistas el concepto de clases sociales de Marx, dándole de alguna manera vida al capítulo inconcluso de *El Capital*[101], obra donde estaban presentes sus argumentos.

Harnecker reconoció la importancia de Althusser aclarando que eso no significaba que compartiera sus planteamientos iniciales ni los más recientes en la época, lo que no invalidaba sus aportes. En ese sentido, planteó que existen más estudiosos e investigadores del marxismo que pedagogos, y que estos no hacen la historia solos, sino junto a las masas populares con la clase obrera a la cabeza. Por lo tanto, rescató su rol pedagógico como una forma de desembarazar a las personas de la ideología dominante burguesa y adquirir una posición crítica, objetivo que según Harnecker no lograban los manuales soviéticos, y, por eso, escribió uno como *Los CEMH* y que luego modificó con un recorrido explicativo que presentaba al final el concepto. Lo que ella no esperaba fue que su manual tuviera la circulación y recepción internacional que llegó a tener[102], debido a que fue pensado para pequeños grupos de compañeros, pero que llegó a reproducirse, copiarse clandestinamente y adaptarse en América Latina y Europa.

Por último, cabe señalar que frente al emplazamiento que realizó Luis Vitale respecto a la atingencia de las categorías de los movimientos sociales de mujeres e indígenas, Harnecker no emitió una respuesta en la 51ª edición de *Los CEMH*. Aunque rara vez incorporó planteamientos desde la perspectiva de género, más tarde señaló que ella no conoció el pensamiento feminista y tampoco sus textos; sin embargo, reconoció que en las entrevistas realizadas a fines de los años ochenta a militantes de las guerrillas de El Salvador estaban presentes aquellas ideas junto al pensamiento

---

101 Harnecker, *Los conceptos*, 51ª ed., 20.

102 Figuras como el expresidente venezolano Hugo Chávez, el sociólogo brasilero Theotonio dos Santos, el historiador mexicano Pablo González Casanova, la periodista chilena Faride Zerán, el pedagogo canadiense Peter Mclaren y el filósofo brasilero Emir Sader, destacaron la importancia de *Los CEMH* para su formación política. Ver en: Luis Bonilla-Molina (Compilador). *Marta Harnecker. Un tesoro internacional*, Venezuela, Centro Internacional Miranda, 2009.

revolucionario[103]. De hecho, señaló que los temas como la democracia, la participación o el respeto a las diferencias fueron reivindicados tanto por hombres como mujeres nicaragüenses y salvadoreñas, debido a que el pensamiento feminista fue incorporado por las mujeres de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) o el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)[104]. En ese sentido, Harnecker no adhirió a las tendencias liberales o separatistas del feminismo regional, ya que consideraba que sus reivindicaciones estaban incorporadas o debían incorporarse en las organizaciones revolucionarias, sin menoscabar la potencia crítica del feminismo y enriqueciendo el análisis del materialismo histórico.

Reflexiones sobre un debate del marxismo latinoamericano

La polémica protagonizada por Luis Vitale y Marta Harnecker sobre las nociones althusserianas presentes en *Los CEMH* ofrece un lugar privilegiado para observar las tensiones internas del marxismo latinoamericano y pensar cómo se producen, traducen y disputan las ideas en contextos de exilio, crisis y reconfiguración de los proyectos revolucionarios. Su éxito editorial se debió a un ambiente regional marcado por la Revolución Cubana, la crítica al dogmatismo marxista soviético, la Unidad Popular chilena, la profesionalización de las ciencias sociales, y el pasado cristiano de la autora, lo que amplió su público lector. Allí, la pregunta sobre qué enfoque de la teoría marxista era el más adecuado para analizar y aplicar en la región, fue decisiva para caracterizar la sociedad (feudal o capitalista) y rediseñar un proyecto revolucionario viable. La controversia, situada en la intersección entre historia intelectual, historia del libro y giro material, desbordó el plano de las ideas y se trasladó a las ediciones, paratextos (prólogos, erratas, etc.), traducciones y usos (universitario o militante) de un libro escrito por una mujer que se divulgó en un campo hegemonizado por hombres. No se trató de un intercambio personal o doctrinario, sino que corresponde a una parte del capítulo chileno de la polémica transnacional sobre el pensamiento de Althusser, protagonizada por intelectuales marxistas de renombre en América Latina y el Caribe.

[103] Rauber, *Marta Harnecker*, 12–13.
[104] Rauber, *Marta Harnecker*, 180–81.

La controversia se inscribe en circuitos intelectuales de larga duración surgidos de la interpretación del pensamiento de Marx, donde emergió una ruptura conceptual decisiva ("pre" y "post" althusserianas) que echó raíces en la región. Harnecker desempeñó un rol clave en esta difusión mediante una labor de traducción y adaptación creativa de la obra de Althusser. Aun cuando el objetivo de Vitale fue cuestionar la supuesta responsabilidad de *Los CEMH* en la formación política de los sectores populares y los militantes revolucionarios que aplicaron erróneamente la teoría de Marx, paradójicamente, la polémica contribuyó a legitimar el estatuto de Harnecker como productora de conocimientos y sobre todo como una interlocutora válida e inevitable del marxismo latinoamericano. Sumado a lo anterior, consideramos que Harnecker no se limitó simplemente a reproducir el pensamiento de Althusser, sino que, mediante una reflexión dialéctica, creó un texto fundamental para la formación política que más tarde fue enriquecido por el diálogo con su maestro y numerosos intelectuales latinoamericanos.

En un contexto de crisis y renovación del marxismo, Cuba desempeñó un rol central con una política cultural que ofreció refugio a la izquierda y condujo el debate político-intelectual del marxismo latinoamericano, siendo pionera en la traducción y evaluación de Althusser. Esto demuestra que los estudios marxistas en la región tomaron un curso distintivo, definiéndose dentro de marcos culturales, políticos y epistemológicos propios, lo que permite hablar de "marxismos" en plural, donde tanto Harnecker (althusseriana) como Luis Vitale (trotskista) coincidían en subrayar la importancia de aplicar creativamente el marxismo a la práctica política latinoamericana. Allí, una tensión clave gira en torno a la distinción entre "materialismo histórico" y "materialismo dialéctico" (asociada a Stalin), que permitió a Althusser y Harnecker desglosar pedagógicamente el pensamiento de Marx. Esto plantea una pregunta crucial: ¿hasta qué punto el manual, pese a su voluntad no dogmática, contiene resabios del dogmatismo estalinista? Esto requiere evaluar cada interpretación en su justa medida, más aún cuando existen acusaciones cruzadas como las reseñadas en este trabajo, ya que es complejo definir un límite entre el marxismo "ortodoxo" (más literal) y el "heterodoxo" (más permeable), donde Harnecker y Vitale ejemplifican esta complejidad que desborda las etiquetas rígidas.

A pesar de las críticas (como la de Vitale y Pimstein, que vieron en su obra un intento de elevar el marxismo a ciencia universitaria o un "neoestalinismo"), el manual de Harnecker llenó un vacío para la difusión pedagógica del marxismo desde una perspectiva no soviética. En ese sentido, una dimensión poco explorada son los problemas de circulación y recepción material de las ideas basadas en posibles ediciones con errores de impresión o edición, no para realizar un estudio solamente genético, sino para evaluar su envergadura y afinar el análisis de nuestros objetos de estudio. De hecho, es posible que algunas críticas (como el "antihumanismo práctico" de Althusser) se basaran en ediciones con errores de impresión o que no incorporaban correcciones posteriores. Esto subraya la importancia de rastrear las transformaciones del texto a través de sus distintas ediciones para comprender mejor su irradiación global y las interpretaciones de la militancia. Esta perspectiva, que ha ganado relevancia en las últimas décadas, no pretende atribuir a las erratas la derrota de las experiencias revolucionarias, sino comprender mejor cómo circularon y fueron leídas las ideas que configuraron el pensamiento marxista en la región.

Bibliografía

Altamirano, Carlos, director. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. 2, Katz, 2010.

Altamirano, Carlos, director. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI Editores, 2005.

Althusser, Louis. *Para leer El Capital*. Traducido por Marta Harnecker. Siglo XXI Editores, 1969. Publicado originalmente en 1965.

Althusser, Louis. *El porvenir es largo. Los hechos*. Traducido por Marta Pessarrodona y Carles Urritz. Destino, 1992.

Althusser, Louis. "Presentación". En *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Marta Harnecker. Siglo XXI Editores, 1969.

Althusser, Louis. "Presentación a la sexta edición". En *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Marta Harnecker. 6ª ed. Editorial Universitaria, 1971.

Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*. Traducido por Marta Harnecker. Siglo XXI Editores, 1967. Publicado originalmente en 1965.

Althusser, Louis, et al. *Polémica sobre marxismo y humanismo*. Traducido por Marta Harnecker. Siglo XXI Editores, 1968.

Anderson, Perry. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Traducido por Néstor Míguez. Siglo XXI Editores, 1979. Publicado originalmente en 1976.

Aranguren, Martín. "La evolución de la revista *Nueva Sociedad* en el marco de la historia política y científico-social de América Latina (1972-1998), con foco en la llamada Teoría de la Dependencia". *Espacio Abierto* 19, no. 1 (2010): 5–25.

Bourdieu, Pierre. "Las condiciones sociales de la circulación internacional de las ideas". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, no. 145 (2002): 3–8.

Briceño, Laura. "El semanario *Chile Hoy* y el proyecto de la vía chilena al socialismo (1972-1973)". *Palimpsesto* 11, no. 19 (2021): 103–25.

Celentano, Adrián. "Althusser, el maoísmo y la Revolución Cultural". *Políticas de la Memoria*, no. 16 (2015-2016): 220–25.

Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Gedisa, 2005. Publicado originalmente en 1992.

Darnton, Robert. *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*. Fondo de Cultura Económica, 2010.

Devés, Eduardo. *La circulación de las ideas de América Latina-Caribe por el mundo 1970-2000*. Ariadna, 2021.

Dussel, Enrique. "Teología de la liberación y marxismo". En *El marxismo en América Latina*, compilado por Michael Löwy. LOM Ediciones, 2007.

Fernández Cordero, Laura. "Feminismos: una revolución que Marx no se pierde". *Nueva Sociedad*, no. 277 (2018).

González Monarde, Simón. "Biografía político-intelectual de Luis Vitale". Tesis de licenciatura, Universidad de Santiago de Chile, 2017.

González Monarde, Simón. "La diáspora de la izquierda revolucionaria chilena en el epistolario del exilio de Luis Vitale entre 1974 y 1980". *Izquierdas*, no. 53 (2024): 1–29.

González Monarde, Simón. "Luis Vitale y el origen del capitalismo en la formación social latinoamericana". *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, no. 21 (2023): 131–59.

González Monarde, Simón. "Trayectoria de vida y redes intelectuales en Luis Vitale. Argentina, Chile y el exilio". *Palimpsesto*, no. 15 (2019): 108–34.

Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. Grijalbo, 1967.

Harnecker, Marta. Carta a Alberto Koschuetzke. 14 de noviembre de 1984. Archivo Luis Vitale, Archivo Patrimonial de la Universidad de Santiago de Chile.

Harnecker, Marta. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. 1ª ed. Siglo XXI Editores, 1969.

Harnecker, Marta. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. 6ª ed. corregida y ampliada. Editorial Universitaria, 1971.

Harnecker, Marta. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Edición especial para Chile basada en la 51ª ed. nuevamente aumentada y revisada de Siglo XXI Editores (1985). Terranova Editores, 1986.

Harnecker, Marta. "Marxismo y humanismo". *Papers*, no. 50 (1996): 121–32.

Hofmeister, Wilhelm, y H. C. F. Mansilla, eds. *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*. Homo Sapiens, 2003.

Karsz, Saúl, et al. *Lecturas de Althusser*. Galerna, 1970.

Koschuetzke, Alberto. Carta a Marta Harnecker. 20 de marzo de 1985. Archivo Luis Vitale, Archivo Patrimonial de la Universidad de Santiago de Chile.

Lozoya, Ivette. *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno: 1965-1973*. Ariadna, 2020.

Mandel, Ernest. "Marxismo y humanismo". *Quatrième Internationale*, no. 41 (1970): 39–47.

Massardo, Jaime. *Investigaciones sobre la historia del marxismo en América Latina*. Bravo y Allende, 2001.

Meza, Alexis. *Memoria, subjetividad y política en la obra de Luis Vitale*. Escaparate, 2012.

Moulian, Luis. "Balance historiográfico". En *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*, de Luis Vitale et al. Chile-América CESOC, 1999.

Mujica, Dolores. *Entrevista a Luis Vitale. Historiador, ex militante del POR*. Casa de Luis Vitale, Ñuñoa, 29 de noviembre de 2008 y 27 de junio de 2009.

Ortega, Jaime. "La multiplicidad contra el uno: una cartografía de la presencia de Louis Althusser en América Latina y el Caribe". *Estudios de Filosofía e Historia de las Ideas* 19 (2017): 1–11.

Palti, Elías. *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"*. Fondo de Cultura Económica, 2005.

Pimstein, Abraham. "De la ruptura de Althusser con el marxismo". *Nueva Sociedad*, no. 73 (1984): 117–27.

Ponce, José, y María Serra. "El discurso teórico-político de Marta Harnecker durante la Vía Chilena al socialismo, 1970-1973". *Izquierdas*, no. 21 (2014): 83–104.

Prieto, Abel, y Jaime Gómez, eds. *Fuera (y dentro) de juego. Una relectura del "Caso Padilla" cincuenta años después*. Casa, 2021.

Ramírez, Antonio, et al. "Marta Harnecker y el Marxismo Pedagógico. Itinerario del pensamiento de Marta Harnecker en la Revista *Punto Final* - Chile 1967-1969". En *Actas de las VIII Jornadas de Historia de las Izquierdas*, 333–42. CeDInCI/UNSAM, 2015.

Rancière, Jacques. "Sobre la teoría de la ideología". En *Lecturas de Althusser*, de Saúl Karsz et al., 319–57. Galerna, 1970.

Rauber, Isabel. *Marta Harnecker: vida y pensamiento*. Editorial CIPROS, 2021.

Richard, Nelly. "Género". En *Términos críticos de sociología de la cultura*, compilado por Carlos Altamirano, 95–100. Paidós, 2002.

Rodríguez, Marcelo, y Marcelo Starcenbaum, eds. *Lecturas de Althusser en América Latina*. Doble Ciencia, 2017.

Rojas, Rafael. *El árbol de la revolución. El poder y las ideas en América Latina*. Turner, 2021.

Ruiz, Rodrigo. *Marta Harnecker: marxismo, revolución y la izquierda*. Entrevista realizada entre el 31 de agosto y el 5 de septiembre de 2016, https://rebelion.org/docs/249537.pdf.

Saferstein, Ezequiel. "Entre los estudios sobre el libro y la edición: el 'giro material' en la historia intelectual y la sociología". *Información, Cultura y Sociedad*, no. 29 (2013): 139–66.

Said, Edward. *Representaciones del intelectual*. Paidós, 1996.

Scott, Joan. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". *American Historical Review*, no. 91 (1986).
Starcenbaum, Marcelo. *Marta Harnecker. La pedagogía del marxismo*. Ediciones UNGS, 2022.
Tarcus, Horacio. *La biblia del proletariado. Traducciones y editores de El Capital*. Siglo XXI Editores, 2018.
Tarcus, Horacio. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores, obreros, intelectuales y científicos*. Siglo XXI Editores, 2007.
Tarcus, Horacio. "Para un programa de estudios sobre los marxismos latinoamericanos". *Memoria*, no. 257 (2016): 62–73.
Tarcus, Horacio. *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Tren en Movimiento, 2020.
Thompson, Edward Palmer. *Miseria de la teoría*. Crítica, 1981. Publicado originalmente en 1978.
Urrego, Miguel. "Historia del maoísmo en América Latina: entre la lucha armada y servir al pueblo". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 2 (2017): 111–35.
Valderrama, Miguel. "Althusser y el marxismo latinoamericano. Notas para una genealogía del (post)marxismo en América Latina". *Mapocho*, no. 43 (1998): 167–82.
Vitale, Luis. "América Latina ¿Feudal o Capitalista? ¿Revolución Burguesa o Socialista?" *Estrategia*, no. 5 (1966): 2–15.
Vitale, Luis. Carta a Ernest Mandel. 3 de junio de 1986. Archivo Luis Vitale, Archivo Patrimonial de la Universidad de Santiago de Chile.
Vitale, Luis. "El dogmatismo en crisis". *Expresamente*, no. 8 (1988).
Vitale, Luis. *La formación social latinoamericana (1930-1978)*. Fontamara, 1979.
Vitale, Luis. "Juego de estructuras contra materialismo histórico. Un manual a espaldas de la realidad". *Nueva Sociedad*, no. 73 (1984): 128–34.
Vitale, Luis. "El marxismo latinoamericano ante dos desafíos: feminismo y crisis ecológica". *Nueva Sociedad*, no. 66 (1983): 90–98.
Vitale, Luis, et al. *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*. Chile-América CESOC, 1999.

Vitale, Luis, y Abraham Pimstein. *Althusser/Harnecker o el racionalismo deshumanizado*. Cuadernos de Discusión y Formación Política 7, Los Libros del Retorno, s. f.
Woll, Allen. "The Comic Book in a Socialist Society: Allende's Chile, 1970-1973". *The Journal of Popular Culture* (1976): 1039–45.
Zapata, Claudia. "Origen y función de los intelectuales indígenas". *Cuadernos Interculturales* 3, no. 4 (2005): 66–87.

Hacer una clase media: saber experto, soportes editoriales y dispositivos estadísticos en Chile (1988-2000)

Vicente Hernández Villa[1]

Uno de los objetivos políticos y económicos del período que sus protagonistas llamaron "transición a la democracia" fue reducir la pobreza. Al iniciarse los noventa, los principales debates económicos giraban en torno a "concentrarse en reducir la pobreza o aumentar la tasa de inversión"[2] y los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia hicieron de esa reducción uno de sus logros centrales. Cabría esperar que, en ese horizonte, la clase media se volviera el emblema de la recomposición, una figura de estabilidad que condensara las aspiraciones de movilidad y de mérito de un país que dejaba atrás la dictadura y quería dejar atrás el conflicto. Así la ofreció en 1988 un libro de intervención pública de Eugenio Tironi, que hacía depender de ella la suerte de la democracia y así describió la década parte de la historiografía reciente, como la de un país que llegó a calificarse de "clase media" mediante "categorías de estratificación social, en base a los ingresos o al consumo"[3], o en palabras del historiador Mario Garcés, en el que importantes sectores del mundo popular quedaron "convertidos simbólicamente en clase media"[4]. Estas lecturas suponen que la categoría funcionó a la vez como significante articulador del discurso público y como instrumento de la intervención estatal.

En ese escenario, las ciencias sociales ocuparon un lugar estratégico. El sociólogo Eugenio Tironi, investigador del centro

[1] Capítulo desarrollado en el marco de la cátedra "Historizar el pensamiento: historia intelectual, de los intelectuales y la edición en Chile y Argentina, siglos XX y XXI", impartida por la Dra. Cristina Moyano Barahona para el programa de Magíster en Historia de la Universidad de Santiago de Chile. ORCID: 0009-0007-2403-4917.

[2] Drake y Jaksic, "Introducción", 51.

[3] Ponce, "Movimiento sindical en transición", 333.

[4] Garcés Durán, "Los movimientos sociales en la transición", 112.

SUR; José Joaquín Brunner y Manuel Antonio Garretón, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Tomás Moulian, también de FLACSO y luego de la Universidad de Arte y Ciencias Sociales (ARCIS), produjeron desde posiciones distintas, diagnósticos de la sociedad chilena en libros, revistas, columnas e informes. Junto a ellos, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), centros privados como el Centro de Estudios Públicos (CEP) y las encuestas de opinión y de mercado ofrecieron otra manera de conocer la sociedad.

Las cifras que esos expertos produjeron no permiten establecer cuán extendida era la clase media. Ya que, medida por ingreso reunía entre el 22% y el 24% de los hogares[5]; la encuesta que el CEP aplicaba con la empresa Adimark, que registraba para cada entrevistado una letra del código comercial, llamaba nivel "Medio" al 56,0% de la población urbana encuestada en 1990 y al 49,9% en 1993[6]; y en los 2000 el 66,7% de los chilenos entrevistados por la World Values Survey se ubicó en alguna de las dos categorías medias de una escala de cinco[7]. Unas cifras cuentan hogares según su ingreso, otras, personas según la letra que un encuestador anotaba en su hoja y las demás, respuestas a una pregunta. La distancia entre un cuarto, la mitad y dos tercios del país, según quién mida y con qué instrumento, es el problema que este capítulo busca historizar.

La historiografía del siglo XX ha mostrado una categoría con nombre, organizaciones y lugar en el Estado. En 1918, en medio de la carestía de posguerra, se fundó una Federación de Clase Media en Valparaíso a fines de ese año y en Santiago a comienzos de 1919 "en respuesta al deterioro de las condiciones de vida de profesionales, empleados y obreros"[8]. El Código del Trabajo de 1931 separó a obreros de empleados y las cajas de previsión buscaron asegurar a funcionarios, empleados y profesionales "un nivel de vida acorde con las expectativas de distinción mesocrática de esos grupos"[9]. Esa inscripción permitía contarla, en 1950 la educadora Amanda Labarca la estimaba con el censo de

[5] Espinoza y Barozet, "¿De qué hablamos cuando decimos 'clase media'?", 5.
[6] Centro de Estudios Públicos, *Estudio social de opinión pública*, cuadro 46; Horwitz y Carrasco, "Encuesta CEP-Adimark", 6.
[7] World Values Survey, WV4, V235.
[8] Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 84.
[9] Casals Araya, "Estado, contrarrevolución y autoritarismo", 95.

ocupaciones, las cajas de previsión y las rentas declaradas[10]. La historiadora Azun Candina, que estudió la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), entre 1943 y 1983, sostuvo que el término había servido para "señalar, nombrar de alguna manera a aquellos grupos socialmente 'nuevos', sin una definición clara en el imaginario social y político chileno", pero que "no fue un vacío o solo una definición por la negación"[11].

Para la dictadura, Marcelo Casals, reconstruyó la trayectoria de la clase media profesional desde la oposición a la Unidad Popular hasta el fin de los colegios profesionales[12] y extendió después el estudio a la clase media organizada bajo todo el régimen[13]. Esa historia fue también la de una desinscripción, ya que el Decreto Ley 2.200 de 1978 ordenó aplicar las normas laborales sin distinguir entre empleados y obreros[14], después el DL 2.519 de 1979 suprimió la colegiatura obligatoria en la administración pública y el DL 3.621 de 1981 convirtió a los colegios profesionales en asociaciones gremiales[15]. La desinscripción fue disputada y al menos una vez en nombre de la clase media, cuando en diciembre de 1980, el presidente del Colegio de Abogados, Julio Durán, defendió a los colegios como expresión de la "clase media intelectual" y la presentó como "amortiguador a la violencia"[16].

Para los noventa, la historiografía se divide. Junto a quienes describen la década con la categoría, como Luis Thielemann, para quien las luchas de estudiantes y profesores de 1994 fueron "luchas de actores de la vieja clase media"[17]. La *Historia contemporánea de Chile* que dirigieron los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto dedicó en 1999 un capítulo a "los grupos medios" en plural, con una lectura de clase que no unificaba al conjunto, donde la diversidad del grupo provenía de "relaciones previas, paralelas o articuladas con el modo de producción dominante"[18] y proponiendo que "es difícil sostener

[10] Labarca, "Apuntes para estudiar la clase media", 244, 248.
[11] Candina Polomer, *Clase media, Estado y sacrificio*, 12.
[12] Casals Araya, "Estado, contrarrevolución y autoritarismo", 91–113.
[13] Casals Araya, *Contrarrevolución*.
[14] Chile, *Decreto Ley 2.200*, art. 167.
[15] Casals Araya, "Estado, contrarrevolución y autoritarismo", 108–109.
[16] Citado en Casals Araya, "Estado, contrarrevolución y autoritarismo", 109.
[17] Thielemann, "Su derrota es siempre breve", 221–222.
[18] Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile II*, 66–67.

la existencia de una identidad común de grupo o clase media"[19]. El libro *Historia del siglo XX chileno* de 2001 llamaba a la clase media "el sector social menos estudiado a la fecha"[20].

Por otro lado, Ezequiel Adamovsky, ha propuesto una posición "entre el objetivismo de la tradición sociológica y las posturas textualistas extremas", según la cual "los procesos de construcción de identidades son incomprensibles sin tener en cuenta la dimensión discursiva, pero también lo son sin el análisis de las condiciones de receptividad de los discursos"[21]. El capítulo adopta ese método, pero no el criterio que el autor deriva de él, según el cual quien estudie una clase media deberá demostrar que "una porción de la población imagina que habita una posición intermedia entre un arriba y un abajo"[22], ese criterio haría de la autodescripción -que aquí es uno de los objetos estudiados- la prueba de la existencia de la clase social. En conjunto, la historiografía describe la categoría o constata su ausencia, pero no ha historizado los instrumentos que la midieron.

La sociología, en cambio, la ha medido y ha discutido su medida. Por ejemplo, Vicente Espinoza y Emmanuelle Barozet advirtieron el carácter residual de las definiciones en uso que delimitan a la clase media por lo que los extremos no son[23] y Barozet y Jaime Fierro constataron que la clasificación socioeconómica de mercado había generado "un 'lenguaje común' entre los expertos en el tema"[24]. Por otro lado, Tomás Ariztía y Oriana Bernasconi analizaron los ensayos de Brunner, Garretón, Moulian y Tironi como sociologías públicas que "definieron actores (partidos políticos, elites, masas de consumidores)"[25] y dejaron planteada la pregunta de si "la sociología de los relatos del cambio social" no estaría "crecientemente amenazada frente a la proliferación de encuestas y estudios de opinión"[26]. Ariztía, por su parte, propuso, desde la teoría del actor-red, atender a las "versiones específicas de las clases medias" que producen los sistemas expertos de

[19] Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile II*, 90.
[20] Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 390.
[21] Adamovsky, "«Clase media»", 46.
[22] Adamovsky, "«Clase media»", 46.
[23] Espinoza y Barozet, "¿De qué hablamos cuando decimos 'clase media'?", 2.
[24] Barozet y Fierro, *Clase media en Chile*, 17–18.
[25] Ariztía y Bernasconi, "Sociologías públicas", 161.
[26] Ariztía y Bernasconi, "Sociologías públicas", 160.

clasificación[27]. En esos trabajos, los relatos fueron estudiados como relatos y los instrumentos como instrumentos de la pobreza, no se han cruzado para la clase media, los relatos intelectuales con los instrumentos de clasificación. En ese vacío se ubica este capítulo.

La pregunta que lo orienta es en qué medida, y por qué vías, las narrativas intelectuales de las ciencias sociales chilenas y los soportes materiales en que circularon —libros, encuestas, mediciones de estratificación y estadísticas— hicieron performativa una versión de la clase media en los años noventa, en espacios editoriales, institucionales y mediáticos.

Se sostiene aquí que, en los noventa, la clase media no desapareció del lenguaje chileno, sino que cambió de lugar. Perdió centralidad como herramienta analítica de la sociología, que siguió midiendo lo "medio" bajo el nombre de "sectores medios" y usó el nombre para rotular muestras, no entró a los instrumentos de clasificación y focalización del Estado, y circuló, en cambio, como código de mercado y como respuesta de encuesta. La hipótesis es que ese desplazamiento resultó de tres procesos de origen distinto: el paso entre los intelectuales de los centros independientes del lenguaje de las clases al de la desestructuración, los actores y los estratos; un Estado que hizo de la reducción de la pobreza la medida de su éxito y que clasificó desde ella, por ingreso en la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) y por inventario del hogar en la Ficha CAS; y una técnica de mercado que, desde fines de los setenta, infería la posición social del mismo inventario visible del hogar, aunque con otros fines, ofreciendo lo medio sin nombrarlo y lo hacía mayoritario. Es decir, la clase media no es un producto de los instrumentos estudiados, ya que como categoría, autodescripción y como objeto de medición, los precede. Lo que esos instrumentos produjeron fue una versión de ella, la de un segmento definido por lo que tiene y por lo que se debe.

La temporalidad se abre en 1988, cuando un libro de intervención pública llevó a la campaña del plebiscito un diagnóstico sobre la clase media que ya circulaba en la sociología de SUR y se cierra en 2000 cuando una repartición del Estado empleó el código comercial en una encuesta propia. Así, el corpus reúne tres conjuntos: los textos de Garretón, Tironi, Moulian y Brunner publicados entre 1983 y 2001, junto con la sociología de la

[27] Ariztía, "Clases medias y consumo", párr. 42.

estratificación producida en SUR y sus alrededores. Además de los instrumentos y documentos estatales, del Mapa de la Extrema Pobreza y la Ficha CAS a la CASEN y al informe de Desarrollo Humano del PNUD de 1998. Y, la segmentación de mercado, en las encuestas del CEP (1986-1993), la encuesta regional Latinobarómetro (1995-2000), la World Values Survey (1990, 1996 y 2000) y pesquisa de prensa y revistas de 1987-2001. Ese corpus permite estudiar la oferta y la circulación de la categoría, no su apropiación por los sujetos clasificados. Por lo mismo, cuando el nombre falta en un texto, la ausencia se lee dentro de ese corpus y del género de cada pieza, sea un programa, un ensayo o una tabla, como pérdida de centralidad en un circuito y no como desaparición del lenguaje político o social del período.

Dos herramientas ordenan el análisis y cada una responde a un tipo de soporte. De la historia del libro, el capítulo toma la observación de Roger Chartier según la cual un texto "estable en su letra" queda "investido de una significación y de una categoría inéditas cuando cambian los dispositivos que lo proponen a la interpretación"[28], con ella se leen los libros, las revistas y la prensa, y se distingue lo que un soporte ofreció de lo que su recepción recogió. De Claudio Ramos Zincke toma la pregunta por el momento en que los enunciados de las ciencias sociales "se convierten en relatos que enmarcan y moldean interpretaciones, y orientan acciones de diferentes tipos de actores"[29], y la distinción entre los efectos en "la forma de nombrar la realidad social" y los efectos en "el plano de las operaciones"[30], con ella se leen los cuestionarios, las fichas y las tablas de segmentación, que no son libros, sino instrumentos que producen información sobre la población con sus propias unidades de registro y, a veces, con consecuencias administrativas. Así, los efectos se distinguen en tres niveles: la elaboración de categorías de conocimiento, que producen un vocabulario disponible y un público capaz de recibirlo, es decir, condiciones de inteligibilidad; su incorporación a procedimientos institucionales, como inscripción en un instrumento del Estado con consecuencias verificables o como traducción comercial en una unidad operativa de mercado, un ámbito que Ramos no considera;

[28] Chartier, *El orden de los libros*, 25.
[29] Ramos Zincke, "Datos y relatos", 165.
[30] Ramos Zincke, "Investigación científica y performatividad", 235.

y su apropiación por los sujetos clasificados. El corpus documenta los dos primeros, para el código comercial antes que para el nombre y entre quienes clasificaban antes que entre los clasificados, y del tercero solo ofrece indicios. Se distingue, además, entre el nombre "clase media", las variantes con que la sociología designó lo medio ("sectores", "capas" o "grupos medios") y el código de letras del mercado, porque cada nombre y cada corte trazaron en otro lugar los límites de lo medio y no siempre coinciden con las categorías del análisis.

Decadencia y modernización: la clase media en la disputa de 1988

El año 1988 ordenó el debate público chileno en torno al plebiscito del 5 de octubre, en que la ciudadanía debía aprobar o rechazar la continuidad de Augusto Pinochet en el poder. El triunfo del No abrió una transición pactada, que llevaría a la Concertación al gobierno tras las elecciones del 14 de diciembre de 1989 y que mantuvo aspectos sustantivos del orden dictatorial, del modelo económico a la permanencia de Pinochet en la comandancia en jefe del Ejército. La campaña se jugó en la franja televisiva, donde los expertos del No emplearon "técnicas probadas de marketing"[31], pero también en la disputa por el sentido de quince años de reformas económicas y en esa disputa los intelectuales de la oposición tenían una posición debatida durante la década.

Se habían formado como tales en los centros académicos independientes, sin los cuales, según Cristina Moyano "pensar la transición a la democracia, como estrategia clave de la oposición y configurada nítidamente a partir de 1980, hubiera sido casi imposible"[32]. Moyano estudió a los intelectuales provenientes del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) que se repartieron entre FLACSO, donde predominó el análisis institucional, y SUR, donde predominó el análisis social centrado en el sujeto[33]. En SUR, Eugenio Tironi y el sociólogo Javier Martínez se habían desvinculado de la actividad partidaria hacia 1983 para integrarse a

[31] Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 336.
[32] Moyano, "Pensar la transición", 198.
[33] Moyano, "Pensar la transición", 200.

la Convergencia Socialista[34]. En esos centros, el lenguaje de las clases cedió ante el de la desestructuración y los actores. En *Las clases sociales en Chile* (1985), Martínez y Tironi recomendaban desconfiar de los "enfoques basados en último análisis en visiones edificantes de la historia" y entender el cambio como "desestructuración, involución y descomposición de sistemas"[35], y proponían "la imagen de una estructura social que ha estallado en pedazos"[36]. El libro dedicaba todavía un capítulo a "las clases medias"[37], pero advertía que su análisis permanecía "estrictamente en el plano estructural"[38], es decir, las clases seguían siendo categorías del análisis, pero ya no eran su sujeto.

El desplazamiento puede seguirse en la obra de quienes serían los ensayistas de la década. En *El proceso político chileno* (1983), Manuel Antonio Garretón describía a los sectores medios como "una agregación de posiciones e intereses extremadamente heterogéneos cuyos únicos denominadores comunes parecen ser la relación con el Estado y el elemento ideológico cultural"[39] y, recurría a la categoría alrededor de cincuenta veces, bajo tres nombres, mientras que en los textos que publicó entre 1990 y 2001, aparece una sola vez y como referencia histórica. Pero el problema no desapareció con la palabra, ya que en el capítulo que escribió para *El difícil camino hacia la democracia en Chile* (1993) seguía situando a los grupos medios en la crisis de 1981-1982, que se expresó "en un generalizado endeudamiento de vastos sectores de capas medias"[40], y en la oposición, donde la Asamblea de la Civilidad no pudo evitar "el predominio de las organizaciones de capas medias que dejaba a los sectores populares y de izquierda en posición relativamente subordinada"[41]. Lo que había cambiado era su imagen de la estructura social, ya que el régimen había "debilitado los espacios materiales y culturales de constitución de actores sociales, especialmente de sus bases clasistas"[42]. Por otro lado, Tomás

[34] Moyano, "Pensar la transición", 200.
[35] Martínez y Tironi, *Las clases sociales en Chile*, 7.
[36] Martínez y Tironi, *Las clases sociales en Chile*, 211.
[37] Martínez y Tironi, *Las clases sociales en Chile*, 87–129.
[38] Martínez y Tironi, *Las clases sociales en Chile*, 7.
[39] Garretón, *El proceso político chileno*, 28.
[40] Garretón, "La oposición política", 404.
[41] Garretón, "La oposición política", 413–414.
[42] Garretón, "La oposición política", 414–415.

Moulian sostenía, en un texto escrito tras el golpe y publicado en 1975, que la única alternativa viable para la Unidad Popular había sido un programa "sobre la base de una alianza efectiva con los sectores medios"[43]. En 1991, al criticar un libro del reconocido historiador Gabriel Salazar, rechazaba el "esencialismo del sujeto: el Pueblo"[44]. Mientras que José Joaquín Brunner, director de FLACSO entre 1976 y 1984[45] describía en 1979 la universidad de la reforma como el lugar donde "la nueva clase media –como clase política– se expresa frente y sobre la sociedad"[46] y, en 1987 hablaba ya en voz propia de "estratos medios" y de la "mesocratización"[47] y, una década después, discutiría el malestar en términos de estratos socioeconómicos. En los tres casos, lo medio no desaparece del análisis, pero deja de ser un sujeto con nombre de clase y pasa a ser base social de la oposición, alianza perdida, estrato o, como se verá en Moulian, asalariado. Tironi siguió otro camino, en 1985 había dedicado un documento de trabajo de SUR a la producción simbólica de la clase media, que entendía como un producto del Estado[48], y fue él quien en 1988, la llevó a un libro de gran público.

Con todo, el debate de 1988 sobre la modernización no lo abrió la oposición. En noviembre de 1987, Joaquín Lavín, editor de Informaciones de *El Mercurio* en la época y antes de su suplemento "Economía y Negocios", publicó en Zig-Zag *Chile: Revolución Silenciosa*, un libro que exaltaba los efectos de las reformas económicas del régimen en la vida cotidiana. Apoyado en conversaciones con "casi un centenar de jóvenes empresarios y ejecutivos", se presentaba como el registro de "una realidad que no requiere de cifras, ni de proyecciones, ni de teorías", visible "con sólo abrir las ventanas"[49]. Esa realidad era la de los bienes durables que las cuotas mensuales, "cómodas, o a veces no tan cómodas"[50], ponían al alcance de muchos. El libro no emplea la expresión "clase media", su única posición intermedia son las "personas de ingresos

[43] Citado en Ramos Zincke, *Relatos sociológicos*, 96.
[44] Citado en Ramos Zincke, *Relatos sociológicos*, 487.
[45] Ariztía y Bernasconi, "Sociologías públicas", 139, n. 9.
[46] Citado en Ramos Zincke, *Relatos sociológicos*, 240.
[47] Brunner, *Universidad y sociedad*, 61.
[48] Lomnitz y Melnick, *Chile's Middle Class*, 15–18.
[49] Lavín, *Chile: revolución silenciosa*, 25.
[50] Lavín, *Chile: revolución silenciosa*, 129.

medios" que la focalización del gasto social debía excluir[51]. Esa ausencia coincide con lo que la historiadora Isabel Jara Hinojosa ha mostrado para el discurso intelectual del régimen, donde "la retórica de la clase media resultó peculiarmente ocluida"[52]. Tampoco la emplearon sus defensores ni sus críticos en la prensa, lo que estaba en disputa era el estatuto de la descripción, donde para Andrés Allamand, dirigente de Renovación Nacional (RN), el libro "no inventa, sino describe; no imagina, constata"[53].

La respuesta al éxito de Lavín fue un encargo editorial, los editores de La Puerta Abierta lo declaran en la nota que abre *Los silencios de la revolución* (1988), el libro del ahora ex militante UDI, había logrado "una altísima aceptación y notable éxito de ventas", pero en el debate no había estado presente lo que la modernización significaba para quienes no recibían sus beneficios[54]. Por esa razón "encomendamos al sociólogo Eugenio Tironi su elaboración"[55], de modo que el soporte precedió al libro y lo convocó, aunque no a sus enunciados, que Tironi venía formulando en SUR desde 1985. Los editores no lo presentaron como un libro de oposición, querían que sus páginas tendieran "un puente que acerque posiciones hasta ahora opuestas"[56]. La firma individual cubría, además, una elaboración colectiva, ya que en los agradecimientos consignan que el libro se escribió "con la colaboración de Paulina Matta", cuyo nombre no figura en la portada y atribuyen sus "ideas matrices" a Humberto Vega, Guillermo Campero, Cecilia Leiva y Jorge Rodríguez[57]. Entre las fuentes del capítulo sobre la clase media, figuran tres trabajos de Javier Martínez[58]. Además, Tironi lo fechó en junio y julio de 1988[59] y el libro apareció el 5 de agosto[60], dos meses antes del plebiscito, por lo que debe leerse como una intervención en la campaña y no un balance.

---

[51] Lavín, *Chile: revolución silenciosa*, 144.
[52] Jara Hinojosa, "Una nación de propietarios", 80.
[53] *La Tercera*, 13 de febrero de 1988, 2.
[54] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 3.
[55] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 4.
[56] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 4–5.
[57] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 135.
[58] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 83, n. 1; 88, n. 4; 92, n. 8.
[59] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 134.
[60] *La Segunda*, 5 de agosto de 1988, 17.

En el capítulo dedicado a la clase media, Tironi construyó un relato de decadencia. Entre los años treinta y setenta, "Chile era, en suma, un país de clase media, y de instituciones creadas por ella"[61], donde después de 1973, esa clase se habría quebrado en dos grupos, uno incorporado a la modernización y otro "numéricamente superior", que quedó abajo[62], hasta que "ese cuerpo estable y consolidado que comúnmente se percibía como 'clase media', parece haberse esfumado"[63]. La decadencia tenía consecuencias políticas, ya que tras citar a S. M. Lipset -y con la misma imagen con que Julio Durán había defendido a los colegios profesionales en 1980- el libro sostenía que la clase media "actuaba como colchón amortiguador del conflicto entre los grupos extremos" y que, sin una clase media poderosa "es la democracia la que queda en el aire"[64]. El tiempo verbal "Chile era", situaba a la clase media en el pasado y la ofrecía al lector como pérdida.

Esa pérdida tenía, para Tironi, un correlato en el saber: "los mapas para la 'extrema pobreza' y para la 'extrema riqueza' han terminado por apilarse. Sin embargo, se sabe muy poco qué ha significado para la clase media la más reciente revolución silenciosa"[65]. La constatación no denunciaba una falta de mediciones, ya que el capítulo abre con una encuesta de SUR sobre los grupos medios, que el texto presenta como "una encuesta que se realizó a la clase media"[66] y la midieron como el "40 por ciento intermedio" del ingreso familiar[67]. Es decir, lo que faltaba era un saber equivalente al acumulado sobre los extremos. La falta de lugar en las categorías del Estado la formulaba el libro a propósito de la focalización, que describía como un "procedimiento usado precisamente para impedir la 'filtración' de recursos hacia los grupos medios"[68] -la misma filtración que Lavín proponía evitar[69]-, y con una doble exclusión: "Y a la clase media, ¿quién la protege? Ella carece de los medios para acogerse a los servicios privados, y no

61 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 84.
62 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 86–87.
63 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 99.
64 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 99.
65 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 86.
66 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 83 y n. 1.
67 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 92.
68 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 93.
69 Lavín, *Chile: revolución silenciosa*, 144.

reúne los requisitos para postular a los subsidios estatales"[70] y contaba también las deudas entre sus problemas más agudos[71].

Así, el libro salió del circuito de los centros como el encargo buscaba, su aparición ocupó a la prensa de todo el espectro en las semanas siguientes. Los diarios de las cadenas que habían acompañado al régimen le dieron espacio en sus páginas de economía y de actualidad, *La Segunda* resumió sus tres partes y su capítulo sobre la clase media, el mismo día de su aparición[72], y *La Tercera* y *Las Últimas Noticias* informaron de su presentación el fin de semana siguiente[73]. La prensa opositora fue más allá de la noticia, por ejemplo, *Apsi*, una de las revistas de oposición surgidas bajo la dictadura[74], le dedicó dos páginas[75] y *La Época*, "el primer diario opositor", fundado en 1987[76], publicó el discurso de Tironi en el lanzamiento[77] y una columna de la cientista social Liliana Mahn, que valoraba el libro pese a no conocer al autor ni a la editorial[78]. Ese comentario es el mejor indicio de lo que el encargo perseguía, que el libro llegara a lectores ajenos al campo de los centros. En los términos de Ramos, el libro produjo condiciones de inteligibilidad, ya que hizo circular, más allá de su campo, una lectura de la modernización como costo social.

Lo que la prensa reprodujo, sin embargo, fue la oferta del libro y no su categoría central. *La Tercera* y *Las Últimas Noticias* repitieron la fórmula "pobladores, jóvenes, trabajadores y clases medias", que no es la del cuerpo del libro, que nombra a "los pobladores, los jóvenes, las clases medias, los trabajadores, y también los empresarios y militares"[79], sino la de su contratapa, que separaba a los excluidos de los beneficios de la revolución de los "empresarios y militares", para quienes esta significaba otra cosa "más allá de las apariencias". Es decir, fue el paratexto el que apartó

[70] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 93.
[71] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 98.
[72] *La Segunda*, 5 de agosto de 1988, 17.
[73] *La Tercera*, 6 de agosto de 1988, 14; *Las Últimas Noticias*, 7 de agosto de 1988, 14.
[74] Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 308.
[75] *Apsi*, no. 265, 15-21 de agosto de 1988, 28–29.
[76] Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 309.
[77] *La Época*, 18 de agosto de 1988, 7.
[78] *La Época*, 10 de agosto de 1988.
[79] Tironi, *Los silencios de la revolución*, 11.

a empresarios y militares. Las clases medias llegaron así a esas páginas en plural, como un término más de una enumeración tomada de la contratapa. La clase media como categoría, en cambio, no figura en el discurso de Tironi en la presentación ni en las reseñas de la prensa opositora, católica o prodictadura. Es decir, la clase a la que el libro confiaba la democracia no pasó al vocabulario con que se lo discutió.

Donde el nombre se escuchó fue en la voz partidaria. En marzo de 1989, en una inserción del Partido por la Democracia (PPD), el partido que parte de la oposición había formado para el plebiscito y del cual Tironi escribió sus principios en 1993, su dirigente Ricardo Lagos sostuvo que "la clase media y los sectores más pobres de la sociedad han pagado el costo del modelo económico aplicado en beneficio de unos pocos"[80]. Lagos volvería sobre él en 1993, como candidato, para presentarse como "producto de los sectores medios de Chile" con "los valores normales de la clase media"[81]. Es decir, operaba como una credencial biográfica porque el programa de su comando no empleó la expresión[82]. Por otro lado, el programa con que la Concertación ganó las elecciones de 1989 nombraba a las "clases medias" una sola vez, en una enumeración del "país entero"[83], y al proponer políticas se dirigía a "los pequeños deudores habitacionales"[84] y a "los actuales deudores" del crédito universitario[85].

El Compromiso de Gestión Gubernativa que firmaron sus partidos el 30 de octubre de 1989 habló de otra deuda: "la deuda interna de los pobres y de sectores medios que han visto cercenadas sus posibilidades de movilidad social"[86]. No era la que esos grupos debían, sino la que se tenía con ellos. Cabe leerla como inferencia, a la luz de la "deuda social" con que el Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), de la Organización Internacional del Trabajo, designaba lo adeudado dentro de cada país a los sectores que habían pagado el ajuste, entre ellos grupos no

[80] *La Época*, 12 de marzo de 1989.
[81] Lagos, *Discurso del candidato presidencial*, 22.
[82] Lagos, *Más Chile para todos*.
[83] Concertación de Partidos por la Democracia, "Programa de Gobierno", 14.
[84] Concertación de Partidos por la Democracia, "Programa de Gobierno", 25.
[85] Concertación de Partidos por la Democracia, "Programa de Gobierno", 32.
[86] Concertación de Partidos por la Democracia, "Compromiso de Gestión Gubernativa".

pobres y de clase media[87]. En el umbral del nuevo gobierno, la clase media era una pérdida en un libro y una credencial en un dirigente, y los sectores medios, acreedores en un compromiso de partidos. Ninguna de esas figuras pasó a los instrumentos con que el Estado iba a clasificar a la población.

Cadena referencial: el Estado, el mercado y la construcción técnica de lo medio

Con el cambio de mando de marzo de 1990, varios intelectuales de los centros pasaron al Estado. Tironi dirigió las comunicaciones del gobierno del expresidente Patricio Aylwin[88], y Brunner sería ministro secretario general de Gobierno entre 1994 y 1998 bajo Eduardo Frei Ruiz-Tagle[89]. Los sociólogos de los centros académicos independientes, unos treinta y cinco hacia 1984[90], pasaron a asesorar campañas y gobiernos, y muchos de esos centros se convirtieron en "consultoras privadas que operan con lógicas de mercado y fondos concursables"[91]. Con ese tránsito cambió también el género del saber experto, del ensayo y el diagnóstico al informe, la evaluación y la encuesta, un cambio que algunos de sus propios integrantes criticarían. Tres condiciones de la transición ayudan a explicar por qué la forma de conocer lo social que ganó legitimidad en la década fue la medición por ingreso, inventario y posición socioeconómica: ese cambio de lugar de los expertos, un pacto que mantuvo el modelo económico y que necesitaba exhibir resultados sin reabrirlo, como la reducción de la pobreza, y la continuidad de los instrumentos de focalización heredados de la dictadura. Quienes gobernaban tenían, además, razones para no nombrar a los grupos medios. Tironi ofreció una en el balance de la política cultural del primer gobierno de la Concertación que publicó en 1994: "el nuevo Estado democrático ha renunciado a cualquier dirigismo indiscriminado, que habitualmente irá en beneficio de grupos medios con capital cultural propio y, por tanto, con herramientas

[87] Lomnitz y Melnick, *Chile's Middle Class*, 1–2.
[88] *El Mercurio*, 17 de septiembre de 2000, D2.
[89] Ariztía y Bernasconi, "Sociologías públicas", 139, n. 9.
[90] Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 302.
[91] Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 339.

para apropiarse de esa oferta estatal"[92]. La clasificación de la población, en efecto, no pasó por los ensayos, sino por encuestas, fichas y tablas que convertían hogares en cifras. Claudio Ramos llama *cadena referencial* a la red de equipos, instrumentos y procedimientos que "hace transportable el mundo" y lo trae a la oficina del investigador[93], y muestra que la pobreza que circuló en los organismos centrales del Estado y en los medios fue la que construyó una de esas cadenas, la de una encuesta nacional[94]. Por tanto, este apartado sigue esas cadenas a lo largo de la década, desde el Estado y el mercado.

El Estado de los largos noventa siguió clasificando desde la pobreza. Los gobiernos de la Concertación midieron su reducción con la CASEN, una encuesta de hogares aplicada desde 1985 y a cargo del Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN) desde la creación de este en 1990. Según sus resultados, la pobreza bajó del 38,6% de la población en 1990 al 21,7% en 1998, descenso que la sociología atribuyó al crecimiento y a "la efectividad de las políticas públicas focalizadas hacia los segmentos sociales de menores ingresos"[95]. En su campaña de 1999-2000, Lagos resumió la década con esa medida: "En lo social, el número de pobres bajó a la mitad"[96]. Cabe proponer, como inferencia, que esa medida del éxito y no solo la herencia técnica de la focalización, mantuvo al Estado clasificando desde la pobreza. La encuesta registraba el equipamiento del hogar, del radiocasete al automóvil, pero clasificaba a los hogares por su ingreso per cápita como "indigentes", "pobres no indigentes" y "no pobres", y los ordenaba en deciles y quintiles, según los manuales de usuario que MIDEPLAN publicó hacia 2008[97]. Es decir, lo medio solo cabía en ella como residuo dentro de los no pobres y la clase media por ingreso que la sociología calcularía después con esos datos es una construcción de los analistas sobre la encuesta y no una categoría del instrumento.

---

92 Tironi, "Cultura y comunicaciones", 51.
93 Ramos Zincke, "Datos y relatos", 160.
94 Ramos Zincke, "Datos y relatos", 162.
95 Barozet y Fierro, *Clase media en Chile*, 7.
96 Citado en Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, 352.
97 Chile, MIDEPLAN, *Encuesta CASEN 1990*, 29, 31; Chile, MIDEPLAN, *Encuesta CASEN 1998*, 39.

La focalización, en cambio, conservó la técnica del inventario, donde en los primeros años de la dictadura se había elaborado, como documento de trabajo de la Universidad Católica[98], el Mapa de la Extrema Pobreza, que según Ramos combinaba indicadores de vivienda con uno de "equipamiento del hogar (disponibilidad de lavadora, máquina de coser, televisión, teléfono, tocadiscos, radio, etc.)"[99]. Lo siguió la Ficha CAS, aplicada desde 1980, que registraba "la situación de la vivienda, la disponibilidad de agua potable y alcantarillado y el equipamiento del hogar" y que Lavín describía en 1987 como "el mecanismo más importante de selección de los beneficiarios de los programas sociales"[100]. Al año siguiente, la técnica fue objeto de disputa pública, bajo el título "El mapa o el bolsillo", donde Tironi advertía, siguiendo a la socióloga Dagmar Raczynski, que "basta que una familia haya adquirido algún bien semidurable (por ejemplo, un televisor, una cocina o un radiocassete) para que, automáticamente, quede fuera del mapa y, por ende, de la 'pobreza'"[101], mientras Lavín admitía en la prensa que las remuneraciones eran similares a las de 1970, "pero el nivel de vida de los chilenos es sustancialmente superior"[102]. Es decir, inventario y salario eran en 1988, dos medidas en disputa. Así, en los noventa, la medición oficial de la pobreza quedó del lado del bolsillo y la focalización del lado del mapa.

La ley que en 1994 creó los fondos solidarios de crédito universitario tampoco nombra a la clase media, su sujeto es el deudor y la necesidad se acredita por "las condiciones socioeconómicas del alumno y de su grupo familiar"[103]. Lo que el Compromiso de 1989 había reconocido como una deuda con los sectores medios, la ley lo tradujo en la figura individual del deudor, sin nombrar a ningún grupo social. Sin embargo, el nombre persistió en la reflexión de quienes gobernaban, como en Edgardo Boeninger, ministro secretario general de la Presidencia de Aylwin, que concluía en 1997 de una encuesta CEP-Adimark que "la clase media, objetivamente, no clasifica como pobre"[104].

---

98 Larraín, "Los desafíos económicos", 508, n. 13.
99 Ramos Zincke, *La producción de la pobreza*, 82.
100 Lavín, *Chile: revolución silenciosa*, 146–147.
101 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 30 y n. 16.
102 *La Nación*, 6 de febrero de 1988, 16–17.
103 Chile, *Ley 19.287*, art. 4, letra c.
104 Boeninger, *Democracia en Chile*, 515.

Por otro lado, el mercado había desarrollado con la misma técnica su propia clasificación. Adimark, fundada en la segunda mitad de los setenta por Roberto Méndez y Francisco Matte, entró "en primera instancia al mundo comercial" porque "estaba prohibido hacer mediciones de tipo político", según recordó Méndez[105]. El CEP, fundado en 1980 por los principales asesores económicos de la dictadura, grupos empresariales y académicos liberales en el extranjero[106], inició a fines de 1986 un programa de encuestas de opinión que aplicó primero con Gallup Chile y desde 1988 con Adimark[107]. En 1987, al describir a los grupos "A y B" de una de esas encuestas, el CEP los definía por la comuna, tomando las "mansiones de gran tamaño", los "muebles exclusivos, finos, de estilo", el automóvil, el teléfono, el servicio doméstico y el "aspecto distinguido, elegante vestuario"[108]. El procedimiento era el de la Ficha CAS, aplicado en el otro extremo de la escala, es decir inferir la posición social del inventario visible del hogar y de la apariencia de sus ocupantes, aunque la técnica compartida no hacía equivalentes a los instrumentos. La CASEN contaba hogares por su ingreso para medir la pobreza, la Ficha CAS seleccionaba a las familias beneficiarias de los programas sociales y el código ordenaba a los entrevistados para segmentar consumidores y muestras, sin consecuencias administrativas sobre ellos. Compartían el inventario, no sus objetivos, sus unidades ni sus efectos. En los términos de Ellen Meiksins Wood, el código pertenece a las concepciones que entienden la clase como "un estrato dentro de una estructura jerárquica, diferenciada según criterios 'económicos' como el ingreso, las 'oportunidades de mercado' o la ocupación"[109].

Sin embargo, la técnica no era exclusiva de los centros afines al régimen. En el capítulo de *Las clases sociales en Chile* dedicado a las clases medias, Martínez y Tironi habían usado una encuesta de mercado de octubre de 1981 y advirtieron que su clasificación socioeconómica respondía "al juicio subjetivo del encuestador", a partir de una pauta que consideraba la vivienda, el mobiliario, el

[105] Jara, "Las encuestas del Centro de Estudios Públicos", 165.
[106] Jara, "Las encuestas del Centro de Estudios Públicos", 150.
[107] Centro de Estudios Públicos, *Estudio social y de opinión pública en el estrato alto*, 1–3; Jara, "Las encuestas del Centro de Estudios Públicos", 165.
[108] Centro de Estudios Públicos, *Estudio social y de opinión pública en el estrato alto*, 2–3, 12–13.
[109] Wood, "La clase como proceso", 90.

automóvil, la profesión, los electrodomésticos, el servicio doméstico y el jardín[110], con esos datos concluían que "las clases medias tuvieron acceso (al menos hasta 1982) a bienes modernos de consumo durable"[111]. Así, leían el estrato medio de una encuesta comercial como clase media, antes de separarse, la técnica de mercado y el nombre heredado se habían cruzado.

En los noventa, ese código ofrecía lo medio sin nombrarlo como clase y lo hacía mayoritario, donde su nomenclatura de letras —ABC1, C2, C3, D y E— ordenaba a la población de arriba a abajo. En 1990, la encuesta CEP-Adimark consignaba el grupo socioeconómico de cada entrevistado en la hoja del encuestador, sin pregunta asociada y aunque el cuestionario preguntaba por el ingreso del hogar, cruzaba sus resultados por el código. Es decir, el nivel "Medio" mayoritario que se citó al comienzo sumaba el C2 y el C3[112]. Que la letra no saliera de una pregunta permite inferir que la asignaba el encuestador y que la técnica conservaba su componente de inspección visual. Por otro lado, en el Latinobarómetro, la encuesta regional que dirigía la socióloga Marta Lagos, esa asignación no es una inferencia, ya que la consigna al encuestador indicaba entre 1995 y 2000: "apreciación del nivel socioeconómico del entrevistado. Tomar como punto de referencia: Calidad de vivienda, calidad de amoblado y apariencia general del entrevistado"[113]. La agregación de las letras, en cambio, no era fija, ya que el C3 que el CEP contaba como "Medio" en 1990 era para Moulian parte de los "grupos socioeconómicos populares"[114]. Las letras viajaban fijas, pero el corte que las agrupaba cambiaba de un clasificador a otro.

La sociología de la estratificación, por su parte, siguió midiendo lo medio con otro nombre, en el libro que la Presidencia de la República publicó en 1998 para evaluar la década, Arturo León y Javier Martínez reconstruyeron la estructura social por ocupación, con la Encuesta Nacional de Empleo y no con la CASEN[115], y mostraron que los "sectores medios asalariados" habían pasado del

110 Martínez y Tironi, *Las clases sociales en Chile*, 124, n. 1.
111 Martínez y Tironi, *Las clases sociales en Chile*, 125.
112 Centro de Estudios Públicos, *Estudio social de opinión pública*, 13, 23, 25, 36.
113 Corporación Latinobarómetro, *Latinobarómetro 1995*, 48; Corporación Latinobarómetro, *Latinobarómetro 2000*, 44.
114 Moulian, *Chile Actual*, 101.
115 León y Martínez, "Social Stratification in Chile", 284–285.

18% al 27% del empleo entre 1971 y 1995[116]. En la versión de 2001, el texto habla de "sectores medios", de "grupos medios" y de un "estilo mesocrático de vida", y nombra "la clase media" una sola vez, entre comillas[117], mientras la "clase obrera" conservaba su categoría de clase. Martínez y Tironi, con categorías del mismo tipo, habían titulado en 1985 "Las clases medias" el capítulo correspondiente[118], por lo que en la sociología de la estratificación chilena, el retiro del nombre fue selectivo.

Mientras que la autodescripción siguió otra vía, con productores también identificables. Desde fines de 1986, las encuestas del CEP preguntaban, sobre una escala de siete peldaños, por las "diferentes clases o estratos sociales" que "se distinguen" en Chile, en una muestra de conveniencia de sesenta personas de los grupos A y B, el 63,3% se ubicó en los peldaños "media" o "media alta"[119]. Las series de los noventa provienen de otro circuito, donde nuevamente aparece Marta Lagos, ahora como analista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC)[120], donde fue investigadora principal de la World Values Survey en Chile en 1990, 1996 y 2000, además de dirigir el Latinobarómetro y la empresa MORI Chile hizo el terreno de ambas encuestas entre 1995 y 2000[121]. La World Values Survey y el Latinobarómetro no son, por tanto, fuentes independientes. La ola de 1990 de la World Values Survey no incluía una pregunta de clase subjetiva, la incorporó el cuestionario común de la ola siguiente, que ofrecía las categorías antes de recogerlas: "People sometimes describe themselves as belonging to the working class, the middle class, or the upper or lower class"[122]. Como las muestras chilenas no eran nacionales, el dato comparado es más elocuente que la serie, donde las dos categorías medias que reunieron el 62,7% de los chilenos en 1996 y los dos tercios ya mencionados en 2000, sumaban el 54,0% y el 54,1% en los totales agrupados de cada ola, y menos de un cuarto

116 León y Martínez, *La estratificación social chilena*, 15.
117 León y Martínez, *La estratificación social chilena*, 5, 15–16, 36.
118 Martínez y Tironi, *Las clases sociales en Chile*, 87.
119 Centro de Estudios Públicos, *Estudio social y de opinión pública en el estrato alto*, 16, 40.
120 Horwitz y Carrasco, "Encuesta CEP-Adimark", 10.
121 World Values Survey, WV2, WV3 y WV4, fichas técnicas; Corporación Latinobarómetro, "Informe de prensa", ficha técnica.
122 World Values Survey, WV3, V226.

de los chilenos se declaró "clase trabajadora" (23,1% y 22,1%), frente al 40,6% y el 49,0% de los argentinos, aunque en México la proporción fue aún menor[123].

El famoso historiador, E. P. Thompson, rechazaba reducir la clase a "aquello a lo que la gente cree pertenecer en su respuesta a un formulario"[124], aunque no pensaba en estos instrumentos, la imagen describe con similitud lo que registran: respuestas a cuestionarios cuyas categorías venían dadas. Así, ninguna de esas cifras puede tomarse como la verdadera. Como sostiene Ramos a propósito de la pobreza, "cada instrumento –su red de producción– genera su propia pobreza"[125], trasladada a este caso, la proposición permite decir que cada instrumento generó su propia clase media.

Sobre los clasificados, el corpus solo ofrece indicios y llegan seleccionados por los investigadores. A mediados de los noventa, Martínez y la socióloga Margarita Palacios estudiaron en SUR, con financiamiento del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT), la diferenciación estamental de la pobreza ante los subsidios públicos. No confirmaron el reiterado relato de que la gente "escondía sus cosas" ante la Ficha CAS[126], pero documentaron que la lógica del instrumento era legible para los clasificados, donde una entrevistada sabía que, al renovarse la ficha, "si pusiste un muro de ladrillos te lo quitan"[127]. Otra, reclutada bajo un filtro de pobreza, se describía así: "Nosotros no somos pobres-pobres. Somos 'clase media-pobre'"[128]. La frase sigue, en el mismo grupo, al relato de una visita de la Ficha CAS que negó la tarjeta a una familia "porque tenía más o menos cosas"[129]. La categoría estaba disponible para disputar una clasificación por pobreza y la frontera que esos entrevistados trazaban se dirigía contra el instrumento del Estado, no contra el código. Sin embargo, las voces no permiten decidir si esa disponibilidad era herencia de la cultura mesocrática del siglo XX o efecto de los instrumentos. Sin series anteriores a 1990 el capítulo no puede resolverlo, aunque la primera explicación estaba al alcance de los propios expertos, ya que según el informe

123 World Values Survey, WV3, V226; WV4, V235.
124 Thompson, "La sociedad inglesa del siglo XVIII", 35.
125 Ramos Zincke, *La producción de la pobreza*, 333.
126 Martínez y Palacios, *Informe sobre la decencia*, 13, 90.
127 Martínez y Palacios, *Informe sobre la decencia*, 89.
128 Martínez y Palacios, *Informe sobre la decencia*, 88.
129 Martínez y Palacios, *Informe sobre la decencia*, 87.

del PNUD de 1998, "la memoria del Estado docente subsiste, preferentemente en la clase media"[130].

Así, fue en el saber experto donde el código y el nombre volvieron a encontrarse. En diciembre de 1993, un análisis del CEP de su encuesta preelectoral, que dividía la muestra por nivel socioeconómico en "Alto", "Medio" y "Bajo", describía a los indecisos como pertenecientes "a la clase media y alta"[131], es decir un segmento del código recibía el nombre. La investigación de Martínez y Palacios hizo lo mismo en su diseño, definió como pobres a quienes percibían un ingreso per cápita igual o inferior a 2,6 UF y formó, además, dos grupos de control "con personas de clase media (C2)"[132], que en el análisis llamó "grupos de control de clase media"[133] para reclutar a todos sus entrevistados recurrió a "personas que trabajan profesionalmente en el contactamiento de grupos para estudios de mercado"[134]. En un mismo diseño, la pobreza se medía por ingreso y lo medio se nombraba con el código.

Hacia el año 2000, la nomenclatura comercial era la lengua común del saber experto, los medios y parte del Estado. Su ingreso al habla cotidiana es plausible, pero no está documentado. La televisión y la prensa se pensaban a sí mismas con ella. En Canal 13, Mercedes Ducci declaraba que "tanto el canal como el centro de noticias apunta a ganar en el ABC, C2 y C3"[135]. Cuando necesitaba un nombre, la prensa traducía el código, por ejemplo, la categoría "Medio" de una encuesta telefónica se convirtió en "clase media"[136]. La primera encuesta de turismo interno del Servicio Nacional de Turismo (Sernatur), aplicada en agosto de 2000, cubrió "todos los segmentos socioeconómicos (ABC1, C2, C3 y D)"[137]. En los términos de Ramos, fue un efecto en el plano de las operaciones y no solo en la forma de nombrar. El código fue la unidad operativa del mercado y en una repartición del Estado una unidad de medición. Por otro lado, la intervención estatal sobre los pobres, se

130 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 180.
131 Horwitz y Carrasco, "Encuesta CEP-Adimark", 6–8.
132 Martínez y Palacios, *Informe sobre la decencia*, 18.
133 Martínez y Palacios, *Informe sobre la decencia*, 35.
134 Martínez y Palacios, *Informe sobre la decencia*, 19.
135 *La Tercera*, 19 de diciembre de 1999, 8.
136 *Las Últimas Noticias*, 13 de agosto de 2000, 16.
137 *El Mercurio*, 15 de diciembre de 2000, B1, B4.

hizo con la técnica de inventario y lo medio siguió sin casilla en los instrumentos de clasificación y focalización.

Consumo, malestar y crisis: el regreso del nombre

Mientras los instrumentos fijaban sus letras, el debate intelectual tomó otro rumbo. Tras un ciclo de crecimiento acelerado, impulsado por la apertura comercial, la expansión del comercio y la masificación del crédito de consumo, la sociedad chilena vivía a la vez movilidad, endeudamiento y desigualdades persistentes. El segundo gobierno de la Concertación, encabezado por Frei desde 1994, se desenvolvió en ese escenario y la abstención en las elecciones parlamentarias de 1997, la crisis asiática de 1998 y la detención de Pinochet en Londres erosionaron la certidumbre de los primeros años. Moyano ha llamado "narrativas del malestar" a los diagnósticos críticos que el campo intelectual elaboró entonces sobre las transformaciones de la transición. En ellos, lo medio volvió a ser objeto de reflexión y el nombre en tanto clase, tardó más en volver. Cuando lo hizo, volvió al saber experto desde 1993 por la vía del código y, en convivencia con el nombre heredado, con la crisis de 1998-2001 ganó visibilidad como diagnóstico de expertos y partidos, no como voz de un actor.

La disputa crítica no enfrentaba a mundos ajenos. En 1994, el número 25 de *Proposiciones*, la revista de SUR, publicó a Moulian, que firmaba desde FLACSO, y a Tironi, que lo hacía desde SUR Profesionales Consultores[138]. Moulian veía privilegiadas "las estrategias individuales" y "la transformación del consumo en una fuente de prestigio"[139]; Tironi describía una "ética del inmigrante", es decir "premio al mérito, valorización del riesgo, inversión en educación"[140]. Es plausible leer allí el perfil de una clase media aspiracional enunciado como el de la nación entera, aunque el texto no emplea el nombre. Así, compartían buena parte del diagnóstico, pero no sus consecuencias, ya que donde Moulian veía estrategias individuales y prestigio, Tironi leía una vía de integración por el mérito. La distancia atravesaba también la obra de Tironi, que en

[138] Moulian, "Limitaciones de la transición", 25; Tironi, "Cultura y comunicaciones", 47.
[139] Moulian, "Limitaciones de la transición", 31.
[140] Tironi, "Cultura y comunicaciones", 48.

1988 había contado los costos de la modernización para una clase media que se esfumaba.

Una de las críticas más duras al circuito vino de uno de sus integrantes. Gabriel Salazar, figura de la nueva historia social y crítico de la transición desde la izquierda no concertacionista, llamó en 1996 "paradigma consultorial" al saber de los centros convertidos en consultoras: uno que "no trabaja para la Humanidad o la Juventud, sino para sus Clientes" y que "en rigor, es sólo un saber mercantil"[141]. Firmaba ese artículo como investigador de SUR Profesionales[142]. SUR había acogido entre 1987 y 1988 la investigación de su libro sobre la violencia política popular, coordinada por Tironi[143]. En el artículo de 1996, Salazar empleó el nombre una vez, para una clase en disolución: "la vieja y estatalista clase media burocrática" se desmoronaba ante los profesionales free lance[144].

Moulian llevó después su crítica a un libro que salió del circuito académico. Dirigía entonces la Escuela de Sociología de la Universidad ARCIS desde 1991 y su Centro de Investigaciones Sociales desde 1996, y en el seminario interno de ese centro había discutido el manuscrito con, entre otros, Salazar[145]. *Chile Actual. Anatomía de un mito*, coeditado por LOM Ediciones, la editorial de Paulo Slachevsky, y la Universidad ARCIS en la serie "Punto de Fuga" de la colección "Sin Norte", salió a la venta en junio de 1997 con una primera edición de mil ejemplares, en diciembre circulaba la decimosexta, y durante varios meses fue el libro más vendido del ranking de no ficción[146]. Como ha mostrado Gabriel Bórquez, su venta llevó a librerías que hasta entonces no recibían los libros de LOM a pedirlos[147] y en mayo de 1998 la editorial propuso al autor un ensayo breve derivado del libro, *El consumo me consume*, a mil pesos[148]. Lo interesante es que el núcleo de su crítica del consumo ya estaba en *Proposiciones*: "El crédito es la puerta de acceso a esos paraísos; consumada la adquisición, viene el sometimiento a la

141 Salazar, "Las avenidas del espacio público", 7.
142 Salazar, "Las avenidas del espacio público", 1.
143 Ramos Zincke, *Relatos sociológicos*, 922, n. 223.
144 Salazar, "Las avenidas del espacio público", 4.
145 Moulian, *Chile Actual*, 5–6.
146 Moyano, "Cartografía genealógica", 494.
147 Bórquez, "Lom: una editorial".
148 Bórquez, "Lom: historia política", 115.

fatigante disciplina del pago mensual, que obliga al asalariado a privilegiar la estabilidad"[149]. Entre 1994 y 1998 no cambió el núcleo del argumento, sino su soporte, de la revista al libro y al ensayo breve de bajo precio. En el sentido de Chartier, cambiaron las condiciones de lectura de un argumento estable. Con todo, *Chile Actual* no llama "clase media" a su sujeto. Cuando lo sitúa socialmente, lo busca entre los "«integrados» de los sectores populares o de las capas medias" que han conquistado "una forma particular de la ciudadanía", "la del placer y el sacrificio del consumo"[150] y lo describe como asalariado[151]. El nombre en singular aparece como segmento comercial, como máscara del pasado y como público del mall[152]. Tampoco lo empleó su recepción en la prensa de 1997 y 1998. El nombre apareció en una recepción posterior y fuera de la sociología en 1999, la *Historia contemporánea de Chile*, editada también por LOM, recogió un reportaje de la revista de negocios *Capital* de octubre de 1997 sobre "la nueva clase media" y presentó a ese grupo como el "mejor representante del 'Chile Actual' radiografiado por Tomás Moulian"[153].

Así, una de las figuras centrales del *Chile Actual* es el endeudado. Moulian describe el crédito como "una forma de la ciudadanía, la del «ciudadano credit-card»"[154] y para él el acceso a los objetos opera "más que cualquier discurso" como "un factor decisivo en la construcción de la subjetividad y en la relación con la sociedad"[155]. Moulian la construyó sobre una "adaptación simplificada" del cuadro "deudas de consumo consolidadas" de la Cámara de Comercio de Santiago, con datos a diciembre de 1995[156]. Su comentario se detiene en el D y el C3, y designa a este último como "el segmento más cercano a la clase media"[157]. El C2, que en la serie de la Cámara registra la mayor relación entre deuda e ingreso, figura en una nota al pie y no en el análisis.

---

149 Moulian, "Limitaciones de la transición", 32.
150 Moulian, *Chile Actual*, 99.
151 Moulian, *Chile Actual*, 103.
152 Moulian, *Chile Actual*, 101, 109, 111.
153 Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile II*, 90.
154 Moulian, *Chile Actual*, 102.
155 Moulian, *Chile Actual*, 99.
156 Moulian, *Chile Actual*, 100–101.
157 Moulian, *Chile Actual*, 101.

El nombre llegó a ese lugar por medio de otro soporte: *Desarrollo Humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización* fue solicitado por el Gobierno al PNUD en 1995[158] y el PNUD lo encomendó a un equipo coordinado por Eugenio Ortega, con Pedro Güell como coordinador ejecutivo, el politólogo Norbert Lechner en el equipo del programa y, entre sus consultores, Javier Martínez y Vicente Espinoza[159]. El informe advierte que no refleja necesariamente las opiniones del PNUD[160], su sello estatal provenía del encargo y no de la autoría. Con datos de la misma Cámara de Comercio, nombró lo que Moulian había dejado en la nota al pie y puso el nombre junto a la letra: "El sobreendeudamiento ocurre especialmente en la clase media (C2), que destina en promedio alrededor del 39% de sus ingresos al pago de créditos de consumo"[161]. Además, seleccionó a las familias de su estudio cualitativo con "criterios de marketing", de modo que las "de ingresos medios" fueron las C2-C3, mientras el estrato de indigentes se definía, entre otros rasgos, por la Ficha CAS[162]. En un mismo diseño muestral, lo pobre se identificaba con el instrumento del Estado y lo medio con los del mercado. El nombre rotula a esas muestras —"Mujer mayor, clase media", aunque los participantes no emplean la expresión[163]— y se liga a la deuda y al costo de la salud y la educación: "las oportunidades de consumo dependen, especialmente para las clases medias, de las oportunidades de crédito"[164]. El informe empleó también el nombre heredado, donde contó "el surgimiento de una clase media" entre las señales de la modernización chilena del siglo XIX[165] y, como se vio, situó en ella la memoria del Estado docente. Así, el rótulo perteneció a los investigadores, evidenciando el traslado del código al nombre y su convivencia en un mismo texto y con el nombre de la tradición mesocrática.

Vale la pena mencionar, que estos cruces tienen un hilo y es que Javier Martínez participa en casi todos: en 1985 firmó con

158 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 3.
159 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 5.
160 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 4.
161 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 188.
162 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 244–245.
163 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 117–126.
164 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 187.
165 PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 1998*, 68.

Tironi el libro que leyó como clases medias el estrato medio de una encuesta de mercado; en 1987 hizo la encuesta de SUR sobre los grupos medios en que se apoyó *Los silencios de la revolución*[166]; en 1996 firmó con Palacios la investigación que formó grupos "de clase media (C2)"; en 1998 fue consultor del PNUD y reconstruyó con León la estructura social por ocupación para la Presidencia; y en 2001 firmaba como director de una empresa de sociología aplicada[167]. La trayectoria de un mismo investigador recorre el nombre como clase, el código y los "sectores medios", sin que eso suponga una misma orientación en cada espacio, porque cada trabajo respondió a un encargo distinto, y advierte que buena parte de lo que aquí se llama la sociología del período es una red pequeña y densa, donde la investigación, la consultoría y la producción estadística compartían personas antes que interpretaciones.

Por otro lado, la réplica oficialista a las narrativas del malestar tampoco empleó el nombre. Desde *Estudios Públicos*, la revista del CEP, Brunner, que acababa de dejar el ministerio, sostuvo que el discurso de los malestares "se funda en una visión ideológicamente neoconservadora"[168] y mostró que la abstención en las elecciones parlamentarias de 1997 era "un rechazo juvenil"[169], donde su argumento habla de estratos socioeconómicos. Tironi respondió en *La irrupción de las masas y el malestar de las elites* (1999), cuyo sujeto la prensa resumió como una "masa" emergente definida por el crédito y el consumo: "son los que accedieron al crédito masivo, y cambiaron el televisor, compraron celular, mejoraron su ropa y los muebles del living"[170].

La función que en 1988 se había atribuido a la clase media no desapareció, pero se le sumaron otro portador y otro mecanismo. Tironi la había descrito entonces como un colchón entre los grupos extremos, una clase situada entre otras, cuyo peso moderaba la política. En los noventa, la estabilidad se atribuyó a un sujeto que no era *la* clase media, sino el endeudado, que reunía a sectores populares y medios. Para Moulian, el pago mensual obligaba al asalariado a privilegiar la estabilidad y que para calmar su ansiedad

166 Tironi, *Los silencios de la revolución*, 83.
167 León y Martínez, *La estratificación social chilena*, 2.
168 Brunner, "Malestar en la sociedad chilena", 174.
169 Brunner, "Malestar en la sociedad chilena", 179–180.
170 *La Nación*, 5 de septiembre de 1999, 6–7.

consumatoria hipotecaba el futuro debiendo multiplicar "su disciplina, sus méritos de trabajador, su respeto de los órdenes"[171], es decir, el crédito disciplinaba y subordinaba; para Tironi, ese mismo sujeto era la "masa" cuya irrupción oponía, desde el título de su libro, al malestar de las elites, es decir, una señal de integración y modernización. Las mismas transformaciones materiales alimentaron así dos relatos contrapuestos. Crítica o celebrada, la figura de estabilidad que dominó los ensayos fue un sujeto definido por el crédito, que no reemplazó a la imagen de una clase entre los extremos, sino que convivió con ella en la credencial de los dirigentes, en la identidad de algunos partidos y en la memoria del Estado docente que el PNUD situaba en la clase media.

El nombre volvió también con la desaceleración económica de fines de la década, en voz de terceros. En julio de 1998, en medio de los efectos de la crisis asiática, el Partido Alternativa Socialista (PAS) advirtió que los recortes en salud y educación perjudicarían a "los hijos de familias de trabajadores y de clase media, grupos sociales más afectados por el capitalismo salvaje"[172]. Interesa quién lo enunció, un partido de la izquierda extraconcertacionista y no una organización que hablara por sí misma. En 2001, *El Mercurio* atribuía a Tironi el diagnóstico de que la población, "especialmente los jóvenes, mujeres y clase media" habían visto frustradas sus expectativas y constituía "la masa más crítica"[173]. Además, Méndez de Adimark, llamaba "ideología de la clase media" a una visión de mundo que compartiría "alrededor del 65% de la población"[174].

Con todo, el regreso tuvo límites. En el debate entre "autoflagelantes" y "autocomplacientes" que dividió a la Concertación desde 1998 y que se libró en buena medida por la prensa, los contendores hablaron de "la gente" y de "los ciudadanos", no de la clase media. En la prensa de los noventa, ninguna organización se presenta como de clase media; partidos políticos la invocan. Fuera de la prensa, militantes radicales y democratacristianos entrevistados a mediados de los noventa por Lomnitz y Melnick identificaban a sus partidos con ella: "La cultura

171 Moulian, *Chile Actual*, 104.
172 *La Tercera*, 14 de julio de 1998, 12.
173 *El Mercurio*, 6 de julio de 2001, A1, A13.
174 *El Mercurio*, 13 de agosto de 2001, B6.

radical no va a desaparecer, porque es la de la clase media"[175]. Aunque, son voces seleccionadas por las autoras, emerge el nombre como identidad partidaria heredada, no como organización. Antes del período, en cambio, hubo organizaciones y dirigentes que hablaron en su nombre, de la Federación de 1918 a Julio Durán en 1980. En ese sentido, es plausible asumir que la ausencia es un cambio para la época aquí estudiada. El nombre regresó como diagnóstico de terceros sobre un grupo y no como la voz de un actor con intereses propios.

Conclusiones

En las fuentes examinadas, la clase media de los noventa fue un segmento antes que un sujeto. Fue un lugar en las tablas, definido por lo que se poseía y por lo que se debía, que la focalización dejó fuera de sus categorías. Esa versión la produjeron menos quienes narraron la transición que quienes diseñaron y usaron los instrumentos que la clasificaron. Así, la expectativa con que se abrió este capítulo no se confirma, donde el libro que en 1988 hizo de la clase media depositaria de la democracia la ofreció como pérdida y la década la pensó como estrato, asalariado o masa consumidora, y el Estado contó pobres. Lo que circuló con éxito fue una lengua técnica que ofrecía lo medio sin nombrarlo como clase.

El retiro del nombre no fue exclusivo de la clase media. Formó parte de un abandono más amplio del lenguaje de clases entre los intelectuales de los centros, visible desde mediados de los ochenta. Mientras que en la sociología de la estratificación, en cambio, fue selectivo, pues la "clase obrera" conservó su nombre y la media pasó a "sectores medios". Lo específico de la clase media no fue solo su pérdida de centralidad en el vocabulario experto, sino los lugares donde sobrevivió: la traducción periodística del código, la política partidaria, la respuesta de encuesta y cierta historiografía. Tampoco desapareció la función que se le había atribuido, es decir de estabilidad que en 1988 se esperaba de una clase entre los extremos y que en los noventa convivió con la del endeudado, sin que una reemplazara a la otra.

Lo que esa circulación produjo históricamente fue autoridad para una manera de describir lo medio, como un segmento

[175] Lomnitz y Melnick, *La cultura política chilena*, 197.

clasificable, entre quienes clasificaban, sin producir un actor que hablara por sí mismo. El código, nacido como unidad de mercado, pasó a los diseños de la investigación académica, a la manera en que los medios describían a la sociedad y a sí mismos y a operaciones del Estado, y se volvió la traducción habitual del nombre, aunque no su equivalente fijo, porque qué letras contaban como medias dependía de quién clasificara. Los instrumentos de focalización tuvieron también efectos administrativos, pero sobre la pobreza y a ella conciernen los únicos indicios de apropiación que registra el corpus, mediados por los investigadores. Los ensayos hicieron inteligible un sujeto consumidor y endeudado, el "ciudadano credit-card" de Moulian o la "masa" de Tironi, antes que una clase, y el libro que en 1988 ofreció el nombre circuló sin que su categoría central pasara a la discusión. La pregunta de Ariztía y Bernasconi admite, por ello, una respuesta: los relatos sociológicos no fueron desplazados por las encuestas, pero la categoría que circuló entre ambos provino de ellas y de la segmentación comercial y por esa vía volvió al saber experto un nombre que existía desde mucho antes.

Así describieron los expertos las posiciones medias; el corpus no muestra cómo fueron vividas. Por eso queda abierta la distancia entre el cuarto medido y los dos tercios autodeclarados. La herencia de la cultura mesocrática sigue siendo una explicación rival que el capítulo no puede descartar.

El caso permite, por último, una reflexión sobre la metodología de este capítulo. Chartier observaba que la historia intelectual "opone una doble incertidumbre del vocabulario que la designa"[176], la clase media comparte esa condición y el caso sugiere que la pluralidad de sus nombres no se resuelve en el plano de los conceptos, sino siguiendo los soportes y los instrumentos en que cada uno circuló. Leídos solo como textos, los enunciados del período parecen un debate de ideas sobre la clase media y leídos con sus soportes, muestran que ese debate apenas la nombró. Además, leer los libros con las herramientas de la historia del libro y las encuestas y tablas de segmentación con las de Ramos permite reconstruir, sin confundirlas, la oferta de categorías y su circulación.

Esa autoridad, sin embargo, no reemplazó lo heredado, sino que produjo una coexistencia. Mientras ciertas interpretaciones intelectuales dejaron de reconocer a la clase media como un sujeto

[176] Chartier, *El mundo como representación*, 14.

colectivo relativamente unificado, los instrumentos estadísticos y comerciales hicieron de lo medio una población clasificable por ingreso, inventario y consumo, y la deuda se volvió uno de los rasgos con que los expertos la describían, aunque el sujeto del crédito reunía a sectores populares y medios. Esa versión convivió con la clase media heredada, en un país que se medía a sí mismo desde la pobreza.

Fuentes y bibliografía

Fuentes de prensa

Apsi, no. 265, 15-21 de agosto de 1988, 28–29. Elena Gaete, "La revolución en la trastienda".
La Época, 10 de agosto de 1988. Columna de Liliana Mahn.
La Época, 18 de agosto de 1988, 7.
La Época, 12 de marzo de 1989. Inserción "Solicitada" del PPD. Ricardo Lagos, "Carta abierta a los demócratas chilenos".
El Mercurio, 17 de septiembre de 2000, D2. Blanca Arthur, "Los consejeros del Presidente".
El Mercurio, 15 de diciembre de 2000, B1, B4.
El Mercurio, 6 de julio de 2001, A1, A13.
El Mercurio, 13 de agosto de 2001, B1, B6.
La Nación, 6 de febrero de 1988, 16–17. Paula San Román.
La Nación, 5 de septiembre de 1999, 6–7. Marcela Ramos.
La Segunda, 5 de agosto de 1988, 17.
La Tercera, 13 de febrero de 1988, 2. Andrés Allamand.
La Tercera, 6 de agosto de 1988, 14.
La Tercera, 14 de julio de 1998, 12.
La Tercera, 19 de diciembre de 1999, 8. Margarita Serrano.
Las Últimas Noticias, 7 de agosto de 1988, 14.
Las Últimas Noticias, 13 de agosto de 2000, 16.

Bibliografía

Adamovsky, Ezequiel. "«Clase media»: mitos, usos y realidades". *Nueva Sociedad*, no. 285 (enero-febrero de 2020): 35–46.

Ariztía, Tomás. "Clases medias y consumo: tres claves de lectura desde la sociología". *Polis* 15, no. 43 (2016). OpenEdition; se cita por párrafo.

Ariztía, Tomás, y Oriana Bernasconi. "Sociologías públicas y la producción del cambio social en el Chile de los noventa". En *Produciendo lo social: usos de las ciencias sociales en el Chile reciente*, editado por Tomás Ariztía, 133–163. Ediciones Universidad Diego Portales, 2012.

Barozet, Emmanuelle, y Jaime Fierro. *Clase media en Chile, 1990-2011: algunas implicancias sociales y políticas*. Serie de Estudios, no. 4. Fundación Konrad Adenauer, 2011.

Boeninger, Edgardo. *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Andrés Bello, 1997.

Bórquez, Gabriel. "Lom: historia política e intelectual de una editorial contrahegemónica (1990-2019)". Tesis de magíster en historia, Universidad de Santiago de Chile, 2026.

Bórquez, Gabriel. "Lom: una editorial contrahegemónica de la postdictadura chilena (1990-2003)". En *Formas de historia intelectual*, editado por Cristina Moyano, Valentina Pacheco y Vicente Hernández. En prensa.

Brunner, José Joaquín. "Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?" *Estudios Públicos*, no. 72 (1998): 173–198.

Brunner, José Joaquín. *Universidad y sociedad en América Latina*. Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones en Educación, 2007. Publicado originalmente en 1987.

Candina Polomer, Azun. *Clase media, Estado y sacrificio: la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales en Chile contemporáneo (1943-1983)*. LOM Ediciones, 2013.

Casals Araya, Marcelo. *Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar*. Fondo de Cultura Económica, 2023.

Casals Araya, Marcelo. "Estado, contrarrevolución y autoritarismo en la trayectoria política de la clase media profesional chilena. De la oposición a la Unidad Popular al fin de los Colegios Profesionales (1970-1981)". *Izquierdas*, no. 44 (2018): 91–113.

Centro de Estudios Públicos. *Estudio social de opinión pública. Septiembre-octubre 1990*. Documento de Trabajo no. 146. Centro de Estudios Públicos, diciembre de 1990.

Centro de Estudios Públicos. *Estudio social y de opinión pública en el estrato alto de Santiago. Diciembre 1986-enero 1987*. Documento de Trabajo no. 84. Centro de Estudios Públicos, junio de 1987.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Traducido por Claudia Ferrari. Gedisa, 1992.

Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Gedisa, 2017.

Chile. *Decreto Ley 2.200*. Promulgado el 1 de mayo de 1978. *Diario Oficial*, 15 de junio de 1978.

Chile, Ministerio de Hacienda. *Ley 19.287, "Modifica Ley 18.591 y establece normas sobre fondos solidarios de crédito universitario"*. *Diario Oficial*, 4 de febrero de 1994.

Chile, Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN). *Manual del usuario. Encuesta CASEN 1990*. MIDEPLAN, [ca. 2008].

Chile, Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN). *Manual del usuario. Encuesta CASEN 1998*. MIDEPLAN, [ca. 2008].

Concertación de Partidos por la Democracia. "Compromiso de Gestión Gubernativa". Santiago, 30 de octubre de 1989. Archivo Ricardo Lagos Escobar, Universidad Diego Portales.

Concertación de Partidos por la Democracia. "Programa de Gobierno". *La Época*, suplemento "Documentos", 1989.

Corporación Latinobarómetro. "Informe de prensa. Encuesta Latinobarómetro 1999-2000". Corporación Latinobarómetro, 2000.

Corporación Latinobarómetro. *Latinobarómetro 1995. Resultados por sexo y edad, Chile*. Corporación Latinobarómetro, 1995.

Corporación Latinobarómetro. *Latinobarómetro 2000. Resultados por sexo y edad, Chile*. Corporación Latinobarómetro, 2000.

Correa, Sofía, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle y Manuel Vicuña. *Historia del siglo XX chileno. Balance paradojal*. 3.ª ed. Sudamericana, 2005. Publicado originalmente en 2001.

Drake, Paul W., e Iván Jaksic, eds. *El difícil camino hacia la democracia en Chile, 1982-1990*. Traducido por Fernando Bustamante. FLACSO, 1993.

Drake, Paul W., e Iván Jaksic. "Introducción: transformación y transición en Chile, 1982-1990". En Drake y Jaksic, *El difícil camino hacia la democracia*, 23–53.

Espinoza, Vicente, y Emmanuelle Barozet. "¿De qué hablamos cuando decimos 'clase media'? Perspectivas sobre el caso chileno". *Expansiva*, octubre de 2008.

Garcés Durán, Mario. "Los movimientos sociales en la transición: a 30 años del plebiscito de 1988". En Pinto Vallejos, *Largas sombras de la dictadura*.

Garretón, Manuel Antonio. "La oposición política y el sistema partidario en el régimen militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición". En Drake y Jaksic, *El difícil camino hacia la democracia*, 391–453.

Garretón, Manuel Antonio. *El proceso político chileno*. FLACSO, 1983.

Horwitz F., Violeta, y Alejandra Carrasco B. "Encuesta CEP-Adimark y resultados electorales". *Puntos de Referencia*, no. 131 (diciembre de 1993). Centro de Estudios Públicos.

Jara Hinojosa, Isabel. "'Una nación de propietarios, no de proletarios'. La retórica intelectual de la dictadura chilena sobre las clases sociales y la clase media". En *La frágil clase media. Estudios sobre grupos medios en Chile contemporáneo*, editado por Azun Candina, 71–84. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile / Programa UREDES, 2013.

Jara, Maximiliano. "Las encuestas del Centro de Estudios Públicos en la coyuntura plebiscitaria, 1987-1988: surgimiento, crítica y valoración de un insumo político". *Revista de Historia* 26, no. 2 (2019): 149–181.

Labarca H., Amanda. "Apuntes para estudiar la clase media en Chile". *Atenea*, nos. 305-306 (1950): 239–257.

Lagos, Ricardo. *Discurso del candidato presidencial Ricardo Lagos en el acto realizado en el Estadio Nacional el 16 de enero de 1993*. Folleto de campaña "Más Chile para todos". Lagos '93, Concertación, 1993.

Lagos, Ricardo. *Más Chile para todos*. Documento del Comando de la Candidatura Presidencial de Ricardo Lagos para la Convención Nacional Programática, marzo de 1993.

Larraín, Felipe. "Los desafíos económicos del desarrollo democrático". En Drake y Jaksic, *El difícil camino hacia la democracia*, 499–535.

Lavín, Joaquín. *Chile: revolución silenciosa*. Zig-Zag, 1987.

León, Arturo, y Javier Martínez. *La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX*. Serie Políticas Sociales, no. 52. CEPAL, 2001.

León, Arturo, y Javier Martínez. "Social Stratification in Chile at the Close of the 20th Century". En Toloza y Lahera, *Chile in the Nineties*, 283–307.

Lomnitz, Larissa Adler, y Ana Melnick. *Chile's Middle Class*. Traducido por Jeanne Grant. Lynne Rienner, 1991.

Lomnitz, Larissa Adler, y Ana Melnick. *La cultura política chilena y los partidos de centro*. Fondo de Cultura Económica, 1998.

Martínez, Javier, y Eugenio Tironi. *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980*. Colección Estudios Sociales. Ediciones SUR, 1985.

Martínez, Javier, y Margarita Palacios. *Informe sobre la decencia. La diferenciación estamental de la pobreza y los subsidios públicos*. Colección Estudios Urbanos. Ediciones SUR, 1996.

Moulian, Tomás. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. 16.ª ed. Colección Sin Norte, serie Punto de Fuga. LOM Ediciones / Universidad ARCIS, 1997.

Moulian, Tomás. "Limitaciones de la transición a la democracia en Chile". *Proposiciones*, no. 25 (1994): 25–33.

Moyano, Cristina. "Cartografía genealógica de las 'narrativas del malestar': el Chile de la transición entre 1990-1998". *Revista de Historia* 28, no. 1 (2021): 482–513.

Moyano, Cristina. "Pensar la transición a la democracia. Temas y análisis de los intelectuales MAPU en SUR y FLACSO 1976-1989". En *Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena*, compilado por Marcelo Mella, 195–240. RIL editores, 2011.

Pinto Vallejos, Julio, ed. *Largas sombras de la dictadura: a 30 años del plebiscito*. LOM Ediciones, 2019.

PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). *Desarrollo Humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*. PNUD, 1998.

Ponce, José Ignacio. "Movimiento sindical en transición: conflictividad y cultura política sindical en la postdictadura chilena (1990-2010)". En Ponce, Pérez y Acevedo, *Transiciones*, 311–350.

Ponce, José Ignacio, Aníbal Pérez y Nicolás Acevedo, comps. *Transiciones. Perspectivas historiográficas sobre la postdictadura chilena (1988-2018)*. América en Movimiento, 2018.

Ramos Zincke, Claudio. "Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de la realidad social". *Convergencia* 21, no. 66 (2014): 151–177.

Ramos Zincke, Claudio. "Investigación científica y performatividad social: el caso del PNUD en Chile". En *Produciendo lo social: usos de las ciencias sociales en el Chile reciente*, editado por Tomás Ariztía, 219–252. Ediciones Universidad Diego Portales, 2012.

Ramos Zincke, Claudio. *La producción de la pobreza como objeto de gobierno*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016.

Ramos Zincke, Claudio. *Relatos sociológicos y sociedad. Tomás Moulian, José Joaquín Brunner y Pedro Morandé: obra, redes de producción y efectos (1965-2018)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2019. Edición digital; se cita por la paginación del archivo.

Salazar, Gabriel. "Las avenidas del espacio público y el avance de la educación ciudadana". *Última Década*, no. 4 (1996). Transcripción del Archivo Chile, Centro de Estudios Miguel Enríquez.

Salazar, Gabriel, y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*. Volumen escrito por Julio Pinto, Azun Candina y Robinson Lira. LOM Ediciones, 1999.

Thielemann, Luis. "'Su derrota es siempre breve'. Lucha social y praxis política en la izquierda chilena durante los años de la derrota secular (1986-1994)". En Ponce, Pérez y Acevedo, *Transiciones*, 203–226.

Thompson, E. P. "La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?" En *Tradición, revuelta y consciencia de clase.*

Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial, 13–61. Crítica, 1979.

Tironi, Eugenio. "Cultura y comunicaciones en una época de transición (Chile, 1990-1994)". *Proposiciones*, no. 25 (1994): 47–56.

Tironi, Eugenio. *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*. Grijalbo, 1999.

Tironi, Eugenio. *Los silencios de la revolución. Chile: la otra cara de la modernización*. La Puerta Abierta, 1988.

Toloza, Cristián, y Eugenio Lahera, eds. *Chile in the Nineties*. Traducido por Katty Kauffman y Patricia Linderman. Stanford University Libraries / Presidency of the Republic of Chile, 2000.

Wood, Ellen Meiksins. "La clase como proceso y como relación". En *Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. Traducido por Adriana Hierro. Siglo XXI / UNAM, 2000.

World Values Survey. Olas 2, 3 y 4, Chile (1990, 1996, 2000). Variables V364, V226 y V235.

A modo de cierre
Tres voces autorales para un cierre intergeneracional

Escrituras diversas, compilación colectiva

Cristina Moyano Barahona

La reunión de investigaciones en un libro colectivo suele presentarse como el resultado de afinidades intelectuales que parecen evidentes una vez organizada la publicación. Sin embargo, la historia de esas afinidades es bastante menos ordenada. Los trabajos que hemos compilado proceden de experiencias formativas diferentes, de preguntas que encontraron sus objetos en circunstancias particulares y de aproximaciones a la historia intelectual que no siempre reconocían una genealogía compartida. Su encuentro fue adquiriendo forma mediante seminarios, jornadas académicas, investigaciones individuales y conversaciones que, durante varios años, nos obligaron a discutir qué estábamos haciendo cuando estudiamos las ideas, sus productores y las condiciones de su intervención histórica. Recuperar esa trayectoria al cerrar el libro tiene para mí un sentido especial. Permite interrogar una experiencia de producción historiográfica de la que he participado directamente y reconocer que la constitución de una comunidad intelectual depende de decisiones, relaciones de autoridad y prácticas de trabajo que rara vez quedan suficientemente expresadas en sus publicaciones.

Conducir esta empresa editorial ha significado enfrentar una dificultad que conozco desde mis propias investigaciones, constatando la distancia entre las interpretaciones que construimos retrospectivamente y las experiencias históricas que intentamos comprender. Cuando observamos un proyecto concluido, sus resultados suelen organizarse en una secuencia coherente que disimula las incertidumbres de su elaboración. Algo semejante ocurre con las comunidades intelectuales del pasado. Tendemos a reconocerlas por sus publicaciones, sus figuras más visibles o las tradiciones que posteriormente contribuyeron a consolidar, mientras las controversias que acompañaron su formación terminan

subordinadas a la imagen de una trayectoria compartida. He procurado mantener presente esa precaución durante la edición de este volumen. Las investigaciones que lo integran no nacieron como partes de una obra previamente diseñada. Su reunión expresa una decisión intelectual que encontró razones para sostenerse en la discusión de problemas históricos, sin que esa circunstancia autorizara a desconocer sus diferencias.

Mi aproximación a la historia intelectual provino de una preocupación persistente por comprender las relaciones entre pensamiento y experiencia política. Las investigaciones sobre las izquierdas chilenas, sus transformaciones culturales y las controversias que acompañaron los procesos de democratización me enfrentaron a problemas que difícilmente podían resolverse mediante una historia concentrada en las organizaciones, sus decisiones institucionales o sus definiciones doctrinarias. Me interesaba comprender cómo determinados sujetos conseguían revisar sus propias tradiciones, qué ocurría cuando las categorías mediante las cuales habían interpretado el mundo perdían capacidad explicativa y de qué manera elaboraban nuevas expectativas a partir de experiencias que muchas veces consideraban derrotadas. Ese recorrido me llevó hacia las revistas político-culturales, las empresas editoriales y los espacios colectivos donde se producían interpretaciones destinadas a intervenir en las disputas de su tiempo. La historia intelectual adquirió sentido para mí desde esas preguntas y mediante un trabajo de apropiación teórica que fue modificando progresivamente mis maneras de investigar.

La experiencia de este libro me ha permitido volver sobre aquel itinerario desde una posición diferente. Las preocupaciones que orientaron mis investigaciones encontraron otras formulaciones en trabajos desarrollados por historiadores e historiadoras cuyas preguntas procedían de experiencias académicas y políticas distintas. La constitución del Grupo de Historia Intelectual de la Universidad de Santiago, impulsada por estudiantes y egresados del Departamento de Historia, expresó tempranamente esa posibilidad. Su desarrollo fue encontrando continuidad en encuentros académicos y espacios de formación donde las diferencias entre perspectivas obligaban a explicar con mayor precisión las decisiones metodológicas. Las discusiones sobre archivos, materialidades, lenguajes y sujetos intelectuales adquirieron allí una dimensión que

excedía los intereses particulares de cada investigación. Las jornadas dedicadas a los soportes materiales, por ejemplo, hicieron visible una preocupación compartida por las condiciones de existencia de nuestras fuentes y por las operaciones mediante las cuales las transformamos en evidencia histórica. Aquellas conversaciones no resolvieron las diferencias entre nuestras aproximaciones; contribuyeron a volverlas intelectualmente productivas.

La coedición con Valentina Pacheco y Vicente Hernández constituye una expresión de esa trayectoria. Hemos reunido tres generaciones de historiadores alrededor de una responsabilidad compartida, y quisiera detenerme en el significado de esa experiencia porque las relaciones generacionales suelen presentarse mediante imágenes demasiado cómodas de continuidad o reemplazo. Ninguna generación recibe intactas las tradiciones intelectuales de quienes la precedieron. Las apropiaciones se producen desde circunstancias históricas que modifican las preguntas disponibles, los problemas considerados pertinentes y las formas de valorar determinadas experiencias. Las diferencias entre nuestros recorridos no se explican exclusivamente por la edad ni por los acontecimientos que acompañaron nuestra formación. Se manifiestan también en las fuentes que elegimos, en las relaciones que establecemos entre cultura y política, y en las expectativas que depositamos en nuestras investigaciones. La edición compartida nos situó frente a esas diferencias desde una responsabilidad común, referida a construir una obra capaz de reconocer perspectivas que no necesitaban coincidir para participar de una discusión historiográfica.

Esa relación contiene una dimensión formativa que me interesa especialmente. Durante años he entendido la enseñanza de la historia como un ejercicio que requiere transmitir herramientas, discutir tradiciones y acompañar el proceso mediante el cual quienes comienzan a investigar aprenden a construir problemas propios. Sin embargo, la autoridad académica puede transformarse en una limitación cuando la experiencia acumulada termina operando como criterio para definir anticipadamente cuáles preguntas merecen ser formuladas. La formación intelectual contiene esa tensión. Quienes enseñamos esperamos transmitir aquello que hemos aprendido, pero la autonomía de las generaciones posteriores se manifiesta precisamente cuando utilizan esas herramientas para cuestionar

interpretaciones heredadas o investigar experiencias que permanecían fuera de nuestras preocupaciones. Reconozco en el trabajo con Valentina y Vicente una expresión concreta de ese proceso. Sus investigaciones han seguido trayectorias propias y han contribuido a modificar las conversaciones que inicialmente compartimos. La transmisión de una tradición historiográfica adquiere otra densidad cuando deja de confundirse con su reproducción.

La compilación permite examinar estas relaciones desde una cuestión que habitualmente permanece fuera de la reflexión sobre los libros colectivos. Editar supone ejercer una forma de autoridad intelectual. Al seleccionar trabajos, establecer relaciones entre ellos y decidir su organización, intervenimos en la construcción de un campo de problemas que el lector encontrará presentado bajo una determinada disposición. Esa operación nunca resulta completamente inocente. Las secciones de un libro producen proximidades, atribuyen relevancia a ciertas preguntas y pueden contribuir a estabilizar clasificaciones que después adquieren una existencia aparentemente independiente de las decisiones que las hicieron posibles. Nuestra responsabilidad consistió en reconocer esa dimensión interpretativa de la edición y evitar que la búsqueda de coherencia terminara anulando las diferencias entre los trabajos. La diversidad de escrituras que da sentido a este volumen exige aceptar que sus capítulos no poseen idénticos presupuestos ni resuelven de la misma manera las relaciones entre teoría, fuentes e interpretación histórica. Una compilación puede reunir investigaciones sin convertirlas en expresiones de un programa uniforme.

Esta decisión tiene consecuencias para la manera de comprender el desarrollo de la historia intelectual. Durante mucho tiempo, las tradiciones historiográficas se organizaron alrededor de objetos y procedimientos que adquirieron legitimidad mediante instituciones, publicaciones y comunidades académicas capaces de establecer criterios de reconocimiento. La historia intelectual chilena ha seguido una trayectoria menos homogénea, marcada por apropiaciones procedentes de la historia de las ideas, de las investigaciones sobre lenguajes políticos y de renovaciones de la historia cultural y política. Esa procedencia heterogénea ha abierto posibilidades de investigación, aunque también ha dificultado la

construcción de controversias metodológicas sostenidas entre perspectivas que no siempre reconocen problemas comunes. El libro participa de esa historia desde un conjunto acotado de investigaciones. Su interés radica en las relaciones que permite establecer entre objetos cuya proximidad historiográfica no podía darse por supuesta y en las dificultades que esas relaciones dejan planteadas.

Los trabajos sobre prensa militante, experiencias editoriales, organizaciones feministas, producción artística y debates políticos muestran que las prácticas intelectuales han adquirido formas históricas que desbordan las delimitaciones tradicionalmente utilizadas para reconocerlas. Pero sería insuficiente considerar esa ampliación como un resultado en sí mismo. Incorporar nuevos sujetos y soportes exige revisar los procedimientos mediante los cuales atribuimos a determinadas prácticas una dimensión intelectual. Un periódico puede contribuir a organizar identificaciones políticas y experiencias generacionales; una editorial puede intervenir en la configuración de comunidades de lectura; una publicación dirigida a mujeres populares puede participar en la difusión de lenguajes económicos que modifican las interpretaciones de la vida cotidiana. En cada caso, el problema consiste en explicar históricamente esas operaciones, reconocer las relaciones sociales que las hicieron posibles y establecer hasta dónde las fuentes permiten reconstruir sus efectos. La apertura del campo encuentra allí una exigencia que no puede resolverse mediante la simple multiplicación de objetos.

Las investigaciones sobre feminismos introducen una dificultad que afecta nuestras propias formas de producir conocimiento histórico. Los criterios mediante los cuales se ha reconocido a los sujetos intelectuales estuvieron asociados durante largo tiempo a formas particulares de autoría, publicación y consagración cultural. Aquello que permaneció fuera de esos circuitos no carecía necesariamente de elaboración intelectual, aunque sus condiciones de producción y preservación fueran considerablemente más precarias. La recuperación de documentos colectivos, publicaciones de circulación restringida y testimonios vinculados a experiencias de organización feminista obliga a interrogar las jerarquías que condicionaron la conservación de esas escrituras. También exige reconocer las controversias que

atravesaron su producción, incluidas las disputas por la autoridad para definir experiencias y pertenencias. Esta dimensión resulta historiográficamente exigente porque impide representar a las comunidades intelectuales como espacios de afinidad permanente. Las diferencias internas, los conflictos por el reconocimiento y las relaciones desiguales de poder forman parte de su historia y deben ser considerados al interpretar sus intervenciones.

El problema adquiere otra expresión cuando nos aproximamos a las condiciones materiales de circulación de las ideas. Las revistas, los periódicos y las empresas editoriales han ocupado un lugar creciente en la investigación histórica, pero todavía resulta necesario precisar las operaciones que permiten convertirlos en objetos de historia intelectual. Los soportes condicionan determinadas posibilidades de intervención, aunque su existencia no garantiza que los propósitos de sus productores hayan encontrado una recepción equivalente entre sus públicos. Reconstruir una red exige identificar relaciones efectivas entre sujetos y espacios; estudiar una circulación demanda establecer trayectorias documentables; reconocer una apropiación supone examinar las modificaciones que determinados repertorios experimentaron al ser utilizados bajo circunstancias históricas diferentes. Estas distinciones pueden parecer demasiado elementales, pero su ausencia favorece interpretaciones que atribuyen a las ideas una eficacia difícilmente demostrable. La historia intelectual necesita conservar una atención rigurosa a la distancia entre aquello que los sujetos pretendieron producir y los resultados que sus intervenciones alcanzaron.

Hay una relación entre estas preocupaciones y la experiencia misma de compilar el libro que me parece especialmente sugerente. Hemos estudiado publicaciones como espacios donde se seleccionan interpretaciones, se construyen relaciones entre productores de conocimiento y se establecen ciertas posibilidades de circulación cultural. Nuestra propia empresa editorial participa, bajo condiciones históricas diferentes, de decisiones que también merecen ser interrogadas. Reunir investigaciones supone reconocer algunas afinidades y dejar otras fuera; establecer una organización modifica las posibilidades de lectura; publicar convierte argumentos elaborados en espacios relativamente restringidos en intervenciones disponibles para una comunidad académica más amplia. La edición

participa así de los procedimientos mediante los cuales determinados conocimientos adquieren existencia pública. Esta constatación nos obliga a reconocer que también nosotros intervenimos en relaciones de legitimidad historiográfica. Las categorías con que ordenamos el pasado están vinculadas a las prácticas mediante las cuales producimos y hacemos circular nuestras interpretaciones sobre él.

Por esa razón, considero necesario reconocer los límites de esta compilación. Sus investigaciones se concentran principalmente en experiencias chilenas del siglo XX y comienzos del XXI, aunque algunas incorporan escalas latinoamericanas y problemas que exceden los marcos nacionales. Esa delimitación responde a las trayectorias de quienes participaron y a las preguntas que consiguieron elaborar, sin constituir una representación de la totalidad del campo. Persisten problemas vinculados con las comunidades intelectuales regionales, las circulaciones entre espacios periféricos y las prácticas de producción cultural cuya existencia documental resulta especialmente fragmentaria. También permanecen abiertas discusiones acerca de las formas de autoría colectiva, las transformaciones digitales y las condiciones históricas de recepción de determinados lenguajes. Reconocer esos límites impide atribuir al volumen una capacidad de síntesis que sus investigaciones no pretenden ofrecer. Su contribución debe evaluarse a partir de los problemas que consigue formular y de las posibilidades de contrastación y discusión que abre para otros estudios.

La historia intelectual chilena enfrenta, desde esta perspectiva, dificultades que no pueden resolverse exclusivamente mediante el aumento de publicaciones o la ampliación de las redes de colaboración. La formación de un campo requiere comunidades capaces de discutir sus fundamentos, transmitir críticamente sus procedimientos y reconocer la legitimidad de controversias que no siempre conducen hacia interpretaciones compatibles. Esa tarea depende de condiciones institucionales cuya distribución desigual interviene en las posibilidades efectivas de producir conocimiento. Las trayectorias académicas, especialmente las de quienes comienzan a investigar, se encuentran condicionadas por el acceso a archivos, recursos, tiempo de trabajo y espacios donde sus interpretaciones puedan ser discutidas. La ausencia de esas

condiciones favorece formas de fragmentación que no deberían confundirse con pluralidad historiográfica. Si aspiramos a estudiar críticamente las relaciones entre producción intelectual y poder, necesitamos reconocer las jerarquías que atraviesan nuestras propias instituciones y que determinan quiénes consiguen sostener una trayectoria investigativa.

Este problema devuelve la reflexión hacia el significado de conducir una empresa colectiva dentro de la universidad. Durante mi trayectoria académica he participado en experiencias donde la cooperación permitió desarrollar investigaciones que habrían resultado difíciles de sostener individualmente. También he aprendido que las relaciones de colaboración contienen asimetrías y responsabilidades que no desaparecen por el hecho de compartir determinadas convicciones. La experiencia, las posiciones institucionales y el reconocimiento acumulado distribuyen de manera desigual las posibilidades de intervenir en las decisiones académicas. Liderar un proyecto exige hacerse cargo de esa circunstancia, especialmente cuando participan generaciones que se encuentran en momentos diferentes de sus trayectorias. La autoridad puede contribuir a sostener espacios de trabajo y ofrecer condiciones para que otras investigaciones se desarrollen, pero también puede restringirlas si transforma sus propias preferencias en criterios destinados a ordenar las contribuciones ajenas. Reconocer esa tensión ha sido parte de mi manera de comprender la responsabilidad editorial asumida en este libro.

La relación entre generaciones adquiere aquí una importancia que excede nuestras experiencias personales. Las tradiciones intelectuales se mantienen mediante procesos de apropiación que modifican aquello que reciben. Su continuidad no depende de preservar intactas las interpretaciones heredadas, porque cada generación vuelve sobre ellas desde circunstancias que alteran sus sentidos y sus posibilidades de utilización. He encontrado reiteradamente esa cuestión en mis investigaciones sobre las culturas políticas chilenas, particularmente al estudiar los esfuerzos de determinados actores por reelaborar sus experiencias y construir otras expectativas de futuro. La producción historiográfica participa también de esas relaciones entre herencia e innovación. Quienes investigan desde preguntas distintas pueden reconsiderar categorías que sus antecesores utilizaron con otros propósitos y

reconocer problemas que permanecían fuera de sus horizontes de investigación. El encuentro generacional puede producir entonces una revisión de las tradiciones compartidas, sin que ello implique desconocer las experiencias desde las cuales fueron construidas.

Hay una dimensión de este proceso que quisiera dejar expresada desde mi propia experiencia. La formación de historiadores e historiadoras ha ocupado una parte importante de mi vida universitaria y constituye una actividad de la que difícilmente podría separar mis investigaciones. He compartido preguntas con estudiantes que posteriormente siguieron trayectorias diferentes, he acompañado trabajos cuyos resultados modificaron algunas de mis interpretaciones y he participado en experiencias colectivas donde la discusión académica adquirió una continuidad que inicialmente no podíamos anticipar. La edición de este libro con Valentina y Vicente reúne varias de esas experiencias. Reconozco en sus trabajos preocupaciones que hemos discutido durante años, pero encuentro también decisiones intelectuales que responden a sus propias trayectorias. Esa diferencia tiene para mí un sentido especial. La formación alcanza una expresión particularmente satisfactoria cuando quienes participaron de ella pueden elaborar preguntas cuya respuesta ya no depende de la autoridad de quienes acompañamos sus primeros recorridos.

Las comunidades académicas contienen, además, relaciones de confianza y experiencias compartidas que forman parte de su historia, aunque rara vez aparezcan en nuestras publicaciones. La investigación se desarrolla mediante conversaciones que pueden modificar una hipótesis, lecturas que cuestionan interpretaciones consideradas satisfactorias y discusiones que obligan a reconocer los límites de nuestro conocimiento. Esas prácticas requieren una disposición a aceptar la crítica que difícilmente puede imponerse mediante mecanismos formales de organización. Su continuidad depende de relaciones construidas durante el trabajo compartido y de una comprensión de la autoridad intelectual que admita el desacuerdo. Me interesa reconocer esta dimensión porque forma parte del significado que atribuyo a la vida universitaria. He procurado entenderla como un espacio donde la producción de conocimiento se sostiene mediante responsabilidades individuales y empresas colectivas cuyos resultados nunca pueden anticiparse completamente.

Llegados a este punto, la pregunta inicial adquiere otro sentido. Lo que hemos reunido en *Formas de Historia Intelectual* expresa una experiencia de investigación que ha conseguido producir cierta continuidad sin borrar las diferencias de sus integrantes. Las escrituras del volumen pertenecen a sus autores y autoras, con sus argumentos, decisiones metodológicas y límites interpretativos. La compilación introduce una lectura sobre las relaciones posibles entre ellas y convierte esas proximidades en una propuesta historiográfica sometida, desde su publicación, al examen de otros investigadores. Allí encuentro el resultado intelectual de nuestra empresa. Hemos construido una obra que permite discutir las condiciones históricas de producción del pensamiento y, al mismo tiempo, reconocer que nuestra propia actividad participa de prácticas de selección, autoridad y circulación que también tienen una historia. La experiencia de edición nos ha situado frente a una parte de los problemas que investigamos.

Al cerrar estas páginas, me importa especialmente recuperar el sentido de ese trabajo entre generaciones. Liderar este proyecto ha significado participar de una experiencia que reúne mi trayectoria como historiadora con una preocupación persistente por las condiciones de formación de nuevas comunidades académicas. Me produce satisfacción reconocer las investigaciones que han encontrado aquí un espacio de publicación y las relaciones intelectuales que hicieron posible su encuentro. Pero quisiera evitar una representación demasiado armónica de la continuidad generacional. La formación produce también diferencias, revisiones críticas y distancias que debemos aprender a aceptar. Las generaciones posteriores no tienen la obligación de conservar nuestras preguntas ni de confirmar las interpretaciones mediante las cuales hemos intentado comprender el pasado. Su responsabilidad es construir otras lecturas, someterlas a discusión y reconocer los límites de las tradiciones que reciben. La nuestra consiste, entre otras cosas, en contribuir a que dispongan de las condiciones intelectuales e institucionales para hacerlo.

Este libro deja constancia de una experiencia colectiva cuya continuidad no está garantizada por su publicación. Dependerá de las investigaciones que consiga suscitar, de las controversias que sus argumentos permitan formular y de la capacidad de quienes participamos en ella para sostener espacios donde las diferencias

intelectuales puedan convertirse en problemas de conocimiento. Me interesa que sea leído desde esa perspectiva, con atención a sus aportes y también a las cuestiones que deja pendientes. Después de tantos años dedicados a investigar las maneras en que las comunidades intelectuales elaboraron sus interpretaciones y disputaron los sentidos de su tiempo, he podido reconocer en esta empresa una dimensión de nuestra propia historia académica. Tres generaciones hemos participado de una obra común, sin desconocer las distancias entre nuestras trayectorias y las preguntas que las orientan. Tal vez allí resida uno de los sentidos más perdurables de esta compilación: haber construido las condiciones para que escrituras provenientes de experiencias distintas encuentren un espacio compartido de discusión, conscientes de que las interpretaciones que hoy proponemos deberán permanecer disponibles para ser cuestionadas por quienes continúen haciendo historia.

Valentina Pacheco Parra

Escribir en primera persona es, para quien se formó en la disciplina histórica, un ejercicio de cierta incomodidad. Aprendimos pronto a retirar el yo del texto, a dejar que las fuentes, los conceptos y las notas al pie hablaran por nosotros, como si la voz de quien investiga sobrara. Sin embargo, buena parte de lo que he estudiado en estos años me ha enseñado lo contrario. Las feministas que pensaron en dictadura y transición sabían que no existe una mirada desde ningún lugar, que todo saber tiene un cuerpo, una posición y una historia. Por eso escribo este cierre en primera persona, ya que me parece coherente con lo que he intentado comprender, que las ideas siempre se dicen desde algún lugar.

Este texto tiene un doble propósito. Quisiera contar parte de la historia de este libro, de las relaciones y los gestos que lo hicieron posible, y volver al mismo tiempo sobre el recorrido que me llevó a la historia intelectual y a vincularla con las dos líneas que han organizado mi quehacer historiográfico: la historia política y la historia de género. Ambos relatos están más entrelazados de lo que parece. No sabría contar cómo llegué a mis preguntas sin nombrar a quienes las compartieron conmigo, ni podría explicar este libro sin reconocer que es, ante todo, la huella de una conversación.

Casi ninguna de las personas que escribimos en este volumen comenzó su camino haciendo historia intelectual. Llegamos desde la historia política, desde la historia social, desde la historia cultural, con preguntas que en algún momento empezaron a desbordar los marcos donde habían nacido. Estudiábamos partidos, organizaciones, movimientos, periódicos, y de pronto ya no bastaba con saber qué decidieron o qué reclamaron sus integrantes. Queríamos saber cómo pensaban, con qué palabras nombraban su mundo, por dónde viajaban esas palabras y qué hacían con ellas al llegar. La historia intelectual no fue, para varios de nosotros, un punto de partida, sino un lugar al que llegamos siguiendo el hilo de nuestras propias preguntas.

Esa llegada tuvo mucho de autodidacta. Aprendimos leyendo, discutiendo, equivocándonos, ensayando conceptos que a veces nos quedaban grandes y otras veces demasiado estrechos. En ese aprendizaje fue decisiva la academia argentina y, en particular, el trabajo del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) en torno a las revistas, los intelectuales y la circulación de saberes de las izquierdas latinoamericanas. Sus investigaciones nos mostraron que una revista podía ser algo más que un depósito de opiniones, que una red era una trama concreta de vínculos y que el archivo no solo se conserva, sino que también se construye, se cuida y se pone a disposición de otros. En lo personal, el CeDInCI me recibió en más de una ocasión, ya fuera para un seminario, unas jornadas o para una pasantía doctoral, y estoy muy agradecida por esa acogida.

Mi propio camino fue de ese tipo. Llegué a la historia intelectual desde la historia política y desde la pregunta por las mujeres en ella. Al estudiar a las feministas chilenas de la dictadura y la transición, me encontré con un vacío curioso. Se había reconstruido con cuidado su organización y su resistencia, pero en menor medida la cartografía de lo que pensaron y el modo en que elaboraron sus ideas. ¿Qué dijeron, por dónde circularon sus ideas, con quiénes dialogaron, qué palabras inventaron? Esas preguntas me llevaron a pensar el feminismo como un campo intelectual y, desde ahí, a una tesis doctoral que intentó reconstruir ese campo entre 1979 y 1996. En boletines de pobladoras, en cuadernos de talleres, en revistas de corta vida y circulación estrecha, encontré mujeres que firmaban solo con su nombre de pila, o que no

firmaban. Y encontré un pensamiento que se hacía en condiciones muy precarias y que, aun así, circulaba.

Con el tiempo entendí que la historia política, la historia de género y la historia intelectual no eran caminos separados, sino maneras complementarias de mirar un mismo problema. La historia política me enseñó a prestar atención al conflicto, al poder y a las organizaciones. La historia de género me obligó a preguntar quiénes quedaban fuera de esos relatos y por qué. La historia intelectual me dio herramientas para seguir las ideas en su recorrido, a través de los soportes donde se escribieron, las redes por las que circularon, las palabras con que se discutieron. Ninguna de ellas, por sí sola, me habría permitido entender a las feministas de esos años. Juntas, me ayudaron a verlas como mujeres que hacían política pensando y que pensaban haciendo política.

Si tuviera que nombrar la inquietud que atraviesa ese recorrido, diría que es la pregunta por el conocimiento. Cómo se generan las ideas, cómo viajan, cómo se transforman en el camino, cómo toman cuerpo en una consigna, en un boletín, en una política pública, en un gesto. Cómo pensamos lo que pensamos, por qué llegamos a ciertos saberes y no a otros, quién decide qué cuenta como pensamiento. Es una pregunta sobre el pasado, pero también sobre nuestro propio oficio y sobre lo que la disciplina decide reconocer o dejar de lado.

Hablar de historia intelectual puede parecer, a primera vista, pretencioso. La palabra intelectual arrastra todavía la imagen de un hombre solo frente a su escritorio, de una firma reconocida, de un privilegio. Pero este libro habla de otra cosa. La mayoría de quienes escribimos en él nos interesamos por sujetos subalternizados y marginados, por prácticas mínimas, silenciadas y, sin embargo, poderosas, por palabras secundarias y relaciones subterráneas. Más que del privilegio, nos ocupamos de la rebeldía y de cómo ella también produce saber, un saber que disputa quién puede representar y representarse.

Las páginas anteriores lo muestran. Están los jóvenes que aprendían la política escribiendo como corresponsales desde su liceo o su fábrica, y los trabajadores exiliados que leían un boletín sindical para no perder el hilo de un país del que habían sido expulsados. Está una revista que enseñaba a las mujeres populares a administrar su casa con el vocabulario del mercado y, en esos mismos años,

están las feministas y las lesbianas feministas que inventaban palabras para nombrar lo que todavía no tenía nombre. Están las editoriales que hicieron de un catálogo una trinchera, un periódico que vio apagarse su papel, un artista cuya intervención no pasaba por la escritura, un manual que circuló con erratas y una categoría, la clase media, que se fue fabricando en encuestas, ensayos e informes antes de volverse sentido común.

El libro está organizado en tres partes: la primera reúne trabajos sobre prensa, editoriales y circuitos de producción intelectual; la segunda, investigaciones sobre género, feminismos y lenguajes en disputa; la tercera, estudios sobre agentes, debates y narrativas de la segunda mitad del siglo XX. Pero, leídos de corrido, los capítulos conversan más allá de esas divisiones. Varios se preguntan por los lectores y no solo por quienes escriben: quién recibía un periódico, cómo se leía un boletín en el exilio, qué hacía una militante con una consigna. Otros se detienen en los afectos que sostienen una red, como la nostalgia, la esperanza, la amistad o la necesidad de acompañarse. Son dimensiones que no siempre aparecen en las definiciones de la historia intelectual, pero que, una vez que se miran, cuesta dejar de ver.

Muchas de estas historias comparten, además, una atención a la fragilidad de sus fuentes. Muchos de los materiales con que trabajamos estuvieron a punto de no existir. Fueron impresos a mimeógrafo, guardados en cajas, prestados de mano en mano, contados en voz alta antes de ser escritos. Algunos sobrevivieron porque alguien decidió conservarlos; otros solo los conocemos porque alguien los recuerda. Hacer historia intelectual desde ahí implica aceptar que la precariedad de un archivo no es signo de pobreza intelectual, y que la oralidad, los afectos y la urgencia también son condiciones de producción del pensamiento.

En mi propia investigación, esa fragilidad me llevó a pensar en las fuentes orales como un complemento necesario. Hay itinerarios que no quedaron registrados en ningún documento y que solo pueden reconstruirse conversando con quienes los vivieron. Eso exige escuchar de otra manera, con atención a los datos, pero también a los silencios, a los nombres que se recuerdan y a los que se olvidan. Paula Pastenes muestra en su capítulo algo parecido cuando trata la oralidad como una forma de producir y transmitir saber, y no solo como un apoyo de los papeles.

Varios capítulos, entre ellos el mío, se detienen también en el acto de nombrar, es decir, el momento en que una experiencia encuentra una palabra que permite pensarla y discutirla, como cuando las feministas comenzaron a llamar violencia a lo que por mucho tiempo se había llamado amor.

En mi caso, nunca se trató de sumar a las feministas a una historia ya escrita, sino de preguntarme qué le pasa a esa historia cuando incluye a mujeres que pensaron sin credenciales, en talleres, en casas, en encuentros. Ese desplazamiento no es exclusivo de los capítulos dedicados a los feminismos. El género atraviesa el libro entero: en las jóvenes obreras que aparecen en la prensa comunista de los años cuarenta, en la polémica que terminó por consagrar a Marta Harnecker como interlocutora ineludible del marxismo latinoamericano, en las lectoras a quienes *Amiga* quiso enseñar a ser buenas administradoras del hogar. La pregunta por quién puede ser reconocida como intelectual recorre, en ese sentido, todo el volumen.

Hay una razón más íntima que explica la cercanía entre estos trabajos. La mayoría de quienes escribimos aquí, por no decir todos, fuimos formados en uno o en varios momentos de nuestras trayectorias por la profesora Cristina Moyano. Para muchas y muchos, en el plano de la historia política y de la historia intelectual, ella fue quien nos mostró que una revista, un diagnóstico o una palabra podían ser también formas de hacer política. Algunos encontraron en sus seminarios las primeras herramientas; otros, en sus comentarios exigentes, la necesidad de precisar un concepto o revisar una hipótesis.

Mauricio Tapia lo cuenta en su capítulo con una honestidad que agradezco, ya que recuerda cómo, en su examen de grado, Cristina e Ivette Lozoya le advirtieron que su tesis estaba más cerca de una historia de las ideas que de la historia intelectual que él creía hacer, y cómo esa observación volvió a él años después. Historias parecidas podrían contarse varias veces en este libro. Esa formación no ocurrió solo en las aulas, sino también en seminarios, en lecturas recomendadas, en correcciones al margen y en conversaciones de pasillo. Ocurrió, además, en su disposición a acompañar proyectos colectivos como este, que necesitan tiempo, paciencia y una confianza que no siempre abunda en la academia.

En lo personal, he compartido con Cristina Moyano gran parte de mi carrera académica. Fue mi profesora y la directora de mi tesis doctoral, pero lo que más agradezco no cabe del todo en esas palabras. Entre nosotras se construyó una complicidad intelectual que me ayudó a descubrir cómo canalizar mis inquietudes dentro de la disciplina histórica y a encontrar una forma ética de dedicarme a la investigación. Esa complicidad nos ha llevado a colaborar durante cerca de trece años.

Cristina escribe en su cierre que las generaciones posteriores no tienen la obligación de conservar sus preguntas. Es cierto que nuestras preguntas han tomado otros rumbos. Pero creo que lo que recibimos de ella no fue tanto un conjunto de preguntas como una manera de hacerlas, atenta también a las condiciones desde donde pensamos el pasado. Eso es lo que intentamos seguir practicando.

Por su parte, este libro no se entiende sin el Grupo de Historia Intelectual de la Universidad de Santiago. A comienzos de 2021, Laura Briceño y Mauricio Tapia me contactaron para formarlo. Un año más tarde se sumaron Felipe Vera y Simón González. Desde entonces hemos organizado jornadas y actividades de distinto tipo, algunas con invitadas e invitados internacionales, y sostenemos un Seminario Permanente de Historia Intelectual que ya cumple tres años. Hemos pasado horas discutiendo un concepto, un capítulo, una fuente, en reuniones que se alargaban más allá de lo razonable porque nadie quería dejar la conversación a medias.

Ha sido, en buena medida, un quehacer a contrapelo. Lo hemos sostenido muchas veces con escasos recursos, o simplemente sin ellos, gracias a la voluntad de quienes participan y al apoyo del Departamento de Historia cuando ha sido posible. Pero quizás lo más importante del grupo no está en sus actividades, sino en la máxima que lo ha orientado desde el inicio: ser un espacio seguro para la fraternidad académica, un lugar de colaboración y de discusión respetuosa. En un medio donde la competencia suele pesar mucho, nos importaba que discrepar no significara dejar de cuidarnos.

En esas reuniones nunca hemos pensado lo mismo. Algunas y algunos se reconocen plenamente en la historia intelectual; otros la usan como una caja de herramientas al servicio de la historia política o cultural. Esa diferencia, lejos de dividirnos, ha sido una de las razones para seguir juntándonos, porque nos obliga a explicar lo

que hacemos y a escuchar por qué otros lo hacen distinto. En el camino también se fueron tejiendo vínculos hacia afuera, entre ellos el diálogo del Departamento de Historia con el CeDInCI, que nos acercó a otras formas de trabajar con revistas y archivos.

Desde su fundación, nuestro círculo ha crecido. En el camino, hicimos amigos.

Entre nuestras amistades más recientes, y a quienes agradecemos su entusiasmo, está el equipo de la *Revista SED*, integrado por autoras y autores de este libro: Antonia Olate, Vicente Hernández, Felipe Vera y Alonso Martínez. La revista nació como un proyecto de estudiantes de licenciatura que hoy están terminando sus magíster, y se ha convertido en un espacio privilegiado para leer las inquietudes historiográficas de las nuevas generaciones. El grupo y la revista han comenzado a colaborar en distintas instancias, y esas relaciones nuevas han revitalizado nuestras discusiones con preguntas que no habríamos formulado por nuestra cuenta.

Así, este libro reúne una amplia gama de voces. Una profesora consagrada, doctoras y doctores, académicas, magísteres, estudiantes de pregrado y posgrado. No es una jerarquía ordenada de arriba hacia abajo, sino una conversación en la que cada voz dice algo sobre cómo renovar el saber, qué temas importan hoy y de qué maneras puede comprenderse la historia intelectual.

Editar este libro junto a Cristina y a Vicente Hernández fue también una forma de aprender. Leer los borradores de colegas, sugerir cambios y ordenar capítulos me obligó a mirar la historia intelectual desde otro ángulo. Ya no solo como quien investiga, sino como quien acompaña la investigación de otras y otros. Editar es, en buena medida, un trabajo de escucha. Cada texto traía su propio ritmo y sus propias preguntas, y la tarea no era uniformarlos, sino ayudar a que cada uno dijera mejor lo que quería decir.

En esa trama ocupo un lugar intermedio porque sigo aprendiendo de quienes me formaron y, a la vez, acompaño a quienes vienen después. Me reconozco en las preguntas que heredé y me sorprendo con las que traen quienes vienen después. Que algunas de esas investigaciones dialoguen con mis trabajos me alegra, y me recuerda algo que aprendí estudiando a las feministas, y es que buena parte del conocimiento se transmite conversando, en reuniones que nadie registra.

Este libro testimonia relaciones construidas por afinidades académicas e intelectuales, pero también humanas. Insisto en esta última dimensión porque creo que nunca debería quedar fuera del trabajo histórico. Las ideas no nacen solas, y tampoco nacen solo de otras ideas. Nacen de encuentros, de amistades, de lealtades y desacuerdos, de cuidados que rara vez se mencionan. Quienes estudiamos redes intelectuales lo sabemos bien cuando miramos el pasado; a veces lo olvidamos cuando miramos nuestro propio presente.

Este libro también deja cosas pendientes. Casi todos sus capítulos se ubican en el Chile del siglo XX, y quedan fuera muchos temas que merecerían su propio lugar, como los pensamientos indígenas, las derechas como productoras de ideas, la música y otras expresiones que no pasan por la escritura, la historia intelectual de las regiones, la enseñanza misma de la historia intelectual. No lo digo como una falta, sino como una invitación. Algunas de esas preguntas ya están apareciendo en las investigaciones de quienes vienen llegando, y otras tendremos que aprender a formularlas juntos.

El título de este volumen, *Formas de historia intelectual*, puede leerse de varias maneras. Formas como modos de hacer, porque aquí no hay un solo método, sino muchas entradas posibles. Formas como las figuras que toma el pensamiento cuando se vuelve periódico, editorial, consigna, imagen o categoría. Y formas, también, como formación, como la que recibimos, la que damos, la que seguimos haciendo unas con otros. Esa última es, para mí, la más cercana a lo que este libro es.

Vuelvo, para terminar, a la pregunta que me ha acompañado desde el inicio. ¿Cómo y por qué pensamos lo que pensamos? No tengo una respuesta, pero hacer este libro me dejó una pista. Pensamos con otras y con otros, desde los lugares que habitamos y con las palabras que heredamos o inventamos. Este libro es la huella de una de esas conversaciones. Ojalá sirva para continuarla.

Vicente Hernández Villa

La profesora Moyano escribe que en este libro se reúnen tres generaciones, y Valentina Pacheco se sitúa en un lugar intermedio, entre quienes la formaron y quienes vienen después. Yo escribo desde el último lugar de esa secuencia, pero también desde otro que

las dos voces anteriores no ocupan, el de los estudiantes del curso de magíster del que salió buena parte de este libro. Si Valentina contó la historia del Grupo de Historia Intelectual, yo quisiera contar la de ese curso, leer el libro desde su programa y, desde ahí, decir qué creo que heredamos. Lo hago en primera persona, ya que fue una propuesta que se nos hizo como autores, asumiendo la dificultad que ello implica.

Antes, quisiera contar cómo llegué. Tuve una militancia corta, en lo que la prensa llamó la nueva izquierda chilena, y entré al marxismo desde una crítica a la tradición de las izquierdas, a su dogmatismo, su deriva burocrática y su vocación de vanguardia. Por esa deriva, las clases sociales fueron siempre algo que me interesaba pensar, y la revuelta de 2019 y el fracaso de los procesos constituyentes que le siguieron me hicieron patente que la clase media era una de las protagonistas del período. E. P. Thompson me dio un lenguaje para pensarla, y Ellen Meiksins Wood me entregó las herramientas. En 2024, en el último año de la licenciatura en Historia de la Universidad de Santiago, quise escribir mi artículo de grado sobre la clase media en la transición desde la historia social y política. Camilo Santibáñez y Luis Thielemann me mostraron un artículo de Marcelo Casals que hacía algo parecido para la Unidad Popular y la dictadura, y un cambio de planes en la búsqueda de profesor guía me llevó a la oficina de la profesora Moyano, que me propuso otra entrada, estudiar a la clase media en los noventa desde los intelectuales que la narraron. El artículo se llamó "Consumo, decadencia y modernización: narrativas intelectuales sobre la clase media en los 1990", y uno de los comentarios que me hizo lo resumía mejor que yo: "esto es textualismo, faltan soportes".

En el primer semestre de 2025, ya en el Magíster en Historia, tomé el electivo de especialización que dictó la profesora Moyano, "Historizar el pensamiento: historia intelectual, de los intelectuales y de la edición en Chile y Argentina, siglos XX y XXI". Funcionaba como seminario, con lecturas semanales, informes de lectura y sesiones donde presentábamos y discutíamos los avances del trabajo final, que debía ser un artículo de unas veinte páginas en condiciones de enviarse a una revista académica. Lo tomamos, entre otros, Franco Vargas, Antonia Olate, Alonso Martínez, Gabriel Bórquez, Paula Pastenes y yo. Paula, que todavía era estudiante de pregrado, lo cursó a través de la 'vinculación', la modalidad que permite a

estudiantes de la licenciatura tomar una asignatura del magíster. Esa forma dejó huella, ya que algunos capítulos de este libro nacieron como esos artículos y conservan algo de su origen.

El programa tenía dos unidades y su descripción ponía el énfasis en el pensamiento producido por las ciencias sociales, "su performatividad y sus efectos sobre la gubernamentalidad social". En la primera revisamos los conceptos para estudiar el pensamiento, a los intelectuales y la performatividad, con Carlos Altamirano y Pierre Bourdieu, los expertos de Sergio Morresi y Gabriel Vommaro, los notables y tecnócratas de Alfredo Joignant y Pedro Güell, Carlos Ruiz sobre los intelectuales en el espacio público y Claudio Ramos sobre la ciencia social como productora de lo social. La segunda estuvo dedicada al giro material y contextual, con Roger Chartier, Robert Darnton y Peter Burke, y después con las revistas y editoriales de las izquierdas latinoamericanas a través de Horacio Tarcus, Gloria Chicote, Kenya Bello, Gustavo Sorá y Ezequiel Saferstein.

De esas clases recuerdo, más que algunas lecturas, ciertas advertencias. Un lunes de abril, la profesora Moyano nos recordó que no estábamos buscando al pobre real, que eso era historia social, y que se trataba de entender cómo opera el intelectual. Otro día explicó que la recepción es difícil de seguir y que por eso hoy se prefiere hablar de circulación y de prácticas de lectura. Ambas apuntaban a lo mismo, es decir, a delimitar el objeto antes de afirmar sus efectos. En ese curso reescribí el artículo. Pasar del "textualismo" a los soportes fue un primer paso, y pasar de los soportes a mostrar qué hicieron fue otro. Sigo pensando, con Thompson y Wood, que la clase es a la vez una relación y un proceso, estructural y contingente, pero el oficio me obligó a separar la posición teórica desde la cual formulé la pregunta de lo que el corpus autoriza a responder.

La última sesión fue por Zoom. La profesora Moyano nos preguntó con qué nos quedábamos del curso y cada una y cada uno respondió a su manera, aunque se repitieron dos ideas: que nunca más íbamos a mirar un libro de la misma forma, y que "soportes", una palabra que pocos meses antes casi no conocíamos, se había vuelto parte de nuestra manera cotidiana de hablar de historiografía. Días después nos escribió por correo para ofrecernos formar parte de un libro en el que también participarían los integrantes del Grupo

de Historia Intelectual, Laura Briceño, Valentina Pacheco, Felipe Vera, Simón González y Mauricio Tapia.

Este libro es el encuentro de esas dos historias, la del GHI y la del curso, y eso se nota en su alcance. Mientras el programa estaba pensado sobre todo para el pensamiento de las ciencias sociales, el libro llega bastante más lejos, a la prensa comunista y sindical, a la Teología de la Liberación, a los feminismos y al lesbofeminismo, a las artes visuales y al marxismo latinoamericano. Esa ampliación vino de ambos lados, por una parte del Grupo, con investigaciones que ya tenían su propio recorrido, y por otra de estudiantes que llevaron las herramientas del curso a objetos que el programa no contemplaba, como hizo Paula con la Colectiva Lesbofeminista Ayuquelén.

Si se lee el índice con el programa al lado, las lecturas reaparecen en las notas. El circuito de comunicación de Robert Darnton ordena el capítulo de Franco Vargas sobre *Mundo Nuevo* y el de Felipe Vera sobre el *Boletín Informativo* del Comité Exterior de la CUT, y Alonso Martínez lee a Carlos Lohlé como uno de sus empresarios editoriales. El "sistema editorial integrado" de Horacio Tarcus y los dos pilares de Adrián Celentano, el intelectual profesionalizado y el aparato de prensa, sostienen la lectura que Antonia Olate hace del ocaso impreso de *El Siglo*. El editor protagonista de Gustavo Sorá reaparece en el Orfila Reynal de Alonso. Ezequiel Saferstein, con sus trabajos sobre el giro material y sobre edición y política, está en Franco, Gabriel Bórquez, Valentina y Simón González, quien lo usa para pensar a los editores de Siglo XXI como mediadores entre un texto y sus nuevos contextos. Por su parte, las colecciones que estudió Kenya Bello ayudan a Gabriel a leer las de LOM. Incluso el texto que la profesora Moyano y Valentina escribieron sobre La Morada y Cuarto Propio, que leímos al final del semestre, reaparece en el capítulo de Paula.

Las dos unidades del curso dejaron, además, dos palabras. De la primera salió "performatividad", con Ramos, Ariana Reano y Julia Smola y el texto de la profesora Moyano sobre las recepciones del "quiebre de la democracia", y de la segunda salió "soportes". En este libro ambas se repiten y no siempre conviven con facilidad, ya que la primera invita a afirmar que un periódico, un léxico o una encuesta produjo algo, mientras la segunda obliga a mostrar dónde, en quién y con qué fuentes. La profesora Moyano escribe en su

cierre que las generaciones posteriores no tienen la obligación de conservar sus preguntas, sino la de construir otras lecturas y someterlas a discusión, y Valentina contestó que lo heredado fue una manera de preguntar. Yo diría que heredamos también esa tensión, y con ella una exigencia que la propia introducción formula, la de reconstruir trayectos verificables y no usar la recepción como metáfora de la influencia. No siempre lo logramos, y mi capítulo tampoco lo logró en todas sus versiones, pero el criterio está escrito en estas mismas páginas y vale la pena tomárselo en serio.

Algunos de quienes llegamos al libro desde ese curso compartíamos, además, otro espacio. La Revista *Sociedad y Estudios Diferenciados* (SED) empezó en plena pandemia, entre estudiantes de pregrado que nos conocíamos por Zoom, que tras contarle y pedirle un consejo al profesor Chavarría, él nos respondió: "denle nomás y equivóquense", lo que en el momento nos dejó con sabor a poco. En septiembre de 2022 apareció el primer número, y con el tiempo entendimos que éramos menos una revista que un grupo que hace una revista (la fórmula es de Felipe Vera), con conversatorios, entrevistas y Jornadas de Estudiantes de Historia. Antonia Olate, Alonso Martínez y yo, de SED, tomamos aquel curso, y Felipe, también de SED, forma parte además del Grupo de Historia Intelectual, lo que lo convierte, como le digo en broma, en un doble militante. Valentina nos nombra entre las amistades recientes del grupo, y fue así, por personas que circulaban entre uno y otro, como se encontraron los dos espacios. En sus palabras de bienvenida a las IV Jornadas de Estudiantes, la profesora Moyano, como decana, expuso un texto suyo, "Revistas, materialidad y valor simbólico: la experiencia editorial de *Sociedad y Estudios Diferenciados* (SED)", en el que leía nuestros números con las herramientas del giro material. Escuchar que nos leían con las mismas categorías que estábamos aprendiendo a usar fue una experiencia extraña, porque por un momento el objeto de estudio éramos nosotros.

Por otro lado, editar este volumen desde mi lugar me obligó a preguntarme con qué autoridad un estudiante de magíster sugiere cambios a colegas con más años en el oficio. La respuesta que encontré fue volver a las fuentes. Cuando una cita no calza con su página o una afirmación dice más de lo que el documento permite, la conversación deja de ser solo entre personas y pasa a ser también

con el archivo, y con las preguntas que aprendimos a hacerle en aquel curso.

Este libro deja pendientes que la profesora Moyano y Valentina ya nombraron, y quisiera agregar uno. En el curso discutimos qué hace intelectual a alguien, y la respuesta no pasaba por la academia ni por el método científico, sino por la capacidad de disputar los sentidos de una sociedad, es decir, lo que entiende por su presente, pasado y su futuro. Con ese criterio, el experto que no milita pero produce artefactos que se vuelven política pública también interviene como intelectual. Por eso, el pendiente son los números. Las encuestas, las tablas de segmentación y los informes de consultoras también son objetos intelectuales, tienen autores, soportes, circuitos y públicos, aunque rara vez la historia intelectual los trate así.

Agradezco a la profesora Moyano, que dirige mi tesis y nos invitó a este libro; a Valentina, con quien compartí la edición; a quienes integran el Grupo de Historia Intelectual; y a mis compañeras y compañeros de SED.

Leído desde este lugar, el libro deja ver algo más que sus capítulos. Deja ver una red que se armó entre un grupo de estudio y un curso de magíster, lecturas que pasaron de un programa a las notas al pie y palabras que se volvieron comunes, como "soportes" y "performatividad", con las tensiones que hay entre ellas. Es la huella de un campo que todavía se está armando, y que se arma de esa forma, con préstamos, conversaciones y desacuerdos. En este recorrido aprendí a desconfiar de las palabras que suenan bien, empezando por las mías. Ojalá este libro sea leído con esa misma desconfianza, que en historia, creo es una de las formas más serias de respeto.

Sobre las autorías

Franco Vargas Gallinato: Magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile y Licenciado en Historia por la Universidad Alberto Hurtado. Su trabajo se ha orientado al estudio de las juventudes políticas chilenas durante la primera mitad del siglo XX, con especial atención al antifascismo, las culturas políticas de izquierda, las identidades generacionales y las experiencias de militancia.

Felipe Vera Carrasco: Magíster en Historia (2025) y Licenciado en Historia (2022) por la Universidad de Santiago de Chile. Ha investigado las revistas del exilio chileno, el internacionalismo y la cultura sindical entre 1973-1989; los boletines del movimiento de pobladores de Santiago entre 1980-1990; y la presencia de la Compañía de Jesús en las periferias de Santiago durante el siglo XX. Es parte del Comité Editorial de la Revista *Sociedad y Estudios Diferenciados* y miembro del Grupo de Historia Intelectual de la Universidad de Santiago de Chile.

Alonso Martínez Cruz: Licenciado y magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Forma parte del comité editorial de la revista Sociedad y Estudios Diferenciados (SED). Su trabajo se ha centrado principalmente en la historia intelectual del cristianismo en América Latina y sus vínculos con la historia del libro y la edición. Se ha interesado, en particular, por el fenómeno intelectual de la Teología de la Liberación, atendiendo a la producción de sus artefactos materiales, al despliegue de sus redes de sociabilidad intelectual y a su pronunciamiento teórico - discursivo.

Mauricio Tapia Segovia: Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Su trayectoria académica combina investigación y gestión de archivos relacionados a la Historia Reciente de Chile desde ópticas ligadas a la Historia Política e Historia Intelectual. Ha formado parte de proyectos como La USACH es un Museo, el Centro de Documentación y Archivos de la Memoria (CEDAM), la creación del Archivo Oral del Sitio de Memoria Estadio Victor Jara, y desde 2022 a la fecha es partícipe y miembro fundador del Grupo de Historia Intelectual USACH.

Laura Briceño Ramírez Doctora en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Su trayectoria académica combina docencia e investigación en historia reciente e historia intelectual, con especial interés en las relaciones entre las ideas, política, economía y las transformaciones de la sociedad chilena. Es integrante del Grupo de Historia Intelectual.

Paula Pastenes Muñoz, Licenciada en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Se ha dedicado a estudiar la Historia de las disidencias sexuales en Chile, durante el periodo de la dictadura militar y el retorno a la democracia; desde una perspectiva que articula Historia Intelectual, Historia Cultural y los estudios de género y sexualidad.

Gabriel Bórquez Yáñez es Magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Entre 2024-2025 participó del Grupo de Historia Intelectual USACH. En su trayectoria académica ha estudiado la historia reciente chilena, con un interés particular en los conflictos y cuestionamientos de la postdictadura. Su investigación más reciente entrecruza la Historia Intelectual y la Nueva Historia Política, con el fin de abordar la implicancia, en su dimensión material y simbólica, de la actividad editorial en la reconfiguración de la crítica social desde inicios de los años noventa.

Simón González Monarde, es Magister en Historia por la Universidad de Santiago, candidato a Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile y miembro del Grupo de Historia Intelectual. En su actividad destaca el trabajo con archivos privados de intelectuales chilenos, en particular del historiador Luis Vitale y la educadora popular Marta Harnecker, combinado herramientas de la historia intelectual con la historia política, la historia social y la historia del libro y la edición en América Latina.

Antonia Olate Navarro. Licenciada en Historia por la Universidad de Santiago de Chile y estudiante del Magíster en Historia en la misma casa de estudios, con Beca de Magíster Nacional ANID. Su trabajo se ha orientado al estudio de la historia política reciente de Chile y América Latina, con especial atención al Partido Comunista de Chile, la prensa partidaria, el internacionalismo y la política exterior cubana.

Este libro es una expresión de ese proceso colectivo, aunque no constituye simplemente el resultado editorial de un grupo de estudios. Su apuesta historiográfica es más amplia porque busca mostrar cómo las transformaciones recientes del campo permiten interrogar objetos que hace algunos años probablemente habrían sido considerados periféricos para una historia intelectual. Los capítulos se aproximan a periódicos militantes y boletines del exilio, trabajan con proyectos editoriales y reconstruyen saberes feministas cuya materialidad desafía los archivos tradicionales. También interrogan trayectorias artísticas y disputas marxistas que permiten problematizar las fronteras de aquello que reconocemos como una intervención intelectual. Lo que los reúne no es un repertorio teórico idéntico, sino una disposición compartida a comprender las ideas dentro de los mundos históricos que hacen posible su producción.

www.ariadnaediciones.cl

9 789564 300276